

Español y catalán: Análisis desapasionado

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de El español de hoy, lengua en ebullición, El español y otras lenguas y de una edición reciente de Obras Selectas de Jonathan Swift.

El nombre del autor es, sin duda, familiar para el lector de *SABER/Leer* interesado en materia lingüística, pues en los últimos meses han recibido atención en sus páginas dos obras, comentadas por Antoni Badia y Manuel Seco, en que, conjuntamente con Amadeu J. Soberanas, prueba su vocación y competencia en el campo de la filología catalana. La que hoy nos ocupa es enteramente suya y es de rigor ocuparse de ella no sólo por su importancia y actualidad, sino por haberse gestado en parte bajo los auspicios de la Fundación Juan March, patrocinadora de esta revista.

Bilingüismo y diglosia

Es Germán Colón hombre modesto a la hora de exhibir sus indudables méritos de lingüista sólidamente formado. Por ello es de justicia destacar aquí su condición de español privilegiado capaz de emitir juicio ecuánime sobre el siempre apasionante debate que el problema del catalán suscita. Y esa condición de privilegio se debe a dos circunstancias principales: una, fortuita, el haber nacido en Castellón, dentro del área lingüística del catalán o, para ser exactos, de su variedad valenciana; otra, la de profesar, en una de las cátedras de más prestigio entre los romanistas de Europa, una fe inquebrantable en los principios del positivismo lingüístico, postura a la que no es ajena su etapa de colaboración de diez años en el *Französisches Etymologisches Wörterbuch*, dirigido por Walther von Wartburg desde la cátedra de Basilea que hoy Colón ocupa. Esta posición alejada le permite observar con mayor objetividad que en España los argumentos esenciales de una polémica en que se tratan de imponer puntos de vista irreconciliables, por naturaleza, con los del interlocutor.

Antoni Badia, uno de los comentaristas de Colón-Soberanas (*SABER/Leer*, n.º 20,



JUAN RAMON ALONSO

pág. 3), que lleva muchos años ocupado con el problema del bilingüismo en el Principado, oyó, ya en el Congreso de Lingüistas de 1962, la sugerencia del profesor Haugen de utilizar el término «diglosia» para mejor identificar la singularidad catalana que Badia trataba de proyectar dentro de la oposición bilingüismo natural/bilingüismo ambiental. Yo también le brindaba el término al intervenir, antes que él, en un ciclo —Comunicación y Lenguaje— celebrado en 1974, cuyas intervenciones se publicaron después (Karpós, Madrid, 1977). Si menciono estos datos es porque Badia parece haber aceptado el término y porque una de las observaciones más certeras de Colón, en cuanto interpretación global del hecho lingüístico catalán, es la de haber percibido en su historia tres estados de diglosia: dos en la Edad Media, el de latín/lengua vulgar, que comparte con toda la Rumania, y el de provenzal (lengua poética)/catalán (lengua familiar); y un

tercero, castellano/catalán, desde el Renacimiento. «Cumple señalar —resume Colón— que el sino de esta lengua ha sido la diglosia.» El fenómeno de la inmigración parece corroborar esta hipótesis al originar otro tipo de diglosia —recuérdese que «diglosia» en la definición de Ferguson implica dos lenguas coexistentes de distinto prestigio— en un importante grupo social a veces visto como no integrado, en el que el catalán es para muchos la lengua de prestigio que facilita la promoción económica y el ascenso en la escala social. Si en el bilingüismo analizado por Badia en 1962 —catalán = lengua familiar/castellano = lengua pública— era ésta la que prometía ventajas a corto y a largo plazo en el marco nacional e internacional, la diglosia con que se enfrenta el inmigrante, que aspira a veces sólo a asentarse, integrarse y mejorar su posición y la de los suyos, es de signo inverso: ahora parece ser el catalán el que abre las puertas a la prosperidad. Por lo menos eso se infiere de la afirmación del propio Badia (*SABER/Leer*, n.º 7, pág. 8): «Son los inmigrantes los que desean que se les hable en catalán y los que piden —exigen— su enseñanza para sus hijos.» No coincide exactamente con él Colón, pero sin poner en duda esa tendencia, estimo que los datos manejados por uno y otro son un tanto anticuados; las encuestas de Badia citadas por Colón datan de 1964. Es de suponer que la inmigración y el sesgo de las tasas de natalidad en los últimos veinticinco años habrán alterado cifras y actitudes; debe de haber estudios sociolingüísticos más fiables y recientes. Pero aunque no mencione otros

datos, percibe y destaca situaciones más actuales: «Los centros fabriles e industriales se han visto inundados; en muchos de ellos el único idioma que se oye es el castellano...» Frente al optimismo de Badia matiza: «En algunos obreros... el conocimiento del catalán significa una especie de promoción social... pero hay otra clase de alófonos representada por muchos funcionarios... de tierras castellanas, y en éstos ese acicate es inoperante.» (pág. 55).

Perfil lingüístico

Estas palabras pertenecen al final del primer estudio del libro, estudio titulado «Presentación del catalán», ya publicado, con muy leves variaciones, en la Serie Universitaria de la Fundación Juan March (1986) con el título de las dos conferencias que reproducía: «El perfil lingüístico de Cataluña, Valencia y Mallorca.» Esta presentación tiende a despejar los nubarrones mayores que oscurecen el paisaje panorámico, a veces turbulento, en que se enmarcan las variedades del catalán. Los capítulos que siguen iluminan parcelas más reducidas de esa panorámica y son, a mi juicio, modelos de objetividad honradamente buscada, mas no siempre —todos somos humanos— lograda. Ello se nota, sin que el autor pueda reprimir su irritación, cuando aborda la cuestión del valenciano, por ser él mismo castellanense y lingüista; lo cierto es que «el

En este número

Artículos de

Emilio Lorenzo	1-2	Pedro Cerezo Galán	8-9
Francisco Rodríguez Adrados	3	Antonio González	10-11
Pedro Martínez Montávez	4-5	Francisco Vilardell	12
José Luis Pinillos	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Español y catalán: Análisis desapasionado

remolino de Valencia» (pág. 12) o «la situación de Valencia, exasperada hoy por turbios intereses de distinto signo» (pág. 11), son factores que inciden en el juicio ecuaníme con que Colón aborda el problema y que procura mantener como constante del libro, pero es raro que sucumba a la reacción exaltada.

La segunda parte —«Los vocabularios castellano y catalán»— refleja mejor el título de la obra que la primera. Apoyado en documentos de procesos inquisitoriales y, sobre todo, en la primera versión catalana del *Lexicon* de Nebrija, adaptado al catalán por G. Busa en 1507 y publicado recientemente en la edición facsímil reseñada por Manuel Seco (*SABER/Leer*, n.º 24), Colón contrasta primero docena y media de elementos léxicos tomados de los procesos donde se usan las dos lenguas, y luego unos cien ejemplos más, seleccionados del *Diccionario* Nebrija-Busa, en que la equivalencia catalana de la voz latina difiere de la castellana, para concluir, frente a la opinión de Amado Alonso y otros, que en el léxico, la filiación del catalán es galorrománica u occitánica. O dicho en palabras del

autor: «... El catalán, el occitano y el francés se remontan a un diastema romance diverso del diastema básico del léxico español y luso» (pág. 60). Ya Seco, en su reseña de esta edición del *Nebrija* catalán, expresa sus reservas, recomendando «cautela a la hora de utilizar, especialmente con fines contrastivos, los materiales de esta obra» (art. cit., pág. 2). Huelga decir que Colón, romanista responsable, para desvanecer cualquier sospecha de manipulación de datos, escoge para el cotejo léxico una etapa en que la influencia del castellano apenas era perceptible, pero aun así advierte que esa conclusión —la vinculación ultrapirenaica del léxico catalán— está matizada en el espacio y en el tiempo; en el espacio, porque el catalán occidental (Andorra, Lérida y Reino de Valencia) muestra notables afinidades con el conjunto luso-español; en el tiempo, porque desde la época de los Trastámara la balanza de las influencias léxicas se inclina cada vez más del lado de Castilla.

Lo más visible

No afirma Colón que el léxico sea lo más característico de un idioma; sí, en cambio, que «es lo más visible» (pág. 60). Por algo es más etimólogo y lexicógrafo que gramático. Yo he expuesto en el aula, durante decenios, mi escepticismo ante las coincidencias léxicas de dos lenguas, y he tenido que discutir con más de un aspirante a doctor que, diccionario en mano, se empeñaba en sostener la tesis de que el inglés es una lengua románica. Mas nuestro autor no pierde su norte y en la enumeración de discrepancias (115 en total) se limita a dejar constancia de ellas y advierte el riesgo de «quedarnos a oscuras» con el *Lexicon*. No me resultan del todo convincentes algunas divergencias anotadas, tales como la de «segur/destral», «morar/habitar», «assechar/aguaytar», «salir/exir», etc., que, estoy seguro, han de recibir mayores precisiones cuando se analicen, como es norma de Colón, en un contexto más amplio.

La tarea del lexicógrafo, cuando intervienen problemas etimológicos, es actividad de «alto riesgo», para decirlo en términos actuales. Las dos primeras partes mencionadas serían materia polémica si no quedaran refor-

zadas por los capítulos monográficos siguientes, donde hay que admirar, sin reservas, el rigor con que aborda cada cuestión quien tuvo la suerte de colaborar con Wartburg en uno de los empeños etimológicos más ambiciosos de este siglo. No es de extrañar, pues, que los fenómenos léxicos presentados como «muestras monográficas», a saber, 'salvado y segó', 'entresuelo y entresol', 'jamón y pernil', 'hincha e inxa', 'echar de menos y trobar menys', etc., sin olvidar las tres monografías incluidas en la tercera parte (*El aragonés*, páginas 237-310), sean una exhibición de técnica etimológica depurada que fatalmente enfrenta a «nuestro filólogo valenciano» con el admirable y a veces intransigente maestro de etimólogos profesor Corominas, quien le acusa de alcanzar «extremos inconcebibles» en la «superstición del dato documentado en la lengua literaria». Son muchos los datos que en estas monografías se manejan. Estimo que el estudio más interesante, por inédito y polémico, es el del discutido lusismo «echar de menos», en conflicto hoy, al cabo de los siglos, con el catalanismo «encontrar a faltar» (= 'trobar a faltar') y la locución «echar en falta», cuyo catalanismo pone Colón en duda. Dedicamos nuestro autor unas treinta páginas de abrumadora documentación a este giro, para afirmar, partiendo de una sugerencia de Leo Spitzer, oportunamente citado, que «echar de menos» es, en resumen, una extensión más de los significados del polivalente verbo «echar» en español. Proyectadas las variantes en gráficos diacrónicos, parece evidente que la fórmula «fallar/hallar menos» mues-

tra paralelismo con el portugués «achar menos» desde comienzos del siglo XIV hasta fines del XVII, pero está documentada en castellano mucho antes y sobrevive al portugués casi un siglo. En catalán, «trobar menys» dura desde fines del XIII hasta principios del XVI, que es cuando aparece en castellano «echar menos» (luego con «de»). Sin discutir la atracción que el omnipresente «echar» haya ejercido sobre los usuarios del lusismo, ¿no cabría sospechar que en algún tiempo o lugar, alcanzado el yeísmo en «hallar», como atestigua Lapesa precisamente para ese verbo («ayo» = hallo, cf. *Historia de la Lengua española*, § 93), se produjera el mismo ensordecimiento del yeísmo bonaerense? Amado Alonso, Zamora, Barrenechea, Corominas y Guitarte han discutido su alcance, pero no el hecho. A. Alonso (1951), apoyado en Lapesa, cita casos de ensordecimiento moderno en Castilla. La confusión escolar «mayo-macho» sería probatoria.

Lo expuesto no es más que una muestra del caudal de ideas y hechos aportados por Germán Colón al esclarecimiento de este complejo problema, más político y social que lingüístico. La posición del autor se resume en un llamamiento a la cordura y a la comprensión: «La (virtud) decisiva es que el español es también nuestro. En cambio, tenemos derecho a pedir que no se considere el apego al catalán como un tozudo capricho... Para remediar las disensiones... quiero creer que existen espíritus inteligentes y generosos por ambas partes, capaces de cubrir los gritos de los pocos que chillan mucho» (pág. 56). □

Qué es



Con carácter mensual, la revista *SABER/Leer* es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros *SABER/Leer*, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléf.: 435 42 40. Fax: 276 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista *SABER/Leer*. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Las relaciones entre las dos lenguas más habladas en España, el español y el catalán, aparecen muchas veces teñidas de polémica y debate no siempre lingüísticos. El que el autor del libro objeto de atención en estas páginas, Germán Colón, sea un

reputado lingüista, catalanohablante en su variante valenciana, que vive fuera ocupando en Basilea una prestigiosa cátedra, es subrayado por el comentarista del mismo, Emilio Lorenzo, como garantía de seriedad y fiabilidad.

Germán Colón

El español y el catalán, juntos y en contraste

Ariel, Barcelona, 1989. 349 páginas. 2.075 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Español y catalán: Análisis desapasionado», por Emilio Lorenzo, sobre el libro <i>El español y el catalán, juntos y en contraste</i> , de Germán Colón	1-2
«Virgilio y la 'Eneida'», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>Vergil's Augustan Epic</i> , de Francis Cairns	3
«La literatura árabe, en conflicto permanente», por Pedro Martínez Montávez, sobre el libro <i>The Literature of Modern Arabia. An Anthology</i> , de Salma Khadra Jayyusi (ed.)	4-5
«La duda retórica», por José Luis Pinillos, sobre los libros <i>The Rhetoric of the Human Sciences</i> y <i>Rhetoric in the Human Sciences</i> , de autores varios	6-7
«El filósofo y su sombra», por Pedro Cerezo Galán, sobre el libro <i>Heidegger y el nazismo</i> , de Víctor Farías	8-9
«Organismos marinos de importancia biomédica», por Antonio González, sobre el libro <i>Biomedical Importance of Marine Organisms</i> , de Daphne G. Fautin (ed.)	10-11
«Guía de educación médica», por Francisco Vilardell, sobre el libro <i>Guía pedagógica para el personal de salud</i> , de J.-J. Guilbert	12

Virgilio y la «Eneida»

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas «Emérita» y «Española de Lingüística», el Diccionario Griego-Español y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Francis Cairns es uno de los mejores conocedores de la poesía latina y de sus relaciones con la griega. A sus libros sobre la elegía y la lírica en general se añade ahora este sobre la *Eneida* de Virgilio.

Y precisamente desde un enfoque que presenta el poema como una actualización de motivos diversos de la poesía y la filosofía griegas dentro del nuevo marco de la Roma de Augusto. De la Roma que superaba y trataba de olvidar las guerras civiles y emprendía una obra de restauración moral y de concordia. Una restauración, de otra parte, un tanto artificiosa y que bajo formas aparentemente republicanas introducía lo que era, en realidad, una monarquía que continuaba y llevaba a su culminación las monarquías helenísticas.

Por supuesto, el tema no es nuevo: el libro registra cuidadosamente las investigaciones precedentes. Pero las lleva, en algunos casos, mucho más lejos. Y es un tema de sumo interés: Virgilio es una especie de eje a través del cual pasa toda una larga serie de temas y de elementos formales que vienen de Grecia y que llegan, luego, a la Romanidad tardía, a la Edad Media y a la Modernidad.

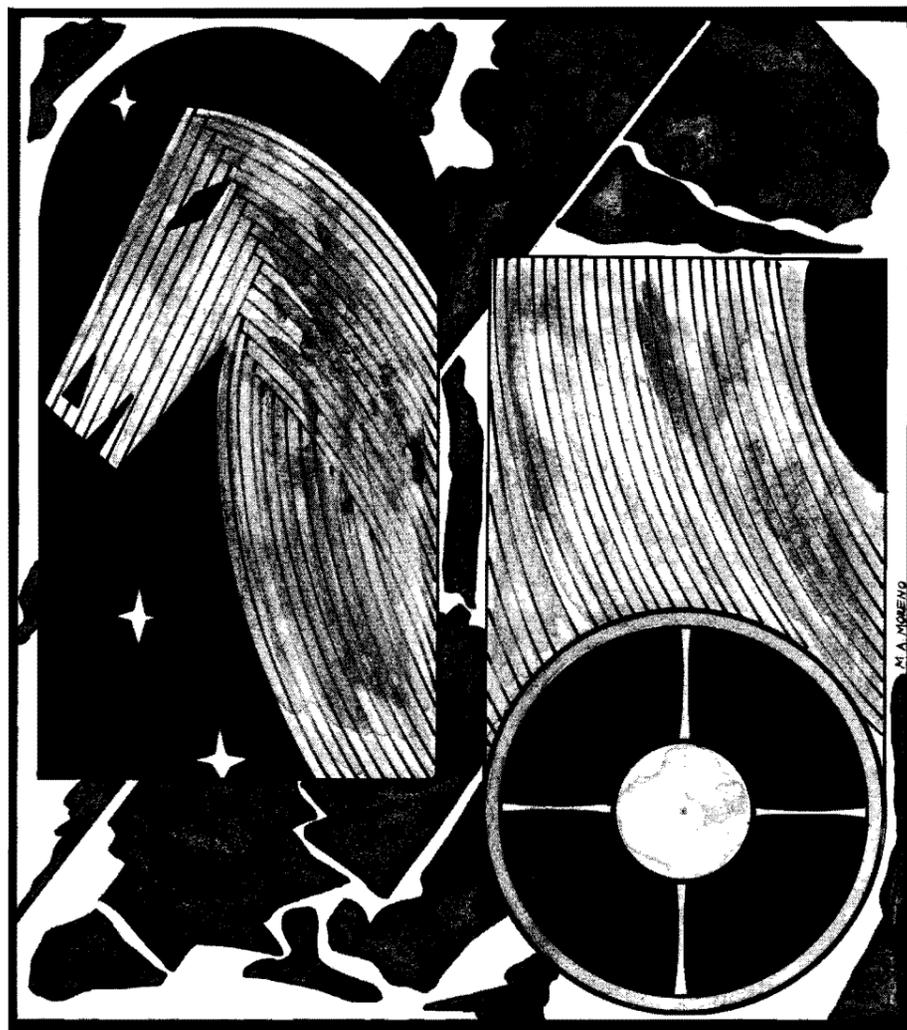
Pero además Virgilio es un poeta de personalidad poderosa. Y es fascinante ver cómo modela los antiguos temas y los antiguos recursos poéticos al servicio de una nueva situación. Pues es sabido que comenzó su carrera cultivando en sus *Bucólicas* y *Geórgicas* temas en suma helenísticos y que sólo por una casi imposición de Mecenas o de Augusto se lanzó a escribir una nueva *Iliada* a la gloria de Roma y de las austeras virtudes que ahora se trataba de restaurar: la *Eneida*.

¿Cómo infundir estos nuevos puntos de vista en la épica helenística? ¿Cómo fundir ésta con la *Iliada* (y la *Odisea*) para obtener algo realmente nuevo? ¿Cómo unir todo esto con los temas de la poesía griega arcaica y clásica, ahora imitada con predilección? ¿Cómo asociar a todo ello los motivos de la realeza —del buen rey— y de la concordia y sobre qué bases ideológicas?

Estos son los problemas que se estudian en este libro. No plantea un examen total de los mismos, sino que procede de una manera acumulativa, capítulo a capítulo: el lector ha de hacer la síntesis. Y, desde luego, quedan muchos temas abiertos.

Personalmente, creo que el libro ofrece dos temas centrales: uno, el de cómo la ideología de la nueva Roma augustea es fundamentada con materiales de origen griego e introducida en el marco tradicional de la épica; otro, el influjo en la *Eneida* de los distintos géneros y sectores cronológicos de la poesía griega. Aunque, evidentemente, los dos temas se combinan a veces, los primeros capítulos (sobre la realeza en sí y en relación con los temas de Dido y de Turno; sobre la concordia; y sobre «Geografía y Nacionalismo») se refieren al primer tema; y los que siguen (sobre «Dido y la tradición elegíaca», «Lavinia y la tradición lírica», «La *Eneida* como una *Odisea*» y «Los Juegos en Homero y Virgilio»), al segundo.

Comencemos por los aspectos ideológicos. Con Augusto, Roma es «de facto» una monarquía, aunque se trate de disimularlo; y una monarquía que proclama que ha llegado el momento de la concordia nacional y trata de presentarse como la culminación de una larga historia que comenzaba con el mito de la



MIGUEL ÁNGEL MORENO

llegada del troyano Eneas y otros diversos sobre los comienzos, nada pacíficos, de sus empresas en Italia. Pero de Eneas descendía, de una parte, Rómulo, el fundador de Roma, y de otra, nada menos que el linaje de los Julios. Hacían falta no pequeños equilibrios para combinar todo esto.

Primero, la ideología. Con precedentes arcaicos, desde el siglo IV a. C., las distintas filosofías griegas desarrollaron, en vísperas de las monarquías helenísticas y durante la vigencia de éstas, el ideal del buen rey: preeminente en la virtud, imitador de Dios en esto, dotado de las cuatro virtudes cardinales y de otras más como la humanidad y la generosidad, padre y salvador de su pueblo, amado por éste, amante de la paz. Toda una panoplia de rasgos que Cairns ejemplifica muy detenidamente y que llegan a los tratados modernos del XVII y el XVIII sobre el príncipe y la monarquía.

Un héroe ecléctico

Y que aparecen en la *Eneida* para caracterizar a su héroe. Cairns hace ver que Virgilio es ecléctico: sintetiza rasgos de las distintas filosofías helenísticas. Frente a la rígida moral estoica, piensa que Eneas personifica más bien, con sus caídas y debilidades (el episodio de Dido), con su reafirmarse en el esfuerzo y en el sufrimiento, el ideal cínico del rey. Adaptado a la situación de Roma, que no es oficialmente una monarquía: en la *Eneida* no hay un programa, pero sí insinuaciones constantes de los rasgos de carácter propios del gobernante romano hasta los días del poeta.

Curiosamente, estos rasgos están tomados de modelos griegos y destacados frente a dos personajes regios que, al contrario de Eneas, sucumben a las debilidades del amor (Dido) o de la ira y la violencia (Turno). Curioso, también, que se coloquen en este marco personajes que proceden del de la épica tra-

dicional: la mujer que se constituye en obstáculo para el héroe (Calipso o Circe) y el antihéroe (Héctor).

El tema de la concordia podía tratarse más abiertamente que el de la realeza: era el «leit-motiv» de la política de Augusto. Cairns estudia en detalle el desarrollo del tema en los filósofos griegos y en seguidores suyos como Cicerón. Otra vez Virgilio es ecléctico, aunque otra vez nuestro autor cree ver motivos cínicos (la figura de Crates como «reconciliador», el tema de Hércules). Y sigue paso a paso el tema en alusiones a César y Pompeyo (concordes antes de nacer, en el libro VI), a Eneas y Lavinia (cuya unión reconcilia a troyanos e itálicos), a Tacio y Rómulo (cuya discordia es superada en la unificación de romanos y sabinos), a los troyanos de Eneas en general.

Dentro de la línea de la épica tradicional, llena de violencia y de muerte, Virgilio va introduciendo trabajosamente estos temas que fundan su esperanza en una Roma regia (aunque no de nombre) y concorde (al menos oficialmente). Una Roma unificada con Italia tras las guerras sociales y tantas otras e idéntica, se decía, a sus fundadores troyanos.

Ya itálicos, en realidad, para el poeta. Precisamente el capítulo sobre «Geografía y Nacionalismo» hace ver con cuánto cuidado

RESUMEN

Virgilio, además de poeta de personalidad poderosa, es una especie de eje a través del cual pasa toda una serie de temas y elementos que vienen de Grecia y llegan hasta la Modernidad. El profesor Rodríguez Adrados comenta un libro de Francis Cairns, uno de

y gradualismo va introduciendo Virgilio la perspectiva en virtud de la cual Eneas viene a ser contemplado como un itálico y Turno, al contrario, como una especie de extranjero. Italia es la verdadera patria de Eneas: «Italiam quaero patriam».

La otra parte del libro se refiere, como queda dicho, a los modelos poéticos de la *Eneida*. Frente a la opinión común de que su primera parte es una especie de *Odisea* seguida de una especie de *Iliada* en la segunda, nuestro autor postula que el modelo fundamental es la *Odisea*, pero tomando aquí y allá elementos de la *Iliada*. Y contemplando el poeta unos y otros, con frecuencia, a través de su descendencia en Apolonio de Rodas. Por ejemplo, los precedentes de Dido llegan a las mujeres-obstáculo de la *Odisea* (Calipso, Circe, la misma Nausícaa), pero a través de la Medea de Apolonio. Y las guerras de Eneas en los libros VII-XII miran a la *Iliada* a través de las luchas de Odiseo con los pretendientes al final de la *Odisea*. Incluso el episodio de los Juegos en *Aen. V* depende fundamentalmente, según Cairns, de los Juegos de los feacios en *Od. VIII* y sólo en ciertos detalles de los de *Il. XXIII*.

Otra aportación interesante del libro es la relativa al influjo de la lírica griega. Ve, efectivamente, en el tema del amor de Dido un reflejo de la tradición poética que viene de Safo y que culmina en los elegíacos latinos (cuyos predecesores helenísticos conocía Virgilio mucho mejor que nosotros). El tema es estudiado minuciosamente.

Y también el de los modelos de la figura de Lavinia, la hija de Latino que acabará uniéndose a Eneas y dando origen a la estirpe de los antiguos reyes de Roma. Junto al procedimiento homérico de dar noticia de una persona sólo a través del testimonio indirecto de otras, Cairns encuentra aquí huellas de la caracterización de la doncella antes de la boda en la lírica griega y, más concretamente, en los partenios.

Virgilio une así modelos épicos que son ya homéricos, ya helenísticos; y modelos líricos desde la época arcaica a la helenística y romana. Y, al lado, temas de las diversas filosofías desde el siglo IV. Todo al servicio de una concepción en buena medida nueva.

Es apasionante seguir los hilos del pensamiento y de la poesía tradicionales y de los hechos de la realidad contemporánea, así como de la creación a partir de aquí de algo nuevo y decisivo para el futuro, como es la *Eneida*. El presente libro hace avanzar en este conocimiento. Y se lee con gusto, arranca casi siempre convicción.

Aunque quizá haya que criticarle que deje intacto, muchas veces, aquello que es más propiamente virgiliano: esa sensibilidad y ese dolor por los hombres y esa visión humanizada del mundo y de la naturaleza que nos llega tan directamente. Que está más allá de los modelos y de las presiones del momento. De los unos y de las otras y de la personalidad del poeta surge lo propiamente virgiliano.

Los excelentes estudios contenidos en el libro ayudan a descubrirlo y gustarlo en destellos que brotan aquí y allá, entre los temas épicos, los ecos líricos y los temas nacionalistas, moralistas y políticos. También esenciales, por lo demás, para el poeta. □

los mejores conocedores de la poesía latina y de sus relaciones con la griega, y en el que se desarrollan dos temas básicos: uno, el cómo la ideología de la Roma augustea se fundamenta con materiales griegos, y otro, el influjo de la poesía griega en la *Eneida*.

Francis Cairns

Vergil's Augustan Epic

Cambridge University Press, 1989. 280 páginas.

La literatura árabe, en conflicto permanente

Por Pedro Martínez Montávez

Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.

Recuerdo que hace unos cuantos años, durante un festival poético celebrado en Bagdad, y conversando con un querido y admirado colega universitario egipcio que por entonces prefería impartir su magisterio, por diversas causas, fuera de su país, me dijo con naturalidad, sin poner el menor énfasis en su afirmación: «Mira, la actividad literaria en los países de la península arábiga ("al-yazira al-arabiyya") se ha incrementado notablemente durante estos últimos años y hay ya, especialmente en el campo de lo poético, no pocas cosas interesantes, hasta originales y valiosas. Es algo que en el propio mundo árabe no se conoce suficientemente todavía, pero te aconsejo que le prestes atención. Te va a sorprender en algunos aspectos.» Mi admirado colega hablaba, desde luego, por experiencia propia, y sus palabras venían a coincidir en buena parte con lo que yo mismo podía ir conociendo a través de mis variadas y dispersas lecturas, tanto de literatura puramente creativa o crítica como de aportación documental. Efectivamente, se trata de una de las tantas manifestaciones novedosas e inquietantes de la literatura árabe actual. Que afortunadamente, y aunque muchos quieran ignorarlo —aun entre presuntos entendidos en la materia—, no se reduce a Naguib Mahfuz y tres o cuatro poetas del «verso libre». Y es obvio que con esta afirmación no se quiere establecer ni deslizar ninguna especie de analogía impertinente y absolutamente desdichada.

La «moderna» Arabia

No olvidemos que eso de «Modern Arabia» es el oportuno marchamo de una parcial «entelequia». Tal denominación favorece desde el principio —casi impone— el entendimiento global y conjunto de una producción literaria que, sin embargo, corresponde de hecho a una realidad actual parcialmente diferenciada, al menos en lo estrictamente político y administrativo. Y no exenta de sorprendentes descompensaciones, desequilibrios y paradojas. Recordemos sólo algún que otro

dato sumamente ilustrativo. Esa «Modern Arabia», por ejemplo, incluye un «gigante» como la Arabia Saudí —con sus más de 2.000.000 de km² y posiblemente menos de unos diez de habitantes— frente a otro país como Bahrain, que es tan minúsculo de extensión —poco más de 600 km²— como mayúsculo de población: casi el medio millón de habitantes. O algunos estados que son de los más ricos del mundo y cuentan con una renta «per capita» de las más altas —los Emiratos Arabes Unidos o Kuwait, por ejemplo— frente a otros de los más deprimidos económicamente y que constituyen auténticas «bolsas de pobreza»: tanto el Yemen del Norte como el del Sur. O estados que a pesar de su juventud, y al margen de su idiosincrasia, han fomentado evidentemente un proceso de modernización —Kuwait, de nuevo, pongamos por caso— con otros que en realidad acaban de iniciar su discreta apertura al exterior: Omán, especialmente. Todas éstas son realidades incontrovertibles que sirven para advertir oportunamente sobre la muy polifacética y compleja naturaleza de la Arabia de hoy. Otra de tantas muestras conspicuas de un principio metodológico y conceptual que debería aplicarse continuamente y que, por el contrario, se olvida con frecuencia: cuando de cualquier hecho del mundo árabe —en toda su extensión y amplitud— se trata, conviene dejar al margen los esquematismos y no dejarse engañar por los meros rótulos y las simples apariencias.

Constituiría un craso error, sin embargo, tener tan sólo en cuenta estos importantes elementos de diferenciación, heterogéneos y contrapuestos. Porque no menos y sustanciales factores de vinculación y fundamental homogeneidad también existen y actúan, y permiten por ello, en determinadas circunstancias, presentaciones globales y conjuntas, sin que haya que pensar especialmente, en tales casos, en la utilización de ardis y estrategias. Como el profesor Shukry Ayyad escribe en su introducción a la obra: «It is now an established fact that "Arabism" refers primarily to a community of language and culture.» Algo que también se olvida con frecuencia por dar la primacía a otros conceptos, fuertemente ideologizados además, que son de rango inferior o hasta claramente distorsionadores de la estricta realidad en no pocos casos. Concepción cultural de «arabismo» —la más adecuada, en nuestra opinión, para tratar de ir perfilando esta compleja noción— que si cabe aplicar legítimamente a manifestaciones que desbordan con creces los estrictos límites de la península arábiga, ¿por qué no va a ser

aplicable, con más razón, dentro de ésta? Pues además no tiene en principio por qué ir en contra del reconocimiento de la peculiaridad de cualquier proceso literario, ni rechazar especie alguna plausible de modalidad, variante o característica nacional o regional.

En conclusión: la nómina final de autores antologizados y concisamente presentados es de 95. Quizá a los amigos de las estadísticas y desgloses interese saber que se trata de 37 saudíes, 26 yemeníes, 13 kuwaitíes, 12 bahrainíes, seis de los Emiratos y un omaní. Cabe preguntarse al respecto: ¿está justificada la exclusión de Qátar? Los textos son poéticos y narrativos —preferentemente, de narrativa breve— con una sola muestra de producción teatral. Parece inoportuno entrar aquí en la suscitación de un punto que resulta finalmente inevitable cuando de antologías se trata: los olvidos y omisiones; lo pasamos por alto, consiguientemente. Pero cabe también, al menos, lamentar la ausencia de un poeta como el bahrainí Alawi al-Hashimi, que es también un excelente estudioso de la poesía de su país.

Juventudes literarias

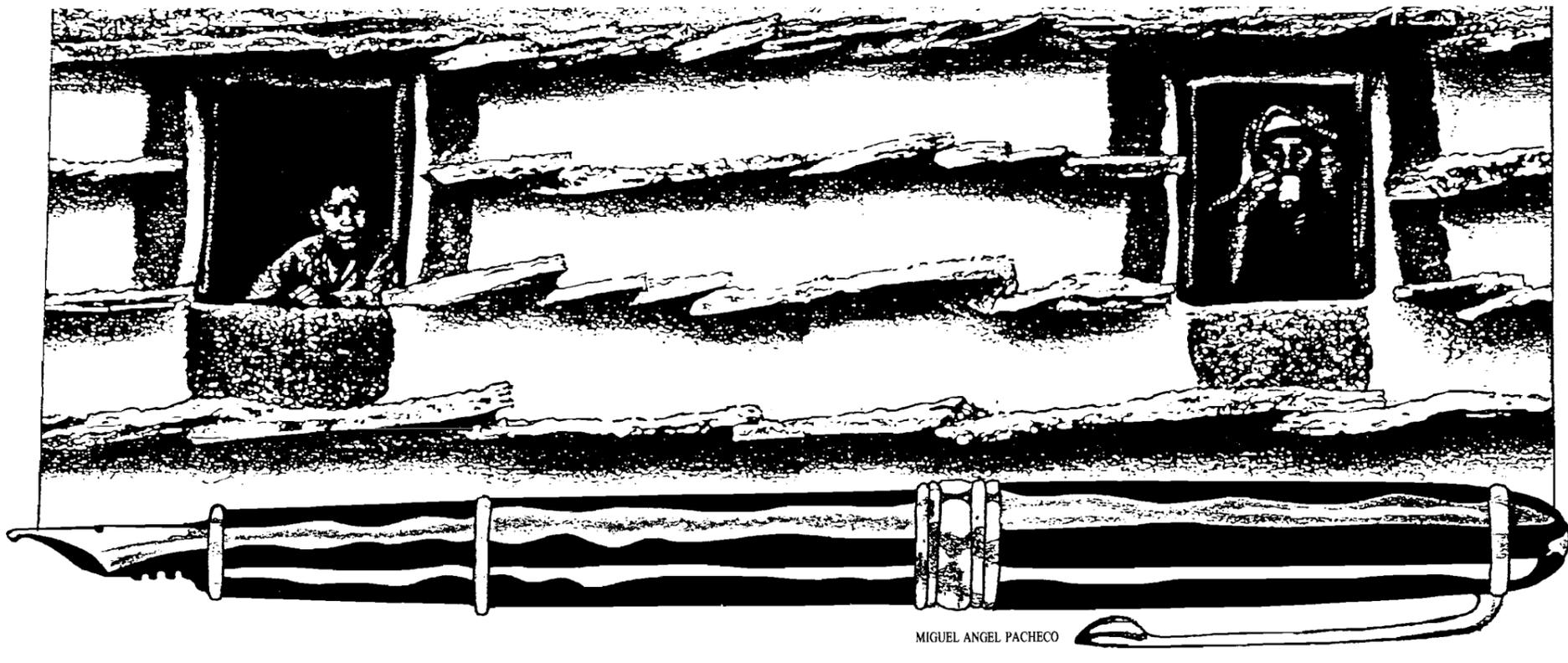
Que se trate principalmente no sólo de una literatura moderna, sino joven, parece una obviedad y un evidente rasgo, en definitiva, de congruencia. Si lo recordamos aquí se debe simplemente al hecho, fácilmente observable, de que tanto lo obvio como lo congruente parecen ser datos muy poco tenidos en cuenta y que muy rápidamente se olvidan. Pero a países en definitiva jóvenes, aunque sean también depositarios de una secular tradición, corresponde propiamente una literatura de tal condición. Se trata en última instancia de comunidades nacionales muy recientes —aunque ello no quiere decir que su entramado social y cultural no posea muy profundas y lejanas raíces— que, en rigor, sólo pueden dejar constancia de una entidad plenamente autónoma e independiente desde hace unas cuantas décadas. Este hecho resulta especialmente caracterizador y singular por lo que respecta a los países del Golfo (al-Jalich), evidentemente, para ellos, denominado «Golfo arábigo». Ni siquiera el que legítimamente puede reivindicar una mayor antigüedad nacional: la Arabia Saudí, desde luego, puede alardear de ser «demasiado antigua». Insistimos en el hecho porque más que aparente paradoja constituye rasgo auténticamente categórico y caracterizador: se trata de países que seguramente «vienen de muy lejos» —como

ya se ha recordado en más de una ocasión—, pero que, como estados y sociedades naturalmente derivados de tal configuración, casi, casi «acaban de llegar». Que se trate, por consiguiente, de unas literaturas ampliamente «jóvenes» puede constituir en cierto modo una sorpresa, pero resulta, como decíamos, absolutamente congruente.

Lo que se comprueba fehacientemente tan sólo con observar la nómina de autores incluidos y efectuar la más elemental estadística cronológica según fechas de nacimiento. Más del 60 por ciento de estos creadores han nacido entre 1940 y 1959, y si incluyéramos en la cuenta a los nacidos a partir de 1930, la cifra se elevaría a más del 80 por ciento. De la misma manera, si redujéramos la relación a los nacidos a partir de 1950 —y que no han llegado todavía, por consiguiente, a la cuarentena—, el porcentaje final estaría alrededor del 35. La convencional frialdad de las cifras se compensa aquí, indudablemente, con lo que podríamos denominar «el calor» de una edad aún juvenil.

Aspectos, éstos, que se extreman aún, y resultan por ello más ilustrativos, cuando de escritoras se trata. Sería descabellado suscribir aquí, al amparo de lo que apuntamos, un asunto tan revelador como polémico: el del acceso de la mujer árabe a la vida y a la función públicas. Desistimos, por consiguiente, de ello. Bástenos con decir, en el marco del tema que ahora nos ocupa, que los datos que podemos deducir corroboran, a su manera, lo fundamental de este complejo y específico proceso, seguramente más lento, difícil y asimétrico de lo que debería ser, pero real e indiscutible, a despecho de opiniones y juicios un tanto sesgados o unilaterales. En resumen: son 11 las autoras que se incluyen, siete de las cuales han nacido durante la década de los cincuenta, y entre las cuales está, quizá no por azar, «el benjamín» de todos los recogidos: la poetisa saudí Jadiyah al-Amri (nacida en 1959). Quizá convenga añadir que la más veterana de esta relativamente reducida cáfila es la kuwaití Suad al-Sabah (nacida en 1942), también dedicada al verso en el quehacer literario, pero que en lo académico siguió los seguramente más pragmáticos caminos de la política económica: planificación y desarrollo.

Quizá la mayor novedad inicial, o sorpresa, que estas modernas literaturas de Arabia proporcionen sea una especie de parcial desconcierto al detectarse elementos ampliamente imprevisibles. Hablo ante todo por experiencia propia acumulada, y no específicamente



MIGUEL ANGEL PACHECO

Viene de la página anterior



MIGUEL ANGEL PACHECO

como resultado de la lectura del volumen aquí traído a colación. Esa inicial sensación de sorpresa no la tendrá sólo el lector profano en literatura árabe contemporánea —lo que resultaría en última instancia perfectamente comprensible y explicable, teniendo en cuenta la total «rareza» del material que se echa al colete—, sino también el medianamente familiarizado al menos con toda esa vasta producción literaria, y por ello habrá que tenerlo por rasgo más caracterizador y entitativo. Me parece un aspecto de la cuestión apreciable sin demasiado esfuerzo, y especialmente en el campo de lo poético. Estos poetas nativos de la tópica «cuna de los árabes» se comportan imaginativa y expresivamente de forma seguramente bastante distinta a como, en principio, podríamos prever. Si es que se comete el descomunal error, naturalmente, de «prever la literatura» (y ante todo, la poesía), lo que resulta, sin embargo, seamos sinceros, mucho más frecuente de lo que teóricamente estaríamos dispuestos a reconocer. De alguna manera, cuando se empiezan a tener las primeras experiencias en este campo de lecturas, el lector no acaba muy bien de situarse y ha de imponerse la confirmación, o no, de esas primeras impresiones mediante el único procedimiento posible: el incremento de la experiencia.

Obra en ello, seguramente, la actuación inconsciente de una especie de parcial espejismo propiciado por la escasísima «información» que sobre estas sociedades tenemos. Y no tan sólo escasísima, sino, lo que es aún peor seguramente, despiadadamente tópica y reiterativa, hasta configurar patrones absolutamente inamovibles de comportamiento mental y sensitivo. Posiblemente, la primera sacudida de sorpresa se produce al descubrir que estos poetas, mayoritariamente, se expresan como seres ansiosos, insatisfechos. Y tal ingrediente de ansia, de insatisfacción, de ira en ocasiones, adquiere con cierta frecuencia una dimensión social —o parte de una motivación de esta misma índole— que, naturalmente, trata de acomodarse a los personales talentos y maneras de cada uno. Pero si reflexionamos,

advertimos que tal elemento de sorpresa se produce por haber olvidado previamente lo que no es sino obvio, natural y necesario: el poeta ha de ser, ante todo eso, un insatisfecho. Aunque resulte gratificante que, gracias a olvidos de esta clase, pueda producirse una imagen de estos pueblos que difiere bastante de la «satisfecha» y acomodada habitual.

Refiriéndose en concreto al nuevo movimiento literario en Arabia Saudí, un crítico local afirmaba, hace pocos años todavía, «que vivía en un conflicto permanente». Sin duda que esto es cierto, y observación similar cabe aplicarla, genéricamente, también a la actividad literaria en los otros países de la zona, con las peculiaridades correspondientes en cada caso. En más, cabe seguramente afirmar que esas características conflictivas aparecen con anterioridad en otros: Kuwait, Bahrain, Yemen... En este último, especialmente, ese rasgo conflictivo adquiere un matiz muy especial, al aportar una indudable dimensión política que lo singulariza claramente. La convulsa vida política contemporánea del país y la experiencia concreta de la revolución —que genera toda la consabida manifestación poética de protesta— favorece una opción de rechazo de lo que podríamos lícitamente calificar de «falso tradicionalismo», urgiendo otra que trata de acuñar «identidad» y «modernidad» como valores y elementos compaginables y no irremediabilmente contrapuestos y mutuamente excluyentes. Las obras de dos poetas como Abdallah al-Baradduni (nacido en 1929) y Abdel-Aziz al-Maqalih (nacido en 1939) —cada uno con su propio estilo y diferente manera poética, y el último excelente crítico además— ejemplifican muy adecuadamente la tendencia. Y en el terreno de la prosa de ficción, por ejemplo, la del malogrado Muhammad Abdel-Wali (1940-1973).

Resulta evidente que, en conjunto, esas manifestaciones de insatisfacción, de ansia, de conflictividad, reflejan la importante alteración social que, en breve plazo, en estos países se está produciendo. Aunque habitualmente, desde fuera, resulte difícil advertirlo y valorarlo adecuadamente. Pero no se trata de na-

da episódico ni baladí, y si desde luego de un hecho que pasa todavía por una fase transitoria y nada definitivamente perfilada aún. Y no podía ser menos, porque las que se están viendo sometidas a radicales procesos de mutación y convulsión son entidades, generalmente reducidas, fuertemente tradicionales en sus concepciones y pautas de vida, que contaban con su específica y secular coherencia interna, en trance ahora de adaptación traumática a unas formas urbanas básicamente ajenas. Por eso, la literatura que se produce es en el fondo, y desde múltiples perspectivas, una literatura esencialmente ciudadana, aunque al lector occidental pueda sorprenderle y en muchos casos ni siquiera le parezca así. En su interesante novela *Mudun al-milh* («Las ciudades de sal»), el escritor Abderrahmán Munif —nacido el año 1933 en Ammán, la capital jordana, de padre saudí y madre iraquí— ha reflejado ejemplarmente mucho de este tremendo proceso. Y no se trata, por supuesto, de la única muestra aducible, aunque sí es una de las más valiosas y representativas.

Que el escritor quiere expresar el alcance y la trascendencia de todas estas nuevas situaciones que se le imponen, y las viejas y nuevas contingencias que le asaltan, está fuera de toda duda. No sólo es el pasado el que en gran parte se derrumba, sino que similar amenaza, en el fondo, de derrumbamiento o disolu-

ción gravita desde el presente hacia el inminente futuro. Por muchas razones que no son sólo políticas, sino también profundamente culturales y sociales, resulta casi totalmente imposible que, de la sensación y vivencia de esta nueva situación, se genere una literatura que se exprese ante todo en forma de violencia y rebeldía. Los cauces van, seguramente, por terrenos más soterrados y líricos, en los que los inevitables componentes de corte post-romántico (empleemos un término que pueda resultar ampliamente inteligible para el lector de nuestra cultura) y simbolista adquieren en muchas ocasiones rango predominante. Crece así una literatura, y ante todo una poesía, insistimos, frecuentemente habitada por el sueño o por el estupor, términos que también se le han dedicado para configurarla y describirla. Pero deducir de ello que carece de intencionalidades concretas con frecuencia es una falta de conocimiento de la auténtica realidad y un indudable error de interpretación. Y aunque siga siendo en gran medida producto y alimento de relativas minorías, obliga sinceramente a la reflexión. Esas que podríamos calificar de literaturas «más árabes» —al menos teniendo en cuenta su hogar físico— constituyen en la actualidad seguramente —y cabe pensar con fundamento que lo serán cada vez más— un inquietante «descubrimiento». □

RESUMEN

La concesión en 1988 del Nobel de Literatura al egipcio Naguib Mahfuz puso en los escaparates de las librerías occidentales algunos autores más de la, en general, poco conocida literatura del mundo árabe, que muchas veces aparece así agrupada, con esa vaga etiqueta,

olvidando que se trata de una producción literaria que se corresponde con una realidad actual parcialmente diferenciada. De esta y de otras cuestiones semejantes escribe el profesor Martínez Montávez al reseñar una extensa antología de la literatura de la «Arabia moderna».

Salma Khadra Jayyusi (ed.)

The Literature of Modern Arabia. An Anthology

Kegan Paul International & King Saud University (Riyadh), Londres, 1988. 560 páginas. 35 libras esterlinas.

La duda retórica

Por José Luis Pinillos

José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) es catedrático emérito de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia Española, de la de Ciencias Morales y Políticas y pertenece al Colegio Libre de Eméritos. Es autor de Principios de Psicología, La mente humana y Psicopatología de la vida urbana.

En el curso de un año más o menos, entre 1987 y finales del 88, se han publicado en los Estados Unidos dos obras colectivas con un título casi idéntico: una retórica «de» las ciencias humanas y una retórica «en» las ciencias humanas. Aunque obviamente hay diferencias entre ambas, las dos obras se parecen en el sentido de que responden a un propósito común, que no es otro que someter a juicio el venerado método de la ciencia positiva, tenido hasta ahora por garante exclusivo y casi infalible de la objetividad del conocimiento. Básicamente, se trata de dos movimientos de asedio al método de la ciencia positiva, similares en su intención, aunque evidentemente distintos en la ejecución de su propósito. Sus críticas se dirigen, qué duda cabe, contra el método de la ciencia positiva en general, aunque de forma preferente afectan a las ciencias humanas. En realidad, la operación no es nueva, sólo que en otras ocasiones la crítica se hizo en nombre de las ciencias del espíritu. Así ocurrió, por ejemplo, con la memorable *Methodenstreit* de hace un siglo, iniciada con aquella agria polémica en que Guillermo Dilthey y Hermann Ebbinghaus ventilaron también, a propósito del método, cuestiones personales de otra índole. Pero esta vez, como digo, la iniciativa nace de la retórica, de una nueva y pujante retórica que no se resigna a quedar reducida a un arte suasorio, o poco más. En esta ocasión, como en la Grecia clásica, la retórica pretende desempeñar un papel activo en el proceso del conocimiento. Se trata, nos dicen, de una retórica de la indagación, perteneciente por derecho propio al ámbito de la racionalidad científica más estricta.

Los 22 trabajos que contiene el primero de los volúmenes citados, el dirigido por John S. Nelson, pretenden probar, y en buena parte lo consiguen, que los elementos retóricos se hallan hasta tal punto entremezclados con la práctica del método científico, afectan tan de lleno a la esencia de la indagación científica —esto es, a la obtención y uso de los datos, a su tratamiento e interpretación y, no en último lugar, a la mejor presentación de los trabajos—, que segregarlos del juego intelectual de la ciencia no parece razonable. De otra parte, la segunda de las obras citadas, la dirigida por Herbert W. Simons, está en lo mismo, o sea, intenta probar que los aspectos retóricos del discurso científico y de la actividad profesional no pueden seguir ignorándose. En definitiva, esta treintena de trabajos, salidos de la pluma de científicos y filósofos competentes y en algunos casos muy distinguidos, se inscriben en una corriente epistemológica crítica de gran actualidad, para cuya mejor comprensión puede venir bien un poco de historia.

Se ha repetido hasta la saciedad que con Galileo se inicia, o al menos se impulsa, el lanzamiento de una «nueva ciencia», la física del Barroco, cuyos espectaculares éxitos acabarían muy pronto con lo poco que quedaba en pie de las viejas humanidades. Sin duda, todo esto es importante, pero a los efectos de nuestra cuestión — el enfrentamiento de la retórica con el método — lo decisivo no es eso. Lo decisivo es que, con la nueva física, Galileo establece a la vez la objetividad moderna, es decir, una realidad que existe por sí misma y se define objetivamente por la cantidad. Una realidad observable, en suma, de cuya consideración queda excluido por principio todo aquello que carezca de extensión, que no sea observable y necesite ser pensado por alguien para existir. A partir de entonces van a que-

dar del lado de la objetividad las cosas que tienen extensión, los cuerpos físicos. En las afueras, del lado de la subjetividad, quedarán los pensamientos del sujeto, sus sensaciones, sus proyectos, sus valoraciones, sus vivencias, es decir, todos aquellos fenómenos psíquicos que no están ahí, que no se sostienen por sí mismos, que para existir necesitan de un sujeto que los piense, que sienta, quiera, perciba o valore. Por ello, a diferencia de lo que acontecía en la física aristotélica, de la cual formaba parte lo psíquico, la nueva física va a excluir de su seno todo lo subjetivo: las cualidades secundarias, la finalidad, los juicios de valor.

Realidad dual

Partiendo de esta situación es como Descartes escinde la realidad en dos mitades y elabora la leyenda de los dos mundos. La realidad se hace dual, sí, pero el método para conocerla no: en buena lógica, ese método se deberá ajustar a las características de la ciencia que define la objetividad: la nueva física matemática. Descartes apelará a una «mathesis universalis» escorada hacia el racionalismo. Bacon, en cambio, postulará un nuevo método inductivo sesgado hacia el empirismo. Ambas fórmulas serán los ingredientes que a la postre marquen los límites del admirado método, en el que ya se percibe la presencia «avant la lettre» del empirismo lógico.

Por lo que respecta a la suerte del desdichado mundo subjetivo, desterrado de la física, no le restan sino dos alternativas: o bien acogerse al método de la nueva ciencia, a pesar de su clara incompatibilidad con lo subjetivo, o bien quedarse a la intemperie, abandonado al dudoso cuidado de unas humanidades de las que cabe esperar más placer que conocimiento. La decisión no se hace esperar. Muy pronto el mundo subjetivo se despegará de las humanidades y de sus desacreditadas artes suasorias, para caer en la órbita de la física. El *Discurso del método*, de Renato Descartes, y el *Novum organum*, de Francisco Bacon, serán las grandes opciones metodológicas de la nueva ciencia: lógica la del filósofo francés, empírica la del canciller de Inglaterra. De su mano entrará también la subjetividad por el seguro camino de la ciencia. El precio será alto y habrá quien no esté de acuerdo con la decisión. La actual respuesta de la retórica pertenece a esta categoría de los descontentos.

Por lo que se refiere a la opción cartesiana, nos dicen los retóricos, es evidente que, si se acepta que la razón es infalible y que el conocimiento humano puede regirse con igual perfección en todos los campos por reglas igualmente infalibles, entonces no cabe duda de que la ciencia no dispone de lugar epistemológico alguno para el arte persuasivo con que, desde Aristóteles, acostumbra a identificarse la retórica. Lo que ocurre, alegan los nuevos retóricos, es que el propio Descartes, precisamente en su *Discurso del método para guiar rectamente la razón y buscar la verdad en las ciencias*, hace un generoso uso de la retórica.

En lo que concierne al canciller inglés, su posición respecto a la universalidad del método científico es menos equívoca que la de Descartes, que al fin y al cabo no puede aceptar la mensurabilidad de un pensamiento que carece de «partes extra partes.» Bacon declara taxativamente que con su nuevo método inductivo se va a perfeccionar no sólo la filosofía natural, esto es, la nueva ciencia de la naturaleza que surge entonces, a comienzos del siglo XVII, sino igualmente todos los demás saberes: entre ellos la moral y la política, además de la lógica y la psicología: «Alguien podría preguntarse —comenta el propio Bacon— sobre si con mi nuevo método deseo perfeccionar solamente la filosofía natural, o si deseo aplicarlo también a las demás ciencias, como la lógica, la moral y la política. Lo dicho hasta aquí debe entenderse como que mi método es aplicable a todas ellas... Porque mi



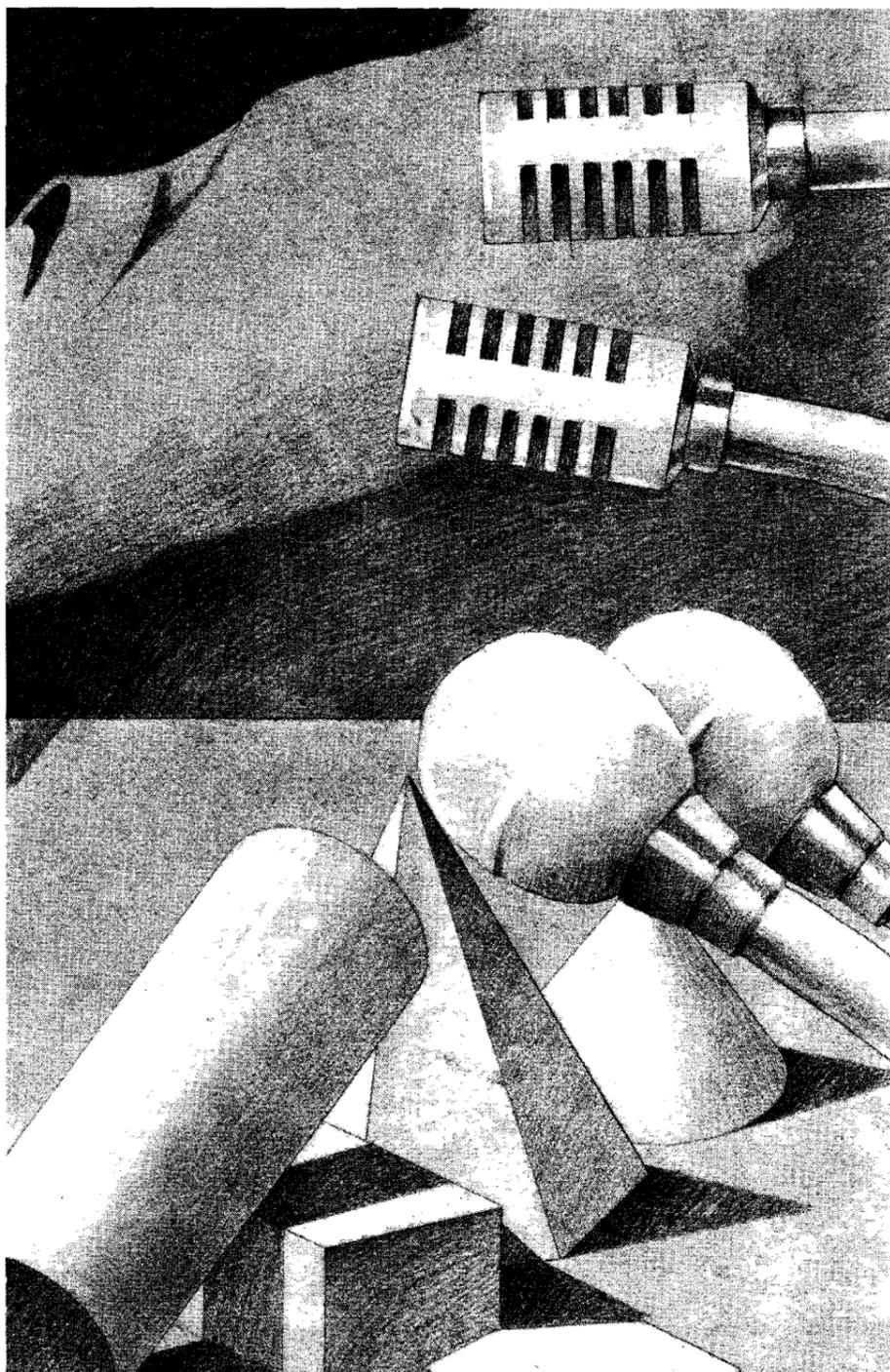
ARTURO REQUEJO

plan es componer una historia y unas tablas de invención sobre la ira, el temor, la afrenta y demás pasiones de esta naturaleza, ya sea a la vista de hechos y ejemplos sacados de la política, ya sea sobre las operaciones del espíritu: sobre la memoria, las facultades de composición, división, juicios y otras semejantes.»

Así pues, la moderna segregación de la retórica no tuvo su origen únicamente en la «mathesis universalis» de Descartes. Tampoco en el nuevo método inductivo de Francisco Bacon había lugar, teóricamente, para las artes suasorias, aparentemente propias tan sólo de las viejas humanidades. Lo cual, como veremos, constituye un grueso error que ahora comienza a percibirse. A este respecto debemos señalar que uno de los más distinguidos autores de *La retórica de las ciencias humanas*, Richard Rorty, señala —a mi entender con acierto— que esta reducción de la objetividad a sus términos científicos más rigurosos, esto es, al uso de un solo método, el de la ciencia, constituye un cientismo empobrecedor del saber humano. Tal es, en definitiva, el problema básico, lo que ha dado origen a la extendidísima y exagerada convicción moderna de que sólo a través de la ciencia positiva, sólo mediante el concurso del método científico, puede el hombre entrar en verdadero contacto con la realidad, aprehenderla objetivamente.

A decir verdad, la ciencia moderna se ha sacralizado de tal forma, esto es, ha asumido hasta tal punto la encarnación de su método como suprema garantía de la objetividad del conocimiento, que hoy en día racionalidad y método científico han pasado a ser casi una y la misma cosa. Lo cual, para decirlo suavemente, parece algo exagerado. Pues si nos atenemos a lo que realmente acontece en la práctica científica, la parte de incertidumbre, de probabilidad, de tanteo y casuística, de mera familiaridad empírica con lo que ocurre en un determinado campo, es tan considerable que la retórica puede desempeñar, y de hecho desempeña, un cometido importante en el desarrollo de la investigación científica. Como tantos otros críticos de la epistemología post-positivista, los autores de estas dos obras dudan seriamente de que el método científico esté adornado de las angélicas virtudes que todavía le atribuyen la opinión pública y algunos supervivientes del positivismo. Ciertamente, desde que Nietzsche —antes lo había apuntado ya Schopenhauer— empezó a sospechar que lo objetivo es sólo un falso concepto de un género, una antítesis dentro de lo subjetivo, la teoría neoilustrada de la objetividad, propia de la mecánica clásica, entró en crisis, aunque sólo desde hace unos pocos años se haya precipitado el proceso. Ha sido a raíz del

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

declive del positivismo lógico cuando, juntamente con la teoría de la objetividad, se ha derrumbado también la teoría de la purísima percepción, esto es, la creencia positivista en la asepsia teórica, en la imparcialidad perfecta de la observación y en la maravillosa aptitud de los hechos para hablar por sí solos.

Ha sido al amparo de este clima de escepticismo como la denigrada retórica se ha recuperado de su larga hibernación y se ha decidido, por fin, a enfrentarse a fondo con la intocable teoría del espectador. Así ha sido como los retóricos se han sumado finalmente al coro de las críticas a la teoría del método único, universal y abstracto. De este auto de fe contra el cientismo, organizado por la nueva retórica, no se salva nadie: ni las ciencias blandas, ni las duras, ni la caridad misma. Incluso la objetividad del método matemático es puesta en duda y sometida a una severa crítica. Lo que se pretende con todo ello, ya lo hemos dicho, no es sino romper el monopolio de la racionalidad que parecían detentar hasta ahora las ciencias físico-matemáticas y naturales, para que otras formas del pensamiento humano puedan encontrar un mejor acomodo epistemológico en la ciencia. La nueva retórica pretende eso: acabar con la exclusividad del método y, a la vez, participar activamente en el juego de la racionalidad científica, hasta ahora reservado, insistimos, al Método con mayúscula. En este sentido, cabría decir que

la retórica le ha hecho al método una Opa hostil, cuyo resultado final, sin embargo, aún está por ver.

La costra unitaria

La ocasión no es mala, desde luego, y analizada la cuestión desde esta nueva óptica, la costra unitaria del método se resquebraja a ojos vista. Bajo la máscara aparentemente rigurosa del método, el análisis registra la presencia de elementos que, de suyo, son retóricos, aunque no por ello irracionales. A última hora, ésta es la gran lección de las dos obras que reseñamos. En ambas se aclaran suficientemente, creo yo, los principales puntos críticos del problema. Por lo pronto, se prueba que el sueño cartesiano de la «mathesis universalis» es más bien, ya lo apuntamos, el producto de una retórica, de una mala retórica, que una realidad objetiva. Piensan asimismo los autores de estos interesantes volúmenes que una manera de desvelar lo que se oculta bajo el rigor numérico y experimental del método positivo consiste en escuchar las conversaciones de los investigadores, en observar sus procedimientos, en enterarse de cómo razonan y discuten en realidad y de verdad, registrando así los elementos retóricos positivos que contiene de hecho la práctica de la ciencia. En concreto, a lo que más se parece lo que se avis-

ta desde esta perspectiva empírica es a los idios que denunciaba Bacon y, por supuesto, al panorama de compromisos y contradicciones descrito por Thomas Kuhn. Tal es el caso, al menos, por lo que toca a la psicología. En ella ha cundido ya la sospecha de que la subjetividad humana se filtra por las paredes del laboratorio, esto es, entra y sale cuando quiere, sin que los rigores del método sean capaces de impedirlo. El método objetivo de la ciencia natural se muestra impotente frente a las sutiles trampas que le tiende la denostada subjetividad humana.

Pero no se reduce a esto la argumentación de los retóricos. La verdad es que no sólo ocurre que las actitudes del experimentador y de los sujetos experimentales influyen en la experimentación psicológica sin que el método sea capaz de impedirlo. Ocurren también otras cosas no menos curiosas. Asimismo acontece que todo hombre de ciencia utiliza los recursos de la retórica no sólo para apoyar la presentación de sus teorías, para facilitar su aceptación intelectual, para persuadir al adversario, al público o a los colegas, sino muy principalmente, y esto es lo que importa, para facilitar la propia creación intelectual, para ir más allá de los datos, para trascender el puro hecho y acceder a la posibilidad, para pasar de la mera observación a la interpretación de los hechos. En este orden de cosas, el papel creador de la metáfora, el uso de las analogías, las apelaciones a la autoridad, a la magia de los números, a los artificios de la estadística, a las explicaciones «ad hoc», a la socorrida «evidencia» de las ideas, al sentido común del lector y a tantas cosas más, constituyen indicios bastante convincentes de que la racionalidad científica, o por lo menos su práctica metódica, no es tan ajena como se dice al influjo de la denigrada retórica. En realidad, son ya muchos los filósofos y hombres de ciencia que ponen en duda el sueño cartesiano de un método universal y abstracto capaz de garantizar de una vez por todas la objetividad del conocimiento científico. No son uno ni dos los científicos que piensan que la retórica, con su casuística y experiencia de casos propios de cada disciplina, puede y debe hacer mucho para superar las obvias limitaciones de un método estrictamente nomotético.

Los argumentos que se esgrimen para demostrar esa idealización del método afectan, de una parte, ni que decir tiene, a la totalidad de la ciencia o, mejor dicho, al método científico en general. Pero para ser coherente con su propia posición ideográfica, la crítica ha de diversificarse, ello es obvio, en función de cada una de las disciplinas que forman el incierto territorio de las ciencias humanas, o sea, la psicología, la sociología, la antropología y un elástico «además», donde unas veces entran y otras no la economía, la historia, la ciencia política, la lingüística y un etcétera verdaderamente heterogéneo y largo. Naturalmente, la diversidad de las críticas es muy grande, como por lo demás corresponde

a una retórica que niega la posibilidad de una metodología ecuménica, «urbi et orbi», válida para todas las disciplinas, tiempos y lugares. A pesar de lo cual, esto es, a despecho de su caleidoscópica diversidad, los argumentos de fondo que se manejan son convergentes y, en realidad, no son tantos. A la postre, todos ellos reposan en una cuestión olvidada que merece recordarse antes de poner punto final a esta reseña.

En efecto, si volvemos la mirada atrás, hacia los orígenes del saber, comprobaremos al momento que los fundamentos de la crítica que hacen los retóricos de hoy al método de la ciencia ya se perfilan en los albores mismos de la filosofía griega. Al pasar del mito al logos, con los presocráticos, es cuando la razón se muestra por primera vez con capacidad para entender el ser objetivo de las cosas. Pero en seguida, en cuanto se afianza la posición del ciudadano en la vida pública de la «polis», en la política, la filosofía deja de ser cosmológica y se hace antropológica: no se ocupa ya tanto del logos que enuncia el ser de cada cosa como del logos de quienes la enuncian, del logos de los ciudadanos que hablan de la cosa pública, de sus asuntos. Un logos que, como certeramente señalara Xavier Zubiri en *Naturaleza, Historia, Dios*, no es ya una simple enunciación del «es» las cosas, sino del «es» de las cosas tal y como se le aparecen a alguien, tal y como se le hacen manifiestas a cada ciudadano en el curso de la vida. En última instancia, este logos va a representar la «manera de ver las cosas»: ser, insistirá Zubiri, va a significar parecer, porque aun siendo las mismas cosas a cada cual se le aparecen de una forma diferente. Quizá porque, como sostenía Ortega, no hay realidad sin punto de vista.

En cualquier caso, todo ello significa que este logos es el principio del diálogo y el fundamento de la superación del subjetivismo, pues a última hora algo que no se hiciera manifiesto para alguien y de lo que no se pudiera hablar no llegaría a ser nunca una cosa de la vida. De lo que las cosas sean o dejen de ser sólo puede hablarse, al fin y al cabo, en la medida en que los hombres nos referimos a ellas. Pero ello equivale a afirmar que, en cuanto «khrémata», en cuanto asuntos de la vida, el criterio del ser y del no ser de las cosas es su aparecer ante el hombre, su ser como fenómeno subjetivo, del cual no hay sólo un «légein», ésta es la cuestión, sino tantos decires como pareceres, como puntos de vista. El decir de unos se encuentra así con el contradecir de otros, con el «anti-légein», y hace necesaria la retórica.

Los argumentos de entonces diferían, por supuesto, de los que hoy se manejan, pero el fondo de la cuestión sigue en pie. Los pareceres son ingredientes reales y efectivos de la racionalidad humana y no es razonable pretender que no lo sean. De ahí que a las ciencias del hombre, tan empachadas de metodología, no les vendrá mal escuchar este nuevo discurso de la duda retórica. □

RESUMEN

La coincidencia de la aparición en Estados Unidos de dos libros colectivos que se ocupan de las relaciones entre la retórica y las ciencias humanas, le lleva a José Luis Pinillos a adentrarse en el campo de la retórica; de una

nueva y pujante retórica que no se resigna a quedar reducida a un arte suasorio, o poco más. La retórica, como en la Grecia clásica, nos recuerda Pinillos, pretende desempeñar un papel activo en el proceso del conocimiento.

John S. Nelson, Allan Megill y Donald McCloskey (eds.)

The Rhetoric of the Human Sciences

The University of Wisconsin Press, Madison, Wisconsin, 1987. 445 páginas.

Herbert W. Simons (ed.)

Rhetoric in the Human Sciences

Inquiries in Social Constructions, Sage Publications, Londres, 1988. 256 páginas. 27,50 libras esterlinas.

El filósofo y su sombra

Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (*Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935*) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada. Entre otros libros ha escrito *Arte, verdad y ser en Heidegger*, *Palabra en el tiempo: poesía y filosofía en Antonio Machado* y *La voluntad de aventura: aproximación crítica al pensamiento de Ortega y Gasset*.

El centenario de Martin Heidegger ha estado bajo el signo de la disensión, suscitada, casi desde la antevíspera, con un calculado efecto multiplicador, por la obra de Víctor Farías *Heidegger et le Nazisme* (1987), a la que de entrada hay que reconocerle el mérito de haber desplazado el centro de interés hacia la dimensión práctico/política del pensamiento heideggeriano. Y no porque no se hubiera reparado antes en el problema. La cuestión del nazismo de Heidegger está abierta desde 1945, como recuerda Habermas en *Perfiles*; de la década siguiente son dos obras de marcado tono crítico en este aspecto: *Heidegger, pensador de un tiempo indigente*, de Karl Löwith, y *La destrucción de la razón*, de G. Lukacs, y a partir de la obra de Schneeberger, *Nachlese zu Heidegger* (1962), se suceden las controversias, donde hay para todos los gustos (Löwith o Waehrens, Minder o Palmier, Habermas o Pöggeler), y que vuelven recurrentemente, como un destino o una obsesión.

Se comprende que Jean Baudrillard haya podido hablar a este propósito de un revival «colectivo en una hora de balance secular... colección sin salida de un fin de siglo alucinado, fascinado por el horror de sus orígenes». Yo no me atrevería, con todo, a calificarla de «vana disputa», porque los horrores pueden volver y están volviendo los signos amenazantes por toda Europa, y unos y otros no se conjuran con una liturgia mítica, sino con la lucidez de la reflexión. En este sentido, la obra abiertamente desmitificadora de Farías ha tenido un efecto estimulante, a juzgar por las resonancias y réplicas, incluso por la amplia cosecha de estudios, que al menos en Francia ha provocado (Bourdieu, Fedier, Lacou/Labarthe, Ferry/Renault, Derrida, Lyotard). A España llega la polémica rezagada con motivo de la reciente aparición de la traducción española, y sería triste que aquí no tuviera otro alcance que dedicar más tiempo al comentario del libro de Farías que a la comprensión de la obra de Heidegger.

Desde la introducción precisa Farías los tres niveles de su análisis: «el del contexto histórico objetivo, el de la práctica concreta del pensador que adopta esta o aquella opción política y el de la significación sistemática de las ideas que formula» (29). Su novedad, desde el punto de vista metodológico, ha consistido en lograr una interrelación dinámica de los tres niveles, aunque, a mi juicio, presta más atención al contexto histórico y a la práctica política concreta que al pensamiento expreso que se deja resaltar sobre el friso sociocultural de la época. De otro lado, en el carácter abrupto, es decir, total y radical, de su crítica del caso Heidegger, como un pensamiento intrínsecamente nazi, de cabo a rabo, sostenido por «una fidelidad esencial —hasta el final de su vida— a los postulados genéricos del nazismo» (12). Si en los dos primeros niveles el libro de Farías ha conseguido aportaciones relevantes, pese al riesgo, acaso consentido metódicamente, de proyectar con exceso la sombra de la situación histórica sobre los textos heideggerianos, en el tercero, en cambio, la lectura de Farías adolece de rigor hermenéutico y resulta ser, a la postre, una denuncia apasionada —(«la inhumanidad discriminadora de Heidegger») que raya a veces en una hermenéutica de inquisidor. Es muy elocuente, en este sentido, que la edición española haya tenido que corregir un defecto capital de su lectura —la mención a Sachsenhausen en un escrito

último de Heidegger— y se haya enriquecido con nuevos párrafos sobre otros textos heideggerianos, posiblemente respondiendo a huecos graves que había señalado la crítica.

En lo que respecta al contexto histórico, la investigación de Farías reconstruye fidedignamente el mundo del catolicismo rural, integrista y fuertemente antisemita, de pretensión pangermánica y vinculado al movimiento socialcristiano de Lueger. El joven Heidegger había crecido en este ambiente, pertenecía a la «Grubund», partidaria del catolicismo tradicionalista de Richard von Krallin, e intervino en el homenaje que en su región natal se dedicó al monje agustino Abraham a Sancta Clara, destacado predicador barroco, notable por su antisemitismo y su integrista religioso. El análisis de Farías de este primer escrito heideggeriano prueba convincentemente la existencia en el joven Heidegger de un germen de crítica antiliberal y antimoderna. Claro que cuando dos capítulos más tarde analiza la ruptura de Heidegger con la Iglesia, lejos de enfatizar, como era el caso, que ésta se produjo con motivo de la condenación del modernismo, insinúa motivos espúreos de resentimiento o de conveniencia académica. A la vista de la estructura de la obra, que se abre y se cierra con referencias a Abraham a Sancta Clara, es obvio que Farías ha querido primar la influencia del monje agustino en el pensamiento heideggeriano. Su tesis es que el último Heidegger se mantiene fiel a sus orígenes. En este punto no puedo menos de compartir la crítica que le ha hecho H. Otto de hacer de Heidegger un discípulo, casi un hijo espiritual —me atrevería a decir—, de Abraham a Sancta Clara, lo que es una grave simplificación hermenéutica. Si Farías hubiera estado interesado realmente en analizar el sustrato católico determinante del pensamiento de Heidegger, habría tenido que recurrir a San Agustín, la Escolástica y la gran tradición mística medieval. Pero su interés se reduce a perseguir el hilo rojo antisemita, a su parecer evidente en esta fidelidad —¿también esencial?— al monje agustino de su región.

Epoca del rectorado

En el segundo nivel de análisis —la práctica política de Heidegger entre 1933 y 34— queda probada de modo irrefutable la tesis de que la opción de Heidegger por el nazismo no fue un compromiso ocasional ni un mero error político ajeno a su pensamiento. La época del rectorado de Freiburg es de sobra conocida gracias a la investigación objetiva y rigurosa de Hugo Ott. Los hechos no son, pues, nuevos, pero la lectura omnicompreensiva de Farías, sus nuevas aportaciones y argumentaciones, les prestan una contundencia inexcusable. A la luz de estas pruebas, resulta evidente que el proyecto político de Heidegger se orientaba a revolucionar la Universidad en sentido nacionalsocialista, de modo que sus reflexiones posteriores sobre el rectorado obedecen a una voluntad de descargo que pretende en vano atenuar los perfiles de su compromiso.

El propósito de Heidegger no era otro que convertirse en guía espiritual de la revolución nacionalsocialista. La autoafirmación de la Universidad alemana significaba su restauración sobre la doble base de la «ciencia» autónoma, desligada de toda servidumbre técnico-profesional e ideológica, y del «destino» del pueblo alemán, que como pueblo metafísico había de reabrir el «origen» histórico de Occidente en Grecia. «Al expresar aquí por primera vez una convicción que conservará hasta el fin de su vida, Heidegger estipula que los orígenes del hombre occidental deben ser buscados en el eje trascendental heleno-germánico, en su fuerza espiritual inigualada» (160). Los tres servicios —del saber, de la milicia y del trabajo— que asigna el nuevo rector a la comunidad universitaria la vinculan así a la misión histórico-espiritual del pueblo alemán en una hora decisiva.

La investigación minuciosa y exhaustiva de Farías pone de manifiesto de modo concluyente el radicalismo de la postura de Heidegger, que alienta campamentos y centros de formación ideológica, impulsa las organizaciones estudiantiles de las SA, interviene en homenajes y conferencias para extender su ideal de reforma universitaria dentro del Estado nacionalsocialista, interviene activamente en la transformación de la Hochschuleverband y en la creación de una nueva agrupación de profesorado (KADH) de inspiración nazi, apoya directamente a Hitler en el mitin de la ciencia alemana con motivo del plebiscito en favor del Führer; en una palabra, se convierte en el «mentor» de la reforma universitaria en el sentido nacionalsocialista más radical. No duda, en este aspecto, en corregir la plana al propio Hitler, como en la conferencia de Tübingen: «La revolución ha llegado a su fin y su lugar ha sido ocupado por la evolución», según las palabras textuales del Führer. La evolución debe suceder a la revolución. Sin embargo, en la Universidad —se atreve a corregir Heidegger—, «la revolución no sólo no ha alcanzado su objetivo, sino que ni siquiera ha comenzado» (207). No cabe duda que el compromiso de Heidegger con el régimen nazi fue, en esta época, integral.

Sin embargo, Farías no subraya otros hechos decisivos del rectorado, como la intercesión del rector para que no aplicara el decreto antijudío a los profesores Hevesy y Tannhauser o el hecho de que en Freiburg no se produjera la quema de libros.

En cuanto al rechazo heideggeriano a las llamadas de las universidades de Berlín y Múnich y su voluntad de permanecer en provincias, Farías sólo encuentra en ello «una retirada estratégica» ante las luchas intestinas de las distintas facciones nazis y un proyecto concreto de oponerse a la creciente burocratización de la facción institucional, sin reparar si en este ideal de vida, elemental y sencilla, que Heidegger opone a los valores de la civilización industrial —ideal que, por otra parte, se mantiene inalterable en el pensamiento heideggeriano— no se encierra acaso una clave decisiva para explicar su distanciamiento, a partir de 1934, de un nacionalsocialismo tecnocratizado. Otro tanto ocurre con su dimisión como rector. Aunque el motivo de fondo fuera, como parece verosímil, su creencia en la inviabilidad de la reforma educativa al romperse el equilibrio de fuerzas a favor del sector oficialista, no puede minimizarse el hecho de que se trata de una dimisión, es decir, de un no acatamiento de indicaciones expresas oficiales para que removiera a dos de sus decanos, y que en todo caso supuso una inflexión decisiva en su nacionalsocialismo. Heidegger —es verdad— no rompió taxativamente con él —lo que en aquellas circunstancias hubiera sido heroico—, pero modificó decisivamente su actitud. Aunque abrigara por algún tiempo la confianza en una posible rectificación del movimiento y apareciera en algunas ocasiones como miembro del partido, Heidegger fue visto como un disidente, vigilado y controlado en sus clases y declaraciones, y contó con la animadversión del sector Rosenberg. Hablar en tales circunstancias de una «militancia activa», como afirma Farías, es a todas luces una exageración falta del menor sentido crítico.

La conclusión final que saca Farías de todas estas circunstancias no puede ser más inconsistente. Puesto que Heidegger formó parte de la facción radical de Röhm y se enfrentó al sector institucionalista, su distanciamiento del nacionalsocialismo sólo prueba que era más nazi que todos ellos. A nadie se oculta la falacia de este argumento, por utilizar un término en doble sentido. De un lado, Heidegger es más nazi en el sentido genuino de lo que él entiende por fundar la existencia histórica de Occidente, o lo que llama Farías «espiritualizar» el movimiento; del otro, se la hace ser más nazi en el sentido histórico que tomó el curso político ulterior a los aconteci-

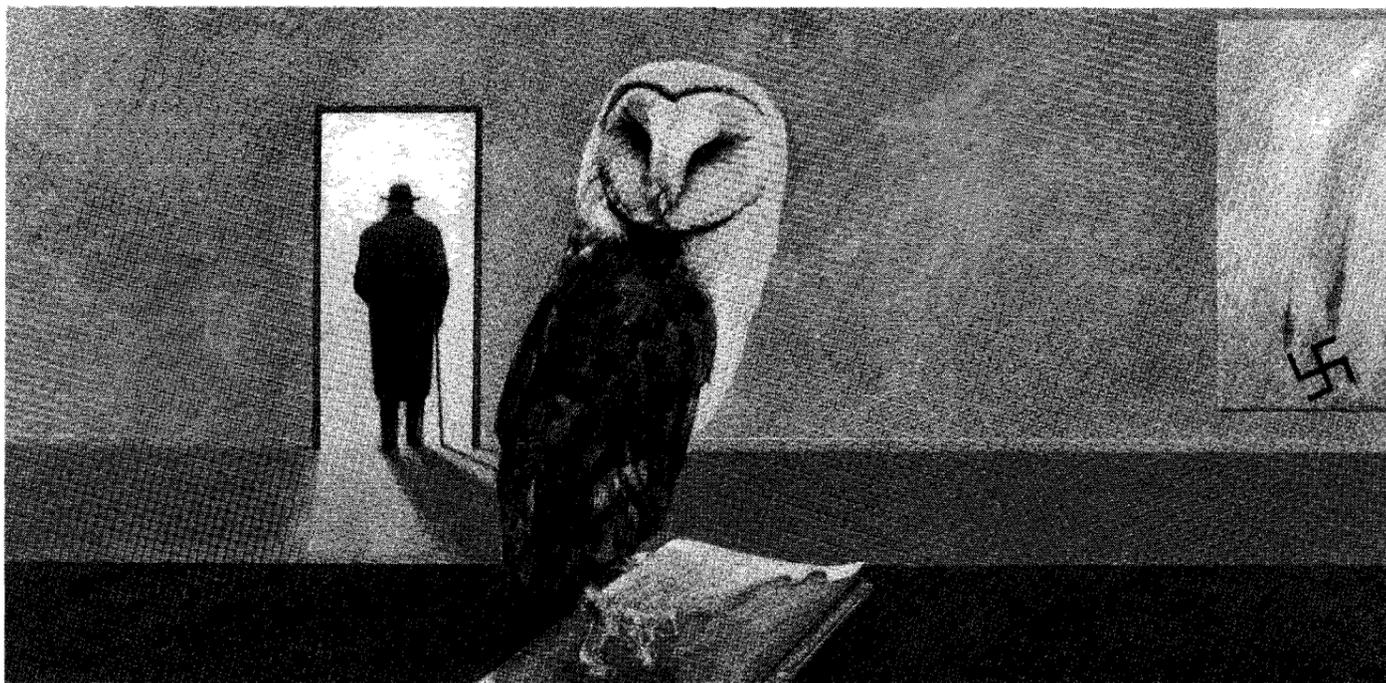
mientos del 34. A mi juicio, sólo cabe concluir que Heidegger entendía el nazismo de un modo diferente y opuesto al que luego acabó históricamente triunfando, y que es el referente fundamental del uso de este término.

¿Filosofía nazi?

Lo decisivo, con todo, es saber qué relación guarda la filosofía de Heidegger con el nazismo. Para Farías se trata de una vinculación intrínseca y esencial. Esta es la verdadera cuestión y ha de ser discutida a partir de los textos heideggerianos. Suscribo plenamente la tesis de Farías de que no cabe divorciar la filosofía y la praxis política en un gran pensador. Semejante esquizofrenia no hace justicia ni a la profundidad del pensamiento ni a la seriedad del compromiso político. Podría argüirse, sin embargo, que hay filosofías apolíticas, y por lo mismo más ciegas a su circunstancia y más vulnerables en la práctica concreta. Tampoco éste es el caso. Su filosofía es esencialmente política no sólo porque surge de una situación de crisis histórica radical, bien visible en el fenómeno «cultura de Weimar», sino porque busca una salida revolucionaria de la crisis mediante la fundación de una nueva época y una nueva figura de existencia. Como ha mostrado Bourdieu, la filosofía heideggeriana se inscribe en el ámbito cultural del «revolucionarismo conservador» (Spengler, Sombart, Jünger), que busca la estrategia de una tercera posición frente al liberalismo y el marxismo. Si esta dimensión política no está en la superficie se debe a que en la filosofía de Heidegger se opera una trascendentalización de lo político, que queda así traspuesto, y a la vez metamorfoseado, en el orden de una revolución mental. Sin ser un reflejo ideológico de la crisis cultural, Heidegger ha sabido transportarla al espacio teórico de la filosofía, refractándola en la experiencia del nihilismo y en la necesidad de atravesarlo hacia una nueva fundación histórica. El encuentro, pues, de Heidegger con el nacionalsocialismo era inevitable.

Ahora bien, este encuentro no puede ser aclarado exclusivamente desde *Ser y Tiempo* (1927), como hace Farías. Ni el concepto de existencia como «ser en el mundo» ni el de libertad como resolución hacia el poder ser más propio apuntan en esta dirección. Por otra parte, lo que se ha dado en llamar tendencias antidemocráticas de *Ser y Tiempo* se reduce a la crítica de la opinión pública en tanto que estado de interpretación anónima y cotidiana de la existencia («Man»). La aproximación entre «opinión pública» y «publicidad» en el sentido del mercado, y el contagio de la una por la otra, hacen ver el inmenso potencial liberador de la crítica a la tiranía de la opinión pública, establecida como un dogma de fe. Por lo demás, la analítica de la historicidad concreta y auténtica muestra al ser histórico como heredero de una tradición en la que encuentra su destino, esto es, aquello que se le destina a su libertad y con lo que tiene ésta que afrontarse para reabrirlo en el curso histórico de sus posibilidades. En modo alguno se trata de una repetición inerte, sino de una réplica que asume y recrea esas posibilidades poniéndolas de nuevo en curso. Esto y no otra cosa significa que «el "Dasein" elige sus héroes». Ni la existencia heroica, ni el ser para la muerte, ni la lucha como afronte con el destino tienen nada que ver con el movimiento nacionalsocialista. La única medida, no contemplada por Farías, en que la filosofía de *Ser y Tiempo* queda abierta —no abocada— a la posterior experiencia política de su autor residiría, a mi juicio, en la crítica que en esta obra se hace al humanismo clásico moderno en el doble aspecto de una autoconciencia pura («cogito») y del consecuente idealismo práctico de la libertad.

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

Para el encuentro de la filosofía de Heidegger con el nazismo es menester tomar en cuenta otra dimensión desatendida por Farías: la inserción heideggeriana en el radicalismo de la «Kulturkritik», a la que ya he hecho referencia, con su recusación de la civilización industrial, del mundo técnico y de la ideología liberal humanista que le subyace. Jünger jugó un papel decisivo, al igual que antes Nietzsche, en la identificación de nihilismo y modernidad. De este modo la destrucción de la metafísica del «cogito», emprendida en *Ser y Tiempo*, podía desembocar ahora en una confrontación decisiva con una figura de mundo, que era la consumación de la metafísica. La clave, pues, del encuentro filosófico de Heidegger con el nacionalsocialismo, sus razones para elogiar su «interna verdad y grandeza», hay que buscarla, según la declaración del autor en la *Introducción a la Metafísica* (1935) —ya sea o no el inciso del 53 posterior al texto primitivo—, en la capacidad del nacionalsocialismo para enfrentarse con el problema del mundo técnico y poner a éste sobre nuevas bases —la tierra, el pueblo alemán y su destino histórico-metafísico— de renovación.

De que las cosas no eran así tuvo bien pronto Heidegger una experiencia directa. La *Introducción a la Metafísica* recoge la interna tensión de su pensamiento a partir de la crisis decisiva del 34. De alguna manera Farías la minimiza al presentarla como el registro de lucha entre dos facciones internas del partido. A mi juicio se trata de dos modelos irreconciliables de entender el nacionalsocialismo: el trascendentalista heideggeriano, como una repetición del comienzo originario de Occidente en la hora de su extrema decadencia, y el tecnoburocrático que lo asociaba al control totalitario del aparato del Estado. Lo que llama Farías, con una expresión acertada, «espiritualizar el nacionalsocialismo» está diseñado en la *Introducción a la Metafísica* en el empeño de recuperar el espíritu («Geist»), la capacidad para reabrir el preguntar y el acontecer de lo originario, frente a la inteligencia como cálculo técnico de planificación y dominio. El programa de Heidegger no se ofrece sólo frente a la gran tenaza de Rusia y América, marxismo y positivismo, que a su juicio representan «metafísicamente lo mismo, el mismo furor en el desencadenamiento de la técnica y la organización abstracta del hombre», sino también contra la desviación oficialista del nacionalsocialismo, «la conducción organizada de las razas y masas de un pueblo». Farías señala que esta tercera posibilidad no está a la altura de las otras dos, pues «mientras condenaba a los dos primeros, del tercero observó únicamente su desarrollo erróneo» (312). Y aunque la observación es acer-

tada, pues Heidegger en esta época creía aún en las virtualidades del movimiento y la posibilidad de su recuperación, no es menos que se trata de una condena de lo que luego acabaría siendo el nacionalsocialismo históricamente determinante. En modo alguno puede inferirse de las palabras de Heidegger, que se limitan a poner toda excelencia (arte) bajo la ley del espíritu («Geist»), que «la alternativa racista o belicista pudiera devenir “verdad”» (312).

En esta línea ha de entenderse, a mi juicio, el desarrollo más coherente de la posterior reflexión heideggeriana. De un lado, la crítica del antropologismo, en que persistía la metafísica biológica de la raza; del otro, la denuncia de la voluntad de poder, que subyace a la civilización técnica. La ocupación crítica de Heidegger con la filosofía de Nietzsche entre 1936 y 1944 y su orientación hacia la poesía de Hölderlin confirman esta orientación. En este punto la hermenéutica de Farías resulta tan pobre como cicatera. Aun reconociendo que «el análisis crítico de Nietzsche constituyó una confrontación indirecta, tan radical como polémica, de la filosofía de Heidegger con la ideología oficial» (351), no saca las conclusiones pertinentes. Sigue entendiéndolo como un registro más de las querellas intestinas. Cuando en verdad, en la medida en que el nacionalsocialismo estaba vinculado formalmente con una lectura biológica y belicista de la obra de Nietzsche, quedaba alcanzado de lleno por la interpretación heideggeriana de la voluntad de poder como la forma extrema del nihilismo de la metafísica.

De otro lado, la orientación hacia Hölderlin, que suplanta a Nietzsche, como ha mostrado Pöggeler, en cuanto intérprete del destino histórico del pueblo alemán, le lleva a creer a Farías que Heidegger aún persevera en su antiguo planteamiento: «El distanciamiento de Heidegger del nacionalsocialismo terminó siendo una restauración espiritual de los fundamentos de la concepción del mundo del nacionalsocialismo» (355). Por lo que se ve, el nazismo genérico de Heidegger se reduce para Farías a esto: la creencia en la superioridad del genio alemán y de su lengua como realizadora de la gran tradición griega, una creencia fundada o no históricamente, pero compartida ampliamente por la inteligencia alemana, hasta el punto de que forma parte de su conciencia histórica desde el siglo XVIII. De esta obsesión adolece la versión que da Farías de los *Comentarios* heideggerianos a Hölderlin. No alcanza a ver en la idea de «Natur» el anuncio de una experiencia de la realidad que aún está por advenir ni valora adecuadamente la sustitución del Führer por el pensa-

dor y el poeta. Farías ve en todo ello una manera sublimada, espiritualizada, de nacionalsocialismo (373). De nada sirve que en *La Carta sobre el Humanismo* haya puntualizado Heidegger que la palabra «patria» no tiene «en absoluto un sentido patriótico ni nacionalista, sino más bien desde el punto de vista de la historia del ser», ni la aclaración posterior de que «esto se anuncia a los alemanes para que, en virtud del destino que los liga con otros pueblos, se vuelvan con ellos capaces de una historia mundial. La patria de este habitar histórico es la proximidad al Ser». No, la postura de Farías sólo se satisface con una «crítica implacable» al nacionalsocialismo. ¿Por qué silencio, entonces, los pasajes de la *Carta* en los que Heidegger critica abiertamente el biologismo como expresión del antropologismo de la subjetividad moderna, o aquellos otros de la *Superación de la Metafísica*, parágrafo 26, donde Heidegger interpreta la acción de dirigir («Führung») como planificación y cálculo de la seguridad acerca de todo, y la figura del jefe («Führer»), «la forma más fatal de la apreciación dominante», como consecuencia del nihilismo extremo de la metafísica moderna?

¿Se deben tomar estas críticas al mundo científico/técnico y a su humanismo antropocéntrico como una prueba recalcitrante del anti-iluminismo reaccionario, y por ende nacionalsocialista, como han hecho Ferry/Renaud, o más bien como la conciencia crítica que ha penetrado más hondo en el nihilismo esencial de nuestra época? He aquí la cuestión. Los que optan por la primera lectura han condenado irremisiblemente a Heidegger a las tinieblas exteriores, donde no perturbe el optimismo racionalista; los que como Marcuse, por citar un pensador de la izquierda europea, opten por la segunda, se niegan a la implantación de nuevos ídolos y mantienen alerta la sensibilidad para la posibilidad de lo catastrófico.

Mi opinión es que el viraje heideggeriano («Kehre»), que afectó tan decisivamente al

sentido de su obra, incluye la rectificación del nacionalsocialismo en el que estuvo enredado, entre malentendidos y equívocos, entre 1933 y 1935.

Cabría finalmente que nos preguntáramos por qué, pese al requerimiento de Marcuse, de Jaspers o de Bultmann, no condenó Heidegger los horrores de la experiencia nazi. «Su adhesión sin límites al fondo genérico del nacionalsocialismo permite comprenderlo —responde Farías—, pese, o sobre todo, por el hecho mismo de haber criticado el desviacionismo» (383-4). Sin duda es una respuesta razonable. Pero, respuesta por respuesta, también puede valer como descargo lo que el filósofo respondió a Marcuse: «Una confesión después de 1945 me resultó imposible, porque los partidarios de los nazis manifestaron su cambio de convicciones de la manera más abyecta, y yo no tenía nada en común con ellos.» Desde luego, esta respuesta no puede satisfacer a la conciencia moral y a la memoria del holocausto, como no satisfizo a Marcuse, pero no deja de ser, desde el punto de vista teórico, una respuesta convincente. Podría igualmente traerse a colación la reflexión de Montaigne sobre la imposibilidad de arrepentirse en sentido radical y pleno, porque la ambigüedad todo lo penetra y nadie se encuentra en completa disposición de sí. Sospecho que la teoría heideggeriana de la historia ontológica le impedía en este sentido entender la experiencia nazi como la locura colectiva de un sujeto autónomo. Como ha apuntado Habermas con finura, «sólo parece propio de una actitud que no sólo funda en la historia del Ser su propio error, sino también, en lugar de someterlo a una clarificación moral, el “error” que representó el nacionalsocialismo» (*Perfiles*). Podría, en fin, alegarse que a la filosofía de Heidegger —y se sobrentiende a él mismo— le falta la dimensión moral que le permita reconocer su propia culpa. Desde luego, quien así piense ya lo ha juzgado. En vano habría que remitirle al sentido ontológico de una nueva Ética que, como la *Gelassenheit*, renuncia a toda forma de agresión y de cálculo egoísta de utilidades, para abrirse, a través del nihilismo, a una nueva experiencia de lo indemne. Todo se juzgaría como una forma más de acatamiento de la necesidad histórica. Para Farías, por ejemplo, el último Heidegger está más cerca de la intransigencia antisemita y reaccionaria de Abraham a Sancta Clara que de la mística de Boehme. Del hecho de que en la entrevista a *Der Spiegel* reconozca Heidegger que la democracia no está en condiciones de medirse con los problemas de la era de la técnica infiere Farías la confesión, explícita y residual, de su antidemocratismo, al igual que de la contribución a un nuevo homenaje local a Abraham a Sancta Clara, concluye que «Heidegger colaboraba en 1964 con todo su prestigio a la restauración de una tradición siniestra» (398).

Se diría que la hermenéutica de Farías está más interesada en juzgar que en comprender; en una palabra, en emitir el veredicto de la historia. Pero, al menos en este punto, viene a confirmar la filosofía heideggeriana, pues quien no aclara los supuestos de su horizonte de comprensión está expuesto a ser víctima de ellos y dejar hablar, sin saberlo, a sus propios prejuicios. □

RESUMEN

Aun cuando, como nos recuerda el profesor Cerezo Galán, la cuestión del nazismo de Heidegger era un tema que estaba sobre el tapete desde el final de la guerra, un libro polémico de Víctor Farías a propósito del nazismo

del filósofo alemán ha provocado, a juicio de Cerezo, el que el centenario de Martin Heidegger haya transcurrido bajo el signo de la disensión, desplazando del centro de interés otras dimensiones del pensamiento heideggeriano.

Víctor Farías

Heidegger y el nazismo

Muchnik, Barcelona, 1989. 420 páginas. 2.700 pesetas.

Organismos marinos de importancia biomédica

Por Antonio González

Antonio González (Los Realejos, Tenerife, 1917) ha sido catedrático de Química Orgánica de la Universidad de La Laguna y director de la sección de Química Orgánica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica (1986).

Durante la dura lucha que el hombre desde su origen sostiene con la Naturaleza hostil que le rodea, se ha ido desarrollando su capacidad de observación, llegando a separar de forma empírica los elementos útiles de los perniciosos. Así va distinguiendo entre las plantas que conoce las que matan de las que alivian sus dolencias. Tenemos muchas evidencias de que el hombre desde la prehistoria usó con preferencia las plantas en la preparación de sus medicamentos, depositando sus conocimientos científicos en los sacerdotes, elevando así a la categoría de sobrenatural todo lo que no puede explicar por el raciocinio, por ejemplo sus problemas de salud. De esta forma se originó lo que Augusto Comte denominó «estado teológico de las Ciencias». En todas las civilizaciones de la antigüedad la práctica médica iba siempre acompañada de ceremonias mágico-religiosas que las escuelas de medicina de Grecia trataron de eliminar fomentando la observación empírica. Las antiguas civilizaciones nos han legado largas relaciones de medicamentos en cuya composición predominaban los vegetales, algunos todavía vigentes en la farmacopea moderna (apio, mandrágora, cicuta, camomila, ruda, mostaza, sen, ricino, scilla, etc.).

Nuevas plantas medicinales

Durante la Edad Media se practicó en Europa la misma medicina que en Grecia y Roma, y en este largo período no se incorporó a la farmacopea ninguna aportación importante, a pesar del brillante florecimiento científico del período arabe-hispánico. A partir del siglo XIV, con los descubrimientos en América y los grandes viajes, la farmacopea europea se enriquece con la incorporación de importantes plantas medicinales procedentes de los países descubiertos o visitados en los cuales los nativos las usaban para el tratamiento de sus enfermedades. Procedentes de América podemos citar como relevantes la corteza del árbol de la quina (*C. ledgeriana*), las hojas del árbol de la coca (*E. coca*), la droga «ipecac» (*C. ipecacuanha*), el «curare» (*Strychnos*), etc. A éstas siguieron otras incorporaciones tan valiosas como las digitalis, rauwolfias, vincas, etc. Los metabolitos aislados de estas plantas han causado un fuerte impacto en la medicina moderna y han servido a la industria de modelo para las síntesis de fármacos del máximo interés.

En la pasada centuria, una pléyade de excepcionales científicos establecieron los principios básicos y los métodos de trabajo que permitieron el desarrollo extraordinario de la química orgánica, determinándose las estructuras de muchos miles de productos naturales aislados de plantas terrestres en gran proporción y con interesantes actividades biológicas.

Los rudimentarios métodos de aislamiento y análisis de que disponía el químico de productos naturales no fue obstáculo para que se desarrollaran campos tan importantes para la salud humana como el de las vitaminas, hormonas o antibióticos.

El desarrollo de los métodos científicos de separación y de análisis de los metabolitos secundarios, durante la década de los setenta, ha hecho posible el aislamiento y la determinación estructural de compuestos complejos con menos de 1 mg. de sustancia y con bastante rapidez si se dispone de cristales adecuados para su análisis por rayos X. Así, la de-



ANGELES MALDONADO

terminación de las estructuras y configuraciones de los productos naturales pasó, en las dos últimas décadas, a ser un trabajo de rutina. El extraordinario esfuerzo realizado durante la última parte de la pasada centuria y los años que han transcurrido de ésta ha llevado al conocimiento de muchos miles de metabolitos secundarios, lo que ha permitido conocer mejor la biología, la quimiotaxonomía, la ecología química, la bioquímica, la farmacología y la medicina, entre otras ramas de la ciencia.

Productos naturales

A pesar del extraordinario desarrollo de los productos naturales procedentes de organismos terrestres, la química de los productos naturales obtenidos de organismos marinos fue un sector marginado hasta las tres últimas décadas, motivado por diversas causas, entre las que podemos considerar la dificultad de acceso al material marino, su defectuosa clasificación y la poca sensibilidad de los métodos de separación y de análisis, que hacía difícil el estudio de las pequesísimas cantidades de sustancia que se podían obtener de la mayoría de los organismos marinos.

El auge actual del estudio de los productos marinos, de los cuales se han publicado más de 2.000 en la última década, hace olvidar su omisión durante tantos años. Hoy existe la convicción de que los organismos marinos constituyen una fuente importante de me-

tabolitos bióticos. De los aislados, algunos se hallan bajo desarrollo como agentes farmacéuticos y otros se utilizan para ensayar nuevos mecanismos de acción.

Para definir los fenómenos naturales, la mejor forma es hablar de la base molecular de las interacciones complejas entre los organismos, lo que descubre la existencia de una cibernética interespecífica cuya lógica contrasta con el aparente azar que observamos. En el medio marino estas interacciones presentan notables peculiaridades, habiéndose realizado importantes descubrimientos que inducen a pensar en la posibilidad de una era «prebiótica» durante la cual tuvieron lugar intercambios químicos sobre la superficie de polímeros minerales u orgánicos (Barbier), llevándonos así a un modelo prehistórico de membrana. Este descubrimiento aporta algo mecanístico a la teoría sobre el origen de la vida. A pesar de su interés, la ecología marina continúa estando marginada. Sin embargo, las investigaciones llevadas a cabo durante los últimos años en este campo hacen concebir la esperanza de que nos conducirán a descubrimientos importantes sobre la evolución.

En el Centro de Productos Naturales Orgánicos «Antonio González», de Tenerife, se inició en 1968 un proyecto para estudiar los componentes químicos de las algas y los invertebrados de las islas Canarias. Se ha obtenido un elevado número de productos marinos con estructuras novedosas e interesantes actividades biológicas. Ha sido abordado el

aspecto biogénico y sintético de algunos de estos metabolitos con excelentes resultados. Se trata de uno de los proyectos prioritarios sobre el estudio químico de organismos marinos.

Más del 70 por ciento del globo está cubierto por los océanos, calculándose en más de 500.000 las especies que viven en ellos y estimándose en unas 200.000 las especies de invertebrados. La capacidad de los mares para modular los cambios de salinidad, pH y temperatura hace que los organismos marinos vivan en un ambiente más uniforme y estable, por lo que se supone que los invertebrados desvían mayor cantidad de recursos al desarrollo de las rutas metabólicas secundarias. Estos organismos marinos han desarrollado impresionantes adaptaciones biológicas y químicas en respuesta a su ambiente (C. M. Ireland).

A pesar del retraso que lleva la investigación de los productos naturales marinos frente a los terrestres, durante las tres últimas décadas se han descubierto varios miles de metabolitos marinos, muchos de ellos con estructuras sin precedentes, que difieren de los terrestres en sus comportamientos biológicos. Sorprende la diversidad y novedad de los productos marinos, que van desde el metano a moléculas tan grandes y complejas como las brevetoxinas o la palitoxina. Parece lógico que difieran las moléculas de origen marino de las obtenidas de organismos terrestres debido a los diferentes hábitats en que verifican los procesos biológicos que las forman. En el mar, los seres vivos se hallan sometidos a diferente presión, salinidad, luz, temperatura... que en la tierra, lo que debe condicionar cambios importantes en los procesos bioquímicos que los originan.

Organismos unicelulares

Una parte de vital importancia del ambiente marino es la microcapa de la superficie, donde se encuentra una alta concentración de organismos unicelulares y una rica acumulación de materia orgánica disuelta. No puede extrañarnos que MacIntyre diga que «la química de las tres cuartas partes del planeta se encuentra en el punto de conexión entre el mar y el aire», que se estudia cada día con más cuidado. Entre las causas que han dificultado el estudio químico de los microorganismos, plancton, de la microcapa podemos destacar la dificultad de llegar a una mayor concentración de los mismos a través del cultivo artificial, por lo que se ha prestado preferencia a la investigación química de macroorganismos marinos (gusano, esponjas, invertebrados, macroalgas, etc.). Un fenómeno que se produce con cierta frecuencia en la superficie del mar es la denominada «marea roja», que puede causar efectos devastadores en los ecosistemas marinos, como la muerte en gran escala de peces, la contaminación de invertebrados, etc. Se trata de una anómala concentración de microorganismos marinos de naturaleza «fitoplanctónica» a menudo de color rojizo. Estas mareas rojas están formadas por una gran heterogeneidad de «dinoflagelados» que juegan un papel importante en la productividad del mar y algunos son de una gran toxicidad.

Las investigaciones relacionadas con los organismos marinos han experimentado tan inusitado desarrollo durante las dos últimas décadas que organismos como la IUPA han celebrado seis «symposium» específicos (Aberdeen, Nápoles, Bruselas, Tenerife, París y Dakar) para tratar sobre los avances logrados en este interesante campo de la ciencia. Por igual motivo, la California Academy of Sciences (Estados Unidos) ha convocado tres «symposium» bienales en los que se han abordado los diferentes aspectos de las complejas y varias investigaciones que se vienen desarrollando en torno a los organismos marinos.

Viene de la página anterior



Bajo el título *Biomedical Importance of Marine Organisms*, editado por D. G. Fautin, publicó la California Academy of Sciences 17 conferencias dictadas por los invitados al «Third Biennial Symposium», celebrado en San Francisco en 1987. Con esta reunión se ha pretendido fijar el pasado y el futuro de la investigación de los productos naturales marinos, el uso de organismos marinos como sistemas modelos, y el estudio filogenético evolutivo derivado de los dos anteriores (W. Fenical).

Por las dificultades iniciales para el estudio de los productos marinos, sólo fue posible, en general, la investigación sobre compuestos sencillos como mono-, sesqui-, y diterpenos. El desarrollo durante la década de los ochenta de la espectroscopia orgánica, especialmente la RMN, y la alta perfección de la cromatografía líquido-líquida (HPLC) han permitido una expansión extraordinaria de la química de los productos naturales marinos, permitiendo el estudio de moléculas de mayor tamaño y complejidad. Según K. Nakanishin, estas innovaciones en las técnicas de investigación han permitido estudiar por primera vez moléculas aisladas de organismos marinos tan sensibles como peróxidos cíclicos, hidroperóxidos, cetales cíclicos y moléculas que violan principios químicos como la regla de Bredt, experimentando la química de los productos naturales una expansión a moléculas excitantes, candidatas a drogas que conducen a una amplia colección de pruebas y guías conrrientes a la evolución (J. Faulkner).

Con las actuales técnicas de trabajo, los estudios de organismos marinos se han expandido biológica, geográfica y batimétricamente (S. A. Pomponi).

Para los fisiólogos marinos el problema fundamental lo constituye el descubrimiento de nuevos productos con actividad biomédica interesante. Para llegar al aislamiento de estas nuevas sustancias hay que pasar primero por la recolección, facilitada actualmente por la nueva tecnología, y la identificación de los organismos marinos a estudiar a través de su clasificación exacta.

Ecosistemas marinos

J. E. Minston habla sobre la necesidad de la colaboración entre sistemáticos y químicos y expone las dificultades que los sistemáticos encuentran en su cometido. Después de identificar el organismo marino, se continúa con los ensayos preliminares y la purificación. En los ensayos biológicos preliminares hay que tener en cuenta la pérdida de actividad de las muestras durante el transporte de los organismos marinos del lugar de recolección al laboratorio habitual. K. L. Rinehart considera muy positivo el avance experimentado por el instrumental experimental, que permite montar laboratorios de ensayos en barcos y costas remotas. Conocer previamente los organismos marinos de interés aumenta la rentabilidad de la colección, lo que, según V. I. Paul, se puede lograr a través de una ecología específica, porque el aumento en el conocimiento de las funciones ecológicas de los productos naturales marinos suministra información sobre su especialidad y mecanismos de acción. D. J. Faulkner aumenta la selectividad y rentabilidad de la colección al estudiar plantas o animales que forman parte de un determinado grupo taxonómico. Sin embargo, P. I. Schauer, para llegar al descubrimiento de ecosistemas marinos biodinámicos, elige una organización tribal en lugar de geográfica y confirma la brevedad de la historia etno-natural marina frente a la terrestre.

Tenemos suficientes pruebas para suponer que los organismos marinos constituyen una fuente importante de nuevas clases de metabolitos bioactivos. Según C. M. Ireland y colaboradores, uno de los temas más controvertidos en el estudio de los metabolitos aislados de los invertebrados asociados con mi-



ANGELES MALDONADO

crobios unicelulares ha sido el determinar su origen. En el estudio de los metabolitos de las esponjas hay indicios de que, en algunos casos, las bacterias u otros organismos procaríóticos generan compuestos entre los cuales se han encontrado sustancias aisladas con anterioridad de microbios terrestres o se identifican con productos microbianos levemente modificados.

Cualquier estudio en el área de la química moderna de los productos naturales se inicia con la selección del organismo a estudiar, seguido del aislamiento y purificación del «factor biológico», lo que, según Nakanishi, ofrece, con el avance de las técnicas físicas, problemas más emocionantes que su caracterización. Actualmente, en la mayoría de los casos la determinación de la estructura de un metabolito es menos difícil que su aislamiento, siendo el problema más estimulante el esclarecimiento de su modo de acción sobre una base estructural completa.

Los recientes avances en la purificación, determinación de secuencias, síntesis y análisis estructural de las moléculas más complejas han favorecido el estudio de las proteínas, incluso cuando éstas se presentan sólo en trazas. W. R. Kem da cuenta del estado actual de la química de 37 tipos diferentes de toxinas de la cadena de los péptidos aislada de los animales marinos.

Durante muchos años, determinados organismos marinos han servido como materiales útiles para el estudio de la neurofisiología.

La investigación de los organismos marinos ha tenido, en algunos casos, una importancia biomédica que trasciende de los metabolitos aislados, pues aporta sistemas modelo para el estudio de la neurofarmacología. T. Narahashi expone experiencias con axon y sinapsis gigantes de calamar y neuronas gigantes de aplisia que han tenido repercusión en la ciencia pura y en la aplicada. Muchas toxinas biológicas han evolucionado hasta alcanzar una especificidad considerable, constituyendo una herramienta valiosa tanto para el estudio de las estructuras como del funcionamiento de los receptores de la superficie de la célula. Las preparaciones con nervios de gran tamaño son útiles para la neurofarmacología porque ello permite una medida muy exacta de varias propiedades de las membranas.

RESUMEN

Desde siempre el hombre supo qué había en la naturaleza de hostil y qué de beneficioso. La medicina ha utilizado abundantemente plantas y otros elementos naturales que en otro tiempo estaban en manos de sacerdotes y hechiceros. Antonio González se refiere, en

este escrito, a los trabajos que se llevan a cabo para la obtención de beneficios de los productos naturales marinos, que son inmensos y que todavía están, muchos de ellos, por estudiar. El profesor González augura un brillante futuro a la farmacología marina.

Microorganismos

La manohalida, producto natural de esponjas, la consideran L. H. Wheeler y colaboradores una droga importante en el estudio de la inflamación y de los canales del calcio; para A. M. S. Nayers y R. S. Jacob se trata de una potente droga antiinflamatoria y analgésica. Según R. E. Moore, las microalgas de color azul-verde representan una rica fuente de microorganismos que pueden ser cultivados y cuyo potencial farmacéutico está por explotar. En la última década se han descrito más de 100 productos naturales, poco comunes, obtenidos de estas algas azul-verde. El ritmo de descubrimiento de nuevos fármacos útiles en este filón de los organismos procaríóticos es comparable al observado con las bacterias y los hongos. En su memoria, M. Sul-fues y J. E. Thompson exponen el papel del National Cancer Institute (Estados Unidos) en el descubrimiento de nuevos agentes antineoplásicos de organismos marinos de acción directa que tenga efecto selectivo sobre tumores sólidos de crecimiento lento, como el cáncer de pulmón o de colon.

La lectura de *Biomedical Importance of Marine Organisms*, editado por D. G. Fautin, resulta altamente gratificante, porque de la mano de un grupo de excelentes investigadores nos adentramos en el corazón de la investigación actual sobre los organismos marinos, los cuales constituyen una excepcional fuente de factores bioactivos con utilidad biomédica y que pueden actuar como sistemas modelo para el desarrollo de la neurofarmacología. Los productos naturales marinos, con estructuras sin precedentes, pueden servir de modelos para programas de síntesis de drogas.

Actualmente las principales causas de muerte en los Estados Unidos son el cáncer y las enfermedades cardíacas, mientras el SIDA se va abriendo paso entre ellas. En la última década, el descubrimiento de nuevos fármacos obtenidos entre los productos de fermentación ha bajado tanto que muchas industrias farmacéuticas han suprimido esta vía. Pero el potencial farmacéutico de las microalgas cultivables no ha sido explotado adecuadamente.

Según esta publicación se puede augurar un brillante futuro a la farmacología marina. □

Daphne G. Fautin (ed.)

Biomedical Importance of Marine Organisms

California Academy of Sciences, San Francisco, 1988. 159 páginas. 20 dólares.

Guía de educación médica

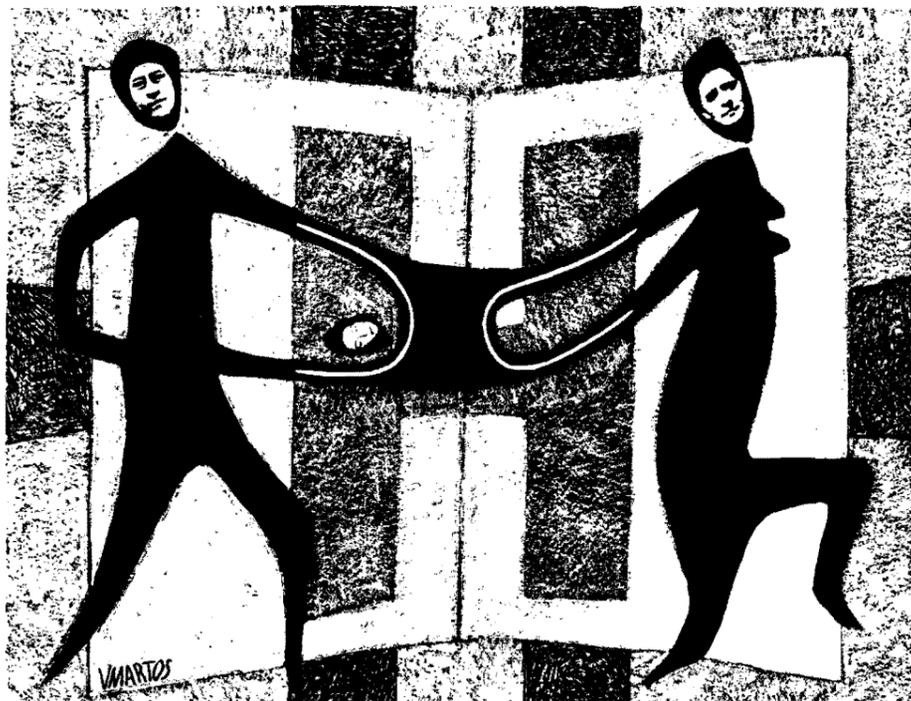
Por Francisco Vilardell

Francisco Vilardell (Barcelona, 1926), doctor en Medicina y en Ciencias Médicas (Gastroenterología) por la Universidad de Pennsylvania, es director del Servicio de Patología Digestiva del Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, de la Escuela de Patología Digestiva de la Universidad Autónoma, en Barcelona, y presidente de la Organización Mundial de Gastroenterología y del Consejo de Organizaciones Internacionales de Ciencias Médicas (CIOMS).

Del 6 al 9 de abril de 1976 tuvo lugar en el parador de Santa María del Paular, de Rascafría, un seminario de Pedagogía Médica organizado por la Fundación Juan March y que fue dirigido por el autor de la obra que comentamos, el doctor Jean-Jacques Guilbert, de la División de Educación de la OMS. Al curso asistieron 27 jóvenes profesores de diversas universidades españolas que habían sido previamente seleccionados por un comité en el que figuraban destacadas personalidades del mundo educativo médico, como J. M. Segovia de Arana, J. M. López Piñero, A. Gallego y J. Laporte. Colaboraron con el doctor Guilbert los profesores Antonio Rodríguez Torres y Luis Dauffí, actuando de secretario del seminario quien firma estas líneas. A lo largo de tres fructíferos días se plantearon y discutieron los siguientes temas básicos: 1) especificación de objetivos de la enseñanza médica; 2) preparación de programas y materiales didácticos; 3) pruebas de evaluación. Para todas estas actividades sirvió de documento base la primera edición de la *Guía Pedagógica*, de Guilbert, que fue seguidamente traducida al castellano por los que colaboramos en el seminario y publicada pocos meses más tarde gracias a una subvención de la Fundación Juan March. La *Guía* tuvo una extraordinaria acogida entre los profesionales de la enseñanza en nuestro país y ha sido ampliamente utilizada tanto en sucesivos seminarios de educación médica como en la preparación de programas de facultades de Medicina y también por opositores a plazas docentes universitarias. La *Guía Pedagógica* ha entrado ahora en su quinta edición.

En esta ocasión se ha hecho cargo de su publicación el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Valladolid; la traducción ha sido revisada por los profesores A. Rodríguez Torres y J. Carreres, de dicha Universidad.

Las ideas de Guilbert expresadas en la reunión del Paular constituyeron una verdadera revelación para los enseñantes españoles, tal como había ocurrido en otros países europeos. Por primera vez se cuestionaban en profundidad los métodos de enseñanza y se criticaba objetivamente la falta de planificación y de sistemática de la enseñanza en las facultades de Medicina, cuyos programas, confeccionados por aposición de materias con escasa relación entre sí, carentes de toda visión unitaria, sólo podían proporcionar un saber fragmentado y teórico, subordinado a los deseos y a la influencia de cada profesor. Guilbert abogaba no sólo por una mejora de la tecnología de la enseñanza, sino también, de acuer-



VICTORIA MARTOS

do con las ideas progresivamente imperantes en la Organización Mundial de la Salud, por una orientación de los programas más allá de la medicina curativa en boga, condicionada, por la creciente especialización de los facultativos, a favor de la atención integral a la población ejemplarizada años más tarde por la declaración de la OMS de Alma Ata. Ello implicaba introducir una mayor conciencia social en las facultades de Medicina que permitiese la reorganización de la enseñanza más acorde con las necesidades de atención primaria de la población.

Conocimientos y destrezas

La utilización por parte de Guilbert de la metodología propia del análisis de sistemas permitía la definición exhaustiva y la catalogación de los objetivos docentes a todos los niveles, el desarrollo de programas de acuerdo con estos objetivos y la selección coherente de métodos de evaluación. Por otra parte, se insistía, en los seminarios y en la *Guía*, en la necesidad primordial para el médico de adquirir destrezas además de conocimientos teóricos, proponiendo tanto ejemplos de objetivos de este tipo como de sistemas de evaluación. Las implicaciones inmediatas de este enfoque docente eran claras: desde la utilización para la docencia de recursos extrahospitalarios para la enseñanza de la medicina de atención primaria a la limitación del número de estudiantes según permitiese la aplicación de los medios disponibles (camas hospitalarias, personal facultativo, ambulatorios, etc.) para una docencia lo más individualizada posible. Una planificación de este tipo requiere la íntima colaboración de los enseñantes, generalmente sujetos a la autoridad de los ministerios de Educación, y de los responsables de los recursos sanitarios (hospitales, ambulatorios, etc.), de-

pendientes de los ministerios de Sanidad. Hasta la fecha, esta coordinación ha distado mucho de ser satisfactoria, por lo menos en la mayoría de países occidentales. Es de esperar que la reciente declaración de Edimburgo, que ha sido respaldada por la mayoría de los gobiernos y que resume los principios que acabamos de exponer, constituya el incentivo que permita finalmente poner en práctica estas reformas.

La primera edición de la *Guía Pedagógica* se preparó a partir de documentos distribuidos por Guilbert en un taller educativo organizado en Brazzaville. A partir de este borrador, la *Guía* se fue configurando a través de colaboraciones de numerosos profesores y asistentes a otros seminarios organizados por la OMS. A lo largo de los años, más de 200 profesionales han aportado contribuciones a las sucesivas ediciones de la obra, cuyo éxito ha sido creciente: la tercera edición fue traducida a cuatro idiomas; la quinta lo ha sido a catorce. La estructura general del libro ha variado poco a través de los años. El primer capítulo está dedicado a los objetivos educativos, incluyendo la definición de las tareas profesionales y la selección de objetivos de acuerdo con los sistemas sanitarios vigentes en cada país. Guilbert destaca las diversas categorías de objetivos: 1) generales (funciones de la profesión); 2) intermedios (actividades profesionales); 3) específicos (tareas diarias del médico). A diferencia de las ediciones anteriores, llama la atención la distinta construcción de la clásica espiral de la educación basada en: definición de objetivos → preparación de programas → evaluaciones → revisión de objetivos; aquí Guilbert intercala la planificación del sistema de evaluación por delante de la preparación de los programas educativos. Justifica el autor esta modificación porque la experiencia viene demostrando que la preparación de los mecanismos de evaluación desde la primera fase de la organización de la enseñanza facilita luego la medición de los niveles de partida y su comparación con los niveles alcanzados posteriormente. Este capítulo trata de los conceptos de evaluación formativa y de certificación, de la elección de métodos de evaluación así como de las nociones de validez, fiabilidad, objetividad y pertinencia.

El tercer capítulo presenta la construcción de un programa docente, haciendo énfasis en los módulos de autoaprendizaje y en el concepto de enseñanza integral. Una novedad importante en este capítulo es la recomendación de introducir en los programas un código de ética que debiera ser asumido por el estudiante con el compromiso de llevarlo a la práctica

personalmente. Teniendo en cuenta que las encuestas realizadas por el Consejo de Organizaciones Internacionales de Ciencias Médicas (CIOMS) demuestran que la enseñanza de los valores éticos en Medicina se realiza de modo muy deficiente y que más de la mitad de las escuelas de Medicina en el mundo no tienen programas de ningún tipo sobre ética y derechos humanos, la recomendación de Guilbert puede ser de gran valor para conseguirlo, dada la influencia que la *Guía* ejerce sobre los educadores médicos.

El cuarto capítulo trata de docimología. En él se especifican las directrices para la evaluación de un programa formativo, los elementos a considerar en la valoración de un programa docente, la descripción detallada de las diversas pruebas prácticas, la medida de actitudes, las pruebas escritas, los exámenes programados y el análisis de las preguntas, incluyendo índices de dificultad y de discriminación.

En ediciones anteriores, la *Guía Pedagógica* terminaba con este capítulo. En la actual, Guilbert ha añadido una sección sobre organización de seminarios de pedagogía médica que será de interés especial para los educadores.

Completan la obra una utilísima serie de citas bibliográficas clasificadas por categorías: 1) organización de servicios de salud y funciones del personal sanitario; 2) psicología de la educación; 3) objetivos educativos; 4) planificación de la enseñanza; 5) evaluación y docimología. Muchas citas corresponden a monografías; se incluyen en ellas, como detalle práctico, las direcciones de las casas editoras.

Libro-fichero

Desde el punto de vista editorial, la *Guía* en su quinta edición es más voluminosa pero difiere relativamente poco de las ediciones anteriores. Los contenidos quedan claramente identificados por el empleo de distintos colores (amarillo para la introducción de los capítulos, azul para los ejercicios prácticos de autoevaluación y blanco para el resto). A pesar de su perfecta encuadernación, el libro puede ser utilizado por separado, ya que todas las hojas están perforadas.

Los numerosos gráficos están diseñados de modo que pueden ser fácilmente proyectados usando una simple técnica de fotocopia sobre papel transparente y un retroproyector. Los capítulos están numerados por separado para facilitar la inclusión de nuevo material; la primera hoja de cada uno de ellos consta de tres dígitos terminando en 01 (por ejemplo: la primera página del tercer capítulo es la 301).

La *Guía Pedagógica* no es de fácil lectura, sino que, como reconoce el autor, debe ser consultada más que estudiada en su totalidad, según las necesidades de cada lector. Para facilitar su empleo, Guilbert propone que, al comienzo de su estudio, cada lector conteste a las preguntas de una prueba preliminar que le permitirá decidir cuál es el aspecto de la educación médica al que debe dedicar más su atención. Por su claridad de exposición y por el enorme esfuerzo de sistematización de la enseñanza que representa, la *Guía Pedagógica* de Guilbert seguirá siendo por muchos años a venir un instrumento imprescindible para la docencia de las ciencias médicas y sanitarias en general. □

En el próximo número

Artículos de Manuel Alvar, Francisco García Olmedo, Ricardo Carballo Calero, Agustín García Calvo, Sixto Ríos, Alberto Galindo y Carlos Sánchez del Río.

RESUMEN

El doctor Jean-Jacques Guilbert, de la División de Educación de la OMS, es autor de una conocida guía de Pedagogía Médica. Con motivo de la aparición en España de su quinta edición, recuerda Vilardell la importancia que tiene en la pedagogía médica mundial

esta obra y la revelación que supuso en su día, para los enseñantes españoles, las ideas de Guilbert. Con añadidos y mejoras, esta guía sigue siendo, señala, un instrumento imprescindible para la docencia de las ciencias médicas y sanitarias en general.

J.-J. Guilbert

Guía pedagógica para el personal de salud

OMS - Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Valladolid, 1989 (5.ª ed.). 708 páginas. 2.600 pesetas.

La trasmutación de los bestiarios

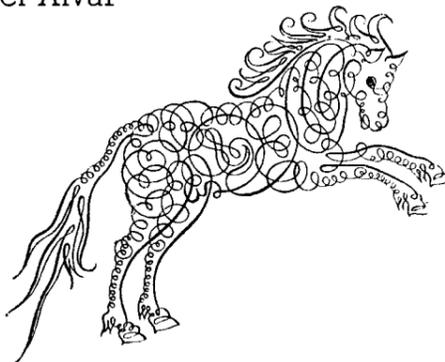
Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático de universidad, académico y, desde el mes de enero de 1989, director de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los *Atlas Lingüísticos del español*.

Viejos y nuevos bestiarios. El mundo de los bestiarios medievales es un mundo fascinante. Sus ilustraciones, tantas veces hermosísimas; la descripción de seres alucinantes. La bibliografía abruma y resultan enmarañadas las conexiones de estos libros con otros de la antigüedad clásica o de viajes que se adentran ya en los días del Renacimiento. Por si no bastara, razas humanas, sorprendentes e inimaginables, vienen a hablarnos de cinocéfalos, amazonas, ciclopes, patagones, cuando no de sirenas y manatíes. En el siglo XIII, los *Bestiarios* de Cambridge, de la biblioteca bodehana de Oxford, de la abadía de Westminster, nos harían pensar en éste de Livermoore; a ello tendré que volver. Pero junto a lo que la Edad Media inventa, no hay que olvidar cuanto procede de inspiración clásica y religiosa, como lo que Homero motivó desde su *Odisea*, Plinio desde su *Historia Natural* o los comentarios de Beato de Liébana al *Libro de las revelaciones*, por no citar sino textos muy viejos que abrirán el camino a Tomás de Cantimpre con su *De Naturis Rerum* o a Heinrich von Schüttenhofen con su *De Naturis Animalium* (1299), o el *Albertus Magnus de Animalibus Libri XXVI*. Después, Marco Polo, John de Mandeville, Ricoldo de Montecruce, Hugoccio de Pisa, el bestiario indiano... Descripciones, miniaturas, dibujos, hasta agotar las paciencias de muchos investigadores. Estamos ante un mundo en el que el hombre viaja con la imaginación en busca de seres sorprendentes, no de otro modo a como el descubrimiento de América vino a manifestar el entusiasmo por mundos absolutamente inéditos, digamos en su flora y en su fauna, digamos en sus gentes, digamos en la sorpresa de sus culturas. El hombre renacentista entró de rondón en todo esto que se le brindaba y no supo ver. Deslinde es la operación que viene a separar lo fingido de lo real, pero es un trabajo que no podemos buscar en las gentes medievales; es posterior, muy posterior incluso. Porque el arraigo de las creencias impedía entender las cosas en su presencia virginal; había que justificar —desde ellas— la doctrina

de Aristóteles o de Plinio, con lo que resultó que bajaban del telar unos telones que configuraban la visión y, con ella, el recuerdo. Colón vio manatíes y creyó que eran sirenas. Terne que terne, no quería convencerse: en la costa de la Manegüeta también había encontrado tan espurias criaturas, pero tuvo que reconocer al tesorero Rafael Sánchez, «aliqua monstra non vide». La imaginación siguió labrando inéditos pegujales.

Monstruos artísticos. Llamemos descripciones, llamemos pinturas. Para lo que ahora nos interesa, valen las fantasías que pueblan los cuadros de Matías Grünewald, o de Schongauer, o de Brueghel el Viejo, o del Bosco, o con el parentesco literario al que llamamos Gracián o, en la misma línea, aquellas *Tentaciones de San Antonio* que persiguieron, escarnecedoras e implacables, la vida torturada de Flaubert. Pervivencia de doctrinas tan sorprendentes y generadoras como las que expone Tomás de Cantimpre en *De Naturis Rerum*. Nada extraña tras estas, digamos, proluções académicas encontrar el origen del pájaro de las indecisiones en las entrañas de los espejos alimentándose «de la reflexión y refracción de la luz», pero —no se eche en saco roto— «su canto pertenece a la exaltación emblemática del yo», pecado entre todos por lo que incardina de soberbia y vanidad, pues para él valdría —y he silenciado la lascivia— aquella nota de Robert Holkot, tan oportunamente traída a colación por John Block Friedmann: «Unde si homo aliquis esset summe superbus et summe luxuriosus, talis posset dici monstrum: quia esset homo per naturam, daemon per superbiam, et taurus per luxuriam.» *La Postilla super librum sapientiae Salomonis* se imprimió en Colonia en 1689, pero puede hermanarse con la bella invención del toro místico, que sólo se someterá a la inocencia y belleza de un joven virgen, que acabará purificándolo: «desde ese instante, la bestia sólo será una herida amorosa que, emprendiendo el regreso a las fuentes del Mediterráneo clásico, habrá de esperar la visitación de un ángel que al fin le dará muerte mística con la luz sostenida de un lucero». Todo lo demás sobra: si hace falta erudición, se inventa; los nombres hacen a los hombres o, como quieren tantos pueblos primitivos, son la identificación del ser; ¿qué importa entonces que el descubridor de Troya o el alumbrador de los tesoros faraónicos se mezclen con hombres nunca existidos (y acaso haya que decir ¿nunca?); como esa geografía que pudiera ser real y, sin embargo, no lo es: Livermoore no es ningún castillo para que Walter Scott parta el



sol de sus caballeros, es —¿mejor?, ¿peor?— uno de los linajes del escritor. Así, mezclando realidad y ficción, pero sin deslindarlas, es como siempre se ha escrito la poesía.

Las moralizaciones. Pérez Estrada acaba siendo un moralista, si es que no lo son todos los creadores de símbolos. De sus concepciones podemos inferir que todo, hasta las visiones más decadentes de nuestra cultura, encierra una nostalgia del candor o de la pureza sin contaminaciones. Válgannos Dante Gabriel Rossetti o los poetas del simbolismo. De nuevo estamos pisando los caminos de la Edad Media, porque si los teólogos del siglo XIII moralizaron la *Biblia* (Pedro Cantor, Esteban Langton, etc.), los artistas ilustraron las moralizaciones y llegamos a algo que nos sirve de precisa ejemplarización: los bestiarios eran muchas veces testimonio de la monstruosidad del pecado; había que purificarlos para que cumplieran sus fines de ejemplarización y simbología cristianamente aceptables. Por eso surgió una nueva versión, la que en Italia se llamó «bestiario moralizzato».

Porque no basta con el refinamiento en las soluciones. También la propia consideración puede ser motivo de desencanto y de renuncia, que los mitos pueden tener consideración dual, como el alma de muchos hombres. Pérez Estrada ha llegado a la misma conclusión de algunos ascetas: su «simio desconforme» tiene un alma gemela de las que los moralistas apuraron por el siglo XII. Por más que las pretensiones sean diferentes: el texto moderno tiene el rebuscado refinamiento que Valle-Inclán puso en sus consideraciones teológicas o las descripciones que Eugenio Noel trasladó con su ambigua interpretación en las modernistas y afrancesadas —¿quién lo diría!

Las citas no añaden erudición, sino que la crean. Una teoría de nombres bien vale para soportar el andamio que impide que se cuarte el muro recién erguido. El pedante —ante la sabiduría esgrimida— dormirá tranquilo, porque para él no cuentan sino las antiparras aparienciales; el indiferente no se aturde, pues bien sabe que la nada es la existencia de algo: el sabio Cecil Manning ¿vale mucho? o es el invento para duplicar con ponderaciones lo que serían enunciados inadmisibles desde otra trivial presencia; y el erudito, pobre, tardará en levantar el blanquísimo pañuelo del juego de manos y encontrará que la chistera no tiene fondo. Pero no olvidemos, el entretenimiento es un arma mortal: hace pasar las horas y la última tiene veneno en su puñal, como algún personaje de Benvenuto Cellini.

El simio no sabe de Darwin; es elemental y primitivo. Por eso no supera el estado de mono para alcanzar el de hombre, como el pavo real, a quien le sobra la cola para ser profesor o académico. El simio siente rencor por la evolución de las especies. En el Ama-

zonas —yo los he visto— hay monos que lloren la desgracia de evolucionar a tan degradada condición como la del «zoon politikon» y «muchos de estos simios se niegan a reproducirse, languideciendo en una apática sucesión de amaneceres y ocasos a los que son indiferentes, en tanto otros observan cuidadosos a sus crías, a las que dan muerte al primer destello de inteligencia». Nos queda una helénica aporía: ¿cuál es el primer destello de inteligencia? ¿Tenerla desde la perspectiva del hombre o saber que sólo servirá para inventar innumerables daños? Hay en estas líneas como una ascética renuncia a las vanidades mundanales que se anuncian, y la fe en moralizar para que la evolución no se haga desde las cavernas simiescas. No estamos lejos del *Fisiólogo* que empieza sus andanzas por el siglo II, con sus descripciones de cuarenta y ocho animales, plantas y piedras, y, ahora sí, podríamos aducir nombres que esconden a eruditos de carne y hueso, que, como diría el venerable doctor Johnson, no son otra cosa que honrados ganapanes, apostillamos H. R. Jauss o N. Guglielmi o S. Panunzio, por silenciar otros. Pero Felipe de Thau no estaba conforme con lo que se sabía y quiso edificar: sus treinta y cuatro animales caben en la misma arca de Noé en la que Pérez Estrada ha metido a los suyos, pero, digamos, los franceses son animales menos sutiles y más torpones, como los versos que tan retusos le resultaron al viejo poeta, pero 1135 no es, precisamente, 1989. Algo después (digamos siglo XIII) los bestiarios moralizados mezclaron la poesía didáctico-moral con la fábula y los tratados de historia natural, y dieron pie a los sesenta y cuatro sonetos de animales, tal y como los publicó G. Mazzatini hace ahora cien años cabales. Más podríamos añadir para que los simios desconformes tengan su ejecutoria científica: Buffon, ahí es nada, consideraba inferiores a las especies animales de América, con lo que nos quedaríamos atónitos por las comprobaciones del sabio dieciochesco o del poeta de nuestras calendas: ¿han coincidido los caminos de la experimentación con los de la imaginación? Las calzadas de Roma resultan ir todas al *Libro della natura degli animali*. Para otra edición de este *Bestiario* habrá que comprobar si la inspiración procede de Venecia o de Toscana, pero esto va a resultar más difícil.

La realidad trasmutada. Si la lectura de Pérez Estrada me evoca recuerdos de otros libros o de pintores bien seguidos, es porque su arte participa de todos ellos. Bien que merezca la pena aclarar las cosas para no enrazerlas. La burla es siempre una deformación de la realidad que puede caer en el sarcasmo o en las agresiones: testigo, Goya. Pero lo que el poeta —y pintor— nos transmite en estas muy bellas páginas es la trasmutación de la realidad en un mundo de motivos exquisitos, como el pájaro de fuego que presta su plumaje a los atardeceres casi estivales, el caballo azul que se convierte en inigualables turquesas (Paul Valéry lo diría de otro modo: «muertos vamos, veloces como la luz, a unirnos con ángeles y centauros»), el elefante ónix identificado con el fuego de los renunciamentos,

En este número

Artículos de			
Manuel Alvar	1-2	Sixto Ríos	8-9
Francisco García Olmedo	3	Alberto Galindo	10-11
Ricardo Carballo Calero	4-5	Carlos Sánchez del Río	12
Agustín García Calvo	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior

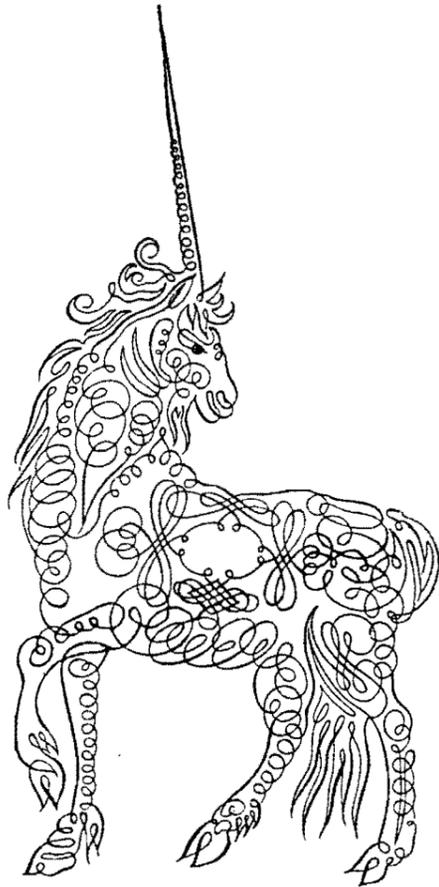


La trasmutación de los bestiarios

el ambiguo saurio del nenúfar o la entequeia inasequible que son las sirenas del aire.

Desde el interior de la materia, los alquimistas lograban sus mutaciones. De los cuatro elementos de que habla la *Oculta philosophia* podían surgir todas las cosas existentes, pues Cornelio Agripa cuidó muy bien de asentar las posibilidades del cambio: con frío o calor, con sequedad o humedades, con virilidad o recepciones. Todo estaba en todo y cuanto existía no era otra cosa que un arte combinatorio; el problema estaba en saber la proporción y la fuerza para las transustancias. Pérez Estrada consigue lo que la ciencia de las ciencias no había conseguido y, más aún, las leyes de la naturaleza no resisten la posibilidad del cambio. Su pájaro de fuego es, como el caballo que tantas veces aparece por estas páginas, representación del mito ancestral de Agni: el fuego, más reciente; el ave, más remota. Fundidos ya —igual que en las doctrinas exotéricas— en la invención fabulada. El relato del equino luminoso es la transustanciación del mal cazador, del Eiztari-beltza de los vascos, del conte Arnau de los catalanes o del Arnaldos castellano: la vieja mitología hizo que la hermana del «rey Herla» (o «Harlequín») se convirtiera en fuerzas sorprendentes como el trueno que, en la tempestad, produce el galopar de los caballos o los alaridos de la jauría enloquecida; o el cascabeleo premonitorio de Arlequín o las fauces devoradoras de los tiburones («hanequín») de Francia. El relato de nuestro libro no es de menor belleza, aunque sin sobrecogimientos de terror: el trote del caballo —gracias, Góngora— produce estrellas y los ángeles de la guerra se aprestaban en un oscuro silencio.

No es difícil seguir este nudo de transformaciones: el ave sálmica me hace pensar en el alcaraván de los ríos de Colombia, avieso en su mirar, ave en su ataque, erguido y cauto cuando con su chasquido de madera crujiente se apresta contra fingidos enemigos. La lisa vindicativa tiene la emoción del rey Mun-Mu, que en la dinastía Sheila salvó a Corea de las invasiones japonesas y se labró una tumba vigilante en las aguas del mar. El pájaro de luz podría hacer pensar en los cangrejos ciegos y transparentes de los jameos de las Islas; o la pantera dorada, cruel y monstruosa como la hembra de una odonata; o el centauro



errático que esperaría la espada de otro Teseo si Ariadna volviera a las galerías del Laberinto. ¿Agotar la lectura? Pérez Estrada salta de la fragilidad del bonsai (el «ku») a la complejidad de Hobbes en su *Leviatán* (sirena negra), o nos hace pensar en las descripciones del cóndor hechas por el Inca Garcilaso («pinzón de la noche»), y seguiríamos recordando nuestras propias lecturas. ¿Son las del poeta? Naturalmente, no. Lo que ocurre es que la obra de arte, si lo es y trasciende, está dentro de una cultura, colectiva e individual, en la que cobra sentido. Lo que sabemos por bienes de propios, lo que hemos adquirido y, junto, lo que se puede intuir de ellos.

Excursus libresco. Gordon E. Bigelow escribió un libro que apasiona: *El tercer ojo de los poetas* (1976), que no es otra cosa que una guía del simbolismo en la literatura moderna. Lógicamente, alegoría y mito, sueño y psicoanálisis, Freud y Jung. Pérez Estrada merece esos análisis y nuestro interés no quedaría defraudado, pero prefiero acompañarme de otra guía, los *Pájaros con alma humana* (1978), seguidos hasta sus etéreas moradas por Beryl

Rowland. Creo que nuestro poeta gustaría identificarse con este libro o con aquellas líneas de Henry Treece, que me permito traducir: «En el principio era el pájaro, espuma de plumas en la faz del tiempo.» El libro de Rowland es muy bello y produce envidia a más de un creador. Pájaros a los que Pérez Estrada quisiera encerrar en las jaulas de sus líneas para evocar el misterio de las palabras sonoras, del empeño misterioso de la heráldica o del terror de las nefandas evocaciones. Digamos albatros, alerion o murciélago. Pero digamos también la etimología pedante («mera volans», «volador solitario») que se trasmuta poéticamente en el «mirlo» («merula»), dulcísimo cantor enjaulado, como si fuera un enamorado cautivo (recordemos a Macías y su muerte dolorida). O, si se prefiere, la tensión entre cuerpo y alma, que permite contemplar al mirlo de trece maneras distintas, según la docta opinión del doctísimo Wallace Stevens. Y los pájaros que llevan los expresivos nombres de «escribano», «águila ratonera», «chova piquirroya», «focha», «cormorán», «cernicalo», «milano real» o mil otras especies recreadas en el mundo de los versos o en las miniaturas más turbadoras. En este proceso cultural se encuentra Pérez Estrada, eslabón por ahora último de aquella cadena que estudió John Pollard en sus *Pájaros en la vida griega y en el mito* (1977), y que en francés sería un bestiario para que las páginas que glosó alcanzaran su total plenitud: testigos, *Los animales mágicos de nuestro universo* que demoradamente estudió Henri Gougan (1973) y cuyas ilustraciones coherentes bien con el decadentismo de estas páginas.

Al final de las mutaciones. En el siglo XIX, el refinamiento más exquisito gustó disfrazarse de prerrafaelismo; era una Edad Media perversa y decadente la que allí acertaba a descubrirse. Digamos la indecisión de las telas, las sinestias de los colores, la perversidad de los tactos anunciados. Muchas cosas pasaron y se creyó en un mundo muerto, pero ahora renace en una sabida generación de nuestros poetas. De nuevo, recreaciones y sensibilidad heridora y nostalgia de un tiempo que, acaso, jamás existió. Buceando en la noche, lámparas tornadizas iluminan con sus colores cambiantes un silencio anegado en la negrura, y surge una realidad diferente según caiga el cristal rojo, azul, amarillo o verde, y vuelven a la superficie los joyeles de los galeones sumergidos, los camafeos de fantásticas labras o el terciopelo acariciante. Es un mundo reencontrado al que seres no menos sorprendentes aciertan a darle vida: ya no la piedra o el tejido, sino las crines, el deslizamiento marino o el trino desgarrado. Al hacer semejante taxonomía decimos que son elementos consabidos; sí, todo es consabido. El acierto del poeta no está en decir lo que los demás dicen, sino con esos materiales de acarreo crear criaturas nuevas; digamos inventar mundos con palabras corrientes, y los mundos descubiertos hacen que las palabras se nos presenten como recién acuñadas. De lo consabido surge lo inédito. Difícil pretensión, pero no imposible. Entonces decimos bestiario, libros de alquimia, moral, folclore, saber libresco. Todo cierto. Pero, ¿y la combinación de los materiales? ¿Y la intuición para descubrir vetas ocultas desde la ganga adventicia? □

RESUMEN

El mundo de los bestiarios, de tanta tradición en la literatura universal, es un ámbito en el que el hombre viaja con la imaginación en busca de seres sorprendentes. Un libro del escritor malagueño Rafael Pérez Estrada so-

bre el Bestiario de Livermoore le proporciona a Manuel Alvar, director de la Real Academia Española, la oportunidad de iniciar, él mismo, un viaje por estos fabulosos confines literarios.

Rafael Pérez Estrada

Bestiario de Livermoore

Imprenta Dardo, Málaga, 1988. 44 páginas. 1.000 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER

Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléf.: 435 42 40. Fax: 276 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«La trasmutación de los bestiarios», por Manuel Alvar, sobre el libro <i>Bestiario de Livermoore</i> , de Rafael Pérez Estrada	1-2
«Un eclipse de la genética», por Francisco García Olmedo, sobre el libro <i>Los vestidos blancos</i> , de V. Dudintsev	3
«Novelas en español de Otero Pedrayo», por Ricardo Carballo Calero, sobre los libros <i>Adolescencia. La vocación de Adrián Silva</i> y <i>Las palmas del convento. La fiesta del conde Bernstein</i> , de Ramón Otero Pedrayo	4-5
«¿Cómo se ha empezado a hablar?», por Agustín García Calvo, sobre el libro <i>Theorien vom Ursprung der Sprache</i> , de J. Gessinger y W. von Rahden (eds.)	6-7
«Progresos de la Matemática en España», por Sixto Ríos, sobre el libro <i>Selecta</i> , de Julio Rey Pastor	8-9
«La fragilidad del ser», por Alberto Galindo, sobre el libro <i>Física cuántica: ¿Ilusión o realidad?</i> , de Alistair Rae	10-11
«Termodinámica de los seres vivos», por Carlos Sánchez del Río, sobre el libro <i>Introducción a la termodinámica de los procesos biológicos</i> , de David Jou y Josep Enric Llebot	12

Un eclipse de la genética

Por Francisco García Olmedo

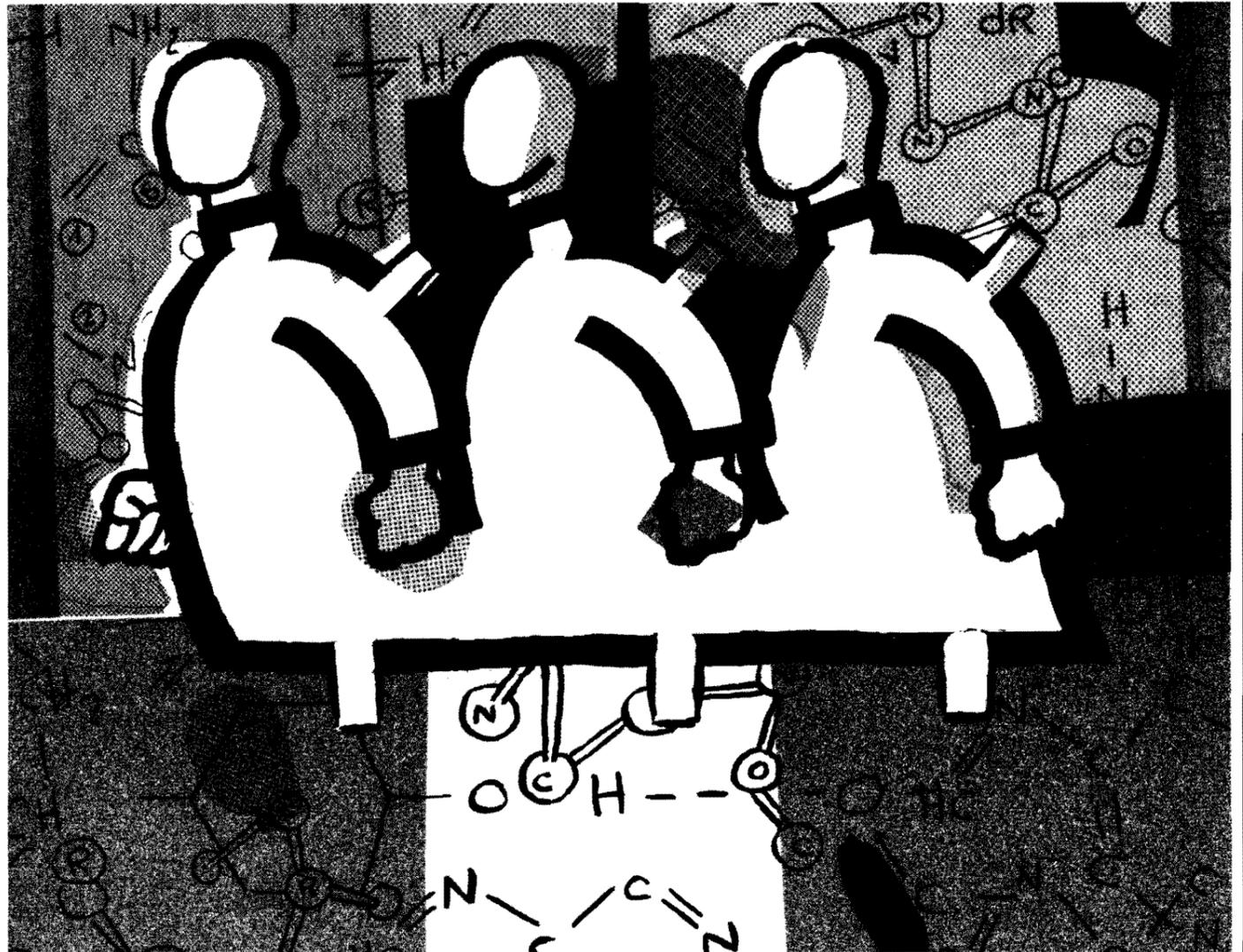
Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Universidad Politécnica de Madrid y ha sido profesor visitante en el Departamento de Agronomía y Genética Vegetal de la Universidad de Minnesota. Dirige un grupo de investigación sobre genética molecular de plantas cultivadas. En 1989 obtuvo el premio de la Real Academia de Ciencias.

El agrónomo Lysenko compartía el samovar con Stalin mientras decidía la suerte de sus enemigos weismannistas-morganistas en nombre de la ortodoxia ideológica michurinista. El inefable bioquímico A. I. Oparin ensalzaba al dictador como uno de los fundadores de la biología michurinista, ya que había antecedido a Lysenko en asertar la heredabilidad de los caracteres adquiridos y este «golpe de genio» había inspirado a los michurinistas en su lucha contra el neo-darwinismo y la teoría cromosómica de la herencia. Sobre este conflicto trata la novela de V. Dudintsev titulada *Los vestidos blancos*, que ha sido publicada casi simultáneamente en la Unión Soviética y en España. Un año después de su publicación, cuando ya los expertos han tenido amplia oportunidad para su enjuiciamiento literario, puede ser oportuno hacer algunas puntualizaciones y señalar algunas claves que parecen haber pasado desapercibidas.

La acción de la novela se inicia en el otoño de 1948, justo después de la histórica sesión de la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas en la que se excomulgó formalmente a los defensores de la teoría cromosómica de la herencia. La base de la condena fue un informe, escrito por Lysenko con la aprobación de Stalin, que alcanzó las portadas de todos los periódicos y tuvo como consecuencias más inmediatas la clausura de numerosos laboratorios y la orden del ministro Kaftanov de erradicar rápida y completamente a todos los morganistas de las instituciones de enseñanza superior. En la novela, el gran inquisidor Riadno envía a un joven e incisivo Torquemada a un instituto agronómico con el fin de desenmascarar una célula morganista cuyo motor, el investigador Strigaliyov, es un mejorador de plantas dedicado a obtener nuevas variedades de patata resistentes al frío y a las enfermedades.

Testimonio notarial

Se ha dicho que Dudintsev escribe sobre la conciencia del mal, y se ha visto su novela como una metáfora del sistema y también como una metáfora de la difícil búsqueda de la verdad. Yo quisiera añadir aquí que la narración es primariamente un minucioso y fidedigno testimonio notarial levantado en el mismo corazón de la barbarie por un testigo excepcional y ocasional protagonista de los hechos reflejados. Dudintsev desempeñó un papel activo en la derrota moral de Lysenko. Así, por ejemplo, fue autor del primer artículo abiertamente crítico contra el lysenkismo que logró ver la luz en la prensa soviética. Aunque escrito a finales de 1963, el artículo, titulado «No, la verdad es intocable», no fue publicado hasta finales de 1964 porque, aún en esas fechas, Lysenko y sus amigos lograron bloquearlo en galeradas en no menos de tres periódicos. En él reivindicaba la figura de N. A. Lebedeva y vituperaba la de su opresor, I. A. Sisov. La investigadora Lebedeva, bajo condiciones extremas —primero sin sueldo, luego sin empleo—, había logrado obtener variedades de patata resistentes al frío y a las enfermedades mediante poliploidización y cruzamientos interespecíficos. A pesar del indudable valor de las variedades obtenidas, el poderoso Sisov, sucesor lysenkista del malogrado Vavilov, persiguió despiadadamente a Lebedeva e impidió la adopción de



EDUARDO MOLINA

sus variedades durante más de diez años, meramente por ser éstas fruto de la genética experimental.

Tanto la peripecia vital como la contribución científica de Lebedeva corresponden bastante exactamente a los de su trasunto novelesco, el mejorador Strigaliyov, del mismo modo que la figura novelesca del académico Riadno podría corresponder al Sisov real, o al mismo Ol'shansky, su mentor.

También a finales de 1964 tuvo lugar un homenaje al reputado genético Astaurov, en el que el homenajeado propuso un brindis por los compañeros que no habían sobrevivido: Vavilov, Karpechenko, Sabinin, etc. Dicho brindis fue apostillado por un beligerante discurso del novelista Dudintsev. Curiosamente, este homenaje se reproduce casi literalmente en la novela, salvo que se le sitúa en el verano de 1953, once años antes de su ocurrencia real. Este detalle es significativo porque contribuye a dar al lector la impresión de que el maleficio lysenkista fue un breve bache histórico entre el verano de 1948 y la muerte de Stalin en 1953. Aunque ciertamente éste fue el período de máximo auge del culto a Lysenko, la era michurinista fue mucho más amplia. Ya en 1937 tuvieron lugar las primeras detenciones de investigadores y la supresión del Séptimo Congreso Internacional de Genética, que estaba convocado en Moscú, y en 1940 ocurrió el encarcelamiento de Vavilov. Por otra parte, en fecha tan tardía como 1964, una mera votación adversa a los candidatos propuestos por Lysenko para la Academia de Ciencias provocó las iras de Khrushchev y una orden de éste para reformar drásticamente la institución, que había sido fundada por Pedro I. La destitución de Khrushchev abortó estos planes y supuso el deshielo de la genética experimental, aunque no necesariamente el fin del michurinismo, ya que la mayoría de sus practicantes conservaron sus puestos y buena parte de su influencia en la burocracia científica.

La ideología michurinista se acabó extinguiendo del ámbito estrictamente científico, aunque pervive más o menos larvadamente en sus márgenes, ya sea impregnando algunas elucubraciones, como es el caso de los escritos de Faustino Cordón en nuestro país, o en el bagaje de ciertos intelectuales de izquierda, en forma de una continuada suspicacia respecto a la genética como área de conocimiento e investigación.

Una cierta desconfianza

Una muestra típica de esta desconfianza puede verse, por ejemplo, en un artículo de Haro Tecglen («Los dueños de la genética», *El País*, 15-8-89), en el que se expresa inquietud por la coincidencia de la difusión de la nueva genética con la fuerza creciente de algunos movimientos de extrema derecha. Las sombras del pasado eclipse de la genética soviética se alargan hasta el presente también en un contexto más prosaico, cual es el de las importaciones de grano que periódicamente ha de realizar la Unión Soviética. Puede decirse que de la magnitud actual de estas importaciones es en buena parte responsable el retraso científico que dicho país arrastra en la genética experimental.

El realismo de la novela de Dudintsev no se restringe a los grandes rasgos de su argumento o a los personajes centrales, tal como acabamos de discutir, sino que se extiende a todo su entramado. La fauna de laboratorio, con sus usos y costumbres, es descrita muy certeramente. Dudintsev conoce y comprende a los investigadores con una intimidad que resulta sorprendente en alguien ajeno, y es capaz de plasmar con sensibilidad sus resortes psicológicos, sus variopintas cataduras morales y sus aventuras cotidianas. Consigue incorporar en el discurso narrativo, sin que chirrié, una descripción precisa y correctísima de la investigación realizada. Es este aspecto el más seriamente dañado por una inadecuada traducción, cuyos defectos podrían haberse evitado con el asesoramiento oportuno. El traductor inventa términos con poca fortuna (por ejemplo: semifrutal, por alopoloide), aplica indiscriminadamente otros (género, especie y variedad; «gen de la mutación», por «mutación del gen») y usa ortografías erróneas («Solanum» por «Solanum»; Koljitsina, por colchicina, etc.). Estas deficiencias y la opacidad de ciertos pasajes no técnicos —probablemente debida a una traducción demasiado literal— no impiden que la lectura de esta novela pueda ser una experiencia sumamente interesante. □

RESUMEN

El novelista V. Dudintsev, de formación jurídica y no científica, escribe en la novela comentada sobre el conflicto entre ciencia e ideología durante el estalinismo, mostrando un conocimiento sorprendente del entramado cientí-

fico. El profesor García Olmedo, científico y no crítico literario, desvela en este comentario las peripecias y personajes reales que sirven de base a la novela, así como la participación directa del escritor en el conflicto novelado.

V. Dudintsev

Los vestidos blancos

Península, Barcelona, 1988. 474 páginas. 2.495 pesetas.

Novelas en español de Otero Pedrayo

Por Ricardo Carballo Calero

Ricardo Carballo Calero (*Ferrol, 1910*) ha sido catedrático de Lingüística y Literatura Gallega de la Universidad de Santiago. Entre otros títulos es autor de Gramática elemental del gallego común y de *História da literatura galega contemporánea*.

Ramón Otero Pedrayo, de la edad de Eliot y Pessoa, formó parte del grupo que trabajaba en Orense —su tierra— en torno a la revista *Nós*. Era el más joven de su generación literaria y sobrevivió a todos sus compañeros. La guerra civil los dispersó. Mientras Castellaño, que se hallaba en Madrid en 1936, vivió y murió en el exilio y desde el exilio combatió activamente el régimen de los vencedores, Otero Pedrayo, como Risco y Cuevillas, lo soportó en su propia tierra, y fue claramente definido como hostil al mismo por sus antecedentes políticos, aspecto este último que lo distingue de sus dos amigos mencionados. En efecto, Otero Pedrayo, catedrático del Instituto de Orense que hoy lleva su nombre, fue dado de baja en su Cuerpo, mientras que Risco, director de la Escuela Normal, permanece en su puesto, y lo mismo Cuevillas, funcionario de Hacienda.

Estos hombres de *Nós*, todos con un pasado nacionalista y católico, viven un drama entre su galleguismo y su conservadurismo, y si el primero les acarrea la hostilidad del régimen, el segundo les sirve de égida ante el mismo. Interiormente, todos están desgarrados por la lucha que se desarrolla, y aunque Risco asume expresamente la política de los vencedores, la persecución de los ideales galleguistas no podía menos de herirlo dolorosamente. Como Otero fue el único destituido de sus funciones públicas, la resistencia nacionalista lo ha erigido en modelo de comportamiento; pero su antimaterialismo le llevó a condenaciones del laicismo republicano, publicadas en castellano con seudónimo durante la guerra, que han asombrado a muchos por la violencia del ataque. Un escritor prácticamente monolingüe gallego, como era el Otero Pedrayo de la anteguerra, no va ahora a permanecer silencioso, sino que, como si necesitase ineludiblemente no sólo escribir, sino ser leído, en las nuevas condiciones del uso idiomático, ocupa las tardes de su soledad en Orense o en Trasalba en producir nuevos textos literarios de carácter novelístico, pero sustituyendo como instrumento lingüístico el gallego por el castellano.

Otero Pedrayo, novelista

Aunque, como todos los hombres de *Nós*, Otero Pedrayo hizo un poco de todo, él consideraba que literariamente la misión esencial que había asumido era dotar a su tierra de una novelística en gallego, que en principio se modelaba conforme el ejemplo —más o menos fielmente seguido— de Balzac, Flaubert y Tolstoi. Antes de 1936, toda la obra narrativa de Otero Pedrayo, sin ninguna excepción, está en gallego. Las novelas son: *Os camiños da vida* (1928), *Arredor de sí* (1930), *Fra Verner* (1934), *A romeiría de Xelmírez* (1934), *Devalar* (1935), *O mesón dos ermos* (1936); total, seis. Después de 1936, nuestro autor escribió las siguientes novelas: *Las palmas del convento* (1941), *Adolescencia* (1944), *La vocación de Adrián Silva* (1949), *La fiesta del conde Bernstein* (1988), todas impresas en castellano, juntamente con las inéditas *El responso y el espejo*, *Del noviciado al Ateneo*, *Contra el filo del río*, si las dos últimas no son una misma, como la designada *Schwartzwald* puede ser *La fiesta del conde Bernstein*. Aceptando la «lectio difficilior», tenemos, cuando menos, seis novelas en castellano. Sólo una en gallego, *O señorito da Reboraina* (1960). Algo ha cambiado en la concepción lingüística del novelista. Esta castellanización no se ex-



Otero Pedrayo (X), con un grupo de amigos en el homenaje con motivo de su ingreso en la Real Academia Gallega.

tiende a su narrativa menor ni a otros géneros literarios.

Ahora, con motivo del centenario del nacimiento del autor, se han editado por segunda vez *Adolescencia*, *La vocación de Adrián Silva* y *Las palmas del convento*, y por vez primera *La fiesta del conde Bernstein*. Los tres primeros textos reproducen las ediciones príncipes, y el tercero, según leemos, el original manuscrito, que el autor regaló a su amigo don Domingo García Sabell.

Cultura gallega y universal

Ramón Otero fue el verdadero fundador de la novela moderna en gallego. Aunque no poseía una lengua literaria depurada, la riqueza de su léxico y su capacidad de plasmación estilística hacen de él un escritor personalísimo, saturado de cultura gallega y universal. Nunca se borró de su alma la huella romántica de sus primeras lecturas, y como en los primeros grandes escritores del realismo, románticos que superaron —pero no absolutamente— su formación inicial, sentimental e imaginativa, las grandes dotes de observación de ambientes, personajes y paisajes de Otero están lastradas en ocasiones por ingenuas fantasías, poéticos discursos y convencionales tratamientos de motivos tradicionales. Sus novelas en español, aunque fueron mencionadas alguna vez por críticos no gallegos —que no mostraron apenas interés por ellas en aquellos tiempos de tremendismo—, tuvieron muy escasa repercusión fuera del país del escritor.

Ahora se nos dan en dos volúmenes las tres novelas en español publicadas después de la guerra, y una cuarta que quedó inédita. Ya las hemos mencionado. Constituyen el asunto de este artículo y vamos a referirnos a ellas conforme un orden que no va a ser estrictamente el de su publicación, ya indicado. Estas cuatro novelas, productos literarios de gran delicadeza que suponen un narratario muy culto, pueden agruparse, como el resto de la obra novelística de Otero Pedrayo, en dos lotes, en este caso cuantitativamente muy equilibrados. Son dos novelas «contemporáneas» y dos novelas «históricas», terminología algo convencional. Son «contemporáneas» las novelas cu-

ya acción se desarrolla en el siglo XIX o principios del XX, época de la que el autor tenía un profundo conocimiento no sólo por sus estudios, sino por la copiosa información que sobre la misma, en lo que se refiere a Galicia y la aldea gallega, le habían proporcionado sus abuelos don Ramón Pedrayo y doña Vicenta Sotelo, hidalgos campesinos o señores orensanos, o por la experiencia de su propia juventud. Son «históricas» las novelas cuya acción transcurre en épocas anteriores al siglo XIX, aunque pueda prolongarse durante los primeros años del siglo XIX, que son en realidad un apéndice del XVIII.

Tenemos en el primer grupo, mencionadas de más antigua a más moderna por la cronología de la acción, *La vocación de Adrián Silva* y *Adolescencia*. En el segundo, ordenándolas con igual criterio, *Las palmas del convento* y *La fiesta del conde Bernstein*. Hablamos primero de las novelas contemporáneas, por ser tal vez las de este género las más testimoniales y tradicionalmente estimadas del autor; por otra parte, queremos terminar con algunas consideraciones sobre la novela ahora por primera vez impresa, que pertenece al grupo de las históricas.

La vocación de Adrián Silva

La vocación de Adrián Silva y *Adolescencia* son novelas orensanas. Su ámbito escénico es la ciudad natal del autor y sus alrededores. La primera de las citadas se imprimió en 1949, pero está fechada en 1944.

Trata un tema recurrente en Otero Pedrayo, el de la vocación eclesiástica, puesta a prueba en el caso de Adrián Silva por la fuerza atractiva de dos mujeres que resultan hermanas. Una catástrofe final realmente melodramática, como de novela gótica, restituye al joven protagonista al camino recto.

Con el estilo que Eugenio Montes calificó como «el mejor que haya tenido jamás español alguno», hipérbole no desatinada, Otero Pedrayo nos presenta al joven Adrián, encargado por su tío, letrado de la familia propietaria del pazo de A Cuqueira, de poner en orden los asuntos de esta casa. En la biblioteca de la misma, Adrián descubre un manus-

crita del siglo XVIII, redactado por un antiguo señor del solar, en el que narra la extraña historia de Pola, una italiana trasplantada al valle orensano que crea un ambiente dionisiaco entre las mujeres del país. En Otero se da con frecuencia la historia intercalada. Esta, cuyo descubrimiento nos recuerda un poco *The Aspern Papers*, de Henry James, es una refacción eurípidea, con algo de *Decamerón*, algo de Casanova, algo de D'Annunzio, algo de pre-Cunqueiro. Con su función premonitoria de historia «mise en abyme», pertenece, no obstante, a la vocación imaginativa del autor, que asume aquí una especie de romanticismo helenizante, muy testimoniado en las literaturas germánicas, pero escasamente en las latinas.

Este capítulo VIII, como memorias del señor de A Cuqueira, redactadas en primera persona, constituye una excepción dentro del punto de vista general de la obra, que es el del protagonista, aunque este protagonista no sea el narrador. Otra excepción es el capítulo II, en el que el narrador, siempre en tercera persona, abandona la perspectiva de Adrián para contarnos como cronista omnisciente la historia de don Bernardo, su tío. El capítulo V nos describe un largo sueño del sobrino, una pesadilla, compuesta de modo semejante a un cuadro de Jerónimo Bosch.

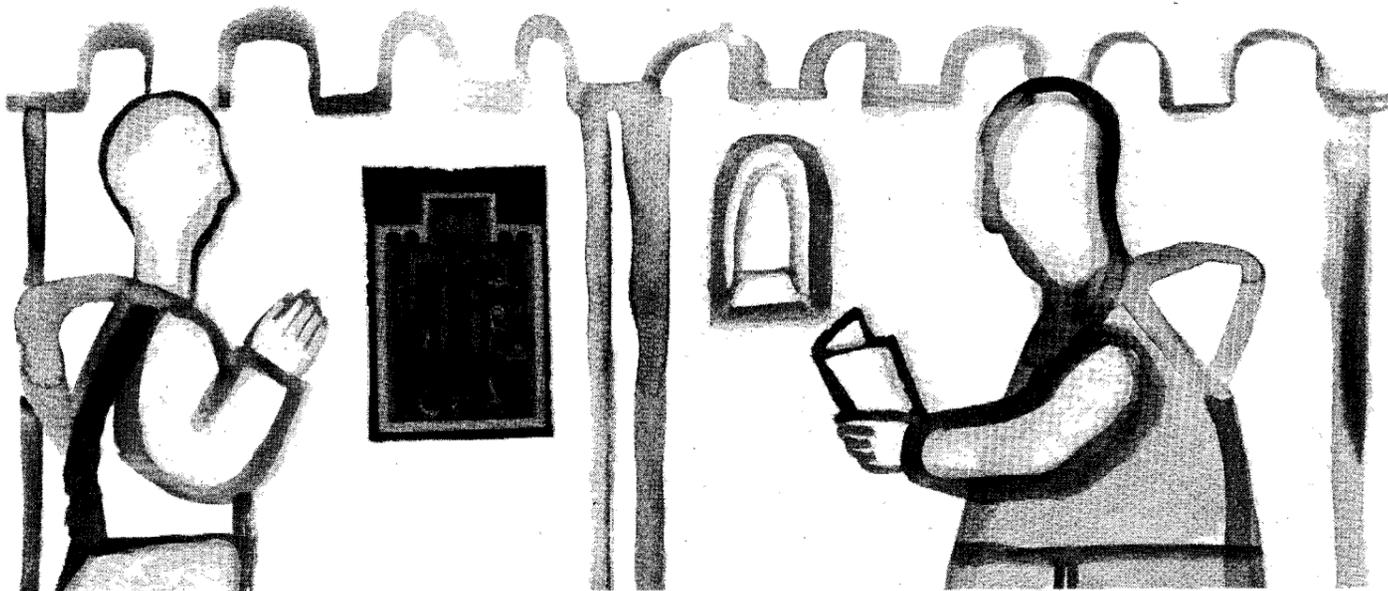
La novela, con hermosas prosopografías y una segura, aunque estilizada, descripción de un ambiente orensano, ciudadano y rural, de fines de la primera mitad del siglo XIX, se desenvuelve, a pesar de cierta ingenuidad romántica, con noble circunspección y poético impulso. Desafortunadamente, el desenlace, a partir del capítulo XIII, es extrañamente deficiente. Realmente, la obra se desploma. La aparición de las señoras de Dubra, doña Lorenza y su hija Eulalia, marca un declive en la composición que no puede menos de sorprendernos. Doña Lorenza parece un personaje de comedia cómica y satírica. Eulalia habla como una damisela de folletín. Aunque Otero confía siempre más en la inspiración que en la planificación, esta falta de esmero en el trazado de personajes no es habitual en él. La precipitación con que Adrián reacciona ante la seducción de Eulalia carece de verosimilitud. Si bien las páginas epilógicas tienen la dignidad estilística y moral propias de nuestro autor, apenas es creíble que el desarrollo de la catástrofe que desencadena la catarsis sea obra de Otero Pedrayo. Cuesta trabajo convencerse de que el desenlace es de nuestro autor y no de Ann Radcliffe.

Adolescencia

Adolescencia fue publicada en Buenos Aires en 1944; escrita, por tanto, con anterioridad a *La vocación de Adrián Silva*, pero ventajosamente libre de truculencias prerrománticas. Apenas se registran en este libro acontecimientos exteriores. Es la crónica de la transición entre la niñez y la juventud. Forma parte de una saga autobiográfica a la que pertenecen también *Arredor de sí* y la novela, al parecer perdida, *Del noviciado al Ateneo*, inspirada en los años de estudios madrileños del autor. La experiencia del amor y la muerte del padre pone fin a los años adolescentes del protagonista.

Normalmente es José Ramón, trasunto del autor, aunque desfigurado en algunos aspectos —es huérfano de madre, tiene una hermana—, el único personaje transparente; pero también aquí hay un narrador que habla en tercera persona. Desde luego estamos en presencia de una novela lírica, y el autor no tiene inconveniente en incluir dos capítulos, el VII, «Don Marcelo y don Eduardo», y el VIII, «Guía sentimental de la vieja Auria», laxamente vinculados a la acción, ya laxa en sí misma, pero integrados en el ambiente histórico y topográfico de la obra. Don

Viene de la página anterior



ASUN BALZOLA

Eduardo Moreno López y don Marcelo Macías y García, ambos nacidos fuera de Orense y muertos y enterrados en esta ciudad, fueron los catedráticos del instituto de Orense más queridos y admirados por Otero Pedrayo, como en la novela lo son por su protagonista. El primero, gaditano, propició la vocación de geógrafo del autor. Del segundo, Otero escribió con filial emoción y dedicación ejemplar una hermosísima *Vida*. La pequeña guía de Orense que constituye el capítulo VIII forma un interludio en el cual el inspirado y ponderado estilo glosa el ambiente en que la adolescencia de José Ramón transcurre. Decorosa, humana, la descripción de esta adolescencia, en la que no se escamotean los impactos del sexo y la muerte, queda bien encuadrada, por la pausada y grave condición de su ritmo, dentro de aquellas notas históricas y locales; de manera que no se resiente la coherencia de la composición, que, aunque sin duda dependiente más que nada de intuiciones estilísticas y sentimentales, es adecuada al flujo evocativo y conmemorativo que domina la obra.

Las palmas del convento

La primera novela publicada por Otero Pedrayo después de la guerra civil es la titulada *Las palmas del convento*, impresa en Buenos Aires en 1941 y subtitulada en la portada exterior *Biografía novelada de Rodríguez del Padrón*, y en la interior *La novela del último trovador*. No sé hasta qué punto se pueden atribuir al autor, y no al editor, estos epígrafes no muy coincidentes. En realidad, *Las palmas del convento* es una novela histórica que no va mucho más allá de Scott en la técnica narrativa. Carece de la poderosa carga ideológica que caracteriza a *Romeiría de Xelmírez* (título lingüísticamente erróneo, pero que reproduzco como el autor lo escribió). La narración del viaje de Xelmírez a Roma para impetrar de Pascual II la concesión al obispo compostelano del palio arzobispal se inscribe, como casi todas las novelas de Otero anteriores a 1936, dentro de la literatura de propaganda o exaltación galleguista explícita que aquél, entonces, con tanto entusiasmo practicaba. *Las palmas del convento*, cuyo protagonista es gallego y después de su iniciático viaje por Europa regresa a su patria para vivir y morir en ella, puede considerarse de temática gallega, pero su asunto no es político. El retorno a la tierra y la renuncia al mundo para acogerse al amparo de la humildad franciscana marcan las pautas del desarrollo de la acción itinerante. Dada la fecha de su publicación, hay que suponer que la obra fue escrita tal vez aún no acabada la guerra, o recién acabada. Desde el año 1937, Otero Pedrayo venía colaborando en castellano, con di-

versos seudónimos, en la revista *Misión*, que se editaba en Orense.

Esta novela, mencionada como *As palmas de Herbón*, está prefigurada en la que, según leemos en *Devalar* (1935), escribe y publica el joven Pauliños Fontela, miembro del Seminario de Estudios Gallegos, institución de la que Otero Pedrayo fue el último presidente antes de su disolución en 1936. Incluso en el capítulo X de *Devalar*, titulado «As palmas de Herbón», se nos da el índice de capítulos y una noticia o glosa del contenido de la obra.

Ya se comprenderá que en una novela cuya acción se sitúa en la época del gótico florido, la imaginación romántica del autor no podría menos de pagar tributo a los estereotipos del género. Esto se manifiesta especialmente en el tratamiento convencional del tema amoroso. Como es habitual en Otero, la obra debió de escribirse muy de prisa, y ello será la causa de que la amada del último trovador lleve algunas veces el nombre de Leonor y otras el de Guiomar. Aún más grave descuido, por referirse a personajes históricos, es el relativo al duque reinante de Flandes, que tiene que ser Felipe el Bueno, pero que en dos ocasiones se convierte en Juan Sin Miedo, aunque por otra parte se alude a la muerte de éste en Montereau (1419).

Lo mejor de la novela, escrita no sólo con gran erudición histórica, sino también con gran capacidad de comprensión de los acontecimientos y personajes históricos, son las magníficas semblanzas de figuras de la época, así como los cuadros de ambiente, por ejemplo el prerrenacimiento en Italia.

Recordemos las semblanzas del arzobispo compostelano don Lope de Mendoza, del marqués de Santillana, de don Enrique de Villena, de Juan de Mena, de don Juan de Cervantes en el Concilio de Basilea, de Eneas Silvio Piccolomini, luego Papa, y de Felipe el Bueno, inspirado en el retrato antuerpiano de Roger van der Weiden, que tal vez Otero conoció a través del libro de Huizinga.

Como siempre, las descripciones geográficas añan la seguridad del científico y la elevada capacidad de observación e interpretación del poeta. Conocidos directamente o por medio de los libros, los escenarios del relato —Iria, Compostela, Castilla, Flandes, París, Basilea, Italia— se nos presentan como contextos vivos y plenos de la vida individual y colectiva que sustentan.

Con un final de elevada poesía, podemos registrar también en esta novela la historia intercalada. Por una parte, la historia de las damas de la duna, de Oswald de Wolkenstein, que no parece cumplir otra función que la de «intermezzo» poético dentro de las pautas ya bastante poemáticas de la narración general. De otro lado, la inclusión, en su lengua original, de una de las *Fioretti*, puesta en boca de Fray Gil o Egidio de Orvieto, el más anciano

de un grupo de frailes franciscanos con que tropieza el héroe en su peregrinación a Asís. Este texto trata de cómo San Francisco, yendo de camino con Fray León, expuso a éste las cosas que constituyen la perfecta alegría, y podemos interpretarlo como glosa, síntesis o compendio retrospectivo del espíritu de la obra en cuanto ésta es una lírica exaltación de la piedad franciscana, si bien, afortunadamente, desborda estos límites para trazar un animado cuadro de la sociedad europea del cuatrocientos, lo que le da una prestancia literaria que raramente podría alcanzar una simple novela devota.

La fiesta del conde Bernstein

La otra novela histórica ahora publicada, y hasta ahora inédita, es, por tal circunstancia, la que merece más atención no sólo en sí misma, sino también en cuanto producto editorial, si es que se le puede asignar esa calificación. Se trata de una novela cultural en el sentido de que, como ocurre tan frecuentemente en Otero Pedrayo, es la crisis de una cultura, la cultura europea del Rococó al Romanticismo, la que proporciona el asunto. *La fiesta del conde Bernstein*, escrita en el opulento pero no amanerado, ni siquiera esmerado, estilo espontáneo de nuestro autor, tan rico de imágenes, es una elegía sobre el ocaso del siglo XVIII. Ya sabemos que hay siglos «largos» y siglos «cortos». El XVIII de Otero Pedrayo, aunque herido de muerte por la Revolución, arrastra sus galas cadavéricas en la Europa de los príncipes y aun en la Francia de la Restauración borbónica hasta el definitivo hundimiento del legitimismo. La fiesta que el conde Bernstein celebra en su castillo de Inselberg antes de abandonarlo para siempre, constituye el funeral, enmascarado de farsa carnavalesca, que aquel noble, erigido en fantástico oficiante, entona en honor de aquel siglo, cuyas reliquias reúne el 24 de febrero de 1822.

RESUMEN

Miembro destacado de la generación aglutinada en torno a la revista galleguista *Nós*, Ramón Otero Pedrayo, escritor en gallego antes de la guerra civil, finalizada ésta utilizará el español como medio de expresión

El 24 de febrero es precisamente el título de una tragedia que Zacarías Werner, el héroe de la novela oteriana *Fra Venero*, había escrito, y que Goethe hizo representar en Weimar en 1810. Weimar está cerca del castillo del conde Bernstein, y Werner, lo mismo que Goethe, se halla vivo en 1822, cuando el conde celebra su fiesta.

Esta, por otra parte, tiene un significado esencial en la vida personal del conde, hijo de un antiguo oficial de la caballería prusiana y de una dama danesa. Es el antiguo oficial el que en un dominio que posee en la selva de Turingia erige, sobre el solar de una vieja residencia arruinada, el nuevo castillo que su hijo enajenará una vez celebrada la fiesta. Adalberto de Bernstein, nacido allí, póstumo, en Inselberg, pronto huérfano de madre, no sentirá la vocación del militar —aunque sirve eficazmente a Alemania en las guerras napoleónicas—, ni del cortesano, ni del político. Es una criatura del nuevo mundo que está surgiendo, y en este nivel la novela es una novela de formación. Adalberto ama sobre todo el espectáculo teatral. De improvisar desde niño farsas de marionetas pasa a ser empresario de una compañía de cómicos italianos, y finalmente contrata un grupo de artistas distinguidos para que representen los papeles que les dieron fama, ante sus invitados de Inselberg, el 24 de febrero. Pero esta vez, aunque vestidos con los disfraces que forjaron su crédito, los actores no se han de presentar como tales a los invitados del conde, sino que han de desarrollar sus caracteres ante éstos transportando el teatro a la vida, para que ésta, espolada por aquél, se desenvuelva ante la provocación como un imprevisible espectáculo que el conde contemplará desde su disfraz de Pierrot.

Otra edición merecía esta novela. Debemos creer que el cuidado de la misma no se confió a nadie, y el manuscrito fue simplemente trasladado a la imprenta para que fuese transcrito en letra de molde sin una preparación anterior ni tampoco una corrección de pruebas adecuada. Texto difícil, el impresor lo leyó mal innumerables veces.

Yo poseo una copia mecanográfica de esta novela, obsequio de Otero Pedrayo desde Traslaba en 1961, que añade cuatro capítulos al texto manuscrito de 1943. Aunque no es una buena copia, me ha sido muy útil para enmendar los yerros del texto impreso.

Los dos tipos de novela que aparecen en esta edición del centenario son productos literarios que en la España de la inmediata posguerra han tenido poca circulación, sofocados o ahuyentados por formas de novelar más elementales, agresivas o sumarias. Sin embargo, es bueno que se pongan a disposición de quien sea capaz de apreciarlas estas piezas novelísticas de un autor que, si bien fundamentalmente pertenece como creador a la literatura específicamente gallega, cultivó el castellano con más frecuencia y fortuna de lo que muchos creen, y no debe estar ausente, por su poder de evocación, por el esplendor de su estilo y por su ilimitada capacidad imaginativa de personajes y ambientes, en el censo de novelistas modernos en lengua castellana. □

literaria. En su trabajo, Carballo Calero hace un detallado recorrido por las novelas que Otero escribió directamente en castellano, encuadrándolas en la producción literaria de esta figura clave del nacionalismo literario gallego.

Ramón Otero Pedrayo

Adolescencia. La vocación de Adrián Silva

Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, La Coruña, 1988. 288 páginas. 1.325 pesetas.

Las palmas del convento. La fiesta del conde Bernstein

Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, La Coruña, 1988. 328 páginas. 1.325 pesetas.

¿Cómo se ha empezado a hablar?

Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) ha sido catedrático de instituto y actualmente lo es de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad, *Del lenguaje y Canciones y Soliloquios*.

Cuando iba yo entrando de muchacho en los estudios de Lingüística, se nos informaba desde muy pronto de que la pregunta por el Origen del Lenguaje estaba excluida de los estudios (como también De Saussure diría en su Curso, «Esa cuestión ni siquiera debería plantearse»), y aún hace pocos años mi maestro A. Tovar traía reciente de su estancia en Tübinga el término *glottogonisch* para ridiculizar y dejar fuera de la Lingüística serias especulaciones (glotogónicas). Eran «cosas del siglo XIX» las disputas por la mono- o poligénesis, y las de evolución natural frente a irrupción (de Dios o de su forma secularizada, el Hombre) eran por lo menos del XVIII. Todo ello había ido quedando al margen del establecimiento de la gran Lingüística Histórica o Comparatista, y con razón: pues si ella se ocupaba de la transformación de las lenguas, de la situación X a la situación Y, que consistía en la comparación de Y con X, ¿cómo iba a ocuparse de una situación A, que, al presentarse como primera, excluye la comparación con otra ninguna anterior a ella?

Y sin embargo, desde fuera más bien de la Lingüística, la necesidad creciente de psicólogos, sociólogos, neurólogos, paleontólogos, antropólogos y científicos de toda laya de encontrar algo firme en cuanto a la adquisición del lenguaje en el niño (ontogénesis que suele decirse), a la diferencia (o no diferencia) entre los sistemas de signos animales y los humanos, a la relación (o identificación) de ciertas actividades psíquicas (por ejemplo, algo llamado pensamiento) con el lenguaje, a su relación con otros convenios o instituciones sociales o culturales, no podía menos de traer consigo alguna renovación del planteamiento de la cuestión de los orígenes, que parece inseparable de todas ellas.

Cierta ebullición

Y como al fin los gramáticos mismos, entre ellos notoriamente N. Chomsky, tuvieron a bien, aunque aparentemente al margen de sus tareas (pero quizá su única aportación popular haya sido ésa), plantearse la necesidad de un dispositivo innato (y genérico) para explicar la adquisición de una primera lengua cualquiera, lo cual venía a incidir en los terrenos de la Ciencia, psicológica en primer lugar, de rebote sociológica y paleontológica, ello ha venido a dar en una cierta ebullición de los problemas atañentes al O.L., que se manifestó en un par de reuniones celebradas el año '75, una convocada por la *Academy of Sciences* de Nueva York bajo el título *Origins and Evolution of Language and Speech*, otra en Francia, en la Abadía de Royaumont, que, si bien destinada a tratar de 'lenguaje y aprendizaje', se centró de hecho en un debate, personificado en las figuras de Chomsky y de Piaget, entre la actitud nativista y la evolucionista para el surgimiento de una lengua y de la lengua.

Es al calor de este ambiente de renovación (y cambio radical de sentido) de la cuestión como ahora, unos treinta años después de la aparición de la obra monumental (6 tomos) del historiador Arno Borst *Der Turmbau von Babel*, 1957-63, que con su rica co-

lección de testimonios sobre lenguaje y lenguas trataba de ser, como en el subtítulo se indica, una «historia de las opiniones sobre origen y pluralidad de las lenguas y los pueblos», dos profesores alemanes, «uno de ellos», según se dice en el Prólogo, «más lingüista, el otro más filósofo», han recopilado y editado cuidadosamente esta impresionante colección de 40 estudios sobre las teorías del O.L., a la que han dotado de una sustanciosa y larga introducción (I 1-41), amén de un *Personenregister* y un *Sachregister* al final del II tomo.

La gran mayoría de los estudios están en alemán, unos cuantos en inglés y pocos en francés, y sus autores, según en el Prólogo se nos advierte, con sensata anotación de las ventajas y desventajas de ello para la empresa, son en su gran mayoría jóvenes, siendo las contadas excepciones, como la del nonagenario R. Stoppa de Cracovia, casi las únicas en que el autor trata todavía de sostener una (¿tal vez «decimonónica»?) teoría propia sobre el O.L. y no de estudiar, con más o menos lucidez y originalidad (que es muy apreciable en muchos de los estudios), teorías acerca del asunto.

Indican, ciertamente, los dos bravos compiladores que los estudios del tomo I están más orientados en el sentido de la historia de la Ciencia, mientras los del II tienen una ordenación más bien sistemática; pero ello se revela no muy exacto: pues también los del tomo II (descontando ya los dos primeros, dedicados a la Biblia y a la tradición arábiga) se centran en su mayoría en interpretación de opiniones o actitudes ante el lenguaje de filósofos, científicos y aun poetas, más o menos contemporáneos, pero ya como tales convertidos en objeto de visión histórica. Y es, no peculiar de esta colección, sino muy característico de los tiempos, que apenas se atreva nadie a abordar directamente las cuestiones, sino glosando lo que sobre ellas haya dicho algún ilustre: interposición de la figura como medio de evitar la cosa; es, al fin, lo que sucede también en el arte o la política.

Y sin embargo, los compiladores han sabido muy bien decir en su introducción (página 2) lo común y popular de este problema:

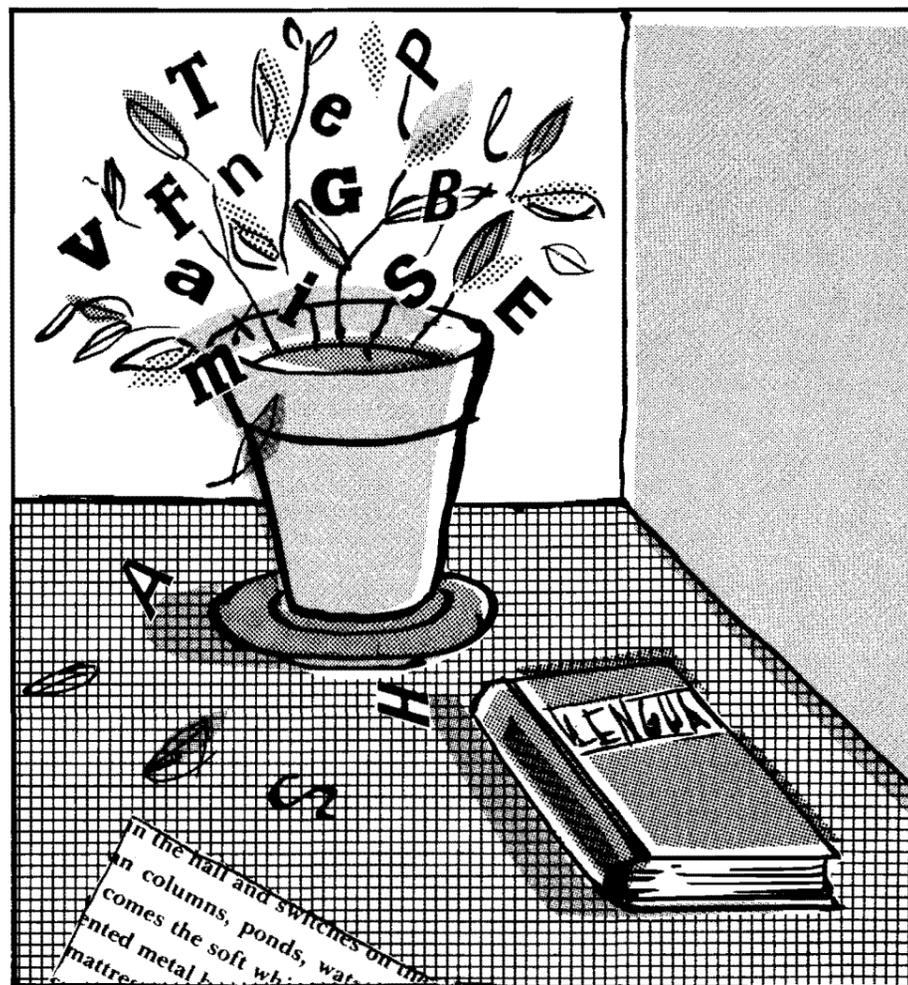
«... independientemente de los intereses investigatorios de la Filosofía y de las Ciencias, afirmaba la cuestión del origen del lenguaje su popularidad: como el lenguaje estaba y está en todas las bocas, a cada cual le concernía, y la pregunta por su procedencia no sólo les tocaba a filósofos y científicos en su parcela. ¿De dónde, pues, tenía el individuo su lenguaje? Y ¿de dónde la especie tenía el suyo?».

Estudio a estudio

He aquí una breve referencia de cada uno de los estudios:

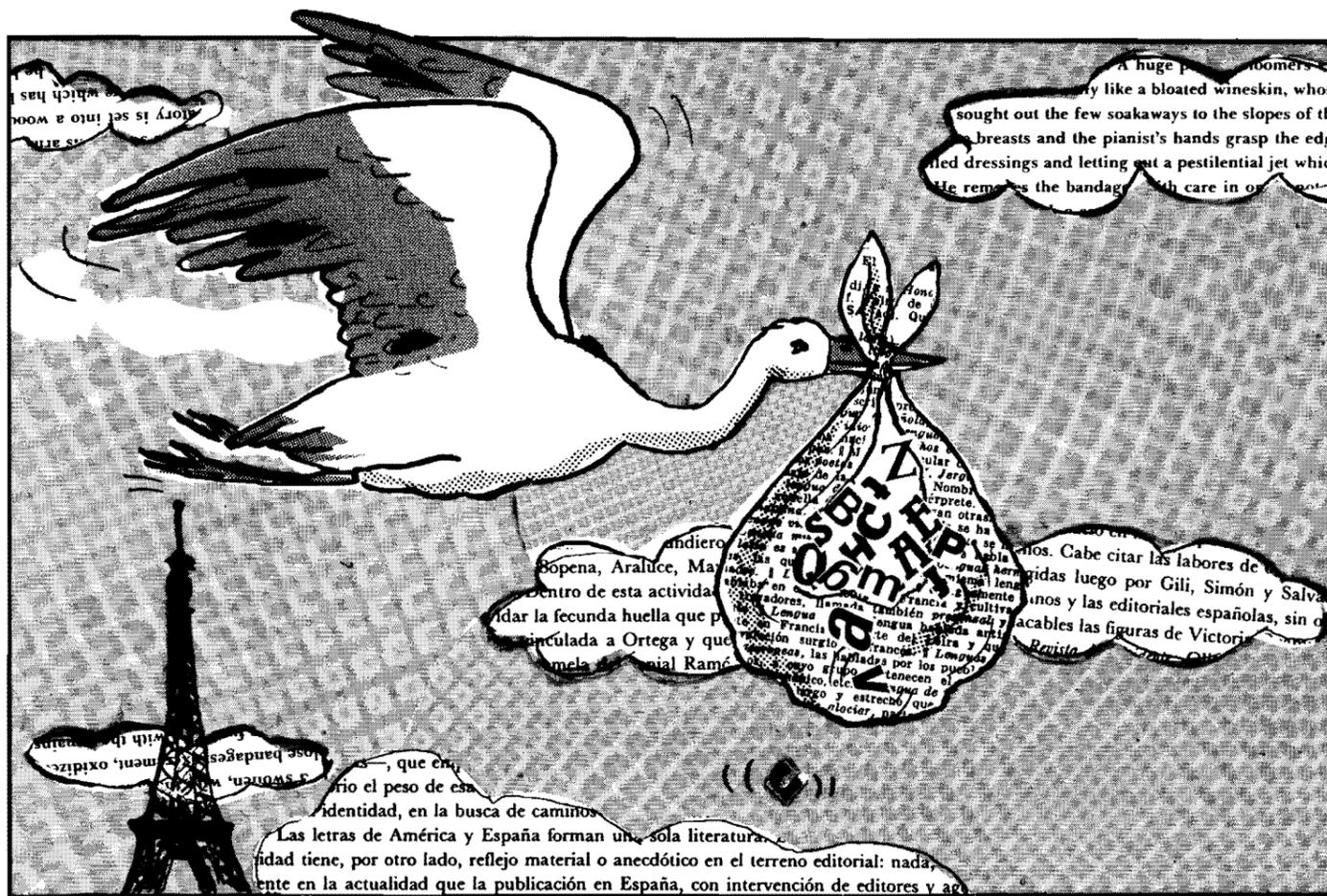
1. R. Schraetter, sobre la cuestión en el *Cratilo*: el Sócrates de Platón trata de superar la contradicción entre la teoría, falsa, de lo convencional, y la mal entendida de lo natural. (El autor sugiere el progreso de la Filosofía como paso de F. del *sein* a F. del *bewusstsein* y al fin a F. del lenguaje). 2. L. Kaczmarek acierta a mostrar, sobre bien escogidos textos, cuán compleja fue en la Edad Media y la Escolástica la controversia sobre los orígenes. 3. H. Haferland estudia las teorías místicas de J. Böhme, que, sobre la tradición alquímica en que conocimiento de la Realidad se trasmuta en conocimiento de sí mismo, hace surgir Natura y Lenguaje de la misma retorta, de modo que los signos no son arbitrarios sino en virtud de un olvido. 4. Th. Willard da cuenta del desarrollo (sobre precedentes neoplatónicos, Paracelso, lenguaje adámico) de una doctrina rosacruzista del O. L. y los debates que suscitara. 5. Chr. Hubig, en *Die Sprache als Menschenwerk*, frente a la vía científica, que se atiene a la facticidad del lenguaje, propone una especulación, en el sentido etimológico, que llama (neo)humanística (y no sin relación con Hegel), sobre la posibilidad del lenguaje; lo que exigiría, más que un tercer sitio entre 'lenguaje' y 'mundo', aparentemente imposible, una reconstrucción de la acción en que el Hombre se constituye; la noción de 'sujeto' (con y antes del lenguaje) es lo que provoca la crítica dialéctica. 6. J. Polk, 'From Locke to Hu-

me' [pero es de notar que ni en éstos ni en general en ningún filósofo se encuentra una formulación del O. L., y ello se me aparece como una implicación de la necesidad de desconocer que su filosofía es un caso de lenguaje; dígame lo mismo de la Ciencia], se ocupa de cuestiones atañentes: 'identidad' como concepto fingido o proyectado, origen psicológico del concepto de 'causalidad', y otras. 7. Kl. D. Dutz, a partir de las manifestaciones de Leibniz contra las especulaciones de su tiempo y de su propia actitud filosófica (sin descuidar el intento de un lenguaje lógico universal), le deduce una actitud congruente sobre el O. L. 8. P. Bergheaud estudia la obra de Lord Monbodo, antropológica al modo del XVIII, con cuestiones tan pertinentes como el surgimiento de la abstracción [y en efecto, no es tanto la condición de 'regularidad' o la de 'arbitrariedad' las que apuntan al corazón del lenguaje, sino la de 'abstracción', e.e. aquello por lo que hechos diferentes se toman como casos del mismo hecho]. 9. U. Ricken, en torno a Condillac, estudia la transformación de la sensación «con ayuda de» los signos, y la secularización de la cuestión del Hombre [he de anotar que todo ese proceso, necesario para el progreso de la Ciencia, al retirar a Dios, tira con El otra cosa, que es el lenguaje mismo: vamos, aquel de los dos sentidos en que *lógos* quiere que se le llame Zeus]. 10. D. Droixhe y G. Hassler recorren el pensamiento en Francia a fines del XVIII (Maupertuis, Turgot, Perrin, Rousseau, la Enciclopedia) sobre el establecimiento y uso de signos lingüísticos, sobre todo en relación a la función del lenguaje en el conocimiento. 11. L. Formigari, partiendo de Vico (doble origen, del hebreo y de la lengua de las *gentes*, que la autora pone en relación con su metafísica dualista y su solución materialista), estudia las ideas sobre lenguaje de otros ilustrados italianos, en conexión con su servicio a la política. 12. M. Maengel trata, en Herder y con atención a Rousseau, de cuestiones como la fundamental de la ligazón entre esencia y origen del lenguaje, la de la diferencia entre lenguaje de señas y lenguaje de palabra, la del común origen de hombre y lenguaje. 13. D. Otto estudia, también en conexión con las ideas de Herder, el análisis que Hamann hizo de las implicaciones que se dan en la pregunta misma (propuesta, por ejemplo, por la Academia) por el O. L. 14. W. v. Rahden esboza, «a la sombra de Kant y de Herder», una contraposición entre derivación «desde abajo» (evolución del animal) y «desde arriba» (hombre, imagen de Dios). 15. S. Hausdörfer, en Novalis, Schlegel y Hölderlin, trata cuestiones del orden de «la *Ursprache* como paso al paraíso perdido y al venidero». 16. J. Trabandt muestra cómo, después de Leibniz, Herder y J. Grimm, dio W. v. Humboldt una vuelta a la cuestión en el sentido de identificar origen y esencia, el de dónde y el qué. 17. T. Craig Christie estudia la actitud de Steinthal de no separar el O. L. del surgimiento de la conciencia, si bien el conocimiento del «germen y desarrollo» del lenguaje sea la sola vía para saber qué es. 18. J. Leopold presenta la controversia entre Kaulen (monogénesis según la Biblia; «forma interna» del lenguaje) y Pott (poligénesis; el método lingüístico, peculiar y aparte) como «la última batalla sobre la torre de Babel». 19. L. Weissberg se ocupa de las ideas de Emerson en un capítulo del libro I de su *Nature*: que una busca por el O. L. corresponde a una busca por el ser de la Naturaleza. [Por cierto que los versos que cita de Milton a la entrada me han hecho extrañar en esta compilación la ausencia de los de Próspero a Calibán en *La tempestad* I 2, 355, tan lúcida intimación de las relaciones entre 'propósito', 'palabras' y 'conocimiento'.] 20. H.-M. Gauger, sobre la actitud de Nietzsche de que «todo lo esencial de la evolución humana ha pasado antes en los *Urzeiten*»,



SAUL HERRERO

Viene de la página anterior



SAUL HERRERO

donde también el O. L. estudia su proyecto de «genealogización». [Es curioso que aquella queja de N. de la falta de sentido histórico de los filósofos en poco tiempo la Historia la haya vuelto del revés.] 21. E. J. Bredeck recuerda cómo Mauthner, a principios de siglo, re-orientaba la investigación del O. L., en el sentido de usar la extensión de significados en la historia de las lenguas para sugerir la asociación metafórica en que todo lenguaje está fundado. 22. E. Hentschel rememora las doctrinas de N. J. Marr que un tiempo dominaron la Lingüística soviética, con cosas como la *Ursprache* jafética y las siete *Urworte*. 23. N. Kapferer estudia lo que Heidegger dice de indagar la esencia del lenguaje (más que su comienzo, el origen de la significación) junto con la cuestión del ser; quien habla del origen piensa siempre un Dios, que, aunque negado, deja la presencia de un 'sujeto'. (Tomo II) 24. R. Albertz nota cómo el Antiguo Testamento no se interesa por el O. L.; el hebreo como *Ursprache*, sólo en la tradición judaica posterior [y es que antes no hay propiamente 'hebreo']; una *Ursprache* común es una proyección trascendente de la multiplicidad contemporánea de las lenguas. 25. J. Reggenhofer recorre las teorías arábigas y debates sobre el O. L. en la Edad Media, empezando por analizar un cierto temor de los arabistas a ocuparse de tal cuestión, importante sin embargo para muchos sabios árabes. 26. Fr. Apel estudia, desde Hamann y Herder hasta Benjamin y la crítica de Bar-Hillel a la busca de la traducción automática, las relaciones entre la teoría del O. L. y el concepto de 'traducción', con actitudes que derivan de la *Sprachlichkeit* todo *Bewusstsein*. 27. M. Lang considera, en la Lingüística alemana del XIX, los motivos, también políticos, de buscar una respuesta a la cuestión del O. L., exigida «popularmente» y desde los especialistas. 28. Kl. Grottsch estudia el papel del sánscrito (al principio, «la hija más vieja de la *Ursprache* desaparecida») desde Schlegel, Bopp y siguientes en el establecimiento de la Lingüística comparativa. 29. S. Auroux analiza los motivos (más bien sociales, aunque también por la intención de autonomía de la Lingüística) para el rechazo, notorio en los primeros Estatutos de la *Société de Linguistique de Paris*, de la investigación sobre el O.

L. 30. J. Leopold, el debate entre las actitudes de E. B. Tylor («ningún pensamiento sin lenguaje»; teoría de la evolución semántica de la 'raíz') y de Darwin (O. L. en la expresión de emociones; gritos de apareamiento, canto y selección sexual). 31. R. Stopa repite y defiende (relacionando con el actual debate sobre lo icónico del lenguaje) su teoría de que, habiendo lenguas «más primitivas», articulaciones como las claqueantes de los bosquimanos (en conexión primitiva con la ira) nos acercan al O. L. 32. V. Heeschen aporta el método de la Humanología (parte de la Biología) para entender, en la práctica del lenguaje, el desarrollo de modelos de la Realidad y el de regulaciones simulativas de las conductas interpersonales. 33. M. Hildebrand-Nilshon saca de su obra (también de etología psico-biológica) un tratamiento de cuestiones como intersubjetividad, «gramática de la acción y gramática del lenguaje», *Selbstreflexivität* y reproducción social, dando en apéndice noticia del estado de la experimentación con monos. 34. W. Wanning, en un estudio neuro-biológico (pero la dinámica genética obedece a la misma ley que se inicia prebiológicamente en las instrucciones de la molécula para producir copias de sí misma), ve la emergencia del lenguaje a partir «de procesos sinérgicos a niveles interconexos de auto-organización». 35. M. Hellinger trae la aportación de los estudios lingüísticos de idiomas criollos a la unificación de las cuestiones de adquisición del lenguaje y de su evolución. 36. J. Gessinger estudia, sobre debate de médicos y psicólogos en el XVIII [pero no parece que se haya prestado la atención debida al trabajo de Itard con su niño salvaje], la contribución al O. L. de los lenguajes de (sordo)mudos y de señas. 37. N. Kapferer, sobre la palabra como encantamiento, según Freud (sin olvidar que «la cura psicoanalítica se funda sobre un suceso de lenguaje»), estudia la coincidencia del O. L. con el de la psique, y su desarrollo onto- y filogenético como liberación del cerco mítico. 38. D. Hirschfeld discute las propuestas de Apel y Habermas para la superación del pensamiento del origen, en el sentido de privilegiar la teoría del uso sobre la de la derivación. 39. S. Kanngiesser, sobre el supuesto de que la cuestión del O. L. es idéntica con la de las condi-

ciones de posibilidad de adquisición, crítica, con ejemplos sintácticos, semánticos y de *Wortbildung*, la idea (constructivista) de que la génesis del lenguaje sea un proceso inductivo, mientras señala las limitaciones de la hipótesis nativista. 40. L. A. Rickels, sobre sugerencias de Artaud (el arte de lo críptico y juegos con palabras, como *germe-germain-Germain-Germaine*, que Lacan y otros contemporáneos también han usado), estudia cómo el lenguaje oculta al tiempo que revela.

Nada de extraño tiene que, con tantas y tan ricas aportaciones a la disputa, por parte de estudiosos de varias ramas de la Ciencia o de la historia de la Lingüística y el pensamiento, la pregunta popular que pongo como título quede poco satisfecha.

Lagunas y olvidos

No se trata de que haya en esta vasta y docta recopilación lagunas, como inevitablemente las hay; algunas he hecho notar al paso, y otras podrían sin fin citarse: por ejemplo, estudio de otros mitos menos parroquiales (e.e. platónicos y bíblicos) sobre el origen, o también de los términos más o menos equivalentes de 'lenguaje', 'hablar', 'hombre' y 'alma' (y localizaciones del alma) en diversas lenguas extrañas, o, más dentro del plan de los compiladores, lo que la salida de la Lingüística Histórica a la Gramática (proceso encarnado en la figura de Saussure) aporta a la cuestión; o, tal vez la más considerable, el olvido de la aparición de nuestra primera Lógica con el libro de Heraclito, donde el lengua-

RESUMEN

Hasta no hace mucho, recuerda Agustín García Calvo, en lingüística hablar del origen del lenguaje se consideraba como algo decimonónico, que no tenía sentido en estos tiempos. Pero ahora, por el contrario, en el ambiente de

je dice de sí mismo, entre otras cosas, cómo es que él está aparte de todas, constituyéndolas como tales cosas, y puede, por otra parte, hacerse cosa (semantizarse) él mismo, de manera que a la vez es parte de la Realidad y a la vez está fuera de ella: pues en esa contradicción está seguramente la clave para una mejor formulación de la pregunta.

Tal vez lo que más ayude al lector a percibir en esa cuestión los vislumbres de acierto y los extravíos más ilustres que los hombres han tenido en su Historia y tienen contemporáneamente sea la cuidadosa introducción de Gessinger y von Rahden, donde tratan de enlazar congruentemente las diversas actitudes ante el O. L. y de presentarlas de modo que contribuyan a un sentido de indagación común que sea el de la pregunta fundamental, y sobre todo, de entender como una *Verschiebung* más en la historia de la cuestión la actual disputa de constructivismo y nativismo.

Se ve, a propósito de sus citas de Paul en página 6 o de Süßmilch en página 14, que resulta aún difícil dar sentido a la observación de que 'naturaleza del Hombre' no es otra cosa que la pregunta por Su naturaleza, pregunta que por sí misma lo coloca fuera de la Naturaleza (y de la Historia, en cuanto la ciencia histórica quiera ponerse en línea con la Ciencia natural), de manera que, ciertamente, para aprender una lengua hace falta saber hablar, siendo esto lo mismo que saber lo que es 'hablar', y en esta especie de perogrullada puede hallarse una negación fructuosa al planteamiento de la cuestión del O. L. no sólo como histórica, sino también en general como científica, en cuanto que cualquier ciencia (o, lo que es lo mismo, filosofía) se refiere a una Realidad externa al lenguaje, siendo la Ciencia a su vez no más que un caso de lenguaje.

No son pues posibles imperfecciones de esta obra benemérita lo que deja insatisfecha la pregunta, sino algún vicio común a las muy diversas reflexiones o especulaciones que sobre el O. L. hayan hecho científicos (o filósofos) o (pre)historiadores.

Es otra vía, propia suya, la que requiere la cuestión, una vía no histórica ni científica (y es el empeño de lingüistas, chomskyanos y otros, de tomar la Gramática como una ciencia, psicológica por ejemplo, lo que más ha desviado y entorpecido su teoría), sino una vía gramatical, esto es, de lenguaje descubriendo lo que todo el mundo sabe de sí mismo.

Va el proceso de esa vía de las gramáticas idiomáticas a la gramática común, y es sólo esa «superación de Babel» lo que puede servir para una verdadera revolución de la pregunta por el origen. La *Ursprache* es la *Gemeinsprache*; y a esa lengua común no es imposible aspirar por varios caminos, como el estudio (gramatical) de la entrada de un niño en el lenguaje, o el de los elementos universales de las lenguas de varios tipos.

Bastante se va haciendo, a pesar de todo, en tal sentido; algunos elementos de la lengua común se nos descubren. Y he aquí, para los lectores de «SABER/LEER», una primicia de descubrimiento: la lengua común, que está dotada de elementos como Negación, Interrogativos, Mostrativos de persona o de lugar, entre otros, carece, en cambio, de palabras con significado: tiene, sí, por fuerza, un lugar para el vocabulario semántico, pero vacío. □

Joachim Gessinger y Wolfert von Rahden (eds.)

Theorien vom Ursprung der Sprache

Walter de Gruyter, Berlín, 1989. XII + 675 páginas (tomo I) y VIII + 588 páginas (tomo II).

Progresos de la Matemática en España

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

Seguindo una costumbre normal y loable en las comunidades científicas, la Real Academia de Ciencias de Madrid ha publicado un volumen titulado *Selecta* en homenaje a Julio Rey Pastor con motivo del centenario de su nacimiento (14 de agosto de 1888). La edición, patrocinada por la Fundación del Banco Exterior, contiene una selección de sus principales trabajos publicados en revistas internacionales con sendos comentarios de sus discípulos Sixto Ríos, L. A. Santaló y E. García Camarero, que pretenden orientar al lector en su natural deseo de valoración del notable conjunto de conceptos, teorías y resultados con que este científico contribuyó a la Matemática de su tiempo. El hecho de haber podido realizar esta labor de selección y crítica entre los 306 trabajos publicados por Rey Pastor y la dificultad o imposibilidad de poder hacer algo semejante con alguno de sus colegas contemporáneos o precedentes permite convenirse de que España, al fin, tuvo a comienzos del siglo XX un matemático de nivel internacional. Un matemático que, con su labor de investigación, su capacidad de organización y su magisterio, contribuyó decisivamente a que España y Argentina llegaran en los años treinta a iniciar una etapa de formación de escuelas matemáticas con investigaciones y publicaciones homologables a nivel internacional. Los progresos posteriores al 36 confirman que este salto dado en la etapa de Rey Pastor, con el que se pasa de un retraso secular y un nivel cero en investigación matemática a un estado normal, comparable al de otros países europeos, justifican la publicación de *Selecta*, cuyo brillante prólogo ha sido redactado por el presidente de la Academia, profesor Martín Municio.

Progresos de las ciencias en España y progresos de España en las ciencias son dos facetas del gran problema de nuestro lento y difícil desarrollo científico y en particular matemático. Estas matizadas frases, con que Rey Pastor comienza un memorable discurso de inauguración de las sesiones de la Asociación

Española para el Progreso de las Ciencias en Valladolid (1915), se refieren la primera a la creación por españoles de ciencia que merezca ser tenida en cuenta a nivel internacional, mientras la segunda se adscribe a una fase necesariamente anterior de importación de ciencia para elevar nuestro nivel general. Aclarar esta situación en ambas interpretaciones en los diversos períodos de nuestra historia, es lo que permitirá ver hasta qué punto se estaba consciente de nuestro estado en cada época y se trataba de poner o no remedio eficaz a la tremenda realidad de nuestro atraso matemático secular. Vamos pues a indicar muy esquemáticamente la evolución histórica española en relación con el modelo precedente.

Vida científica moderna

Pasada la guerra de la Independencia y un período de luchas civiles, puede decirse que, hacia la mitad del siglo XIX, comienza un período de paz en España y la iniciación de nuestra vida científica moderna. Como dice Vicuña en su discurso de apertura de la Universidad de Madrid (1875-76), refiriéndose a la creación casi simultánea (1874) de la Real Academia de Ciencias y de las enseñanzas de ciencias en la Facultad de Filosofía y Letras: «Hasta aquella fecha, un extracto de Geometría de Euclides, algún resumen de Aritmética, nada o casi nada de Álgebra...; a esto quedaba reducida la enseñanza de las ciencias físico-matemáticas...» Pero a pesar de que la ley Moyano crea una sección de Exactas en la Facultad de Ciencias, el progreso es lento, continuando la vigencia de los textos franceses del siglo XVIII, cuando ya Gauss, Abel y Cauchy han creado el análisis moderno y Riemann ha iniciado la teoría de funciones analíticas. Y así llegamos a los albores del siglo XX, en que aparece la interesante contribución matemática de Reyes Prosper, de cuatro páginas, en *Mathematische Annalen*, y la actividad de los profesores que Loria llama «sembradores», a saber: Galdeano, Torroja y Echegaray. La labor de estos hombres, que pertenecen a la generación que Lain ha llamado de sabios, puede resumirse diciendo que hacia 1890 habían introducido en la enseñanza universitaria, mediante textos propios, la *Matemática* de Cauchy y Staudt (ya superada en aquellas fechas); pero en los veinticinco años posteriores poco o nada se progresó en las facultades españolas. Continuaron publicándose tratados de Aritmética universal y de Geome-

tría proyectiva, algunos de los cuales aún tuvimos que estudiar al llegar como alumno en 1930 a la Universidad de Madrid, pero la flor de la investigación matemática seguía siendo extraña a los vírgenes campos de nuestra patria. Llegamos pues, con un «parámetro estructural de retraso matemático» cuyos valores se mantienen, después de la época estelar de los árabes, entre los cincuenta y cien años, a las fechas en que inicia su docencia don Julio Rey Pastor.

Durante los primeros años de su vida docente, Rey Pastor concibió un plan de trabajo y acción para modificar esencialmente la faz matemática de la España que le tocó vivir.

Ante la famosa polémica sobre la ciencia española, sostenida inicialmente por Echegaray y Menéndez Pelayo, adoptó una posición inteligente y optimista; no se resignó, como tantos otros, a creer en la incapacidad racial del español para la Matemática, ni tomó la cómoda postura de los optimistas a ultranza, ni se limitó a escribir ensayos filosóficos o pronunciar ingeniosas conferencias sobre el apasionante tema. Con constancia, sin desmayos y con toda su formidable energía, emprendió Rey Pastor dura cruzada para acercar nuestro nivel matemático al europeo.

Al juzgar su labor en los primeros años de magisterio lo pondríamos en paralelo con beneméritos profesores de su época y anteriores (Reyes Prosper, Galdeano, Torroja, Echegaray, Alvarez Ude, Vegas, Terradas, Plans) también, más o menos conscientemente, empeñados en esa porfía histórica de acortar distancias al nivel matemático de Europa.

Pero Rey Pastor va más lejos: bastaron veinticinco años de labor ejemplar para desvirtuar el anatema que parecía existir sobre la capacidad del *homo hispanicus* para hacer matemáticas. Puede afirmarse, objetivamente, que por los años 30 en España existe ya una cultura matemática contemporánea con aportaciones originales de nivel europeo, pues Rey Pastor y sus discípulos directos o indirectos publican trabajos importantes en las principales revistas internacionales: *Comptes Rendus de l'Académie des Sciences* de París, *Acta Mathematica*, *Ergebnisse* del Coloquio de Viena, *Abhandlungen* de Hamburgo, *Redincontri di Palermo*, *Mathematische Annalen*, *Memoire de la R. Academia di Italia*, *Bulletin of the American Mathematical Society*, etc. No pocos de los teoremas e incluso teorías de estos trabajos pasan a incorporarse a los libros de texto y consulta de las universidades europeas:

así los libros de Doetsch, Mandelbrojt, Denjoy, Hurewicz, Widder, Blaschke, Menger, etcétera. Con esto puede decirse que con Rey Pastor llega España por primera vez a la meta de un nivel matemático homologable con metros internacionales. Ha creado una escuela y un ambiente matemático general que contribuye a despertar vocaciones.

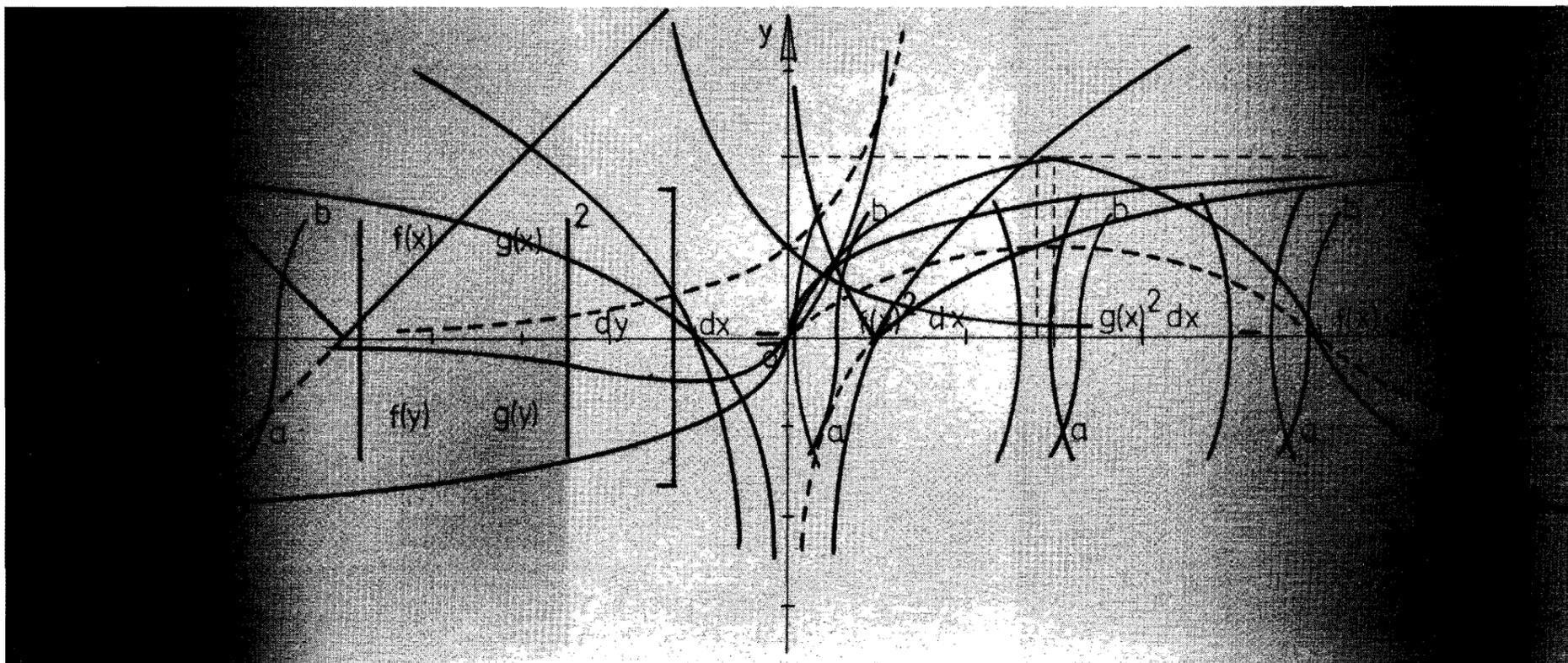
Mas esto, que ya sería suficiente para rebasar el programa de trabajo de un hombre extraordinario, fue para Rey Pastor sólo parte de un proyecto más ambicioso, iniciado en Hispanoamérica por los años 20, que dio lugar a resultados no menos espectaculares y eficaces que en España. Su obra adquiere así una dimensión internacional al haber abierto el surco latino-americano, en que tantos matemáticos españoles han colaborado después.

En todos los campos

Muchos han sido los matemáticos que al hacer recensiones de sus trabajos en revistas de crítica matemática han expresado sus elogios y admiración a la obra de investigación de Rey Pastor. Recordemos únicamente las palabras del historiador G. Loria, que ya en 1936 decía: «El puesto de honor corresponde de derecho a Rey Pastor, cuya maravillosa producción científica abarca todos los campos de la matemática: aritmética elemental, teoría de números, álgebra clásica y moderna, teoría de series e integrales, cálculo de diferencias, representación conforme, conjuntos, geometría elemental, proyectiva, no euclídea, curvas planas, topología, probabilidad, espacios abstractos, física matemática, filosofía e historia.» Por esto no resulta extraño que en 1953 la British Astronomical Association bautizara con su nombre un cráter lunar en punto próximo a los de Faraday, Couvier y Clairaut.

Hemos hecho algunos comentarios a las contribuciones personales de Rey Pastor a la matemática que constituyen la componente principal en que se basa generalmente la valoración del mérito de un matemático. Pero podríamos preguntarnos con Lain: «¿La obra original de don Julio fue todo lo que hubiera podido ser?»

No cabe duda que podría haber incrementado su ya impresionante lista de publicaciones, si el tiempo que dedicó a otras actividades lo hubiera centrado en profundizar en

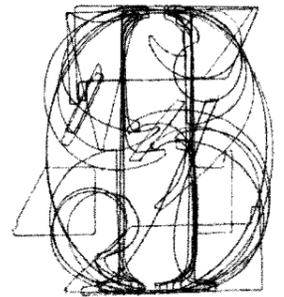
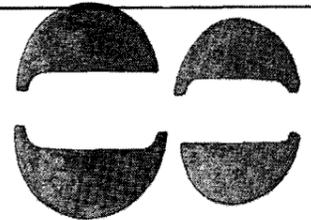
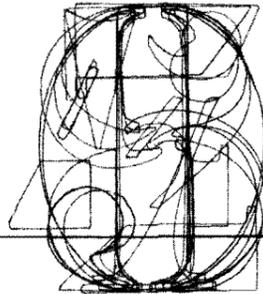


ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



Julio Rey Pastor.



ANTONIO LANCHO

temas personales; quizá esto hubiera sido más cómodo y más lucido, en opinión de algunos; pero seguramente su influencia en el desarrollo matemático español habría sido mucho menor. En aquel momento la matemática española necesitaba, más que un virtuoso solista, un gran director de orquesta. Y éste fue el papel que conscientemente asumió Rey Pastor, compaginando sus investigaciones personales con otra serie de actividades necesarias para el nacimiento de una escuela matemática. He aquí algunas: a) creación del Laboratorio y Seminario Matemático de la Junta para Ampliación de Estudios (1915); b) organización de la Real Sociedad Matemática Española (1911); c) la revista de dicha Sociedad, continuada a partir de 1919 como *Revista Matemática Hispano-Americana*; d) publicación de libros y monografías.

Vencer males propios

Concibe la idea de la creación del Seminario Matemático tras sus viajes a Alemania, y espera con dicha creación vencer la tendencia al aislamiento y al individualismo de los matemáticos españoles.

Dice Rey Pastor: «Coincidente con Ortega en la existencia de simbiosis entre las diversas actividades científicas, discutí, con todo el respeto que me inspiraba el gran vidente del problema español, mi optimismo fortificado tras la convivencia con los estudiosos alemanes. No había ninguna tara racial; y si la había, estaba por probarse, pues desde el siglo XVI el talento español, aislado del mundo, se había enquistado como un tumor, según decía Cajal, cuyo ejemplo debía animarnos para imitarle en su aventura victoriosa.»

«Enfervorizado así el gran filósofo y sobreponiéndose a su escepticismo, apadrinó el modestísimo Seminario de Matemáticas en 1915, y él mismo logró el apoyo legal y material de la inolvidable Junta encargada del fomento de la investigación científica en España, cuyas figuras señeras, que hoy echamos de menos, eran Cajal, Bolívar y Castillejo, con la colaboración asidua de don Ramón Menéndez Pidal.

De aquel Seminario, instalado en un sótano, proceden nuestro gran geómetra Santaló y nuestros colegas San Juan y Ríos, que dominan el análisis matemático en su doble faz: el puro y el aplicado. Bastarían estos tres, que ya han conquistado merecido prestigio inter-

nacional, para desmentir el prejuicio racial, tan unánime como infundado. Han bastado tres décadas de trabajo serio para deslizar drásticamente el supuesto maleficio.»

Creado el Laboratorio-Seminario, los trabajos eran publicados en la *Revista Matemática Hispano-Americana*, *Revista de la Real Academia de Ciencias*, etc. Más tarde en revistas internacionales del máximo nivel, como hemos indicado. Un estudio reciente, con métodos bibliométricos (P. del Pino), ha llegado a ver cómo la evolución de las publicaciones de dicha época apoyan la afirmación del nacimiento de una escuela matemática con rasgos europeos.

Este nuevo espíritu, inexistente hasta entonces en España, de comprender que un país no tiene ningún significado en la Matemática si sus investigadores no están contribuyendo con sus publicaciones, internacionalmente homologables, al progreso universal de dicha ciencia, nació en el Seminario de Rey Pastor y continuó a partir de entonces con nuevas generaciones hijas de aquéllas, y nuevas escuelas cada vez mejor preparadas van consiguiendo día a día un mejor nombre para nuestro país en el panorama matemático mundial: Álgebra, Análisis, Estadística, Investigación Operativa, Topología...

Otra faceta señalada es la labor de Rey Pastor como autor de libros importantes, pues creemos que su concepción íntima de la investigación le llevó continuamente a introducir en sus libros novedades en conceptos generales y demostraciones originales que le han valido múltiples y merecidos elogios en las reseñas y críticas de que han sido objeto.

Es sin duda una de las razones de su éxito como profesor, haber adoptado la actitud típica del investigador que, al enseñar la ciencia como algo vivo y cambiante, considera que la mejor formación para sus alumnos es prepararlos a participar en la investigación como tarea normal y cotidiana del matemático.

Rey Pastor fue muy prolífico: publicó unos 80 libros contando desde segunda enseñanza a cursos de doctorado. Pero discrepamos de los que consideran excesivo el número de libros publicados por Rey Pastor, porque dado el nivel matemático de España e Hispanoamérica por las fechas en que Rey Pastor entra en escena, esta labor era absolutamente necesaria. El salto que representa el paso de los libros de Marzal, Octavio de Toledo, Salinas y Benítez a los de Rey Pastor, corresponde a una discontinuidad esencial.

Por otra parte debemos señalar que la actividad de publicación de libros estaba reforzada por su brillantez en la exposición oral, que lograba entusiasmar al alumno desde los primeros momentos. Todo aquel que le conoció no podrá olvidar sus problemas críticos, su entusiasmo contagioso, su vitalidad optimista; en fin, sus cualidades excepcionales de forjador de escuela.

Otras contribuciones

En la *Selecta* se recogen, además de trabajos de Matemática pura y aplicada, otros de Historia de la Ciencia, de Cartografía, de Epistemología..., en que Rey Pastor tuvo contribuciones importantes, sobre todo a partir de 1950. Su original libro sobre la Cartografía mallorquina recoge, analiza y estudia las cartas náuticas hechas en Mallorca durante los siglos XIV a XVII. En Historia se recoge el discurso de inauguración del curso 1913-14 en la Universidad de Oviedo, obra juvenil, pero meditada, que está dedicada a los matemáticos españoles del siglo XVI, en que se plantea la cuestión del conocimiento directo de las parvas contribuciones reales de los españoles a la matemática de dicho siglo. Con ello trata de responder con verdadero rigor a las cuestiones planteadas por Menéndez Pelayo, Echegaray..., en torno a la famosa polémica sobre la Ciencia española. La conclusión tajante de este estudio coincide con Echegaray: «España no ha tenido nunca una cultura matemática moderna.» Conclusión que suaviza diciendo: «En Matemáticas no es España un pueblo moderno, pero tampoco un pueblo decadente ni un pueblo inepto. Es sencillamente un pueblo atrasado que no se ha incorpo-

rado todavía a la civilización moderna.» «En España no ha habido matemáticos, es cierto, pero los habrá en este siglo. Nosotros no lo seremos probablemente; harto haremos si logramos asimilar la Matemática moderna y la enseñamos después. Pero nuestros discípulos enviados a las mismas fuentes donde la ciencia nace, pueden y deben serlo.»

Lo expuesto en este artículo es la respuesta a este reto que Rey Pastor se propone en 1913 y trata de resumir los principales rasgos de la gesta de este sabio, ejemplo único de la Historia de la Matemática de los pueblos hispánicos, cuya vida, consagrada por entero al progreso matemático, nos ha dejado el legado de un hermoso porvenir en este campo del saber humano.

Agreguemos finalmente que, aunque la prensa diaria apenas ha comunicado la noticia del centenario de Rey Pastor, los ambientes científicos sí han sido sensibles a su conmemoración, como prueba que además del volumen que aquí reseñamos se han publicado, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el curso sobre *Problemas lineales de la Física* que dio en el Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica Esteban Terradas (1955); por la Facultad de Matemáticas de la Universidad Complutense, una edición facsímil de la tesis sobre *Correspondencias de figuras elementales* (con prólogo del profesor Etayo); por el Instituto de Estudios Riojanos, las Actas del Coloquio celebrado en su ciudad natal, Logroño; por la Academia de Ciencias de Buenos Aires, un coloquio internacional y, en fin, por el profesor E. Ortiz, del Imperial College de Londres, las *Obras Completas* en siete volúmenes, que contienen 350 microfichas, equivalentes a 80 volúmenes de 300 páginas cada uno. □

RESUMEN

Un volumen que recoge una selección de los principales trabajos del matemático español Julio Rey Pastor con motivo del centenario de su nacimiento, es analizado por uno de sus discípulos, Sixto Ríos, quien valora el conjunto

de conceptos, teorías y resultados con que este científico contribuyó a la matemática de su tiempo. El comentarista aprovecha para referirse a los progresos de la matemática en España y, por extensión, al progreso de las ciencias.

Julio Rey Pastor

Selecta

Real Academia de Ciencias-Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988. 774 páginas. 1.700 pesetas.

La fragilidad del ser

Por Alberto Galindo

Alberto Galindo (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y físico. Catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencia Exactas, Físicas y Naturales. Sus campos de investigación actual son los procesos no-lineales y la física cuántica.

Digno de aplauso es el empeño de Alianza Universidad en traducir libros como el que nos ocupa. Escrito por un profesor universitario con experiencia docente en mecánica cuántica, y con buena traducción por otro profesor también atraído por los conflictos epistémicos de la misma, constituye el libro una lúcida exposición de esas aparentes sinrazones en que nos sume el cultivo de los principios cuánticos, y que tan bien simbolizan las citas de D. H. Lawrence y T. S. Elliot que el autor recoge.

El capítulo 1 discute la génesis de la física cuántica y su panoplia de éxitos en física atómica, molecular, nuclear, subnuclear y de la materia condensada (aunque interrogantes tan simples como ¿por qué existen los cristales? esperen todavía respuesta cuantitativa). No sólo ha explicado los fenómenos atómicos y radiactivos para los que fue inventada, sino que también ha proporcionado un hondo entendimiento de la química y del estado sólido. Su marco se ha revelado asimismo como metateoría aplicable para encajar las leyes de la física nuclear y de las interacciones débiles, fuerzas bien distintas de las otras. La dualidad onda-corpúsculo y el principio de indeterminación de Heisenberg epitomizan las sacudidas conceptuales con que el marco cuántico rompió las estructuras clásicas. No se conocen aún límites energéticos a su validez; por ejemplo, el carácter dual onda-partícula para neutrones se ha puesto de manifiesto desde velocidades que van de unos pocos m/s hasta la mitad de la velocidad de la luz. Estos éxitos no han hecho sino agudizar el debate sobre su interpretación, el estado insatisfactorio de la teoría de la medición. Pero no sólo la preocupación teórica sobre cuestiones de fundamentación ha colocado a la física cuántica en el centro de atención en la última década. Avances tecnológicos han permitido ingeniar experimentos encaminados a delimitar sus rangos de validez y a la vez verificar algunos de los aspectos más antiintuitivos de la teoría. Las técnicas utilizadas han sido interferometría de neutrones, de rayos X y de electrones, holografía, uniones Josephson, efec-

to Hall cuántico, estados «estrujados», demolición cuántica, técnicas de óptica láser ultrarrápida, etc.

Yin-Yang

Nada mejor que el análisis de sistemas con un número finito de estados independientes (cual los ofrecidos por los grados de polarización de la luz, por ejemplo) para apreciar sin distracciones técnicas las tensiones conflictivas a que somete la física de los «quantas». Y a esto se dedica el capítulo 2. Con particular claridad lleva el autor de la mano al lector, como quien no quiere, hasta enfrentarle al primer problema del ritual iniciático: ¿cómo puede un fotón, esto es, un «quantum» de luz indivisible, escindirse para seguir por dos caminos distintos a la vez, cuando siempre va por uno o por otro? Invocar al cripto-determinismo, a las variables ocultas, a la onda piloto que guía al fotón partícula por un camino pero guarda memoria del otro, son recursos que han mitigado la insatisfacción de algunos, pero cuya complejidad y, ¿por qué no decirlo?, falta de belleza (en contraste con la sencillez operacional de los principios cuánticos) han ahuyentado a la mayoría.

Escribía Erwin Schrödinger en 1935: «It is rather discomfoting that the theory should allow a system to be steered or piloted into one or the other type of state at the experimenter's mercy in spite of his having no access to it.» Se refería a la posibilidad, puesta ya de manifiesto por Albert Einstein, Boris Podolsky y Nathan Rosen ese mismo año (argumento EPR), de que la medición de un cierto observable en una parte de un sistema cuántico pudiese precipitar a otra parte alejada del mismo en un estado cuántico definido sin que mediara tiempo bastante para una influencia causal sobre esta segunda parte de aquella medida efectuada sobre la primera. De incompleta tildarían a la mecánica cuántica los artifices de ese razonamiento que contraponía una presunta completitud a un principio de acción local. A la complementariedad (contradictoria, como prefiere John Bell) entre localidad (espacio-tiempo) y causalidad (momento-energía) amparando una inseparabilidad cuántica recurriría Niels Bohr al refutarles. Y sus razones tendría esa oscuridad esperada del propio principio bohriano que el preclaro danés, con escudo de armas en que destaca el símbolo taoísta Yin y Yang y reza la leyenda «contraria sunt complementa», transportara a otros lares en aforismos como «truth and clarity are complementary», o «the opposite

of a deep truth is also a deep truth». [También Alianza ha contribuido a divulgar esta histórica contienda con el libro *El debate de la teoría cuántica*, de Franco Selleri, ya comentado en *SABER/Leer*, n.º 15, mayo 1988.]

¿Se tambalea la física?

En refriega filosófica quedara de no ser por ciertas sorprendentes predicciones de la localidad einsteiniana que contradirían, de cumplirse, a la mecánica cuántica. Se trata de unas desigualdades al modo de la famosa de Bell, para algunos [Henry Stapp] «el más profundo descubrimiento de la ciencia». El siguiente ejemplo ayudará a entender lo que hay en juego. Supóngase un colectivo de N pares de personas gemelas, que al ser analizado respectivamente en sexo, en color y en edad arroja como posibilidades m (asculino) o f (emenino), b (lanco) o n (egro), j (oven) o v (iejo). Parece evidente que los números N_{mb} , N_{nj} y N_{mj} de parejas masculinas-blancas, negras-jóvenes y masculinas-jóvenes deben satisfacer la desigualdad $N_{mb} + N_{nj} > N_{mj}$, ya que todo masculino-joven o es blanco (y en ese caso integra N_{mb}) o es negro (y forma parte de N_{nj}). Pues bien, si ahora esos números cuentan las parejas de fotones correlacionados en un experimento tipo EPR a la Bohm (N_{mb} pares en que el primero de sus fotones está polarizado en una dirección n_m y el segundo en otra dirección n_b , N_{nj} pares con el primer fotón polarizado en dirección perpendicular a n_b y el segundo en dirección n_j , y N_{mj} pares con un primer fotón polarizado según n_m y un segundo a lo largo de n_j), aquella desigualdad, esperada todavía en una teoría de variables ocultas de tipo local, no es respetada por la teoría cuántica, y algunas configuraciones de ángulos entre las direcciones de polarización consideradas la violan. Para Abner Shimony, la sorpresa que le produce la negativa de la Naturaleza a sancionar los argumentos aparentemente tan claros y contundentes de Einstein, Podolsky y Rosen se asemeja a la sufrida por Gottlob Frege ante las antinomias de Bertrand Russell y que le llevaron a exclamar aquello de «alas, arithmetic totters!»

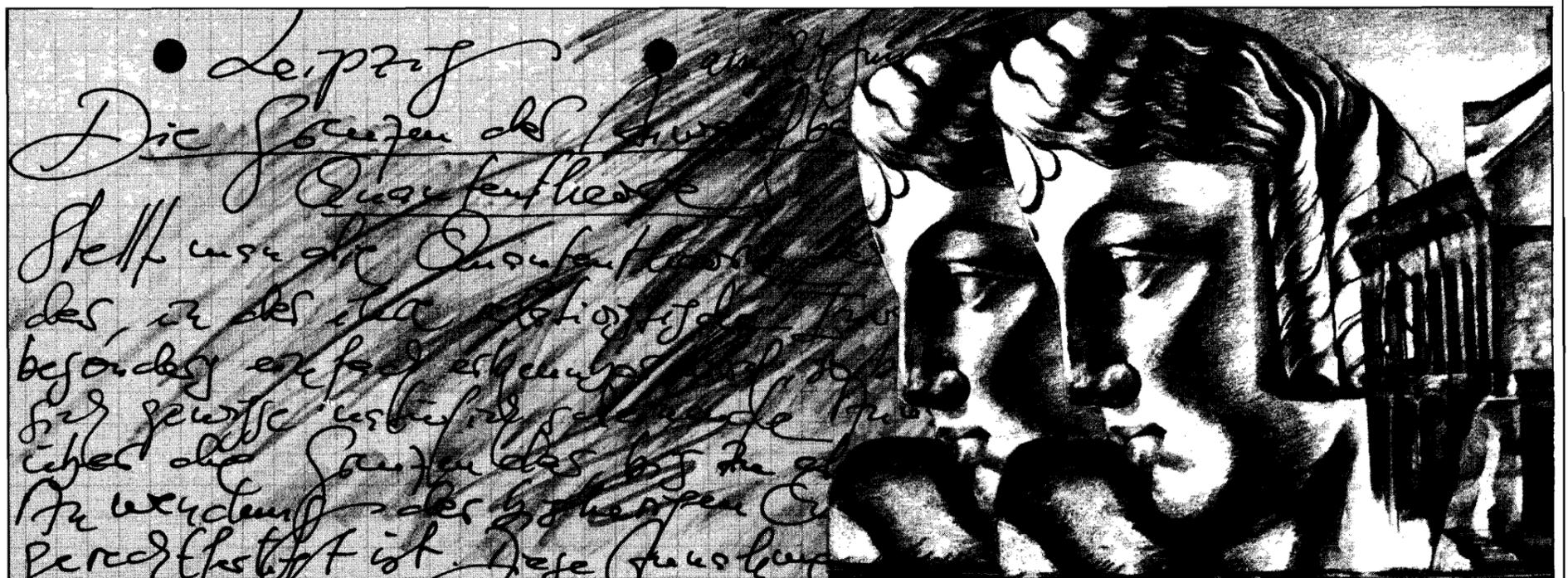
El capítulo 3 de la obra comentada discute estos aspectos y la tanda de bellos experimentos que han reconfirmado la excelencia de la mecánica cuántica y mostrado las dificultades en mantener un realismo local microscópico. La influencia instantánea que la medición de la polarización de uno de los fotones ejerce sobre la polarización del otro fo-

tón no puede, empero, ser utilizada como vehículo informativo para violar la causalidad einsteiniana; la secuencia de segundos fotones es siempre aleatoria, como la de los primeros, aunque, eso sí, estén perfectamente correlacionadas.

Nada condensa mejor la interpretación de la escuela de Copenhague, encabezada por Bohr, que el «motto» de John Archibald Wheeler «no elementary phenomenon is a phenomenon until it is a registered phenomenon, brought to a close by an irreversible act of amplification». Sólo «es» lo que se ha medido. Y medir es dejar interactuar el sistema objeto de estudio con un aparato macroscópico que sufre un cambio irreversible, objetivable, coordinable con el valor que de la magnitud medida posee el sistema observado tras la medida. Hémos aquí con dos dominios, uno cuántico y otro clásico. El primero es un mundo de sombras, de contrarios, de latencias, de *observables*. Sin el segundo, el mundo de los *ser-ables*, difícilmente cabría hacer ciencia, pues es necesario para medir. Dónde está la frontera, cuál es el criterio para separar lo clásico de lo cuántico, cómo puede ser clásico algo de componentes cuánticas, son interrogantes que la escuela de Bohr no se planteó. Y estas carencias se hacen particularmente dolorosas en el celebrado problema de la medición, el problema, según Shimony, de actualización de potencialidades. Un estado cuántico es por lo general una superposición lineal de alternativas, y actualizar una de entre las muchas presentes es un proceso no-lineal que la propia linealidad de la mecánica cuántica obstaculiza. Explicarlo desde la propia estructura conceptual cuántica es uno de los retos más fundamentales que acosan a los físicos, y que éstos en su mayoría prefieren ignorar en aras del pragmatismo y hasta con educado desdén hacia quienes no se conforman con «a magical, though effective, manipulation of arcane symbols». Así dice Unruh, quien vio recompensada en 1976 su curiosidad por estas cuestiones con el hallazgo del famoso efecto de baño térmico por aceleración y la relatividad del concepto de partícula.

Gato vivo, gato muerto

El gato de Schrödinger y el amigo (que no amiga, como figura en esta publicación, ignorando el trabajo original) de Eugene Wigner dramatizan la cuestión. Sean A, B esta-



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



dos de un gato vivo, muerto, respectivamente. Si la suerte de un gato encerrado en un laboratorio totalmente aislado del exterior depende de la desintegración espontánea de un cierto átomo radiactivo, que de producirse puede disparar un mortífero artificio (ya un martillo que rompa un frasco con cianuro, ya una escopeta bien apuntada) que termine con la vida del animal, su estado en cualquier momento será suma de las alternativas A y B, y su existencia, por ende, estará en suspenso. ¡Gato ni vivo ni muerto! Y al entrar en el laboratorio para ver qué ha pasado, el cruel científico X precipitará las cosas, al gato queremos decir, forzando su vida o su muerte como actualización de alternativas. Tan desconcertante conclusión motivó que Stephen Hawking dijera aquello de «when I hear of Schrödinger's cat, I reach for my gun».

Reemplácese al vulgar personaje X por Wigner, al gato por un amigo de éste, los cartuchos de la recámara por otros de foguero, y la posibilidad de diálogo introducirá un nuevo ingrediente en la escena. Los estados A y B serán ahora de plácida serenidad y de susto mayúsculo. Si al entrar Wigner ve a su amigo pálido y descompuesto, y le pregunta cómo estaba antes de abrir la puerta, no nos cabe duda de que la respuesta sería algo así: «¡Vaya pregunta! ¿No ves cómo estoy?»

Para el famoso húngaro de Princeton es la conciencia humana el último eslabón en la cadena regresiva que al estilo de las muñecas rusas produce la consideración de sucesivos niveles de... (... (aparatos que miden sobre (aparatos que miden sobre (aparatos que miden sobre (un sistema inicial)))...)...: Observado (n + 1) = Observado(n) + Aparato(n). Sólo en la conciencia de un observador humano, como aparato, se produce, según Wigner, el colapso del estado cuántico o elección irreversible de una posibilidad. [No hay estados anímicos en indecisa y esquizofrénica flotación sobre alternativas. Al menos eso creemos.] Unicamente entonces concluye una observación, una medición. Y si, como dicen los padres de la física cuántica, la realidad está hecha a golpe de observaciones, ¿deberemos entonces admitir la irrealdad del Universo durante miles de millones de años, hasta que surgieron las primeras estructuras vivas, capaces de sentir? ¿Bastaría con un paramecio, o habría que esperar a un doctor en ciencias físicas? ¡Inesperado este nuevo antropocentrismo, esta contrarrevolución anticopernicana! Cuando el omnocentrismo que subyace la cosmología actual parecía haber reducido al hombre a sus dimensiones verdaderas, vienen algunos fundamentalistas cuánticos y nada menos que le responsabilizan de la realidad de todo lo que nos rodea. De aquí al solipsismo media un paso. En la crítica de Rae en el capítulo 5 a este recurso a la conciencia no faltan ni referencias a la existencia separada del «alma» y a la realidad del «tercer mundo» popperiano, ni al soporte que la física cuántica niega a una hipotética percepción extrasensorial.

Mundos al por mayor

Dada la dificultad en explicar el colapso, quizá fuera aconsejable idear que tal actualización de potencialidades no ocurre. Y esto es lo que hace la teoría de Hung Everett del «universo múltiple» o «ramificado», la de los «muchos-mundos» o la del «estado cuántico relativo», que a todas estas denominaciones responde. Fue la consideración de todo el Universo como objeto cuántico [escenario de la cosmología cuántica tan familiar ya para la miriada de lectores del popular «best-seller» de Hawking *A brief history of time*] la que motivó fundamentalmente a Everett. La noción habitual de función de onda no es aplicable a tal sistema, pues no parece que quede sitio para un observador «exterior». En este nuevo marco, la ruptura del estado cuántico en sus distintas alternativas arrastra otra pa-



STELLA WITTENBERG

ralela del universo en otros mundos, de modo que cada posibilidad de aquel estado se da en alguno de estos nuevos ámbitos. Aunque cumple formalmente su promesa de autoexplicarse sin requerir nada ajeno a los propios postulados cuánticos, intranquiliza a la gran mayoría su despilfarro en universos y la inobservabilidad de todos menos aquel en que la rama de nuestro yo ha caído. Al análisis de esta vía, tampoco exenta de ocultas vinculaciones con la conciencia, está dedicado el capítulo 6.

SQUID's, etc...

Culpábamos antes a la linealidad de la mecánica cuántica de obstruir la explicación del colapso. En su famoso artículo «Remarks on the mind-body question», se refiere Wigner a la no-linealidad como «indicación de vida». Tal vez no haya que ir tan lejos. Los experimentos de Alain Aspect, aparte de someter a dura prueba el principio de acción local, han puesto de manifiesto que las correlaciones cuánticas de sistemas microscópicos sobreviven a distancias macroscópicas de metros. La idea de que fuese en sistemas con un número muy grande de partículas (en especial en los aparatos de medida) donde fallase esa linealidad parecería la salida natural al problema de la medición. Aunque hay fenómenos macroscópicos tales como la superconductividad y la superfluidez de origen netamente cuántico, sólo en la actual década se ha dispuesto de la tecnología adecuada para comprobar si el principio de superposición lineal rige entre estados macroscópicos. Anthony Leggett ha sugerido los «S(uperconducting) QU(antum) I(nterfering) D(evices)» como dispositivos físicos sustitutivos del gato de Schrödinger e idóneos a tal fin. Los resultados preliminares sobre estos sistemas muestran la realidad del efecto túnel a nivel macroscópico y apoyan la validez del principio de superposición lineal entre sus estados. [Muy recientemente, Steven

Weinberg ha considerado diversas generalizaciones homogéneas no-lineales de la mecánica cuántica y la posibilidad de medir o acotar sus necesariamente minúsculos efectos sobre sistemas microscópicos.]

Otra de las vías propuestas ha sido culpar del colapso a la «irreversibilidad». Algunas, como la de amplificación ergódica, tropiezan con barreras lógicas que en forma de teoremas (Wigner) cierran las posibilidades más simples. Otras, como la defendida por Ilya Prigogine, culpan al «mixing» fuerte del colapso en la medición y, anteponiendo el «devenir» al «ser», proclaman la primordialidad de los procesos irreversibles. Es en cierto modo una vuelta al espíritu de Copenhague, pero con un criterio de división no entre lo observado y el aparato de medida, sino entre el proceso cuántico, lineal y reversible, por un lado, y el de «mixing» irreversible de la medición. No oculta el autor del libro su predilección por esta propuesta, de profunda carga filosófica, que traslada el problema de partida al no menos complejo de la irreversibilidad. Los capítulos 7, 8 y 9 cierran su exposición de las grandes cuestiones epistemológicas en torno a la QM. Se echa francamente de menos alguna mención a los enfoques más actuales, prometedores y/u originales: el de Mikio Namiki, basado en el uso de un espacio de Hilbert múltiple (suma continua directa), para describir el aparato de medida; el de

Wojciech Zurek, que a través de una superselección inducida por el medio ambiente, podría suministrar el buscado criterio de división entre un sistema cuántico (el que está aislado) y un sistema clásico (constantemente «observado» por su entorno), y el de Roger Penrose, para quien la solución está en la asimetría temporal de la verdadera gravedad cuántica, y en la diferencia en algún quantum [virtual] en los campos gravitatorios producidos por cada alternativa como causa de la rotura de la coherencia y el consiguiente colapso del estado.

En el último de los capítulos el autor da rienda suelta a su personal visión de la conciencia. Será discutible, pero al menos está honrada y claramente expuesta.

Para terminar, otra de arena

Pretende contumazmente el autor salvar la abstrusa brecha técnica que ahuyenta de los libros especializados al catecumenado en física cuántica. A veces se ve obligado (?) para ello a usar un lenguaje difuso, prono al equívoco cuando no erróneo, como cuando dice en el capítulo 1, página 21, que en el efecto fotoeléctrico «la energía dada a cada electrón es hv» (¿dónde queda la función de trabajo?), o en la página 23, con la afirmación categórica de que «los fotones no interaccionan unos con otros de ninguna manera» (¿acaso no es un proceso bien conocido de la electrodinámica cuántica la difusión fotón-fotón?), o en la página 24, a propósito de la dualidad ondacorpúsculo, al afirmar que «la luz «es» una onda cuando atraviesa un par de rendijas, pero «es» un chorro de fotones cuando incide sobre un detector o una película fotográfica» (las comillas altas son mías), para referirse en seguida a la «dependencia de las propiedades del sistema cuántico de la naturaleza de la observación que se haga en él». [En la página 75 volverá a insistir y persistir en lo mismo.] No ignora el autor, suponemos, que un principio subjetivo de comodidad (que no otra cosa es lo que determina la mayor adecuación de uno de los dos modelos alternativos) no confiere carta de realidad. En la página 28 hay un desliz que no escapará al atento lector; hablando de la inestabilidad clásica del modelo atómico con electrones girando en torno al núcleo, dice el autor que éstos, al perder energía por radiación electromagnética, «irían reduciendo entonces su velocidad hasta caer en el núcleo». ¡Justamente ocurriría lo contrario! Los sistemas con atracción del tipo gravitatorio o coulombiano tienen calor específico negativo: al disminuir su energía total se calientan, es decir, aumentan su energía cinética, y por tanto las velocidades de sus constituyentes. ¡Las estrellas «arden» para mantenerse frías! Finalmente, hablando de falsabilidad, dice en la página 152 que «la ley de la gravitación de Newton se mostraría falsa si una manzana u otro objeto cualquiera que no estuviera unido a ningún otro no cayese al suelo». Los experimentos de levitación magnética, tan de moda hoy con los nuevos materiales superconductores, y base del futuro tren Maglev, ¿contradicen acaso la gravitación newtoniana? Confiemos que en las nuevas ediciones desaparezcan estas deficiencias, achacables sin duda a un exceso de ánimo simplificador. □

RESUMEN

El profesor Galindo vuelve a tratar, en esta revista, el tema de la física cuántica, cuya génesis y enumeración de éxitos en la física atómica, molecular, nuclear, subnuclear y de

la materia condensada se explican en esta obra universitaria, que trata, además, otras muchas cuestiones e interrogantes a las que hace frente, en su comentario, Alberto Galindo.

Alistair Rae

Física cuántica: ¿Ilusión o realidad?

Alianza Editorial, Madrid, 1988. 168 páginas. 1.800 pesetas.

Termodinámica de los seres vivos

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

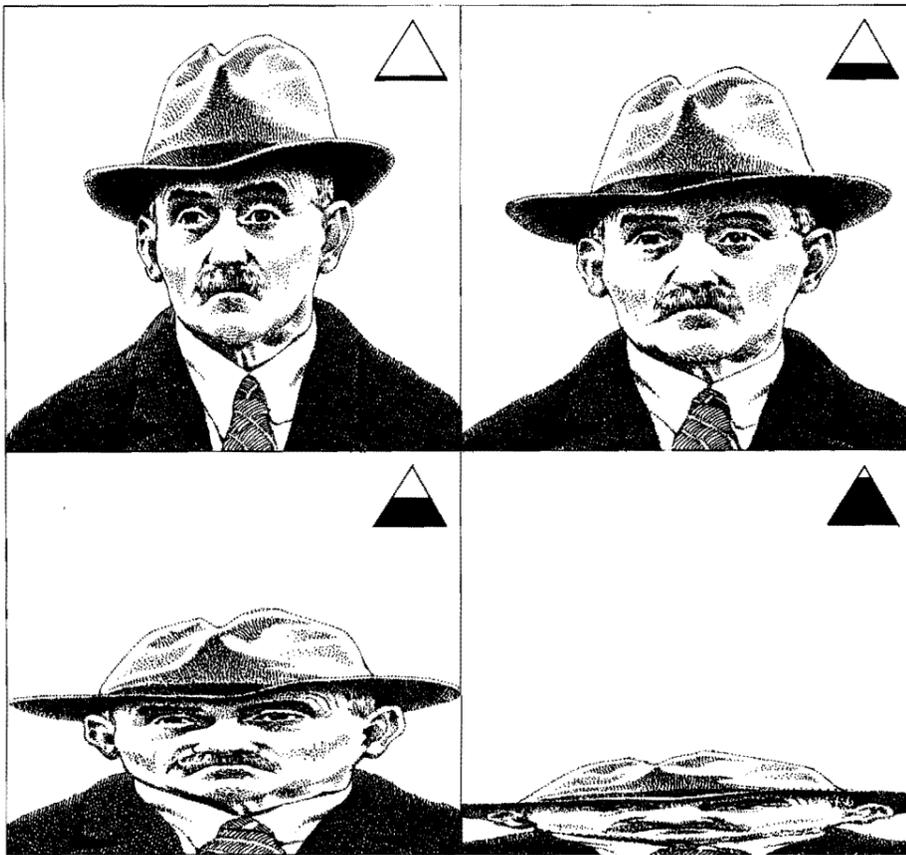
En el número 23 de esta misma revista traté este tema en relación con un libro de tesis sobre un nuevo enfoque de la teoría de la evolución biológica. Ahora vuelvo sobre la termodinámica de la vida con ocasión de un libro —esta vez un texto— de dos autores españoles, profesores de la Universidad Autónoma de Barcelona. El propósito de los autores es exponer de una forma clara y sencilla la termodinámica de los procesos irreversibles y sus relaciones con la biología; ambicionan además que el libro sea asequible a los profesionales y estudiantes de Ciencias, cualquiera que sea su especialidad. Si lo consiguen o no es cosa que deberá decidir cada lector, pero no creo que se pueda exponer el tema con mayor claridad.

Como el tema es fascinante y espoleado por el libro, voy a intentar, en los párrafos siguientes, algo difícil de conseguir: exponer la problemática del libro de manera que la entiendan incluso quienes no son estudiantes de Ciencias.

Procesos físicos y químicos

En el interior de los seres vivos, de cada uno de sus órganos y aun de cada célula, tienen lugar continuamente un número elevadísimo de procesos físicos y químicos acoplados de extraordinaria complejidad. Los biólogos han estudiado detalladamente la estructura y función de cada parte de un ser vivo y sus interrelaciones, y la moderna biología molecular va desentrañando poco a poco muchos aspectos de los procesos vitales. Los avances son impresionantes, pero la dificultad de los problemas aconseja recurrir a todas las disciplinas que puedan contribuir a comprender los procesos biológicos. Y una de esas disciplinas es la termodinámica, que es la ciencia general de la transferencia de energía y materia. Las ideas termodinámicas son de carácter globalizador y esto supone una evidente limitación. Pero esta limitación es también virtud cuando de cosas muy complicadas se trata, porque la universal aplicabilidad de la termodinámica es capaz de acoger con amplitud y claridad las grandes líneas fenomenológicas de los procesos biológicos.

La termodinámica es muy general porque sus leyes son aplicables a cualquier sistema. Y un sistema es cualquier cosa que esté dentro de una superficie cerrada que nos permita distinguir el sistema del resto del Universo. Un botijo, un motor de automóvil, una flor o una estrella son sistemas en el sentido termodinámico. Además, los principios de la termodinámica (básicamente dos) tienen manifestaciones tan evidentes que su validez se mantendrá



FRANCISCO SOLE

siempre aunque se modifiquen otras proposiciones de la física que hoy admitimos.

El primer principio es el reconocimiento de que el calor es una forma de energía y que la energía ni se crea ni se destruye. Por eso es imposible construir una máquina que produzca trabajo sin que le proporcionemos energía externamente; el «perpetuum mobile» soñado por tantos inventores es un sueño imposible.

El segundo principio refleja y cuantifica el hecho de que los procesos naturales ocurren espontáneamente en una dirección. Una taza de café caliente dejada sobre una mesa se enfría, pasando el calor al ambiente, y nunca sucede lo contrario, es decir, que el ambiente se enfríe y el café se caliente. Si ponemos azúcar en el fondo de un vaso de agua se irá disolviendo, y una vez disuelto, jamás volverá el azúcar al fondo del vaso. Estos dos hechos evidentes y millones más se engloban en una ley muy simple: en un sistema aislado, la entropía aumenta hasta un máximo que ocurre cuando se llega al equilibrio.

La entropía es una magnitud física cuantificable que aumenta cuando disminuyen las diferencias térmicas, espaciales o de cualquier tipo. Cuanto más estructurado esté un sistema, menor es su entropía. Y en los sistemas aislados, todos los procesos naturales generan entropía porque propenden a la uniformidad.

La entropía es tan importante como la energía. Ambas magnitudes son no materiales y deberían presentar la misma dificultad conceptual. Sucede, sin embargo, que todo el mundo cree saber lo que es la energía porque se vende y se compra y hay que pagar por ella. La entropía parece una cosa más irreal por-

que la gente no se da cuenta de que también comerciamos con ella. Pagamos más por un filete de carne que por un trozo de pan de idéntico contenido energético porque la carne tiene menos entropía que el pan y es mejor alimento; luego veremos por qué. Claro está que en los precios de los alimentos influyen también el sabor y la moda, que nada tienen que ver ni con la energía ni con la entropía.

Desequilibrios interiores

Durante muchos años se pensó que los seres vivos eran incompatibles con el segundo principio porque mantienen permanentemente sus desequilibrios interiores. La paradoja es sólo aparente porque ningún ser vivo es un sistema aislado. Un animal adulto en reposo está generando continuamente entropía porque en su interior ocurren procesos metabólicos espontáneos. Pero su entropía no aumenta porque la expulsa al exterior. Ello sucede porque ingiere alimentos con poca entropía y excreta residuos con mucha entropía. El animal no está en equilibrio termodinámico sino en un estado estacionario. Pero si aislamos al animal del exterior, su entropía aumenta y alcanza un máximo cuando muere.

Tampoco hay contradicción entre el desarrollo de un niño y el segundo principio. Durante el crecimiento, la entropía del niño disminuye porque se está estructurando más. Por eso expulsa al exterior más entropía que un adulto y mucha más que un viejo que se está degenerando. Este es el motivo de que los jóvenes necesiten más y mejor alimento (con menos entropía) que los viejos.

Aunque no haya contradicción entre la termodinámica y el crecimiento de los seres vivos, ello no implica que deba ocurrir. El más sencillo de los animales posee una complejísima estructura y todo procede espontáneamente a partir de un huevo fecundado mucho menos estructurado. El estudio de sistemas muy alejados del equilibrio ofrece ejemplos de estructuración espontánea que arrojan cierta luz sobre los procesos biológicos correspondientes.

Un ejemplo muy simple de estructuración espontánea es el siguiente. Consideremos una habitación cerrada a temperatura fija. Si en la estancia hay un radiador y se empieza a calentar, nada sucede inicialmente salvo un le-

ve calentamiento del aire alrededor del radiador, con un ligero aumento de la entropía del aire. Si prosigue el calentamiento del radiador, llega un momento en que se establece una corriente de aire convectiva; el aire calentado por el radiador asciende hasta el techo, cede allí su calor y desciende por la pared opuesta llegando por el suelo nuevamente al radiador. La corriente de aire circulante es una ordenación con la correspondiente disminución de entropía. Se ha producido una estructuración espontánea que resulta de una forma particular de transmisión del calor desde el radiador hasta el techo de la habitación.

Naturalmente, entre este ejemplo y un ser vivo hay un abismo. Pero la diferencia más importante no es la complejidad porque se pueden idear otros sistemas por modelización matemática que presentan propiedades más parecidas a las que observamos en los vivientes. Estos modelos, sin embargo, no tienen en cuenta un hecho fundamental. La estructura de un ser vivo sólo depende parcialmente de las condiciones externas. La estructura de una planta o de un animal depende mayormente de los genes iniciales; todo el desarrollo de un gato, desde el embrión hasta el estado adulto, viene condicionado básicamente por sus genes y la influencia del ambiente es marginal. En este caso, la termodinámica nos diría poco incluso si consiguiéramos establecer la termodinámica del gato.

Otros sistemas biológicos

Pero la termodinámica es aplicable a otros sistemas biológicos distintos de un animal concreto. Los fenómenos de transporte a través de membranas de las células, por ejemplo, son de carácter electroquímico y se pueden estudiar con provecho dentro del esquema de la termodinámica de los procesos irreversibles. La inestabilidad de las células nerviosas permite la apertura combinada de los canales del sodio y del potasio, y en ello consiste la transmisión de los impulsos nerviosos; éste es un ejemplo de situaciones no estacionarias de interés biológico que se expresan bien en lenguaje termodinámico. Como tercero y último ejemplo de aplicación de un modelo termodinámico se puede considerar el proceso de fosforilación, que es básico en el almacenamiento de energía metabólica.

En principio, es también aplicable la termodinámica a conjuntos de distintas especies, con lo cual puede conseguirse, por lo menos, un esquema de trabajo para la resolución de problemas ecológicos. La mayor dificultad en este caso no es el diseño de los modelos sino la determinación de los parámetros fenomenológicos sobre los cuales la termodinámica o no nos dice nada o a lo más establece limitaciones. Este problema de la parametrización biológica es sumamente difícil. Tal vez la consideración de las dimensiones fractales sea un camino útil en el futuro.

Hay problemas más generales sobre los cuales sólo caben especulaciones. Uno muy importante es la relación entre la producción de entropía y el tiempo biológico. Otro es la definición general del envejecimiento. La evolución biológica, finalmente, también podría estar relacionada con la termodinámica, como he indicado al principio de estas reflexiones. □

En el próximo número

Artículos de José Carlos Mainer, Francisco Ynduráin, Vicente Palacio Atard, Juan José Martín González, Manuel Perucho, Rodrigo Fernández-Carvajal y Miguel Querol.

RESUMEN

La termodinámica es la ciencia general de la transferencia de energía y materia, y es general porque sus leyes son aplicables a cualquier sistema. De lo que trata esta obra, comentada por Sánchez del Río, es de la termodinámica de los procesos irreversibles y sus re-

laciones con la biología, y se expresan en ella sus dos autores con claridad y sencillez, reto en el que también se muestra dispuesto a participar el comentarista: que su artículo lo pueda entender hasta quien no es estudiante de Ciencias.

David Jou y Josep Enric Llebot

Introducción a la termodinámica de los procesos biológicos

Labor, Barcelona, 1989. 164 páginas. 2.700 pesetas.

Una novela inédita de Pérez de Ayala

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar Falange y literatura, Literatura y pequeña burguesía en España, La Edad de Plata (1902-1939), La doma de la Quimera y el ensayo de teoría Historia, literatura, sociedad.

Los fastos filológicos del centenario de Ramón Pérez de Ayala (que tuvieron lugar en 1980 y fueron muy notables por sus resultados) habían de tener su octava. O la vienen teniendo, mejor aún, con significativa asiduidad. Hace ahora diez años, la bibliografía ayaliana contaba con muy pocos «items» memorables y hoy ya son muchos; a la hora del centenario, sin embargo, solamente contaba la dedicación de Andrés Amorós, que había editado con minuciosidad casi todas sus novelas, había desentrañado los hilos que unían la *Vida y literatura en «Troteras y danzaderas»* y había esbozado una visión general, *La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala* (1972), cuyos título e hipótesis de partida nunca me convencieron del todo; por su lado, en 1970, Víctor García de la Concha había diseccionado con rigor el mundo de la poesía del autor cuando todavía nos faltaba —y nos falta— un catálogo siquiera de la poesía modernista española y no digamos una monografía como la que Michel Décaudin ha consagrado en Francia a la herencia de los poetas simbolistas y, en suma, al mundo poético francés entre 1895 y 1914. Lo más frecuente era insistir, por entonces, en aquella altivez intelectual de Ayala —que Machado consignó en versos muy aviesos: «el gesto petulante/—un sí es no es— de mayorazgo en Corte/de bachelero en Oxford o estudiante/en Salamanca, señoril el porte—, en la fruición intelectual de una literatura hecha tan adrede donde la novela se convertía en apólogo y el ensayo en admonición, y donde la ironía y la superioridad creaban veladuras más allá de las cuales apenas se percibía un conflicto íntimo.

Antes de 1980, un par de trabajos extensos de María Dolores Albiac ya llamaron la atención sobre la necesidad de apearse al escritor de su estrado y, a la vez que se reconsideraba la temperatura de la discusión intelectual de 1907-1913, sobre la posibilidad de ver la



ARTURO REQUEJO

superación de la ideología modernista como el trasfondo dialéctico de las primeras novelas. Su acuñación de «tetralogía generacional» —referida a *Tinieblas en las cumbres*, *AMDG*, *La pata de la raposa* y *Troteras y danzaderas*— hizo fortuna y no parece casual que buena parte de la bibliografía reciente use del marbete y privilegie el estudio de estas novelas sobre las posteriores. En 1983, Miguel Ángel Lozano Marco publicó su estupenda monografía sobre las novelas cortas ayalianas, que añade a sus méritos intrínsecos —el estudio de la poética del autor como configuración de un mundo muy inquisitivo— el ser una reflexión, todavía solitaria, sobre ese «sistema», el relato breve, que resulta ser clave en los comienzos del siglo. Los trabajos de John Macklin (pienso en *The Window and the Garden: The Modernist Fictions of Ramón Pérez de Ayala*, 1988) han ido por caminos parecidos y, por añadidura, las cartas de Ayala a Rodríguez Acosta, tan oportunamente publicadas por Andrés Amorós el mismo año del centenario, contienen apreciaciones que son inequívocas al respecto de un uso indagatorio y «genera-

cional» de la «novela de artistas», cuanto lo son con respecto a iluminar las dificultades, las utopías y las esperanzas de un proyecto menos seguro de sí y más intuitivo de lo que podía parecer.

Una muestra del joven Ayala

La hispanista inglesa Geraldine Scanlon acaba de publicar una nueva pieza de convicción: *Trece dioses (Fragmentos de las memorias de Florencio Flórez)* es una novela algo más que breve que Pérez de Ayala publicó en el periódico *El Progreso de Asturias* en 1902, apenas veinteañero, y que, por tanto, se anticipa en tres años a *El último vástago*, el relato que «descubrió» Joaquín Forradellas en 1975, y en cinco a *Tinieblas*, primero publicado en forma de libro. Algo de esto ya se sabía. El lector de *El rapsodista* recordará haber conocido a Florencio Flórez como narrador de «Viudo» y de «Tío Rafael de Vaquín», fechadas ambas en 1904 y explícitos naufragos de unas «memorias» que pudieron ser más dilatadas. O que, mejor todavía, pudieron ser el tributo del joven Ayala a un lema de su época: la necesidad por parte de los autores de novelas de segregar una suerte de «doble» espiritual que, en 1902, tenía eximias encarnaciones. Sería, en efecto, el año en que el Martínez Ruiz de *La voluntad* creó al Antonio Azorín que acabaría por devorarlo en una literatura fagocitosis, el año en que Baroja crea a Fernando Ossorio como protagonista de *Camino de perfección* y el año en que el marqués de Bradomín cobra altura y perspectiva en la *Sonata de otoño* valleinclinada... Pero no acaba ahí la historia: apenas quedan unos años para que Gabriel Miró segregue su Sigüenza

y menos todavía para que el mismo Ortega y Gasset experimente ciertos misticismos epistemológicos en un Rubín de Celis (cuyo nombre parece inspirado por Galdós). Y no han pasado muchos desde que en *La Ilustración Ibérica*, entre 1890 y 1891, Clarín creara el Narciso Arroyo de la novela inconclusa *Cuesta abajo*, progenitor espiritual —como también podría serlo el Máximo Manso galdosiano— de tanta psicología dubitativa y sensible con la que los escritores españoles saludaron al fin de siglo.

Al margen de lo que Florencio Flórez tenga de premonición del posterior Alberto Díaz de Guzmán, protagonista de la tetralogía generacional ayaliana, lo más patente en este caso es su dependencia del modelo valleinclinado. Entre 1902 y 1910, aquella indolencia señorial y algo cínica, la altivez de una aristocracia venida a menos, hizo estragos entre la juventud literaria como modelo de una instalación desazonada ante el mundo: durante esos años florecieron los recuerdos apócrifos de casas solariegas y decadentes, la evocación de criados cómplices y campesinas complacientes, los desplantes arrogantes ante burgueses ignaros, las incredulidades benévolas ante párrocos inocentes. Hasta un escritor tan aparentemente distante de los modelos finiseculares como fue Wenceslao Fernández Flórez perpetró en 1910 una novelilla como *La tristeza de la paz*, cuyo parentesco con la *Sonata de otoño* aconsejó su desaparición de las *Obras completas* de su autor; más contumaz, nuestro Pérez de Ayala —según señala Geraldine Scanlon— todavía la incluía en 1910 en el catálogo de sus obras y a título de «novela canónica» («canónica» porque trata de un

En este número

Artículos de

José-Carlos Mainer	1-2	Manuel Perucho	8-9
Francisco Ynduráin	3	Rodrigo Fernández-Carvajal	10-11
Vicente Palacio Atard	4-5	Miguel Querol	12
Juan José Martín González	6-7		

SUMARIO en página 2





Una novela inédita de Pérez de Ayala

sacerdote?, ¿o porque se acoge a un «canon» de «bildungsroman» propio del momento?).

La mayoría de los ingredientes de *Trece dioses* se ajustan a tal paradigma narrativo. El tío Eduardo Domínguez de Guzmán (anticipo onomástico del Díaz de Guzmán posterior), arbitrario y pasional, cazador de voces estentóreas y gula insaciable, es un pariente castellano del gallego y valleinclanesco Juan Manuel de Montenegro. Pero Florencio Flórez es, sin embargo, un apunte de Bradomín más cercano a la sensibilidad estática y receptiva del Sigüenza de Gabriel Miró o del Azorín de Martínez Ruiz: no se olvide que el ya citado relato «Viudo», de 1904, lo presenta como un testigo inerte de la viudedad de un ave cautiva. En este mismo *Trece dioses* no pasa de ser el agente de un reconocimiento de filiación que estaba a punto y el oyente del relato autobiográfico del clérigo Simeón. Este Florencio que rehúsa cazar por piedad hacia las bestias, que es fiel a su novia y que acepta con indolente estoicismo una invitación que, en el fondo, le desagrada, tiene más del «ethos» receptivo de los personajes citados

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer
Revista crítica de libros



Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléf.: 435 42 40. Fax: 276 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

que de la desazón activa de los héroes de Valle o de Baroja.

Pero lo que más importa de este relato juvenil es poder apreciar una peculiar mecánica narrativa, común a todos los de 1902. El Azorín de *La voluntad* había señalado —en el capítulo XIV de la primera parte y por boca de su personaje Yuste— los dos rasgos básicos de la ruptura de la nueva novela con su predecesora: una forma original de describir y una ausencia de fábula —o de trama— liberada. «La vida no tiene fábula —clamaba Yuste—; es diversa, multiforme, ondulante, contradictoria...» Y he aquí un relato de Pérez de Ayala que se cobija bajo el explícito rótulo de «fragmentos», que discurre por meandros narrativos sin rumbo muy fijo, que apenas hace aflorar una inquietud incurable como único sustentáculo psicológico de toda la exigua acción.

Tensión modernista

Contrastando un fragmento de *Entre naranjos*, la novela de Blasco Ibáñez, y otro de *La casa de Aizgorri*, de Baroja, el Yuste de *La voluntad* se pronunciaba por una descripción de ambientes que abominara de la comparación demasiado precisa en favor de otra más vaga y expresiva y que olvidara la pretensión exclusivamente colorista para evocar con mayor vivacidad otras sensaciones: visuales, pero también auditivas, olfativas, etc. Una descripción, en fin, que se ofreciera como una «sinécdoque» de lo que la realidad descrita tiene de más punzante y atractivo. Que unas veces será una atrevida combinación de colores (como ese amanecer que Pérez de Ayala convierte en «algunas franjas ligeramente anaranjadas, otras de color de rosa, pero de un rosa indeciso, sucio, y luego la inmensidad del cielo azul, tan monótono como la infinitud pardusca de la tierra») y que otras veces buscará su efectivismo en congestionadas alusiones artísticas (y así, Justa, la novia de Florencio, es evocada en términos de plástica prerrafaelita: «sus vestiduras en todas ocasiones amplias y como solemnes, cayendo en pliegues simétricos, algo esculturales; sus facciones que parecían dibujarse en el rostro con modesta timidez, sus grandes ojos de mirada serena,

profundamente serena, que daban la impresión suave y acariciadora de las lindas Madonnas, enfermizas y tenues como flores exóticas del arte plástico, que se llamaron los Primitivos, o de las Panagias soñadoras e ingenuas que canceló con supremo artificio la refinada civilización de Bizancio»).

No cabe pedir más tensión modernista... Pero otros temas, que también son modernistas, pululan en ese ámbito donde la contaminación intertextual es ley: una literatura juvenil e inexperta que no sin motivo sufrió las rechiflas de los redactores ovetenses de *El Carbayón*. La hostilidad hacia Castilla, ejemplo de la España siniestra y arcaica, es un tema político-estético que ha de dar mucho juego y que aquí comparece, ligado sin duda al recuerdo autobiográfico de un internado jesuita en Carrión de los Condes. Villavalede, el poblachón imaginario de *Trece dioses*, es «un montón informe de barro, apelmazado alrededor de un palo seco». Siglo y pico antes, y a la vista de Tordesillas, otro asturiano, Gaspar Melchor de Jovellanos, sintióse hervir la sangre jansenista y propuso derribar todas las torres-campanario, en las que veía un afrentoso recuerdo de alminares árabes y atalayas primitivas. Tampoco es casual que *La voluntad* de Azorín comience con la crónica de la construcción de la iglesia mayor de Yecla... con los sillares de la misma cantera que en su día sirvió para elevar la acrópolis religiosa del cerro de los Santos: la religión, consuelo del pusilánime y arma de opresión en manos de «hierofantes macilentos», es igual hoy que lo fuera en el siglo VI antes de Cristo. Anticlericalismo y agnosticismo de «esprits forts» se

llaman esas actitudes, que en Ayala, en Azorín, en Baroja son toda una época. El misero cura de misa y olla, don Aproniano, es el único ser que altera la habitual indolencia de Florencio Flórez. Y don Simeón, el clérigo altivo y pulido, con algo de abate a lo Huysmans, resulta ser el héroe más significativo del relato todo. El episodio final de la novela es un prodigio de ambigüedad y, en el fondo, de corrosiva violencia: Simeón da a su antigua amada, ahora monja profesora, la comunión bajo la especie de trece hostias, trece dioses por lo tanto, que recibe una boca que «temblaba ligeramente y entre sus labios finos e incoloros, asomaba tímida y erecta la mancha roja, húmeda, de la lengua». Apelación transparente a una sexualización del hecho de la comunión y, al paso, consumación de otra blasfemia: no uno, sino trece dioses otorga el galán a su adorada. El sacrilegio es —y conviene no olvidarlo— el lenguaje de un modernismo que tuvo entre sus libros unas *Prosas profanas*.

A Geraldine Scanlon debemos esta oportunísima reedición, para la que ha escrito un prólogo breve pero ceñido, riquísimo de sugerencias y de rotunda claridad británica. Pocos han entendido tan bien el fenómeno modernista como algunos hispanistas de las islas: pienso en Patricia O'Riordan y en Richard Cardwell, por no citar a Herbert Ramsden y a Donald Shaw, que, aunque partidarios de sustentar la entidad «generación del 98», han contribuido con asiduidad a clarificar el clima literario del fin de siglo. Scanlon, a quien debíamos ya una notable monografía sobre el feminismo español, se une a esa lista de honor. □

RESUMEN

La aparición de una novela inédita, de una muestra narrativa juvenil y primeriza de Ramón Pérez de Ayala, es aprovechada por el profesor José-Carlos Mainer para, además de recordar al escritor asturiano y la situación

actual que ocupa su obra en la investigación académica, referirse a otras novelas (de Baroja, Azorín y Valle-Inclán) aparecidas curiosamente, como la publicada ahora de Pérez de Ayala, en el año 1902.

Ramón Pérez de Ayala

Trece dioses. Fragmentos de las memorias de Florencio Pérez.

Ed. de Geraldine M. Scanlon, Alianza Ed., Madrid, 1989. 123 páginas. 1.250 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Una novela inédita de Pérez de Ayala», por José-Carlos Mainer, sobre el libro <i>Trece dioses</i> , de Ramón Pérez de Ayala	1-2
«Delibes al aire libre», por Francisco Ynduráin, sobre el libro <i>Mi vida al aire libre</i> , de Miguel Delibes	3
«Tensiones eclesiales a fines del XVIII», por Vicente Palacio Atard, sobre el libro <i>Tavira, ¿una alternativa de Iglesia?</i> , de José Antonio Infantes Florido	4-5
«La Arquitectura y los "tratados"», por Juan José Martín González, sobre el libro <i>Los tratados de Arquitectura. De Alberti a Ledoux</i> , de Dora Wiebenson	6-7
«Obsesión molecular», por Manuel Perucho, sobre el libro <i>What mad pursuit</i> , de Francis Crick	8-9
«Dos libros españoles sobre Montesquieu», por Rodrigo Fernández-Carvajal, sobre los libros <i>Montesquieu: leyes, gobiernos y poderes</i> , de Juan Vallet de Goytisolo, y <i>El pensamiento de Montesquieu: política y ciencia natural</i> , de María del Carmen Iglesias	10-11
«La obra polifónica de Robledo», por Miguel Querol, sobre el libro <i>Melchor Robledo. Opera Polyphonica</i> , de Pedro Calahorra	12

Delibes al aire libre

Por Francisco Ynduráin

Francisco Ynduráin (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid, además de rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Se ocupa de distintos temas y autores, desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.

Nos regala ahora Miguel Delibes con otro de sus libros, que rebasa ya el medio centenar en la lista de sus publicaciones: *Mi vida al aire libre*. El título ya resulta definidor de límites y enfoque, remarcados por la foto grabada en la cubierta, donde aparece Miguel en su bici, con la raqueta de tenis, y pinares valisoletanos como fondo, anticipo, en suma, de la información. Dos textos, de Rousseau y de Nietzsche respectivamente, abren como sendos lemas de una intención escrituraria y de los límites propuestos: andanzas al aire libre, fuera del agobio urbano.

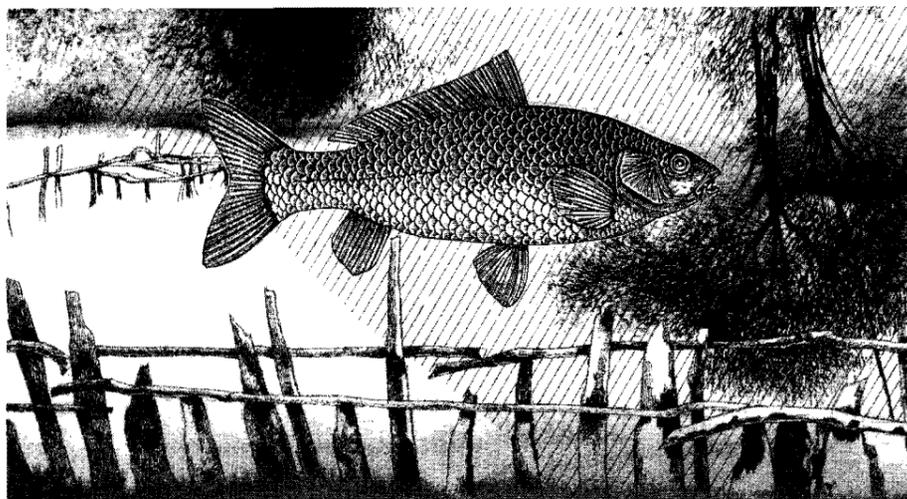
Sin llegar aún al texto, tenemos que disponer nuestra atención a una autobiografía parcial, a una de las personas que constituyen la personalidad íntegra del autor, en su ser y en su hacerse, para sí y ante los demás, con diferentes grados de relación. Es lugar común que el yo de cada uno se compone de varios «yoes» ocasionales, con la adecuación que cada uno alcance, pues tanto como las «circunstancias», las que nos rodean, aún nos queda margen mejor o peor aprovechado para seleccionar y graduar su presión sobre nosotros. Delibes ha segregado ahora una parte de su vida, porque como ha explicado en una entrevista reciente: «Lo que sí hay en este libro es mi talante hacia la vida. He construido mi autobiografía a través de los deportes que me ha gustado practicar. Pero no voy a escribir mis memorias, porque ahí uno siente la necesidad de justificarse» (*Tiempo*, 13-XI-89).

Gusto por la naturaleza

Esta parte de su vida dedicada a deportes que tienen tanto de juego como de diversión, de digresión también, al elegir caminos alejados del tráfico urbano, cada día más molesto, nos proporciona ya un fondo, además. La cita inicial de Rousseau me hace recordar otro libro con una de las autobiografías de más relieve literario y humano, la inacabada en *Les rêveries du promeneur solitaire* (1776-77) con las diez paseatas inacabadas. Uno se deja tentar demasiado quizá por contrarios, referencia que puede resultar valiosa para definir, delimitar y categorizar textos y autores. Creo que no hay más puntos de contacto entre ambos escritores que el gusto por la naturaleza y su recorrido, estímulo que así copia Miguel de Rousseau en el lema antes citado: «No puedo meditar sino andando; tan luego como me detengo, no medito más: mi cabeza anda al compás de mis pies» (*de Las confesiones*).

Conocida es la actividad que Delibes ha tenido en su Valladolid: profesor y periodista con la máxima responsabilidad en tiempos de grave compromiso oficial y cara a un público no propicio en su mayoría para la apertura mental y afrontando riesgos y peligros. Vuelvo a recoger sus declaraciones en la revista arriba citada: «Quizá mi vida sea novelada, fue cortada por la guerra, una dura posguerra donde hubo que luchar mucho para poder sobrevivir; situación periodística la mía en lucha constante con la censura.»

Un libro autobiográfico ha de atender al personaje en su integridad, a su etopeya al menos, si ha de transmitimos lo más relevante de su vivir. Al elegir al aire libre, no veo en ello una evasión, porque veo que ha tratado lo que tanta parte ha tenido en sus costumbres por elección y por cultivo. Nacido y criado en Valladolid, profesional de la pluma y



JOSE ANTONIO ALCAZAR

en la cátedra, habiendo dedicado tantos años a la prensa local —caricaturista, primero— en *El Norte de Castilla*, donde enlaza con Francisco de Cossío, para llegar a subdirector y director del mismo diario, donde supo mantener y promover una línea de mente liberal, de mente, no de partido. Allí hizo su aprendizaje de escritor y llegó a servir de maestro a principiantes: Francisco Umbral, Martín Descalzo, Jiménez Lozano, entre otros. Resumo casi en cifra la actividad profesional de nuestro autor, a la que ha de sumarse la larga lista de viajes ultramarinos y por Europa, por España, trasladados a letra publicada.

Su condición de escritor, tan esencial y básica, le ha llevado a darnos libros de narraciones, novela, teatro, guiones de cine con variedad de enfoques, desde un realismo verista hasta asomarnos a la pura fantasía que nos hace evocar a Kafka, no por imitación, sino por analogía imaginante. Cada uno de estos libros, resultado de maduración exigente. Ahora, en el que atiendo, es fácil advertir ecos y analogías con otras obras surgidas desde su vocación al aire libre, exento de compulsiones urbanas y entregado a sus aficiones camperas. Esta veta proviene, nos dice, de su padre, que compartió cátedra y negocios urbanos con salidas a campo y playas. Lo que ya no veo tan claro es su deuda con la ascendencia gascona de su abuelo paterno asumida en su literatura. Uno tiene la idea —¿cliché?— de la «gasconnade» como fanfarronería, exageración, justo lo que no encuentro nunca en Miguel ni en su prosa, modelos de sobriedad, discreción y mesura entre otras cualidades concordes.

Pero rectificaré, en parte al menos, mi rechazo de lo gascón en Miguel, remitiendo a su testimonio en el libro que comento cuando dice de sí mismo: «Yo era un gascón», y recuerda su formación francesa, «que había decantado mi juicio» (pág. 189), donde lo regional se ve dominado por lo que la mesura gala le valió como horma definitiva y asumida. Algo y aún algo habrá influido en su voluntad de forma literaria lo que el paisaje castellano le haya enseñado, aunque no olvido cómo ha vivido el paisaje de la montaña y de la costa, desde Burgos a Santander. La sobriedad de líneas y de colores en el paisaje de la Castilla recorrida a pie y en todos los medios de locomoción, con la mirada precisa del cazador, ¿no han podido ser un modelo estimulante? Llanos y chopos, horizontales y verticales, sin curvas —recordando la ironía orteguiana—, pero sí con las suaves y breves inflexiones de meandros, o la de los alcores, laderas de algunos tesos. Jorge Guillén y Miguel Delibes, en poesía y prosa, me suenan a trasunto de ese paisaje.

Académico de la Española, doctor «honoris causa» por la Universidad de Valladolid, con varios premios importantes a sus libros, ha seguido una línea de conducta sin desviarse de su vocación literaria más el complemento al aire libre, donde no sólo los deportes, sino también una atenta mirada a los hom-

bres, han ganado su atención para transmitimos en limpia prosa el fruto de sus observaciones, de donde ha resultado algo nuevo en la literatura de ambientes rurales. Porque Delibes ha incorporado en su estilo un casticismo directo y preciso, con oportunidad y dosificación calculadas, con resultados de elegancia sin aparato, riqueza de vocabulario preciso, que en estos deportes contados nos lleva hasta sus menores detalles. La práctica de sucesivas experiencias deportivas son en parte historia común, desde la introducción del fútbol, la bici, motos, tenis, automóvil, que llegarían con algún retraso a la provincia. No así pesca y caza menor, con apasionada entrega a la de la perdiz roja, que le llevaba hasta 25 ó 30 kilómetros de caminatas para cobrar las piezas. Cada una de tales prácticas requiere facultades adecuadas, tanto en lo físico como en la mente, pues se requiere observación inteligente y decantación de experiencias para lograr botín estimable. Insisto en lo de la observación, porque en este libro nos deja su autor un muestrario variadísimo de esa capacidad puesta en acto tantas veces.

Huir de las citas

Delibes ha excusado empalagar su libro con citas, limitándose a sus propias experiencias, las externas y las íntimas, con lo que nos exhibe un curioso ejemplar de lo que los deportes practicados le han ido sugiriendo, humanizando con intenso compromiso lo que habitualmente no pasa de divertimento, evasión del quehacer obligado. Y aquí viene a cuento recordar a Ortega y Gasset en una conferencia dada a cazadores en Lisboa durante su casi exilio (5 de abril de 1945): «Si se compara con otras diversiones —los espectáculos o los juegos deportivos—, salta a la vista la calidad superior que posee la afición a la caza..., que se encuentra preformada en la condición misma del hombre y brota en zonas mucho más profundas de su ser. De aquí que en su ejercicio participe el hombre entero, arrancándole por completo a su existencia habitual. Por lo mismo es la distracción más radical, porque en ella descansa el hombre de la vida trabajosa que suele llevar.» La conferencia no se publicó hasta 1962 (co-

RESUMEN

Miguel Delibes no ha escrito, en este último libro suyo que comenta Francisco Ynduráin, una autobiografía, porque hacerlo —piensa Delibes— le obligaría a justificarse. Lo que ha hecho, más bien, es dedicar un recuerdo a los deportes que ha practicado, a

su afición por la naturaleza y el aire libre, y así, en cierto modo, recordándolos, está dando al lector retazos de su vida, aficiones suyas ya conocidas, pero que han conformado no sólo su propia vida, sino también su obra literaria.

lección Austral, n.º 1328), junto con el extenso prólogo que don José dedicó al libro del conde de Yebes sobre la caza mayor, y ahora se vale de algún término cinegético que encontramos en Delibes: «disparar a tenazón», porque tanto la caza menor como la de altanería y venatoria disponen de un léxico de riqueza y precisión muy notables, que corresponde a técnicas estrictas en su observancia para el éxito. La caza ha tenido remota acogida en las letras, empezando por nuestro don Juan Manuel, autor del *Libro de la caza* (poco antes de 1330), según su mejor editor, José Manuel Bleca, mi viejo amigo, de juventud en acción. Creyó el especialista en caza de altanería, con sus cinco clases de halcones, que era innecesario tratar en «el arte de pescar», motivo central siglos después para Izaak Walton en su *The Compleat Angler* (1653), que Unamuno leyó y citó alguna vez. En este «perfecto pescador de caña» se desarrolla un diálogo entre Piscator, Auceps (cazador de aves) y Venator (de venados). Las artes, técnicas de cada uno, tienen aplicación más allá del ejercicio deportivo.

Las aventuras piscatorias de Delibes nos valen como resultado de un aprendizaje riguroso con las innovaciones que la «civilización» ha mejorado las «artes», los instrumentos que nos han ido depauperando hasta el esquilmo ríos, charcas, pantanos y lagunas. Hizo también pinitos en la pesca marina, en la costa. Una prueba más de su saber aprender para, luego, transmitirnoslo en su prosa de tan grata recepción. Para la pesca de la trucha no creo que tuviera las mejores aguas, ni que se valiera de instrumentos menos limpios que de la caña con sus complementos adecuados. Uno recuerda aún las truchas pescadas en el río de su pueblo, el Irati, cogidas a mano, cuando por allí pasaron pescadores normales como el mariscal Foch, tan afamado en la guerra del 14-18, o el escritor Hemingway, que lo cuenta, con alguna imprecisión local, en su novela *The sun also rises* (*Fiesta*, 1926, ed. inglesa): de los sanfermines en Pamplona subió, dice, a Burguete, «a las frescas orillas del Irati», que están algunos kilómetros al este.

Delibes nos ha dejado las mejores piezas de cacerías y pescatas en su obra literaria cuando nos las ha relatado, tanto en novelas como en libros directamente a ello dedicados, que gusta leer y volver a releerlos: así éste, cuya prosa mantiene resultados con los que nos deleita y aprovecha tanto por su arte literario como por las enseñanzas de una ética apenas apuntada, y que resulta en ocasiones producto de un deporte, como cuando el tenis en su práctica le ha proporcionado una tonalidad de comportamiento.

Sin pretender agotar lo mucho que se ha dicho y escrito sobre nuestro autor con mucha más autoridad que la mía, resumiré en algunos nombres, firmas de la mayor solvencia: Manuel Alvar, Emilio Alarcos Llorach, Julián Marías, Santos Sanz Villanueva, entre otras que han seguido la obra de Miguel Delibes. Cierro la lista, por ahora, con la lección de apertura del curso académico 1989-1990, en el Campus Universitario de Burgos, por el doctor don Marciano Martín, que trató de «La opción por el hombre y por Castilla en la obra de Miguel Delibes», donde también tiene en cuenta *Mi vida al aire libre*. □

Miguel Delibes

Mi vida al aire libre

Destino, Barcelona, 1989. 221 páginas. 1.300 pesetas.

Tensiones eclesiales a fines del XVIII

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

La Revolución francesa desató las tormentas ideológicas que sacudieron las fases epigonales de la Ilustración española. La Iglesia no fue ajena a aquella conmoción, y la biografía del obispo Antonio Tavira es un buen exponente de aquellos sucesos. Personalidad destacada y discutida, no ha sido objeto de estudio riguroso hasta tiempos muy recientes. Se le conocía más a través de las opiniones de sus contemporáneos que del análisis de sus propias obras. Amigo de los ilustrados, mereció que Meléndez Valdés le dedicara dos églogas, y Jovellanos le estimó en tan gran manera que le hizo nombrar en 1798 obispo de Salamanca para que quien era llamado «el Bossuet español» fuera también el reformador de nuestra Sorbona.

Esta época final de su vida en Salamanca, en cuya Universidad se formaron gran número de los doceañistas de Cádiz, ha servido para fijar unos clichés demasiado duros, apenas sin matices, de la imagen de Tavira, como ocurre con Menéndez Pelayo y Sarrailh. «Hombre de muchas letras aun profanas y de ingenio ameno», dirá de él Menéndez Pelayo, para descalificarle a renglón seguido por haber respaldado el famoso decreto «protocismático» de Urquijo en 1799, y tucharle también de «afrancesado», aunque no pudo serlo en sentido estricto porque falleció el 7 de enero de 1807, año y medio antes de que ocurriera la invasión francesa. Sarrailh, por su parte, desarrolla la imagen del reformador ilustrado, del jansenista contestatario, que no se encontraba cómodo en la Iglesia de su tiempo.

Primera actuación episcopal

Por fin, en 1970 publicó Joël Saugnieux el primer estudio biográfico importante sobre Tavira, aunque incompleto, con el título *Un prélat éclairé*. Ahora, don José Antonio Infantes Florido nos ofrece un estudio riguroso y documentado sobre la primera actuación episcopal de Tavira, en la que está contenida toda su idea reformadora cultural y eclesial. Libro, por otra parte, en que culmina una serie de monografías publicadas anteriormente sobre la biblioteca del obispo, sobre el Seminario de Canarias y algunos otros temas de la Iglesia española a finales del siglo XVIII. El autor, que durante once años regentó la diócesis canaria, estudió muy a fondo la documentación del archivo diocesano relativa a Tavira y se sintió atraído por este singular personaje de la Iglesia de su tiempo. Su doble formación universitaria, civil y eclesial, le permite analizar con ponderado criterio las delicadas materias que rodean la biografía de Tavira.

Lo primero que podemos preguntarnos es por qué se nombró a Tavira obispo de Canarias en diciembre de 1790. Su primer biógrafo, contemporáneo suyo, el canónigo Hernández Zumbado, asegura que Tavira había sido consultado anteriormente para otras diócesis, como Zamora, Segovia o Valladolid, pero que nunca quiso aceptar. Probablemente este aserto es un mero adorno panegírico. Pero, en todo caso, ¿por qué aceptó ahora Canarias, una lejana diócesis de rentas medio-cres?

Aún sorprende más el nombramiento de Tavira si tenemos en cuenta que fue uno de los menos votados entre los 17 candidatos que figuraron en la propuesta de la Cámara de

Castilla: sólo tuvo un voto e iba colocado el antecedido en la tercera lista. ¿Fue el favor personal y directo de Carlos IV? El rey le estimaba, ciertamente, y gustaba de su oratoria sagrada, que tuvo ocasión de desempeñar en palacio desde que Carlos III le nombró capellán de infantes. También le apreciaba Campomanes, que había solicitado varios dictámenes suyos, entre otros el relativo al enojoso caso de la cátedra de Normante en Zaragoza, en 1788, suscitado por las denuncias del popular predicador fray Diego de Cádiz.

Ya fuera la decisión de Carlos IV cosa exclusiva suya o se inclinara a ello por ajenas recomendaciones, ¿para qué se le nombraba? ¿Para crear la Universidad de Canarias, co-

mo se ha dicho alguna vez? De ser así resulta sorprendente también que no pusiera nunca Tavira empeño en llevar adelante algún proyecto en este sentido. Es más, ni siquiera apoyó las solicitudes que hicieron las dos sociedades de Amigos del País, de Tenerife y de Las Palmas, para que se establecieran cátedras de Derecho, Medicina y Náutica, como muy necesarias para aquel archipiélago. Don Antonio Infantes opina que probablemente a Tavira no le pareció el horizonte cultural de Canarias en aquel momento propicio para desarrollar estudios superiores. A mi entender, la relación de su nombramiento con un supuesto proyecto de Universidad en Canarias es una trasposición de la razón que efectiva-

mente había de llevarle en 1798 a Salamanca. Como hombre ilustrado, Tavira apoyó, en cambio, el establecimiento de escuelas de primeras letras, fomentadas por los Amigos del País y por el propio obispo, que costó varias a sus expensas.

Ahora bien, la falta de interés por la Universidad se compensó por la atención dispensada al Seminario, creado por el obispo Cervera veinte años antes, y del que Tavira quería hacer un centro modelo de formación eclesial. Atención y empeño reformador que había de traerle algunas complicaciones con la Inquisición.

Aventura pastoral

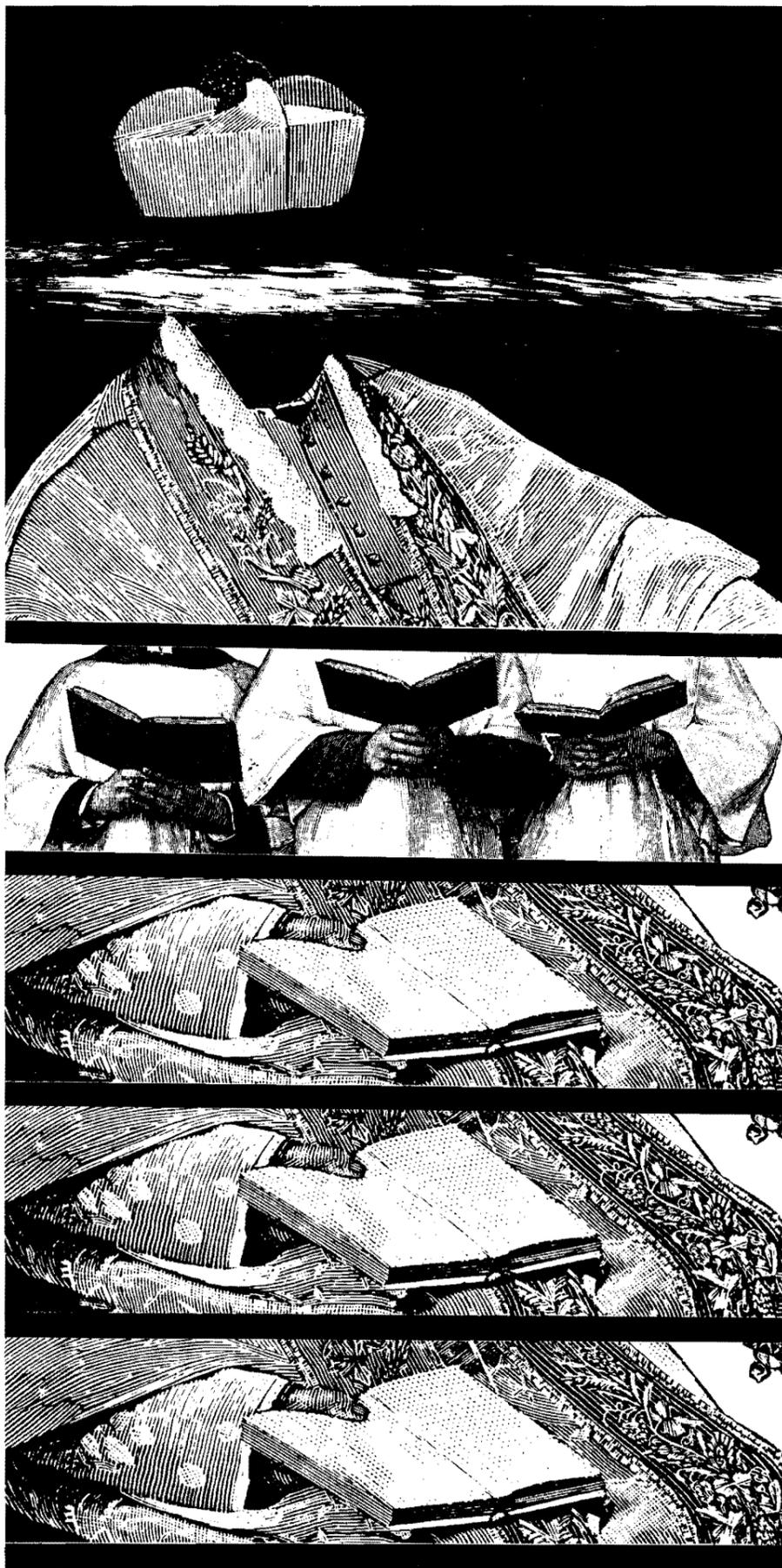
No parece, en fin, que su destino en Canarias esté ligado al encargo de ninguna misión específica. Pero lo cierto es que allí iba a iniciar sus casi cinco años efectivos de «aventura pastoral», durante los cuales Tavira viajó incansablemente por todas las islas. Fue un obispo itinerante. Como todos los reformadores de la España ilustrada, viajaba para conocer la realidad que se proponía reformar. Eran viajes arriesgados por mar y por tierra, recorriendo caminos escarpados casi impracticables a veces, o navegando en aguas en las que se alternaban los peligros de naufragio o de los piratas. Pero pudo jactarse fundadamente de conocer aquellas islas «aún mejor que los propios naturales», según declaraba al rey, y de exponer al Cabildo «la dolorosa situación de nuestras islas».

Las reformas eclesiales promovidas por Tavira se dirigen unas a la instrucción del clero; otras, a la reorganización de la diócesis y, finalmente, otras a restablecer el sentido de la liturgia, despojándola de los añadidos barrocos que se habían introducido en el curso de los siglos, y que les dan hoy en día un aire de anticipación en el tiempo. El medio para la instrucción del clero sería el Seminario, en el que introdujo reglas de vida y prácticas de piedad, de austeridad y disciplina, que recordaban, según el autor, a las «petites écoles» de Port-Royal. La reorganización diocesana se concretó en los planes parroquiales de las islas, ajustados a una redistribución racional, que llevó a cabo en Lanzarote, Fuerteventura y Gomera, dejando inacabados los de Tenerife y Gran Canaria.

Las reformas litúrgicas se orientaban a suprimir la multiplicación de altares en una misma iglesia, a corregir devociones populares que entendía desviadas y a restablecer el recto sentido del sacrificio eucarístico. Su empeño contra «la muchedumbre de imágenes» le aproximaba a las doctrinas sostenidas en el Sínodo de Pistoia y era, por otra parte, punto sensible a la piedad popular, que había de chocar, por tanto, con resistencias populares. Le asistía la razón, y para sostenerla sólo invocaba doctrinas tridentinas, pero se le iba la mano en el modo de ponerla en práctica. Así, por ejemplo, cuando en la iglesia de Teror, donde se veneraban las imágenes de la Virgen del Pino y la del Rosario, mandó suprimir ésta, refundiendo en una las dos devociones. O cuando prohibió los villancicos que se cantaban en la misa del gallo. Una cosa era impedir los excesos que ocurrían en torno a la misa de medianoche por las celebraciones navideñas y otra mandar «desterrarse en todas las iglesias (los villancicos) sin dexar arbitrio para su uso en ninguna de las festividades».

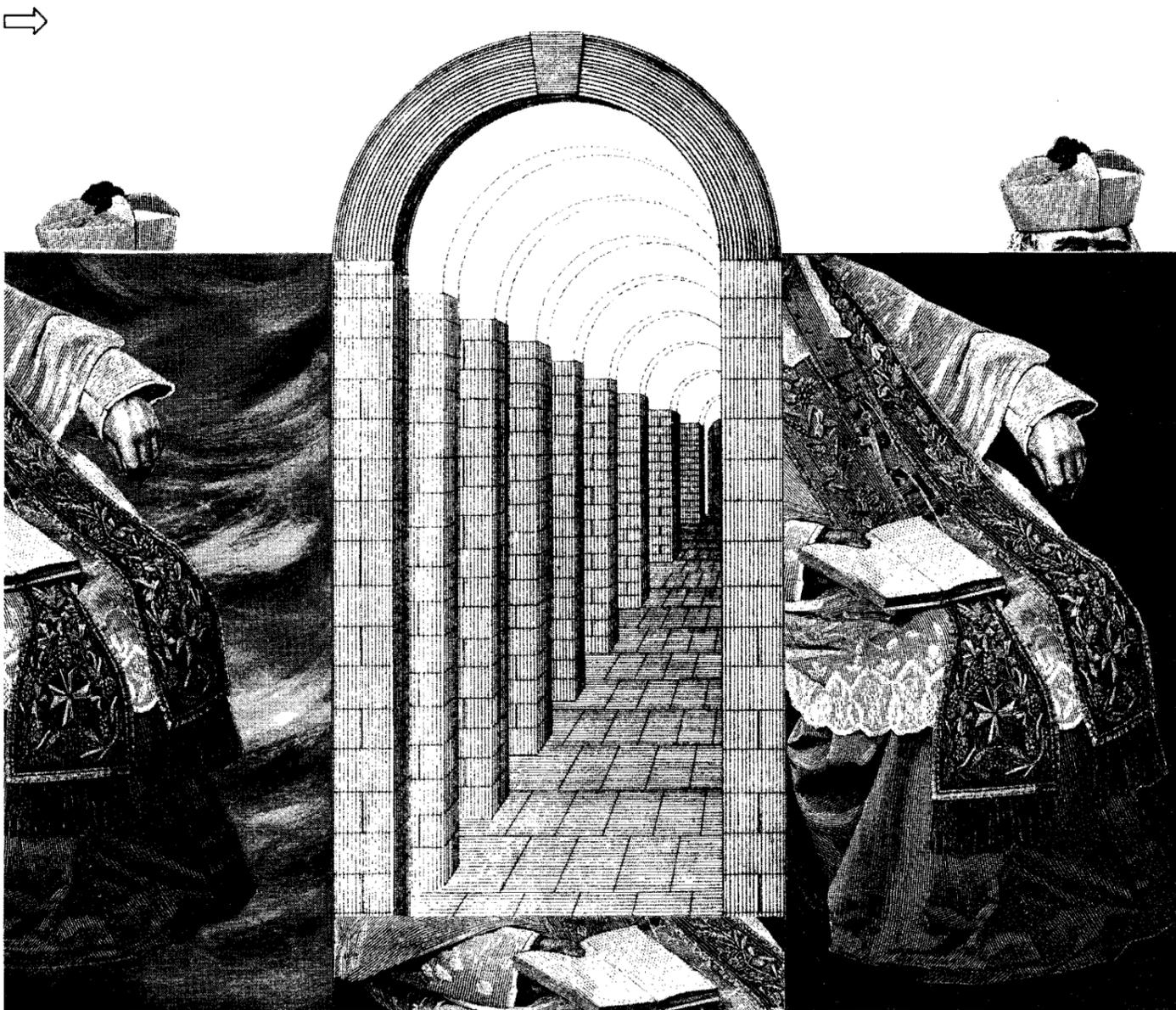
Afán ordenancista

El autor del libro que comentamos escribe con este motivo: «Aspectos valiosos del folklore, de la cultura popular, fueron ahogados, cayendo a menudo en un elitismo perfeccionista que alejó al propio culto de las clases populares.» En mi opinión, ese afán



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

ordenancista fue cosa bastante común a los ilustrados españoles eclesiásticos o civiles, y contribuyó a que se frustrasen o no prosperasen algunas reformas necesarias. El «esprit géométrique» prevaleció más de una vez en detrimento de ese otro «esprit de finesse» que reclamaba Pascal. Un poco más de humildad, que nunca está reñida con la ilustración, le hubiera permitido al obispo darse cuenta de que las costumbres no se imponen ni se suprimen por simple decreto.

Tavira quiso corregir, con recto sentido teológico, las desviaciones que sobre la aplicación de los sufragios de la misa parecían derivarse de los funerales, misas gregorianas o misas en general, y que convertían el sacrificio eucarístico en una especie de acto de aprovechamiento privado. Y en este punto no sólo dio órdenes para evitar los abusos, sino que insistió en la necesidad de la predicación y el consejo, a fin de que los fieles comprendieran que el valor de la misa alcanza a todos por igual y no sólo a quienes sufragan sus gastos, porque «todas las misas, aun las que suelen llamarse privadas, son en realidad comunes», y recomendaba a los testadores que, en vez de encargar «tan copioso número de misas», dejen mandas en favor de obras de misericordia, que son gratas a Dios.

En la línea jansenista

Las reformas litúrgicas, el sentido de la piedad, la moral rigurosa contra el «laxismo» imputado a los jesuitas, el episcopalismo, del que fue máximo exponente su edicto aprobatorio del real decreto de 5 de septiembre de 1799, la renovación teológica basada en las fuentes originarias de la Escritura y la patristica, todo ello sitúa a Tavira en la línea de un jansenismo español que no llega, sin embargo, a la ruptura doctrinal. La biblioteca de Tavira reunía las principales obras jansenistas y, por supuesto, las actas del Sínodo de Pistoia, más las obras del obispo Ricci. Pero la aproximación de Tavira al jansenismo se debe no tanto a la influencia directa de estas obras, sino a la inspiración en una fuente doctrinal común, la doctrina de la gracia de San Agustín. Por eso no incurrió en ninguna de las tesis de Jansenio condenadas por Urbano VIII.

Dice Infantes Florido que «ni formuló abiertamente nada relacionado con los artículos de Jansenio, ni hizo defensa pública de ninguna tesis propiamente jansenista». Sin embargo, añade, un conjunto de declaraciones suyas tienen un talante jansenista.

De haber defendido públicamente alguna de las proposiciones de Jansenio condenadas expresamente, es probable que no hubiera escapado al celo inquisitorial. Pero su decidida actitud contra los procedimientos del Santo Oficio motivó serios roces con los inquisidores. Es más, se propuso reformar aquel Tribunal. Ese propósito se hizo ostensible en 1797, siendo ya obispo de Osma, cuando a instancias de Jovellanos escribió el *Informe* relativo al Memorial del deán de Granada sobre abusos de la jurisdicción inquisitorial. Este escrito influyó mucho en los proyectos de Jovellanos, a la sazón ministro de Gracia y Justicia, para reformar el Santo Oficio, junto al dictamen de Llorente. En su informe, Tavira denunciaba la incompetencia de la Inquisición para calificar la doctrina de la Iglesia, los excesos en el uso de una jurisdicción que se limitaba en todo caso a los delitos de apostasía y herejía, y el menosprecio en que incurría la autoridad inquisitorial, que era meramente delegada, respecto de la autoridad episcopal, que era propia por su origen divino.

Los proyectos reformistas de Tavira y Jovellanos, que no aspiraban a suprimir el Tribunal del Santo Oficio, pero sí a recortar sus atribuciones en todo lo posible, se vieron interferidos, entre otras razones, por la carta abierta que el abate Grégoire, el obispo «juramentado» de Blois, dirigió al inquisidor general, don Ramón José de Arce, pidiendo la abolición de aquella institución, y que terminaba con una soflama política, verdadera apología de la Revolución francesa. Este inoportuno documento provocó un rechazo generalizado en España incluso entre gentes como Joaquín Lorenzo Villanueva, que más tarde, en las Cortes de Cádiz, serían debeladores del Santo Oficio.

Nada tiene de particular, por tanto, que durante su pontificado en Canarias Tavira chocara con la Inquisición por cuestiones de competencia y por cuestiones doctrinales relacionadas con el Seminario, que resultaba «sospechoso» para los inquisidores más celo-

sos. Al ser nombrado inquisidor general el cardenal Lorenzana, con quien Tavira mantenía buenas relaciones, le escribió para que zanjara las cuestiones de competencias. Pero Tavira se vio defraudado de la buena opinión que tenía del cardenal, porque éste no le dio la razón. Casi por las mismas fechas, tampoco dio la razón Lorenzana a Jovellanos en la demanda de permiso para tener libros prohibidos a favor del Instituto Asturiano, lo que valió el durísimo comentario que anota Jovellanos en su *Diario* sobre «este monumento de barbarie», que es como califica la carta del «tonto» del cardenal.

Choque con la Inquisición

La Inquisición sólo se atrevió a enfrentarse indirectamente con Tavira atacando a un capellán suyo, Antonio Pichardo, por sus lecciones en el Seminario, a quien hicieron «reprender por su temeridad», pero ya en fecha tardía, después que en 1800 dio Carlos IV el «pase regio» para la publicación en España de la bula condenatoria del Sínodo de Pistoia.

Joël Saugnieux supuso que Tavira se había negado a ordenar rogativas públicas a favor de los ejércitos españoles cuando, en 1793, hacían la guerra contra la Convención francesa, explicando su negativa como un conflicto moral entre la obediencia al rey y su conciencia cristiana, que no le permitía pretender acaparar a Dios a favor de nadie. El obispo podía rezar por los soldados muertos, pero no

por el triunfo de las armas de nadie. Si las cosas hubieran sucedido como cree Saugnieux, la conducta del obispo hubiera sido un detonante espectacular, precisamente cuando se alentaba oficialmente el espíritu de Cruzada contra la Revolución.

Pero las cosas ocurrieron de otro modo que Infantes Florido deja en claro y explica el error de interpretación en que incurrió el autor francés. El obispo de Canarias recibió el 18 de mayo de 1793 la real cédula que pedía se hicieran rogativas públicas por el triunfo de las armas españolas, y Tavira dispuso inmediatamente, en cumplimiento de «esta soberana y religiosa determinación... que en todas las iglesias de nuestro obispado se hagan rogativas públicas por el buen suceso de nuestras armas».

Conflicto civil

Ahora bien, antes de que Tavira publicara este edicto, el Ayuntamiento de La Laguna había «ordenado» a los párrocos que hicieran rogativas sin contar previamente con el obispo, y fue al procedimiento municipal a lo que se opuso Tavira. El Ayuntamiento recurrió al rey en lo que creía defensa de un principio de autoridad, pero el fiscal del Consejo de Castilla dio la razón al obispo: «... el Ayuntamiento se adelantó indebidamente a preparar y ordenar rogativas públicas, en que no podía consentir (el obispo) hasta tener orden superior, y dio una licencia a los párrocos que no está en su potestad dar en ningún caso...», punto de vista que fue refrendado posteriormente por sentencia formal del Consejo.

La guerra contra la Convención ocasionó a Tavira otra singular complicación. En 1795 se hallaban prisioneros en Tenerife 400 soldados y oficiales franceses capturados en la campaña del Rosellón. Algunos hicieron saber al obispo su deseo de cumplir como católicos con Pascua, y se cruzaron varias cartas entre el comandante francés jefe de los prisioneros y el obispo sobre la situación de la Iglesia en la Francia revolucionaria, las relaciones con Pío VI y la Constitución Civil del Clero. Tavira tomó la audaz iniciativa pastoral de facilitar la confesión y comunión pascual a cuantos lo solicitaron, dando cuenta a Roma en su informe «ad limina». La respuesta romana era un «sí, pero...», recomendando al obispo extremar las precauciones al facilitar los sacramentos a los prisioneros franceses por si estuvieran incursos en la excomunión decretada contra los «juramentados» de la Constitución Civil del Clero. De todas maneras, la respuesta romana le ponía a cubierto contra las intrigas de la Inquisición, que ya se había interesado por el contenido de las cartas cruzadas entre el jefe francés y el obispo.

Tavira fue destinado en 1796 a la diócesis de Osma y en 1798 a la de Salamanca. Allí es donde su actuación tuvo mayor resonancia. Los años de Canarias salen ahora del eclipse en que han permanecido gracias a la obra que comentamos. La biografía de Tavira y la historia de su tiempo ganan en profundidad con este estudio, que me he permitido calificar como crónica de una época difícil para quienes hubieron de vivirla y apasionante para quienes pretendemos conocerla. □

RESUMEN

El historiador Vicente Palacio Atard se ocupa de la figura del obispo Tavira, personalidad destacada y discutida de la segunda mitad del XVIII que hasta hace poco no había sido objeto de estudios rigurosos. Su idea reformadora cultural y eclesiástica, en un mo-

mento de tensiones sociales y religiosas causadas por la Revolución francesa, es analizada por monseñor Infantes Florido, quien siendo obispo en Canarias se interesó por este singular personaje de la Iglesia de su tiempo, obispo también de Canarias.

José Antonio Infantes Florido

Tavira, ¿una alternativa de Iglesia?

Cajasur, Córdoba, 1989. 427 páginas. 2.500 pesetas.

La arquitectura y los «tratados»

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (*Alcazarquivir, Marruecos, 1923*) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el Departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII* y *Escultura barroca en España*.

Sin disputa, *De Architectura*, de Marcus Vitruvius Pollio —Vitruvio—, es una de las mayores fuentes de la historia del arte, por no decir la mayor. Cervera Vera ha trazado la trayectoria del código hasta lograr la primera versión impresa (Instituto de España, 1978). Su vida transcurrió en la época de Augusto, de suerte que tuvo ocasión de conocer la arquitectura romana en su pleno esplendor. El manuscrito tuvo que ser conocido por cuantos intervenían en la edificación, pues a una finalidad práctica tuvo que estar encomendada la obra. Contando con el precedente helénico de Hermógenes, cuyo tratado conoció Vitruvio, constituye ejemplo sobresaliente de un escrito que hace historia de la construcción y que a la vez sirve de manual a los que proyectan y edifican. Sirve de historia y de instrumento. Hay que sentar la premisa de que la arquitectura ha tenido que disponer muy tempranamente de una normativa, tanto oral como escrita, que ha servido de orientación a los que participan en la construcción.

El texto fue conocido por Plinio el Viejo, quien lo cita en su *Historia natural*. Pasa a la Edad Media a través de varios códices. Lo poseyó San Isidoro, sirviéndole de pauta en las referencias a la arquitectura en las *Etimologías*. Sirvió de fuente a los impulsores de la arquitectura de Carlomagno. Las principales bibliotecas monacales tuvieron copias del manuscrito. Fue a lo largo de la Edad Media la obra añorada, que ligaba científicamente los conocimientos a la arquitectura romana. Ese «clasicismo» medieval descansó fundamentalmente en la tradición romana a través de Vitruvio. En el siglo XV se multiplican las copias, en el momento en que hace su aparición el humanismo, que abre las puertas del Renacimiento. Estudiar a Vitruvio se convierte en tarea primordial para cuantos aspiran a beber en las fuentes de la arquitectura romana. Dos objetivos se imponen: imprimirlo y traducirlo a las lenguas vulgares. Entre 1486 y 1492 aparece la primera impresión, en latín,

preparada por el gramático Fray Giovanni Sulpitius. La edición preparada por Fray Giovanni Giocondo, aparecida en Venecia en 1511, disponía ya de grabados, hecho significativo, que va a aumentar la popularidad del libro y acentuar su utilidad. La primera versión al italiano fue realizada por Cesare Cesariano (1521), sirviendo de pórtico a un desarrollo en cascada de traducciones a los idiomas occidentales (español, francés, inglés, alemán, etc.). En 1553 apareció la versión francesa y en 1582 la castellana, impresa en Alcalá de Henares, con traducción de Miguel de Urrea. Esta edición española estaba destinada a una clientela amplia, no sólo profesional. El punto culminante en las ediciones viene señalado por la de Daniele Barbaro (1556), debido a las interpretaciones del traductor y a los espléndidos grabados aportados por Palladio. De esta suerte, teoría e ilustración constituyen la armonía del tratado.

La arquitectura a través de los tratados

La enorme difusión del texto de Vitruvio y de sus interpretaciones puso en marcha el proceso editorial de los tratados. Escribir y publicar, si es posible con grabados, sobre arquitectura es actividad complementaria de muchos acreditados arquitectos y «aficionados», como los denomina Dora Wiebenson en la obra que sirve de soporte a nuestro comentario. En efecto, la arquitectura no es solamente cuestión de profesionales, sino de matemáticos, pensadores, teólogos, ingenieros, lingüistas, escritores.

De re aedificatoria (1485), de Alberti, inaugura un tipo de tratado distinto del de Vitruvio, cuyo éxito fue tan señalado que se hicieron seguidamente innumerables traducciones. La edición castellana data de 1582. Filaretas, Francesco di Giorgio y sobre todo Sebastiano Serlio (1537) amplían la tratadística. Serlio dividió su tratado en siete libros. El impresor Juan de Ayala dio a la estampa en 1552 el tercero y cuarto libros, «agora nuevamente traducido del toscano en romance castellano por Francisco de Villalpando, arquitecto» (edición facsímil por Albatros, 1977). El Panteón de Agripa, los edificios de Bramante, cortes de columnas, capiteles, fragmentos de arquitectura, eran presentados en grabados, ofreciendo un muestrario con texto e ilustración que produjeron rápida influencia, que incluso alcanzó a la arquitectura hispanoamericana.

El *Libro* (1552) de Antonio Labacco popularizó con grabados muchos monumentos de la Roma imperial. Viñola (*Regola delli cinque ordini d'architettura*, 1562) creaba un enfoque propio para estudiar los órdenes, con una colección de láminas que constituían inmejorable elenco para arquitectos. Novedad es la dedicación concedida por Cataneo a las fortificaciones (1567), tipo de arquitectura que llegó a constituir una especialización. *I quattro libri dell'architettura* (1570), de Andrea Palladio, tuvo enorme influencia, debido a los grabados de obras del propio arquitecto, junto con las características de su canon. Su arquitectura produjo gran impacto en España, y en ella el tratado tuvo señaladas consecuencias. Los libros I y III fueron traducidos por el arquitecto Francisco de Praves y se publicaron en Valladolid en 1625.

Juan Antonio Ramírez analiza el papel de España en el campo de la tratadística, tanto por lo que hace a las traducciones como a las mismas creaciones. Y no vacila en calificar de «normal» esta aportación. Quiere decirse que los autores españoles permanecieron atentos a lo que se producía fuera de sus fronteras, tomando en ciertos casos la delantera, como indican las *Medidas del Romano* (1526), de Diego de Sagredo, que ya en 1537 aparece traducido al francés.

Francia tuvo en Philibert Delorme un gran arquitecto y tratadista. En 1567 se publicó un libro de arquitectura, con una gran colección de grabados, que sirvió de manual de arquitectos, con gran influencia en Francia y fuera de ella.

El siglo XVII aporta una tratadística en la que la mirada se amplía. Scamozzi da a la imprenta en 1615 su libro *Dell'idea dell'architettura universale*, procurando una sistematización basada en normas generales, sobre todo de carácter matemático. Propendía a demostrar que la arquitectura descansa en una realidad objetiva, susceptible de demostrarse. La Academia imprime carácter a los tratados, lo que indica la vocación a la enseñanza que éstos iban adquiriendo. El manual de arquitecto estaba a dos pasos. Las ideas académicas dominan en los autores franceses, que tienen en el siglo XVII enorme influencia en el pensamiento arquitectónico. En 1691 publicó Charles Augustin Daviler su *Cours d'Architecture*, en los que vierte las enseñanzas recibidas en «Académie Royale d'Architecture». De su valor didáctico da idea el diccionario de términos arquitectónicos que contiene.

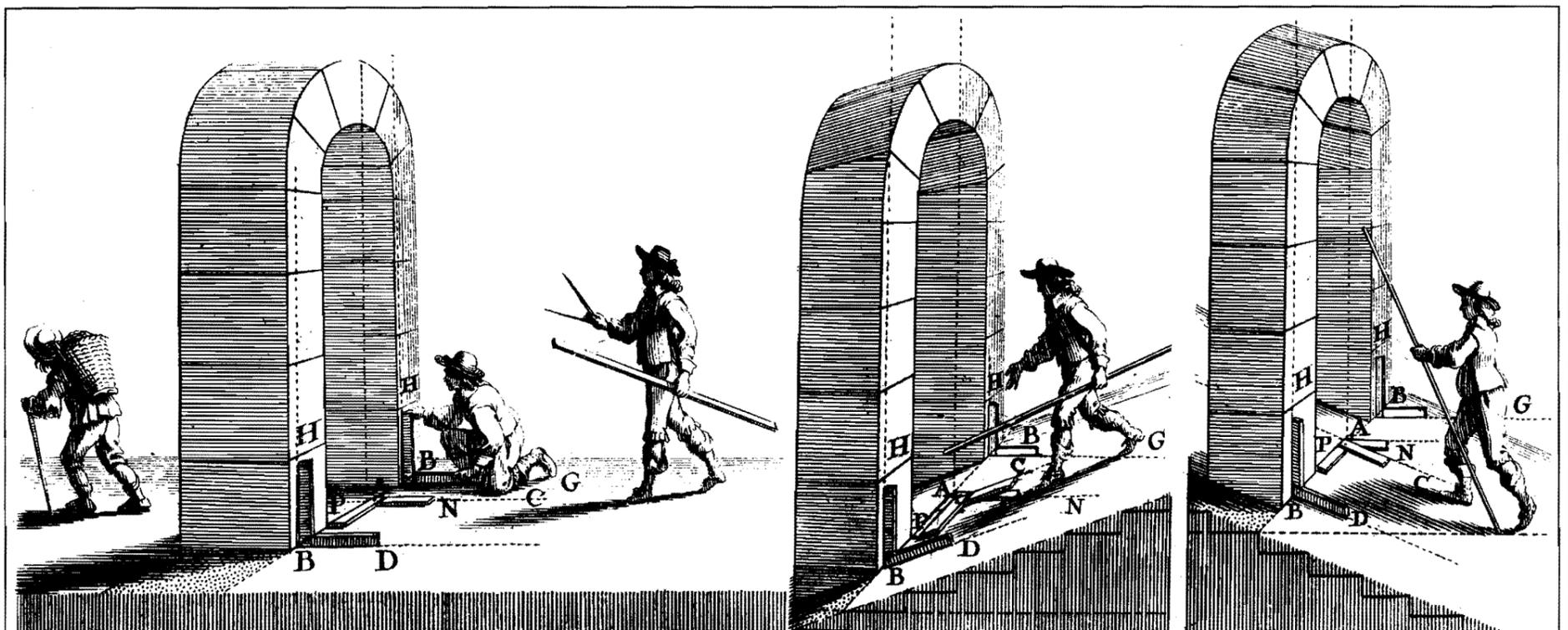
El desarrollo del palladianismo en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XVII

bajo Iñigo Jones traslada hacia Italia el interés por la arquitectura. Henry Wotton muestra su interés por la arquitectura veneciana, como se aprecia en su libro *The elements of Architecture*, que se constituyó en manual de arquitectos. Sir Christopher Wren es un hombre de ciencia: arquitecto, urbanista, escritor, profesor, doctor. De tal polifacética mente salió *Parentalia* (1750), que es una obra de ciencia arquitectónica en que se abordan aspectos prácticos y teóricos. De formación académica, la obra viene a ser un magnífico libro de texto para aspirantes a la profesión de arquitecto. Y es lo mismo que acontece en Francia. Sébastien Leclerc, en su *Traité d'architecture* (1714), acredita su proclividad hacia la enseñanza, de suerte que la obra se concibe para la formación de estudiantes y aficionados. Jacques-François Blondel (1705-1774) tiene una pléyade de discípulos llegados a Francia para asistir a sus lecciones y conocer la obra del autor, *Cours d'Architecture*.

España, que en el siglo XVII ha tenido excelentes tratadistas, como Fray Lorenzo de San Nicolás y Caramuel, en el XVIII contempla la imposición del ideal académico. Diego de Villanueva, que fue profesor de la Real Academia de San Fernando, imprimió en 1766 el libro *Colección de diferentes papeles críticos sobre todas las partes de la Arquitectura*, en el que defiende la idea de que la arquitectura debe ser considerada como una ciencia y, por lo tanto, ser sometida a una rigurosa crítica.

La obra de Dora Wiebenson

Para comprender el ingente esfuerzo desarrollado por esta autora, compendiando los «tratados», debiera recordarse que, en esencia, estos libros fueron los maestros de generaciones de arquitectos. Mucho antes de que surgieran las escuelas de Arquitectura, estos tratados eran el alimento básico en la formación de los maestros. Sábese que el gran arquitecto y pintor Andrea Pozzo tuvo una formación de autodidacta, basada en la lectura de los tratadistas italianos. La amplísima y diversa colección de tratados demuestra que todo fue recogido en letra y expresado en láminas. Hubo efectivamente tratados de pintura y también de escultura, pero la literatura de arquitectura es inabarcable. Por eso es este material el que resultó imprescindible en la formación de arquitectos. Una buena biblio-



Método para la aplicación de bóvedas de Desargues (1640).

Viene de la página anterior



teca era ya una escuela de arquitectura. Punto más si el aspirante contaba con un maestro al que pudiera servir de ayuda, pues así el título vendría de la mano.

Los tratados constituyen un material artístico de primera clase en un doble sentido, pues si fueron vehículo para impartir la cultura artística, en sí mismos son obras de arte. El gran formato de muchos tratados, la alta calidad de las estampas y la belleza de la composición hacen de estos libros objetivo señalado de bibliotecas y coleccionistas. Nada extraña que los Estados Unidos hayan puesto en ellos la vista tempranamente. Las bibliotecas de las universidades de Yale, Virginia y Columbia poseen tesoros de tales tratados. Precisamente este libro nació como resultado de las exposiciones bibliográficas de tales universidades. Dora Wiebenson ha hecho un espléndido trabajo dirigiendo la edición y coordinando la tarea de los colaboradores. La edición española, de 1988, se ha hecho a cargo de Juan Antonio Ramírez. Novedad es el refuerzo —de todo punto necesario— de los tratados españoles, cuyo estudio ha sido encargado a un grupo de profesores hispanos. De esta manera la obra adquiere una dimensión especialmente significativa para los españoles.

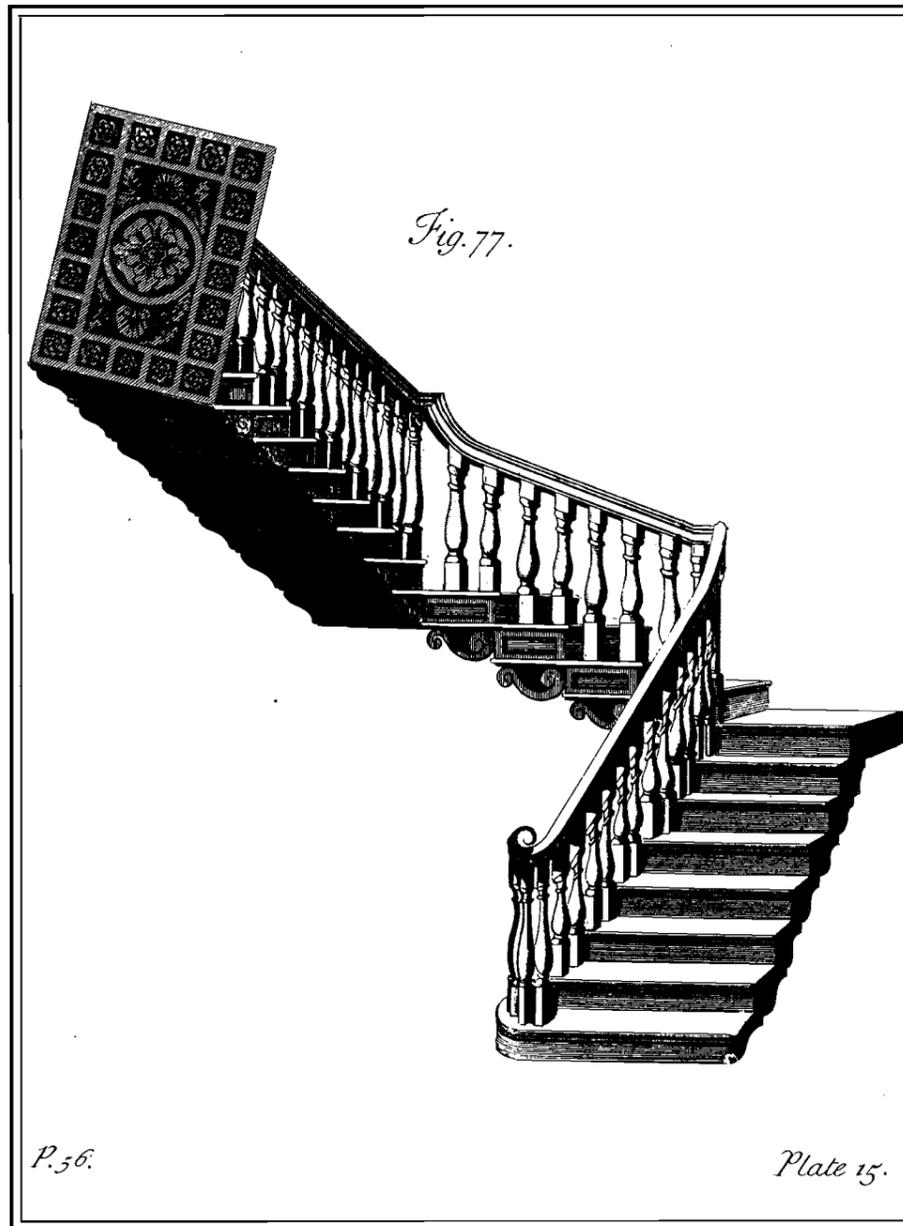
Tratados inéditos

Cada autor conoce la importancia de lo que da a la imprenta y procura dedicarlo a un alto dignatario. Filaretas dedicó su *Libro architettonico* al duque de Sforza.

No todos los escritores tuvieron la fortuna de ver impresa su obra. Algunos tratados han llegado a nosotros en forma de manuscritos y la edición se ha hecho modernamente. Esto ha ocurrido con el *Libro de arquitectura*, de Hernán Ruiz el Joven. Algunos manuscritos ni siquiera tenían prevista su edición. Tal sucedió con el texto y los diseños de Rodrigo Gil de Hontañón, que fueron interpolados en el libro de Simón García *Compendio de arquitectura y simetría de los templos*. Hasta 1930 no han sido publicados dos preciadísimos manuscritos debidos al pintor Fray Juan Ricci. En el *Breve tratado acerca del orden salomónico entero* establece que este orden no se reduce a la columna salomónica, sino que afecta a capiteles, cornisas y entablamentos. Así es como adquiere su verdadero sentido barroco. Y en el *Tratado de pintura sabia* analiza elementos arquitectónicos, sin olvidar que entre arquitectura y pintura hay relaciones, como es el caso de la perspectiva. Esta materia fue especialmente considerada por Andrea Pozzo, en su obra *Perspectiva pictorum et architectorum*, apoyando sus argumentos con espléndidos grabados en que la pintura finge el espacio real de la arquitectura.

Se analizan los elementos de la arquitectura contenidos en los tratados que versan sobre los órdenes, la geometría y la perspectiva, la tecnología y la arquitectura pública y privada.

Los órdenes arquitectónicos constituyen la materia habitual de los tratados, siguiendo a Vitrubio. Diego de Sagredo elaboró las *Medidas del Romano* utilizando los tratados impresos, pero haciendo propias comprobaciones en los edificios romanos que contempló en Italia. Se anticipa a Serlio (*Regoli generali di architettura sopra le cinque maniere de gli edifici, cio è thoscano, dorico, ionico, corinthio et composito*, 1537), si bien obtuvo un clamoroso éxito, como lo prueban las traducciones, entre ellas la hecha al español en 1552. También se ocupa de esta materia Viñola: *Regola delli cinque ordini d'architettura*, descubriendo el sistema de medidas, que hacía de los órdenes algo coherente y no meramente ornamental. La difusión de su libro se vio favorecida por las monumentales láminas que lo ilustran. Pero se incorporan otros elementos de sustentación, como los «términos», de que ofrece gran repertorio un tratado de Hu-



Barandilla curva de William Halfpenny (1725).

go Sambin (1572). La gran acogida que tuvo la *Architectura von Ausztheilung, Symmetria und Proportion der Funff Seulen* (1598), de Dietterlin, radicó en la colección de grabados que ilustraban modelos de puertas, ventanas, chimeneas, fuentes, columnas, capiteles, etc., que constituyen el socorrido prontuario de elementos que fueron imitados en toda Europa.

La perspectiva es el recurso imprescindible para las representaciones en el espacio. Arquitectos y pintores se vieron involucrados en esta tarea. El punto de fuga y la pirámide óptica constituyeron el cimiento de la investigación. Luego se usaron dos puntos de fuga, llegando Jean Pèlerin (llamado Viator), en su *De artificiali perspectiva* (1505), a aplicar tres puntos, anticipándose a las perspectivas sensacionalistas de nuestros días. Audaces perspectivas elabora Bibiena, como muestra su obra *L'architettura civile preparate su la geometria e ridota alle prospettive* (1711).

Los tratados informan también acerca de la técnica. No pocos inventos están aquí minuciosamente descritos: materiales de construcción, sistemas para cortar las piedras y máquinas para levantarlas. Los grabados ofrecen la imagen exacta, de manera que es fácil la imitación, pues como se trata de enseñar, este objetivo priva sobre cualquier posible derecho de autor.

En este campo se ha hecho notorio el papel de los tratadistas españoles. Andrés de Valdevira escribe su *Libro de traças de cortes de piedras*, cuyo manuscrito no ha sido impreso hasta 1977. Es un manual de cantería destinado a la representación de plantillas, «montes» como corresponde al lenguaje castellano. Las «armaduras» de madera que cierran muchos edificios de estirpe musulmana y mu-

déjar tienen una imprescindible guía en Diego López de Arenas, quien diera a la estampa en Sevilla, en 1633, su *Compendio de la carpintería de lo blanco y tratado de alarifes*, uno de los tratados que más justo orgullo conceden a España. Para los abovedamientos instruye sabiamente Juan de Torija en su obra *Breve tratado de todo género de bóvedas* (1661). Ha sido publicado en facsímil, en la «Colección Juan de Herrera» que dirige Luis Cervera Vera, por Albatros Ediciones. El volumen nueve de esta colección corresponde a *Arte y uso de Arquitectura*, de Fray Lorenzo de San Nicolás. Los dos volúmenes de este libro aparecieron en Madrid en 1639 y 1664. Fray Lorenzo fue arquitecto en ejercicio y tratadista. Su libro está escrito con vistas a la formación de artifices aplicados a la arquitectura. Es un manual de la construcción hecho por quien está habituado a diseñar edificios, resolver problemas constructivos y enfrentarse con los problemas concretos de la edificación. De ahí el enorme valor del libro. Nada más oportuno que el juicio de George Kubler: «Es

el mejor libro sobre instrucción arquitectónica escrito jamás.» ¡Cuántos discípulos habrá tenido Fray Lorenzo con esta obra! Por eso no extraña que en esta hora de vindicación de los tratados haya aparecido en edición facsímil en 1989.

Boga de los tratados

Cabe preguntarse a qué se debe el auge adquirido por la tratadística. La recuperación de la memoria histórica forma parte del idearium posmoderno, que afecta sobre todo a la arquitectura. El despojamiento de cualquier vestigio del pasado fue tenaz postura mantenida por el Movimiento Moderno. Nada extraña que, tras la crisis de éste, se emprendiera el reencuentro con la historia. Y a ella pertenecen los tratados.

No debe olvidarse que todo tratado supone la armonía entre práctica e idea. Va más allá que una simple cuestión estilística. La arquitectura está unida a la vida misma y atiene a problemas vitales para el hombre. En los tratados se reúne copiosa información y experiencia útil para cualquier tiempo y lugar. A esto debe añadirse el depósito de formas que acumulan los tratados. Algunos —el de Dietterlin ya se ha dicho— son verdaderos muestrarios de formas, ante lo que el propio cliente puede decidir. La *Architettura civile* (1737), de Guarino Guarini, constituye otro espléndido repertorio de motivos arquitectónicos bellísimamente expresados a través de grabados.

El valor estético de estos libros es una consideración previa: entran por los ojos. Además, los grabados como tales se elevan a la más alta categoría. Si la utilidad práctica debe encabezar cualquier proyecto arquitectónico, no debe olvidarse que producir deleite es requisito de la obra de arte. En este sentido, el tratado cumple sobradamente su función: es una manera de llevar a la arquitectura, de exaltar su capacidad artística, de hacerla comprensible. El tratado describe cómo son los edificios e indica cómo han sido fabricados. De esta suerte el espectador llega hasta el fondo de la satisfacción estética en el momento en que, además de complacerse en la visión de la obra, conoce los pormenores de la edificación, los problemas que surgieron, las estructuras que se usaron. Consciente Juan de Herrera de la valía de El Escorial, elaboró el *Sumario*, que con las láminas de Perret dio a conocer la belleza del monasterio. Y ciertamente ninguna publicación ha explicado mejor lo que es el edificio.

En los tratados se ha refugiado también la imaginación. La arquitectura es algo más que realidad. Prerrogativa de la obra de arte es su apelación a lo imaginativo. Los movimientos arquitectónicos se cargan unas veces de razón, otras de fantasía (el gótico, el modernismo). Esta fantasía no es reino privativo de la pintura. El derecho a imaginar se halla en el núcleo del libro de Piranesi *Della Magnificenza e Architettura dei Romani* (1761). Sus febriles sueños produjeron esa serie prodigiosa de láminas en que transforma fantásticamente Roma.

Arrojados los prejuicios, el profesional, el historiador, el aficionado y el público tienen en los tratados un material para la formación y el deleite personal. □

RESUMEN

Los tratados de arquitectura gozan hoy de la máxima popularidad. La síntesis de Dora Wiebenson muestra, en opinión del profesor Martín González, toda la riqueza del saber que encierran, a lo que debe añadirse que intere-

san hoy a un amplio público, empezando por los profesionales, debido a que contienen el más rico material informativo de lo que sea la arquitectura, al paso que estimulan la capacidad creadora por la vía de la imaginación.

Dora Wiebenson

Los tratados de Arquitectura. De Alberti a Ledoux

Ed. de Juan Antonio Ramírez, Hermann Blume, Madrid, 1988. 325 páginas. 3.700 pesetas.

Obsesión molecular

Por Manuel Perucho

Manuel Perucho (*La Roda, Albacete, 1948*) es doctor en Ciencias Biológicas. Ha trabajado en Alemania y Estados Unidos, en donde ha sido profesor de Bioquímica en la Universidad del Estado de Nueva York. Actualmente es director de Investigación en el California Institute of Biological Research, la Jolla, California.

El descubrimiento en 1953 de la estructura del ácido desoxirribonucleico (DNA) por James Watson y Francis Crick cumplió todas las condiciones para alcanzar la categoría de lo que Thomas Kuhn definió como paradigma científico: «Aquel logro, suficientemente sin precedentes, capaz de atraer a un número de adictos alejándolos de otros modos de actividad científica competidores, y al mismo tiempo suficientemente abierto para dejar toda clase de problemas que resolver al grupo redefinido de practicantes» (*The structure of scientific revolutions*, 1970). El modelo Watson-Crick de doble hélice del DNA no sólo dilucidó la naturaleza del material genético y los mecanismos de almacenamiento y de autorreplicación de la información hereditaria, sino que se convirtió en el emblema de una nueva disciplina científica, la biología molecular. Además, sirvió para que ambos recibieran, junto con Maurice Wilkins, el Premio Nobel de Medicina o Fisiología en 1962.

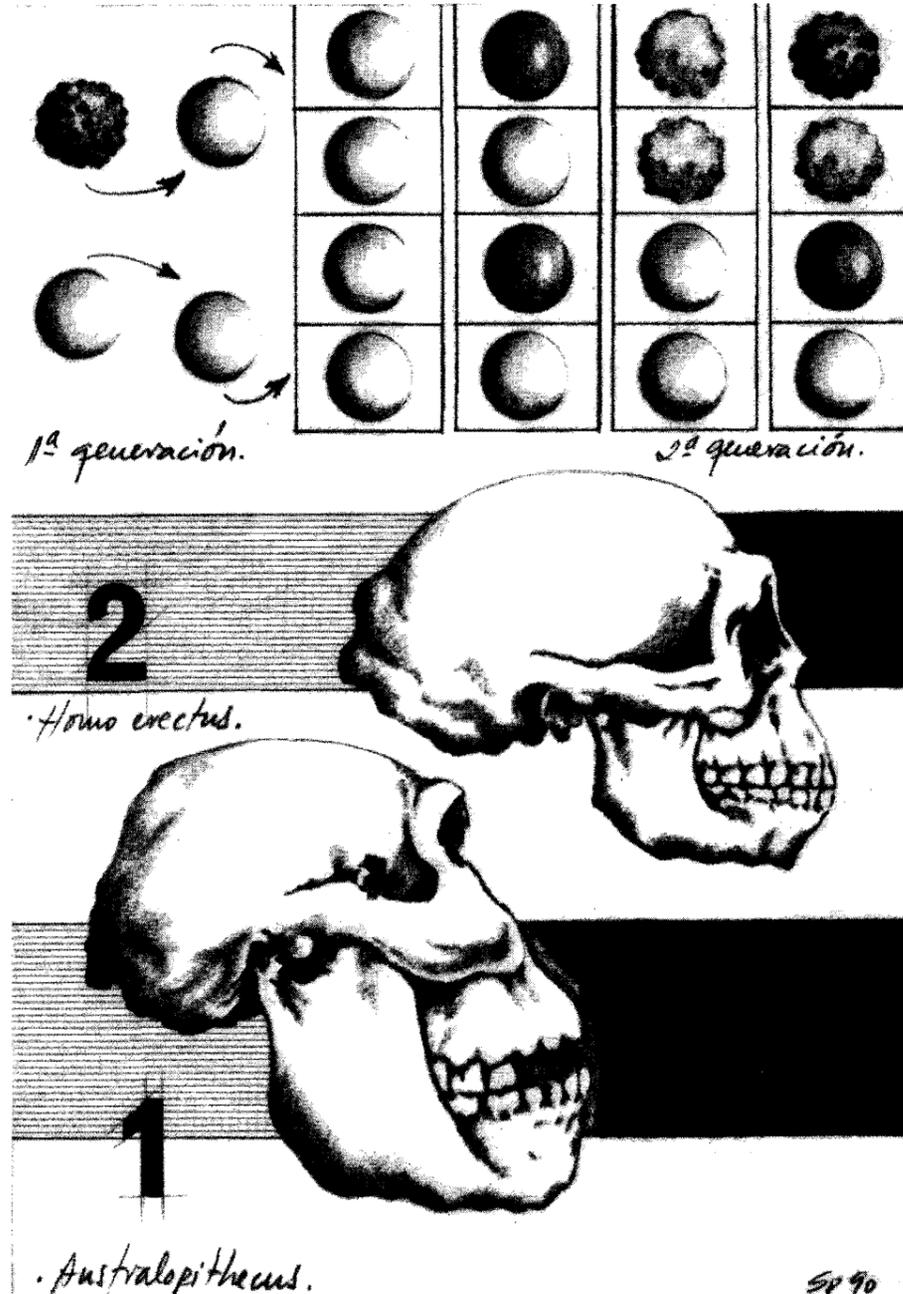
La contribución de Watson y Crick es también un ejemplo de lo que Thomas Kuhn caracterizó como la revolución en la manera de entender el mundo que nos rodea, que suele acompañar a la emergencia de un nuevo paradigma científico. La reducción de los conceptos del gen y de la herencia a las propiedades estructurales y funcionales de una especie molecular supuso un avance crucial hacia la resolución de la contradicción de dos mil años de duración entre átomo y organismo, entre el mundo físico y el mundo viviente, entre la segunda ley de la termodinámica y la capacidad de los seres vivos de preservar un nivel elevado de organización, generación tras generación, mediante el desarrollo y crecimiento de acuerdo al plan programado en el genoma. Hoy en día, el concepto del gen como entidad concreta molecular, con propiedades materiales y sometida por tanto a las leyes de la física, ha pasado a ser parte de nuestro acervo cultural. Pero «aunque el hombre moderno tiene quizás cincuenta mil años de edad...», el DNA lleva existiendo al menos durante varios billones de años. Todo este tiempo la doble hélice ha estado ahí, y activa, y sin embargo nosotros somos las primeras criaturas en la tierra que hemos llegado a percatarnos de su existencia», comenta gráficamente Francis Crick en *What mad pursuit*. Este es el título (que podríamos traducir a algo así como «¿Qué porfía más descabellada!») que eligió Crick para el libro publicado recientemente bajo los auspicios de la Fundación Alfred P. Sloan, como parte de la serie de obras de figuras de renombre de la ciencia actual encaminadas a hacer accesible al lector general la naturaleza de la actividad investigadora y lo excitante del descubrimiento científico (otro libro perteneciente a la misma serie, *La estatua interior*, por François Jacob, ha sido también objeto de comentario en *SABER/Leer*, N.º 24, abril 1989). *What mad pursuit* (cuya edición española acaba de aparecer en Tusquets Editores) es un ejemplo de lo que podríamos definir como autobiografía científica en donde se encuentran memorias de la vida del autor entremezcladas con ensayos de divulgación centrados en sus contribuciones en el campo de la investigación. Comenzaré por los aspectos científicos y dejaré para el final los autobiográficos.

Un aspecto notable de *What mad pursuit* es el énfasis que da Crick a la teoría de la evolución: «El tema más importante del libro es la selección natural», afirma en la introducción. El desarrollo del argumento constituye el capítulo tercero («El problema desconcertante»), donde Crick expone cómo la evolu-

ción por selección natural propuesta por Darwin, en conjunción con las leyes de la transmisión hereditaria descubiertas por Mendel, y de la base molecular de la misma descubierta exactamente un siglo después, es capaz de dar cuenta de la «característica esencial del secreto de lo viviente», es decir, la inmensa variedad y la complejidad altamente organizada de la materia viva. Para justificar la existencia de órganos y organismos con una complejidad estructural y funcional sugerentes de una finalidad de diseño, que constituye el argumento fundamental de la postura teleológica que desde Aristóteles («la naturaleza no hace nada en vano») ha acompañado a la concepción idealista de las Ciencias Naturales, Crick toma prestados los conceptos metafóricos de la selección natural como proceso de «chapuza» («bricolage» en la versión francesa original) apuntado por François Jacob (*The possible and the actual*, 1982), y de «relojero ciego» por Richard Dawkins (*The blind watchmaker*, 1986). Porque aunque los organismos parecen como si hubiesen sido planeados intencionalmente para funcionar con una eficiencia asombrosa, la selección natural no es providente y el proceso mismo no sabe dónde va («en la naturaleza, todo lo que puede pasar, pasa», que diría Buffon). Incluso órganos tan maravillosamente adaptados como el ojo humano han sido el resultado del proceso ciego y automático de la selección natural que actúa inexorablemente originando organismos más complejos a partir de otros más primitivos, pero sin ningún propósito, sin ningún plan preconcebido. Es sólo la presión selectiva ejercida por el ambiente externo que proporciona la dirección, y cuyos efectos, a la larga, son imprevisibles en detalle. Crick resalta, como ya había hecho Jacques Monod, que lo sorprendente es que estos conceptos, que parecen tan sencillos, sean, sin embargo, comprendidos por tan pocos.

Selección natural

Con este punto de partida, Crick llega a la conclusión de que el proceso esencial subyacente a la evolución por selección natural reside en el mecanismo de autorreplicación del material genético con una fidelidad, por un lado suficientemente alta para garantizar la estabilidad de los avances previos, pero al mismo tiempo con un margen de error que permita los cambios mutacionales en los que a la larga se basa la aparición de variabilidad y por consiguiente el proceso evolutivo. Para dar cuenta de cómo la información contenida en el gen se conserva y se materializa en la construcción del organismo, Crick introduce los conceptos de «secuencia» como manera más simple de almacenamiento de información, y de «colinearidad» entre gen y proteína, por el cual el problema tridimensional de la estructura de las proteínas y, por tanto, de la célula, tejido, órgano y organismo se reduce al problema «unidimensional» de la secuencia informacional del gen. Porque mientras que mecanismos capaces de reproducir la morfología «externa» de las proteínas eran fáciles de visualizar, por ejemplo a base de un sistema de «molde», el problema crucial a mitad de siglo era imaginar un mecanismo por el cual la morfología «interna» de las proteínas pudiera copiarse durante el crecimiento y multiplicación celulares. Esta dificultad, que ya había sido comprendida por Buffon, como ha apuntado François Jacob (*The logic of life. A history of heredity*, 1973), hacía que, según Crick, «el proceso en su totalidad pareciera tan sumamente misterioso que uno difícilmente sabía cómo empezar a pensar en el mismo.» A la pregunta de cuál es entonces la solución al problema, nos asegura que, «bastante curiosamente, yo ya había llegado a la solución correcta antes de que Watson y yo descubriéramos la estructura helicoidal doble del DNA. Todo lo que el gen tendría que hacer sería «dirigir» la secuencia correcta de



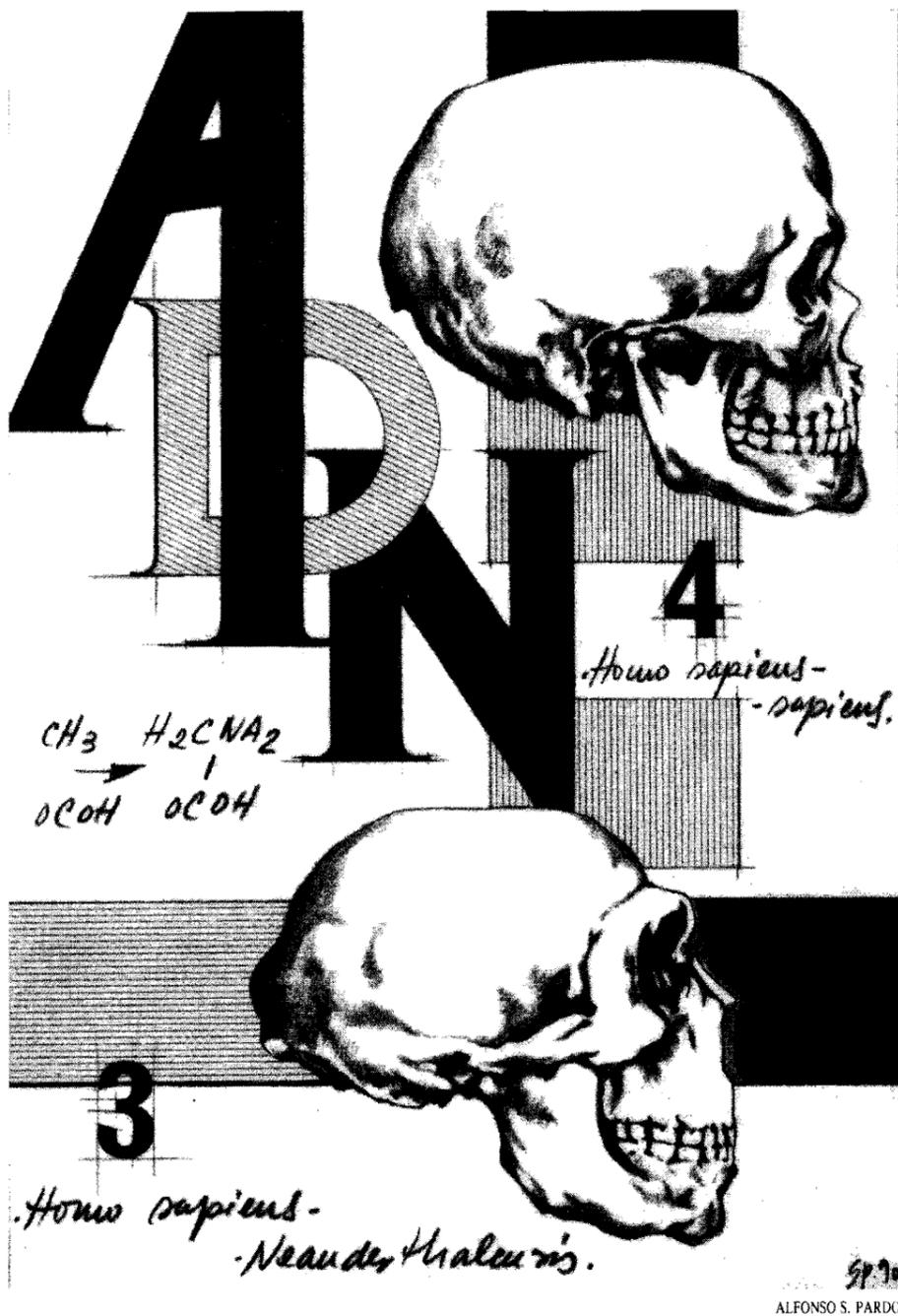
SP 90
ALFONSO S. PARDO

aminoácidos en la proteína. Una vez sintetizada la cadena polipeptídica, con todas sus cadenas laterales en el orden correcto, entonces, siguiendo las leyes de la química, la proteína «se plegaría correctamente en una estructura tridimensional única». Por esta suposición atrevida, el problema tridimensional se transformó en uno unidimensional y el dilema original desapareció esencialmente» (pág. 36). No es sin una cierta ironía que el problema mayor que queda por resolver en biología molecular, a este nivel «bioquímico», sea precisamente el cómo tiene lugar ese autoplegamiento que da lugar a la estructura tridimensional única y funcional de la proteína. Porque en la actualidad, las leyes que rigen el proceso que permite a la cadena polipeptídica «elegir» de una manera rápida y reproducible la estructura correcta entre las numerosas posibilidades que en principio se le ofrecen siguen siendo un enigma. Pero volvamos a la exposición de Crick. Una vez «reducido» el problema tridimensional al unidimensional, sólo quedaban por explicar la naturaleza y el mecanismo de autorreplicación del gen y la manera como dirige la síntesis de proteínas. Con esto el escenario está preparado para el relato de su visión personal de los descubrimientos de la estructura molecular del DNA y del código genético, que constituyen la parte principal de *What mad pursuit*.

El interés de la sección dedicada al primero reside en que es uno de los protagonistas del descubrimiento el que habla, que, en contraste con la locuacidad de James Watson en su «relato personal del descubrimiento de

la estructura del DNA» titulado *The Double Helix*, publicado en 1968, había permanecido en un silencio relativo. Un aspecto que destaca en la exposición de Crick es la importancia que le da al componente estético del descubrimiento: «Pero creo que lo que se olvida frecuentemente es la belleza intrínseca de la doble hélice del DNA» (pág. 76). «Es la molécula lo que tiene encanto, no los científicos» (pág. 67). Lo que sorprende en el relato de Crick es que tanto Watson como él se vieron aparentemente influidos por el criterio estético a la hora de decidirse por el modelo que finalmente propusieron. Y aquí cabe resaltar que en 1953 el modelo de doble hélice propuesto por Watson y Crick para la estructura del DNA fue sólo eso, un modelo, que necesitó más de veinte años para confirmarse tanto en lo que respecta a sus detalles estructurales como funcionales. Las circunstancias que rodearon al descubrimiento de Watson y Crick y la acogida que tuvo por la comunidad científica han sido descritas por François Jacob en su *Estatua interior*: «Esta estructura (la doble hélice del DNA) era de tal simplicidad, de tal perfección, de tal armonía e incluso de tal belleza, y las ventajas biológicas manaban de ella con tal claridad y rigor que era difícil pensar que no fuese verdadera. Las dos cadenas, el alineamiento de las bases, la complementariedad de las dos secuencias, todo esto tenía la fuerza de lo necesario. Todo esto no podía ser falso... Fue el heraldo de un período excitante en Biología» (*The Statue Within*, 1988).

Viene de la página anterior



La narración más detallada de la evolución de las ideas, especialmente las suyas propias, que acompañaron al descubrimiento de la naturaleza del código genético, es bastante más árida, ya que contiene numerosas explicaciones técnicas. Crick enumera sus predicciones teóricas del «adaptador» y de la naturaleza «degenerada» del código, entre otros, y su postulado del «Dogma central» de la biología molecular (es decir, que el flujo de información genética siempre ocurre de ácido nucleico a proteína). Estos aciertos le colocaron en una posición dominante en la comunidad estructuralista-informacionista-bioquímica de la edad clásica de la biología molecular. Al mismo tiempo subraya los errores, tanto experimentales como de interpretación, que acompañaron al avance espectacular de la biología molecular en esa etapa postparadigmática de consolidación, incluyendo, o mejor diría especialmente, los suyos propios. La frase de Oscar Wilde: «Experiencia es el nombre que se da a las propias equivocaciones» figura como introducción del libro. Claro que para Crick los errores que acompañan al progreso en la investigación científica no ocurren porque «pueden» ocurrir, sino porque «tienen» que ocurrir. Pero lo más chocante de esta parte del libro es que da la impresión de que Crick está tratando de justificarse por no haber sido él el descubridor de la naturaleza bioquímica del código genético. Como si para él un Premio Nobel no hubiera sido suficiente.

En la última sección del libro, Crick describe sus preocupaciones sobre el origen de la vida y la función del cerebro. En relación al

primer tema, Francis Crick publicó en 1981 un libro (*Life itself*) en el que propuso la teoría de la panspermia dirigida, que postula que la vida en el planeta se originó mediante la llegada de esporas de ciertos microorganismos, enviados en algún tipo de nave espacial por otra civilización superior a la nuestra nacida en otro punto del Universo. Aunque como ha comentado Manfred Eigen sobre el tema: «Al no haber evidencia experimental directa de cuándo y dónde comenzó la vida, cualquier hipótesis lógicamente consistente parece en principio aceptable», he de reconocer que no me esperaba tal publicación del líder de la postura reduccionista de la biología molecular.

Postura reduccionista

La postura reduccionista, diríamos que casi «unidimensional» de Crick, de la que espero haber dado pruebas en mi exposición, y que según explica él procede de su ateísmo y de su deseo de encontrar soluciones a los problemas que debido a su complejidad quedan siempre los últimos por resolver y que, por tanto, pueden ser considerados dentro de la categoría de creencias religiosas, se manifiesta una vez más en su interés teórico por los temas de la neurobiología y dentro de ésta por los de mayor nivel de complejidad. Para Crick lo más importante y útil para el avance del campo de la neurobiología actual sería crear una teoría que permitiera entender el mecanismo de la conciencia. Aunque actualmente el problema parece intratable debido a su

enorme dificultad aparente, Crick se atreve a aventurar que la solución al problema puede estar a la vuelta de la esquina. «Bastante curiosamente, en Biología son esos problemas que parecen imposiblemente difíciles de resolver los que se descubren más fácilmente. Y esto es simplemente debido a que tiene que haber tan pocas soluciones posibles que, aunque remotas, eventualmente uno es conducido inexorablemente a la solución correcta» (pág. 157). Me es imposible abstenerme aquí de reseñar el paralelismo con el argumento de Sherlock Holmes: «Mi querido Watson, ¿cuántas veces tengo que decirle que cuando lo imposible se ha eliminado, lo que queda, "por más improbable que parezca", debe ser la verdad?» (A. Conan Doyle, *The sign of the four*, 1890).

Y con esto pasemos a comentar brevemente los aspectos autobiográficos que hacen más amena la lectura de *What mad pursuit*. Como ejemplo anecdótico citemos una confesión de Crick acerca de su adolescencia: «Aunque muchas creencias religiosas me parecían absurdas, las excusaba en la suposición de que habían tenido originalmente una base racional. Yo conocía la historia contada en la Biblia de cómo Dios formó a Eva con una de las costillas de Adán. Como sabía que, al menos en ciertos aspectos, los hombres eran anatómicamente diferentes de las mujeres, ¿qué cosa más natural para mí que suponer que aquéllos poseían una costilla menos que éstas?» (pág. 11). Otra faceta inédita de Francis Crick que se me ha revelado a lo largo de la lectura del libro, así como de algunas publicaciones «informales» anteriores, es su sentido del humor. Porque sólo alguien con un buen sentido del humor podría proponer, y publicar en la revista *Nature*, la creación de la «Teología Bioquímica» como una disciplina científica nueva (F. Crick, «Molecular Biology in the year 2000», 1970), en donde a propósito, definió la biología molecular como «aquella actividad de interés para los biólogos moleculares»; o añadir como referencia en un trabajo enviado a publicación, «Leonardo da Vinci (comunicación personal)», para comprobar la rigurosidad del proceso de evaluación (pág. 135).

Pero, a pesar de este tipo de revelaciones, sugerentes de una franqueza y modestia desarmantes, la impresión general que produce la lectura de *What mad pursuit* es que su autor está dando la razón al aforismo de sir Peter Medawar: «La humildad no es una actitud que conduce al avance de la ciencia», y a la frase famosa con la que tan escuetamente le describió James Watson en *The Double Helix*: «Nunca vi a Francis Crick en un talante modesto.» A lo largo del texto se tiene la sensación de que Crick está haciendo esfuerzos continuamente para borrar la impresión dejada por la frase de Watson, pero que este esfuerzo es demasiado para él, y de vez en cuando se le escapan detalles delatadores. Como ha comentado John Cairns: «La autobiografía es una empresa traicionera. Cuanto más quieres ocultar, mayor es la probabilidad de que te descubras» (J. Cairns, «Through a magic casement», 1988). Un ejemplo lo proporciona el mismo título del libro, tomado de *Oda a una urna griega* de Keats, con el que Crick tituló su primer seminario en Cambridge. Con

esta su primera charla como doctorando en el departamento de sir Lawrence Bragg, Crick atacó de lleno la investigación del grupo, acusándolo de perseguir en vano la solución del problema de la estructura tridimensional de las proteínas, debido, en su opinión, a la elección de una táctica experimental equivocada.

En lo que se refiere al relato del descubrimiento de la estructura del DNA, el libro también me ha proporcionado ciertas sorpresas. Bastante curiosamente, como diría el propio Crick, cuando leí hace tiempo *The Double Helix* saqué la impresión de que la mayor contribución en el descubrimiento fue la suya. Después de leer *What mad pursuit*, mi opinión es justo la contraria. Y esto no hay que tomarlo como indicación de que tanto el uno como el otro se dieran mutuamente más crédito del merecido. Pongamos un ejemplo de su «diálogo»: «Antes de que yo llegara a Cambridge (asegura Watson en *The Double Helix*), Francis Crick había pensado sólo muy infrecuentemente sobre el problema del DNA.» A esto Crick parece responder en *What mad pursuit* (pág. 22) que en su primera charla científica, bastantes años antes de conocer a Watson, ya predijo la naturaleza del gen y la manera que él mismo utiliza para dirigir la síntesis de proteínas a través de un RNA intermediario (desafortunadamente, según nos aclara inmediatamente, las notas de la charla no han sobrevivido).

Implicaciones genéticas

Alguien ha sugerido, basándose en *The Double Helix*, que Watson en realidad no estuvo compitiendo con Linus Pauling, Rosalind Franklin, Maurice Wilkins o Erwin Chargaff, sino con el mismo Crick (H. Freeland Hudson, *The eight day of the Creation*, 1979). Esto tendría una cierta lógica, ya que cuando se conocieron en 1951, el primero tenía veintitrés años y el último treinta y cinco. Pero no es obvio con quién podría haber estado compitiendo Crick. Lo asombroso de *What mad pursuit* es que da pie a la interpretación de que en realidad Crick también estaba compitiendo con Watson. Y las razones me quedaron oscuras por más vueltas que le di, hasta que de repente, mientras releía un pasaje del libro, encontré una posible explicación. Cinco semanas después de la publicación del artículo de Watson y Crick describiendo el modelo de doble hélice del DNA, otro trabajo apareció, también en la revista *Nature*, sobre las implicaciones genéticas del mismo. Este trabajo también estaba firmado por Watson y Crick. Pero, según nos aclara él: «El orden de los nombres de los autores en este trabajo se decidió a cara o cruz» (pág. 66). Por tanto, los motivos por los que Francis Crick se molesta tanto en aclarar este detalle, en enumerar sus contribuciones en el descubrimiento de la doble hélice y en la conquista del código genético, en justificar sus errores y realzar sus aciertos, por los que hace todos estos esfuerzos para resaltar la antigüedad, prioridad y originalidad de sus ideas, todo esto se podría explicar fácilmente porque (elemental, mi querido Watson), ¡la estructura de doble hélice del DNA es el modelo de Watson-Crick y no el de Crick-Watson! □

RESUMEN

El científico español Manuel Perucho escribe acerca de un libro de Francis Crick, descubridor en 1953, junto a James Watson, de la estructura del ácido desoxirribonucleico (DNA). Esta obra de Crick se encuadra dentro de una serie de textos de figuras científicas

de renombre, encaminados a hacer accesible al lector no especializado la naturaleza de la actividad investigadora y lo excitante del descubrimiento científico. Crick mezcla aspectos de su vida con ensayos de divulgación de su campo de investigación.

Francis Crick

What mad pursuit

Basic Books Inc., Publishers, Nueva York, 1988. 182 páginas.

Dos libros españoles sobre Montesquieu

Por Rodrigo Fernández-Carvajal

Rodrigo Fernández-Carvajal (Gijón, 1924) es profesor emérito de Derecho Político de la Universidad de Murcia. Ha escrito, entre otras, las siguientes obras: La Constitución española, El lugar de la Ciencia Política y La idea del Derecho en Federico de Castro.

En Francia, aún más que en España, los estudios históricos sobre los grandes escritores y los grandes libros del pasado avanzan a tope de centenario. Las recordaciones del nacimiento y de la muerte de aquéllos y de la publicación de éstos desatan riadas bibliográficas, crecidas, sobre todo, cuando el azar del tiempo reúne en el plazo de unas pocas décadas el natalicio, el fallecimiento y la primera edición de la obra maestra; de aquella obra que consagra al gran escritor. Montesquieu es un ejemplo ilustrativo. En el año de 1948 se conmemoró el segundo centenario del *Espíritu de las Leyes*; en el de 1955, el segundo centenario del óbito del autor; y en el pasado de 1989, el tercero de su venida al mundo. Si se reeditara y pusiera al día hoy la bibliografía de D. C. Cabeen, impresa en 1947, resultaría más que doblado el número de entradas, incluidas reediciones, interpretaciones y biografías. Y esta atención seguramente continuará en el futuro próximo; la doctrina del barón de La Brède —centrada en la moderación del poder, en los mecanismos institucionales y sociales garantizadores de la libertad y en una ágil e imaginativa interpenetración «avant la lettre» de las ciencias que hoy denominamos sociología y teoría política— sintoniza con los problemas planteados en nuestro mundo finisecular de la «perestroika», de la crisis de los totalitarismos y del cansancio de la excesiva compartimentación y «pureza metódica» en el ámbito de las ciencias sociales.

Dos «libros paralelos»

No es extraño, por todo ello, que la «Académie Montesquieu» de Burdeos se haya atrevido a instituir en 1980 un premio anual destinado a coronar el mejor libro sobre el más ilustre bordelés. Y es de notar, para nuestra satisfacción, que dos de estos premios hayan recaído sobre dos españoles: el jurista Juan Vallet de Goytisolo y la catedrática de Historia de las Ideas Políticas María del Carmen Iglesias, ésta en 1985 y aquél en 1988. Los franceses tienen fama de chovinistas, según es sabido, y como consecuencia también la tienen de ser un poco remisos a la hora de reconocer los méritos de los «franciscans» que invaden el sagrado ámbito de su historia cultural y política. Pues bien, gestos como la concesión de ambos galardones desmienten esas famas. «Gaudeamus».

La concesión dice también a favor de la amplitud de criterio de los catadores bordelés, pues los dos libros premiados son distintos en todo, o en casi todo. Vallet, maestro del derecho privado, ve en Montesquieu, ante todo, un filósofo y un científico del Derecho, y considera, con propósito y ambición de «summa», su vida y obra en todos los aspectos, desde el «esbozo biográfico» inicial hasta la tipología de los gobiernos, los cuerpos intermedios, la división de poderes y la independencia del poder judicial.

María del Carmen Iglesias, historiadora de las ideas, con particular dedicación al siglo XVIII, lanza sobre Montesquieu una mirada sesgada muy adrede: se trata, como reza el subtítulo de su libro, de investigar las relaciones que en Montesquieu mantienen «política y ciencia natural». Investigación de bases conceptuales y metodológicas que discurre fluidamente hacia un capítulo final titulado «La cristalización naturalista en el espíritu de las leyes», largo de casi cien páginas. Cierto que al hilo de ellas aparecen los cuatro temas eminentemente jurídicos que mentamos al hablar del libro de Vallet. Pero al paso que

en éste son objeto de tratamiento sustantivo y propio, con preocupación práctica y con propósito de extraer lecciones válidas para nuestro tiempo, en María del Carmen Iglesias brotan como frutos de una determinada manera de ver la realidad social, condicionada y potenciada por el trasvase al plano humano del mecanicismo de Descartes y de la «filosofía experimental» de Newton. De aquí deriva la muy diferente extensión de los respectivos tratamientos. Al tema de la división de poderes dedica Vallet unas cincuenta páginas y la profesora Iglesias menos de cuatro; al de los cuerpos intermedios, veintitrés y cinco, y al de la independencia judicial, veinticinco y tan sólo algunas pocas líneas. Y los dos libros tienen prácticamente igual extensión (sobre las cuatrocientas páginas), lo que acentúa la relevancia de estas proporciones.

Pero en el fondo la diferencia más interesante está en el espíritu que empapa ambos trabajos. Si hiciéramos un análisis del «humus» conceptual en el que arraigan Vallet e Iglesias, por la traza que esta última hace del propio de Montesquieu, los resultados finales serían aproximadamente éstos: Vallet enfatiza la perennidad de la naturaleza del hombre, y por tanto el derecho natural, mientras que Iglesias, sin quizá negarlos, da por «aceptada en nuestros días, al menos en líneas generales, la conclusión diltheana de que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene —o más bien es— historia» (pág. 16); Vallet, en fin, propende a valorar la tradición, mientras que Iglesias propende a valorar la libertad. No insinúo, en absoluto, que él sea «integrista» y ella «progresista»; ambos son intelectuales serios, y estoy seguro de que moverían pensativamente la cabeza ante tan burdas y politizadas simplificaciones. Pero hay aquí un problema de diferenciación de mentalidades que no se debe rehuir; problema ilustrado, por supuesto, por muchos autores, pero que se plantea de modo elocuente al aproximar los «libros paralelos» que son objeto de mi examen.

Montesquieu según Juan Vallet

Montesquieu era, sin duda, un extraordinario escritor, pero su estilo, a la vez alusivo y elusivo, es desazonante. «Para escribir bien hay que saltarse las ideas intermedias», dice en una de sus *Pensées*. Pero el caso es que a veces se las salta a la garrocha, y tanto más cuanto más grave es la materia abordada, el toro más difícil. De ahí la inmensa y variopinta copia de exégesis que se han hecho de sus textos. Montesquieu es un tapiz cuyos nudos básicos son otros tantos jeroglíficos; cada intérprete debe lanzarse a adivinar las «ideas intermedias» que él decidió omitir, lo que comporta un margen de subjetivismo superior al que en toda interpretación resulta inevitable.

El libro de Vallet adolece, a mi entender, de dos defectos formales. En primer lugar, la aposición a propósito de cada tema de numerosas citas de otros comentaristas de Montesquieu discrepantes entre sí, con lo que queda a veces dudoso cuál es el pensamiento propio del autor. Y en segundo lugar, la falta de un prefacio en el que se nos diga qué vamos a leer, o bien de unas conclusiones que nos ayuden a recapitular lo que hemos leído. Pienso que en una segunda edición ambos defectos podrían remediarse fácilmente. Entre tanto tomaré como hilo conductor el título y el subtítulo. Aquél dice, redondamente, «Montesquieu», y éste, «Leyes, gobiernos y poderes». Este trinomio resume, pues, la materia básica del libro:

a) Respecto de las «leyes», Vallet mantiene una tesis interesante: la de la aproximación de Montesquieu a Tomás de Aquino (frontalmente opuesta, por cierto, a la de una gran autoridad, Leo Strauss). Tal aproximación la deduce principalmente (luego me referiré a otras fuentes) de la lectura de un tex-

to tan denso como breve: el libro I del *Espíritu de las Leyes*, que aun sumando sólo nueve páginas en la edición original, de ancha tipografía, ha dado pie a una literatura caudalosa. Montesquieu titula el libro *De las leyes en general*; las contempla, de entrada, «en sus relaciones con los diversos seres» (cap. I), y de salida (cap. III), en cuanto «leyes positivas» (sobre el capítulo puente, «De las leyes naturales», volveré después). Pero ocurre que la «ley positiva» es para él «la razón humana en tanto que gobierna todos los pueblos de la tierra»; «casos particulares» de la ley positiva, así entendida, «deben ser» las leyes políticas y civiles propias de cada nación. Ahora bien, de tales expresiones no se sigue una elemental aclaración: ¿ese equívoco «deben ser» se particulariza en las ordenaciones racionales del legítimo legislador, o bien nos remite a la simple adaptación fáctica entre la ley y las condiciones, físicas o morales, propias de cada pueblo? ¿Se trata de preceptos o se trata de regularidades causales? ¿Se trata de leyes en el sentido jurídico de la palabra o de leyes en problemático sentido sociológico? La duda queda en el aire, y aun se complica con una dificultad adicional en la que Montesquieu riza el rizo: la circunstancia de que en el intermedio capítulo II, titulado «De las leyes naturales», emplea el término «ley» en una tercera acepción, pues aparece asimilado (sin decirlo, y quizá sin saberlo) a las que Santo Tomás llama «inclinaciones naturales», esto es, las grandes tendencias congénitas propias de la naturaleza humana: conservación de la vida, propagación de la especie, deseo natural de conocer a Dios y de vivir en sociedad. Vallet compara (y éste es uno de sus más sagaces desarrollos) la lista de las «inclinaciones» tomistas y de las sedicentes «leyes naturales» del capítulo II. El paralelismo, bajo la diferente vestidura verbal (mucho más precisa y unívoca en Santo Tomás) es innegable. ¿Puede inducirse de él una influencia de Santo Tomás sobre Montesquieu? Vallet no lo afirma, pero lo sospecha. Personalmente suscribiría su sospecha, con la precisión de que hay seguramente entre uno y otro autor eslabones intermedios que convendría encontrar.

b) Respecto del «gobierno», Vallet expone con diafanidad la teoría tripartita (en realidad, cuatripartita) del bordelés, insistiendo en los cuatro «principios» o resortes que animan a cada forma: virtud cívica la república democrática, moderación la república aristocrática, honor la monarquía y temor el régimen despótico. Pero los dos desarrollos más notables me parece que son los referentes al «objeto» propio de los Estados y los que respectan a aquellos principios de gobierno que Montesquieu «no supo captar» o «no pudo prever». El primer desarrollo pone en evidencia algo que muchos de los expositores de Montesquieu pasan por alto: la presencia de un tercer criterio teleológico junto al puramente cuantitativo del número de los que gobiernan (todo el pueblo en la democracia, parte de él en la aristocracia, un solo hombre en las monarquías moderadas o despóticas) y al subjetivo o psicológico-pasional del principio que cualifica a cada forma. En efecto, cabe clasificar también los regímenes políticos según la meta que persiguen: engrandecimiento del Estado en Roma, práctica de la guerra en Esparta, religión en Israel, comercio en Marsella, gloria del príncipe y del Estado en las monarquías continentales, libertad política en Inglaterra, etc. Y el segundo desarrollo hace patentar los huecos o anteojeas de Montesquieu: no supo éste captar plenamente la identidad de lo que él mismo llama «gobierno gótico» (aproximadamente, la cristiandad medieval del siglo XI en adelante) ni acertó a prever las tiranías de nuestro tiempo, cuyo «principio» o «resorte» ya no sería el temor como en los antiguos despotismos, sino la búsqueda borreguil de seguridad sin asunción personal de responsabilidades que caracteriza a las sociedades de masas del siglo XX y a los Estados que las articulan y fomentan. Ambas invidencias,

la retrospectiva y la prospectiva, son hijas del mundo de la Ilustración (con incipiente pero todavía débil sentido histórico) en el que el genio de Montesquieu se nos aparece confinado. Montesquieu no capta con nitidez, cuando mira al pasado, la existencia diferenciable, pese a las impurezas de la realidad, de las monarquías templadas por la profesión de una fe religiosa común y la presencia operante de cuerpos intermedios, principalmente de los estamentos. Ni prevé, oteando el futuro, la amenaza de aquellas «muchedumbres innumerables» cuyo advenimiento profetizaría clarividentemente un siglo más tarde Tocqueville. Muchedumbres de «hombres parecidos e iguales que giran sin reposo sobre ellos mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres con los que llenan su alma» (*De la democracia en América*, libro III, cap. IV). Añado a esto, síntesis de lo que Vallet expone, una observación personal: en Montesquieu se da la paradoja de que al «gobierno gótico», por el que muestra admiración y al que compara con un «roble antiguo» (véase el comienzo del libro XXX del *Espíritu de las Leyes*), no lo tiene en cuenta a la hora de plantear (libro III) su tipología ideal, ya cuasiweberiana, de las formas de gobierno. No distingue, como podría esperarse, entre una monarquía basada en el principio o resorte del «honor» —«prejuicio de cada persona y de cada condición», que se patentiza en la exigencia de honores y distinciones— y otra monarquía (la que él mismo iba a llamar gótica) basada en el principio o resorte, derivado de la sociedad feudal, de la fidelidad recíproca entre el rey y los súbditos, congregados éstos a partir del siglo XI en los estamentos o brazos de cada reino. «Fidelitas» y «honoris studium» son sentimientos muy distintos, aunque éste pueda tener en aquél sus raíces remotas; el que se sabe fiel propende a desear que su virtud sea reconocida socialmente, «gane fama», pero este deseo no se erige antes del siglo XVI en pasión dominante.

c) En fin, respecto de los «poderes», Vallet se enfrenta con el embrollado tema de su división en Montesquieu. Todo ha sido dicho y contradicho sobre el asunto, y el primer mérito del autor está en la síntesis del debate; aparece claro el planteamiento de la división de poderes en la antigüedad, en la Inglaterra de la primera mitad del siglo XVIII y en las páginas respectivas de Locke y de Montesquieu. Segundo mérito: el tratamiento diferenciado del punto clave, a saber, la interrogante acerca de si Montesquieu sostiene algún modelo ideal de contención del poder. Vallet, con el apoyo de un reciente artículo de Albert Postigliola, retorna al parámetro del «gobierno gótico» o «gobierno germánico». El modelo original que de hecho, si no en declaración paladina, realiza para Montesquieu la libertad política sería el «estado mixto» del bajo Medioevo y de la primera Edad Moderna, asentado sobre la no confusión de los tres consabidos poderes; no confusión lograda en la antigua Francia por el freno y contrapeso de los «cuerpos intermedios» y en Inglaterra por la tensión entre el poder ejecutivo del monarca y el legislativo del Parlamento (aparte la común aceptación, ya arraigada en el bajo Medioevo, de la autonomía de la justicia). Tercer mérito: crítica y remoción de la teoría jurídicista, en boga a lo largo del primer tercio del siglo XX (y añadiríamos que convertida hoy en *vulgata* por las simplificadas interpretaciones de los políticos y de la prensa), según la cual la división tanto valdría, y sólo valdría, como formal separación de los tres respectivos órganos constitucionales. Vallet se orienta, sobre todo, por los excelentes trabajos de Eisenmann, pero añade un «coup de pouce» actualizador: la división de poderes practicable hoy, en una sociedad tan distinta de la que Montesquieu tenía ante los ojos, habría de asentarse sobre una «organización corporativa» (el juicio y la expresión son de Von Hip-



Viene de la página anterior



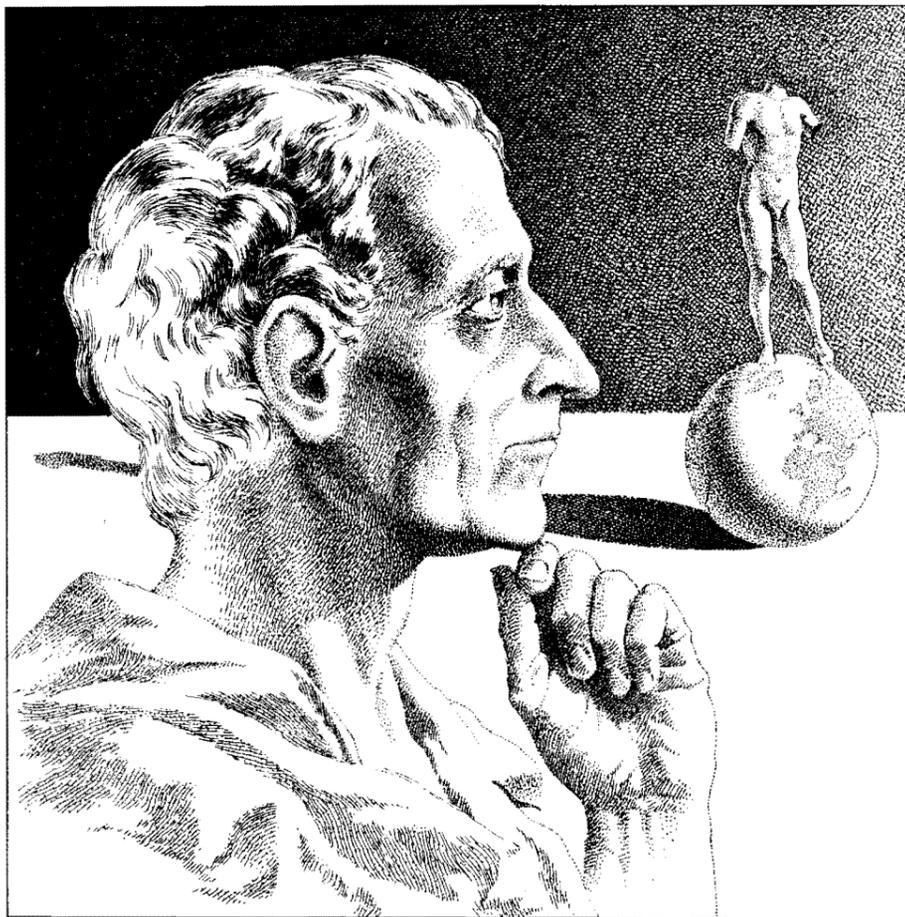
pel, pero Vallet parece hacerlos propios). ¿Qué decir aquí? Si por «organización corporativa» entiende Vallet el tejido social espontáneo, dice contra la invasión de los partidos y el «totalitarismo providente» que comportan, creo que habría que darle la razón, y la «current history» de Europa (de la oriental y de la occidental) no parece negársela. Si por «organización corporativa» entiende algo más determinado y concreto tendríamos que dejar en suspenso el juicio hasta que nos dé nuestro autor la imprescindible determinación.

El sustrato conceptual de Montesquieu según Iglesias

El libro de Iglesias está tan nutrido de previas lecturas como el de Vallet, pero su hábil manera de quintaesenciar las citas en extractos no literales, y sobre todo la presencia de un luminoso prefacio y de una bella conclusión, hacen quizá (por lo menos eso me ha pasado a mí) la lectura más fácil. La profesora Iglesias cumple el propósito de describir, y de descubrir, capa a capa la epistemología de Montesquieu; una epistemología rara vez explayada por éste, pero difusa en la herencia cultural que recibe de su época, en el modo efectivo de relacionar y sopesar los hechos históricos y sociales, en lo que por sabido da y no dice, en lo que, más que piensa, siente.

Montesquieu vive, por de pronto, sumido en la onda remota de Descartes (el *Discurso del método* precede en ciento diez años al *Espíritu de las leyes*) y en la onda próxima de Newton (muere éste en 1727, dos años antes de que nuestro barón visite Londres); imagen geométrica y mecanicista del mundo y concepción dinámica de la naturaleza como juego de fuerzas matemáticamente calculables. Pero ambas ondas le llegan mediadas e interferidas por otras. No es Montesquieu cartesiano estricto, porque las instituciones sociales, que Descartes no había contemplado y de las que él principalmente se ocupa, no son puros «autómatas»: actúan dentro de ellas y sobre ellas determinaciones divinas. No es tampoco simple discípulo de Newton, porque aunque trasiegue al campo humano la terminología y el método de éste, detecta y desarrolla con originalidad las múltiples causalidades propias de tal campo, irreductibles, desde luego, a las tres leyes newtonianas de la inercia, de la aceleración y de la gravedad. Retiene de Newton, en suma, un paradigma general fundado en el fenómeno de la atracción; como los cuerpos físicos abandonados a sí mismos se acercan unos a otros, así también las pasiones humanas, las instituciones sociales, las leyes positivas. La «necesidad de las cosas mismas» establece entre unas y otras relaciones naturales de inclusión o de exclusión; supuesta, por ejemplo, la variable de determinada forma de gobierno, se siguen, como funciones, tales o cuales leyes civiles, criminales, fiscales; ciertos factores naturales (climáticos, geográficos) o culturales (costumbres, comercio, uso de la moneda, etc.) postulan y atraen unas leyes y rechazan otras.

Montesquieu, además, recibe el influjo de las ciencias de la vida tal como se comienzan a cultivar en su tiempo. Estas ciencias, avasalladas durante muchos años por el paradigma mecanicista cartesiano, van ganando perfil propio a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII. La asimilación cartesiana del hombre enfermo al reloj descompuesto o la más ambiciosa de Fontenella, que equipara el universo a un reloj grande, todavía serían seguramente suscritas por el Montesquieu joven, aficionado a diseccionar ranas, lenguas de carnero, glándulas renales, flores y semillas. Pero en el *Espíritu de las Leyes* asoma ya, vertida al plano social e histórico, una visión de la realidad no mecánica, sino vitalista. El vitalismo desplaza al mecanicismo por cuanto reconoce la especificidad de los fenómenos biológicos. María del Carmen Iglesias no cita a Barthez, pero quizá el libro de éste, *Nou-*



FRANCISCO SOLE

veaux éléments de la Science de l'Homme, de 1775, sea el que arroje más luz sobre la raíz biológica de algunos importantes conceptos que diecisiete años antes había introducido el autor del *Espíritu de las Leyes*. Según Barthez, existe en cada individuo un «principio vital», no reductible al alma ni tampoco al cuerpo como entidad físico-química, que rige los fenómenos propios de la vida. Según Montesquieu, existe también, como ya atisbamos al reseñar el libro de Vallet, un «principio» o «resorte» propio de cada régimen político distinto de su estructura particular o «naturaleza»; y existe, en fin, un «espíritu general» propio de cada nación (E. L., XIX, 4), resultado de la interacción de una multiplicidad de factores tales como el clima, la religión, las leyes, las tradiciones, las máximas de gobierno. Shackleton, sin duda con razón, remite a Maquiavelo en lo que respecta a la genealogía de la doctrina de los principios, pero la precisión y el énfasis que alcanzan éstos en las páginas de Montesquieu, y sobre todo el acunamiento de esa suerte de superprincipio al que llama «espíritu general», no parecen explicables sin remisión al coetáneo vitalismo de los médicos de la Escuela de Montpellier, de la que Barthez es miembro.

Descrito y sondado el gran embalse epistemológico, María del Carmen Iglesias llega al capítulo final, «clímax» del libro. La «naturaleza humana» presenta en el caleidoscopio de Montesquieu, según se nos ha ido mostrando en los cuatro precedentes capítulos, una fisonomía fluctuante. Por una parte «no se separa radicalmente de la imagen global del universo físico»; por otra se despega de él en cuanto está regida por «leyes dobles»: las que afectan a su «parte física» (supongo que en este adjetivo la autora incluirá la «fisis» o naturaleza del hombre entendida en el sentido más amplio) y las descriptivas (no prescriptivas) que rigen, a modo de regularidades o recurrencias, los hechos sociales. Montesquieu afirma así un pie en la tradición y otro en la modernidad. Sin renunciar a la concepción iusnaturalista de la ley como ordenación racional y precepto, acoge y trasborda de la mecánica celeste a la historia del hombre la concepción newtoniana de la «ley-relación». Viene a parar por estas vías a un iusnaturalis-

mo historicista, a una razón extraída de las concreciones históricas. Algo que, según pienso, no difiere mucho de Aristóteles; también para éste la idea general de lo justo se induce de cada caso concreto, como la idea general del caballo se reconoce en cada caballo concreto.

A partir de este planteamiento, María del Carmen Iglesias examina, faceta por faceta, el *Espíritu de las Leyes*; la genial y aparentemente desordenada obra es un cristal tallado que refleja la epistemología de su autor. Los cuatro regímenes políticos que distingue, por ejemplo, no serían simples yuxtaposiciones de apriorismo cartesiano y experimentalismo newtoniano; son ya tipos mentalmente contruidos, como los de Weber, por enfatización de determinadas notas significativas (número de gobernantes, pasión motriz) y preterición de las demás; tipos sin correspondencia real pero que, por lo mismo, sirven para captar y mensurar la compleja realidad. Y exámenes semejantes se hacen luego de otros conceptos: pesimismo y optimismo en tensión dialéctica, despotismo, esclavitud, condición de la mujer, frugalidad y lujo, separación de poderes, etc. No tengo, por desgracia, espacio para resumirlos aquí.

Vuelvo sobre la comparación entre los libros de Vallet y de Iglesias para hacer, tomando pie en ellos, algunas reflexiones sobre la situación actual de la historia de las ideas políticas; para ver cómo está ella en cuanto «quaestio» o campo de investigación.

Esta disciplina ha llegado hoy, me parece, a un crítico punto de filigrana y de cansancio. ¿Para qué sirve? Referida a la metafísica, o a la «ciencia pura», esta pregunta no tendría sentido; su lujosa inutilidad es su razón de ser. Pero ocurre que la política es acción, ciencia práctica, y aunque la abordemos en un plano estrictamente histórico nos deja, si no ilumina e incluso galvaniza de alguna manera nuestro presente y nuestro futuro, cierta sensación de manquedad; nos hurta un «bien debido», incurre en lo que Aristóteles llamaba «stéresis» y «privación ontológica» los escolásticos. Ahora bien, encontrar el discreto y oportuno grado de practicidad no es nada fácil. Y sin embargo el libro que comento tiene una practicidad contenida y sobria. Asoma, sobre todo, en las siete páginas de la conclusión, que se titulan «Equilibrio anti-autoritario frente a uniformidad». Los últimos dos párrafos son un elogio, ciertamente merecido, de Montesquieu (¿por qué este escrúpulo de la historiografía del siglo XX ante la alabanza y los «exempla», tan abundantes en la historiografía antigua?); se pondera en ellos la «constante búsqueda de limitación y control del poder» y la «defensa de la multiplicidad» característica de nuestro «Président à mortier»; se subraya «su rechazo apasionado y al tiempo distanciado del despotismo, su escepticismo lúcido». Todo ello después de haber explicado en los párrafos previos cómo Montesquieu estima la libertad humana, cómo rechaza la uniformidad forzada, cómo su idea del «espíritu general» capta la complejidad flexible y viva de las cosas políticas.

Vallet, por su parte, alcanza una practicidad más acusada. Todo historiador tiene un panal filosófico (expreso u oculto, consciente o inconsciente) en cuyas celdas va depositando, y por tanto organizando, los datos que liba. El panal de Vallet es, sin duda, la filosofía jurídica y política de Santo Tomás. Y en ese panal deposita y organiza sus interpretaciones de Montesquieu. Resulta éste, pues, ahormado por Tomás. ¿Forzadamente? Aquí conviene precisar que Vallet no solicita los textos. Rellena, y está en su derecho, las «ideas intermedias» que se salta Montesquieu. En unos casos la congruencia entre Montesquieu y Santo Tomás es obvia. En otros casos la congruencia es aventurada. Quiero decir, supone una interpretación plausible, pero no obvia.

¿Cuál de los dos tipos de practicidad es preferible? ¿El propio de María del Carmen Iglesias o el propio de Vallet? Pienso que ambos son lícitos. Lo importante es que «historia» y «practicidad» se fusionen y complementen. El miedo a hacer historia tendenciosa no debe inducirnos a hacer historia asépticamente «exenta de valor».

RESUMEN

En 1985 y en 1988, la Académie Montesquieu, de Burdeos, concedió su anual «Premio Montesquieu», destinado a premiar al mejor libro sobre el célebre escritor político, a dos autores españoles: la historiadora de las ideas políticas María del Carmen Iglesias

y el jurista Juan Vallet de Goytisolo. El profesor Fernández-Carvajal, reciente todavía el tricentenario del nacimiento de Montesquieu, comenta estas dos obras de orientación muy diferente, aunque la identidad de tema haga posible y fructífera su comparación.

Juan Vallet de Goytisolo

Montesquieu: leyes, gobiernos y poderes

Civitas, Madrid, 1986. 449 páginas. 2.350 pesetas.

María del Carmen Iglesias

El pensamiento de Montesquieu: política y ciencia natural

Alianza Editorial, Madrid, 1984. 409 páginas. 1.800 pesetas.

La obra polifónica de Robledo

Por Miguel Querol

Miguel Querol (Ulldecona, Tarragona, 1912) es doctor en Filosofía, ex director del Instituto Español de Musicología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y miembro del Presidium de la Sociedad Internacional de Musicología. Ha publicado unos 25 libros y escrito más de 200 obras. Es Premio Nacional de Música.

Hay quien hace «mucho ruido y pocas nueces» y otros que hacen poco ruido y dan muchas nueces. A este segundo grupo pertenece el doctor Pedro Calahorra, cuyos dos últimos libros son objeto de esta recensión. Estas publicaciones son *Melchor Robledo* (†1586). *Opera Polyphonica*, volumen I (1986) y II (1988). Melchor Robledo nació probablemente en la provincia de Segovia hacia 1510. En 1531 es recibido como maestro de capilla en la iglesia del Pilar. En 1549 y 1566 es maestro de capilla de la catedral de Tarragona. Probablemente entre estas dos fechas estuvo en Roma, donde sus obras eran conocidas. De nuevo en Zaragoza en 1569 como maestro de capilla de la Seo. Por la fama que tenía en Italia, el Papa, por medio de su nuncio en España, pide a Robledo que le envíe tres o cuatro cantores de España para la Capilla Sixtina. En 1576 recibe las cuatro órdenes menores y además el diaconado, pero parece que no fue ordenado sacerdote. Murió el 22 de noviembre de 1586 y a su entierro asistió el Cabildo en pleno, hecho excepcional.

A pesar de la fama de Robledo en siglos pasados, en nuestro tiempo solamente supieron algo de su obra H. Esclava, quien en el tomo I de su *Lira Sacro-Hispana* (1869) publicó el motete *In passione Domini, Invitatorium Defunctorum*, el salmo *Confitebor* y el himno *Ave Maris Stella*. Elústiza y Castrillo, en su *Antología Musical...* (1933), publicaron el motete *Hoc est Corpus*, editado a su vez por S. Rubio en su *Antología Polifónica Sacra* (1954). M. Querol hacia 1967 transcribió un *Magnificat* grabado en disco en la serie «Hispaniae Musica» del Archiv Produktion y los salmos *Memento Domine David* y *Beatus vir*, que fueron interpretados por el coro de la TVE. Veamos ahora lo que conocemos gracias a los dos últimos libros de P. Calahorra.

Tema melódico «obstinado»

El volumen I de las obras de Robledo contiene cuatro misas, dos pasiones y siete motetes. *Las misas*: Es una pena que solamente se conserven o se conozcan cuatro. De ellas, la I y III parecen las más interesantes. La misa I está construida «sobre las notas musicales do-la-sol-do-re-mi» a cinco voces. Con dichas notas Robledo construye un tema melódico «obstinado» que se canta a lo largo de toda la misa.

El Cantus Firmus constituido por esta sucesión de notas es móvil, por cuanto pasa de una voz a otra, pero en el Gloria y Credo solamente lo canta el Tiple 1.º, el cual, conservando la sucesión interválica del tema, alarga, abrevia, repite y multiplica las notas de dicho tema con nuevos ritmos de acuerdo con las necesidades del texto. Ya Morales había manifestado gran afición a este procedimiento heredado de la escuela flamenca, poniendo

de una «vox obstinata» en varios de sus motetes. Pero creo que esta misa de Robledo debe colocarse más bien en el campo de la llamada «Missa Parodia» (de la que también Morales nos dejó admirables ejemplos), sólo que Robledo, en lugar de utilizar como tema obstinado una canción popular o un motete, ha escogido la sucesión de las seis citadas notas musicales. De la misa III, a la que Calahorra ha puesto el título «De Beata Virgine», este musicólogo hace resaltar la variada temática gregoriana de su composición, donde según él «en el Agnus Dei Robledo se ha dejado llevar del ambiente gregoriano y en la misma voz recorre las melodías gregorianas de tres *Agnus* distintos, los de las misas XVII, XIV y XVI del actual Kyrieale gregoriano». Confieso que el tema del *Agnus* de la misa XVII se ve en seguida, pero no he sabido encontrar ningún vestigio de los *Agnus* de las misas XIV y XVI por más que lo he mirado. En cuanto a los Motetes, nos han llegado pocos para poder emitir un juicio seguro de su valor, que sin duda sería grande. S. Rubio hizo un encendido elogio del motete *Hoc est Corpus*, diciendo que si fuera anónimo lo atribuiría a Victoria. Yo, por mi parte, prefiero el motete *Et incarnatus est*, donde Robledo, sobre la melodía del *Incaratus* del Credo IV gregoriano, ha construido un auténtico madrigal religioso, transformando el tema original, escrito en el modo primero gregoriano, en un categórico y decisivo tono de re menor moderno.

Obra magistral

El volumen II contiene una *Salve Regina* a seis voces, cinco *Magnificat*, cuatro himnos, 15 salmos, dos *Benedicamus Domino* y dos fragmentos de madrigales. La *Salve* es una obra magistral, muy solemne y rica en imitaciones, alternando sus distintos versos con el canto gregoriano, que es parafraseado por las distintas voces. De los himnos sobresale el *Ave Maris Stella*, del que se cantan polifónicamente tres estrofas, a cuatro voces, siempre con música diferente, alternando con el canto gregoriano, finalizando con *Sit Laus Deo Patri* a cinco voces. Vale la pena observar cómo los compositores españoles, cuando ponen música al *Ave Maris Stella*, tanto si son polifonistas como organistas, añaden a la melodía tradicional gregoriana dos notas de paso que le dan un carácter especial y típicamente español. Compárense las composiciones polifónicas sobre este himno con las variaciones para órgano de Cabezón y se verá con claridad la diferencia de la melodía hispana y la tradicional del canto gregoriano.

El canto del Passio: Las Pasiones de Robledo eran gustadas y admiradas por la multitud de zaragozanos que llenaban la Seo para poder escucharlas; hasta tal extremo gustaban que, doce años después de su muerte, habiendo un arzobispo intentado hacer cantar otra *Passión* en lugar de la de Robledo, no fue obedecido por la capilla de música y se cantó la de éste, con el resultado de que el arzobispo después reconoció que los cantores hicieron muy bien en no poner otra *Passión* que la de Robledo, porque ésta, dijo, atrae fuertemente a los fieles. A las intervenciones musicales polifónicas en la *Passión* se las llamaba «pasos». Escritos obviamente en un estilo homófono, Robledo utiliza la melodía grego-

riana de la recitación litúrgica del *Passio* y la pone en la voz del contralto. La *Passión* del Domingo de Ramos tiene la particularidad de que se cantan polifónicamente no sólo las palabras que conciernen a la turba propiamente dicha, sino también muchas palabras de Pilatos, de la criada que pregunta a Pedro si es galileo y la respuesta de Pedro. En la *Passión* del Viernes Santo, además de los citados personajes, pone música a palabras de Judas, del príncipe de los sacerdotes y de la esposa de Pilatos, terminando el *Passio* con las dos últimas palabras del cronista: «Contra sepulchrum», que llenan 18 compases y se repiten nueve veces con interés creciente, proporcionando así un final redondo al drama sacro. Además de lo dicho, la *Passión* del Viernes tiene un especial interés en el aspecto compositivo, puesto que he podido observar que con la música del paso número 2, se cantan también los pasos 5, 6, 12 y 16, y con la música del 3 se canta el 7 y parte del 9 y 10 y de algunos otros, es decir, que construye diferentes bloques sonoros que aparecen de trecho en trecho con diferentes textos, sistema que utilizó también Victoria en algunas de sus misas.

Los más célebres

Los Magnificat: Se han conservado cinco *Magnificat*, tres con música en los versos impares y dos que cantan los versos pares, lo que hace suponer, sin miedo a equivocación, que Robledo, igual que Morales, escribió dos colecciones de *Magnificat*, una cantando los versos impares y otra los pares, alternando siempre con el canto gregoriano. Los *Magnificat* de Morales fueron los más célebres y conocidos en toda la Europa del siglo XVI.

Dos razones lo explican: el genio personalísimo de Morales, unido a su portentosa técnica, y la impresionante lista de ediciones impresas de estos *Magnificat* realizadas en su tiempo (¡con lo que cuesta aún hoy día el editar un libro de música!). He analizado los *Magnificat* de Robledo y comparados con los de Morales presentan una parecida técnica; es a saber, en el primer hemistiquio del verso utilizan solamente las primeras notas de la entonación salmódica, continuando con contrapuntos libres; pero en la segunda parte del verso, en una voz u otra aparece siempre con toda claridad y completo el *Cantus Firmus* gregoriano con su correspondiente cadencia, y con frecuencia este *Cantus Firmus* es repetido dos veces envuelto en diferentes contrapuntos. Es evidente que Robledo conoció bien los *Magnificat* de Morales y los tomó como modelos. Robledo manifiesta en ellos un talento sobresaliente; Morales, un genio irrepetible.

Los Salmos: Pero la obra que más fama dio a Robledo y que se cantó en todas las catedrales españolas durante tres siglos fue el conjunto de *Salmos* al que se alude cuando se habla de «la salmodia de Robledo». En la edición de P. Calahorra consta de una colección de 15 salmos, de los que cuatro pertenecen al canto de Vísperas del domingo, tres a las Vísperas del lunes, dos a las del martes, una a las del jueves, una a las del sábado, tres al canto semanal de la hora de Nona y una al de Tercia. La consideración de esta distribución de los cantos conservados hace suponer que Robledo pondría música a todos los salmos del oficio de Vísperas de todos los días de la semana y además los salmos para las horas de Tercia y Nona.

Dios sabe cuántas obras con el tiempo podrán atribuirse a Robledo. De momento creo que se le podrían atribuir el *Domine ad adiuvandum*, *Gloria Sicut era*, *Alleluia* y sobre todo el *Miserere*, obras publicadas por Pedrell en el volumen VI de *Hispaniae Schola Musica Sacra*, páginas 23-55. Bajo el epígrafe «Aliqui psalmi modulati, ut agunt, ad falsum bordonem», de autor incierto, Pedrell publica,

además de las obras citadas, ocho salmos que se encuentran entre los 15 publicados por Calahorra, pero escritos una cuarta baja en la edición de Pedrell. Este, en la introducción del citado volumen, cree convencido que estos ocho salmos deben atribuirse al valenciano Juan Ginés Pérez, pero desde ahora podemos afirmar rotundamente que son de Robledo.

Pensando en las razones por las que los *Salmos* de Robledo fueron tan famosos y obtuvieron tan extensa difusión, encuentro dos: el estar escritos en el estilo de «fabordones individualizados» y el poner música a cada tres versos, a diferencia de los demás compositores, que alternan siempre un verso polifónico con otro cantado en gregoriano. La expresión «fabordones individualizados» es personal mía y la explico a continuación: Los fabordones simples ofrecen un molde musical construido sobre el primer verso de un salmo y a este molde o fórmula han de adaptar los cantores el texto de todos los demás versos, de manera que el compositor solamente escribe la música de un solo verso (el citado libro de Pedrell trae fabordones simples en los ocho modos escritos por Ceballos; otros no publicados se encuentran en el Cancionero Musical de la casa de Medinaceli). Pero en el fabordón individualizado cada verso tiene su propia música y con ella no se pueden cantar los otros versos. Además admiten un cierto grado de expresividad personal. En este estilo de fabordón escribieron, entre otros, Morales sus descarnadas y espeluznantes *Lectioes de Difuntos* y Mateo Flecha su *Miserere*, por no citar más que dos ejemplos en verdad impresionantes. La otra razón de la difusión de la salmodia de Robledo, como he dicho, se funda en el hecho de que pone la música a cada tercer verso. Como sea que cada triada de versos contiene un verso en fabordón, otro de órgano según Pedrell o de chirimías según Calahorra, el coro de los canónigos y chantres canta un verso en gregoriano y descansa y se relaja en dos, detalle nada despreciable, como saben todos los que han cantado salmos. Por otra parte, un fabordón simple en salmos tan largos como *In exitu Israel de Aegypto* forzosamente tenía que crear monotonía, lo que no sucede con los dos salmos *In exitu* escritos por Robledo.

Madrigales perdidos

Pedro Calahorra termina el volumen II de las obras de Robledo con dos madrigales de los que desgraciadamente sólo se ha conservado una voz: del madrigal *Rosales, mirtos, plátanos y flores* la voz del contralto, y de *Recuerde el alma dormida* la del tenor. Con el texto del primer madrigal se encuentra en el Cancionero Musical de la casa de Medinaceli, número 49 de la edición moderna de M. Querol. Con la letra del segundo se han conservado cuatro obras completas y otras tantas incompletas que comparadas con la de Robledo sólo tienen en común el texto.

Finalmente creo que vale la pena indicar que con motivo del cuarto centenario de la muerte de Robledo se editó un disco interpretado por el grupo The Scholars, de Londres, que contiene siete obras de este gran compositor. □

En el próximo número

Artículos de Domingo García-Sabell, Manuel Seco, Francisco Tomás y Valiente, Elías Díaz, Ole-gario G. de Cardedal y José María Valverde.

RESUMEN

Dentro de la Escuela Polifónica Aragonesa, a la que ha dedicado especial atención el autor de la obra objeto de comentario por

Miguel Querol, destaca la figura de Melchor Robledo, a cuya obra polifónica se dedica el artículo.

Pedro Calahorra

Melchor Robledo. *Opera Polyphonica*

Ed. Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1986-88. Dos volúmenes. 245 páginas. 2.000 pesetas.

Nora, la mujer de Joyce

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega y delegado del Gobierno en Galicia. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Tuvo fama de tosca. De ignorante. De ajena a la literatura. Era camarera de un hotel dublinés. Tenía veinte años cuando se fugó con Joyce, un mozo sin oficio ni beneficio. Allí se fueron los dos, hacia Inglaterra, con vagos planes de vida. Ella, educada en una institución religiosa. El, futuro creador del *Ulysses*, por aquel entonces un mozo soñador, idealista, reservado, siempre en las nubes y, por supuesto, sin un céntimo.

Durante toda la vida, Norah Barnacle permaneció al margen de los trances creadores del marido —se casaron después de treinta y tantos años de vida en común, y ya con dos hijos— e incluso, en su desdén por todo lo literario, presumía de que jamás había leído el *Ulysses*, la obra cumbre del gran escritor. Más aún: cuando Joyce muestra gozoso su ejemplar de la primera edición a la esposa, Nora coge el volumen, lo sopesa y le dice a Arthur Power, escritor, crítico de arte y amigo de la pareja: «¿Cuánto me daría usted "por esto"»? («How much will you give me for this?»).

Así pues, la indiferencia de Nora hacia la obra del esposo era, al menos en apariencia, total. Hasta aquí, la imagen tópica que fue extendiéndose, a lo largo de los años, por todas partes. Pero ¿era en verdad así Nora Barnacle? ¿Cómo pudo aguantar durante tantos años la convivencia con un hombre desigual, atormentado, dado a la bebida, despilfarrador, imprevisible, inquieto, en constantes apuros económicos, desorganizado? A mí, personalmente, siempre me resultó increíble ese papel de hembra anodina y adocenada que a Nora se le venía atribuyendo. Pero, en fin, así son las leyendas: tenaces, distorsionadoras, enemigas de la realidad, a la que sin duda empobrecen y diluyen. En una palabra: fáciles.

Mas todo esto, todo este archisabido cliché, se ha agrietado; quiero decir que se complicó, sin perder su innegable núcleo de veracidad, con la aparición de un libro espléndido: *Nora*, de la escritora y periodista Brenda Maddox. He aquí un denso volumen —casi 600 páginas— que con rigor, con minucia y con un muy acendrado sentido de la respon-



Joyce paseando.

Foto: Gisele Freund

sabilidad intelectual va siguiendo día a día la aventura de la mujer del novelista sin concesiones a la superficialidad, ateniéndose estrictamente a una riquísima documentación de primera mano. Con esta obra, la importancia de Nora se ve acrecida. ¿Por qué? Pues, sencillamente, por dos razones fundamentales. Una, la rica personalidad de la biografiada, que sin dejar de ser claramente simple es, al tiempo, de una firmeza y nitidez admirables. Otra, porque a través de las páginas biográficas se ve, con máxima claridad, la constante y radical dependencia del escritor con respecto a su mujer. Y esto por algo será.

Entonces, uno no puede por menos de admitir que Nora Barnacle, la persona Nora Barnacle, la antigua camarera de hotel, por fuerza debía poseer algunos quilates absolutamente innegables de densa humanidad. Ahora bien, ¿cuáles eran y en qué consistían?

Estamos en 1904, poco antes de que la pareja tome el ferry que ha de conducirles lejos

de Irlanda. Una emigración que va a prolongarse durante treinta y siete años, desde Galway hasta Trieste, Zurich, París, para acabar de nuevo en la ciudad suiza en la que fallece el novelista.

Pero nos encontramos en Galway, en Irlanda. El 29 de agosto de ese año de 1904, Joyce escribe a su novia. Está desorientado y no acierta a dar un rumbo fijo a su existencia: «Tres veces comencé los estudios de Medicina, una vez los de Derecho y otra los de Música. Una semana atrás me aprestaba para ser actor trashumante». Y unas líneas antes: «Yo no puedo ingresar en el orden social si no es como vagabundo». Poco después de estas manifestaciones, ambos abandonan Irlanda.

¿Es posible que Nora desconociese los antecedentes paternos de su pareja? Recordemos lo que el propio Joyce escribió, más adelante, sobre su padre en *El artista adolescente*: «Estudiante de Medicina, remero, tenor, actor aficionado, político vociferante, pequeño terrateniente, pequeño rentista, bebedor, buena persona, especialista en chistes y anécdotas, secretario de no sé quién, no sé qué cosa en una destilería, cobrador de impuestos, en quiebra y al presente ensalzador de su propio pasado».

Como puede advertirse, alguna de las connotaciones paternas pasaron directamente al hijo —estudiante de Medicina, tenor, bebedor, buena persona, empleado en diversas ocupaciones—. La herencia es notoria. Pienso, pues, que Nora no podía ignorar estas fa-

talidades del carácter de su marido. Pero al aceptarlas y al ser capaz de asumirlas durante toda su vida, demostraba, sin duda, la resistencia para aguantar, para tolerar y para pasar por alto, una y otra vez, todo lo que esa constelación de factores negativos conllevaba.

Así comienza a dibujarse para nosotros la figura femenina que, de principio, se nos aparecía un tanto desdibujada, lejana, pasiva y sin mayor interés. Y no se olvide que, en sentido profundo, Joyce también fue un ensalzador del propio pasado —«a praiser of his own past»—, al que permaneció fiel a pesar de su enérgica rebelión y su alejamiento de la tierra natal, e incluso su desdén por todo lo irlandés: «O Ireland my first and only love», se lee en *Gas from a Burner*.

Entre las constantes existenciales del novelista, una de las primeras, si no la primera, consistió en esa ligazón soterrada, violenta y angustiosa con la patria originaria. Yo creo que sólo la superó la obsesión continua y avasalladora por las palabras, por el desciframiento de la íntima textura que las torna enigmáticas, extrañas y, con todo, capaces de revelar los más mínimos rincones de la realidad última. De la realidad esencial. Había en Joyce una especie de hipersensibilidad hacia el mundo sonoro de los vocablos que procedía, a buen seguro, de la deficiencia personal en la visión. Joyce era un fino resonador que recogía y ampliaba sutilmente los máximos tornasolados del lenguaje. La propiedad desconcertante e inquietante que poseen las palabras para aunar contrarios, para crear deformando, para decir lo que ellas mismas no dicen, para elevarnos hasta contemplar el entorno y los semejantes desde una perspectiva superior, desde una perspectiva caballera en la que todo se une finalmente y en la que todo se transforma en inefable suma trascendente. Joyce era un semiciego que palpaba la realidad con el tacto de las palabras.

Un recuerdo de infancia: el padre retira, en el hotel, el tapón del lavabo. El agua, al soltarse por el agujero, hace un cierto ruido: «Suck» (succionar). Mas desde esta palabra se salta a una cierta memoria del colegio. Por si fuera poco, los grifos dan agua fría y agua caliente. Algo lo succiona a él mismo, al joven Jim. También la vida chupa, succiona, aspira. «¿Qué cosa más rara que las cosas hablen!» Las palabras, las palabras corrientes, cargadas de tradición viva, las palabras más vulgares, portan en su entraña una carga explosiva que es menester liberar. Para ello tenemos que bombardearlas, como hacen los físicos con las partículas, retorcerlas, volverlas del revés y poner lo de arriba para abajo y lo de abajo para arriba. En *Stephen hero*, el protagonista —el propio Joyce— regresa al hogar «juntando palabras y frases que no tenían sentido, con una gravedad firme y decidida» («With deliberate unflagging seriousness»).

El patronímico Norah —siempre así pronunciado por la familia— lo cambió Joyce por Nora y, desde entonces, Nora siguió siendo. Como los juegos semánticos que lleva a cabo con el apellido Barnacle —un pájaro marino, un ánsar—. Y en las notas preparatorias para el *Finnegans Wake* aparece «el magnífico

En este número

Artículos de		
<i>Domingo García-Sabell</i>	1-2-3	<i>Elías Díaz</i> 8-9
<i>Manuel Seco</i>	4-5	<i>Olegario G. de Cardedal</i> 10-11
<i>Francisco Tomás y Valiente</i>	6-7	<i>José María Valverde</i> 12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Nora, la mujer de Joyce

nombre del ganso irlandés» («glorious name of Irish goose»). En esta obra surgen una y otra vez —Brenda Maddox los subraya— las ocultas menciones a aves marinas y ánsares. Para la autora, hay en ello un tributo, entre otros muchos, del escritor a su pareja.

Así pues, amor irrefrenable al suelo natal, obsesión maniática por las palabras, desvelamiento de su última consistencia y, finalmente, querencia por el conocimiento de lo carnal. Así, sin duda, conocimiento y no desenfreno pasional, ya que no se trata tanto de la furia erótica en sí misma cuanto del deseo de indagar en todos los recovecos de la sexualidad, de acceder a ellos como espectador puro; en una palabra, de verlos, para lo cual Joyce tenía necesidad perentoria de hacerlos funcionar sin reservas y sin inhibiciones. Era la forma de provocar, a través de ellos, alguna epifanía que pusiera al descubierto uno de los aspectos más comunes del amor, una de las manifestaciones más firmes de la persona profunda en el deslumbrante mundo de lo genésico. Y para alcanzar ese grado de conocimiento, nadie mejor que la compañera, nadie mejor que la cotidiana Nora, a la que el escritor ya permanecería atado para siempre.

Nora era una muchacha muy vital, alegre, decidida, animosa y, finalmente, desocupada. Lo cual ya es mucho decir en aquel pequeño mundo irlandés de acentuado puritanismo e incluso estrecho, mogigato, provincianismo.

Ya de comienzo, Nora se deja acompañar por un hombre joven, William Mulvagh. Nunca se sabrá a ciencia cierta lo que ocurrió entre la moza pareja. Pero que algo aconteció, eso parece estar fuera de toda duda. Andando el tiempo, la precoz relación amorosa de Nora habrá de preocupar grandemente al novelista. Hasta el extremo de que en el monólogo final del *Ulysses*, Molly —transfiguración de Nora— rememora: «Mulveys was the first». ¿El primero en qué?, se preguntará una y otra vez Joyce, buscador de los detalles y exigente maniático de los pormenores, el que escribía a sus familiares pidiéndoles noticia minuciosa de ciertas rúas dublinesas, de determinadas casas, etc. Porque a él, a él mismo, le había sucedido ya, en el primer encuentro en las afueras de Dublín, que Nora, para no perder el tiempo, atacó al mozo, le desabrochó los



PABLO SCHUGURENSKY

pantalones y, actuando con habilidad, consumió la masturbación masculina. Pero, contra todo lo previsible, Jim, el mozo Jim, no aprovechó las rápidas facilidades para proseguir y completar, más adelante, la seducción de la camarera. Por el contrario, y esto asombra a Brenda Maddox, que muy pertinentemente subraya el hecho, Joyce quedó enamorado de la fácil hembra para el resto de su vida. «Nada había preparado al joven Joyce, ni la madre piadosa ni los jesuitas, para la franqueza y la actuación directa de Nora», escribe la biógrafa.

Pero esto, justamente esto, era lo que el escritor necesitaba; a saber, la mostración rectilínea, desnuda y sin remilgos, de todo lo real, sea esto el dinamismo de cierta primaria urgencia fisiológica o las pulsiones de lo sexual puestas sin más requilorios en marcha.

La vitalidad sana de Nora, su aceptación incondicionada de todo lo que la vida puede ofrecer —placentero o desagradable—, era lo que Joyce buscaba: la persona captable en sus rostros ocultos, sin caricaturas y sin alivios morales. La sexualidad limpia de Nora Barnacle constituía el horizonte abierto, sonriente y decidido del mejor erotismo. No olvidemos que Joyce era un ser complicado, poseído por difíciles e inaccesibles anfractuosidades. Nora, por el contrario, era una criatura humana elemental, aceptadora, dotada de la admirable capacidad de decir sí a la vida sin presupuestos previos, sin prejuicios y, cosa notable, sin malicia. Por eso el escritor se valía de ella como si fuese una espléndida e inesperada ristra de palabras que le permitían ponerse en contacto con la realidad. Apoyado en Nora, en su enérgica personalidad, como en un bastón de ciego, caminó Joyce por la existencia. Las palabras con su misterio y la figura de la mujer con su fuerza primaria constituyeron las dos vías reales de la inserción del escritor en el fárrago de lo vital.

De ahí el curioso tinte, el notable estilo que la relación carnal de la pareja nos deja ver una y otra vez. En las cartas de Joyce a su pareja (véase el volumen II de las *Letters of James Joyce*) podemos seguir el ritmo distorsionador que el novelista imprime al erotismo de la mujer, cómo le exige cosas audaces, cómo le recuerda otras no menos duras y ya pasadas, cómo la instruye y prepara para los futuros encuentros. Desde pedirle que le escribiera en el estilo más crudo y desenfadado posible, para así dar ocasión a la práctica masturbatoria del varón —«adiós, amada, a la que yo trato de degradar y depravar»—, hasta el ruego de que le abofetea, o le azote, sencillamente. Y añade: «Not in play, dear, in earnest and on my naked flesh» («No en broma, querida, sino en serio y sobre mi carne desnuda»).

Y aun así, aun al alcanzar tales brazos de profundidad sensual, todavía le quedan arres-

tos al novelista para instar a su pareja a que le escriba cartas, si cabe, «más disparatadas y puercas que las mías a ti» («I hope and hope you too will write me letters even madder and dirtier than mine to you»).

¿Qué significado tiene todo esto? Según yo pienso, uno muy elemental, a saber, el de bombardear las pulsiones sexuales de Nora —como antes bombardeó y seguirá bombardeando las palabras— para extraer de las fatalidades orgánicas de la mujer el último mensaje de la vida, su epifanía definitiva. La epifanía que permita al escritor ver claro en la niebla de la existencia y, de esa manera, palpar, literalmente palpar, la incógnita desazonadora de la existencia. Que quizá, en el fondo, lo único en que se resuelve ese lejano y cruel destino, esa falsa estrella, sea el devolvernos al no ser, a la nada originaria. En este sentido es enormemente aleccionadora la carta que Joyce escribe a su compañera, desde Trieste, el día de Nochebuena de 1909. Con los consabidos deseos de felicidad, añade estas reveladoras palabras: «¡Sé feliz, amor mío! Mi madrecita, llévame al oscuro santuario de tu matriz («take me into the dark sanctuary of your womb»). ¡Defiéndeme de todo daño! Soy demasiado ingenuo e impulsivo para vivir en soledad», etc.

La suelta del sexo

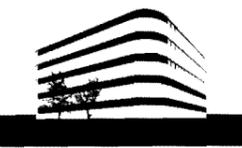
Mas, por su parte, Nora aprendió bien la lección de desatado erotismo que Jim le enseñó. Un erotismo no sólo de palabras, sino de hechos concretos, claros, directos. Pues no todo concluye en textos desvergonzados y onanismo. Nora misma redacta alguna carta, al parecer, supremamente excitante. Con todo, esa ampliación, esa suelta de lo sexual femenino, tiene sus riesgos y debe, por fuerza, ser compensado. No olvidemos que Joyce, en su desatino, llega a extremos de complejidad difíciles de admitir. Ya no se trata de los vocablos obscenos y de los gestos lascivos. Ahora se llega a más. El escritor pide y obtiene que la compañera exonere el vientre sobre él al tiempo que observa atentamente la desagradable operación femenina. La turbación de

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER

Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléf.: 435 42 40. Fax: 276 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Nora, la mujer de Joyce», por Domingo García-Sabell, sobre el libro <i>Nora. A Biography of Nora Joyce</i> , de Brenda Maddox	1-2-3
«Salvá, Bello y Cuervo: un reencuentro», por Manuel Seco, sobre los libros <i>Gramática de la lengua castellana según ahora se habla</i> , de Vicente Salvá, y <i>Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos</i> , de Andrés Bello	4-5
«La Inquisición, leyenda e historia», por Francisco Tomás y Valiente, sobre el libro <i>L'Administration de la foi. L'Inquisition de Tolède</i> , de Jean Pierre Dedieu	6-7
«Socialismo democrático y utopía racional», por Elías Díaz, sobre el libro <i>La utopía racional</i> , de M. A. Quintanilla y R. Vargas Machuca	8-9
«Ética, religión y cristianismo», por Olegario G. de Cardedal, sobre los libros <i>Conferencia sobre Ética</i> , de L. Wittgenstein, y <i>Die sittliche Botschaft des Neuen Testaments</i> , de R. Schnackenburg	10-11
«La Revolución Francesa, vista por los alemanes», por José María Valverde, sobre el libro «O Freyheit! Silberton dem Ohre...» <i>Französische Revolution und deutsche Literatur, 1789-1799</i> , de autores varios	12

Viene de la página anterior



Nora, una vez consumada la repugnante ceremonia, duró tiempo y tiempo. Pero justo esa misma turbación placía al compañero. Masoquismo y sadismo se dan aquí la mano.

Acabo de hablar de riesgos. Para Joyce, uno de los más previsibles era el de que la calentura amorosa de la hembra llegase a alturas que la obligasen a serle infiel. Y también de esto proviene Joyce a su mujer. No sin que del texto joyceano dejemos de percibir, asimismo, una nueva versión del agrado que la escena coprofilica y la desorientación de Nora le produjeron.

Andando el tiempo, Joyce llegará a insinuar a la ya entonces esposa que incurra en adulterio. ¿Para qué? Otra vez con idéntico objetivo. El de experimentar, en vivo, los tormentos y las inconfesadas delicias del marido engañado. Naturalmente, Nora no aceptó. Era demasiado pedir, y su buen sentido y su concepto de la responsabilidad conyugal no le permitían transitar por unos túneles psicológicos simplemente inconcebibles. Nora siempre fue capaz de darle cara a la vida, pero nunca pasó de lo que es socialmente admitido, de lo que socialmente está bien. Ella entendía a la perfección las debilidades del compañero y, hasta cierto punto, las disculpaba. Al poeta «impulsivo pecador, generoso egoísta, celoso descontento de naturaleza bondadosa», como dice en una carta, ella oponía el desafortunado varón al que cumplía rescatar de las garras de las meretrices. Y si escribió las cartas que él pedía, e hizo lo que él pedía, fue justamente para conseguir ese resultado. En una palabra, si Jim le había dicho en más de una ocasión que ella le había hecho hombre, ella, por su parte, y según confió a su propia hermana, pensaba que no le había hecho suficientemente hombre. Así de sencillo.

Vemos, pues, cómo frente a la enrevesada psicología y la increíble conducta del escritor, ella opuso, con la máxima naturalidad y la máxima eficacia, su manera de ser realista, objetiva; en una palabra, estrictamente pragmática. Con ello hizo posible la creación de obras maestras que, ya lo sabemos, no le importaban demasiado.

Por la rotura de los vocablos consiguió Joyce una prosa nueva, genial y radicalmente descubridora, esto es, comunicadora. Por las demasías eróticas a que sometió a Nora, llegó a vislumbrar, o al menos lo intentó, ciertos móviles recónditos, escondidos y difíciles de la conducta humana. Ahora bien: las palabras dislocadas, corroídas y martirizadas enriquecen, por eso mismo, su caudal expresivo. Se trata, pues, de una destrucción que lleva aparejada la construcción. Es el negar para, a seguida, afirmar.

La otra Nora

¿Y en el caso de Nora? Porque la verdad es que para Joyce existieron dos Noras. Una, la hembra casi en celo, aceptadora y colaboradora. Otra, la imagen idealizada del eterno femenino que Nora suscitaba con su normal presencia, con sus habituales gestos, con su andar, con su hacer cotidiano. En suma, con la presencia exenta. Porque Nora se sometió a Jim, pero Jim jamás ganó la última confianza de Nora. Ella y su mundo caían lejos del mundo del escritor. Respeto, sí. Paciencia, también. Pero de ahí no se pasaba. Por eso la Bertha del *Exiles* es, de entrada, el trasunto, la copia al trasluz, de Nora. Y luego, y en última instancia, la imagen especular de Molly Bloom, «una extraña y maravillosa personalidad» según el juicio de Robert Hand. En la Nora real y vulgar luchaban continuamente dos fuerzas opuestas. Ese fue su drama, jamás exteriorizado, jamás lamentado. Todo consistía en poder articular la fidelidad con la libertad, «el amor con la amistad, la confianza con la duda» —subraya Brenda Maddox—. Mas ese drama, que Joyce desencadenó, nunca disminuyó la capacidad y la disposición de Nora para ayudar, para ser útil; en



FUENCISLA DEL AMO

una palabra, para colaborar. Nora fue la Bertha nitidamente, agudamente consciente de sus derechos y de sus deberes y, por otra parte, la Molly tosca, primaria y sensual que tanto alucinaba al marido. Pero ¿qué es lo que predominaba en el alma de Joyce de esas dos imágenes femeninas tan distantes y tan inconciliables?

En la vida de todos los días, sin duda la Nora-Bertha. Para los trances creadores, la Nora-Molly de los delirios pornográficos. Mas como lo esencial de Joyce, lo que determinó y marcó profundamente su vida, fue la escritura, esto es, la caza de la existencia por medio de lo que el lenguaje cela, ese aspecto ceñidamente material resultó decisivo. Y, en verdad, constante. Joyce pensaba que el *Ulysses* era algo así como el *Fausto* irlandés. Y, dentro de él, la figura de Molly representaría «The flesh that always affirms» («la carne que siempre afirma»), parodia de Mefistófeles que en el drama goethiano se define así: «Ich bin der Geist, der stets verneint» («yo soy el espíritu que siempre niega»).

La carne que siempre afirma. He aquí una de las raíces nutricias del alma joyceana. He aquí algo que el escritor nunca negó y jamás superó ni intentó superar. Algo duramente pegado a los hondones, y la sensibilidad, y la inteligencia del novelista.

De la silueta etérea y romántica de la Nora juvenil y apenas entrevista, de aquella muchacha con la que de antemano soñaba, pasó Joyce a la Nora carnal y obediente que dio impulso a su proceso creador. La Nora para la que escribió algunos poemas recogidos en *Chamber Music* y que Joyce, en una emotiva carta del 21 de agosto de 1909, recuerda como inspiradora: «Thou leanest to the shell of night» y «Gentle lady, do not sing». Pero ese apoyarse en la concha de la noche y esa dulce dama eran muy superiores a lo que el propio escritor se imaginaba. Los poemas parecen indicarlo. Con todo, es el mismo Joyce el que en esa carta reconoce que en la amada hay algo más alto que todo «lo que yo puse en los versos». Aquí asoma, fina y sutil, la intuición joyceana. Aquí comienza el descubrimiento de las posibilidades totales de la mujer. Y, con ellas, la seguridad del novelista en sus específicas exigencias carnales. El drama, por ende, puede ya ser llevado a total cumplimiento.

De todas formas, y si hasta aquí he intentado resaltar el costado sensual de la personalidad de James Joyce, no es porque yo crea que ello es el factor máximo y determinante de su obra. Ni mucho menos. Pienso que hay otros estratos espirituales más profundos y más decisivos, susceptibles de dar cuenta, siquiera resulte aproximada, ineluctablemente aproximada, del mecanismo creador del irlandés. Lo que yo busqué fue poner de relieve, por reflejo, la estupenda persona-

lidad de Nora Barnacle, su entrega absoluta a la vida y a la obra del marido. En definitiva, su espléndida riqueza humana.

Así como alrededor de Nora Barnacle se fue tejiendo una densa red de tópicos y malentendidos, de la misma forma recayó y sigue recayendo sobre la personalidad de James Joyce la leyenda del alcoholismo, del irremediable alcoholismo que, si algo faltase para agravarlo, ahí estaba el caso del padre, borracho impenitente y escandaloso.

Mas esto era distinto en el hijo. Joyce gustaba de la bebida. Y, sin duda, en más de una ocasión, en muchas ocasiones, llegó a la embriaguez. Pero no era lo que se dice un alcohólico. Ahora conocemos cómo bebía y lo que bebía el novelista. Por de pronto, en esto era sistemático, y hasta puede afirmarse que, en cierto grado, prudente. Jamás echaba mano de la bebida durante el día. La cosa comenzaba sobre las ocho de la noche y concluía alrededor de las dos de la madrugada, y no siempre. A lo largo de esas horas caían algunas botellas de vino blanco. Nunca, o casi nunca, licores. Su vino favorito era el suizo —al que comparaba con la orina de una archiduquesa—. Y aborrecía el tinto porque, según él, sabía a sangre. La sesión remataba, como es de suponer, en un estado de embriaguez notorio. Era entonces cuando el cuidado y la vigilancia de Nora hacían su aparición: «Jim, ya tienes bastante». Y Joyce, dócil, se dejaba arrastrar al hogar. Y Nora aún tenía fuerzas para suscitarse bromas, para animar a los demás. El matrimonio seguía pues, gracias a Nora, su difícil camino. Sin dinero, cambiando a menudo de domicilio, haciendo frente a la grave perturbación mental de la hija Lucía. Y si al escritor le atormentaba la indiferencia de la esposa para su obra, no olvidemos que ella lo admiraba y amaba, más que por su genio, por el costado vulgar de Jim, por su cotidiana personalidad. Ella no deseaba la genialidad, sino lo ordinario, lo de siempre, como recalca con toda exactitud Brenda Maddox. Pero él correspondía haciéndola participe incluso de algunos maravillosos hallazgos de su estilo. Así, por ejemplo, las cartas de Nora con

largos párrafos sin una coma ni un punto fueron —lo afirma Phillip Herring— el origen del extenso monólogo interior de Molly Bloom en el momento de quedarse dormida.

La sorpresa final

Llegamos al remate. Quedan, sin duda, muchas cosas por explicar. Pero no renuncio a dos datos de sumo interés.

Uno: Nora se queja de que el marido no la deja dormir, entregado furiosamente a la redacción del *Finnegans Wake*. Mientras escribe, ríe estrepitosamente. Y Nora, dando con los nudillos en la puerta, advierte: «Ahora, Jim, deja de escribir o deja de reír.» No estaba segura, ni mucho menos, que su marido fuese un genio. Pero de lo que no dudaba era de su excepcional originalidad: «No hay nadie como él», confesó a la señora Gedion-Welcker.

Otro: Joyce leyó alguna vez a su mujer el episodio de Anna Livia Plurabelle y su mujer gozó abiertamente con tal lectura. El buen sentido y la sensibilidad de Nora admitían sin reservas la belleza formal del famoso pasaje de lo que, por aquel entonces, era todavía «Work in progress».

Joyce era capaz de enquistarse de todo el mundo cuando se entregaba a la creación literaria. Nora, en alguna ocasión se quejó por ese mutismo que, en ocasiones, duraba días enteros. Pero el novelista replicaba que «al cabo de treinta años de matrimonio ya no hay nada de qué hablar». Con todo, he aquí que los dos podían enquistarse en una zumba mutua, con eliminación decidida de los demás, y hacerlo dentro de unos límites absolutamente íntimos e inalcanzables.

Así fue Nora. Alegre, animosa, paciente, irónica. Situada más allá del bien y del mal. Eso constituyó su grandeza, su máximo grado de constante heroísmo. Era el amar de forma continuada, como pedía Nietzsche.

Y por eso hizo posible, a su modo, una obra genial. Y por eso su memoria merece ser preservada. Merece permanecer. □

RESUMEN

Domingo García-Sabell comenta una extensa biografía, aparecida en Inglaterra, sobre Nora Barnacle, una mujer ajena a la literatura, de escasa preparación intelectual y que permaneció toda la vida junto a James Joyce, uno

de los grandes escritores del siglo XX. Aquella antigua camarera de hotel, que se fugó a los veinte años con Joyce, cuando éste tampoco era nadie todavía, adquiere en esta biografía más importancia de la que cabía suponer.

Brenda Maddox

Nora. A biography of Nora Joyce

Hamish Hamilton, Londres, 1988. 589 páginas. 16,95 libras.

Salvá, Bello y Cuervo: un reencuentro

Por Manuel Seco

Manuel Seco (Madrid, 1928) es miembro de la Real Academia Española y director de su Seminario de Lexicografía, donde se redacta y publica el Diccionario histórico de la lengua española. Es autor, entre otras obras, de Gramática esencial del español, Las palabras en el tiempo: los diccionarios históricos y Estudios de lexicografía española.

Al acierto de habernos ofrecido no hace mucho, de la mano de José Polo y de Ignacio Bosque, la deseada segunda edición de la gramática más importante de nuestro siglo, la de Salvador Fernández Ramírez, la editorial Arco/Libros ha unido después la publicación de las dos más importantes del siglo pasado: la de Vicente Salvá y la de Andrés Bello. Si la obra de este último no ha sido nunca de difícil acceso —en este momento, además de la edición nueva, se pueden encontrar sin esfuerzo, por ejemplo, las de Sopena Argentina, con notas de Niceto Alcalá-Zamora, y EDAF, con estudio preliminar de Francisco Abad Nebot—, en cambio la de Salvá llevaba un siglo de olvido por parte de los editores.

La publicación casi simultánea de los dos textos nos evoca hoy, al cabo de siglo y medio, el trato y la amistad personal que en el Londres de 1824-28 enlazaron al laborioso filólogo español y al educador de la América independiente, así como el hilo de unión entre las obras de ambos. La de Salvá, gestada durante los años de Londres, aparece en París en 1831 (1830 reza la portada), y se reedita, constantemente revisada y perfeccionada por su autor, siete veces más hasta el año 1847: el mismo en que se publica, en Caracas, la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, de Andrés Bello, en cuyo prólogo éste se reconoce especialmente deudor de la obra de Salvá, «libro que ninguno de los que aspiran a hablar y escribir correctamente nuestra lengua nativa debe dispensarse de leer y consultar a menudo». Incluso llega a justificar Bello su propia obra tan sólo como un complemento necesario de la del español: «Después de un trabajo tan importante como el de Salvá —dice—, lo único que

me parecía echarse de menos era una teoría que exhibiese el sistema de la lengua en la generación y uso de sus inflexiones y en la estructura de sus oraciones».

¿No podía Salvá haber dicho, antes de morir (1849), que el mayor éxito de su *Gramática* fue Andrés Bello? No fue, sin embargo, el único: la obra disfrutó de excelente acogida en España y en América, y si bien la Academia Española no se dignó ni siquiera contestar a la petición del autor de que emitiese su dictamen sobre ella, el hecho es que, según declara la portada de las últimas ediciones, la Dirección General de Instrucción Pública de Madrid la propuso varias veces para la enseñanza, y se adoptó como libro de texto en los colegios y universidades de España. Las reimpressiones, tras la muerte del escritor, se prolongaron, aunque cada vez más espaciadas, hasta finales del siglo. Incluso se compusieron compendios y adaptaciones escolares de gran difusión.

Pero la casi coincidencia de la desaparición de Salvá y la aparición y auge inmediato de la *Gramática* de Bello determinó sin remedio el declive de la obra del primero. Y así como, antes de Bello, Salvá conquistó América, después de Salvá, Bello conquistó España. En la Península como en el Nuevo Mundo se repitieron las ediciones del ilustre venezolano, quien incluso obtuvo de la Academia honras que el español no alcanzó ni remotamente: en 1851, la Corporación nombró a Bello académico honorario.

Salvá, rescatado

Es justo señalar que en el triunfo de la *Gramática* de Bello se conjugaron la alta calidad de la obra y el valor añadido de las *Notas* que en 1874 le agregó el colombiano Rufino José Cuervo. El producto casi perfecto logrado por la asociación de la honda erudición filológica de Cuervo con la sabia construcción teórica de Bello eclipsó inevitablemente, en el aprecio general, la importante obra de Salvá. Es significativa de este olvido la falta de rigor con que algunas grandes gramáticas de nuestra época, cuando citan esta obra en sus bibliografías, lo hacen por la pri-

mera o alguna de las primeras ediciones, desdénando o ignorando la evolución del pensamiento de un autor concienzudo y autocrítico a lo largo de diecisiete años. ¿Acaso citáramos a la Academia por sus textos de 1870 o de 1911?

La afirmación de Angel Rosenblat, compartida por muchos en nuestro tiempo, de que la *Gramática* de Salvá está «irremediablemente envejecida» sólo se explica si se enuncia, como se enunció, en comparación apasionada con la de Bello. Pero no es justa ni exacta. El simple conocimiento directo del arrinconado libro basta para demostrarlo. Ya en los últimos decenios diversos estudiosos han abierto brechas en la barrera de olvido que ocultaba la obra de Salvá, como A. Alonso, J. M. Roca Franquesa, M. Mourelle-Lema, J. M. Blecua, F. J. Pérez Fernández y M. L. Calero Vaquera. Emilio Lorenzo ha puesto de relieve la enorme vigencia de algunas ideas del gramático. Y ahora, la nueva edición preparada por Margarita Lliteras pone ese necesario conocimiento al alcance de todos. «Se trata —dice la editora— de una obra casi insustituible cuando se buscan descripciones pormenorizadas y claras de muchos usos idiomáticos, frecuentemente desatendidos en los manuales modernos... Aún hoy siguen sorprendiendo sus numerosas y finas observaciones sobre lo regular y lo irregular de la morfología española, sobre las concordancias aceptables y rechazables o sobre las construcciones preposicionales de los verbos».

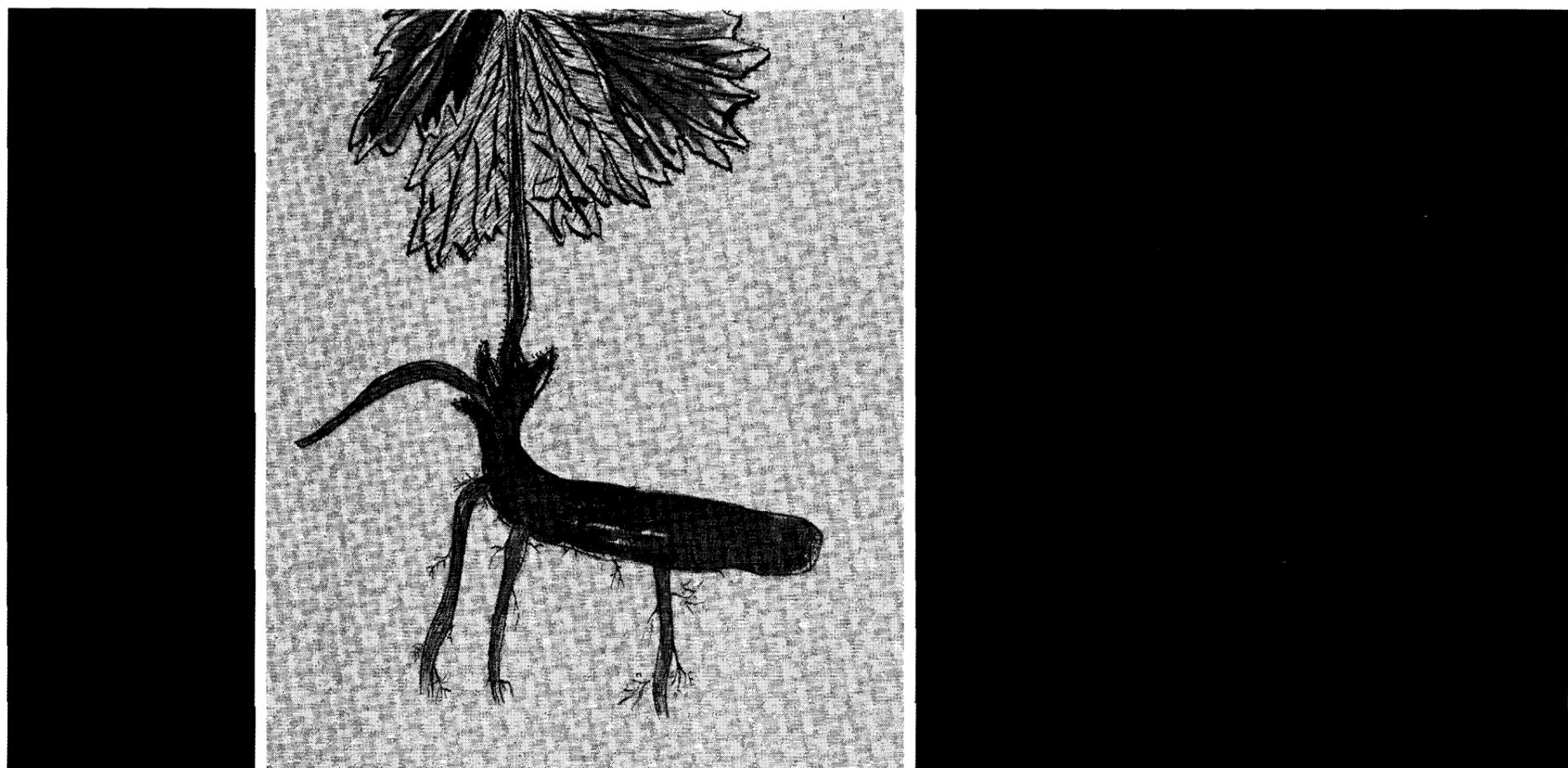
Un apunte biográfico de Salvá —basado principalmente en el libro de Carola Reig (1973), pero enriquecido con interesantes materiales hasta ahora inéditos— y un repaso de su bibliografía, particularmente la referente a la *Gramática* y su difusión, abren el estudio introductorio de Margarita Lliteras a su edición. Merece subrayarse, en la formación de Salvá, el hecho de que se iniciase en el colegio de las Escuelas Pías de Valencia, donde, a pesar del lugar privilegiado que el latín y el griego ocupaban tradicionalmente en la enseñanza, se aplicaba el revolucionario principio de dar a conocer la gramática castellana antes que las lenguas clásicas, tal como había sido propuesto años antes (1769) por el también escolapio Benito de San Pedro. Después, el

exilio fue sin duda el factor más decisivo en su idea de componer una gramática del español. «No extrañarán [mis lectores] —dice Salvá— que... se me excitase, durante mi prolongada permanencia (desde 1824 a 1830) en Inglaterra, el deseo de llenar de algún modo el vacío de una gramática de la actual lengua castellana. El amor a las cosas patrias se aviva además mucho con la distancia, y llega casi a delirio la predilección al propio idioma cuando se ve el hombre rodeado de los que no lo hablan. Obligado a conversar diariamente con los buenos escritores, que se leen entonces con mayor ahínco, estudia con más atención su lengua...»

Gramática descriptiva

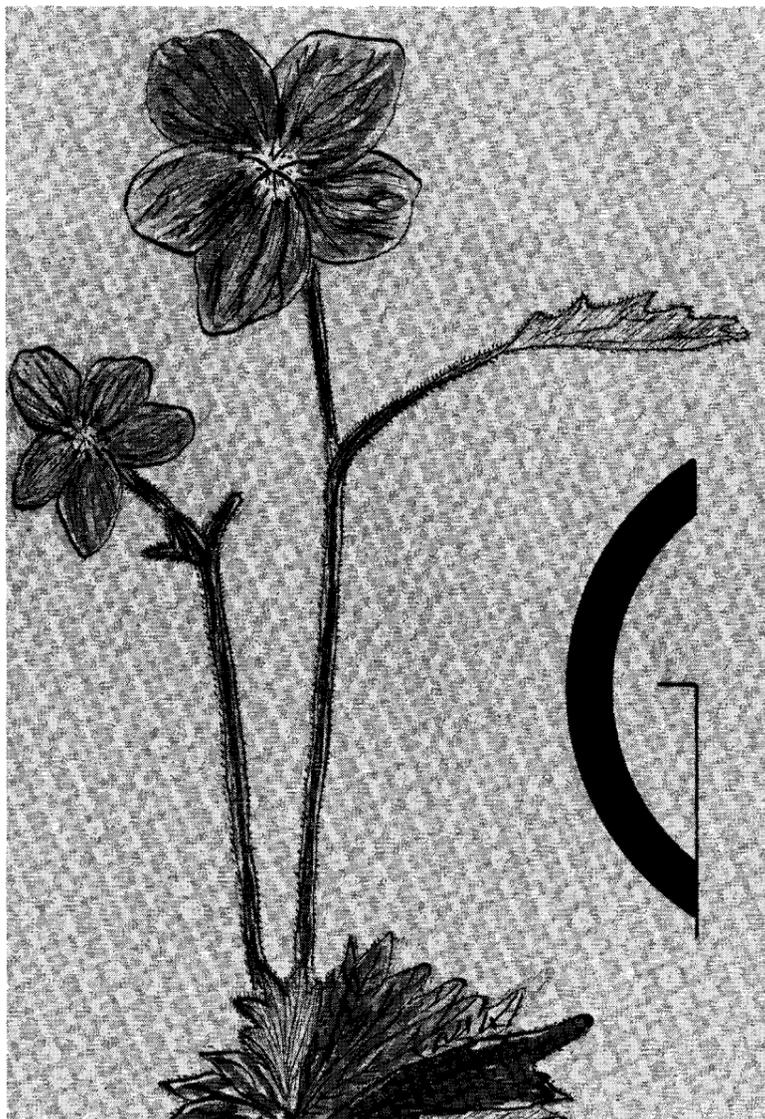
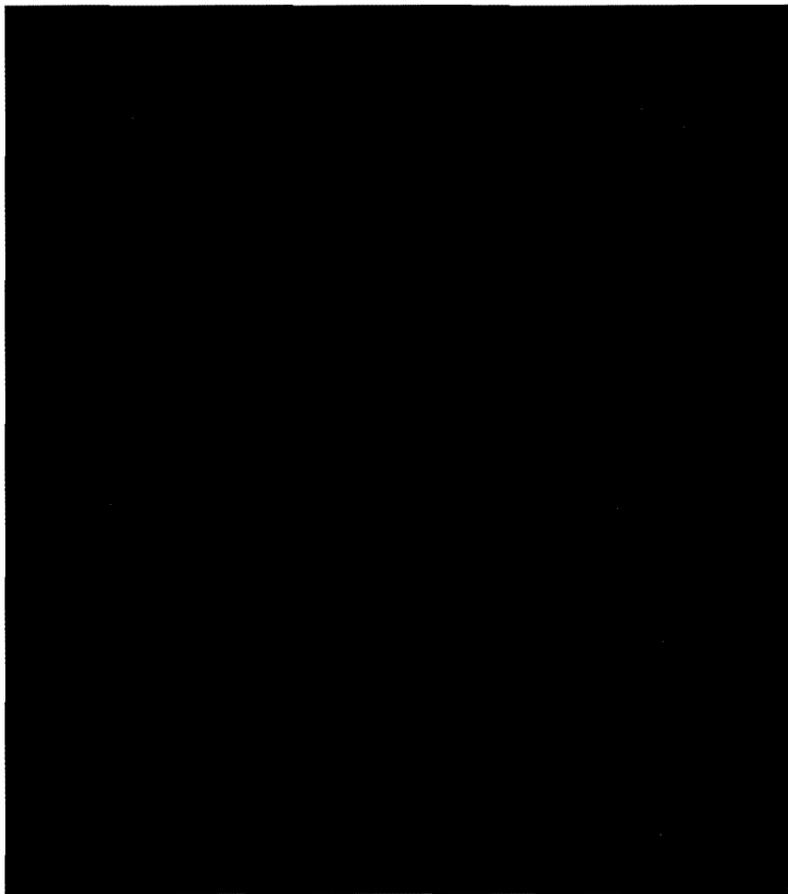
Salvá traza con nitidez los límites entre la gramática general y la particular: «Al tratista —dice— nunca se le pide una belleza ideal, sino que copie escrupulosamente su modelo». Aunque Salvá nunca prescinde del todo de la gramática filosófica, su meta es la gramática descriptiva, basada en el uso culto; con lo que pasa a ser probablemente, según Lliteras, el primer gramático español que lleva a la práctica de modo constante el método inductivo. Pero el uso al que apunta no es el uso sin más, sino el del «estado presente del idioma». Este principio ya está proclamado desde el mismo título de su obra: *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla*. Construye así Salvá conscientemente, «avant la lettre», la primera gramática sincrónica del español. Y de acuerdo con esto establece una definición novedosa: «La gramática de la actual lengua española no es otra cosa que el conjunto ordenado de las reglas de lenguaje que vemos observadas en los escritos o conversación de las personas doctas que hablan el castellano o español».

A lo largo de su bien documentada introducción analiza Margarita Lliteras otros aspectos notables de la obra de Salvá: la división de la gramática, el contenido de cada una de sus partes, el estudio de los sonidos, los criterios de moderado reformismo en materia or-



MIGUEL ANGEL MORENO

Viene de la página anterior



MIGUEL ANGEL MORENO

tográfica, el tratamiento de las distintas clases de palabras. En más de un punto fundamental y no pocas cuestiones de detalle, Salvá se adelanta a los luminosos enfoques de Bello, tan justamente celebrados por todos los comentaristas de éste y nunca por él ocultos. Fue Salvá, de hecho, el punto de partida y probablemente el acicate inmediato del genial edificio de Bello.

En su edición de la *Gramática* de Salvá, Margarita Lliteras no se limita a rescatar para todos —y no sería poco— un texto que ya sólo se encontraba en bibliotecas. Nos presenta, en limpia impresión, la última redacción revisada por el autor (8.ª edición, 1847), acompañada, en notas, de todas las variantes que ofrecen las ediciones anteriores, con lo que pone a nuestra disposición el seguimiento, paso a paso, de la constante y meditada evolución del pensamiento del gramático. Y todavía más: esas variantes van a menudo seguidas del orientador complemento que nos brindan tanto las notas autógrafas del autor, conservadas en un ejemplar de la edición quinta, como los datos pertinentes entresacados de las observaciones de diversos corresponsales, en las cuales está frecuentemente la clave de las modificaciones. Otra serie de notas proporciona noticias que ayudan al lector a situarse en el contexto histórico del punto estudiado (doctrina de gramáticos contemporáneos, etcétera). El resultado total es una edición no ya utilísima, indispensable para todo el que desee acercarse, como lector o como investigador, a una de las gramáticas más relevantes de la historia de nuestra lengua.

Gramática abierta

La modalidad de edición con variantes ya fue puesta en práctica por Ramón Trujillo en la primera suya (adjetivada como «crítica») de la *Gramática* de Andrés Bello (Santa Cruz de Tenerife, 1981). En ella se reproducía el texto de la última edición revisada por el autor (5.ª, de 1860) y se daban en notas al pie todas las variantes de las anteriores, así como las anotaciones manuscritas del autor en un ejemplar de la segunda conservado en la Biblioteca Nacional de Chile. De esta manera, por un lado, restablecía la redacción auténtica

de la *Gramática* de acuerdo con la última versión aparecida bajo la mirada de su autor, depurando el texto de errores de transmisión que se venían heredando en todas las ediciones de nuestro siglo a partir de las de Cuervo. Por otro, se desplegaban por primera vez ante el lector los distintos escalones que en cada uno de los puntos de su doctrina fue recorriendo, a lo largo de trece fecundos años, la meditación gramatical de Bello. Estas variantes «constituyen —dice Trujillo— un cuerpo importante de estudios que incluso en un examen superficial de la cuestión permite rastrear corrientes de pensamiento, dudas, conflictos doctrinales, etc.», incitadores de reflexiones nuevas iluminadas por puntos de vista diferentes.

La nueva edición que ahora presenta Ramón Trujillo ofrece el texto ya establecido en la anterior, con el mismo cuerpo de variantes a pie de página. También el estudio introductorio, en general, coincide en su contenido con el prólogo de la otra edición. Pero hay una novedad importante que duplica el interés de la actual: se incluyen las *Notas* de Rufino José Cuervo, sin las cuales todos los lectores de este siglo sentiríamos como mutilada la obra de Bello.

Trujillo expone demoradamente, en la extensa introducción, las características del pensamiento gramatical de Bello. Se trata de un análisis profundo que merece una lectura reposada. Las fuentes de la obra están perfectamente identificadas, y de ellas trató a fondo Amado Alonso en su memorable prólogo de la edición de Caracas de 1951. Lo más admirable es que con esos materiales conocidos se haya construido una síntesis cuya originalidad y modernidad proclamó antes que nadie el propio Amado Alonso.

La distinción entre teoría del lenguaje y teoría de la lengua, ya vista con limpieza por Salvá, se desarrolla y pone en práctica definitivamente en la obra de Bello. Pero en la caracterización trazada por Ramón Trujillo quiero llamar la atención sobre la idea central de que en Bello lo exacto no es hablar de una doctrina, sino de unas líneas doctrinales. Su teoría, dice Trujillo, «puede parecer "científica" a los que conciben la obra de ciencia como un conjunto de axiomas que se derivan unos de otros sin posible contradic-

ción en el plano de la teoría; olvidan que esa "exactitud" y "cientificidad" sólo pertenecen a "su teoría" y no a la "teoría" que cada lengua tiene... La realidad gramatical de una lengua no se puede ajustar a un solo eje descriptivo; nada en el seno de un idioma responde a una sola posibilidad clasificatoria. El ser mismo de las lenguas radica en la esencial multiplicidad de procedimientos y de técnicas internas, no reducibles a un solo principio ordenador».

De lector a anotador

Precisamente ese «carácter abierto y no dogmático de la *Gramática*, expresado repetidamente en los constantes cambios de criterio que hallamos en ella», invita al lector a aportar sus propias observaciones al texto. Varios las expusieron públicamente —incluso, alguno, en vida del mismo autor—. Entre ellas, emergen por su excelencia las anotaciones del mayor filólogo del siglo al mayor gramático del siglo.

Rufino José Cuervo, no menos que Salvá y que Bello, revisó y corrigió incansablemente sus *Notas* desde su primera aparición, en 1874, hasta la edición póstuma

de 1911. Y también las diferentes versiones sucesivas de este texto han merecido el honor de una edición «ad hoc»: Ignacio Ahumada publicó en Bogotá (Instituto Caro y Cuervo), en 1981, las *Notas* con todas sus variantes, acompañadas de un valioso estudio previo.

En su edición, Ramón Trujillo, al reproducir la forma última de las *Notas* de Cuervo, no incluye las variantes ni alude a ellas. Pero dedica a las *Notas* la última parte de su introducción, destacando el sentido de esas anotaciones, que no pretenden corregir al maestro, sino continuar en lo posible su espíritu: «No es —dice— un comentador dogmático, sino un comentador que quiere entender y, si es posible, ir más allá». Y a esta luz estudia en pormenor el tratamiento que dio Cuervo a las cuestiones más polémicas suscitadas por Bello.

Dos libros, casi de un golpe, nos brindan feliz ocasión, a todos los estudiosos y amantes de la lengua española, para el reencuentro —siempre estimulante, jamás tiempo perdido— con los tres hombres que con más lucidez, hondura y saber se acercaron a ella en el siglo pasado. Bienvenidos sean quienes tan eficazmente nos incitan a visitar una vez más a los viejos maestros vivos. □

RESUMEN

El filólogo Manuel Seco saluda en su comentario la reedición de dos de las gramáticas del castellano más importantes del siglo pasado, la de Andrés Bello, texto más conocido y accesible, y la de Vicente Salvá, mucho menos

difundida. Seco aprovecha esta circunstancia para recordar la estrecha relación doctrinal entre las dos obras, continuadas con las *Notas* del colombiano Rufino Cuervo a la *Gramática* de Bello.

Vicente Salvá

Gramática de la lengua castellana según ahora se habla

Ed. de Margarita Lliteras, Arco/Libros, Madrid, 1988. 2 volúmenes. 934 páginas. 4.929 pesetas.

Andrés Bello

Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos (con las Notas de Rufino José Cuervo)

Ed. de Ramón Trujillo, Arco/Libros, Madrid, 1988. 2 volúmenes. 1024 páginas. 5.300 pesetas.

La Inquisición, leyenda e historia

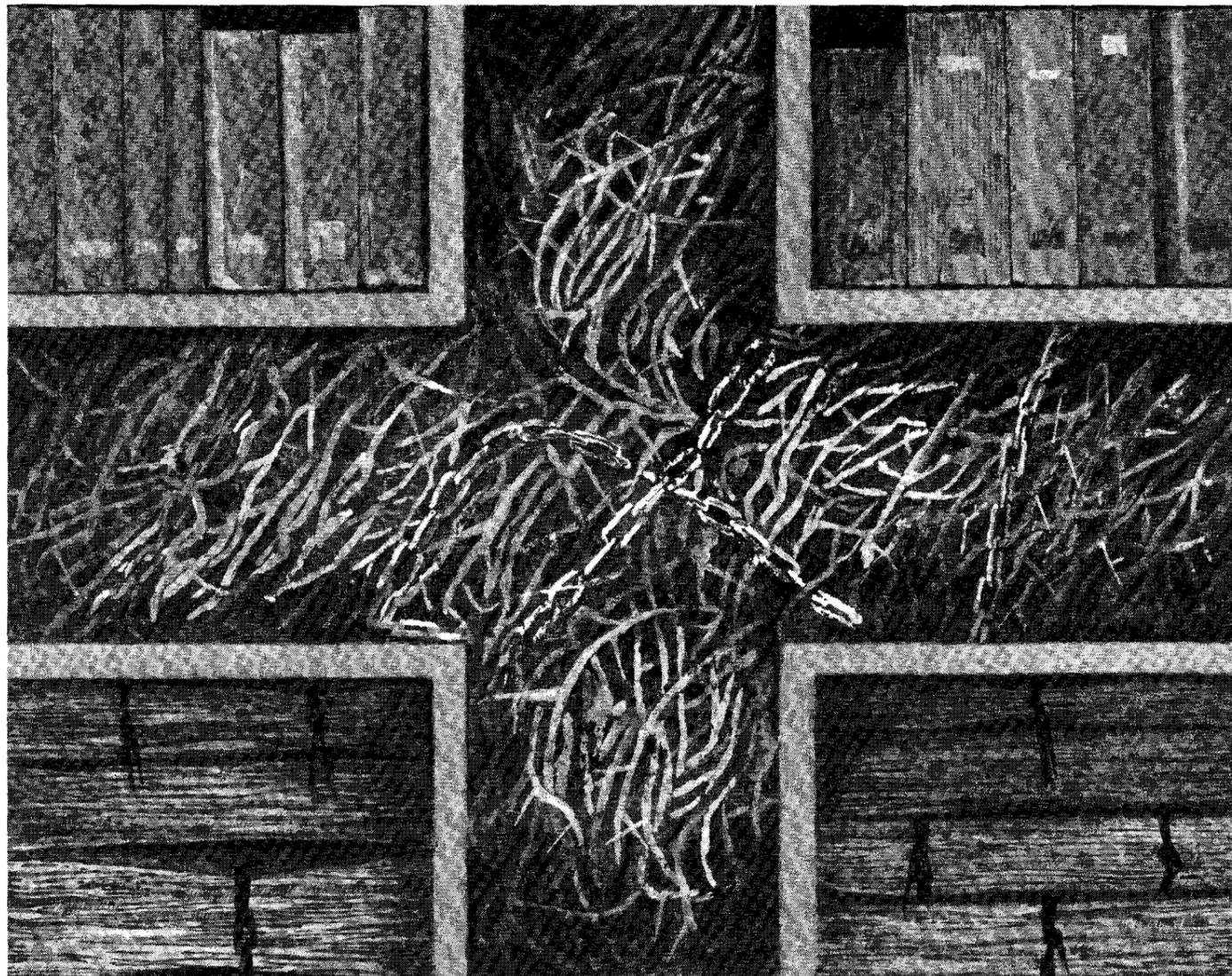
Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional, desde marzo de 1986 es presidente de dicho Tribunal. Entre sus obras pueden citarse El marco político de la Desarmotización en España, Manual de historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen.

Por fortuna, hace ya muchos años que la Inquisición española ha dejado de ser arma arrojada entre ideólogos de segunda mano o entre pseudohistoriadores dedicados a elaborar y difundir leyendas de diversos o ningún color. Emil van der Vekene, el autor de la monumental bibliografía sobre la historia de la Inquisición, ha escrito en fecha muy reciente que hace sólo dos decenios, o poco más, que comenzó «la investigación científica sobre el particular» (en *Perfiles jurídicos de la Inquisición española*, Universidad Complutense, Madrid, 1989). No es posible precisar cuándo, pero sí parece cierto que donde comienza la historia científica termina la leyenda. J. P. Dedieu ha escrito, yo creo que con acierto, que a mediados del siglo XX el tema inquisitorial parecía dormido, pese a algunos estudios eruditos, que continuaban, «mais au ralenti», y pese también a alguna obra de divulgación; pero desde 1970 la Inquisición española ha despertado súbitamente la atención de una pléyade de investigadores de todas las nacionalidades, incluidos los españoles (*L'Inquisition*, Edits. du Cerf, 1987). La moda o el interés no ha decrecido.

Situar el contexto

De este período fecundo y aún abierto quisiera destacar algunas características: 1) No se escribe sin haber visitado antes los archivos, y quien incumple tan prudente y vigente norma no escrita carece de todo crédito. 2) La historia del Santo Oficio de la Inquisición se aborda desde perspectivas heterogéneas (jurídica, socio-política, historia de las minorías, historia del pensamiento, análisis de los mecanismos de control social, censura literaria, historia de la moral sexual...) y es la convergencia de tantas facetas lo que permite conocer tan poliédrica institución. 3) La celebración de frecuentes coloquios o simposios internacionales deja de ser un simple interés por poner en común lo que muchos historiadores investigan como la generalizada convicción de que la diversidad guarda una necesaria relación dialéctica con la unidad: por muy polifacético que fuera, el SOI era uno. 4) La historia de «nuestra» Inquisición se escribe, cada vez más, sin perder de vista «otras» inquisiciones y en particular la pontificia. Esto no significa ningún descubrimiento metodológico, ciertamente, pero sí la común convicción de que la especie se conoce mejor si se la sitúa en el género al que pertenece. Por lo demás, esta práctica contribuye a que las obras de divulgación sitúen al Santo Oficio en un momento determinado de la lucha bajomedieval contra la heterodoxia y la herejía. Así lo hace J. P. Dedieu en la primera de las obras que comentamos (*L'Inquisition*, 1987) y así también Edward Peters, cuya *Inquisition* acaba de aparecer (University of California Press, Berkeley, 1989). 5) La Inquisición española antes que nada era un Tribunal que ejercía una jurisdicción especial. Verdad tan evidente como a veces olvidada exige que se dedique especial atención a sus aspectos jurídicos y que se la estudie con la técnica adecuada para la historia de las instituciones jurídicas. Esta exigencia está obteniendo satisfactorio y creciente cumplimiento. De ello hay pruebas: léase al respecto el prólogo de los *Perfiles jurídicos...*, editados por José Antonio Escudero; léanse asimismo las obras de Jean-Pierre Dedieu.



ANTONIO LANCHO

Una tesis doctoral en España equivale a cuatro o cinco años de trabajo, pero si se trata de una tesis «à la française» puede equivaler a casi toda una vida. Por ello es frecuente hacer lo que Dedieu ha hecho: publicar artículos, comunicaciones u otras obras menores mientras se está elaborando la fundamental.

En un breve pero muy denso trabajo («L'Inquisition et le Droit», *Mélanges* de la Casa de Velázquez, tomo XXIII, 1987) realizó una excelente síntesis de cuáles eran las fuentes de Derecho aplicadas por el SOI en los procesos por causas de fe (quizá lo que allí llaman «niveles 1 y 2», es decir, «Droit commun» y «Droit inquisitorial général», fuera mejor englobarlo en un solo epígrafe, puesto que el «ius commune» abarcaba tanto el «ius civile» como el «canonicum»); expuso con claridad y matices muy agudos el sistema de pruebas y presentó, incluso gráficamente, las etapas del proceso. No sé si J. P. Dedieu tiene o no formación jurídica universitaria: es patente, sin embargo, que posee sensibilidad hacia el mundo del Derecho y que está atento a la forma jurídica dentro de la cual se desarrollaba el drama psicológico entre inquisidor y acusado que todo proceso implicaba; atención que no le impide, sino que le ayuda a comprender y a exponer el drama de cada caso. Así lo hace, por ejemplo, en las preciosas páginas que dedica a los procesos (Daimiel, 1538) del morisco Lope de Hínestrosa: primer proceso, tortura leve, confesión, condena indulgente; segundo proceso, «lavado de cerebro» e Hínestrosa que, perdidas sus defensas psicológicas, cuenta todo lo que sabe, delata a su familia y a todos los moriscos de su grupo, hasta entonces cerrado, y, por su delación, hundido en la ruina, la destrucción y la condena inquisitorial.

En la obra colectiva dirigida por Bartolomé Benassar (*Inquisición española: poder político y control social*, Crítica, Barcelona, 1981), J. P. Dedieu escribió cuatro capítulos.

Prefiero el dedicado a la defensa del matrimonio como modelo sexual. Dedieu abría así, como apuntaba Benassar en la introducción, «otra pista desconocida» en la historia de la Inquisición. La curva de delitos de bigamia y simple fornicación perseguidos por el Santo Oficio se pone en conexión con las reuniones y las decisiones del Concilio de Trento acerca del matrimonio. La Inquisición se mueve por impulsos exógenos.

Ideas claras y mente abierta

Con ideas claras sobre el Santo Oficio y su situación dentro de la historia de la Iglesia y del Estado; con sensibilidad jurídica, la mente abierta ante pistas o perspectivas innovadoras y buena pluma de escritor maduro, J. P. Dedieu abordó la redacción de su tesis de Estado. El ejemplar íntegro está depositado en el Archivo Histórico Nacional, susceptible de ser consultado. Ahora, en Madrid pero en francés (bella y simbólica combinación), ha procedido a la publicación de una versión no completa, pero sí extensa, de su tesis. ¿No hubiera sido mejor la edición íntegra y que cada lector pudiera aprovechar u omitir la consulta del material (de esos numerosos «développements techniques») sacrificados sin duda a exigencias presupuestarias?

El libro de J. P. Dedieu es magnífico. Veamos por qué.

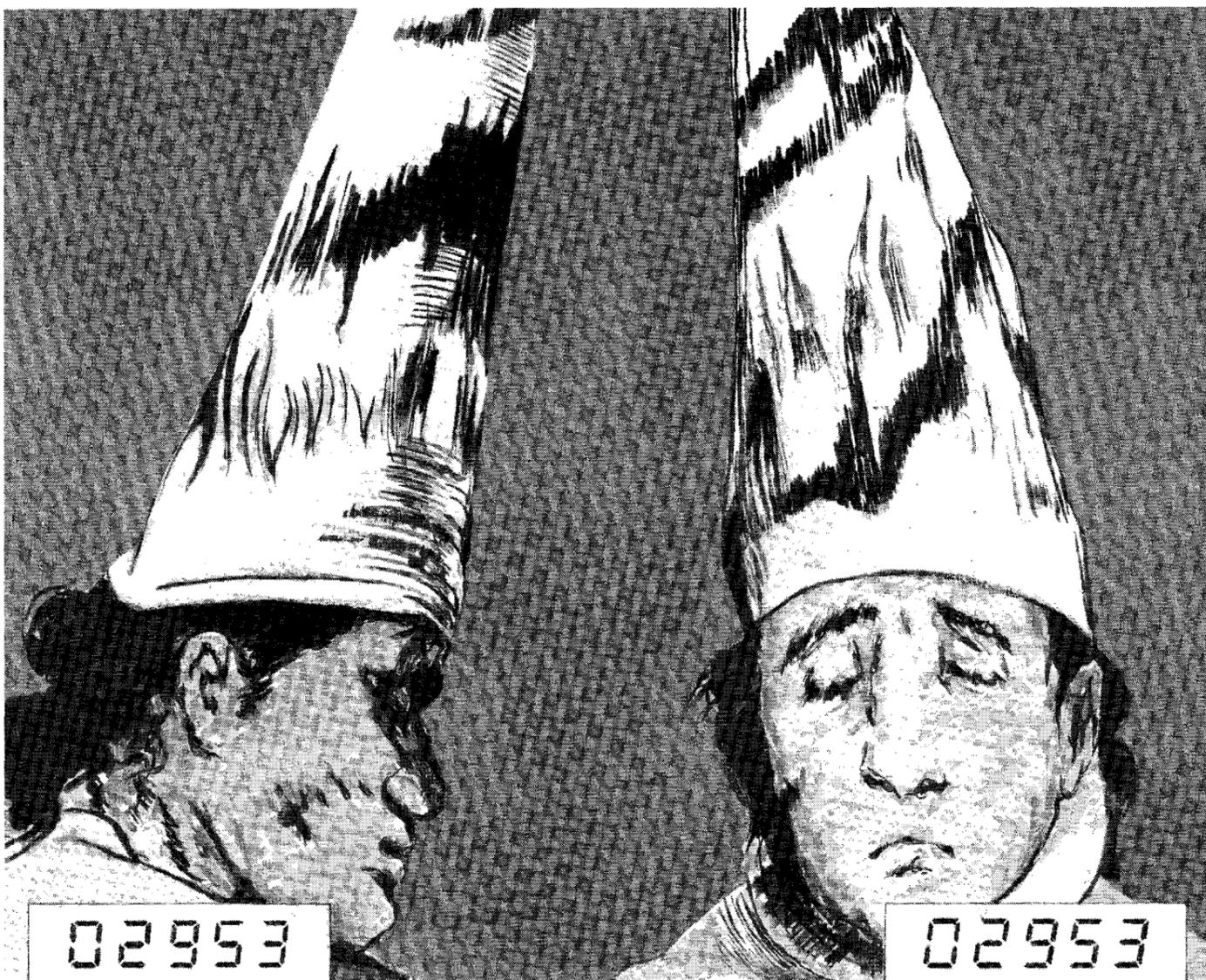
¿Qué nos interesa más de la Inquisición: su estructura institucional, su funcionamiento o la imagen de la sociedad que contemplamos reflejada en sus procesos? J. P. Dedieu no elige ninguno de los términos del trinomio y se esfuerza por dirigir de modo equilibrado su atención a los tres, aunque para él los dos primeros tengan un sentido instrumental respecto al último. Dedieu, que ya había estudiado junto con Jaime Contreras la formación de los distritos en la geografía de

la Inquisición española, se limita a estudiar el Tribunal de Toledo, uno de los pocos cuyos archivos —y por tanto sus procesos— se han conservado. Enorme distrito de más de 40.000 km²: Madrid, Toledo, Ciudad Real, Guadalajara como provincias actuales completas, más algunas comarcas de las de Badajoz, Cáceres y Avila.

El conflicto inquisitorial surge como choque de mentalidades: por una parte, la forma popular de vivir la religiosidad como «omnipresencia de lo sagrado» por todos interpretado, percibido y asumido, y, por otra, la implantación trabajosa de la concepción tridentina de la religión como código de conducta dirigido e interpretado a manera de monopolio por el clero. Desacralización y clericalización simultáneas. Las causas de fe tendrán casi siempre ese trasfondo.

Dedieu estudia de qué medios jurídicos, humanos y financieros se valía el Tribunal de Toledo para dominar con eficacia tan amplio distrito. Centra su análisis en los procesos por judaísmo, mahometismo, protestantismo e iluminismo, únicos con penas graves y verdadera forma procesal. En la justicia penal secular los denunciantes, a través principalmente del perdón de la parte ofendida, manipulaban, como instrumento de presión, el proceso penal, que tenía al menos tanto de venganza privada negociable, como de vindicta pública por medio del «ius puniendi» estatal. Esa oscilación entre lo privado y lo público se rompe en relación con la Inquisición y J. P. Dedieu ha sabido verlo muy bien. «Una denuncia al Santo Oficio era un acto irreversible, un acto peligroso que escapaba a su autor y cuyas consecuencias, imprevisibles, se corría el riesgo de que sobrepasaran ampliamente sus deseos» (pág. 107). Dicho de otro modo: el SOI logró ejercer antes y con más eficacia que el Estado el derecho y el poder de castigar.

Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHE

La pregunta por la eficacia de la Inquisición sale también a relación en estos capítulos, y Dedieu ha encontrado los términos justos del planteamiento (cómo un tribunal con sólo una docena mal contada de oficiales «de plantilla», diríamos ahora, podía dominar con eficacia por nadie discutida un distrito de casi 50.000 km²) y varias claves de la solución. En efecto, pocos miembros fijos. Pero junto a ellos un número abierto de colaboradores institucionalizados (calificadores, consultores), una tupida red de agentes voluntarios, unos pasivos (los familiares, respecto a los cuales Dedieu elude tópicos y muestra la cautela propia de un buen investigador) y otros dotados de cierta capacidad para tomar iniciativas (los comisarios). Hasta aquí, particularidades aparte, nada nuevo. Sin embargo, J. P. Dedieu fija su atención también en otro elemento causante de la eficacia, a saber, la colaboración de las autoridades eclesiásticas y reales. Es claro, y él no lo niega, que hubo conflictos de jurisdicción entre el SOI, la jurisdicción real y la eclesiástica ordinaria, mejor o peor resueltos por las frecuentes *Concordias*. Pero es también muy cierto, aunque sobre ello no se haya insistido como ahora lo hace Dedieu, que aquellas cuestiones hay que entenderlas sobre el telón de fondo de la colaboración con las otras autoridades judiciales.

Un hallazgo literario

La preciosa carta al Inquisidor General del Corregidor de Guadalajara (año 1606, página 177) no es sólo un hallazgo literario, sino un ejemplo común. Quienes colaboraban con la Inquisición lo hacían por dos razones generalmente válidas, al margen de las particulares de cada caso: porque la temían y porque compartían sus últimas convicciones en

torno a la fe como factor de cohesión social. Esto se ve con especial claridad en las espléndidas páginas (111-153) sobre las denuncias. El mundo de la delación tejido en torno al Santo Oficio sólo se entiende por la convicción (o mejor la creencia, en el sentido orteguiano) de que el pecado contra la fe constituye la objetivación del mal, una forma de mal que a todos concierne, a todos perjudica y por todos, por cada cual, debe ser erradicada. La delación como instrumento de purificación. Naturalmente, por debajo de esa superestructura ideológica encontraban fácil cobijo el odio, las pasiones más viles, la mentira, la venganza, la calumnia. Pero hay que tener ojos para todo, porque el espectáculo inquisitorial llena el escenario de «dramatis personae» y entretiene la intriga en hilos de diversa procedencia. Delatar es bueno: Dedieu nos muestra la doctrina de los casuistas, los casos extraídos de los procesos y concluye (pág. 133) con una ecuaníme observación: la Inquisición, pasados excesos iniciales, contuvo su actuación dentro de los límites doctrinalmente fijados en orden al respeto por las formas procesales y en especial por los requisitos exigidos al denunciante para proceder contra alguien. No bastaba cualquier «rumorcillo del pueblo». El horror inquisitorial es frío, añadido yo. El señor inquisidor, como hizo ver Caro Baroja, no responde al prototipo del teólogo apasionado y vehemente, rojo de santa cólera. El señor inquisidor es un jurista frío, metódico, desapasionado, culto, cruel si hace falta, pero obediente a las reglas del juego. Los predicadores inflamaban las conciencias de celo tridentino. Los inquisidores serenaban los ánimos, escuchaban, indagaban, torturaban con rigor procedimental, condenaban si era menester y dormían tranquilos el sueño de la fe.

El capítulo dedicado a la «Crónica financiera del Tribunal de la Fe» me parece, en su modestia, magistral. Comparto su valoración

de otras obras o fragmentos de ellas sobre este mismo asunto escritas con menos comedimiento.

«Las causas de fe constituyen la medida principal de la actividad de la Inquisición» (pág. 233); por eso las estudia Dedieu, que diferencia los procesos con verdadera forma de tal de las causas que él denomina «allégées», abreviadas o sumarias. Entre unas y otras ha consultado unos 20.000 procesos y compuesto con ellos series y cuadros minuciosísimos que aquí no es posible analizar. Sí quiero dejar constancia de una afirmación que Dedieu se considera obligado a reiterar, pese a su obviedad: la Inquisición tiene historia, cronología, etapas; «la Inquisición española no dejó de evolucionar, de adaptarse a las circunstancias, de modificar sus medios y sus objetivos» (pág. 347). Dedieu distingue cinco períodos. El primero (1483-1530), bajo el signo del judaísmo; el segundo (1530-1560), caracterizado por el temor al luteranismo y por la importante reforma interna del inquisidor Valdés, sin que pueda olvidarse la expulsión de los moriscos —1609-1610— ni el rebrote del judaísmo al final del período, gracias a los portugueses conversos; este último problema perdura durante el cuarto período (1630-1690),

RESUMEN

Para Francisco Tomás y Valiente, historiador y presidente del Tribunal Constitucional, donde comienza la historia científica acaba la leyenda. Hoy la Inquisición española ha dejado de ser arma arrojadiza entre ideólogos

etapa de crecimiento interno burocrático desmesurado, durante la cual la pureza de sangre parece ocupar más la atención del SOI que otros problemas específicamente suyos; quinto período (1690-1834), de atonía, hundimiento de la actividad y mera supervivencia. J. P. Dedieu opina que la radiografía de las etapas del Tribunal de Toledo puede extrapolarse en términos generales: «Es probable que la historia de nuestro Tribunal refleje bastante bien, desde un punto de vista estrictamente estadístico, lo que sucedió en una gran parte del país» (pág. 252). No obstante, conviene eludir cualquier mimetismo, porque también la geografía manda en el Santo Oficio. Problemas cruciales como el judaísmo, el mahometismo o la brujería y otros de entidad mucho menor, como la sodomía, no tuvieron la misma importancia ni fueron tratados del mismo modo en Galicia o Barcelona, en Toledo o Llerena, en Valencia o en Zaragoza. La dialéctica entre unidad y diversidad reaparece.

Factor de diferenciación

Quizá el principal factor de diferenciación en el comportamiento de la Inquisición estriba en la dualidad social entre cristianos conversos o viejos. Dedieu mantiene durante todo el libro su valoración de la actividad inquisitorial en función de esta variable. Pero también la dialéctica entre las clases cuenta, y algunas brillantes páginas del libro comentado ponen de relieve el distinto comportamiento del Santo Oficio con los marginados o con las élites detentadoras del poder local.

Pieza clave en la configuración de relaciones de poder, pero inserta ella misma en la sociedad que tutela, la Inquisición participó de los problemas (crisis agrarias), tensiones sociales y conflictos entre poderosos o entre algunos de ellos y los grupos marginales latentes o patentes en la sociedad española.

La Inquisición, pues, materia cada vez más alejada del tópico tremendista y legendario, cada día y cada libro más adentro del terreno científico. Lo cual no impide que el historiador y el lector valoren. Comprender no excluye todo tipo de valoración. Ni el historiador es una máquina exenta de prejuicios e incapaz de formular juicios, ni el lector debe mantener a un lado su capacidad crítica respecto a lo que lee. Conocemos y comprendemos mejor al Santo Oficio, a sus componentes y a sus víctimas. Personalmente veo cada vez con mayor claridad que la Inquisición (1478-1834) es el más profundo y duradero factor de diferenciación de nuestra historia, el más lamentable y el que más hondas raíces dejó. La compulsiva pasión por la unidad entendida como homogeneidad, la delación como instrumento de lucha contra «el otro», «el distinto», y simultáneamente como escuela y ejercicio de intolerancia o intransigencia, la confusión entre lo político y lo religioso: esos y algunos más demonios nuestros hunden sus raíces en el suelo del Santo Oficio. No pretendo polemizar con nadie, y desde luego no con J. P. Dedieu, a quien intuyo próximo a mi opinión. Sólo quería, a propósito de su excelente monografía, afirmar que el alejamiento del mito legendario no hace más grata o más digna de alabanza la imagen de nuestra Inquisición. Más bien al contrario. □

Jean Pierre Dedieu

L'Administration de la foi. L'Inquisition de Tolède (XVIe-XVIIIe siècle)

Bibliothèque de la Casa de Velázquez, Madrid, 1989. 406 páginas. 2.650 pesetas.

Socialismo democrático y utopía racional

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento «Sistema». Autor de Estado de Derecho y sociedad democrática, Legalidad-legitimidad en el socialismo democrático y De la maldad estatal y la soberanía popular.

No se trata ya sólo de indagar teóricamente sobre las famosas señas de identidad; se trata al propio tiempo de analizar qué tiene que ver todo ello con lo que ocurre en la realidad. Teoría y práctica, pues; y siempre ha sido así, en mayor o menor medida, en la historia del socialismo, con una larga secuencia de encuentros y desencuentros de muy diversa significación. Dentro de éstos, ni, por un lado, la ideología abstracta que se desentiende y hasta distorsiona la realidad, ni, por otro, la mera facticidad que ha logrado empíricamente imponerse como tal, tienen ya por sí mismos asegurada la necesaria concordancia, más o menos gradual, con la ética y con la racionalidad. Pero apoyándose en éstas, la teoría, e incluso la utopía, podrán así legítimamente contribuir a transformar una insatisfactoria situación real, unos determinados hechos que, desde luego, para intentar cambiar hay previamente que conocer.

Este es el sentido en que para Miguel Angel Quintanilla y Ramón Vargas Machuca, muy competentes profesores de filosofía y, a la vez, destacados parlamentarios socialistas, puede —me parece— hablarse hoy de «utopía racional»; concuerdo con ellos también al apuntar que en el campo de la política aquella encuentra su mejor, no inmutable ni excluyente, expresión en el ámbito del socialismo democrático. Su obra de ese título es precisamente resultado de esa doble experiencia, teórica intelectual y práctica política, en que ambos actúan y trabajan; no son, pues, filósofos encerrados —como se decía antes— en su «torre de marfil», ni políticos que se rien a escondidas de las teorías y las ideologías. Otros, desde luego, podrá haber que con semejante cualificación quieran cuestionar, enriqueciendo el debate, dicha correspondencia no dogmática en la que yo también me sitúo aquí: ¡bienvenidos sean!

En cualquier caso, desde esta perspectiva, utopía no sería en modo alguno sinónimo de irracionalidad, ni de distanciamiento absurdo o ingenuo del mundo real. Al contrario, cuando es coherente, consistente, sensible a la realidad social y a planes de acción concreta dentro de ella para su transformación, la utopía —puede decirse— adquiere entonces carácter racional. La coherencia, la universalidad, la no neutra imparcialidad, ciertos valores básicos —principalmente la libertad— que dan sentido a la dignidad humana, serían a mi parecer los objetivos y predicados que, sin perfeccionismos, definirían a la racionalidad. Frente a la mística fundamentalista y al dogmatismo de cualquier especie, se «exige —dicen aquéllos— que sigamos formulando utopías coherentes, relevantes para los problemas de nuestra sociedad y aptas para servir como marco de referencia para nuestros programas de acción, es decir, utopías racionales».

Y entre ellas, como digo, de manera muy preeminente para hoy y para el futuro, la del socialismo democrático. Este se ve siempre aquí como un socialismo posmarxista donde —a mi modo de ver, con toda razón— se rechaza definitivamente lo peor que, junto a la dictadura totalitaria, se ha intentado sacar con demasiada frecuencia de la obra de Carlos Marx: los reduccionismos mecanicistas, economicistas y cientificistas que, por referirme sólo a los últimos tiempos, tantos «estrágos», renunciadas y abjuraciones posteriores produjeron en la otrora juventud izquierdista, marxista-estructuralista, de los años sesenta; ano-

temos de pasada que mucho menores y menos necesarios fueron tales excesos de un signo y de otro (quiero decir, adhesiones absolutamente obsesivas e incondicionales, seguidas en muy poco tiempo de anatemas totales y burlas autoexculpatorias) en generaciones anteriores que se habían formado más bien con Gramsci o con la Escuela de Francfort, donde la cultura y la teoría crítica introducían siempre una mayor y más dialéctica complejidad.

Superando en todo momento esos condicionantes, ejerciendo siempre desde una personal cultura crítica —no en vano Vargas Machuca hizo su tesis doctoral sobre la filosofía de Gramsci y Quintanilla le acompañó como director en ella—, pueden ahora reivindicar expresamente «aquellos componentes del pensamiento marxista que —dicen— deben seguir jugando un papel importante en la renovación del socialismo: un enfoque materialista o inmanentista de los problemas filosóficos, una actitud crítica y racionalista, el interés por el análisis de las relaciones de explotación en el capitalismo y por el papel del Estado y la naturaleza de la acción política».

Principales propuestas

Están ahí resumidas, en esa actitud y —diferenciadamente— en ese interés, las principales propuestas que, unas enlazando con Marx y otras enfrentándose con algunos de los mencionados marxismos, configurarían hoy —según aquéllos— esa utopía racional que es el socialismo democrático. Este, en efecto, de ese componente materialista de la filosofía de Marx, superador del idealismo hegeliano, hace derivar en primer lugar con plena validez, y espero que sano pragmatismo, «una actitud filosófica naturalista e inmanentista, una posición intelectual que permita valorar la naturaleza, la realidad concreta de las cosas por sí mismas, que sitúe la felicidad de los individuos como último objetivo moral y que nos

obligue a contrastar los grandes ideales intelectuales de la libertad y la igualdad en términos de situaciones concretas materiales en la vida de las personas». Junto a ello, insistirán asimismo en segundo lugar en que «la ideología del socialismo del futuro debe ser compatible también con la actitud intelectual del racionalismo crítico, debe potenciar la creatividad, el rechazo de los dogmas, la actitud abierta, el gusto por la innovación y, al mismo tiempo, por el rigor intelectual». Incluso, finalmente, dentro de ese marco filosófico, se reivindicará, aunque no sin revisión crítica, la teoría marxiana de las ideologías, así como un enfoque de los problemas en que no se haga nunca (formalista) omisión de los planteamientos sociológicos y, en concreto, de la sociología del conocimiento.

Sin embargo, como ya señalé anteriormente, en ese ajuste de cuentas con el marxismo y, más en general, con buena (y mala) parte de la tradición socialista, se destacan siempre con fuerza e insistencia —realmente constituye el centro de la obra— las críticas a los simplismos reduccionistas de aquel que dan lugar a tres principales prejuicios, se considera, con perfecta razón, que en el pasado han tenido una siempre excesiva y nefasta presencia y que deben hoy y de cara al futuro evitarse a toda costa por el socialismo democrático: uno, el prejuicio del anticapitalismo verbal, hasta visceral, y sobre todo monocausal; dos, la desconfianza constante hacia el Estado democrático, es decir, el dogma de la «maldad estatal»; tres, el rechazo elitista, pero aquí más bien de expresión vanguardista o anarquista, a cualquier contaminación con el ejercicio del poder (se entiende que burgués) y de la política, preferentemente de la institucional.

Nada que objetar, claro está, a las dos últimas críticas; aunque en el libro se les dedica con justicia una muy especial atención, pues significa romper definitivamente con todas las más o menos ocultas veleidades leninistas, dada mi plena concordancia con ellas,

con dichas críticas, muy poco sería lo que yo ahora tendría que añadir. Quizá tan sólo solicitar de los autores alguna mayor comprensión, y hasta mayor piedad y objetividad, para con los socialdemócratas del pasado, incluidos los españoles a mencionar, y los mismos austromarxistas, que en este punto no estaban tan distantes de su propia posición y a los que —como, con mayor alcance, agudamente Amelia Valcárcel ha detectado— no se trata realmente muy bien, destacándose únicamente sus «desenfoces» o su «ingenuidad», cuando la verdad es que para su tiempo vieron no pocas cosas con bastante claridad; nada de ello, por supuesto, debe evitar que se señalen coherentemente sus insuficiencias desde y para el momento actual. Por su parte, respecto del prejuicio anticapitalista mencionado en primer lugar, así como del papel de la economía, algo más habrá que decir y precisar aquí.

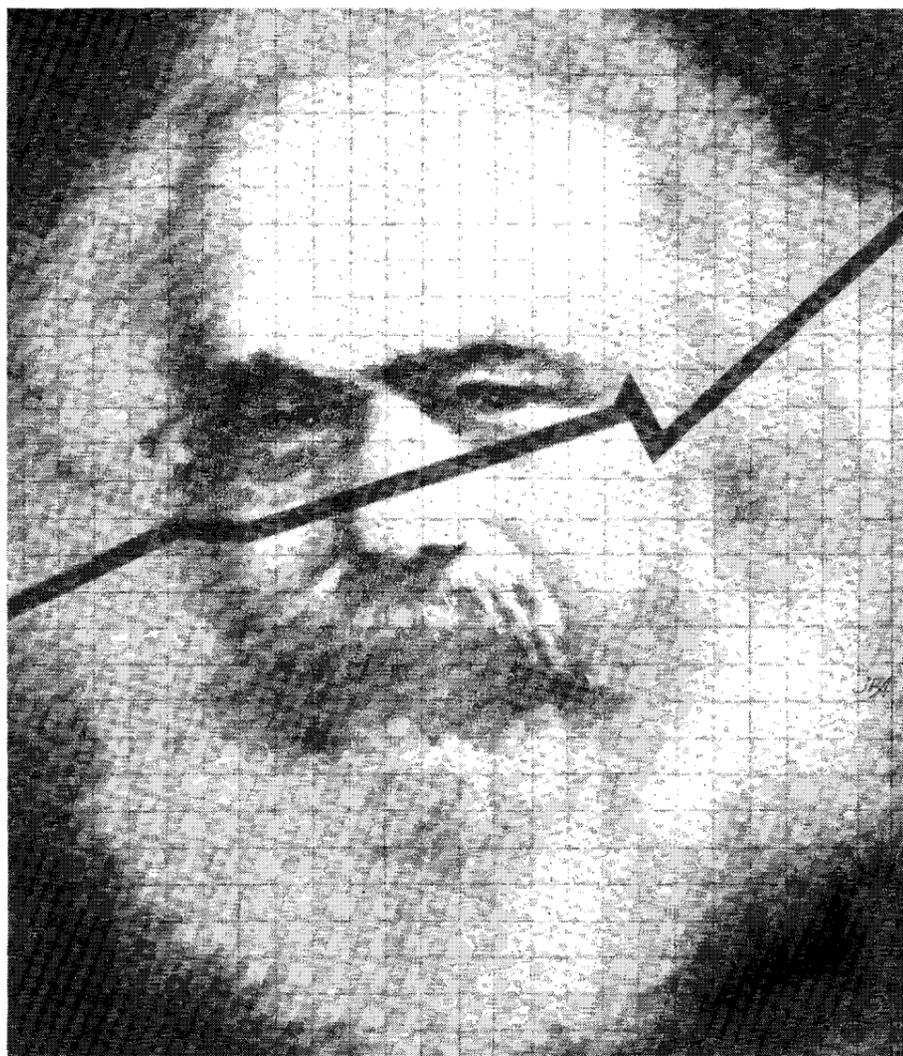
Pero, antes de ello, querría todavía insistir en que —como símbolos— en la historia del socialismo ha habido, por supuesto, mucho más que estalinistas totalitarios, por un lado, y que reformistas siervos del capital, por otro; el socialismo democrático actual no debiera para nada olvidar ni distorsionar todo ese pasado, procurando más bien recuperar críticamente de él valiosas, aunque sin duda que ya insuficientes, señas de identidad. El énfasis en las nuevas realidades de nuestro tiempo, en los grandes cambios de carácter tecnológico o social, todo lo cual es verdad, no implica, a mi juicio, que el socialismo del presente y del futuro deba practicar ningún tipo de «adanismo» político o cultural; pero tampoco que para ofrecer hoy respuestas eficaces haya que abandonar principios o valores, principalmente de libertad, igualdad y solidaridad, que conduzcan a su ilegítima desnaturalización.

En relación con lo anterior, y volviendo al prejuicio enunciado en primer lugar, comenzaría por recordar mi plena concordancia con las críticas hechas frente a la reducción economicista del marxismo y del socialismo y, por tanto, también frente a la obsesión de la absoluta y total inexorabilidad de la denominada «lógica del capital». Todo se explicaba en esta posición desde las aventuras y desventuras del gran capital, del capital monopolista para ser más exactos, con total dependencia y sujeción del inútil aparato estatal —teoría instrumentalista—, el cual pasaba a definirse esencialmente como «Estado capitalista», con la consecuente desvalorización de la democracia pluralista y representativa (motejada, una vez más, de exclusivamente «formal»), así como de la acción política inscrita en su marco y en el ámbito constitucional.

Redistribución del poder político

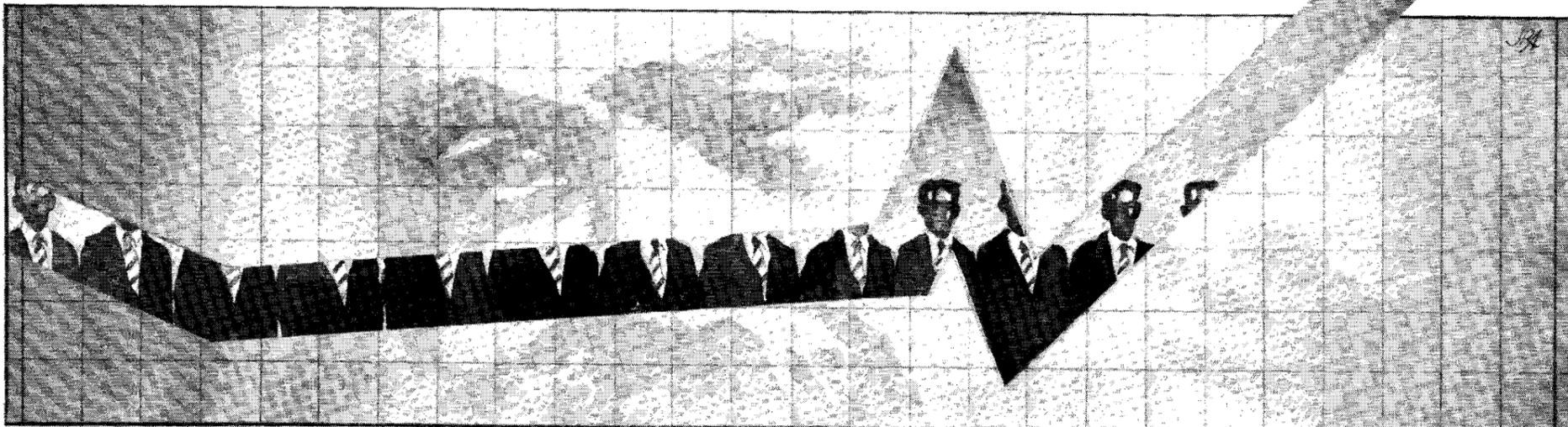
A propósito de esta crítica, Miguel Angel Quintanilla y Ramón Vargas Machuca llevan aquí a cabo una importante y reconstructiva tarea que no se limita, en modo alguno, a recuperar sin más el Estado democrático tradicional: a lo largo de todo el libro, constituyéndose en una de sus tesis centrales, se insiste intensa y extensamente en la hoy completamente necesaria redistribución del poder político, así como en la consecuente apertura y coordinación con las demandas de los nuevos movimientos sociales —aquí su inteligente y bien orientado análisis del feminismo—, todo lo cual viene a enriquecer y fortalecer su incondicional defensa de las instituciones representativas y participativas de aquél.

A partir de esto, más discutibles pueden ser algunas de sus afirmaciones referidas estrictamente al capital y, todavía más en concreto, al modo de producción caracterizado por la muy preponderante acumulación privada y, a la postre, por el control muy mino-



JUAN RAMON ALONSO

Viene de la página anterior



JUAN RAMON ALONSO

ritario de aquél. Resulta cuando menos equívoco, y más aún en la circunstancia actual, sorprende en todo caso leer lo que Quintanilla y Vargas Machuca escriben —son sus propias palabras—: «Para terminar, el socialismo en el futuro va a ser compatible con el funcionamiento del capitalismo, es decir —aunque yo cuestionaría por insuficiente tal definición—, con el mantenimiento de la propiedad privada y de los mecanismos del mercado para la asignación de recursos». ¿No hubiera sido mejor hablar de economía mixta, donde se salva lo que haya que salvar, en lugar de dar pie para pensar en esa tan inhabitual identidad, o al menos en esa forzada compatibilidad de sistemas y modos de producción que, aun con enlaces y elementos comunes, son desde luego muy diversos entre sí? Sigo pensando que en uno predomina un control privado y minoritario de los recursos económicos (inversión, excedente, plusvalía), mientras que en otro se hace, o debe hacerse, aquél más amplio y general. No es de extrañar que Victoria Camps se muestre recelosa y suspicaz ante esa relación, a la vez amical y distante con el capital: «Algo —dice— en lo que el libro no entra y sin duda es una gran contradicción que no puede pasarse por alto».

Es verdad que, a renglón seguido de lo anterior, nuestros autores —filósofos y políticos— añaden: «Pero (el socialismo) no debe renunciar a la lucha contra la explotación, es decir —así la definen ellos—, contra la desigualdad de poder. Eso hará —concluyen con algo que es decisivo— que el núcleo del ideario socialista se traslade desde la economía a la política». Parece, pues, que esa desigualdad de poder se entiende en términos fundamentalmente políticos, o a lograr de modo exclusivo por esas vías y no asimismo por las más estrictamente económicas. Frente al economismo de la «ortodoxia» tradicional, yo tampoco estaría ahora por la reducción política del problema económico: creo más bien que ambas, economía y política, se producen y deben producirse en dialéctica interrelación.

Desde esa perspectiva, la cultura del socialismo democrático me parece que puede contribuir a comprender mejor y a situar más correctamente esa interdependencia, no reduccionista, función. La cultura del socialismo no es sólo una cultura política, con ser ésta tan importante y tan necesaria de reivindicar; tras ella puede decirse que hay y tiene siempre que haber una cultura más integral; el socialismo es, desde luego, una ideología política, pero es también algo más, por ejemplo una ética que le sirve de impulso y una economía que obliga materialmente a concretar. Conuerdo con Quintanilla y Vargas Machuca en que hoy la desigualdad ya no lo es sólo —en realidad nunca lo fue— de carácter exclusivamente económico, sino también social, étnico, sexual y generacional, pero por otro lado tampoco me parece que con esta constatación deba o pueda superarse y olvidarse aquella de sentido más tradicional y de efectos —creo— más radicales.

Tal vez, junto a todo lo anterior, una de las tesis centrales del libro sea la insistencia en «el desarrollo del poder del Estado como contrapeso a la desigualdad del poder económico». Desde ahí es verdad que no se deja sin mencionar, aunque tampoco aparezca en exceso, la necesidad de imponer «restricciones» a la propiedad privada y al «libre» mercado. Pero el acento principal, la línea general va, como estoy señalando, por otra dirección: «El resultado de todo esto —escriben aquéllos— es un cambio de perspectiva en la visión estratégica del socialismo. En primer lugar, la cuestión de la propiedad privada de los medios de producción pasa automáticamente a segundo plano. En segundo lugar, el objetivo de la supresión de la explotación económica se transforma en un objetivo de redistribución del poder político». Me parece, como ya he indicado antes, que hay aquí base para pensar en una —para mí criticable— reducción de la economía a la política, es decir, de la desigualdad económica a fundamentalmente desigualdad política y, todo lo más, a desigualdades sociales no estrictamente económicas.

Contradicciones y equívocos

Lamento tener que constatar contradicciones o, quizá más modestamente, incertidumbres, ambigüedades y equívocos dentro de esa «línea general», aunque también es verdad que de tales defectos no es para nadie fácil poderse librar. Tal vez algunos de ellos meramente deriven de ser esta obra una reelaborada recopilación de sucesivos trabajos anteriores de los autores producida —no se olvide— en colaboración, con escritos de uno u otro y en ocasiones de los dos; si es ya compleja y difícil de lograr la identidad personal individual, imaginemos la de carácter dual aun en casos como éste de gran amistad y de penetración política e intelectual. De todos modos, los tales equívocos —si es que los hay— quizá no sean en última instancia sino los mismos que se dan en la realidad, y no sé si con rasgos específicos, en la realidad española actual.

En cualquier caso se insiste así, por un lado, en la necesidad de «potenciar la intervención del Estado en las relaciones económicas» y se constata elogiosamente que en la Europa occidental «se han dado pasos importantes para el control del capital por parte del Estado», vías que definirían realísticamente al socialismo democrático y por las que —con intervención siempre selectiva y cualitativa— preferiría seguirles yo; por otro, tras reducir dicha intervención al «mismo marco» en que actúan las políticas conservadoras, aunque —eso sí, y constituye otra importante observación— cambiándose por el socialismo «el sentido o el objetivo de la intervención», se llega de nuevo a conclusiones no poco ambiguas y de carácter casi preferentemente procedimental.

Escriben así aquéllos: «El problema no es si hay que respetar una mayor tasa de ganancia al capital o si hay que aceptar una restricción en el crecimiento de la renta salarial. El problema es quién decide o cómo se distribuye el poder de decisión y de control en el sistema social». Y también: «Se trata, en definitiva, de aprovechar la coyuntura económica, que exige sacrificios por parte de los trabajadores, para obtener contrapartidas de extensión y profundización de los mecanismos de participación democrática en el poder. Porque lo hiriente de la explotación capitalista no es que haya que distribuir la plusvalía entre el capital y el trabajo, sino que la distribución se haga a través de la coacción que la desigualdad de poder permite ejercer al capital o al trabajo. Y la única forma de compensar esa desigualdad —concluyen aquéllos, fijando el «cómo», y concuerdo con ellos, pero eludiendo algún concreto «qué»— es extender y profundizar las formas de distribución del poder que caracterizan al Estado democrático: profundizar la democracia política y extender la participación democrática en las relaciones económicas y en todos los ámbitos de la vida social».

¿Hacer de la necesidad virtud? Puede ser. Me parecen en cualquier caso imprescindibles todas las vías plurales, democráticas, estatales y sociales, de mayor participación que Quintanilla y Vargas Machuca proponen para la transformación de un mundo como el actual, dominado por la insolidaridad, por la desigualdad y, por lo tanto, por la ausencia (para unos más que para otros) de libertad real; en esto estoy completamente de acuerdo con ellos. Y creo que también concordaría bastante respecto de la utopía (racional) final, es decir, respecto del mundo en que nos gustaría vivir.

Como se ve, mis discrepancias se han dirigido más bien hacia buena parte de los resortes, de los medios e instrumentos a utilizar en dichas vías democráticas de transformación social: las habría así de orden económico —por ejemplo, para nada se habla ahí de fondos salariales de inversión o de una, aunque sea flexible, planificación, y sólo muy de pasada de «restricciones» a dicho modelo de acumulación—, pero no sé si también ha-

bría desacuerdos, llamémoslos así, de orden cultural. Digo esto último porque no puedo del todo concordar con lo que aquéllos sentencian: «Pregonar —dicen— la igualdad es tan sólo una manifestación piadosa. Ensayar fórmulas que nos conduzcan a la superación progresiva de las desigualdades generadas por el funcionamiento del sistema es un problema casi tecnológico y ése es —concluyen— el reto del socialismo».

El socialismo, a debate

Aunque no baste, desde luego, con los buenos deseos, me parece que ahí hay mucho más que tecnología. Pero es verdad, se diga lo que se diga, se esté en una u otra actitud, que no es nada fácil dar con la solución, y ni siquiera avanzar en la buena orientación. Mucho menos lo es remover fuerzas poderosas que, además del control del capital, tienen tras de sí todo el poder de la tradición, de ciertos medios de comunicación y hasta de algunos tipos de innovación. En cualquier caso, ¿podrá alguien seguir diciendo tras la aparición de esta obra, o de otras anteriores a ella, que no hay debate sobre el socialismo en la España actual? Me temo que sí: bastará con no leerlas o, mejor aún —inasequibles al masoquista desaliento negador—, con no querer ni siquiera enterarse de su publicación; de todos modos —consolémonos!— siempre quedará el recurso de aducir, si no se puede negar la cantidad, que el tal debate no es de mucha altura y calidad, sino prueba, una vez más, de nuestra pobreza y mediocridad.

Con estas mis breves observaciones críticas —los elogios y los acuerdos concretos y sectoriales serían muchísimos más— yo sólo he querido hacer ver a Miguel Ángel Quintanilla y a Ramón Vargas Machuca que, a pesar de todas sus atenciones y afectos y a pesar de haber sabido hacer un libro de los que hacen de verdad pensar, su viejo amigo —y ellos, generosamente, dicen que también «maestro»— no tiene en modo alguno la intención de darles toda la razón, ni el propósito de dejarles ya descansar en paz: es mucho y bueno lo que cabe exigir y esperar de su futura actividad política e intelectual. □

RESUMEN

Dos profesores de filosofía y a la vez parlamentarios socialistas han escrito una obra sobre la utopía racional que es resultado de esta doble experiencia: teórica intelectual y práctica política, en que ambos actúan y trabajan. Tras coincidir el autor del comentario con ellos en que la utopía

racional encuentra su mejor expresión, dentro del campo de la política, en el ámbito del socialismo democrático, el profesor Elías Díaz sugiere también algunas críticas y discrepancias desde una dialéctica interrelación entre economía y política.

Miguel Ángel Quintanilla y Ramón Vargas Machuca

La utopía racional

Espasa-Calpe, Madrid, 1989. 230 páginas. 1.300 pesetas.

Ética, religión y cristianismo

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (*Lastra del Cano, Avila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Comisión Teológica Internacional. Es autor, entre otros libros, de *El poder y la conciencia*, *Jesús de Nazaret*, *España por pensar* y *La gloria del hombre*.

Ludwig Wittgenstein es probablemente la personalidad filosófica que mayor fascinación ha ejercido sobre la filosofía en el siglo XX; digo fascinación y no influencia. Su compleja existencia y trayectoria personales se han convertido en el símbolo de una conciencia humana anclada en la comprensión científica de la realidad, teniendo que atenerse a sus preguntas y respuestas, a la vez que en el símbolo de una condición humana para la cual la pregunta ética, la esperanza religiosa y la realización estética son igualmente esenciales. Quizá más esenciales, aun cuando sean irreducibles a lenguaje científico y a proposición verificadora.

En ese choque, secreto rechazo y simultánea atracción, entre esas dos laderas de la única alma contemporánea, que se saben fraternas y por no tener un lenguaje común no pueden comunicarse, viviendo escindidas y agresivamente enajenadas: ahí radica una de las causas del desasosiego de nuestro siglo. Wittgenstein es su símbolo y su profeta. El ingeniero de origen, que, al igual que otro gran matemático A. N. Whitehead, por necesidad de su ciencia, tiene que hacer filosofía, y por la lógica profunda de su filosofía termina haciendo teología.

Unas pocas páginas suficientes

Presentamos la reedición española de la *Conferencia sobre ética* dada en Cambridge entre septiembre de 1929 y diciembre de 1930, a la que acompañan las notas tomadas por F. Waismann de las conversaciones mantenidas con Wittgenstein en casa de Schlick por esas mismas fechas: diciembre de 1929 a diciembre de 1930. En total apenas llegan a 15 páginas. Sin embargo, valen por bibliotecas enteras, y como pocas dejan abierto el problema de la cercanía y conexión entre ética y religión.

Uno, al leer estas páginas, se siente transferido a ese ámbito de realidad que inmediatez, por un lado, la *Apología* de Sócrates y, por otro, el *Sermón de la Montaña*.

Es ya un tópico afirmar que es difícil predicar la ética; más difícil todavía fundamentarla, pero que es posible mostrarla. «Lo ético no se puede enseñar», dirá Wittgenstein; pero se puede testimoniar hablando en primera persona. Se puede callar y dando un paso al frente hacerla real. La ética agarra y arraiga no en la dimensión racional, aislada de la totalidad personal, sino en la raíz personal llegando hasta la proposición racional. Una teoría ética sin persona es como una rama sin tronco y raíz: pura hojarasca, tángalo, pavesa finalmente. «Si se me dijera algo, que es una teoría, yo diría: ¡No, no! Eso no me interesa. Incluso aun cuando la teoría fuera verdadera, no me interesaría, porque ella no sería nunca lo que yo busco. La ética no se puede enseñar. Si yo pudiera explicar a otra persona la esencia de lo ético primero por una teoría, entonces lo ético no tendría valor alguno. En mi conferencia sobre ética, al final he hablado en primera persona. Yo creo que esto es algo absolutamente esencial. Aquí ya no se pueden hacer comprobaciones y sólo vale presentarse como persona y hablar en primera persona» (pág. 47).

Eso es lo extraño en la historia de la ética, lo que tiene que dar que pensar: sólo han hablado con fundamento y capacidad de con-

vicción quienes en una voluntad absoluta de objetividad despersonalizada han hablado personalmente. Y ésa es la fuerza de esta *Conferencia* de Wittgenstein. He aquí algunas de sus grandes ideas. A pesar de las dificultades que tenía (la lengua inglesa, falsas expectativas de los oyentes, complejidad del tema para hacer patente el camino y término de la reflexión) se decide a hablar de lo que le afecta absolutamente. Y esto le ocurre con la ética y no con la lógica, que era su especialidad y profesión universitaria. Y comienza por definirla siguiendo las huellas de Moore: «La ética es la investigación general sobre lo bueno».

El significado de la vida

La ética es pues la investigación sobre lo valioso, lo que realmente importa, el significado de la vida, aquello que hace que la vida merezca vivirse, la manera correcta de vivir. Y a la luz de esto la distinguimos perfectamente de los hechos aislados, los fines particulares, las situaciones. Todo esto es lo que nuestras palabras nombran. La ética, en cambio, es otra cosa. «Nuestras palabras, usadas tal como lo hacemos en la ciencia, son recipientes capaces solamente de contener y transmitir significado y sentido, significado y sentido «naturales». La ética, de ser algo, es sobrenatural y nuestras palabras sólo expresan hechos» (pág. 37). Por eso su único y último fundamento posible es Dios.

¿Cómo acceder a ese mundo del valor absoluto, del bien absoluto, de lo que radical y definitivamente nos atañe e importa? Sólo es posible exponer experiencias de desbordamiento, en las que el hombre rompe amarras con los hechos y queda en el ámbito de lo absoluto. Wittgenstein enumera tres: el asombro ante la existencia del mundo, el sentimiento de seguridad incondicional y la experiencia de responsabilidad, que abarca el de exigencia y culpabilidad. Cuando uno lee las líneas y entrelíneas percibe dos cosas: que Wittgenstein está pensando en alemán y desde trasfondo cristiano. Para esas tres experiencias hay tres palabras alemanas de origen bíblico: «Erstaunen» (asombro no de cómo son las cosas, sino de que haya cosas, acompañado de la convicción ya manifestada por Aristóteles de que es mejor el ser que el no ser); «Geborgenheit» (cobijo y resguardo bajo la mirada de alguien que, manteniéndonos en el regazo de su seno, nos otorga una confianza fundamental para estar con gozo en el mundo y percibir la existencia como gracia y no como desgracia); «Verantwortung» (responsabilidad como emplazamiento por una palabra previa a la que podemos y necesitamos responder, por la que nos vemos exigidos después de haber sido agraciados y por cuya amistad somos aprobados o condenados, ya que la existencia es coexistencia y la vida es convivencia).

Esas experiencias así formuladas son el reflujo en lo moral de la presencia de lo Santo, del Misterio, en la conciencia del hombre y que en la tradición occidental se formula con terminología específicamente cristiana. Wittgenstein reconoce la correspondencia entre los dos órdenes: «La primera de estas experiencias corresponde exactamente a aquello a lo que la gente se refiere cuando dice que Dios ha creado el mundo. La experiencia de la absoluta seguridad ha sido descrita diciendo que nos sentimos seguros en las manos de Dios. Una tercera vivencia de este tipo es la de sentirse culpable, y queda también descrita por la frase: Dios condena nuestra conducta» (págs. 40-41).

Wittgenstein no reduce feuerbachianamente lo religioso a lo moral; ni lo identifica; tampoco lo separa. Para ambos órdenes reclama un sentido y valor absolutos, más allá de lo que el lenguaje científico pueda afirmar. «Si ciertas experiencias nos incitan constantemente a atribuirles una cualidad que denominamos importancia o valor absoluto o ético, esto sólo muestra que a lo que nos referi-

mos con tales palabras «no es» un sinsentido» (pág. 42).

En otro momento se ha percatado de cómo realidad y lenguaje son anverso y reverso de una identidad diferenciable e irrompible. Y rememora cómo en el cristianismo Dios se dice y da en forma personal diversa, como Padre e Hijo. No hay mundo sin lenguaje; no hay cosas sin palabras. Y ése es el milagro, que ser y palabra se constituyen. «La expresión lingüística correcta del milagro de la existencia del mundo —a pesar de no ser una proposición en el lenguaje— es la existencia del lenguaje mismo» (pág. 42). La ética, por tanto, remite, renace y resulta de la palabra. No tenemos el mundo sino en la palabra y la palabra en el mundo. Pero la conexión entre uno y otra los sustrae a la estricta mundanidad. Y de su memoria cristiana le salta el comienzo del evangelio de San Juan, según el cual en el principio era la Palabra, que estaba con Dios y era Dios. Ante la pregunta de Weismann: «¿Hay conexión entre la existencia del mundo y lo ético?», Wittgenstein responde: «Los hombres han percibido que aquí existe una conexión y lo han formulado de la manera siguiente: Dios Padre ha creado el mundo. Dios Hijo (o la Palabra, que procede de Dios) es lo Ético. El hecho de que se haya dividido a la divinidad y luego se la piense como una, nos sugiere que aquí existe una conexión» (pág. 48).

A la luz de esto tendríamos que hacer el análisis de fondo de las afirmaciones de Wittgenstein. Y sorprende que los críticos españoles hayan querido comentar este texto de finales de su vida sólo a la luz de los escritos anteriores al año treinta y no de los siguientes; que no hayan utilizado sus escritos más personales y referidos al tema de ética y religión en clave personal, tal como nos están recogidos en *Vermischte Bemerkungen*, Oxford, 1977 (el autor del prólogo sólo lo cita una vez, págs. 24-25, sin indicación de página); que no hayan sondeado en esos trasfondos teológicos desde los que viene nuestro autor; que no hayan tenido en cuenta sus lecturas de San Agustín, San Juan de la Cruz, Kierkegaard, Newmann, Bunyan, George Fox, Dickens y de su amistad con los católicos conversos Smythies y Ascombes, tal como él los cita en *V. B.* y nos relata N. Malcolm (*A Memoir*, Oxford, 1958, págs. 70-73).

Lo que Wittgenstein está afirmando es una vieja dolencia teológica: no tener una palabra suficiente para hablar de Dios; a la vez que aludiendo a lo que ha sido la suprema tentación humana: querer una palabra dominante, enseñoreadora y definitiva sobre Dios. Por eso el teólogo vive en nocturna lucha con el lenguaje como Jacob con Dios (*Génesis*, 32,25). Y entiende su pasión: «Mi único propósito —y creo que el de todos aquellos que han tratado alguna vez de escribir o hablar de ética o religión— es arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra los límites de nuestra jaula es perfecta y absolutamente desesperanzado» (pág. 43).

Dos anotaciones teológicas

Dos anotaciones teológicas. Frente a todo positivismo, que quiere pasar del «es» fáctico al «debe» absoluto; frente a todo lenguaje conceptual o instrumental, que quiere apropiarse del ser y de Dios, Wittgenstein tiene razón. La ética es otra cosa y no hay palabras de esta naturaleza para ella «usadas tal como lo hacemos en la ciencia» (pág. 37). Los nombres del ser y los de Dios no son definiciones para circunscribir o definir, ni instrumentos para apresar, ni cajas para encerrar. Orientan en una dirección, remiten a una experiencia, provocan a una forma de vida. Quien no mira en esa dirección, ni se acerca a esa experiencia, ni vive esa forma de vida, jamás descubrirá ni el orden ético ni el orden religioso. La teología ha hablado por ello de la «polionimia» o multiplicidad de nombres divinos, ya

que siendo todos necesarios son todos insuficientes. Ha dicho que sólo el silencio le nombra y sólo la alabanza le columbra. Ya Platón habló del «desfallecimiento ante la realidad»; el *Eclesiastés* 43,33, de la «deficiencia en la alabanza», y San Alberto, de la «suspensión infinita en la admiración». La tradición teológica del silencio admirativo y adorante, del apofatismo y el exceso, viene de lejos: desde la más pura fuente bíblica hasta San Agustín, Edad Media, Santo Tomás, Eckehart, San Juan de la Cruz y la mejor tradición mística, que no es una teología deficiente o ingenua sino radicalizada y trascendida («toda ciencia trascendiendo»).

Wittgenstein mismo ha sido demasiado lúcido para quedarse en la mera negación del lenguaje como acceso a la realidad y a Dios. Porque lo que nosotros no podemos decir con el lenguaje, el lenguaje mismo nos lo puede decir a nosotros. Las famosas frases del *Tractatus*, repetidas hasta el asco y la trivialización, son mucho más sutiles y pregnantes. Sobre lo que no podemos hablar hay que guardar silencio. ¿Para qué? ¿Para declarar inexistente o para oír la palabra que nos dirige? Si el lenguaje tuviera por señor y creador al hombre, no podría decir nada que trascienda al hombre. Efectivamente, entonces el silencio sería lo originario, la mudez una consecuencia y la muerte la última respuesta.

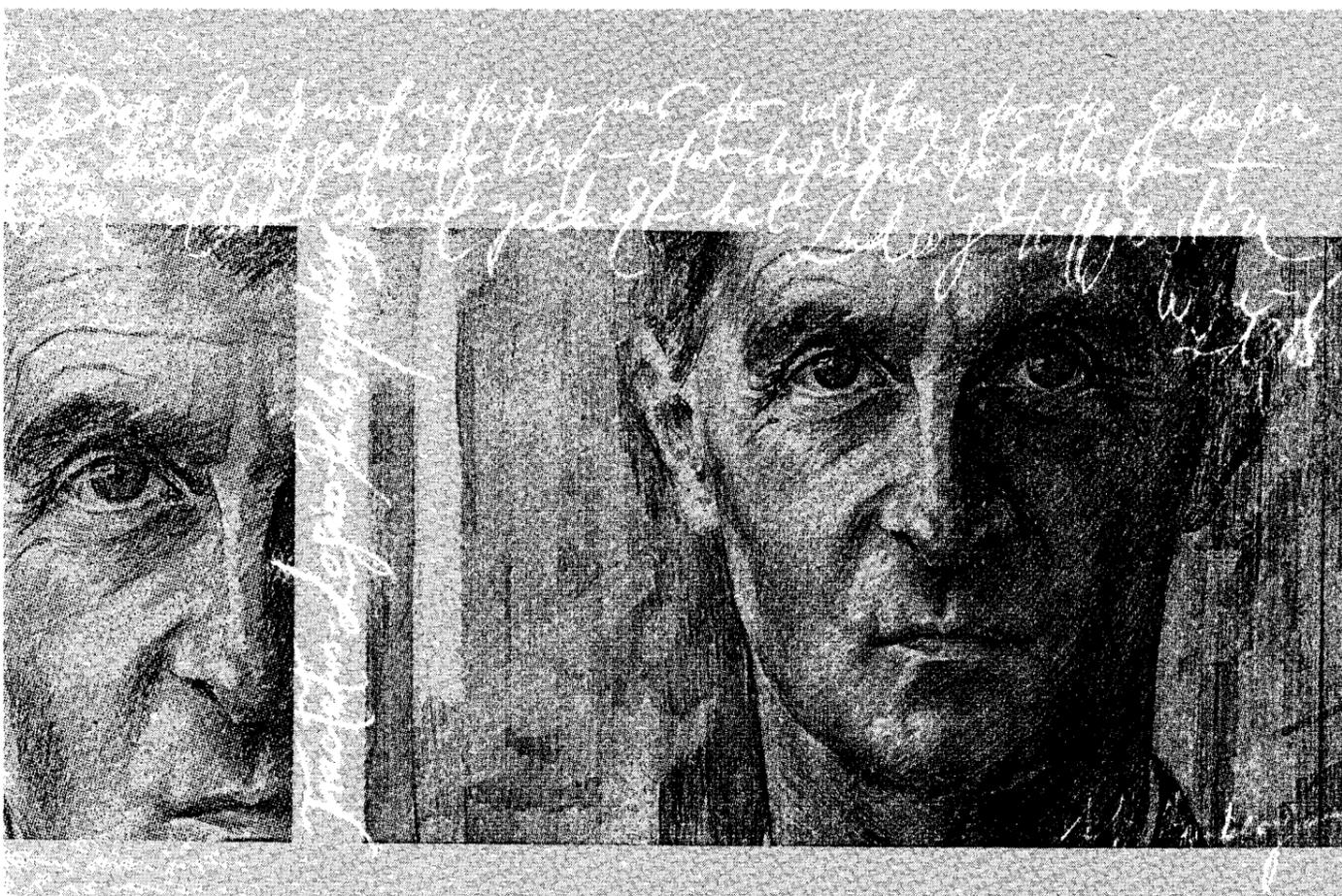
Pero la palabra tiene otra manida y manadero permanentes, otro pastor y dueño. En el principio era la Palabra. Y ese principio no es el inicio temporal, sino el «arché» estructural. Por eso ella puede decirnos lo que nosotros no podemos decir, pero sí oír. Y ésta es la cuestión: ¿Estamos dispuestos a oír en la palabra más de lo que nosotros podríamos poner en ella? ¿Medimos al lenguaje por nuestras posibilidades constructivas y dominativas o le dejamos también a él ser, consintiendo a oír, obaudir y responder, es decir, a creer y obedecer?

Fuera de este mundo

Contra toda ética y teología pretendidamente científicas en el sentido moderno, Wittgenstein tiene sagrada razón al afirmar que lo ético y Dios no pertenecen a este mundo nuestro, por nosotros construido, cercado y vigilado. Nuestros nombres son invocaciones de realidad, aspiraciones y ansias de amor. Todas quedan pendientes en esa suspensión y esperanza infinita de que hablaba un científico tan avezado como San Alberto: «Omne nomen eius manet in admiratione infinitum... per excellentiam et eminentiam infinitam. Propterea quod quolibet nomine significatus in admiratione remanet suspensionis infinitae» (*Summa Theologiae* 3,16. Opera XXXIX, I, 1, pág. 83).

Desde aquí disentimos de la interpretación, tan lúcida y compleja por otro lado, que ha hecho E. Bonete («El irracionalismo ético de Wittgenstein», en *Naturaleza y Gracia*, Salamanca, 3, 1988, págs. 341-391). No hay una «teonomía muy especial que brota como consecuencia de rechazar cualquier fundamento racional a la ética» (pág. 389). Es exactamente a la inversa. La percepción del desbordamiento absoluto de Dios sobre toda palabra usual o científica —la única que Wittgenstein conoce, ya que carece de formación filosófica y teológica técnicas, como la crítica alemana le ha reprochado frente al entusiasmo inglés— le ha llevado a un apofatismo, que es algo mucho más hondo y distinto de un simple irracionalismo. No es que no haya razones: no son válidas las que se tienen a mano. Como no es irracionalismo la postura de Job, sino acerada y lucidísima racionalidad, que desenmascara la insuficiencia e injusticia de sus amigos que no piensan mejor que él de Dios, sino peor.

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

Wittgenstein vive una intuición para la que no tiene palabras todavía; unas experiencias que no han llegado a su desembocadura natural. Se trata de un pensamiento incoado, que no tuvo a mano el instrumental histórico, experiencial y teórico necesarios para prolongar la propia intuición en una palabra destructiva de tópicos anteriores a la vez que reconstructiva de un anhelo y dimensiones universales del alma humana. La fórmula explícita de Wittgenstein es más sutil: «Todavía no hemos dado con el análisis lógico correcto de lo que queremos decir con nuestras expresiones éticas y religiosas» (págs. 42-43). El ha querido mantener en alto la complejidad de la vida antes que reducirla encadenándola a una forma de lenguaje, de racionalidad, de ciencia.

El teólogo sólo quiere añadir una brizna a la reflexión. No sólo tenemos dado el mundo, sino también la palabra. Y tenemos dada la Palabra hecha carne en este mundo. Y de esa Palabra nos ha fluido el Santo Espíritu. Por ello, a la vez que la exigencia absoluta de lo ético, nos ha sido «dada» la Palabra con que nombrarlo y el Espíritu con que responderlo. Junto al lenguaje definidor, instrumental y dominador hay otra palabra, «logos-sermo», es decir, conversación con el hombre, palabra humillada, servidora y crucificada. De esa cruz ha surgido la luz y de ese sufrimiento la gloria. El alumbramiento sanador y esperanzador del hombre nace de la Palabra en Cruz y Gloria. Sólo nos atrevemos a hablar apoyados en la propia palabra de Dios que nos ha sido dada; sólo pasamos del miedo a la confianza, porque Dios nos ha dado a su Hijo como Palabra exterior y a su Santo Espíritu como libertad interior. Y esto funda la ética.

Es sorprendente comprobar que en lo más esencial de la Iglesia, la eucaristía, y en el mismo corazón de ésta, la recitación del «Padre nuestro», la comunidad se exprese en estos términos: «Sólo porque hemos sido alumbrados con las palabras de tu Hijo y porque hemos sido conformados por tu Espíritu nos atrevemos a llamarte Padre.» Porque hay realidad con Palabra y hay palabra con Espíritu, por eso son posibles la teología, como discurso resultante de una vida, y la ética como forma de vida resultante de la experiencia y palabras previas. En el cristianismo to-

do nace y confluye a su origen trinitario: también la ética. Desde él vive, habla y crea San Juan de la Cruz: «Que bien sé yo la fonte / que mana y corre aunque es de noche. / Que bien sé yo do tiene su manida... / Su origen no lo sé pues no lo tiene / mas sé que todo origen de ella viene».

Altozanos metafísicos

Wittgenstein nos ha hecho sospechar esos altozanos metafísicos y trinitarios, necesarios para poder decir algo con rigor y fuerza nutricia. A la realidad corresponde el lenguaje; al Padre corresponde el Hijo. A la realidad y al lenguaje sigue la exigencia y responsabilidad. Aquí Wittgenstein no descubrió cómo en el cristianismo esa categoría está asumida por la de don y respuesta absoluta, que es el Espíritu Santo.

Junto a las categorías trinitarias, Wittgenstein padeció la necesidad de elaborar categorías soteriológicas para la ética. El hombre necesita no sólo explicar su desfallecimiento intelectual ante la realidad, sino su desvalimiento volitivo ante el bien. No entro en una preocupación fundamental de Wittgenstein a la que casi nadie atiende. Sólo indico una pista. En su relación con otro judío y vienés tan genial como él, ésa fue la enconada causa de su distancia y secreta agresividad. Freud ilustra la realidad y al alumbrarla ante la conciencia del hombre la torna más cruel y violenta porque no da fuerzas para transformarla o sanarla. «Hacerse psicoanalizar equivale en cierta manera a comer del árbol del conocimiento. El conocimiento que con ello se obtiene nos enfrenta con nuevos problemas éticos, pero no nos ofrece nada para su solución» (*Verschmiste Bemerkungen*, 34, año 1939).

Wittgenstein no era teólogo, no conocía la historia católica y sólo levemente había percibido lo que era un real cristianismo vivido evangélicamente (pesimismo, imagen de Dios sobre todo como juez, peso excesivo de la noción de pecado, ausencia de categorías referidas al Espíritu Santo...), pero estaba convencido de que es posible una palabra religiosa verdadera, fundada, y por ello esperanzadora: «El pensador religioso auténtico es como

un equilibrista sobre la cuerda. Al parecer avanza casi en el aire solamente. Su suelo de apoyo es el más estrecho pensable. Y sin embargo se puede avanzar realmente sobre él» (*V. B.*, 73, año 1948).

Sobre ese fondo de cuestiones presentamos la obra de Schnackenburg, reelaboración en dos tomos de una primera edición de 1954 que se ha hecho clásica. Quizá es la síntesis más completa de lo que es el mensaje moral del Nuevo Testamento en la persona y enseñanza de Jesús, de las que surge la vida de la primitiva Iglesia (tomo I); en los grandes pensadores, constructores de iglesias y escritores del origen (tomo II). La novedad de esta edición de un clásico consiste en la integración de toda la exégesis de estos decenios y sobre todo de la inserción en la nueva problemática moral (especificidad de la moral cristiana, su racionalidad o comunicabilidad a los no creyentes, método para elaborarse, colaboración entre instancias de autoridad apostólica y de racionalidad científica).

¿Dónde está la gran innovación de la experiencia cristiana frente a la experiencia moral? La irrupción salvífica de Dios en la historia (predicación del Reino por Jesús como

tesoro y perla, que descubre el pecado, provocando a la conversión, la fe y la salvación); el hecho macabro y sobrecogedor de la muerte de Cristo, alumbrado por la resurrección como justificación de nuestros pecados; la experiencia transformadora del Espíritu Santo que suscita la comunidad nueva; la forma de existencia como «nueva creación» de la libertad, de la esperanza escatológica, de una vida eterna ya anticipada a este mundo. Esto cambia todo el horizonte del hombre en el mundo. Crea otro universo de realidad. Y lo mismo que las cosas, siendo las mismas para el animal y el hombre, para el primero sólo son estímulos y para el segundo realidad, así para el cristiano, siendo todo lo mismo, todo ha sido inmutado.

La lógica de la moral

La lógica de la moral ya no es la racionalidad violentadora, sino la exhortación, justificación y promesa, que se dirigen al entero ser personal, con todo el tiempo ante los ojos: memoria del origen y esperanza del futuro. El Nuevo Testamento emplaza al hombre ante una aventura bella y promete una aventura buena: ser como Jesús y, creyendo en Cristo, recibir su Espíritu. Por eso su código supremo no es un catálogo de razones o una lista de preceptos, sino las Bienaventuranzas, retrato final del Jesús que se aventuró bien y que por ello se han convertido en rigurosa y utópica propuesta para sus seguidores.

La obra de Schnackenburg está circundada por la preocupación reciente de los teólogos católicos contemporáneos: la moral autónoma. Uno temería que tras haber salido del cautiverio de la racionalidad neoescolástica ahora caigan en manos de una racionalidad ilustrada sin previa conversión. Me preocupa su desconocimiento de la fenomenología de la religión, a la vez que su falta de conexión y de empatía, tanto con la tradición ortodoxa y sus categorías centrales (glorificación-divinización del hombre por el Espíritu Santo) como con la tradición nacida de la Reforma (más sensible a lo que es el pecado como poder personal y estructural). Cuando uno hace la prueba leyendo lo que la exégesis dice sobre Romanos 1-2 (Michel, Dodd, Kuss, Schlier, Lyonnet, Käsemann...) se sorprende de la pérdida de sustancia bíblica de algunos manuales contemporáneos de moral. La inserción cristiana en el mundo tiene que estar hecha de simpatía compadeciente (ley de encarnación-crucifixión) y de distancia crítica (mensaje del Reino-Reino del Espíritu).

Estos dos libros merecen lectura detenida en España. Las viejas cuestiones de la fundamentación de la ética, con su necesaria o no necesaria conexión con Dios; las nuevas situaciones de la vida democrática, con su compleja convivencia, y sobre todo la tarea educativa, reclaman a gritos nueva atención. □

RESUMEN

Un texto que recoge una conferencia sobre ética del filósofo Ludwig Wittgenstein (para González de Cardedal, la personalidad filosófica que más fascinación, que no influen-

cia, ha ejercido en la filosofía del siglo XX), le sirve al comentarista, apoyado en otras obras, para hacer una reflexión sobre las conexiones entre ética y religión.

Ludwig Wittgenstein

Conferencia sobre Ética

Paidós, ICE de la Universidad Autónoma, Barcelona, 1989. 63 páginas. 520 pesetas.

Rudolf Schnackenburg

El mensaje moral del Nuevo Testamento. I. De Jesús a la Iglesia primitiva

Ed. Herder, Barcelona, 1989. 323 páginas. 1.500 pesetas.

Die sittliche Botschaft des Neuen Testaments. II. Die urchristlichen Verkündiger

Herder Verlag, Freiburg, 1989. 285 páginas. 56 marcos alemanes.

La Revolución Francesa, vista por los alemanes

Por José María Valverde

José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) es catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Eliot, Rilke y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una Historia de la Literatura Universal, y es autor, por citar unos títulos, de Enseñanzas de la Edad (Poesías, 1945-1970) y Vida y muerte de las ideas.

Entre las celebraciones del segundo centenario de la Revolución Francesa ha ocupado un lugar muy especial una «exposición literaria» reflejada en un gran libro-catálogo después de haberse abierto al público, sucesivamente, en el Salon du Livre de París y en el Schiller-Nationalmuseum de Marbach am Neckar —dentro de una ya larga serie de análogas exposiciones—. En este caso, lo que se mostraba era la imagen de la Revolución Francesa —hasta el golpe napoleónico del 18 de Brumario— según la vieron los escritores alemanes, grandes y pequeños, e incluso corresponsales de revistas. De la simpatía al desencanto fue la línea general en ese mundo cultural —sólo Goethe, entre los grandes, se mostró adverso desde el principio—. En perspectiva interna, esa línea representó pasar de un tímido y etéreo sueño de libertad a un nuevo conformismo deseoso de autojustificarse. Ciertamente, en los territorios germánicos no cabía esperar un paralelo con el caso francés: en aquellos 300 pequeños dominios, el contraste entre una incipiente burguesía, con poco dinero y bien vigilada, y sus pequeños monarcas tenía poco que ver con el contraste francés entre una burguesía cada vez más ávida, dueña de la *Ferme Générale*, y una corona tan insolvente como rígida en su poder absoluto.

Entre los preparadores intelectuales de la Revolución Francesa en Alemania ya se conocía mucho a Voltaire y el *Contrato* de Rousseau —antes de traducirse, porque el francés era la lengua de cultura de todas las cortes germánicas, menos, relativamente, Weimar—: en este catálogo vemos cómo alguien justificó el traducir *Candide*, aunque todos prefirieran leerlo en el original, porque así se enriquecían la lengua y el estilo alemanes (curiosamente, hubo partes de la obra de Diderot que se conocieron antes en Alemania, en manuscrito, que en su propio país). Una de las obras pre-revolucionarias francesas que tuvo mayor resonancia germánica fue el *Figaro* de Beaumarchais —*Der lustige Tag, oder Figaro's Hochzeit*—, cuyo éxito dio lugar a la ópera de Mozart, estrenada en Viena en 1786, con libreto inevitablemente en italiano, para ser proscrita en seguida por orden imperial —luego se comprendería que la navaja de aquel barbero era una profecía de la guillotina.

De hecho, el máximo filósofo de entonces, Kant, había justificado ante el mundo el nuevo espíritu —aunque en Francia todavía fuera desconocido—, sobre todo en el artículo «¿Qué es la Ilustración?», de 1784, había lanzado el grito de independencia de la mente, definiendo la Ilustración como «la salida de la razón de su minoría de edad, culpablemente autoimpuesta». A la vez, sin embargo,

Kant se anticipaba a toda revolución decretándola insuficiente: «Mediante una revolución quizá tenga lugar una caída del despotismo personal y de la opresión codiciosa y ávida de poder, pero nunca una verdadera reforma del modo de pensar, sino que nuevos prejuicios servirán, igual que los antiguos, como vínculos de la gran multitud que no piensa.» Pero en esta recopilación, el punto débil está en la más pura teoría: sólo de refilón se alude a Fichte y sus casi jacobinas *Aportaciones para la justificación de los juicios del público sobre la Revolución Francesa* (1793), no mencionándose siquiera el ensayo de F. Schlegel *Sobre el concepto del republicanismo* (1796).

Para muchos alemanes de entonces, en la Revolución Francesa se jugaba el destino de la humanidad: Gentz, autor de una historia de esa revolución que no se publicó hasta mucho después, escribía en una carta de 1790, ya con inquietud: «Su fracaso lo consideraría yo como una de las más duras desgracias que han afectado nunca a la raza humana. Es el primer triunfo práctico de la filosofía, el primer ejemplo de una forma de gobierno basada en un sistema coherente de conjunto. Es la esperanza y el consuelo de tantos viejos males bajo los que suspira la humanidad. Si se echara atrás la Revolución, todos esos males se harían diez veces más incurables.»

Lema de los espíritus germánicos

Uno de los más insignes admiradores de la Revolución fue Klopstock, el máximo poeta alemán de entonces; un verso suyo, que sirve de título a este libro-catálogo —«O Freyheit! Silberton dem Ohre...» ¡Oh libertad! ¡Sonido argentino para el oído!...—, se convirtió en el lema de los espíritus germánicos abiertos a los nuevos sentimientos (aunque paradójicamente procedía de una oda, de 1760, en homenaje a la monarquía danesa por el centenario de haber establecido el «despotismo ilustrado», superando el poder de los nobles). En 1788, Klopstock escribió una oda *A los Estados Generales*, los cuales, como señala en este volumen otro autor de entonces, fueron el verdadero comienzo de la Revolución, al convocarlos Necker dando tantos puestos al «tercer estado» como a la aristocracia y al clero sumados. En 1790 lamenta el poeta que no sea su patria, sino Francia, la que sube «a la cumbre de la libertad»: en 1792, la Asamblea Nacional francesa le nombra ciudadano francés, junto a George Washington y otros. A título de tal, sin embargo, Klopstock protesta contra los desarrollos posteriores, aunque todavía en 1793, ya ejecutado Luis XVI, desmiente haber devuelto su título de ciudadanía francesa. El repudio tiene lugar después: cuando Carlota Corday apuñala a Marat en su bañera, Klopstock la ensalza como «sublime varona» («erhabene Männin»), y declara su acción «no asesinato, sino defensa necesaria en nombre de la patria». Y luego cantará «su error»: «¡Toda mi alegría, ay, mi delicia ha pasado! Pues la libertad se ha vuelto al cielo...»

Goethe no tuvo la menor simpatía por la Revolución Francesa, cuya importancia comprendió. En 1790 escribe a su duque: «Ahora



Goethe, grabado de J. H. Lips.

se forja el hierro y, si no hay guerra, en poco tiempo se consolidará una nueva forma de Europa.» Algún epigrama suyo revela su antipatía, mayor hacia los «philosophes» que hacia los «sans-culottes» («Ohnehosen»): «Todos los apóstoles de la libertad me caían mal —pues sólo buscaba cada cual la arbitrariedad—. Si quieres librar a muchos, atrévete a servir a muchos...» Más interesante fue su comparación entre el luteranismo —por él odiado— y el «francesismo» («Franzthum»); dice que lo que fue aquél antaño es ahora éste: «La sosegada cultura se echa atrás». Los recuerdos de Goethe, su «campana de Francia», resultan un tanto ambiguos por el tiempo transcurrido: como es fama, cuenta haber dirigido la palabra a las tropas aliadas contra Francia en la víspera de la batalla de Valmy: «De aquí arranca una nueva época de la historia universal, y podréis decir que estabais presentes». Pero dado que, al escribir, sabía que esa fue la primera victoria de los revolucionarios, no sabemos si realmente estaba ensalzando el triunfo de sus enemigos o celebrando su propia providencia. Una curiosa anécdota de Goethe aparece aquí: en la Navidad de 1793 escribe a su madre para que ésta regale al nieto August, de catorce años, una guillotina de juguete —idea que horrorizó a la anciana—. En el orden literario, Goethe tomó la Revolución como elemento de varias obras suyas, unas comedias, el largo poema *Hermann y Dorothea* —sólo a modo de lejano fondo— y, más directamente, sus *Conversaciones de emigrados*.

Estas, por cierto, aparecieron en 1795 en la revista de Schiller *Die Horen*, junto a las primeras *Cartas sobre la educación estética de la humanidad*, también eco de la Revolución Francesa. Schiller, por la traducción (1785) de su resonante *Los bandidos* —llevada a escena en 1792—, les pareció a los franceses un precursor de su Revolución —para él, inicialmente, «gran destino de la Humanidad», donde se preparaba el estado de razón propugnado por Kant—. Pero pronto dudó de que Francia pudiera llegar a tener nunca una verdadera «mentalidad republicana». Y en esto, en 1792, la Asamblea Nacional, después de nombrar, como se dijo, ciudadanos honorarios a Klopstock y a otros, aceptó añadir también a «le sieur Gille, publiciste allemand». «Gille» era Schiller: éste lo supo por los periódicos y dudó si ir a París a agradecerlo, pero la ejecución de Luis XVI le hizo abandonar el viaje y pensar en protestar, ahora como «citoyen français». No protestó, pero renunció desde entonces al «juvenil prurito de encajarles a los hombres lo mejor, porque las cabezas no preparadas no saben usar aún lo mejor y más puro»: «El gran momento —dijo— ha encontrado una raza débil». La carta con su nombramiento, al ir dirigida a «M. Gille», no le llegaría hasta años después, ya como viniendo «del reino de los muertos» —la firmaba Danton—. Mientras, en 1794, empieza a escribir Schiller, como resultado de su evolución, sus *Cartas sobre la educación estética de la humanidad*, dirigidas a su príncipe local: hay que educar mediante lo estético antes de dar paso al ejercicio de la libertad. Y, sin embargo, la imagen de Schiller que

daría, para la posteridad, como la del apóstol de esa libertad.

Muy diversa, aunque algo confusa, fue la experiencia de Hölderlin, que desde 1788 estaba en la Fundación de Tübingen con Hegel —al año siguiente se les unió Schelling, compartiendo habitación los tres—. El impacto de la Revolución cambió sus planes: ya no sería teólogo y párroco, sino filósofo y poeta. Y con este sentir compone un *Himno a la libertad* y otro a la humanidad, cuyos ecos llegan al *Empédocles*. En 1792 escribe a su hermana, a propósito de la guerra entre Francia y Austria: «Reza por los franceses, los defensores de los derechos humanos». Más adelante, sin haberse hecho eco del Terror, acabará el siglo dejando a medio escribir alguna oda de homenaje a Bonaparte.

Otros grandes escritores aparecen en esta perspectiva —Herder, Wilhelm vom Humboldt, que llega a París cuando todavía están derribando la Bastilla—, pero la mayor parte del volumen la ocupan muy variados testigos alemanes del tiempo, entre los que interesan especialmente algunos cronistas; así ocurre que el *Journal des Luxus und der Moden* cuenta con una persona —sin duda femenina— que cuenta, por ejemplo, cómo vio surgir el tricolor francés, aplicado a abanicos y sobre todo a la «cocarde nationale», la escarapela, al principio en verde oscuro, luego en blanco, azul celeste y rosa y, por fin, como hasta hoy, rojo, blanco y azul. Esos colores, le explican a la cronista en octubre de 1789, «son sólidos». Y ella comenta: «La palabra "sólido" en boca de una vendedora de modas es una nueva demostración de que los franceses ya no son los de antes». Y por la misma revista nos enteramos de que en 1792 había una juventud elegante que se adornaba, bailaba, cantaba y jugaba como antes, «sin la menor escasez»; las damitas vestían todos los matices del pardo «hasta el negro»; los caballeros ostentaban «la más abigarrada policromía», saludando a la República solamente con llevar la «cocarde nationale» en el sombrero, «negro, peludo, de copa alta y ala estrecha, inclinado negligentemente a un lado del lanoso peinado». También habla esa revista de los nuevos naipes republicanos, por supuesto sin rey ni dama ni «valet» y, en cambio, con una carga de simbolismo para las nuevas figuras: en vez del rey de corazones, el genio de la guerra, etc.

Ya en el crepúsculo de la Revolución, en 1796, aparece en Alemania un *Nuevo diccionario francés*, como apéndice a una gramática, donde se definen las palabras que resultan nuevas, bien porque han adquirido un sentido no tradicional, bien porque han surgido de nueva planta. Entre aquéllas están, por ejemplo, «déclaration» (así, la de los derechos del hombre) o «égalité»; entre éstas, «assignat», el papel moneda emitido por la República, precedente del actual —y satirizado por Goethe en la segunda parte de *Fausto*—, y «tachygrave», o sea, «taquígrafo», una profesión surgida por necesidades de la Asamblea Nacional para registrar todo lo que en ella se dijera.

Al final emerge el Directorio y la figura de Buonaparte, «le jeune capitaine, le mitrailleur des honnêtes gens», al principio visto como posible restaurador de la Revolución y luego como déspota. Para Alemania, esa será otra historia, no menos ambivalente que la de su toma de posición ante la Francia revolucionaria. □

En el próximo número

Artículos de José Hierro, Andrés Amorós, F. Rodríguez Adrados, J. Ferrater Mora, Salvador Giner, Gabriel Tortella y F. Rubio Llorente.

RESUMEN

El profesor, ensayista, poeta y traductor José María Valverde comenta un libro-catálogo de una exposición, vista en París y en la ciudad alemana de Marbach am Neckar con motivo de las celebraciones del segundo centenario de la Revolución Francesa, y en la que

se mostraba cómo los hombres de la cultura alemana, escritores, pensadores y filósofos, habían recibido este hecho capital de la historia moderna de la humanidad y la huella que tal acontecimiento había dejado en sus propias obras.

Autores varios

«O Freyheit! Silberton dem Ohre...» *Französische Revolution und deutsche Literatur, 1789-1799*

Deutsche Schillergesellschaft, Marbacher Kataloge 44, Marbach am Neckar, 1989. 522 páginas.

De perdidos, al río

Por José Hierro

José Hierro (Madrid, 1922) es uno de los poetas más importantes surgidos tras la guerra civil. Su primer libro, *Tierra sin nosotros*, es de 1947, año en el que obtuvo, además, el Premio Adonais con *Alegría*. Autor de una obra no demasiado extensa, crítico de arte también, Hierro obtuvo en 1953 el Premio Nacional de Literatura, el Premio Juan March en 1959 y el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1981, entre otros.

«Mi poesía completa la tengo ya, no como ahora se acostumbra a decir, "prácticamente hecha", sino de veras concluida. ¿Qué pasaría si yo tuviese la frialdad, la decisión, la apuesta no por un subtítulo, sino por un sobretítulo? Por ejemplo, éste: *De perdidos, al río...*, y debajo podría ir lo de poesía completa. A mí me parece que a muchos lectores les haría gracia. Por ejemplo, a mí. Pero a otros no. Y especialmente en ciertos gremios tan honorables y expertos como los editores y otros anejos inevitables. Póngalo, pues, mi lector de hoy donde le plazca, pero póngalo —arriba, abajo o al margen— en la portada bien visible».

El fragmento transcrito pertenece al prólogo escrito por Gerardo Diego en 1985, año en que finaliza la recopilación y ordenación de toda su obra poética, que reúne 40 libros publicados y 300 poemas inéditos (algunos publicados en revistas y un centenar en una especie de antología aparecida en 1985): setenta años de dedicación a la poesía se reflejan en estos dos volúmenes.

Aunque parezca extraño, son sus primeras Poesías Completas. «Mis compañeros y amigos han publicado su obra completa y algunos con mayúscula —Obra Completa— desde que cumplieron los cincuenta, los cuarenta y aun los treinta, lo que a los más perezosos les ha tentado a nuevos remojones con las consiguientes enmiendas y desfiguraciones. Y han armado el enredoso lío para regocijo de ellos mismos y de sus lectores, singularmente entre hinchas, profesores y coleccionistas...».

Quien ha escrito estas y las anteriores palabras es un anciano de noventa años. Es una ocasión solemne y deseada. Y, sin embargo, como se ve, al dirigirse al público lector, a la posteridad, adopta un tono jovial, desenfadado, juvenil. Habla de lo que fue la razón de su vida sin engolamiento. Y sin resentimiento. Toda su poesía ha tardado en reunirse. Y él no llegará a verla editada.



TINO GATAGAN

Todos sus compañeros del 27 fueron, en uno u otro momento, «el» poeta emblemático, el maestro de los que venían tras ellos. Lorca o Guillén en la década de los veinte; Salinas en la de los treinta, cuando aparecen esos hermosos poemas de amor que son *La voz a ti debida* y *Razón de amor*; Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre en los cuarenta; Cernuda a partir de los cincuenta. No sucedió lo mismo con Gerardo Diego. Y es que Gerardo era un poeta Jano, de doble cara, incapaz de cla-

sificar. No se trata de que en su obra existan etapas diferentes —como sucede con Lorca, neopopularista primero, superrealista después—, sino que prácticamente desde sus primeros versos es poeta dúplice: «Yo no soy responsable de que me atraigan simultáneamente el campo y la ciudad, la tradición y el futuro; de que me encante el arte nuevo y que me extasie el antiguo; de que me vuelva loco la retórica hecha, y me torne más loco el capricho de volver a hacérmela —nueva— para mi uso personal e intransferible».

Sus primeros poemas conservados —que ahora conocemos en la sección de su *Poesía Completa* en que se incluyen los inéditos— son, curiosamente, sonetos. Fueron escritos en 1915 y 1916. Es curioso que cuando la poesía, tras Juan Ramón Jiménez, ha conquistado mayor libertad gracias al verso libre, Gerardo Diego utilice una forma tradicional poco utilizada por aquellos días. Sonetos en los que, además, se mezclan el rigor y el humor: dos de ellos son a manera de ejercicios retóricos —«Soneto en pe», «Soneto en qu»—, donde utiliza palabras en las que siempre aparecen las consonantes que indican

los títulos: «versifique», «badulaque», «triquitruque», «pique», etc. Es una manera de acatar las exigencias de la retórica tradicional y, paralelamente, de burlarse de la propia poesía, a la que adora.

Más tarde, cuando ya su personalidad se haya perfilado, tras el desahogo adolescente —*El romancero de la novia*, de 1917—, ocurrirá el descubrimiento del creacionismo, que llega a España de la mano del chileno Vicente Huidobro. Había en los círculos poéticos jóvenes inquietud, búsqueda de nuevos caminos que permitiesen huir del magisterio, abrumador y genial, de Juan Ramón Jiménez. A partir de ahora —1918— el poema va a ser, en palabras de Huidobro, «algo que no puede existir sino en la cabeza del poeta. Y no es hermoso porque recuerde cosas vistas, a su vez hermosas, ni porque describa hermosas cosas que podemos llegar a ver. Es hermoso en sí y no admite términos de comparación. Y tampoco puede concebirse fuera del libro. Nada se le parece en el mundo externo...». Gerardo Diego abraza con entusiasmo la nueva

En este número

Artículos de

José Hierro	1-2	Salvador Giner	8-9
Andrés Amorós	3	Gabriel Tortella	10-11
Francisco Rodríguez Adrados	4-5	Francisco Rubio Llorente	12
José Ferrater Mora	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



De perdidos, al río

fe poética y a ella será fiel hasta sus últimos años (cuando para tantos poetas de su generación no fue sino un ejercicio de vanguardismo que duraría poco tiempo). Pero su fervor no le impedirá renunciar a su faceta de poeta tradicional. Esta sucesión de poemarios escritos desde ambas perspectivas poéticas durará lo que dure su vida. E incluso inventará una tercera vía: la unión de ambas, el molde tradicional en el que vierte materia poética creacionista, como en su *Fábula de Equis y Zeda*. Es un extraño maridaje entre la vanguardia y el clasicismo (o el barroquismo). La poesía vanguardista saca la lengua a la tradicional.

Las Hojas

La última sección de esta *Poesía Completa* la constituyen lo que Gerardo Diego llama *Hojas*. Son los poemas inéditos en libro, escritos entre 1915 y 1982. Muchos de ellos podrían haber sido incluidos en los libros publicados, pues fueron escritos por las mismas fechas y no son, de ningún modo, inferiores. El

Qué es

Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléf.: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.



Gerardo Diego en Soria (Curso 1921-22).

poeta no los rechazó por considerarlos de menor calidad, sino por razones que no aclara, ni importa la aclaración. Es aquí donde el lector apasionado de Gerardo Diego hallará las mejores sorpresas y satisfacciones. Y la corroboración de que el poeta conservó, hasta sus últimos años, la facultad de crear, de sorprender, de encantar, de adorar y de burlarse de la poesía (¡qué gracia la de esas *Jinopepas*, letrillas retozonas en las que el poeta descargaba su sentido del humor!). Y siempre con ese refinado instrumento expresivo que caracteriza a toda su producción.

Y, sin embargo, Gerardo Diego no fue nunca «el» maestro, no tuvo discípulos (aunque, gracias a eso, tampoco tuvo imitadores). Decía yo al principio que tal vez sea por su condición de poeta Jano. Pero es posible que haya más razones. En la poesía contemporánea el lector halla, en la mayoría de los casos, una cosmovisión implícita o explícita. Puede reducir a su ídolo a fórmulas, de acuerdo con los temas tratados en sus poemas. Pero en Gerardo Diego no es posible esto. Lo mismo que los poetas de los Siglos de Oro, se sentía atraído por todo lo que lo rodeaba. No existía para él diferencia —desde el punto de vista de sus posibilidades poéticas— entre lo divino y lo humano, entre lo significativo y lo insignificante. No estableció —ni había por qué— jerarquías. Con el mismo entusiasmo escribía del amor que del juego de bolos; de Dios que de la suerte de banderillas. Para él, la poesía tenía validez por sus logros expresivos, no por la índole de los temas tratados.

Por otra parte, Gerardo fue siempre a su aire, un poco a contrapelo. Hace poesía de vanguardia —1918— cuando nadie en España la hacía. Y continúa escribiendo creacionismo cuando, para los amigos de la novedad por la novedad, el creacionismo ya ha pasado a la Historia. Después, en la posguerra, cuando la poesía quiere ser protesta, crítica, documento dramático de tiempos sombríos, Gerardo Diego publica libros de un rigor y una contención extremos, como su *Alondra de verdad* o *Angeles de Compostela*, que algunos consideran inmersos en la corriente garcilasista

en trance de ser desbancada por el tremendismo. Y paralelamente continúa beneficiando su veta vanguardista, precisamente cuando la vanguardia es pasado (y es futuro, pues sería redescubierta más tarde).

Final

Pero dejemos estas digresiones surgidas al hilo de la lectura de los dos primeros tomos —ambos dedicados a su poesía; los de prosa tardarán, por lo visto, en llegar— de la *Obra Completa* de Gerardo Diego. Incluye las versiones poéticas, traducciones más o menos libres, de poetas de otras lenguas (por cierto, que no he visto en esta *Obra Completa* su versión de *El cementerio marino*, de Paul Valéry, en la que conserva el metro del original y también el sistema de rimas, lo que la convierte en un verdadero «tour de force»), así como —en la sección *Hojas*— unos hermosos poemas en prosa escritos entre 1924 y 1959. Excelente la introducción de Francisco Javier Díez de Revenga, la cronología (ilustrada con abundantes fotografías del poeta) y la bibliografía. Al final de cada libro incluido en la obra, Díez de Revenga aclara, en notas muy precisas, peculiaridades del libro o de poemas que lo constituyen.

Y ahora sólo queda leer y releer al poeta, sentir cómo viven sus versos, esperar su resurrección. Aunque lo cierto es que está bien vivo aunque para algunos no «esté de moda».

RESUMEN

Aunque parezca extraño nos encontramos ante las primeras Obras Completas de Gerardo Diego, que recogen setenta años de actividad poética, como advierte José Hierro, al comentar estos dos volúmenes. Preparadas en 1985 por el propio poeta, aparecen ahora,

una vez que el autor de estos 40 libros y 300 poemas inéditos, de que consta la recopilación, ha muerto ya. Otro poeta, Hierro, figura clave en la poesía de posguerra, se adentra en estos volúmenes, compendio de toda una vida de creación.

Gerardo Diego

Obras Completas (Poesía, I y II)

Ed. del autor y de F. J. Díez de Revenga, Aguilar, Madrid, 1989. CXI + 1550 páginas (I) y 1564 páginas (II). 5.000 pesetas cada volumen.

SUMARIO

	Págs.
«De perdidos, al río», por José Hierro, sobre el libro <i>Obras Completas</i> , de Gerardo Diego	1-2
«Ad maiorem literaturae gloriam», por Andrés Amorós, sobre el libro <i>Obabakoak</i> , de Bernardo Atxaga	3
«Orfeo, el hechicero de la palabra», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>Orpheus. The Myth of the Poet</i> , de Charles Segal	4-5
«Atenea negra», por José Ferrater Mora, sobre el libro <i>Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization</i> , de Martin Bernal	6-7
«La fragua del privilegio», por Salvador Giner, sobre los libros <i>La distinción</i> y <i>La Noblesse d'Etat</i> , de Pierre Bourdieu	8-9
«Una ciencia optimista», por Gabriel Tortella, sobre el libro <i>A Concise Economic History of the World</i> , de Rondo Cameron	10-11
«Los ingleses en China», por Francisco Rubio Llorente, sobre el libro <i>L'empire immobile ou le choc des mondes</i> , de Alain Peyrefitte	12

Ad maiorem literaturae gloriam

Por Andrés Amorós

Andrés Amorós (Valencia, 1941) es catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense y autor de numerosos libros de crítica literaria y ensayo, como *Vida y Literatura en «Troteras y danzaderas»*, *Eugenio d'Ors*, crítico literario, *Introducción a la literatura e Introducción a la novela contemporánea*.

La novela española goza hoy de buena salud: es el género preferido por los lectores, se multiplican los premios y las colecciones, intentan cultivarla los poetas...

Por detrás de esa «fermosa cobertura», ¿qué existe, en realidad? «Tolgamos la corteza, al meollo entremos». ¿Con qué nos vamos a encontrar? Por un lado, con mucha chapuza, mucha improvisación, mucha pedantería. Por otro, con la plena «normalidad cultural»: un panorama equivalente al de cualquier país occidental, con la influencia enorme de los medios de comunicación de masas y la fuerza arrasadora de la comercialidad.

Con demasiada frecuencia nos encontramos con obras de las que hablan todos los medios, pero que han sido hechas de prisa y corriendo, para cumplir un encargo editorial o aprovechar una coyuntura.

No nos encarnicemos: en el pecado llevarán la penitencia. Esos «productos» nacen para ser jaleados por los amigos y vender algunos miles de ejemplares. Bastará con el paso de un año para que nadie los recuerde.

A cambio de todo eso, dos circunstancias positivas marcan hoy claramente el signo de nuestra narrativa: existe libertad y existe información. En los dos aspectos hemos avanzado muchísimo: ya queda muy lejos la época de la autocensura, el provincianismo y las consignas políticas. La pluralidad de nuestra narrativa es el mejor motivo de esperanza de cara al futuro.

Verdadera literatura

Pero todo esto es sociología descriptiva. La verdadera literatura comienza cuando llega a nuestras manos un libro que nos emociona, nos divierte, nos hace soñar. Toda la tarea del crítico —del lector— cobra entonces significado y justificación.

Así me ha sucedido ahora con el libro de un joven escritor vasco, Bernardo Atxaga. Para mayor alegría, no había leído nada suyo ni sabía apenas nada de él. No se trata de presumir de «descubridor»: *Obabakoak* ha obtenido el Premio Nacional de Narrativa. Está bien, pero no es suficiente para asegurar nuestro entusiasmo.

Enfrentémonos, por una vez, con un libro con total inocencia, sin prejuicios: lo mismo que hizo Ana Ozores cuando «vio» por primera vez el *Tenorio* en Vetusta, una lluviosa noche, el 1 de noviembre de 1877.

Un personaje singular, el señor Smith, ha contado una historia. Uno de los dos amigos que le escucharon se pregunta quién será. El otro contesta: «No lo sé. Pero seguro que es escritor.» Lo mismo podría aplicar uno a Bernardo Atxaga: casi lo único que sé de él es que se trata de un verdadero escritor; como se decía antes, con algo de cursilería, un escritor «de raza».

El lector que tenga algo de sensibilidad lo advertirá al instante: no se mueve en el campo de las ideas, sino en el de las sensaciones y los sentimientos. Le hablan los lugares, el clima, las plantas. Hasta la nota autobiográfica la convierte en narrativa: en vez del inevitable «currículum», nos habla de la vida humana en términos del juego de la oca.

La sorpresa se acrecienta si uno tiene prejuicios sobre la cultura en el País Vasco. A ese mundo alude la mítica geografía del pueblo de Obaba, pero lo hace sin ningún costumbrismo localista. Cuando se posee talento litera-



ASUN BAI ZOLA

rio, el enraizamiento puede ser el mejor camino para alcanzar la universalidad: «Si, intentaríamos averiguar el secreto de los pastores. Era muy probable que, de conseguirlo, lo aprendido rozara lo universal...».

En el libro no hallamos rastros de ese elemental compromiso político que ha lastrado tanta literatura bienintencionada. Más aún, escribe Atxaga con libertad, sin ningún complejo de inferioridad: su Obaba pretende situarse, sin más, al nivel de Cambray, Macondo o Yocknapathawa.

Unas líneas para la descripción: el libro se compone de 26 relatos enlazados por la viejísima técnica del «marco». La parte inicial se denomina «Infancias»: un título válido también para el resto del libro, que nos propone una mirada ingenua, sin malear. La central es una novela corta situada en un pueblo castellano, Villamediana. En la final, el narrador viaja «en busca de la última palabra». La vieja anécdota del lagarto que quizá se metió en la cabeza de un compañero de escuela sirve de hilo o senda de piedrecitas blancas, para no perderse en este bosque.

Referencias múltiples

Salvo la parte central, los relatos de Atxaga tienen las dimensiones habituales, en torno a diez páginas. Alguna vez, como ejercicio de virtuosismo, le bastan un par de páginas o una sola para obtener un resultado brillante.

Los relatos de Atxaga tienen como referencia evidente los cuentos tradicionales, los mitos, la literatura oral, el folklore, el cuento infantil; en la literatura «cultura», los géneros clásicos: histórico, de aventuras, de terror...

Detrás de esos relatos están, evidentemente, *Las mil y una noches*, Borges, Chejov, Baroja, Cortázar, Stevenson, Lewis Carroll, Poe... También se cita a Balzac, Gautier, Melville, Zola, Pirandello, Hoffmann, Hardy, Kipling...

No se desoriente el lector por esta ristra de nombres: estamos, aquí, en las antípodas

de cualquier culturalismo ostentoso. Simplemente, Atxaga lleva a la práctica la vivencia de la literatura como un eterno presente: eso es lo verdaderamente moderno, nos dice con perspicacia. Sabe que la verdadera originalidad sólo se alcanza si se ha asimilado personalmente la tradición.

¿Cómo no recordar a Borges cuando leemos la eterna metáfora del diccionario como el todo? Cuando, en medio de una atmósfera creíble, a un pastor le salen alas y se aleja volando, ¿cómo no pensar en la bellísima muchacha que subió a los cielos, en *Cien años de soledad*? El brillante ejercicio «Para escribir un cuento en cinco minutos» deslumbra como los juegos de Cortázar.

No se trata de descubrir antecedentes, sino de aludir a familias. Conoce Atxaga la gran tradición del relato y su fantasía creadora funciona con ella; a través de ella. A la vez, su criterio literario es de una sensatez poco común. No olvidemos su definición de los buenos cuentos: los que «expresan cosas esenciales y no simples anécdotas».

Cuando escribe un «Método para plagiar», no nos da una broma, sino algo perfectamente serio: la burla de muchas pedanterías actuales y la propuesta de un programa literario muy certero. El lo formula para la literatura vasca; como es lógico, resulta válido también para cualquier otra: seleccionar textos de argumento claro, dejar de lado todo li-

bro raro, alterar las circunstancias de tiempo y lugar...

Es decir, prescindir de cualquier prurito de novedad y volver a contar —lo mejor posible, eso sí— las viejas historias, las eternas historias que han hecho soñar a los hombres de cualquier época.

Todavía añade, con ironía: «Tiene que haber alcanzado cierta fama. Porque si su nombre es conocido y suena mucho por ahí, las razones antes mencionadas cobrarán una fuerza y un relieve extraordinarios».

Encanto poético

Había escrito Atxaga en lengua vasca poemas y libros para niños. Esta es la primera de sus obras que se publica en castellano, traducida por él mismo. Su lenguaje posee un gran encanto poético: es la piel adecuada para una manera de «ver» el mundo (ése es el verdadero estilo: un problema de «visión»).

Al final del libro, el protagonista nos descubre su intención: buscar «una palabra», la palabra «única», la palabra «necesaria». Como un pescador que lanzara su caña al mar y sólo buscara un pez... Es lo mismo que han dicho Azorín, Maupassant, tantos otros.

Por eso modifica Bernardo Atxaga el viejo lema jesuítico: «Ad maiorem literaturae gloriam». A eso han consagrado su vida todos los escritores auténticos. □

RESUMEN

Andrés Amorós sitúa esta novela del vasco Bernardo Atxaga, con la que obtuvo el Premio Nacional de Narrativa, en el panorama actual. La pluralidad de la narrativa le parece el mejor motivo de esperanza de cara al futu-

ro. Se puede ser optimista, señala, cuando aparece un libro que emociona, divierte y hace soñar como este de Atxaga, que está escrito, parafrasea Amorós el viejo lema jesuítico, para mayor gloria de la literatura misma.

Bernardo Atxaga

Obabakoak

Ediciones B, Barcelona, 1989. 382 páginas. 1.700 pesetas.

Orfeo, el hechicero de la palabra

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emerita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Charles Segal, profesor de lenguas clásicas y literatura comparada en Princeton, es autor de una serie de libros bien conocidos sobre poesía y mito antiguos en relación con Píndaro, la Tragedia griega y la Bucólica. En este nuevo libro estudia el mito de Orfeo a través de la poesía griega y latina, haciéndolo culminar en la literatura de nuestro siglo: en Rilke sobre todo, pero también en Paul Valéry, Anouilh y diversos poetas y escritores ingleses y americanos, así como en una recreación cinematográfica como es el *Orphée* de Cocteau.

En realidad, el libro no intenta explorar eruditamente todo lo que puede saberse sobre el mito y la religión de Orfeo en la Antigüedad, ni tampoco sigue paso a paso el desarrollo de la simbología de su figura a lo largo de la historia: Orfeo como símbolo cristiano, por ejemplo, está tratado muy levemente (aunque es muy interesante la referencia a *El divino Orfeo* de Calderón, pág. 166). Reúne diversos estudios publicados anteriormente y les añade dos capítulos nuevos que los complementan, para de este modo proyectar luz sobre los momentos decisivos en la evolución del mito —en Virgilio y en Rilke— y estudiar con mayor o menor detalle otros momentos.

Llegado a Grecia, como tantos otros elementos culturales, de Tracia, Orfeo representa algo muy antiguo y muy nuevo. Muy antiguo: reúne rasgos del antiguo chamán que, con su magia, atraviesa los límites entre lo humano

y lo natural, la vida y la muerte. Eso es su poesía: magia que hace que le sigan los animales, las plantas y las piedras del bosque, que convence al rey de los infiernos para que deje escapar de allí a su amada. Y muy moderno: de un lado, Orfeo es el fundador de una nueva religión, que busca la pureza del iniciado y su salvación; de otro, su fracaso final cuando no logra salvar a Euridice de los infiernos, cuando ésta le es de nuevo arrebatada al volverse Orfeo a mirar hacia ella, provoca un momento de reflexión sobre el hombre, la vida y la muerte.

Desde la antigüedad misma, Orfeo, navegando con su lira en la nave Argo, es, además, el prototipo del poeta, ese heredero del mago que hechiza y persuade con la palabra, que trasciende los límites de la humanidad. Introduce, con este mito de la fuerza suprema del lenguaje y la música —que no vale, sin embargo, ni para salvar a su amada de la muerte ni para salvarse a sí mismo cuando le despedazan las mujeres de Tracia—, un tema de reflexión sobre el arte.

Presentar todo esto en términos generales es la obra del primer capítulo de nuestro libro. Despliega una panorámica general a partir de los escasos rastros griegos del mito, casi siempre centrado en el tema del cantor que apacigua a las fieras, los vientos y las olas; que, en la *Hipsípila* de Eurípides, hace que recobren brío con su canto los fatigados remeros. Otros pasajes de Eurípides quieren ver tan sólo su don de persuasión sobre los dioses infernales. Ciertamente, Platón habla ya de su fracaso: según él, sólo logró liberar de los infiernos a un fantasma de su amada. Y Antipatro de Sidón, un poeta helenístico, habla ya de su muerte.

En suma, la figura de Orfeo es desde el principio ambivalente. Pero en la Antigüedad griega dominan los acentos positivos. Para Píndaro, Orfeo es enviado por Apolo, es «el que toca la lira, padre de los cantos». Su cabeza, arrojada al mar por las ménades, llega junto con su lira a Lesbos y es, aquí, el fun-

dador de la lírica griega. Segal coloca muy bien los pocos datos que tenemos dentro de un conjunto más vasto que se refiere a la interpretación de la palabra como hechizo, a su poder de persuasión: sobre todo, en boca del poeta y del amante. ¿Cómo iba Helena a resistir a Paris, dice Gorgias en su *Elogio de Helena*, cuando aquél tenía a su servicio al *lógos* que seduce y arrastra incluso a los dioses?

Pero también coloca Segal a Orfeo en otro conjunto de datos: los héroes que quisieron vanamente derrotar a la muerte, tal Asclepio, o los dioses de los cultos agrarios que perecen tras la victoria y el amor, tales Dafnis y Adonis. O los héroes que descienden al infierno, tales Odiseo, Hércules, Teseo.

Así, Orfeo representa un paradigma sobre los límites humanos: el poeta rompe esos límites, pero, como hombre, fracasa al final ante la muerte, que ni el amor respeta siquiera.

El canto de Orfeo

A lo largo de una serie de poetas, a partir de Virgilio sobre todo, esta doble temática es explorada una y otra vez. Segal empieza presentando ese doble motivo en el *Lycidas* de Milton y su culminación en Rilke. Pero hace ver que la visión de la comunidad del hombre con la naturaleza, derivada del antiguo mito del canto de Orfeo, se ha desarrollado, sobre todo en la Antigüedad, en el cuadro de la Bucólica.

A partir de ahí, sin duda, llegó a Virgilio: a alusiones en las *Bucólicas*, donde además hay otros temas emparentados, como el de Sileno, hay que añadir, sobre todo, la narración del mito de Orfeo al final de la cuarta *Geórgica*. A este tema es dedicado íntegramente el capítulo II del libro.

No sabemos de dónde provienen exactamente una serie de detalles del mito de Orfeo tal como Virgilio lo narra; el caso es que su versión dominó ampliamente toda la posteridad. Lo entrelaza con el de Aristeo, otra di-

vididad agraria, inventora de la agricultura: su intento de conquistar a Euridice, la amada de Orfeo, hizo que ésta, en su huida, tropezara con la serpiente causa de su muerte.

Quizá sea innovación de Virgilio: en fecha anterior no se habla de Aristeo en este contexto; así, en el bello mármol ático del siglo IV (conocido por copias romanas) que inspiró a Rilke y quizá antes a Virgilio, sólo aparecen Hermes, como «guía de las almas», Orfeo y Euridice. Para Segal, Aristeo es el hombre de acción y de trabajo, Orfeo es el poeta, el hombre que explora los límites de la vida y de la muerte (en Calderón representan al demonio y a Cristo, respectivamente).

Comoquiera que esto sea, Virgilio es, para nosotros al menos, el descubridor del tema romántico de Orfeo. Este es el amante que fracasa, pese a su persuasión, frente a las fuerzas oscuras de la muerte, que se llevan a Euridice a ese mundo sombrío que Virgilio describe y cuyo eco se hallará en la bajada de Eneas a los infiernos, en la *Eneida*. Y hallamos las fuerzas que vencen a Orfeo cuando las «madres» de los tracios, a las que desprecia, le desgarran en lo que es presentado como un sacrificio.

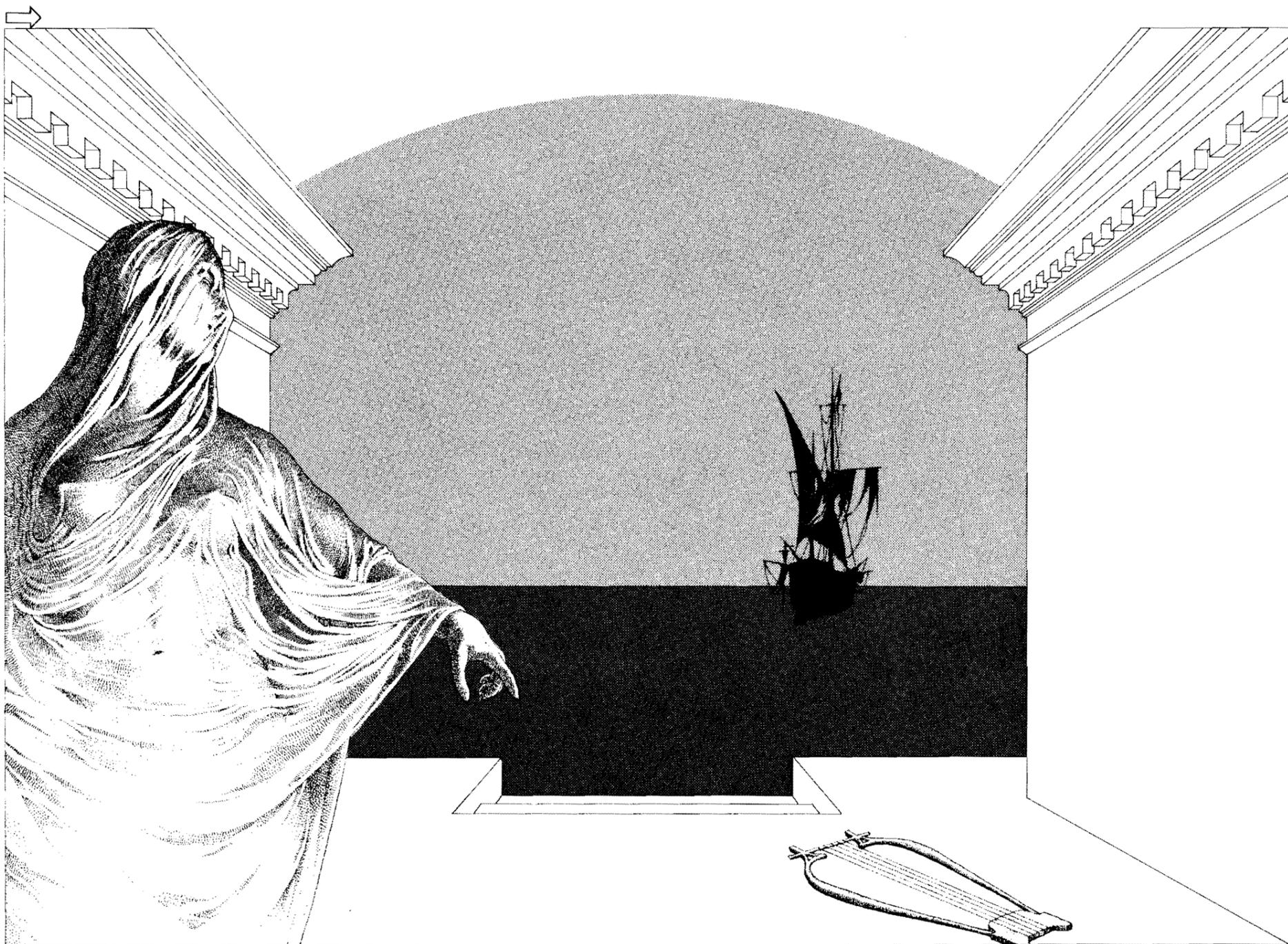
Frente a esta presentación del mito, la que hace Ovidio en sus *Metamorfosis* ha defraudado muchas veces a los comentaristas. A ella está dedicado el capítulo III: Segal hace esfuerzos para salvar a Ovidio.

Ciertamente, como se reconoce en el capítulo siguiente y sin duda sabía Ovidio, competir con Virgilio era imposible. El Orfeo de Ovidio es más plano, menos dramático; el tema de la muerte y los infiernos, menos sombrío; Euridice, la patética figura de Virgilio, casi se borra. Pero es un Orfeo más humano, se trata ahora de una historia de amor en un marco mitológico convencional. De amor y de muerte, ciertamente, pero con pocas resonancias religiosas; y con victoria del amor pese a todo, pues cuando muere Orfeo (tras aven-



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

turas homosexuales para consolarse de la pérdida de Euridice, esto es muy ovidiano) se une a Euridice en los infiernos; allí viven un nuevo amor.

Estos son los principales tratamientos antiguos del tema, los que más han influido. Segal añade un nuevo capítulo, el IV, en el que pasa revista a la moderna bibliografía y evalúa sus anteriores interpretaciones junto a otras. Y otro más, el V, relativo a Orfeo en las tragedias de Séneca. Pero aquí Orfeo no es sino un tema de comparación: la idea del feliz mundo pastoril y poético, de la comunidad del hombre y la naturaleza, enfrentada a la del hombre bestial víctima de sus propias pasiones (Hércules, Fedra) y a la de hechiceros muy de otro tipo, que usan los medios mágicos para saciar su odio (Tiestes, Medea).

El capítulo VI es, sin duda, junto con el dedicado a Virgilio, el esencial del libro: «Orfeo en Rilke».

Como es sabido, Rilke trató dos veces el tema. La primera, en el extenso poema *Orfeo, Euridice, Hermes*, escrito en 1904 (inspirado en el mármol ático, cuya copia puede verse en Nápoles); la segunda, en sus *Sonetos a Orfeo*, escritos en Duino en 1922.

En el primer poema aparecen ya los temas fundamentales: la visión trágica de la dualidad vida/muerte es sustituida por otra en que ambas son complementarias. Es una visión interna de la muerte: está dentro de nosotros. Es «como un fruto de dulzura y oscuridad». Y el punto de vista se desplaza a la mujer, a Euridice. Esta recobra en la muerte una nueva virginidad, «como una flor a la tarde». Sigue a Hermes «insegura, plácida, sin impaciencia». Ahora no es posesión de nadie.

En los *Sonetos a Orfeo*, Rilke vuelve a los mismos temas, pero insistiendo en el fracaso del arte, la impenetrabilidad de la muerte y, una vez más, en el viejo triángulo del arte, el amor y la muerte. Una vez más, Rilke quiere superar los contrarios: en su Orfeo coinciden las oposiciones trágicas. «Celebración y lamento, conocimiento de la belleza y

el amor son los dos polos de la función unitaria de la poesía», dice.

Los 55 sonetos están dedicados a una joven bailarina muerta, Vera Ouckama Knoop. Euridice es la antigua Euridice del mito y es Vera al mismo tiempo. Y Orfeo es también Rilke, que experimenta al tiempo el poder de la poesía y su impotencia, que está sumergido en la corriente de la vida universal y está fuera de ella.

Ambivalencias y metamorfosis

El mito de Orfeo ha sido así capaz de presentar todas las ambivalencias de la vida humana y sus metamorfosis, entre ellas la muerte; y de presentar la grandeza del artista que crea un monumento y está, al tiempo, en pleno «fluir», en plena incertidumbre. El fluir y la permanencia se interpenetran. El poeta es como una copa de cristal que vibra, es un oyente y una boca de la naturaleza.

Esta visión total, universalista y casi pan-teísta, que borra los contrastes, que ve algo de mágico y, al tiempo, algo de impotente en el artista, es una visión romántica, pero que no desdice del mito original, enraizado en una religión agraria que unía la vida y la muerte.

Imposible pasar revista, siquiera sea rápidamente, a todo el desfile de poetas o poetisas, en lengua inglesa sobre todo pero también francesa, que se han ocupado del mito de Orfeo después de Rilke. Segal habla con cierta amplitud del tema en el capítulo VII.

Quizá dentro de este desfile, sin embargo, puedan destacarse algunos momentos. Por ejemplo, las poetisas como Hilda Doolittle se sienten inspiradas, aún más que Rilke, por la figura de Euridice: Orfeo es brutal cuando viene a arrancarla de su paz; el infierno se abre ante ella «como una rosa roja» y no es peor que el de los vivos. Otras veces es el tema de la renovación de la vida el que es explorado.

O, en el espléndido soneto de Valéry, se hace el elogio del canto de Orfeo que trae el cielo brillante a la montaña, que es como un templo de mármol.

Son infinitos los motivos que al antiguo mito pueden arrancarse. Y no han faltado ensayos diferentes: traerlo al teatro o al cine y colocar un nuevo Orfeo dentro del ambiente de la vida moderna y, más concretamente, en ambientes de degradación y violencia.

Esto es lo que han hecho Anouilh en su *Eurydice*, Tennessee Williams en su *Orpheus descending* y Marcel Camus en su *Orfeo negro*, de donde tomó su inspiración Jean Cocteau para su *Orphée*. Ya digo que no puedo entrar en el detalle. Pero sí hago notar que, con la excepción de Cocteau, el tema tiende a desmitologizarse y desacralizarse y se centra puramente en el amor que brota en circunstancias miserables e imposibles y lleva a la muerte.

Otros aspectos del mito son, quizá, difíciles de trasponer al nivel de vidas que transcurren entre el abandono y la violencia en estratos sociales miserables de nuestra sociedad: o a los autores que citamos les ha interesado más el otro tema, el de la flor de amor que crece entre la desesperación y lleva a la muerte. Tema que sólo en medida muy parcial puede deducirse del antiguo mito.

RESUMEN

El mito de Orfeo, como tantos otros mitos de la Antigüedad, ha permanecido vivo a lo largo de toda la literatura. Rodríguez Adrados comenta un libro del profesor Charles Segal que ha seguido el rastro de Orfeo desde las poesías griegas y latinas hasta nuestro

Es Cocteau el que, utilizando efectos especiales y una descripción impresionista, más ha intentado llevarnos a un mundo lejano de lo humano. Y prepara un nuevo golpe de efecto cuando Orfeo logra liberar a Euridice, pero ésta es una burguesa insustancial desplazada por la muerte, que ama trágicamente al poeta. Como se ve, nuevas y nuevas explotaciones del mito.

El libro, como decía al principio, no es sistemático, ni lo intenta. Deja lagunas y arrastra más convicción en unos puntos que en otros. En algunos, sobre todo en el tratamiento de Rilke y en algunos momentos del de Virgilio y en el planteamiento inicial, también, es excelente. En realidad, el tratamiento del tema de Orfeo, de la Antigüedad a nuestros días, ha sido desigual y multiforme.

Es un símbolo, ciertamente, demasiado rico, a veces demasiado difícil y demasiado contradictorio. Pero no se ha encontrado otro que haga comprender mejor el poder del poeta, que habla de las cosas como las cosas nunca sospecharon ser, en palabras de Rilke; y a su vez su posición ambigua entre lo humano y lo natural (y lo divino, pensaban los griegos), el poder y la impotencia. Ni para expresar el tema, que viene rodando desde los antiguos cultos agrarios y que nunca se agota, del amor y la muerte. □

Charles Segal

Orpheus. The Myth of the Poet

The John Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1989. 233 páginas. 31.50 dólares.

Atenea negra

Por José Ferrater Mora

José Ferrater Mora (Barcelona, 1912) ha sido profesor de Filosofía en Estados Unidos, país en el que reside. Es autor de diversos trabajos filosóficos como El ser y la muerte, Fundamentos de filosofía (El ser y el sentido), De la materia a la razón e Indagaciones sobre el lenguaje. Entre sus libros literarios figuran Claudia, mi Claudia, Hecho en Corona, El juego de la verdad y Regreso del infierno.

Entre los relativamente pocos que se ocupan de semejantes cuestiones se habla mucho hoy de paradigmas, contextos, discursos, etc., entendidos como una especie de «horizonte» dentro del cual se expresa todo lo expresable, y hasta no poco de lo inexpresable, y, en consecuencia, como lo que precede a cualquier posible juicio. Pueden inclusive llamarse entonces pre-juicios, o series de pre-juicios. En este sentido, los prejuicios son no sólo inevitables para describir o explicar algo, sino inclusive indispensables, porque sin prejuicios —entendidos como «juicios previos», es decir, como marcos conceptuales, lenguajes, etc., y no alevemente como «juicios que uno forma sin fundamento suficiente»— sería imposible entender o explicar nada. Uno se pregunta lo que diría al respecto Franz Brentano, un filósofo nada «débil» por cierto, y tal vez por ello casi nunca citado en estos tiempos, que tenía ideas muy tajantes sobre los prejuicios y distinguía, en una forma a esta hora absolutamente «démodée», entre «filosofía científica» y «filosofía de prejuicios», considerando esta última como confusa y barroca, al punto de atreverse a «presentar los «juicios ciegos» como conocimientos, y, por tanto, los ciegos prejuicios como «conocimientos a priori»» (traducción de Xavier Zubiri, de «Abajo los prejuicios», en el volumen *El porvenir de la filosofía*, 1936, página 118). Es cierto que las embestidas de Brentano contra los «prejuicios» («Vor-urteilen») eran, paradójicamente, la consecuencia de los que él «personalmente» abrigaba contra un enorme saco filosófico que llamaba «idealismo trascendental» y en el que metía indiscriminadamente no sólo las fantasías de varios postkantianos (puede leerse, como ejemplo de «furia filosófica», la conferencia titulada «Ueber Schellings Philosophie» en la «Philosophische Gesellschaft» el 17 de diciembre de 1889, y reproducida con el mismo título en *Ueber die Zukunft der Philosophie*, Leipzig: Meiner, 1929, págs. 101-132), sino también la muy severa y mesurada epistemología de Kant.

Alerta contra prejuicios

En vista de ello, habría que estar siempre alerta contra «todos» los prejuicios, incluyendo el prejuicio de pensar que se puede pensar sin prejuicios de ninguna clase. En verdad, la única enseñanza que cabría extraer de las arremetidas de Brentano sería su conclusión —en este caso nada justificada por sus premisas— de que hay que apartarse de cualquier género de filosofía que sea «solamente un entretenimiento con novedades sorprendentes». Y aun reconozco que ni siquiera esta consigna debería seguirse al pie de la letra, porque puede haber pensamientos filosóficos muy interesantes que aporten «novedades sorprendentes» y que sean a la vez «entretenidos». Pero me da la impresión de que para obtener estos resultados hay procedimientos mucho más eficaces que la filosofía.

Parece, pues, que si queremos hilar muy delgado en esos asuntos —que es lo que los filósofos suelen hacer ante el general aburrimiento del público—, nos perderemos en un laberinto y entonces tendremos que hacer una de estas dos cosas: o cortar por lo sano y, para así decirlo, «descomplicar» el asunto; o bien decidir que el único modo de deshacerse del laberinto consiste en no preocuparse de si nos perdemos o no en él, porque (entre otras co-

sas) son los propios seres humanos quienes construyen, reconstruyen y desconstruyen laberintos con el mayor gusto del mundo.

Voy a adoptar el primer procedimiento para hilar algunos comentarios sobre el volumen inicial de una obra que debe, en principio, extenderse hasta tres, pero de la cual, con sólo el que hay a mano, se puede decir ya algo. La obra es *Atenea negra*, subtitulada *Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, con el volumen reseñado dedicado a examinar «la fabricación de la Grecia antigua, 1785-1985». Su autor es Martin Bernal, y el problema que quiero destacar es el de si, y hasta qué punto, e independientemente de cualesquiera otros posibles paradigmas y marcos conceptuales propios de la historiografía como tal, no habrá asimismo conjuntos muy tenaces de pre-juicios a la hora de interpretar la historia de una comunidad humana que, además, cual Grecia, se ha presentado muy a menudo como «modélica».

La respuesta del autor de la obra en cuestión es inequívoca: sí, hay prejuicios. Pero ¿de qué género? ¿Y cuáles?

Dividiré aquí ese tipo particular de prejuicios (prejuicios en sentido peyorativo y no los antes mencionados «pre-juicios») en dos subtipos: unos son muy difíciles de decelar y acaso sea imposible desarraigarlos totalmente, a menos que, en el vocabulario (aquí algo modificado) del antropólogo Gifford Geertz, que se apoyó en una idea de Gilbert Ryle, nos contentemos con «descripciones superficiales» y renunciemos a las «descripciones profundas», que son, a la postre, las más satisfactorias. Otros se pueden escrutar o, en todo caso, llega un momento en que comienzan a emerger claramente aunque sea a costa de «otros» prejuicios.

El tipo (o subtipo) de prejuicios de que habla, sin adoptar este específico vocabulario, la obra de Bernal es el segundo.

Voy a presuponer que el autor citado posee los amplísimos y abrumadores conocimientos de que hace gala, y que parecen confirmarse en sus notas, su bibliografía (aunque el lector puede preguntarse por qué algunos nombres, como el de Georges Dumézil, no aparecen en ninguna parte) y hasta en las cuatro páginas (XIX a XXII) de «Transcripción y Fonética» (egipcia, copta, semítica, griega). La verdad es que a esta hora, o a cualquier otra, debe de haber muy pocas personas que hayan empezado por especializarse en estudios chinos, para seguir con estudios vietnamitas, luego japoneses, luego hebreo-canaanitas y fenicios, luego egipcios y griegos (con un intervalo consagrado al lenguaje «chicheva», «un lenguaje bantú hablado en Zambia y Malawi»). En todo caso, me siento incapaz de comprobar ni siquiera un cuarto de medio por ciento de tal amplísimo repertorio. No sé si se debe a tal desconcertante holgura el que los elogios que figuran al final del volumen procedan de diarios (hay que confesar que reputados, como el *Christian Science Monitor* o *The Observer*) más bien que de revistas profesionales, que suelen preciarse de estar muy especializadas. Pero realmente no importa, porque aquí no se trata de averiguar si las imágenes (modelos) de Grecia que Bernal presenta son históricamente bien fundadas y si una de ellas es preferible a otra, sino sólo, y en qué medida, cualesquiera «imágenes» del tipo aquí tratado (y esto incluiría asimismo la del propio Bernal) son resultado de algún pre-juicio, de modo que tengamos que cambiar la imagen de la Grecia clásica que a muchos de nosotros se nos impuso en la infancia y en la juventud

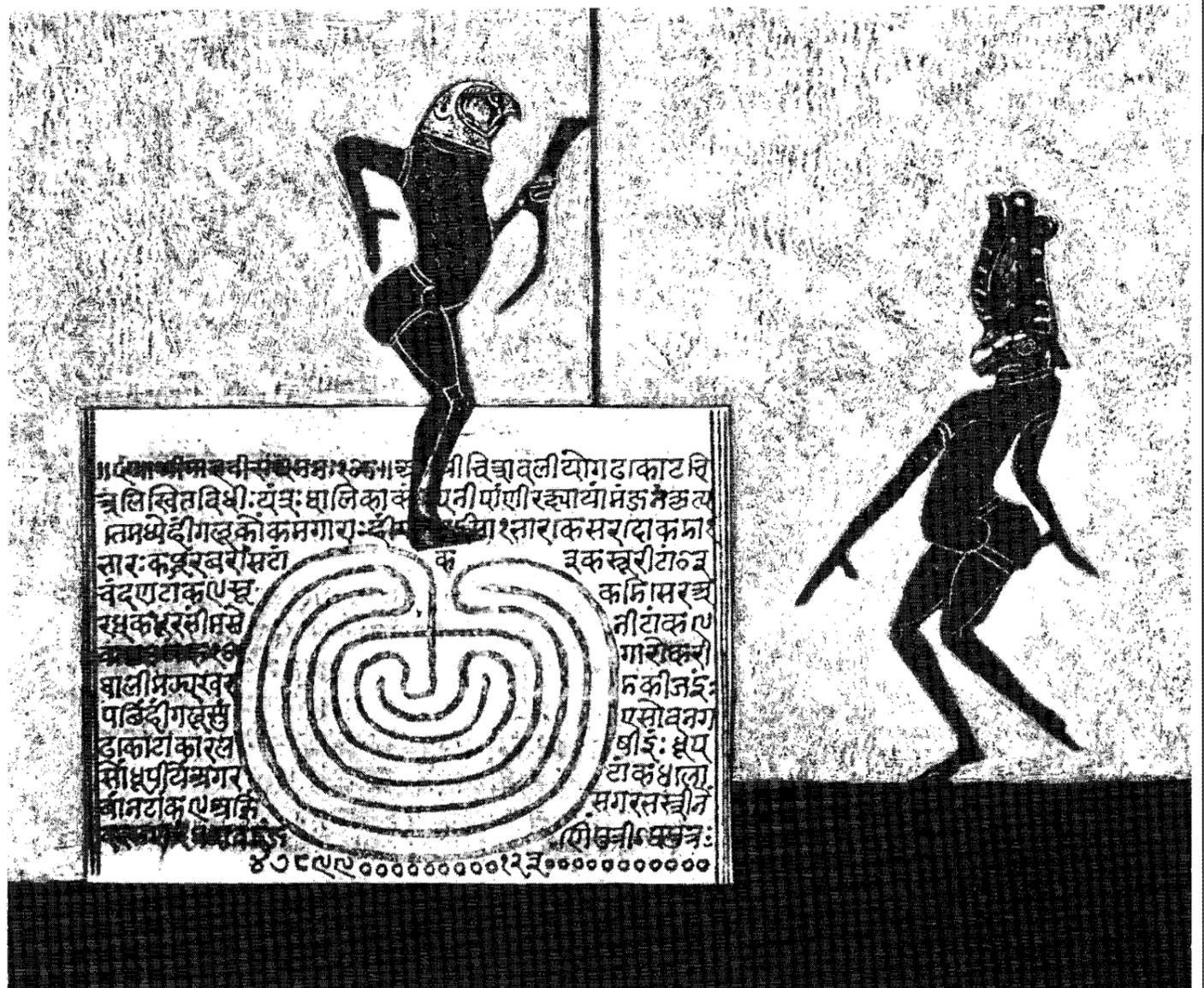
—en los tiempos en que se inculcaban a los estudiantes semejantes reliquias.

Si así fuera, entonces la respuesta del autor comentado debería también (lo que hasta el momento no ha hecho) aplicarse a la propia.

Para resumir la larga historia que el autor nos cuenta: hay tres imágenes —llamadas, en el vocabulario hoy muy extendido, «modelos»— de la Grecia antigua, o Grecia «tout court»: el modelo antiguo, el modelo ario y el modelo antiguo revisado (el que el autor elige).

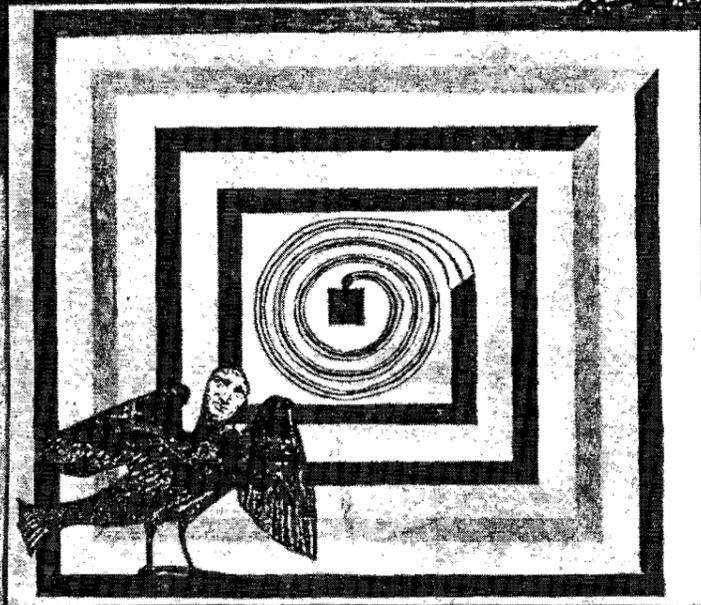
Un modelo a seguir

El modelo antiguo es el que estuvo en vigor durante siglos, incluyendo los muchos durante los cuales la cultura griega fue un modelo (en el sentido de algo a imitar), aun si en ocasiones uno menos extraordinario de lo que pareció luego, porque «nadie», ni los propios griegos o, mejor dicho, los helenizados de los primeros siglos de la era cristiana, dudaban de que había habido estrechas relaciones, incluyendo colonización, de poblaciones griegas con Egipto y con los fenicios. He escrito «nadie» entre comillas porque con más frecuencia de la que sería necesaria en el caso de aceptar su presentación de por lo menos dos modelos —el antiguo y el ario—, Bernal tiene que reconocer que hay excepciones, y éstas son muy destacadas. Para mencionar una, Esquilo y Platón (nada menos), lo mismo que «algunos otros griegos», trataron de mostrar que la cultura helénica era superior a la egipcia y a la fenicia —y, en verdad, a todas las



VICTORIA MARIOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

demás—, lo que debía de poner un límite a los sentimientos de «ambivalencia» de los griegos, cuando menos respecto a Egipto, «inferior» a Grecia si se quiere, pero respetabilísimo por su antigüedad y también por sus tradiciones y mitos religiosos. Pero «las excepciones» no terminan aquí, porque una de las imágenes más destacadas, y más influyentes, de Grecia, por lo menos dentro de la tradición (o, si se quiere, tradiciones) cristiana, fue la que se derivó de la superioridad, claramente afirmada por San Agustín, de Moisés y la Biblia sobre los escritos herméticos. De hecho, la historia de las imágenes de Grecia desde los primeros siglos de la era cristiana hasta bien entrada la época moderna revela no sólo una gran variedad, sino también numerosos aspectos conflictivos. A juzgar por lo que Bernal dice de los motivos que influyeron en la formación del modelo «ario», éste debía ya de hallarse bastante bien constituido en Roma, salvo que, por descontado, los grandes romanos hubieran propuesto la expresión «modelo romano» para la concepción que se habían formado de la naturaleza y desarrollo de la cultura griega. Se ha dicho a menudo que los romanos no inventaron nada salvo en el terreno jurídico. Aparte de que afirmaciones de este género son demasiado vastas, tan pronto como se las toma en serio se topa con dificultades; en todo caso, ha habido historiadores que han afirmado que «ni siquiera» en materia jurídica los romanos inventaron nada. Con lo cual lo más razonable es abstenerse de mantener que unos lo inventaron todo y los otros no inventaron nada y, en general, abstenerse de muchos tipos de juicio similares a los formulados por el autor de *Atenea negra*.

Lo que parece interesar sobre todo al autor no es la historia del «modelo antiguo», sino la de la formación del «modelo ario», y

en este respecto sí que los datos que ofrece abonan muchas de sus presunciones. En todo caso, es cierto que, por lo menos en el terreno de los estudios clásicos, y especialmente a partir de Karl Otfried Müller (1797-1840), la Grecia que se ha presentado se ha ido deshaciendo, y hasta «purgando», de elementos ajenos a la supuesta pureza de una civilización tan esplendorosa, y en particular de elementos ajenos a las culturas arias. Es cierto que ni siquiera los helenistas más entusiastas han llegado a los extremos alcanzados por los defensores de una supuesta «pureza racial», para los cuales Grecia fue sobre todo el producto de pueblos que cayeron, desde el Norte, sobre la península y que, aunque entremezclados con —algunos preferirían decir «enfangados» en— tradiciones asiáticas y africanas, en particular egipcias y fenicias, hicieron todo lo posible para imponer sobre ellas su propio acervo cultural, incomparable con ningún otro en el mundo antiguo. Pero parece muy cierto que en el siglo XIX se fue imponiendo en muchos medios una imagen de la cultura griega que no fue acaso tan «aria» como Bernal pretende, pero que trató de acentuar el carácter excepcional y, en más de un sentido de esta palabra, «modélico» de la Grecia antigua. Con los rigurosos estudios filológicos llevados a cabo en el siglo XIX, en Alemania más que en ninguna otra parte, se desarrolló y prosperó lo que Bernal llama la «helenomanía».

Antigüedad clásica

Ahora bien, inclusive aquí, donde hay tantos datos en apoyo de las tesis de Bernal, éstas tienen un aire excesivo. Para empezar, no se entiende bien por qué mientras subraya la fascinación ejercida sobre muchos ilustrados y pre-ilustrados por tradiciones «pre-

griegas», y en particular por la egipcia (la masonería es uno entre los muchos ejemplos de esta tendencia), no destaca asimismo lo mucho que había de «imitación de la antigüedad clásica», griega tanto como romana, en las imágenes que de sí misma se hacía la Revolución Francesa. De modo que, de atenarnos a estas manifestaciones, habría que suponer que el «modelo ario» había surgido mucho antes de lo que Bernal piensa. Por otro lado, los románticos, a quienes se atribuye una porción muy elevada de helenomanía (la referencia a Byron y a sus gestas es aquí inevitable), fueron asimismo algunos de los que (en versos de un poeta español no sé si justa o injustamente olvidado, Francisco Villaespesa) soñaron con «cielos grises, con catedrales que hasta el cielo llegan», y por supuesto que también con «viejos castillos», nada de lo cual parece muy helénico —aunque el autor del libro comentado podría hacernos observar que aquí también se impuso el modelo ario, porque esos románticos soñaban igualmente (según el poeta) «con vírgenes de rubia cabellera». Finalmente, fue en el siglo XIX, con Rohde, Nietzsche

RESUMEN

Ferrater Mora, antes de encarar el tema del libro objeto de su comentario, realiza unas reflexiones sobre las distintas posturas que el filósofo puede adoptar ante un tema espinoso o dificultoso. Ferrater opta, en su caso, por «descomplicar» el asunto, hilando de esa

y otros, cuando surgió con gran empuje la idea de una Grecia trágica y dionisiaca, que no se entendería muy bien si no se ahondara en sus raíces históricas, introduciendo en ellas elementos egipcios y semitas, entre ellos fenicios, y en general elementos «afro-asiáticos» (un punto curioso, entre otros muchos igualmente fascinantes, es el que, no sé si a su pesar o no, pone de manifiesto Bernal al referirse a la admiración que algunos británicos por lo demás, por educación y tendencia, helenófilos, sentían por los fenicios y su espíritu de empresa).

Modelo antiguo revisado

En otras palabras, tan pronto como se persiguen algunos de los hilos tendidos por el propio autor de este volumen, comienza el lector —en este caso lego— a pensar que aunque haya algo de verdad en el contraste entre el modelo antiguo y el modelo ario, y mucho de verdad en el aspecto decididamente político del «arianismo» durante el pasado siglo y, con las desafortunadas consecuencias que conocemos también en el nuestro, habría que emplear esos «modelos» sólo con suma cautela, como simplificaciones acaso pedagógicamente útiles, pero sin pensar que las excepciones las confirman.

Algo similar cabría pensar de lo que Bernal anticipa acerca del modelo que propone: el «modelo antiguo revisado». Es muy probable que los restantes volúmenes de su obra contengan numerosos datos confirmadores de la bondad de este modelo. El que este «nuevo» viejo modelo haga justicia a esas raíces afro-asiáticas (que son bastantes más y más complejas de las que he podido mencionar en estas pocas líneas, pues de hecho algunas de ellas vienen no sólo de Egipto, sino del mismo corazón del África oriental) puede ser debido a ciertos pre-juicios de nuestra época, cuando se ha reconocido que la Grecia «europea», y que Europa en general, ocupa en el mundo, cuando menos histórico, un lugar menos exclusivo del que los europeos han imaginado. Pero ello no es obstáculo para reconocer la eficacia de este pre-juicio y acaso la necesidad de pre-juicios de cierta clase. Una de las condiciones para que tales pre-juicios sean admitidos es que se haga lo posible para que dejen de serlo.

Es de desear que el propio autor de *Atenea negra* lo reconozca. La «negrura» de Atenas no tiene tampoco por qué cubrir por entero su «blancura». Nadie, ni el propio Bernal, sostiene que «no» ha habido importantes inmigraciones indo-europeas en Grecia. En este sentido, el «modelo antiguo modificado» puede representar una muy útil corrección a los excesos de los modelos antiguos y sobre todo del ario. Al fin y al cabo, tampoco se necesita mantener que, por ejemplo, la lengua griega clásica era una lengua indo-europea purísima. Nada le quita de su valor y encanto el que se hallase entreverada con elementos «semíticos», especialmente hebreo-canaanitas. En el campo de la cultura, los préstamos —tanto para quienes los solicitan como para quienes los conceden— suelen dar muy buenos rendimientos. □

Martin Bernal

Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization (vol. I: The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985)

Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey, 1987. 22+575 páginas. S/p.

La fragua del privilegio

Por Salvador Giner

Salvador Giner (Barcelona, 1934) es catedrático de Sociología en la Universidad de Barcelona y director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC). Ha sido docente en varias universidades inglesas y norteamericanas. Es autor, entre otros libros, de Sociedad masa, Ensayos civiles, El corporatismo en España y El destino de la libertad.

Lo inquietante no es que las sociedades sean intrincadas. Lo es que sea su misma heterogeneidad interna lo que nos haga desiguales como hombres, nos haga valer a unos más (o menos) que a otros. Parece que la mera diferencia de posición, en todas las sociedades conocidas, confiere o sustrae poder, privilegio, recursos e importancia a cada cual. Mas esto no tiene por qué ser obvio de por sí. Prueba de ello es que hay doctrinas que proponen la creación de un mundo de gentes iguales dotado, sin embargo, de la heterogeneidad que toda civilización exige. Luego la igualdad en el seno de la variedad y la diferenciación social es, por lo menos, perfectamente pensable. Pero nadie puede aún demostrar de manera fehaciente que sea también realizable.

Al estudio de este intrigante conjunto de fenómenos se ha dedicado la sociología. Es la disciplina que intenta averiguar la naturaleza de la desigualdad entre los hombres, los procesos que la engendran, así como los que su presencia desencadena. Alguien ha sostenido que ése es su tema principal. Cierto es que, junto al de la modernización y al de la constitución moral de la humanidad (que aparecen en varias guisas), es uno de los tres temas que más le preocupan. Tanto es así que el éxito o el fracaso de toda teoría o indagación sociológica suele depender en muy buena medida de lo satisfactoria que sea su explicación de los fenómenos de dominio, privilegio, autoridad y poder (y sus conflictos) que sean sometidos a escrutinio.

Hoy en día la dominación, el privilegio y las ventajas sociales (o sus contrarios, más abundantes) se plasman en la clase social. Una fuerte tradición solía reducir la clase a subproducto de las fuerzas ciegas de la economía. Según esta concepción reduccionista, la clase quedaría definida por su situación en la estructura social general, es decir, por sus relaciones objetivas con las demás clases en el ámbito de la producción y consumo de bienes. Las simplificaciones empobrecedoras a que lleva tal enfoque fueron denunciadas ya antes de que éste cobrara el empuje que había de llegar a tener y degenerara en dogma de catecismo ideológico. Así, Max Weber ya distinguió entre la clase social como colectivo de gentes en igual o semejante situación de mercado (de bienes, empleo y oportunidades) y aquellos estamentos que —sin separarse por completo de las condiciones de mercado— comparten esferas comunes en las jerarquías del honor, el prestigio y la autoridad. Su enfoque abría las puertas a una concepción más rica de la clase

social. No era sólo la dinámica económica la que la determinaba, sino también las estrategias de cierre y apertura que ponían en práctica gremios, sectas, partidos, asociaciones y hasta grupos étnicos y culturales. Hoy sabemos que los monopolios y oligopolios sociales controlan sus ámbitos clasistas de competencia precisamente en contra del mercado. Son sólo en parte frutos de él. Las estrategias, y no solamente las fuerzas anónimas, han venido a constituirse así en objetos de reflexión y análisis sociológicos.

Las prácticas y estrategias de diferenciación, distinción, exclusión, integración e incorporación son los temas propios del estudio de la desigualdad humana. En plena era de igualitarismo programático e ideológico era necesario introducir elementos más ligados a los intereses e intenciones de quienes protagonizan la liza perenne por la apropiación de honores, recursos y poderes. Hacía falta prestar atención a la usurpación institucional, la discriminación silenciosa y las calificaciones y descalificaciones legitimadas por el hábito, la cultura o el derecho. La demolición de honores y distancias que consigo trajeron los tiempos modernos no podía seguir ocultando por más tiempo la eficaz erección de otros nuevos, con frecuencia más sutiles. Surgen por doquier modos nuevos de subordinación o marginación, así como de encubrimiento y privilegio. Nuestras herramientas para comprender el inesperado acontecimiento eran hasta ahora bastante pobres.

La desigualdad

Entre quienes nos han proporcionado las que ahora poseemos, así como toda una panoplia de argumentos e información para comprender la desigualdad que caracteriza a la era de la hipermodernidad, descuella Pierre Bourdieu. En su obra pervive la herencia weberiana. Sin excluir los factores estructurantes de la distribución desigual de la riqueza y el trabajo, Bourdieu concentra su atención sobre los procesos culturales y simbólicos que aíslan a unos grupos de otros y les permiten acaparar bienes de toda índole —entre los que se encuentran las posiciones estratégicas, con sus buenos sueldos, conexiones sociales, ventajas políticas y demás— y acrecentar o mantener así sus diferencias. Estas son, a la postre, privilegios y, como tales, transmisibles a través del tiempo y de las generaciones. Y ello ocurre, descubre Bourdieu, no a pesar de la dinámica social característica de la modernidad, sino precisamente a causa de ella.

La larga exploración de Pierre Bourdieu se plasma en *La distinción* (1979) y *La nobleza de Estado* (1989), pero comienza mucho antes. El progreso intelectual de su autor posee una coherencia muy notable. Sus postulados y posiciones de hoy tienen en él raíces en sus esfuerzos primerizos. Tras unos interesantes estudios iniciales sobre Argelia, Bourdieu, con la ayuda de Jean Claude Passeron, se adentró por el

campo de la sociología de la educación con varias investigaciones, una de las cuales, *Los herederos* (1964), estaba destinada a la efímera pero no dudosa gloria de haberse convertido en libro de cabecera de los estudiantes universitarios que se alzaron contra el orden establecido en 1968. Lo significativo de aquellas aportaciones está en haber replanteado la problemática aceptada de la sociología educativa tradicional, con su preocupación exclusiva por la eficacia pedagógica, la inculcación de valores y conocimientos «útiles» y la disciplina escolar. Al definir todo el sistema educativo como sistema de reproducción clasista y estamentario, al entender de la enseñanza republicana, jacobina, laica e hipotéticamente progresista de Francia como un conjunto institucional para la reproducción de la desigualdad social, Bourdieu suministraba el vigor (y la munición) que necesitaba la vieja hipótesis weberiana de la autonomía relativa pero considerable que posee cada colectivo privilegiado. No sólo la desigualdad de oportunidades, sino la reproducción histórica de ventajas y desventajas, quedaba consagrada por el progresismo liberal abrazado por la burguesía y la pequeña burguesía a ella aliada bajo los auspicios del republicanismo institucionalizado. La colonización del Estado por estas clases aseguraba su propia reproducción, así como la aceptación por todas las demás de la legitimidad indiscutible de los valores supuestamente universales incorporados a tal legitimidad. Así, muestra Bourdieu, los vástagos de las clases subordinadas, al aceptar como legítima la cultura mesocrática (lenguaje, dicción, ideas respetables, conocimientos codiciables, etcétera) sin poseerla ni tener posibilidades de conseguirla, han perdido la batalla antes de darla. Por iguales fechas, en Inglaterra, el trabajo también pionero de Basil Bernstein sobre la relación entre clase social y la adquisición del lenguaje por parte de la infancia alcanzaba similares conclusiones.

La dialéctica entre «capital económico» y «capital cultural», según Bourdieu los dos pilares de la sociogénesis de la desigualdad, quedó claramente explicitada en *La reproducción* (1970). En esta obra y en varios estudios subsiguientes (varios de ellos con Luc Boltanski), Bourdieu empezó a inclinarse por el uso (tal vez no siempre justificado) de neologismos para enriquecer su discurso. Uno de los más importantes es el de «hábitus», quizás traducible como «hábito estratégico» o, mejor, como «hábito productor de identificación grupal» y, por lo tanto, de discriminación y cierre social en torno a un modo de vida o lenguaje. La cristalización del «hábitus» entraña la erosión, y hasta la desaparición, de la estrategia, pues esta última exige una medida de elección consciente. En *La reproducción* se percibe un énfasis creciente sobre los aspectos automáticos e inconscientes que generan la desigualdad. Por ello algún crítico ha reprochado a Bourdieu que su concepción del mundo social deba más a Durkheim que a Weber, es decir, que nos lo presente más en términos de determinación socioestructural rígida

de la conducta humana y menos en los de unos sujetos enfrentados con disyuntivas, dilemas y decisiones, tomadas éstas en un angosto margen de elección, pero elección al fin y al cabo. Mas si el determinismo de Bourdieu fuera tan agudo no le permitiría explicar con agilidad los cambios de estrategia, y ése no es precisamente el caso. Así, en un libro sobre estructuras sociales europeas que publiqué en inglés en 1978, Pierre Bourdieu se esforzó por explicar las mudanzas en el «modo de reproducción» social como cambios conscientes por parte de los sectores sociales dominantes por aprovechar las oportunidades que ofrecía la expansión económica occidental en los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La aparición de una «burguesía asalariada» como respuesta a la asalarización general de casi toda la sociedad es un ejemplo de replanteamiento estratégico clasista. En contraste con ella, la conducta autodestructiva del campesinado, incapaz de entender cómo jugar con ventaja en la modernidad, es otro, aunque de signo contrario. De hecho, la agonía del campesinado en los países técnicamente avanzados tiene que ver también con otros factores que tampoco invalidan los argumentos de Bourdieu respecto a la indigencia colectiva de esta clase recesiva.

La reconversión

La identificación de la reconversión consciente y deseada de estrategias de reproducción clasista —el paso, por ejemplo, de la transmisión intergeneracional de capital a la transmisión de posiciones sociales y ventajas educativas— no permitiría, pues, una interpretación excesivamente durkheimiana de Bourdieu. Ello es extensivo a su uso de varias de las aportaciones tradicionales. Llama así la atención la insistencia con que, en pleno so-cavamiento de la sociología marxista, confiere él un lugar central a algunos de sus conceptos clave. Uno sospecha, sin embargo, que ello podría ser una señal más de su final consumación. En efecto, la incorporación plena de algunas de las nociones principales del marxismo a la corriente general de la teoría social entraña la desaparición de una posible «sociología marxista» «stricto sensu». A juzgar por esta y por otras obras de similar envergadura provenientes de otros autores, ya va siendo posible hacer una sociología que —sin pecar de ecléctica— sea tan marxista como weberiana, tan durkheimiana como parietiana y, desde luego, simmeliana. (Sorprende la ausencia de Georg Simmel en estudios de Bourdieu como *La distinción*. Su anchurosa sombra planea siempre por nuestro modo de entender el universo que nos ha tocado vivir. Sorprende, porque Simmel es precisamente el maestro en la sociología de la diferencia, el «doctor subtilis» de la distinción, la segregación, el gusto y, muy en especial, de la discriminación que engendra conflicto y domina-



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ción.) En resolución, la mutua integración —siempre relativa— de las varias aportaciones clásicas en el oficio del sociólogo podría entenderse como la llegada de una anhelada madurez a la disciplina.

El énfasis de Bourdieu sobre la independencia de la economía de los bienes culturales frente a la de los económicos culmina en *La distinción*, de 1979. Esta «crítica social del juicio», como la subtitula su autor, se alza contra la «ideología carismática» que considera que ciertos bienes culturales (los legítimos) lo son por don natural. No es así según él: las necesidades culturales son ante todo productos de la educación. La gestación constante de una nobleza cultural desde el siglo XVII a nuestros días es parte crucial de la cristalización de nuestra desigualdad. La exclusividad del gusto y del estilo de vida de cada clase crea una estratificación cultural cuya solidez es tan estructurante del cuerpo social como pueda serlo cualquier otra de orden económico o político.

La indagación

La indagación sobre la que se apoya *La distinción* se basa en un cuestionario distribuido en Francia en 1963, y después en 1967 y 1968, a una muestra de 1.217 personas. De forma característica, en la obra de Bourdieu y sus colaboradores, el estudio incorpora también cuantas citas literarias, material fotográfico, estadísticas oficiales y documentación de apoyo puedan servir para sustanciar la argumentación. Nadie puede negar a su enfoque una medida de arbitrariedad, pero tampoco es posible negárselo a quienes se atienen a un solo criterio para la selección e interpretación de los datos. El fetichismo por la pureza metodológica que exhiben algunos científicos sociales revela la precariedad epistemológica en la que por fuerza se mueve su oficio. El componente humanístico de la sociología no debería permitir veleidades científicas. Y menos cuando lo que se indaga es algo tan plurivalente como la textura ética o estética de la desigualdad social. En este sentido, Bourdieu expresa su «rechazo absoluto de los sectarios de tal o cual método de investigación», cuya actitud manifiesta, según él, más que una posición metodológica sólida, ciertas carencias importantes de formación.

El mundo social, nos dice *La distinción*, es interpretado por los hombres a través de estructuras cognitivas clasificatorias que incorporen un orden de diferencias y oposiciones guiadas por pares antagónicos: bueno-malo, aceptable-rechazable. Entendemos el mundo según una matriz de estos lugares comunes, específicos de nuestras posiciones sociales. Ellos nos dicen de inmediato si algo es sublime, vulgar, brillante, grosero, incivil, plebeyo, aristocrático. Todo ello se plasma en una red de usos que convierten la práctica de un deporte (la hípica, el tenis, el fútbol), el consumo de una música (Boccherini, el *Danubio Azul*, las canciones de Aznavour), la puesta de un vestido (el uniforme diplomático de gala, el traje del obrero endomingado, el chándal del ingeniero deportista), en un lenguaje de exclusiones e inclusiones que es esencialmente clasista. El mundo social «se inscribe en nuestros cerebros», dice Bourdieu, mediante un flujo perenne de inclusiones (matrimonios, alianzas, amistades, favores) relacionadas con la participación en estilos de vida (gustos estéticos y lúdicos) y fraguadas en las instituciones compartidas (familia, escuela), de tal modo que los límites objetivos de la desigualdad se anticipan ya en su previa percepción mental. Lo que interesa, pues, no es el mapa de la distribución cristalizada de las distinciones en la vida social, sino su génesis. En la génesis de la desigualdad social pesan, de forma descolante, las categorías del juicio. Mediante ellas nos las habemos con la realidad.



ALFONSO RUANO

Las clasificaciones o «clasamientos» estéticos y morales se prestan a una doble o hasta múltiple interpretación en cada caso, según quienes las apoyen o estén en su contra. Así, la prudencia, sabiduría que se atribuyen a sí mismas las personas «responsables» y «serias», es puesta en tela de juicio por quienes no se ven a sí mismos como tales, por ejemplo, los jóvenes. A su vez, éstos pueden solazarse en una conducta «irresponsable» no sólo porque se autodefinen como gentes nuevas, más fogosas y más capaces, sino porque la atribución de irresponsabilidad por parte de los mayores refuerza y legitima, implícita e inconscientemente, la conducta misma que se reprueba.

La distribución

El conflicto entre clases, o generaciones, o sectores sociales es pues, ante todo, un conflicto de clasificaciones, por lo menos en la misma medida en que pueda serlo el que produce la distribución desigual de propiedades, ingresos y bienes privados o colectivos. La lucha entre los diversos «clasamientos» es además una lucha sutil, porque se ventila también en el seno de las grandes categorías de la dominación y la subordinación, y no sólo entre ellas. Así, las luchas feudales entre los «bellatores» y los «oratores» que componían la clase medieval dominante hallan su paralelo en las existentes hoy entre técnicos, gerentes y empresarios, de un lado, y clase política, por otro. A ellos, y para complicar el panorama, se suma el estamento intelectual (con su logocentrismo y acceso privilegiado a los medios simbólicos y educativos que forman el criterio público). La desigualdad social es, ante todo, un combate a varias bandas. El «clasamiento» permanente, individual o co-

lectivo de los unos por los otros, que intenta transformar las categorías de la concepción del mundo social, concluye Bourdieu, es «una dimensión olvidada de la lucha de clases», que debe recuperar el lugar que le corresponde.

El análisis del poder político a través de sus procesos constitutivos institucionales en las escuelas privilegiadas a todos los niveles, pero en especial en el superior, ha culminado con la publicación de *La nobleza de Estado* (1989), una investigación de una veintena de años realizada por Pierre Bourdieu sobre las «grandes écoles» francesas. Sabido es que en ellas —la Escuela Normal, la Nacional de la Administración, la de Minas, la de Puentes y Calzadas, más alguna otra— se forja, en paralelo y sobre todo de espaldas a la Universidad, la élite francesa del poder. Menos conocida era la relación de dependencia de ciertas escuelas secundarias o primarias respecto de ellas y su imbricación íntima y endogámica con lo que, con vaguedad, se llama la clase dirigente.

RESUMEN

Pierre Bourdieu, sociólogo francés, des- cuella por su aportación al análisis de la desigualdad social a través de los procesos culturales y de enseñanza. Su reflexión se centra en la génesis del poder y el privilegio en una sociedad, como la francesa, hipotéticamente

Bourdieu ha desenmarañado en este considerable estudio las relaciones específicas que mantienen las escuelas superiores francesas entre sí, así como con los diversos sectores de esa clase. En su conjunto, las «grandes escuelas» forman una estructura de relaciones y hasta de oposiciones mutuas que reproducen fielmente las que caracterizan a la clase dominante. *La Nobleza de Estado* no es sólo un estudio convencional de pautas de reclutamiento y reproducción, sino también un análisis de rituales de paso, liturgias clasistas y devociones gremiales de un cuerpo de elegidos. Es, también, una disección implacable de hábitos mentales, categorías clasificatorias y lenguajes esotéricos orientados a la apropiación aristocratizante de bienes escasos no sólo económicos, sino políticos y administrativos, así como, naturalmente, culturales. Se trata esta vez de una nobleza vinculada al Estado, usurpadora de sus poderes y detentadora de su autoridad como algo connatural. Una actitud no ajena a la naturalidad con que el mandarín se identificaba en la China con la legitimidad imperial, la única concebible.

La distinción

Vista desde fuera de Francia, la aportación de *La distinción* y *La nobleza de Estado* podría parecer de un interés confinado a ella. Mucha es la distancia que separa a los procesos de selección del privilegio en aquel país de los de una Inglaterra, cuya constitución aristocrático-burguesa mantiene una desigualdad no menos aguda que la francesa, pero a través de redes escolares, simbólicas, lingüísticas y clánicas muy diversas. También es muy otro el caso español, donde hay mayor inseguridad y endeblez en todos los frentes de la distinción y donde son, por lo tanto, más groseras las discriminaciones y, por lo general, menos refinadas las clases dominantes. Mas no es ése el caso. Aparte de su notable análisis del poder y del privilegio en la sociedad francesa, Bourdieu aporta toda una nueva retórica (en el pristino sentido de la palabra, que es menester reivindicar) a la ciencia social de hoy. Bien es verdad que en el esfuerzo por hacerla valer, es decir, por romper con el propio «habitus» idiomático de la clase dominante, el sociólogo cae a veces en la redundancia y en la oscuridad expresiva. Pero tampoco es fácil la tarea que se impone: entender a la vez al que ve y al que es visto y al que acepta o rechaza, ensalza o menosprecia, a sabiendas o sin saberlo. No es fácil expresar procesos sociales tan intrincados como el de excluir en nombre de la inclusión, es decir, en nombre de principios universalistas de competencia o justicia como son los de la civilización contemporánea. Y es que la tarea de Pierre Bourdieu es la revelación de un fracaso extraordinario e inesperado, el de la creación en el seno de la modernidad precisamente de aquello contra lo que supuestamente existe: el privilegio y la discriminación entre iguales. Sólo desvelamientos como el suyo pueden ayudarnos a abrir el todavía oculto sendero de la enmienda. □

Pierre Bourdieu

La distinción

Taurus, Madrid, 1988. 597 páginas. 6.575 pesetas.

La Noblesse d'Etat. Grandes écoles et esprit de corps

Editions de Minuit, París, 1989. 569 páginas.

Una ciencia optimista

Por Gabriel Tortella

Gabriel Tortella (Barcelona, 1936) es catedrático de la Universidad de Alcalá, vocal del Comité de la Asociación Internacional de Historia Económica y del Consejo de la Asociación Española de Historia Económica. Es también director de la Revista de Historia Económica y ha sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Entre sus libros se cuentan *Los orígenes del capitalismo en España* e *Introducción a la economía para historiadores*.

«Dismal» es una palabra inglesa difícil de traducir al castellano, pese a tener raíz latina. Su etimología es «dies malus», día malo o aciago. Puede traducirse por triste, lúgubre, de mal agüero, gafe, sombrío. Quizá esta última palabra sea la más a nuestro propósito, porque esta disquisición viene a cuento de que Thomas Carlyle calificó con este adjetivo a la economía: se hizo célebre su frase de que la economía era la «ciencia sombría» («the dismal science»). Carlyle escribía esto, sin duda, influido por los pronósticos pesimistas que sobre el bienestar de la humanidad hacían algunos padres de la economía, como Thomas Malthus y David Ricardo.

Hoy probablemente suavizaríamos el adjetivo de Carlyle. La economía no es ya necesariamente una ciencia sombría, al menos no siempre ni en todos los países. Pero en todo caso, su hermana menor, la historia económica (nacida aproximadamente un siglo más tarde), es, como acostumbra a ser los jóvenes, una ciencia decididamente alegre y optimista. Aparte de la euforia juvenil, la historia económica tiene que ser optimista por necesidad y vocación, porque se dedica a estudiar uno de los grandes éxitos de la humanidad, conocido comúnmente con el nombre de «desarrollo económico». Este optimismo se expresa en las frases finales del libro comentado de Rondo Cameron, que pueden traducirse así: «El reto del futuro para la economía mundial será brindar los frutos del crecimiento económico a todas las naciones y a todos los pueblos. La historia que este libro ha narrado demuestra que ello es posible.»

Progreso imparabile

Los historiadores económicos son optimistas porque volviendo la vista al pasado económico lo que contemplan es un proceso de progreso no ininterrumpido, pero sí imparabile. El ciudadano medio, falto de la perspectiva y del instrumental adecuados, frecuentemente piensa, aplicando el mecanismo freudiano de la memoria selectiva ya detectado hace tanto tiempo por Jorge Manrique, que «cualquiera tiempo pasado fue mejor». La historia económica nos enseña que la verdad es casi exactamente lo contrario: en general, y desde el punto de vista económico, cualquier tiempo pasado fue peor. Las cifras cantan (y no hay que irse muy lejos para encontrarlas): nunca ha vivido tanta gente sobre el planeta Tierra como hoy; somos cerca de 6.000 millones. A principios del siglo XX éramos menos de 2.000 millones, y a principios del XIX unos 1.000 millones. Pero no es sólo que seamos más: es que vivimos más tiempo y mejor. Pensemos en España: hoy viven, solamente en Barcelona y Madrid, tantos españoles como en toda la España del Siglo de Oro. Pero es que esos pocos ciudadanos del Imperio vivían menos y peor: la esperanza de vida del español medio apenas alcanzaba los treinta años, mientras que hoy supera ampliamente los setenta; las condiciones de vivienda, alimentación, vestido y cultura eran abismales en comparación con las nuestras: el analfabetismo, el hacinamiento, las epidemias y las hambres periódicas eran fenómenos normales de los que muy pocos se libraban. Y porque eran pobres e ignorantes, nuestros gloriosos



ARTURO REQUEJO

antepasados vivían bajo un régimen político que hoy consideraríamos tiránico y autocrático. Los ejemplos podrían multiplicarse a riesgo de caer en la trivialidad. Lo importante, sin embargo, es advertir que esa vida del tiempo del Quijote, que un indigente de nuestros días encontraría inaceptable, era infinitamente mejor que la del ciudadano medio del Imperio Romano, quien a su vez tenía un nivel de vida muy superior al de sus coetáneos no romanos y al de sus predecesores griegos, egipcios o sumerios. Y así sucesivamente según nos remontamos en el tiempo. Cualquier tiempo pasado fue peor, repito; quizá por ello resulta la historia económica tan fascinante.

Pero nuestra joven ciencia no se contenta con ufarse del presente y conmirar al pasado: su primera tarea es desvelar qué ocurrió; pero inmediatamente después pasa a preguntarse: ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? Lo primero que advierte el historiador económico es que el crecimiento, aunque innegable, está lleno de discontinuidades. De éstas quizá las más visibles sean las grandes crisis y depresiones: Gran Depresión de los años treinta, las hiperinflaciones de los años veinte, las depresiones cíclicas del siglo XIX, las grandes crisis demográficas de los siglos XVII y

XIV, la gran depresión del siglo V que acompañó la caída del Imperio Romano... Conforme nos alejamos en el tiempo, nuestra información se hace más nebulosa. Hay muchas otras crisis y catástrofes, casi todas ellas relacionadas con guerras, hambres y epidemias, los jinetes apocalípticos (y malthusianos). Pero a pesar de estas trágicas interrupciones, las condiciones económicas han ido mejorando tendencialmente, de modo casi imperceptible por lo lento, durante casi toda la historia, de manera más visible a partir de la Revolución industrial inglesa en el siglo XVIII.

Las dos grandes revoluciones

Los historiadores económicos advierten dos grandes discontinuidades tecnológicas en la historia económica de la Humanidad: una, cercana a nosotros, la Revolución industrial ya citada; otra, muy lejana, la Revolución agraria o Revolución neolítica, que se inició en Oriente Medio hacia el año diez mil antes de nuestra era y que fue difundiendo durante varios milenios hacia India, China, Palestina, Egipto, Grecia, hasta el Mediterráneo occidental en ese larguísimo lapso que constituye el paso de la Edad de Piedra a la Antigüedad,

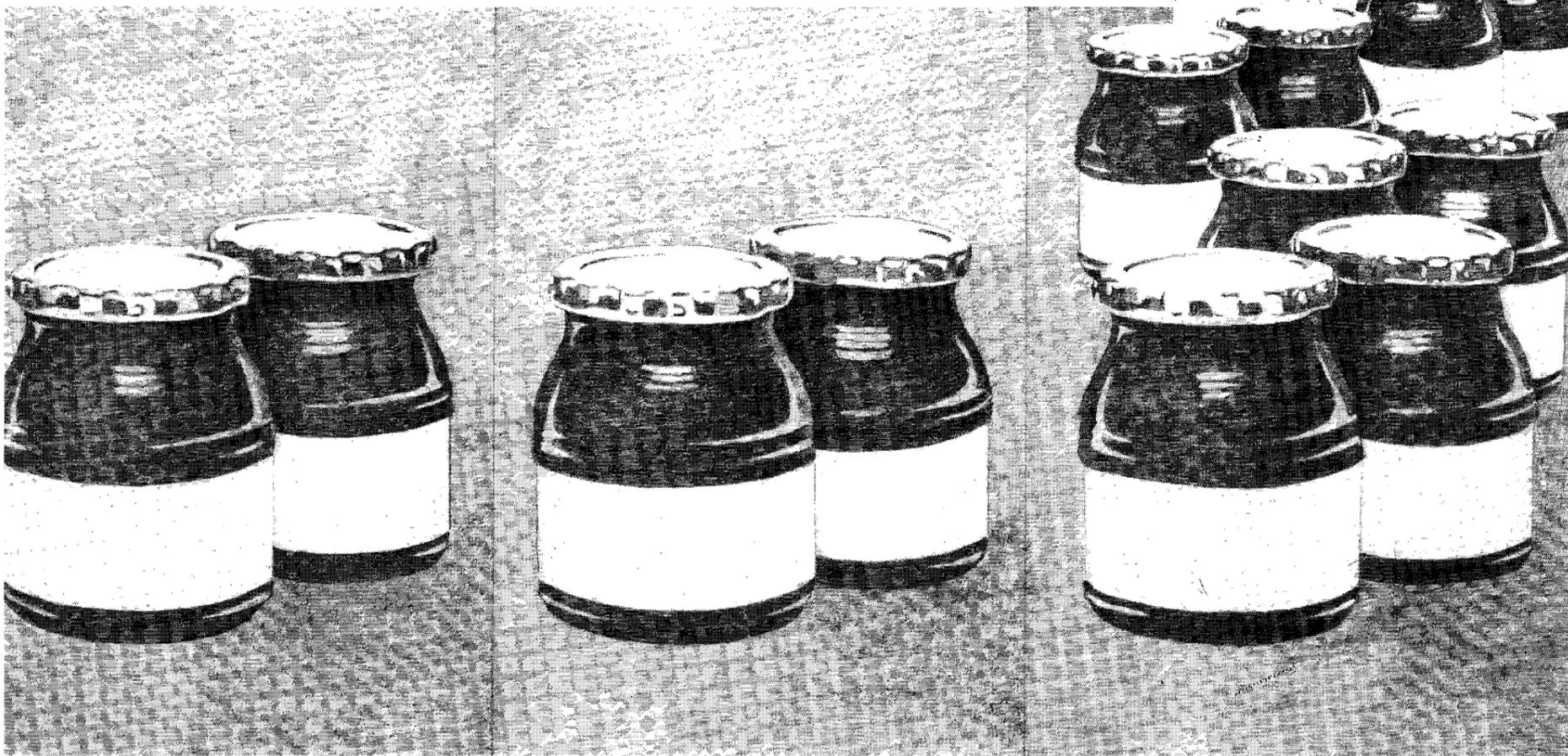
de la Prehistoria a la Historia. Comparada con el ritmo al que se difundió la agricultura, la difusión de la industria moderna ha sido algo fulminante. Antes de la agricultura (que trajo consigo las poblaciones sedentarias, los primeros núcleos urbanos y algunas otras importantes innovaciones), la Humanidad vivía de la caza y la recolección de frutos silvestres, una vida nómada al estilo de los pieles rojas o los bosquimanos. La industria moderna trajo consigo las grandes aglomeraciones urbanas, la revolución en los transportes, la relativa despoblación del campo, el crecimiento económico acelerado, el progreso tecnológico constante y el aumento continuo del nivel de vida. Hoy no sólo esperamos vivir mejor que nuestros padres: «exigimos» mejorar nuestro nivel de vida «cada año».

¿Es pues la historia económica una ciencia «panglosiana» que, como el docto maestro de Cándido, afirma que vivimos en el mejor de los mundos posibles? Nada de eso. En primer lugar, aunque la actuación general sea un éxito, ha habido, ya lo hemos visto, numerosos «fracasos parciales» cuya repetición se trata de evitar. En segundo lugar, uno de los grandes problemas de la historia económica, también lo hemos visto, es el de la «difusión» del progreso; mientras el proceso de difusión no se culmina, aparecen las «desigualdades» entre individuos, entre grupos y entre naciones, y con ellas las tensiones y la violencia. Y en tercer lugar, la solución de unos problemas da lugar al nacimiento de otros: hoy la Tierra da cobijo a un número sin precedentes de seres humanos; pero cuantos más somos, más rápidamente nos multiplicamos y quizá, pese a tanto progreso, nos acerquemos a la posibilidad de un agotamiento de los recursos y a una catástrofe ecológica de grandes dimensiones. Aquí puede venir en nuestro auxilio la historia económica, que entre otras cosas estudia las grandes crisis demográficas del pasado. ¿Será posible que el siglo XXI nos depara una catástrofe demográfica comparable a la del siglo XVI o (en menor escala) del siglo XVII?

Curvas logísticas

Sí, es posible: la historia puede repetirse. Para Cameron, el crecimiento económico se produce en forma de una serie de curvas logísticas, alternancias de crecimiento acelerado y estancamientos o crisis, produciendo un crecimiento en dientes de sierra o más bien en escalones. Esto es así porque en circunstancias favorables las poblaciones tienden a crecer rápidamente hasta exceder el «techo de posibilidades», que depende de los recursos y la tecnología. Al tocar techo se produce una crisis, que va seguida de una recuperación, y vuelta a empezar. El progreso tecnológico va haciendo subir el techo: esto es lo que permite que haya progreso y crecimiento demográfico. Del siglo XVIII hasta hoy, la Revolución industrial ha llevado el techo hasta alturas insospechadas. Por eso cabemos tantos en la Tierra. Pero no es imposible que, al ritmo que crecemos, volvamos a tocar techo y se vuelvan a desatar los jinetes apocalípticos: la aparición de epidemias nuevas, el rebrote de algunas viejas, las hambres en África, las deforestaciones, la contaminación, pueden ser todos indicios de una catástrofe inminente. ¿Volveremos a la «ciencia sombría»? No necesariamente. Es posible que el siglo XXI venga cargado de bienaventuranzas; pero si ello es así, la razón del fracaso no será física, sino humana. Con ello quiero decir que con el acervo técnico que hoy poseemos, los cerca de 6.000 millones que habitamos el planeta Tierra podríamos alcanzar sobradamente un nivel de vida aceptable y digno. Si no lo alcanzamos es culpa nuestra. Eso significan las palabras finales del libro de Cameron.

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

La historia económica puede venir aquí también en nuestra ayuda. El estudio de los problemas económicos del pasado nos ayuda a resolver los del presente. Los historiadores económicos se preguntan: ¿Por qué fue Inglaterra la cuna de la Revolución industrial? ¿Por qué tuvo ésta lugar en el siglo XVIII? Las preguntas no son meramente académicas. Lo que se busca es saber nada menos que el secreto del éxito. La realidad es que los historiadores económicos han estudiado mucho más la historia de los países industrializados que la de los atrasados. El libro de Cameron, pese a su indudable esfuerzo de generalidad y equilibrio, transparenta el sesgo bien a las claras. No ha faltado quien nos acuse de imperialistas o etnocentristas. La acusación es injustificada. Hay muchas razones legítimas para tal concentración de interés. De una parte, las puramente prácticas. Los países adelantados tienen una historia mejor documentada, mejor conservada, más accesible al investigador, y tienen además más investigadores y mejor pagados. Por otra parte, existe el deseo de saber por qué hay desarrollo, qué tienen los países avanzados que enseñar. Pero es que, además, con el creciente interés por la historia económica, va aumentando el número de estudios sobre países y regiones del Tercer Mundo, casi todos los cuales confirman algunas de las conclusiones que se desprenden del estudio de los países adelantados.

Recursos y política

La historia muestra que la posesión de ciertos recursos ha sido importante para el desarrollo económico. Pero quizá los del subsuelo no sean tan cruciales como piensa el vulgo, aunque Cameron detecta gran correlación entre recursos carboníferos e industrialización temprana (con claras excepciones, como Suiza, y, algo más tarde, Suecia y Japón). Más importantes parecen ser el capital humano (la laboriosidad e inteligencia de la población) y la fertilidad del suelo. Al fin y al cabo, los países de más alta renta por habitante del planeta están situados en la zona templada, la más apta para el cultivo de cereales. Y sólo las altas cualidades humanas pueden explicar el éxito de los tres países citados. Quizá el tema más

controvertido sea el del papel del Estado, como Cameron pone de relieve. Si bien la historia económica (y los acontecimientos recientes de la Europa del Este) muestran el fracaso de los sistemas económicos estatistas que ahogan la iniciativa privada y niegan la lógica del mercado, tampoco puede afirmarse dogmáticamente que el liberalismo extremo sea la fórmula infalible. El éxito económico de regímenes paternalistas y autoritarios en Alemania o Japón, o del sistema keynesiano en el período 1945-1973, hacen dudar de afirmaciones demasiado simplistas. Y, desde luego, el papel del Estado como definidor y administrador de las reglas del juego económico (derechos de propiedad, estabilidad económica, administración del sistema monetario) y como gestor de ciertos servicios que el mecanismo de mercado no regula bien (defensa, educación, monopolios naturales) está muy ampliamente (aunque no unánimemente) admitido. Cameron sin duda lo admite, aunque sus preferencias por el «laissez-faire» son indudables. Ya en su capítulo sobre la Antigüedad considera al «carácter predatorio de los antiguos imperios» y de sus gobiernos como uno de los grandes obstáculos (junto a la esclavitud) al crecimiento económico y en particular al progreso tecnológico, aunque reconoce que el mantenimiento de un sistema legal explícitamente formulado y el mantenimiento de una cierta paz y de un sistema regular de comunicaciones contribuyeron al desarrollo del comercio y a la difusión tecnológica.

También muestra la historia que los errores se pagan. La destrucción del mundo antiguo se debió en gran parte al parasitismo de las administraciones imperiales, al sistema esclavista y a la falta de progreso tecnológico, lacras que los gobernantes, en lugar de corregir, mantuvieron y agravaron. El caso de la España imperial es otro favorito de los historiadores económicos desde Adam Smith: la obcecación de los Austrias por sacrificar la economía a sus megalomaniacos objetivos religiosos e imperialistas acabó produciendo las catástrofes políticas, económicas y demográficas del siglo XVII, en tanto que la antigua colonia, Holanda, gracias en parte a una política económica de signo opuesto, se convertía en gran potencia mundial y creaba un im-

perio que rivalizaba con el de la antigua metrópoli. Otro caso que apasiona a la profesión, pero sobre el que no hay acuerdo, es el de la Inglaterra victoriana: ¿por qué perdió este país el carácter de líder económico indiscutido que ostentó hasta finales del XIX? Parece indudable que cometió errores; sin embargo, no hay consenso acerca de cuáles sean éstos. Quizá los casos más palmarios de políticas descarriadas los encontremos hoy más en la prensa que en los libros de texto: el de los países comunistas (acerca de cuyo caso Cameron no emite juicios de valor) y el de varios países de América Latina, acerca de los que certeramente escribe lo que sigue: «Hasta mediados del siglo XX, algunos de ellos, notablemente los del «Cono Sur» (Argentina, Chile y Uruguay), disfrutaron rentas por habitante comparables a las de Europa occidental. Posteriormente, bajo el supuesto erróneo de que el estar especializados en productos primarios los convertía en ciudadanos de segunda en la comunidad mundial, varios de ellos se embarcaron en programas de «industrialización por medio de la sustitución de importaciones», tratando de producir ellos mismos los productos manufacturados que antes habían importado. Casi sin excepción, tales programas fracasaron [dando lugar al estancamiento de los niveles de renta y], a niveles alarmantes de endeudamiento internacional [...] que pusieron en peligro todo el sistema de pagos internacionales».

Pero no siempre son los fracasos debidos al exceso de intervencionismo. Otro ejemplo de error estrepitoso de signo inverso es el de Europa en el período de entreguerras, cuyo intento de volver al sistema de economía libe-

ral con sistema monetario basado en el patrón oro anterior a la primera guerra mundial se saldó con la Gran Depresión y tuvo parte de la responsabilidad en el triunfo de Hitler e incluso en el estallido de la segunda guerra mundial.

Esfuerzo de síntesis

El libro de Rondo Cameron es producto de un notable esfuerzo de síntesis. El resumir en poco más de 400 páginas (apretadas, eso sí, pero también ilustradas) lo que pretende ser «toda» la historia económica mundial, desde el paleolítico hasta nuestros días, es algo realmente titánico y admirable. Cierto es que ello se ha conseguido a costa de dejar fuera ciertas cosas. Cameron, aunque norteamericano, es especialista en Europa; quizá por ello pase por alto temas como el de la esclavitud en la edad contemporánea, o el antes citado de las causas del relativo rezago británico, caros a la escuela cliométrica, tan afincada en los Estados Unidos. Pero esto son pequeñeces frente a la grandeza del cuadro trazado con mano magistral por Cameron, porque para sintetizar tanto hay que saber mucho y escribir muy bien, cualidades ambas que Cameron posee en grado superlativo. Nos encontramos ante un libro que corona la trayectoria de uno de los grandes de la historia económica, bien conocido en los países de habla española, y que contribuirá a difundir el interés por (y los logros de) esta joven ciencia que, pese a todo, sigue viendo el porvenir con cauta esperanza y cree poder contribuir a que su optimismo se justifique. □

RESUMEN

El libro de Rondo Cameron, del que se ocupa Gabriel Tortella, es una apretada síntesis de historia económica mundial, un verdadero «tour de force» que sólo un avezado maestro puede llevar a cabo con éxito. Entre

otras muchas cosas, el libro prueba que la historia económica es clave para resolver los problemas del desarrollo económico y para proporcionar guías de futura política económica.

Rondo Cameron

A Concise Economic History of the World. From Paleolithic Times to the Present

Oxford University Press, Nueva York, 1989. 437 páginas.

Los ingleses en China

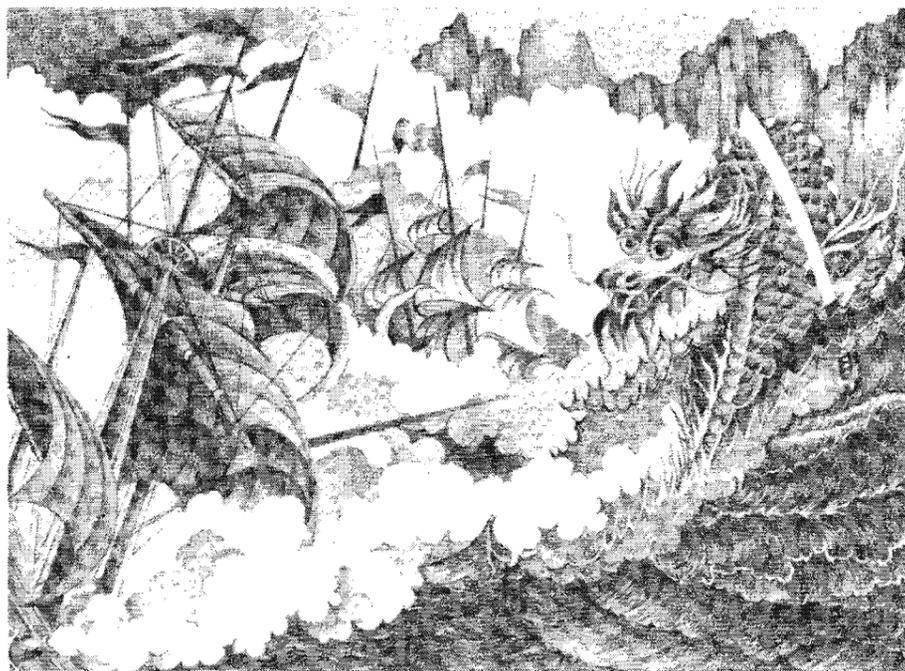
Por Francisco Rubio Llorente

Francisco Rubio Llorente (Berlanga, Badajoz, 1930) es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense, habiéndolo sido antes de la Universidad Central de Venezuela. Ocupó, entre 1977 y 1979, la Secretaría General de las Cortes y fue nombrado, en 1980, magistrado del Tribunal Constitucional. Su obra teórica está dispersa en revistas especializadas, libros colectivos y estudios introductorios.

En 1792 el Premier Pitt y su amigo Dundas, presidente de la Compañía de Indias, deciden enviar una embajada a China para, entre otras cosas, abrir nuevos puertos al comercio inglés, conseguir la cesión de una isla o una pequeña porción de territorio bien delimitado en donde los mercaderes ingleses puedan residir y, quizá sobre todo, negociar la instalación de un embajador permanente en Pekín. La idea viene de atrás (ya en 1787 se había intentado la misma empresa, frustrada en último término por enfermedad de quien había de encabezar la misión), pues hace años que el comercio británico con el Imperio del Centro está desequilibrado. Los ingleses compran allí, en cantidades crecientes, té, seda y porcelanas, pero apenas logran vender nada; al menos abiertamente, pues ya en ese tiempo, y a pesar de la prohibición del Emperador, la Compañía empieza a introducir en China opio de la India. Todo el comercio ha de realizarse, además, a través del puerto de Cantón, que ni siquiera está abierto para los navíos ingleses durante todo el año (han de abandonarlo a la llegada de cada año nuevo para no regresar hasta el siguiente otoño), y por intermedio de unas corporaciones administrativas más imaginativas en la creación de nuevas exacciones que en la ideación de medios para ampliar las transacciones comerciales.

Apenas salida del conflicto con sus antiguas colonias de Norteamérica y en ciernes ya la guerra con Francia, una Inglaterra rebosante de energías quiere también hacer presente ante el Hijo del Cielo su predominio en los mares, los progresos de su ciencia y la riqueza de su industria. La embajada, que lleva a su frente a Lord McCartney y navega en un poderoso buque de guerra, moviliza a casi seiscientas personas. Soldados y marineros en su mayor parte, claro está, pero también físicos, astrónomos, médicos, pintores, jóvenes de la nobleza y, además, un niño. Un curioso niño de doce años hijo del ministro consejero del embajador, destinado a servirle de paje, pero convertido de hecho en un personaje de primera importancia por ser el único que en el curso del viaje (es decir, en nueve meses aproximadamente) logra aprender chino y ha de encargarse de caligrafiar los mensajes que Lord McCartney envía e incluso, ocasionalmente, servirle de intérprete. Con el correr de los años sería este antiguo y talentoso paje, Thomas Staunton, el que lograría los aplausos de la Cámara de los Comunes para el inicio de la vergonzosa guerra del opio.

El libro de Peyrefitte no es otra cosa que la narración minuciosa, día a día, de las peripecias de esta embajada. Aunque el autor la acompaña de reflexiones de mayor alcance y



MARINA LLORENTE

apunta semejanzas apasionantes entre la China de Quianlong, el emperador manchú reinante en la época, y la China de Mao, que él conoció al término de la Revolución cultural y a la que dedicó un precioso libro (*Quand la Chine s'éveillera... le monde tremblera*, París, 1973), el interés de la obra reside sobre todo en esta narración, en la que los hechos se nos ofrecen desde una doble perspectiva. De una parte, la occidental, expresada en los documentos ingleses, en las memorias publicadas por diversos miembros de la embajada, a comenzar por el mismo embajador, y en las cartas de los misioneros (jesuitas y lazaristas) en Pekín; de la otra, la del propio Gobierno chino, recogida en los documentos que se guardan en el archivo imperial, y que el autor se propone publicar próximamente.

Mundo prodigioso

Los hechos se producen en el marco prodigioso de un mundo que se adelantó siglos e incluso milenios a Europa en descubrimientos técnicos que después, y esto es lo definitivamente asombroso, fue capaz de olvidar. Los ingleses van, por este camino, de sorpresa en sorpresa: los inventores de la pólvora desdennan el uso de las armas de fuego y han olvidado el procedimiento para la fabricación de cerillas, que mil años antes ya utilizaban; los inventores de la brújula sólo pueden navegar a la vista de la costa. Y así sucesivamente. Quedan las grandes obras públicas (el viaje de regreso de Pekín a Cantón se hace por vía fluvial, utilizando los 1.500 kilómetros del Canal Imperial, que mediante 72 esclusas salva enormes diferencias de nivel) y queda sobre todo la máquina administrativa, corroída por la corrupción, pero perfecta en su estructura. La burocracia, reclutada a través de exámenes y rigidamente jerarquizada, es dirigida desde Pekín a través de un sistema postal que cursa los envíos con una rapidez de 300 kilóme-

tros por día, casi diez veces superior a la de las postas europeas de aquel tiempo. Sucede, sin embargo, que este servicio de correos admirable sólo transmite la correspondencia oficial y que la máquina administrativa toda no intenta asegurar el progreso de la sociedad, sino muy explícitamente impedirlo, asegurar el mantenimiento indefinido del «statu quo». El juicio hegeliano («La historia de China es esencialmente ahistórica; es sólo la repetición indefinida de una misma ruina majestuosa») sigue siendo certero. Para nuestra sensibilidad, esta historia sin historia tiene algo de muerto, incluso de letal, de lo que, tal vez con alguna injusticia, podemos considerar expresión de una diferencia atroz de prácticas administrativas. En Pekín, como en las ciudades europeas de la época, aunque en mayor número, el abandono de los recién nacidos era una práctica frecuente, pero en Pekín, a diferencia de París, Madrid o Londres, no hay hospicios o incluso; las carretas de la policía recorren cada mañana las calles para recoger los niños abandonados y arrojarlos, vivos o muertos, en una fosa preparada al efecto. Se salvan sólo los pocos que los misioneros occidentales, adelantándose a estos basureros-enterradores, logran recoger para educarlos en la fe cristiana, pues ésta es la única vía que a los misioneros se les ha dejado para propagarla desde que se prohibió, un siglo antes, la labor evangelizadora.

La embajada no alcanza ninguno de sus objetivos. Lord McCartney, con su comitiva disminuida por la disentería, se ve obligado a regresar sin haber logrado siquiera iniciar la negociación, y este fracaso, al que seguiría, veintitrés años más tarde, el de otra misión dirigida por Lord Amherst, conduce inecluctablemente al choque armado, es decir, al sojuzgamiento de la China a través de episodios abominables. El de la guerra del opio, en primer lugar (1840), y, ya con carácter definitivo, el de la intervención anglo-franco-americana de 1860, como culminación de la cual los representantes de nuestra civilización destruyen una de las maravillas del mundo, el Yuanming Yuan, el Palacio de Verano, en uno de cuyos pabellones, réplica exacta del Palacio de Versalles construida por los jesuitas franceses, la soldadesca encuentra aún intactos algunos de los presentes que Lord McCartney ofreció al Emperador.

El fracaso tiene su causa aparente en una cuestión de protocolo o, más precisamente, de ceremonial. Los mandarines asignados a la misión le explican al embajador, desde el momento mismo de su llegada y con una patética reiteración, que es indispensable que ante la presencia real o simbólica del Emperador (esto es, no sólo ante su persona, sino también al recibir sus mensajes, sus presentes o

incluso los manjares con los que de cuando en cuando los obsequia) practique la complicada ceremonia del «Kotow», que consiste en tres genuflexiones sucesivas, prosternándose en cada una de ellas tres veces hasta tocar el suelo con la frente. Lord McCartney se niega, sin embargo, con la misma obstinación y en contra de los consejos que los misioneros le prodigan, a esta gimnasia, que juzga humillante. Su propuesta es la de honrar al Emperador como a su propio Rey, con una rodilla en tierra y descubriéndose, que es lo que al final efectivamente parece haber hecho, aunque no queda claro que, al menos en algunas ocasiones, no haya hecho algo más, ni oficialmente se admitiera jamás la transgresión del rito inmemorial. El forcejeo en torno al «Kotow» es, no obstante, poco más que un simple pretexto o, mejor aún, el punto en donde se focaliza una contradicción insoluble. La comunicación entre la embajada y la Corte es difícil y el mensaje recibido casi nunca concuerda exactamente con el emitido. La embajada utiliza como intérprete principal un cura chino reclutado en un seminario de Nápoles al que los ingleses han de dirigirse en latín; la Corte, a diversos misioneros entre los que tampoco hay ninguno de lengua inglesa y que además, unas veces por delicadeza y otras tal vez por interés, edulcoran los textos que han de traducir hasta casi falsearlos. Pese a todo, la postura de las dos partes es bien clara. Para el embajador británico, el Emperador manchú no es ni más ni menos que un importante soberano extranjero reinante sobre un extenso país cuyo interés en relacionarse con el resto de los pueblos que habitan el planeta es un supuesto tan evidente que no hay necesidad de mencionarlo. Para el Emperador y su Corte, la China, el Imperio del Centro, es un mundo completo y cerrado que no tiene necesidad de nada que le venga de fuera, ni tiene nada que aprender de quienes, no siendo chinos, son simplemente bárbaros, cuyos reyes sólo pueden pretender, en el mejor de los casos, ser recibidos como vasallos. El embajador es designado siempre en la correspondencia oficial como «enviado vasallático», portador no de presentes, sino de tributos, y sólo como tal es admitido a la presencia del Emperador, junto con los representantes de los reinos vasallos del Tibet y Birmania.

Choques de mundos

Estas diversas visiones del mundo, de la realidad humana, son las que hacen imposible el acuerdo y condenan a ambas partes al choque brutal, a la ruptura violenta, de ese empecinado aislamiento que Peyrefitte califica de «autismo colectivo». Es claro que esta ruptura no se hace por razones altruistas y que los británicos, como los demás occidentales que participan en la empresa o empresas sucesivas, buscan muy directamente el beneficio que promete el comercio con China, pero igualmente cierto es que sólo el interés brutal del grupo dominante puede explicar la soberbia afirmación de la soledad. En el «choque de los mundos» no hay inocentes ni culpables, y es este carácter trágico, inevitable, de la violencia «partera de la Historia» lo que sobre todo sobrecoge el ánimo en este fracasado intento de los británicos frente a China. □

En el próximo número

Artículos de Miguel Artola, Claudio Prieto, Antonio López Pina, Antonio Fernández-Alba, Miguel Siguán, Eduardo Haro Tecglen y Francisco Ayala.

RESUMEN

Hace doscientos años, los ingleses, considerando que el comercio británico con el Imperio del Centro estaba desequilibrado (compraban té, seda y porcelanas, pero apenas vendían nada), deciden intentar establecerse en China. Esta razón y otras (hacer notar el pre-

dominio británico en los mares, los progresos de su ciencia y la riqueza de su industria) les lleva a enviar a Pekín una embajada extraordinaria. Las peripecias de esta aventura se cuentan en el libro de Peyrefitte que comenta Rubio Llorente.

Alain Peyrefitte

L'empire immobile ou le choc des mondes

Fayard, París, 1989. 554 páginas. 140 francos franceses.

La crisis del Antiguo Régimen

Por Miguel Artola

Miguel Artola (San Sebastián, 1923) ha sido catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid. Es académico numerario de Historia y presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse *La burguesía revolucionaria*. Los orígenes de la España contemporánea y Antiguo régimen y revolución liberal.

Los revolucionarios de 1789 emplearon la frase «ancien régime» para designar, con una connotación negativa, el conjunto de instituciones que tenían la intención de sustituir. Con este sentido se ha empleado en otras lenguas para referirse a regímenes que se encontraban en parecidas circunstancias. Junto al uso común, para designar el régimen anterior, la frase se convirtió en concepto historiográfico para nombrar la época a la que puso fin la Revolución Francesa. *L'Ancien Régime et la Révolution*, en la que Tocqueville trataba de despojar a la revolución de su carácter innovador, fue decisiva para la consolidación del concepto. «Ancien Régime» fue una denominación universal para referirse a este capítulo de la historia de Francia. En la medida en que se abandonó la idea de la singularidad de la Revolución Francesa, se descubrió que las revoluciones liberales no respondían tanto a la atracción ideológica francesa cuanto al deseo de acabar con su propio «Antiguo Régimen», y el término fue apropiado por las respectivas historiografías. La más reciente etapa de su evolución se ha producido cuando se descubrió que la crisis del Antiguo Régimen, que era la forma habitual de empleo del término, requería la existencia de un origen y de un desarrollo que hasta entonces nadie había tratado de caracterizar. De este modo ha llegado a dar nombre a un período de la Historia, el que corresponde a los siglos XVI a XVIII.

Una caracterización sumaria del «Antiguo Régimen» puede hacerse a partir de un número limitado de elementos, precisamente aquellos que desaparecieron ante el embate de la revolución liberal. La monarquía absoluta como forma de gobierno es el que se nos ofrece en primer lugar, aunque se trata de un absolutismo mediatizado por la intervención de la Iglesia y por la pervivencia de instituciones, representativas o no, que en ocasiones



JOSE ANTONIO ALCAZAR

hacen frente a las decisiones de la corona. La presencia de la Iglesia en la vida pública iba mucho más allá de lo que entendemos por Estado confesional, dado que fueron los liberales quienes propusieron esta fórmula para regular las relaciones con la Iglesia. La omnipresencia del derecho canónico –matrimonio, derecho de asilo, etc.– y la no menos frecuente convocatoria de los laicos ante la jurisdicción eclesiástica, unidas al sometimiento de la población civil a la fiscalidad eclesiástica –diezmos, primicias y otras contribuciones o limosnas más o menos obligatorias–, contribuían a borrar las fronteras entre el poder civil y el eclesiástico. La economía tenía en la agricultura

su principal fuente de rentas, y más que al aumento de la producción, los teóricos y los políticos se habían ocupado de ajustar la distribución de forma que no se produjesen escaseces, para evitar alteraciones del orden público, al tiempo que se pretendía un ideal de equidad, el precio justo, por medio de la tasa de bienes y servicios. La sociedad, basada tanto en el privilegio como en la renta de las personas, ofrecía una imagen formal e incluso legal que no se correspondía por completo con la realidad, al no existir una correspondencia estricta entre privilegio y riqueza. Al lado de hidalgos sin tierras o con pocas y pobres propiedades y de curas obligados a vivir de la congrua y de los ilegales derechos de estola que percibían en lugar de las rentas propias del oficio, había oficiales públicos, profesionales, comerciantes y labradores con más medios económicos de los que podían usar dado su status social. En una economía agraria como la del Antiguo Régimen, su mayor ambición era consolidar su fortuna mediante la inversión en tierras, bien fuese a través del matrimonio de sus hijas con hacendados o por la adquisición directa. A pesar de la pretensión estamental, que imaginaba a cada uno feliz en el lugar que le había tocado en suerte, había manifestaciones suficientes de la existencia de conflictos sustantivos. Unos eran

explícitos, como el hambre de tierra que tenían los profesionales y labradores, que no podían emplear su dinero en virtud de la vinculación del suelo en favor de los nobles y la Iglesia. Otros no podían expresarse, al menos con claridad, dado que atentaban contra los poderes establecidos, pero sería ingenuo pensar que lo que no se dice no existe. La manifestación más importante de la existencia de tales conflictos se lee en el programa de los reformadores ilustrados, dedicados a limitar a la Iglesia en sus funciones pastorales, liberalizar la economía y reorganizar las relaciones sociales.

El conflicto entre el sistema imaginario y la realidad se precipitó de resultados de acontecimientos que escapaban a la voluntad de los sujetos y cuyos efectos no pudieron controlar. La evolución de las armas de fuego y la de los movimientos en el campo de batalla requería un entrenamiento mayor que sólo podía conseguirse con ejércitos permanentes, en tanto la aparición del buque de guerra y del combate en línea cambió el carácter de las flotas de guerra y la exigencia de una preparación permanente. Los gastos militares no crecieron o crecieron poco en términos relativos, pero lo hicieron mucho en términos absolutos. Mantener en tiempo de paz al ejército y la marina consumía la mayor parte de los ingresos, y al entrar en guerra no había país que pudiera hacer frente a los gastos por medio de las contribuciones. La asistencia que franceses y españoles prestaron a los colonos británicos de América y los gastos de las diferentes combinaciones bélicas que practicaron las tres potencias a partir de 1793 desestabilizaron las finanzas de todos ellos, en particular las de los países gobernados por los Borbones. Luis XVI no pudo vencer la resistencia de los privilegiados y acabó en el patíbulo, en tanto Carlos IV, ya que no una reforma fiscal, emprendió el camino de la desamortización.

Las guerras, por supuesto, se hicieron a crédito. Después de un siglo en el que las reformas tributarias habían permitido un relativo saneamiento de la Hacienda, la Deuda no había experimentado cambios significativos y los «juros», que eran la partida más importante, superior a los 1.200 millones de reales, representaban una carga ligera debido al bajo tipo de interés –1,3 por 100–. En estas circunstancias, la emisión de «vales reales» no sólo no encontró dificultades, sino que contribuyó a reducir los efectos de la escasez de numerario que padecía la economía. Los vales proporcionaban a sus tenedores un elevado interés del 4 por 100 en metálico y podían ser amortizados en cualquier momento al reconocerles poder liberatorio, sin más limitación que la derivada del importante nominal de cada uno de ellos. En veinte años, a partir de 1780 en que aparecen, se hicieron siete emisiones por un valor nominal de 2.300 millones de reales. Esta cantidad supera los gastos ordinarios de cuatro años en tiempo de paz, en tanto la obligación anual, en concepto de in-



En este número

Artículos de			
Miguel Artola	1-2	Miguel Siguán	8-9
Claudio Prieto	3	Eduardo Haro Tecglen	10-11
Antonio López Pina	4-5	Francisco Ayala	12
Antonio Fernández-Alba	6-7		

SUMARIO en página 2



La crisis del Antiguo Régimen

tereses y amortización, se situó en torno a los cien millones. A partir de 1795 la cotización de los vales, que por muchos años permaneció por encima de la par, comenzó a declinar y al cabo de unos meses perdían más del 10 por 100 de su valor nominal. La emisión de 1799, después de cuatro años sin ellas, repercutió sobre las cotizaciones, y en diciembre de 1804 y enero del siguiente año se perdía en el cambio la mitad del nominal.

El descrédito cerraba toda posibilidad de negociar nuevos créditos en unas circunstancias poco adecuadas para emprender reformas. La decisión de tomar el patrimonio de la Iglesia consiguió la aprobación del pontífice y la colaboración, no de buen grado, de los obispos, gracias a que la atención del ministro de Hacienda, Soler, se dirigió a un conjunto de bienes, los de Obras Pías, cuyas rentas no se destinaban al mantenimiento del culto ni del clero. La atención a los que no podían atender sus necesidades por su corta o demasiada edad, por la enfermedad o la incapacidad, estaba en el Antiguo Régimen a

cargo de la Iglesia, a través de una multitud de instituciones que actuaban como administradoras de los bienes que los particulares habían entregado con este fin. El respeto por la voluntad de los donantes no permitió la acumulación de los bienes ni la racionalización del gasto. Junto a alguna institución de cierta importancia por su capacidad asistencial, existían en los pueblos muchas otras, apenas dotadas, que prestaban servicios tan variados como limitados (desde dotar doncellas para que pudiesen contraer matrimonio a pequeñas construcciones a las que se daba el nombre de hospitales, hospicios, etc., aunque su asistencia podía limitarse a cobijar a los necesitados una sola noche para despedirlos al día siguiente con una hogaza de pan). La decisión de Soler arruinó la seguridad social hasta la creación, medio siglo después, de la asistencia pública por parte del Estado. De lo que ocurrió con los pobres en el intervalo nada sabemos, aunque no es difícil imaginarlo.

Primera desamortización

El 19 de septiembre de 1798, un paquete de decretos y reglamentos ponía en marcha la primera desamortización que se hacía en España por motivos económicos desde tiempos de Felipe II. Para evitar daños inmediatos, en espera de un milagro que no se produjo, Soler dispuso que los bienes cuyas rentas atendían las necesidades más urgentes (hospicios, hospitales, casas de misericordia) quedasen para el final, aunque la medida no pasó de eso, pues las ventas del resto del patrimonio comenzaron aquel año y desde el siguiente el ministro se dedicó a estimular a sus agentes para que acelerasen los trámites de las ventas. Se fijó un precio base para la subasta y se admitió el pago en metálico o en vales reales, que, a pesar de la pérdida que sufrían, fueron recibidos por el nominal, una medida que revela la limitación de medios que padecían los compradores. Para atraerlos se permitió que las adjudicaciones se hiciesen por un precio menor que la tasa, aunque no por debajo de los dos tercios de ésta, e incluso se concedió un corto plazo de dos años para

completar el pago. En menos de diez años se completó la desamortización. Se inscribieron en los registros notariales más de 70.000 «escrituras de imposición» en las que se anotaban los datos de las fincas enajenadas y se registraba el importe del crédito que el anterior propietario adquiría, deuda que tenía un 3 por 100 de interés, obligación a la que muy pronto dejó de atender el Tesoro por falta de medios. El total de la deuda creada con este motivo superó los 1.600 millones de reales, una cifra próxima al volumen de los vales reales en circulación al comienzo de la Guerra de la Independencia, lo que demuestra que lo que se obtuvo por ese medio se destinó a fines distintos de la amortización de los vales. La desamortización de Carlos IV no tuvo más realidad que la legislativa hasta que hace dos décadas Richard Herr nos ofreció una detallada descripción del fenómeno en un famoso artículo «Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen: crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV», que sigue siendo el término de referencia para esta cuestión.

Los efectos sociales de la desamortización es el tema de un voluminoso libro en el que la abundancia de cifras no oculta el interés del autor por las consecuencias que el acontecimiento tuvo sobre la agricultura y sobre las personas. Las noticias que dan las respuestas particulares del Catastro de Ensenada permiten el conocimiento de las personas, así como el de sus bienes y dedicación mediado el siglo XVIII. Las escrituras permiten seguir para pequeños espacios el destino de las fincas desamortizadas. La existencia de una burgue-

sía rural, integrada por labradores acomodados, ganaderos y muleteros, se hace manifiesta tanto en el Catastro como en la desamortización, aunque Herr conserva sus reservas frente a esta calificación. Los grandes compradores ofrecen el mismo perfil que tendrían años después los que adquirieron fincas en tiempos de Mendizábal y Madoz. Una minoría de forasteros residentes en la capital o en la corte compran las fincas mayores, que son también las más fáciles de explotar -cortijos y olivares en Jaén, tierras de labor y prados en Salamanca, que son las provincias directamente estudiadas-. Los más próximos al lugar y los vecinos compran fincas más rentables pero que exigen mayor atención, como son las parcelas de regadío que rodean los pueblos. Es frecuente la adquisición de fincas en varios pueblos, lo que sugiere que los compradores no piensan en alterar el sistema de arrendamiento que se empleaba a la hora de explotar la tierra.

La desamortización de las Obras Pías no fue bastante para los gastos que el país soportaba pero marca el camino que había de seguirse en el futuro. La insuficiencia de los ingresos fiscales sólo podía cubrirse mediante el crédito y éste dependía de la opinión, sobre la cual la corona carecía de autoridad. El ciclo que practicó la Hacienda en tanto se mantuvo la moneda metálica fue siempre el mismo: déficit-crédito-desamortización. Cuando la moneda fiduciaria supla la escasez de numerario, el reajuste se hará por la vía de la inflación, aunque ésta no sea la única causa del fenómeno. □

Qué es

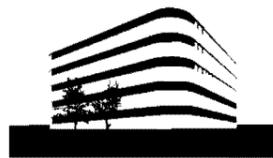
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Acuñado el término de «Antiguo Régimen» por los revolucionarios franceses, con el tiempo ha pasado a designar un período histórico muy concreto, el que va desde el siglo XVI al XVIII. Miguel Artola comenta

una obra de Richard Herr que estudia y analiza este período de la historia de España, incidiendo en la situación económica y las consecuencias políticas que tal situación acarreó.

Richard Herr

Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regime

University of California Press, 1989. 879 páginas. [11.600 pesetas.]

SUMARIO

	Págs.
«La crisis del Antiguo Régimen», por Miguel Artola, sobre el libro <i>Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regime</i> , de Richard Herr	1-2
«Escritos y opiniones de un pianista», por Claudio Prieto, sobre el libro <i>Escritos críticos</i> , de Glenn Gould	3
«De la idealización del Estado», por Antonio López Pina, sobre el libro <i>Handbuch des Staatsrechts</i> , de autores varios	4-5
«El final de la partida», por Antonio Fernández-Alba, sobre el libro <i>Arquitectura internacional (últimas tendencias)</i> , de Charles Jenks	6-7
«Lengua y poder en Francia y Gran Bretaña», por Miguel Siguán, sobre el libro <i>Dominant Languages</i> , de R. D. Grillo	8-9
«Botho Strauss y el teatro como metáfora», por Eduardo Haro Tecglen, sobre el libro <i>El hombre joven</i> , de Botho Strauss	10-11
«Pintura, pensamiento, poesía», por Francisco Ayala, sobre el libro <i>Algunos lugares de la pintura</i> , de María Zambrano	12

Escritos y opiniones de un pianista

Por Claudio Prieto

Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Música de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía», el de Radio Televisión Italiana y el Trofeo «Arpa de oro», de la CECA.

No son, desde luego, estos *Escritos críticos* del pianista Glenn Gould motivo de lectura para cualquier amante de la música, por muy aficionado que éste sea, si no posee los conocimientos suficientes como para poder seguir sin dificultad la vorágine de datos, análisis y opiniones que en ellos se vierten.

Ya desde su comienzo, el libro es una clara invitación al ejercicio de la polémica con la inquietud que supone no tener la posibilidad de contar con el autor para practicarla. Esto, sin embargo, no constituye en modo alguno una sorpresa si tenemos en cuenta que ya en la solapa de la portada se nos anuncia que «sus escritos fueron con frecuencia tan provocadores como sus interpretaciones: exigentes, irresistibles, ocasionalmente exasperantes, pero siempre el producto de una singular visión artística, y abundando en estos detalles, el propio editor de esta colección de escritos, Tim Page, nos dice en la introducción, como a modo de «aviso», que «los artículos de Gould son lúcidos, no convencionales y, en ocasiones, ofensivos».

No sirve, por lo tanto, aducir que uno se adentra en sus páginas con el inocente pensamiento de encontrar las consideraciones más o menos habituales en este tipo de literatura. Antes bien, Glenn Gould no parece encajar en el prototipo de concertista al uso, y si concedemos que se caracteriza por una peculiar manera de entender el arte, es lógico pensar que su actividad literaria será una prolongación de esa misma peculiaridad.

Un rápido vistazo a su breve biografía —falleció a los cincuenta años— nos indica que su vida profesional en el escenario ocupó tan sólo una etapa de nueve años. Este tiempo fue suficiente para cosechar un gran éxito y atraer el favor general del público, a pesar de lo cual decidió su retirada total de las actuaciones en directo y anunció que a partir de ese momento se dedicaría exclusivamente a las grabaciones de estudio.

Alegaba para ello varias razones, pero de sus propias declaraciones se desprende que la principal era su más absoluto pavor a enfrentarse con la presencia de los oyentes. Este hecho por sí solo ya demuestra cuán lejos estaba Gould de lo que se supone son las aspiraciones de cualquier instrumentista, generalmente basadas en el contacto con el público, en el poder psicológico que representa ganar «in situ» el respeto y la admiración de la audiencia.

Lo que encontramos en estos *Escritos críticos* resume en gran medida una filosofía que de inmediato nos sugiere una justificación coherente con su decisión, aunque no exenta de provocación. Tomando sus propias palabras de una crítica que él mismo realizó sobre una biografía suya escrita por Geoffrey Payzant y titulada *Glenn Gould: Música y mente*, podríamos sintetizar sus pensamientos con las siguientes frases: «rechazo de Gould del concierto público, su incondicional aceptación de los medios de difusión en general y el proceso de grabación en particular, su creencia casi mística de que la tecnología posee un poder mediador que puede reducir al mínimo e incluso eliminar los disparates competitivos que absorben a una parte tan grande de la actividad humana», «el aborrecimiento de Gould por la vida de la ciudad, su aversión



JORGE WERFFELLI

por las apariciones públicas, su predilección por la comunicación telefónica, su creencia de que la soledad fomenta la creatividad y de que la fraternidad de los colegas tiende a disiparla».

Estos asertos son el eje central de la argumentación vertida en los numerosos artículos que Gould escribió a lo largo de su vida. Buena parte de ellos se encuentra recogida en esta edición recopilada por Tim Page y estructurada en cuatro partes siguiendo criterios temáticos o de concepto: «Música», «Interpretación», «Medios de comunicación» y «Miscelánea».

Particular tamiz

En la primera parte, que consta de cuarenta y un artículos, Gould hace pasar por su particular tamiz a compositores como Byrd, Gibbons, Scarlatti, Beethoven, Bach, Brahms, Grieg, Bizet, Mahler, Strauss, Sibelius, Mozart, Schoenberg, Hindemith, Prokofiev, Ives, Scriabin, Krenek, Berg, Boulez, etc. Analiza muchas de las obras clave de estos autores utilizando en ocasiones como apoyo ejemplos gráficos que ilustran sus comentarios, amén de tratar temas generales, como estudios del sistema dodecafonico, la música en la Unión Soviética o la música canadiense para piano en el siglo XX.

Sus afirmaciones más controvertidas se encuentran en estos párrafos que, todo hay que reconocerlo, son concienzudos, ingeniosos y denotan la pluma fácil de que Gould hacía gala.

Serían bastantes las frases que podríamos traer a estas páginas para corroborar mis impresiones, pero tengo el convencimiento de que merece más la pena leerlas en su propio contexto porque sacadas de él quizá algunas parecerían carentes de un sentido lógico o producto de un momento de irreflexión, y lo cierto es que la característica de esta primera parte es la de constituir una progresión a veces lineal, a veces cíclica, de sus razonamientos.

La segunda parte dedica diez artículos al tema de la interpretación. Desde «Que se prohíba el aplauso», escrito antes de su retirada de los escenarios, hasta «Streisand en el papel de Schwarzkopf», se recorren distin-

tos aspectos de la psicología del intérprete, tanto desde el punto de vista interno, meramente personal, como desde la perspectiva de sus relaciones con las causas externas. Sentencias como «la justificación del arte es la combustión interna que enciende los corazones de los hombres y no sus manifestaciones públicas, vacías y exteriorizadas» (entiéndase aplauso), o «la amenaza de la idea competitiva es que, con su énfasis en el consenso, extrae ese núcleo mezquino, incontrovertible, fácilmente certificable de competencia y deja a sus ávidos y descaminados suplicantes atrofiados para siempre, víctimas de una lobotomía espiritual», son claramente gouldianas y nos ofrecen una aproximación fiel a su atípica psiquis de intérprete.

Un estudio sobre la improvisación, un brevísimo aunque marcadamente irónico comentario sobre el papel de los críticos, una aproximación a la figura de Leopold Stokowski, una entrevista con Arthur Rubinstein, un episodio semiautobiográfico y tres semblanzas de Yehudi Menuhin, Petula Clark y Barbra Streisand completan, finalmente, esta sección central.

Tras una entrevista consigo mismo y sobre sí mismo a modo de recreación dramática, llegamos a los ocho escritos de la tercera parte, orientados hacia una defensa a ultranza de las posibilidades artísticas y técnicas de los medios de comunicación, con especial hincapié en las grabaciones. Partiendo de unas declaraciones en las que afirmaba que «el concierto público tal y como lo conocemos hoy día ya no existiría dentro de un siglo, que sus funciones habrían sido asumidas totalmente por los medios de comunicación electrónicos»,

RESUMEN

Ya advierte Claudio Prieto que estos *Escritos críticos* del pianista Glenn Gould no están destinados a cualquier lector, sino más bien deberán ser degustados por aquellos aficionados que tengan unos conocimientos

y a raíz de la polémica que las mismas suscitaron, comienza toda una procesión, casi un prodigio de recursos intelectuales, que pretenden corroborar su predicción. Para Gould, «la tecnología no es en lo fundamental una cinta transportadora para la difusión de la información; no es en lo fundamental un sistema de repetición instantánea; no es en lo fundamental un banco de memoria en cuyos sótanos están depositados los logros y los defectos, los haberes creativos y déficit documentados del hombre». Independientemente de que pudiera ser cualquiera de estas cosas, el autor cree que es necesario llegar más allá, comprometerse a fondo con las inmensas posibilidades que ofrece, «explotar su capacidad de disección, de análisis»; permitir, en una palabra, la intrusión de la tecnología, porque «esa intrusión impone al arte una noción de moralidad que trasciende la idea del propio arte».

Gould se enfrenta con los que opinan que se pierde la coherencia lineal y estructural de una obra cuando, al ser grabada en un estudio, se necesitan varias tomas y sucesivos empalmes para obtener un buen producto final. El pianista desarrolla toda una teoría a favor de la utilización de estos empalmes y sostiene que son positivos siempre que contribuyan a «garantizar la seguridad de su funcionamiento». Dedicó, incluso, un capítulo a elaborar una encuesta en la que dieciocho personas —profesionales y profanos— debían detectar en qué punto empezaba un empalme —había 66— en un conjunto de ocho temas musicales.

Termina esta sección con una disertación acompañada de dos ejemplos sobre la realización de documentales radiofónicos, actividad que ocupó a Gould desde que abandonara la interpretación en directo.

La cuarta y última parte del libro, «Miscelánea», es, como su nombre indica, una mezcla de estilos y temas ya tratados en las páginas anteriores. En mi opinión, los once artículos de que consta están, quizá, menos logrados que sus antecesores, aunque no deja de ser interesante su análisis de la educación en las escuelas de música. Se cierra este cuarto capítulo con una entrevista con Tim Page, responsable de la edición y selección de esta obra.

Como decía al principio, no es éste un libro susceptible de ser leído por cualquier persona que no esté muy vinculada al mundo de la música, que no se halle familiarizada con su terminología, con su mecánica, con su evolución. No se trata sólo de una aproximación a la figura de Glenn Gould, pese a que ése sea su objetivo principal, sino que también se ponen en tela de juicio cuestiones que han estado en la mente de todos desde que el arte es práctica de estudio habitual. Como es lógico, en este resumen no ha habido lugar para mostrar todas y cada una de dichas cuestiones, aunque espero haber transmitido el espíritu general que impregna esta edición. En cualquier caso, cabe señalar que siempre es constructivo contar con opiniones como las de Glenn Gould y sus escritos, que, como su personalidad, tienen una lectura ágil, amena y, en muchas ocasiones, francamente brillante. □

Glenn Gould

Escritos críticos

Turner, Madrid, 1989. 581 páginas. 4.600 pesetas.

De la idealización del Estado

Por Antonio López Pina

Antonio López Pina (Murcia, 1937) es catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad Complutense de Madrid, consejero de Estado y fue miembro de la Comisión Constitucional del Senado. Ha dirigido las siguientes obras colectivas: Die spanische Verfassung, La garantía constitucional de los derechos fundamentales: Alemania, España, Francia e Italia, y División de poderes e interpretación. Hacia una teoría de la praxis constitucional.

En la rancia tradición de los glosadores, un centenar de iuspublicistas ha elaborado en siete volúmenes 160 contribuciones. Una enciclopedia de estas ambiciones podía haberse permitido no limitar el pluralismo de los autores. Ello no debería haber sido difícil, habida cuenta —a diferencia de la Alemania guillermina o de los años de Weimar— del alto consenso en torno a una teoría democrática de la Constitución que reina entre los «Staatsrechtslehrer». Y nadie dudará de que sean proverbiales en el *Handbuch* el despliegue de conocimientos y el rigor de la exposición. Sin embargo, sin que quepa reducir la totalidad de los autores a un común denominador ideológico, es difícil no percibir en el elenco cierto agavillamiento de paladines del pensamiento liberal-conservador —Böckenförde, Bullinger, Isensee, Ossenbühl, Ranzelzhofer, Rupp, Hans Schneider, Starck...— y no apreciar una reserva de temas centrales a favor de los mismos. Y así la riqueza doctrinal y práctica recogida en unos miles de páginas no empece a que se trasluzcan rasgos característicos de una prevalente y determinada teoría de la Constitución.

En un estudio como el que comentamos no podía por menos la constitucionalidad de la República Federal de ocupar un primer plano, y nadie echará tampoco en falta multitud de referencias a la «cuestión alemana».

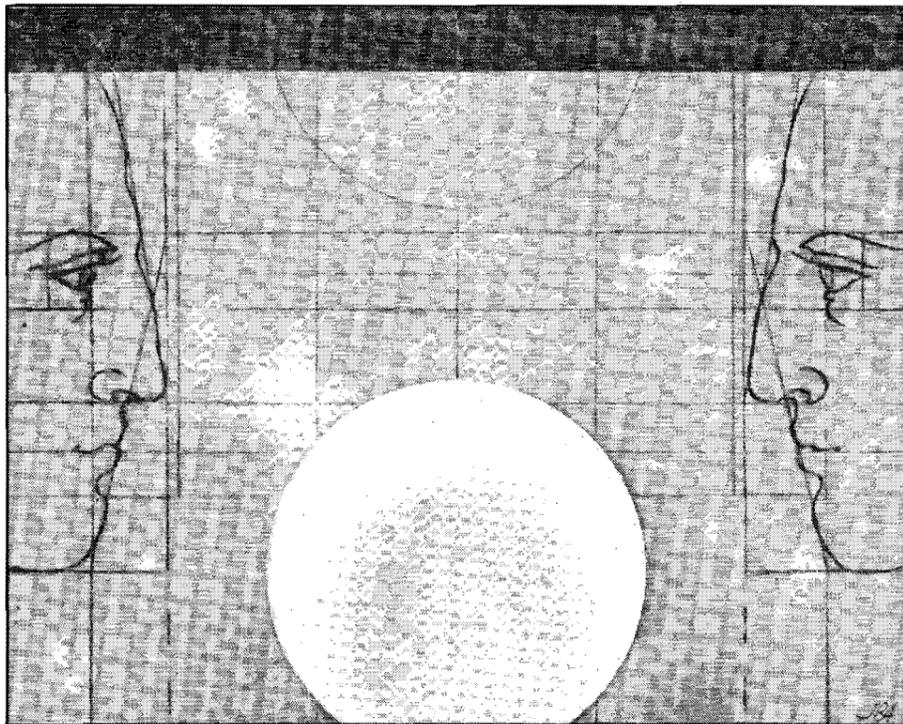
Los volúmenes IV, V y VII tienen programada en 1991 su publicación. Por razones de espacio no podemos obviamente descender aquí en detalle a los capítulos de los volúmenes I, II, III y VI hasta ahora aparecidos; al estudioso y al operador jurídico españoles les interesará más bien disponer de una visión de conjunto. A tal fin trataré de subrayar los que considero rasgos más significativos.

Una concepción estatalista

Isensee quiere brindar una teoría integradora de estatalidad y definiciones materiales del buen orden estatal previas a Estado y Constitución, que bien pudiera valer para el consenso liberal-conservador que diferenciadamente se proyecta en el *Handbuch*.

El pórtico de su ensayo «Estado y Constitución» anticipa la determinación estatalista que inspira toda su concepción: «El Estado constitucional de la República Federal de Alemania es Estado». El que a renglón seguido critique el «cambio de paradigma» que advierte en la doctrina —la sustitución de la categoría Estado por las de Constitución y Democracia, en forma de desarrollo dogmático de una introvertida y autosuficiente Constitución distanciada del Estado— no viene sino a subrayar el sentido emblemático de la frase con la que abre sus páginas.

Y no es que «el extrañamiento respecto de la realidad de concepciones tradicionales del Estado, el pluralismo interno y la integración de los Estados desde el exterior, el universalismo de los derechos humanos, utopías con exclusiva referencia al intelecto, la aporía de la división de Alemania; en fin, el trauma alemán del abuso histórico del poder estatal y de la idea del Estado», no brinden apoyo a tales «desviaciones» de la doctrina. Pero la



JUAN RAMON ALONSO

descompensación que advierte, anima a Isensee a recuperar para el pensamiento iuspublicista alemán la «razón estatalista»: «El Estado es objeto y presupuesto de la Constitución... es un sistema autónomo de derecho... es organización autónoma...». En la concepción de Isensee el Estado «no es una forma de expresión de una organización autónoma de la Sociedad, sino una organización en forma de unidad del pueblo, antitética de la diversidad no-organizada y titular de derechos fundamentales de la Sociedad» y... «la Constitución es el orden jurídico fundamental para el Estado».

La Sociedad aparece fundamentalmente como una esfera constituida por los derechos fundamentales de libertad individual y colectiva autorreguladora (Rupp, Isensee, Starck, Schmitt-Glaeser), en la que los ámbitos de la economía, la ciencia, la cultura, son cualificados como espacios de discrecionalidad privada. Los espacios sociales privados quedan extramuros de la Constitución, referida a la ordenación, el control y la legitimación de la autoridad estatal (Starck, Böckenförde, Kaiser, Isensee).

Y si el Estado constitucional quiere ser «realidad de la libertad», ello —que trae causa del «carácter preestatal de las libertades»— no obsta, por paradójico que pueda parecer, según Isensee, a la «responsabilidad estatal para las condiciones materiales de ejercicio de los derechos fundamentales». La extensión de las libertades acaba así dependiendo de las dimensiones de la protección estatal.

La versión de Isensee encuentra en el postulado de inspiración hegeliano-forsthofiana de separación a todo trance entre Estado y Sociedad, de un Rupp, y en la sospecha respecto de los grupos de interés (sindicatos, medios de comunicación, etc.) de un Schmitt-Glaeser, un Böckenförde, un Kaiser..., sus correlatos significativos. La procedencia —si se quiere combatir el particularismo de los «Verbände»— de recuperar la soberanía estatal (Ranzelzhofer) no es sino la lógica conclusión.

Doctrinalmente, la relación entre Constitución y bien común quiere ser resuelta desde el principio representativo (Böckenförde), desde la idealización de la función pública (Isensee), como expresión, en fin, de una armónica vinculación entre democracia, Estado social de Derecho y República (Lecherler).

Entre las expectativas de la democracia como «principio esperanza» y la evitación realista de ilusiones, Böckenförde, Badura y tantos otros apuestan decididamente por el

predominio de la forma representativo-parlamentaria de gobierno.

No deja de ser curioso que sean precisamente discípulos de Schmitt quienes mantengan una permanente conciencia del dilema entre representatividad y plebiscitarismo en forma —que en España puede sorprender por su rotundidad— de apuesta por la democracia representativa:

«La democracia representativa no es sino la forma necesaria de la democracia como gobierno del pueblo; la democracia directa se traduce en despliegue y legitimación de minorías influyentes... y adolece de falta de una instancia, un foro o un espacio en los que dirimir los conflictos; referenda y plebiscitos deberán reducirse a elementos adicionales de legitimación con una función de correctores y equilibradores de déficit de representación. La elevación de la democracia directa a principio de gobierno o a contrapoder de los órganos representativos comportaría una paralización del poder democrático de dirección o la degradación del pueblo a mero órgano de aclamación; la representación democrática es la condición ética de realización de la democracia; las insuficiencias de la representación no son sustituibles por el recurso global e indiscriminado a la democracia directa: como principio formal, la democracia directa no supone una alternativa».

Como corolario de unas tesis tan escoradas, no admirará que Böckenförde llegue apodícticamente a afirmar que «o la legitimación del poder del Estado se produce por vía de la representación, o entrará en crisis la democracia como forma de Estado y de gobierno».

Para más paradójica, es obligado añadir que no le van a la zaga los planteamientos de un portavoz tan cualificado del Partido Social-Demócrata como Horst Ehmke. Por lo cual habrá que pensar que tal vez sea menos personal o de escuela que generacional la radical posición de Böckenförde al respecto.

Tareas y acción del Estado

La Constitución apenas si contiene normas relativas a tareas del Estado y confía a la decisión estatal la delimitación, haciendo de la ordenación competencial uno de sus contenidos más importantes. El orden competencial ofrece los presupuestos de una acción estatal objetiva y abierta. Por otra parte, las competencias comportan la obligación de su ejercicio (Kirchhof).

También es importante la regulación constitucional de los medios a disposición del Estado para hacer frente a sus tareas y competencias. En este sentido, los medios vienen a caracterizar la acción del Estado. Son bases materiales de la acción estatal el poder —potestad normativa, poder de organización— ejercido conforme a derecho, la función pública, el erario público. El principio de proporcionalidad y el postulado de igualdad hasta tal extremo condicionan el afrontamiento de tareas por el Estado, que si bien el derecho y no el dinero es el criterio o la medida ordinaria de la acción de gobierno, la razón financiera de lo que resulte en última instancia posible acaba desplazando a los parámetros estrictamente jurídicos (Kirchhof).

La dignidad humana

Frente a los órganos estatales de legislación, administración y jurisdicción, procede ver a los ciudadanos con sus status y sus inalienables libertades, proyección de la dignidad humana.

El tratamiento de la dignidad humana es uno de los no abundantes capítulos del *Handbuch* en los que se aprecia un desplazamiento de acento del Estado al antropocentrismo. Häberle considera la dignidad humana como punto de partida de los derechos fundamentales y centro mismo del sistema de valores, como valor jurídico supremo, fin superior del derecho y fundamento mismo de las libertades.

La técnica del «caso» permite a la jurisprudencia dotar a la dignidad humana de un contenido concreto y hacerla justiciable. En la contribución doctrinal de Günter Dürig a la justiciabilidad de la dignidad —«se ve afectada la dignidad cuando la persona concreta es degradada a la condición de objeto, de mero instrumento, cuando es considerada como factor intercambiable o sustituible»— pueden apreciarse los orígenes de la doctrina que hace del ciudadano el sujeto de la acción. La dignidad humana es comprensible como biografía de la relación entre el Estado, la Sociedad y el ciudadano (Häberle); como autoexpresión y logro de la personalidad. El derecho a la propia identidad comprende las condiciones sociales y jurídicas de la autodeterminación personal.

La dignidad tiene asimismo una vertiente intergeneracional; en ese sentido comporta una comunidad de responsabilidades respecto de las futuras generaciones —por ejemplo, en el caso de la ingeniería genética.

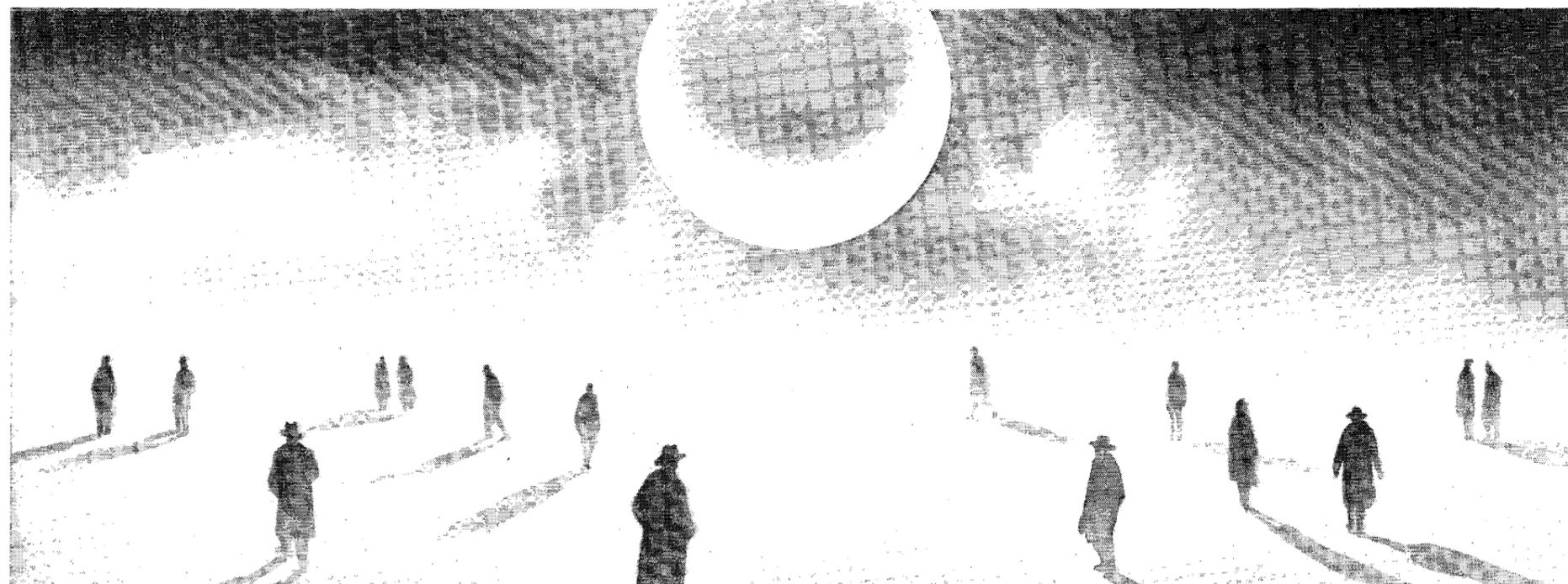
Desde el momento en que una Constitución se autoprescribe o se obliga a la garantía de la dignidad humana, está determinando su concepción del Estado y del derecho; el respeto y la protección de la dignidad como deber del Estado se convierten en premisa de la respuesta a cada una de las cuestiones concretas.

Pero la dignidad no sólo es norma estructural del Estado, sino que —habida cuenta de sus efectos frente a terceros— es constitutiva de la Sociedad. Y así, la jurisprudencia actualizadora de los distintos derechos fundamentales y los principios rectores de la política económica y social se revelan como proyección de la dignidad; fin social del Estado, Estado de Derecho y democracia están permeados por la fuerza irradiadora de la dignidad.

Hay que agradecer a Pedro Häberle su original versión de la doble fundamentación en la soberanía popular y en la dignidad humana del Estado constitucional, y su designio de liberar de sus ilimitadas expectativas originarias a la soberanía popular y verla en conexión con la dignidad humana. En este sentido, la dignidad humana, en cuanto premisa



Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

y referencia de todo poder, llega a ser condicionante decisiva de la soberanía popular.

La interpretación de la dignidad está expuesta a los cambios culturales, lo que explica que sólo recientemente hayan sido en Alemania el medio ambiente, la población penitenciaria y los travestidos asociados a su garantía. Audazmente plantea Häberle cuestiones de la trascendencia de inseminación artificial e ingeniería genética, situación de los hijos en caso de encarcelamiento de las madres y derecho a una muerte digna como proyecciones de la garantía de la dignidad.

A diferencia de otros «Staatsrechtslehrer», Häberle hace de la dignidad humana la referencia última de derecho, Constitución, bien común, Estado y Sociedad.

Hacia una teoría constitucional de Estado y Sociedad

Una composición e impresión esmeradas, junto a unos elaborados índices y unos cuidados márgenes, hacen justicia a la noble tradición editorial alemana. Pero obviamente ello no es la característica más importante a destacar del *Handbuch*. Es difícil contener la admiración por esta suerte de monumento enciclopédico que el pensamiento erige al Estado de Derecho. La obra tiene tal densidad y la reflexión doctrinal aborda los problemas con tal rigor, que precedentes tan de excelencia como el comentario, de Anschütz y Thoma, *Handbuch des deutschen Staatsrechts* (1929-1932) arriesgan en la comparación. El peligro de no salir beneficiado en el contraste trae causa no tanto de la categoría de los autores cuanto del hecho, de que si los Schmitt, Kelsen, Anschütz, Meinecke, Radbruch, Leibholz, Friesenhahn, Thoma..., vieron agigantadas sus figuras pero alicortada su obra por la crisis de Weimar, instalados los actuales «Staatsrechtslehrer» en la floreciente normalidad de la Alemania en vísperas a la apertura del muro de Berlín, han dispuesto de unas condiciones por demás favorables para legislación, gobierno, administración, jurisdicción y elaboración doctrinal.

El resultado condensa la creatividad y los formidables logros para la vida de los ciudadanos con los que la Alemania de Bonn ha tallado el Estado de Derecho. Cuando el siglo XX pase a ser historia lejana, la garantía de los derechos fundamentales, la igualización de las condiciones de existencia en todo el territorio federal, la provisión de servicios públicos, la constitución territorial de la Hacienda, la relación entre federalismo y unidad po-

lítica que han caracterizado durante cuatro décadas de democracia a la Alemania que se extiende entre el Rin y el Elba, serán consideradas como capítulos estelares de la Humanidad. Los autores del *Handbuch* han hecho un extraordinario esfuerzo, lleno por demás de logros. Ciertamente todos ellos han escrito para la actualidad; pero algunos han acertado a empalmar su reflexión con el futuro, y sin duda unos cuantos han compuesto páginas para la Historia.

Todo ello no empece a que, a pesar del manifiesto deseo de los editores y de la colaboración de cien autores —prácticamente un tercio de la Asociación Alemana de Derecho Público—, el pluralismo de invitados no llegue a ser más que «limitado». Y no es ya que la recepción de tradiciones doctrinales deje fuera a los Korsch, Sinzheimer, Franz Neumann, Kirchheimer, el Fraenkel de Weimar y Abendroth o al propio von Triepel. Es que además un idealismo a todo trance, tributario no menos de Schmitt, Forsthoff y la doctrina social de la Iglesia que de Hegel, no siempre se ve compensado en el grado que sería de desear. Y en este sentido el exquisito rigor y la originalidad de Pablo Kirchhof («La lengua alemana; La identidad de la Constitución en sus contenidos inalterables; Medios de acción estatal»), la densidad intelectual de Pedro Häberle («La dignidad humana»), la crítica lucidez de Erardo Denninger («Asistencia estatal al ejercicio de los derechos fundamentales») o las vacilaciones de Böckenförde («Democracia como principio constitucional; La formación democrática de la voluntad política») no se bastan para cubrir las obvias ausencias.

A mi juicio, los editores no han brindado suficientemente sus páginas a una teoría alternativa de la Constitución de notorio despliegue en la doctrina alemana: justo la que, frente a la contemplación de la garantía de la unidad política primariamente en el supuesto de partida de un orden estatal legítimo y en la integridad de instituciones estatales (Isensee, Böckenförde, Rupp, Starck...), identifica su tarea en el mandato de un orden legítimo y en las condiciones, riesgos y posibilidades de futuro del consenso constitucional (Hesse, Maihofer, Denninger, Grimm, Preuss). Frente a una interpretación de la Constitución como voluntad objetiva (Forsthoff, Werner Weber, Kaiser...), los estudiosos de la escuela de Smend, que acostumbran a publicar en el *Archiv des öffentlichen Rechts*, y que han sistematizado sus planteamientos en el *Handbuch des Verfassungsrechts* (1984), consideran aquélla como programa normativamente abierto a concretar una y otra vez

respecto de problemas específicos. Frente a la determinación estatista de la interpretación que parece inspirar mayoritariamente el *Handbuch*, Conrado Hesse y sus discípulos han acuñado un concepto de Constitución que incorpora explícitamente la vida no estatal en el sentido de «orden-jurídico fundamental de la Comunidad»; a su juicio, las áreas existenciales esenciales para todos pertenecen a la vida del cuerpo social y están en conexión insuspendible con el orden político (Hesse, Preuss, Denninger, Häberle).

La incorporación de «lo no-político» al concepto de Constitución tiene consecuencias de alto calado, dado que a través de aquélla entran en el área de visibilidad las recíprocas relaciones de dependencia entre determinadas áreas sociales y la esfera de la autoridad política. Desde esa perspectiva pueden las amenazas a la libertad humana de poderes no-estatales alcanzar la condición de asuntos del orden político y de referencias para enjuiciar la mayor o menor bondad del mismo (Hesse). Para hacer frente al problema central de la Constitución, es decir, a la juridicidad del dominio de hombres sobre hombres, no bastará entonces con la garantía de libertad e igualdad, con la garantía democrática de los órganos estatales y con el recurso a determinadas técnicas institucionales de limitación del poder estatal; si deseamos ser consecuentes con tal concepción alternativa de Constitución, deberemos reconocer la trascendencia de la máxima e igual participación de todos los ciudadanos (Maihofer, Häberle, Preuss).

El idealismo a todo trance de los estudiosos «estatalistas» les lleva a celebrar anticipadamente que el mero ejercicio en beneficio propio de los derechos fundamentales por los ciudadanos producirá como por ensalmo el bien común (Isensee, Rupp).

RESUMEN

El profesor López Pina se ocupa de una ambiciosa enciclopedia en la que se recogen, en siete volúmenes, 160 contribuciones de un centenar de iuspublicistas. Es un monumento que el pensamiento erige al Estado de Derecho, destinado a convertirse en fuente inspi-

Böckenförde toma conciencia de que el sistema político ha perdido capacidad de dirección frente a los subsistemas autónomos de la economía, la cultura, la ciencia, la comunicación, la sanidad, etc., y de que frente a ellos el Estado ya no alcanza por más tiempo a representar los intereses generales. Pero una vez que tensa su reflexión hasta tales márgenes críticos, se detiene sin decidirse a asumir la concepción abierta de los Hesse, Maihofer, Häberle, Denninger o Preuss.

Nadie va a descubrir ahora el neo-corporativismo de los grupos de interés. Lo que sucede es que una respuesta estatista (Isensee, Forsthoff, Werner Weber, Kaiser), el mantenimiento a todo trance de la democracia representativa (Böckenförde) o la idealización de la función pública (Isensee) no se bastan para el hallazgo de una respuesta a la altura de este tiempo. Sin llegar a dar una respuesta definitiva, Schmidt-Assman («El Estado de Derecho; El procedimiento administrativo»), Krebs («La organización administrativa») y Ellwein apuntan, a mi juicio, en la dirección correcta de extender la Constitución hasta los ámbitos de la Sociedad, de constitucionalizar las relaciones entre ésta y el Estado, de contemplar las condiciones de la unidad política en la adecuación material del orden social y de orientar la exégesis constitucional hacia la continua renovación del orden legítimo.

Pero hasta tal punto no es óbice todo ello a la validez dogmática y práctica para ámbitos culturales no germanos de la gran mayoría de las contribuciones, que no sólo van sin duda los juristas liberal-conservadores españoles, huérfanos y sin norte desde la desaparición de los Schmitt, Forsthoff, Maunz, Scheuner, etc., a hacer del *Handbuch* su nueva Biblia; incluso quienes intelectualmente discrepen, no podrán por menos de reconocer la excelencia de esta ambiciosa obra. □

Isensee y Kirchhof (eds.)

Handbuch des Staatsrechts (I, Grundlagen von Staat und Verfassung; II, Demokratische Willensbildung; III, Das Handeln des Staates; VI, Freiheitsrechte)

C.F. Müller Verlag, Heidelberg. I, 1987, 1279 págs., 248 DM. II, 1987, 902 págs., 212 DM. III, 1988, 1375 págs., 288 DM. VI, 1989, 1126 págs., 249 DM.

El final de la partida

Por Antonio Fernández-Alba

Antonio Fernández-Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Formó parte del grupo El Paso. Ha obtenido el Premio Nacional de Arquitectura (1963) y el de Restauración (1980).

La propuesta de reconciliación que Adorno plantea de la obra de Samuel Becket *El final de la partida* es, simplificando el discurso, la reconstrucción en términos filosóficos de las relaciones entre arte y realidad para los tiempos de la postguerra en la década de los cuarenta. Durante estos años no sólo las ciudades viven bajo los rescoldos de las ruinas. Todos los postulados y propuestas del pensamiento que habían visto florecer las imágenes, los discursos y las formas de las agresivas vanguardias de principio de siglo, se ven invadidos por esta fractura que desencadena la segunda guerra mundial.

La realidad se vivía bajo la pesadilla de unas experiencias tan incomprensibles como desastrosas; los ecos de tantos Auschwitz acotaban la catástrofe moral que rodeaba los diferentes planos de la cultura. Itinerarios distintos se abrían paso para interpretar el sentido que habían tomado las coordenadas de la razón o las conquistas del progreso, y alrededor de tan evidentes constataciones las expresiones del arte se multiplicaban en formas y modos diferenciados, en un intento reconciliador de armonizar la «nueva realidad presente».

La agitación y el desconcierto que en estos finales de siglo podemos observar en el espacio de la ciudad moderna, en la representación de sus arquitecturas y en los confusos epigramas de sus símbolos, parecen hacer evidente que el siglo tiende a cerrar su tiempo con una fragmentación de episodios espaciales y un pluralismo (espíritu de la época) en sus formas, que han transformado el despótico y absolutista «estilo internacional» en una heterogénea Babel donde tiene cabida la amplia y bien estructurada taxonomía de Ch. Jencks

en el trabajo que señalamos: «los pabellones blancos», la «ornamentación distorsionada», los «modernos intuitivos», la «alta tecnología», el «regionalismo post»... Ornamentos, formas, estilos y lenguajes sirven con eficacia a la retórica espacial requerida por la eficacia corporativa, al tiempo que las ciudades recuperan la memoria perdida y por fin la cultura arquitectónica, plural, diversa y diferenciada, construye la «aldea del mundo». Sin duda Jencks, en un texto documentado y de estimable calidad literaria, no puede eludir la lectura de últimas arquitecturas desde el prisma del «amigo americano». Su atención se centra en la cosmogonía de la nueva frontera: metafísica para el espacio de la ciudad y metáfora gráfica para el proyecto de la arquitectura, con la finalidad ejemplar de nutrir la sensibilidad formal de esta «aldea del mundo». ¿Serán éstos síntomas del «final de la partida»?

Mediación simbólica

Se ha señalado, y la precisión no está exenta de razón, que en las sociedades avanzadas de nuestro tiempo el «poder real» necesita aliarse con el «poder simbólico». Hoy las formas de dominio que por razones de su propia lógica interna deben llegar a los diferentes grupos e individuos, al no poder hacerlo de una manera inmediata necesitan de una «mediación simbólica» que permita realizar y formalizar su papel encubridor.

El espacio de la arquitectura como forma de construcción simbólica, desde la visión que nos presentan las imágenes de su percepción, se ha transformado en una técnica de transformaciones obsoletas en la medida que su papel configurador del espacio se pone al servicio de resultados eficaces y sobremanera útiles en relación con las «formas de dominio». Un recorrido superficial en torno a los diagramas del espacio actual de la arquitectura —es ilustrativa la selección en el análisis de las últimas tendencias realizada por Ch. Jencks— nos aproxima a una especie de nueva pastoral urbana, aderezada con la ornamen-

tación mitologizante que sustentan las fachadas e interiores de sus edificios, fiel reflejo de la indiferencia de un sector predominante del pensamiento arquitectónico sobre la realidad del hábitat.

Estelares gurús que sobreviven en la tupida jungla arquitectónica, provistos de toda suerte de aditamentos formales a través de un arcaico y enteneecedor sumario de referencias estilísticas e inventarios simbólicos (arcos, columnas, frisos y cornisas), pretenden sustentar la tesis de que proyectar es producir imágenes a través del juego sintáctico de la geometría y del placer que produce la ausencia de la materia. Junto a semejante proceder, del que en parte es solidario, aparece el desarrollo de un proceso de dominación tecnológica que no requiere de esta representación simbólica bajo las supuestas claves de la historia de los estilos, pero que reproduce una agresiva emblemática tecnocientífica, inmisericorde para con la configuración del lugar, ignorando que el espacio no es sólo el ámbito donde se «disponen» las cosas, sino el «medio» que hace posible la «posición» de las mismas. ¿Qué posición heredamos después de la refriega y supuesta ruptura tardo-moderna y las racionalizaciones tipológicas?

Los ejercicios escolares y profesionales de los arquitectos en activo se fundieron, no hace mucho tiempo, en una cosmovisión cromática, tan heterogéneos en su composición volumétrica como efímeros en las imágenes que construían. Un monumentalismo solidario por hacer patente un «inmaterialismo informacional» al mismo tiempo que una desmedida valoración del acto creativo ligado al artista-arquitecto, para el cual la imagen engloba toda componente constructiva, ya sea ésta funcional o simbólica. Esta actitud ha propiciado un clima de adhesiones hacia una arquitectura estructurada en el soporte de lo efímero, de materiales fungibles ligados a la necesidad de formalizar proyectos cuyo protagonismo espacial no radica en la materialidad auténtica de la arquitectura y en su intrínseca realidad estética, sino en el desarrollo de un enfático anticonstruccionismo enmarcado en su propia

sordidez semántica. De ello dan prueba evidente los últimos rascacielos norteamericanos, mediocres envolturas retóricas de las eficientes corporaciones. Estas derivaciones espaciales venían amparadas por la devaluación sufrida de los principios autoritarios y homogeneizadores que aún destilaban los racionalismos europeos, herederos sin duda de aquella mezcla explosiva entre «ética industrial» y «estética liberal»; entre los fantasmas del pangermanismo neoclásico y la internacionalización informática de las sociales democracias postindustriales. Sus efectos modificadores reproducían una arquitectura cómoda para la empresa moderna y gratificadora para el narcisismo del arquitecto-profesor; aparentemente culta y diferenciadora frente al proyecto tecnocrático, complaciente con el contexto urbano y sobremanera asequible para unas generaciones instruidas en las escuelas con rudimentarios conocimientos de ornamentación distorsionada, pero hábiles escenógrafos frente al extinguido espíritu funcional.

En medio de este tumulto cultural y de duda en los contenidos del espacio que planteaba el proyecto de la arquitectura como narración enfatizada, la mirada de estos reformadores del espacio en la metrópoli moderna devolvía a los clanes privados y familias acomodadas de los gremios arquitectónicos el protagonismo perdido, la ilusión aristocrática de ocupar la escena del espacio en la ciudad, mediante tautologías alegóricas en medio de una concatenación de manipulaciones formales y acontecimientos colaterales con la racionalidad del espacio arquitectónico donde todo es expresivamente fácil, sustituible y agnóstico. Un tumulto cultural de naturaleza pantanosa que, junto a una tecnología objetualista, comparte los «campos de marzo» con el monumentalismo de los inmateriales.

Estado y ciudad, pensamiento y lenguaje arquitectónico, formas y funciones, escuelas y universidades, funcionarios y arquitectos, críticos y profesores, se agrupan en un com-



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

promiso sectario de mercancías y mercaderes de la forma para hacernos creer que «los últimos veinte años han sido los más creativos del siglo», según Ch. Jencks. Al índice de creatividad que parecen haber supuesto los movimientos tardomoderno y postmoderno habrá que agradecer, tal vez, la degradación formal e institucional de la arquitectura.

La ciudad postindustrial

El «espíritu» de la arquitectura en el contexto de la ciudad hoy, ya no es necesario ni para la comprensión de la misma, a pesar del esfuerzo que los presupuestos económicos de la techno-ciencia realizan por controlar desde la figura del arquitecto el proceso de la forma. De nuevo un interrogante añadido: ¿Qué supuestos renovadores han significado, para con el espacio de la ciudad postindustrial, los principios correctores de la autonomía de la arquitectura? La respuesta, pese a los corolarios atenuantes que se pudieran esgrimir, no deja de ser decepcionante. Los resultados prácticos junto a sus manifiestos teóricos adquieren protagonismo en las páginas impresas del imperio editorial; una desinformación controlada omnipresente en los reductos universitarios y «summa arquitectónica» en la esfera profesional, ampara y protege toda desviación hacia la herejía que pueda sancionar la crítica.

El éxito de la prensa de la imagen especializada arquitectónica viene garantizado por el poder de fascinación que asume la transfiguración simbólica del espacio, cuyo objetivo primordial radica en anular la conciencia crítica sobre el proyecto o edificio construido y mitificar al arquitecto como personaje exclusivo, como «marca registrada» consagrada por sectas del poder editorial. En este proceso, el morador del espacio de la arquitectura ha sido expulsado en aras de una espacialidad recurrente de fragmentos acumulativos, de formas-emblema, de mimesis reductoras, que obligan a contemplar y vivir la espacialidad con una percepción de lo separado (sineidesis); una arquitectura distorsionada compuesta y construida desde los territorios de una se-

gunda naturaleza abstracta, insensible y ficticia en relación con la realidad artística que subyace en la cultura positiva de la civilización tecno-científica.

Sin duda estas consideraciones generales en torno a la falsa mediación simbólica de las últimas arquitecturas, al papel de teatralidad construida que refleja en nuestros días el espacio de la ciudad, se inscribe en un proceso más general que podríamos denominar el «acontecimiento de la forma»: el poder mediador de la forma sin contenido que a las culturas de la imagen actuales se le asigna, «los placeres de la ausencia» que categoriza Jencks. El contenido de la forma arquitectónica ha sido vaciado y sustituido por su capacidad de «efecto»; la columna que soporta el vacío, la silueta que identifica la cornisa clásica, el frontón que simula el acceso, no tiene otra función que transferir su carga de semántica, de propagar su capacidad de efecto, a ser posible fascinador.

Pero el espacio de la arquitectura desnaturalizado de su razón constructiva pierde su capacidad de reflexión para edificar el hábitat del hombre, que en sus orígenes surgió como idea-imagen, al objeto de solventar las necesidades futuras: cobijo, actividad, relaciones, residencia..., se debatió más tarde como proyecto contra la angustia del hombre, angustia material y existencial para acomodarse en la naturaleza. Hoy tenemos que admitir un cambio sustancial al inscribir el proyecto del espacio en el que opera la arquitectura dentro de los valores y estructuras de la «segunda naturaleza técnica», advirtiendo que este proyecto inédito no puede aflorar a nuestro juicio bajo los principios de una espacialidad acumulativa de retóricas «formas pluralistas» frente a los principios del Movimiento Moderno en arquitectura, que amputaba con ardor iconoclasta historia, ornamento o cualquier alusión metafórica, y menos aún de la efusión antibarroca con la que trataba de desarrollarse un capitalismo en expansión decididamente «contrarreformista».

De todo ello, y de los efectos de su contrapartida, la empresa «reformadora simbolista» en la que nos encontramos, somos tes-

tigos elocuentes y sufridores anónimos de esa autocracia elitista de arquitectos postmodernos, tardomodernos, vernaculares..., que han proporcionado esa amalgama de órdenes compuestos para, según Takefumi Aida, «encerrar la función en formas innatas».

Cobertura neutral

El cansancio formal, la estafa provocadora en la que se dibujaba la espacialidad metropolitana, los episodios colaterales alrededor de lo arquitectónico, configuran una cobertura neutral del pensamiento crítico de la arquitectura, neutralidad psicótica en la que el «último arquitecto» trata de encontrar cobijo y gratificación para sus irreflexivas proyecciones en el territorio del proyecto. Ch. Jencks, no sin cierto cinismo, parece aceptar esta neutralidad del espacio tardomoderno como un dato decoroso: «El espacio tardo-moderno, para algunos arquitectos, es la expresión de un quietismo decoroso, de una neutralidad y agnosticismo honesto respecto a una sociedad incapaz de precisar qué debe valorarse».

Frente a esta indecorosa pasividad se hace necesario un diálogo crítico, positivo y creador entre el ser y el devenir del pensamiento arquitectónico, desde la crisis de los ideales clásicos a las propuestas iniciadas hace más de dos siglos sobre los problemas de la cantidad. El «cobijo ausente» en las sociedades

sobresaturadas de nuestro tiempo aún por asumir como proyecto prioritario en la espacialidad contemporánea. La idea de lo «nuevo» como valor en los lugares de la época tecnocientífica. Las indagaciones entre la forma de la arquitectura para la ciudad y la función de los objetos arquitectónicos en la misma. La recuperación, en definitiva, de la arquitectura como fragmento de utopía del hábitat humano.

El funcionalismo, como con evidencia podemos contemplar, se transformó en rudo productivismo; el «estilo internacional», en insostenibles alfabetos regionales, pabellones blancos o simples decorados de la derrota; el espacio imaginado para la ciudad de los albores del siglo, en escueto producto económico, tecnificado e indeterminado.

Un interrogante final: ¿Es posible pensar para el espacio de la arquitectura una respuesta coherente con su tiempo desde los supuestos del arte y de la razón? Para tan razonable aspiración habrá que destruir el maleficio en el que se ve inscrita la palabra arquitectura y desalojarla por los testimonios de una «antiarquitectura» construida desde los reductos de una sensibilidad moderna más anónima y menos subjetivizada, capaz de integrar la heterogeneidad de las culturas que rodean el «espíritu de la época» y que permitan reequilibrar y armonizar las tensiones en las que se debaten las dos naturalezas, ya evidentes, por las que discurren: espacios, lugares y territorios de nuestro tiempo. □

RESUMEN

Se ha señalado, nos recuerda Fernández-Alba, que el poder real necesita aliarse con el poder simbólico, las formas de dominio requieren una «mediación simbólica», y en ese espacio se encuentra la arquitectura como construcción sim-

bólica. El comentarista de esta obra, que pasa revista a las últimas tendencias arquitectónicas, efectúa, entre otras cuestiones abordadas, algunas consideraciones en torno a la falsa mediación simbólica de las últimas arquitecturas.

Charles Jenks

Arquitectura internacional (últimas tendencias)

Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1989. 357 páginas. 13.500 pesetas.

Lengua y poder en Francia y Gran Bretaña

Por Miguel Siguán

Miguel Siguán (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Psicología de la Universidad de Barcelona y presidente de la Sociedad Española de Psicología desde 1983. Entre otras obras recientes es autor de *Educación y bilingüismo y Metodología para el estudio del lenguaje infantil, de inminente aparición*.

El hecho de que el inglés no distinga como el español entre «lenguaje» y «lengua» permite que un libro que se titula *Dominant Languages* trate tanto de los diversos registros y variedades de la lengua «nacional» o «estatal» como de las lenguas autóctonas que conviven con ella y de las lenguas de los inmigrantes asentados en el país, intentando en cada caso aclarar sus relaciones con la dinámica del poder y de la jerarquía social. Un tema tan amplio, incluso limitado a dos países, invita a preguntarse por la metodología adecuada para tratarlo. El autor, R.D. Grillo, de la Universidad de Sussex, apoyándose en su condición de antropólogo, propone un método que denomina pluridisciplinar pero que mejor se podría calificar de ecléctico y aun de simple acumulación, reuniendo materiales de muy diversa procedencia y orientación, unos históricos, otros sociológicos y lingüísticos. No se trata de un libro sistemático, pues de cada tema el autor trata sólo algunos momentos o aspectos que considera importantes o que han llamado su atención. Y tampoco de una obra de tesis que llegue a unas conclusiones definidas. Todo lo cual no debe entenderse en sentido negativo, pues en una época en que predominan los especialistas que se concentran en una parcela bien acotada, un libro que aborda una temática amplia y ofrece abundante materia de reflexión merece al menos agradecimiento.

Lengua y nación en Francia

Para entrar en materia, el autor recuerda textos del Canciller De l'Hôpital, que todavía en el siglo XVI afirmaba que la diversidad de lenguajes no es un inconveniente para la unidad del reino de Francia porque ésta se apoya en «una fe, una ley, un rey». Claro que a ello podría agregarse que los inconvenientes de la pluralidad de lenguas eran menores porque para determinadas funciones existía un vehículo común que era el latín. Pero por otra parte es cierto que en el siglo XVI la autoridad real estaba ya plenamente asentada y que una de las manifestaciones de esta autoridad consistía precisamente en prestigiar la lengua de la Corte convirtiéndola en lengua de la administración real y por tanto en vehículo del poder en todo el territorio de Francia. Paralelamente, literatos y escritores de toda clase contribuían al prestigio de esta lengua enriqueciéndola y perfeccionándola, un doble proceso político-cultural que culminó en la fundación de la Academia de la Lengua Francesa con la protección real.

Pero hasta finales del siglo XVII, y por tanto años después de la fundación de la Academia, la difusión de la lengua francesa, más que de una imposición directa fue la consecuencia del prestigio que le daba el ser a la vez la lengua del poder y de la cultura, un prestigio que afectaba a una minoría de la población, la que de alguna manera estaba en contacto con el poder y con la instrucción, pero que no alcanzaba al pueblo llano.

La Revolución representó la culminación del proceso de entronización de la lengua francesa, pero al mismo tiempo lo situó en una nueva dimensión. El alegato del abate Grégoire sobre «la necesidad y los medios de extirpar el «patois» y universalizar el uso de la lengua francesa» es suficientemente explí-

cito. Según los cálculos del abate, no menos de seis millones de franceses no hablan la lengua nacional, otros tantos son incapaces de sostener una conversación con sentido en ella, sólo unos tres millones son capaces de hablarla con cierta corrección y sólo una parte de éstos es capaz de escribirla. Para Grégoire, esta moderna torre de Babel —no menos de treinta «patois», según su cuenta— que reúne lenguas y dialectos es un obstáculo para el progreso de Francia. Las lenguas locales son las lenguas de la tradición, de la superstición y de la reacción; frente a ellas, el francés es la lengua de la claridad y del orden, la lengua de la ciencia y del conocimiento moral; en resumen, la lengua de la razón, y al mismo tiempo las lenguas regionales y locales son las lenguas de la división y del particularismo frente al francés, que es la lengua de la unidad de la patria.

Las ideas que el abate se hacía sobre la lengua francesa no tienen nada de originales. Hacía ya algunos años que las había expuesto, y con gran brillantez, Rivarol en su célebre discurso sobre las excelencias de la lengua francesa, pero lo que añade Grégoire, llevado por el impulso revolucionario, es la afirmación de que esta lengua ha de ser patrimonio de todo el pueblo, ha de ser la lengua de la nación francesa y de cada ciudadano. De todos modos, conviene recordar que si la aportación revolucionaria a este tema se hubiese reducido al panfleto de Grégoire, su trascendencia habría sido pequeña. De hecho, el propio panfleto fue olvidado, y una biografía del abate Grégoire publicada hace algunos años ni tan sólo lo cita, y ha sido muy recientemente reeditado y ha conseguido de golpe una gran popularidad. Pero la Revolución hizo algo más que inspirar al belicoso abate: puso en pie una política de enseñanza pública dirigida y controlada por el Estado, y en parte diseñada y justificada por Talleyrand, en la que el francés cumple el papel que el abate le atribuía de instrumento del pensamiento racional y de cimiento de la unidad nacional. Y fue efectivamente la presión de la escuela la que convirtió el francés en la lengua común de los franceses y recluyó a las otras lenguas en el seno del hogar o de la vida cotidiana camino de su previsible desaparición. A la influencia de la escuela unificada y obligatoria para todos se añadió la difusión cada vez más importante de los medios de comunicación también exclusivamente en francés, de modo que a comienzos del siglo XX el proceso de sustitución de las lenguas regionales en Francia estaba ya muy avanzado, y tras la oleada de patriotismo que acompañó a la guerra del 14 su suerte parecía definitivamente echada.

El caso de Inglaterra

La historia lingüística de las Islas Británicas es sensiblemente distinta. Los invasores anglosajones de los siglos VI y VII hablaban distintas variedades de un proto-inglés que entró en competencia con las lenguas celtas que se hablaban en las Islas y que logró desplazarlas en la región que hoy llamamos Inglaterra. Pero los invasores normandos del siglo XI hablaban una variedad de francés que durante mucho tiempo fue la lengua de la Corte y de las clases dirigentes, y sólo fue en el siglo XV, cuando los lazos con el continente se aflojaron, que el inglés pasó de ser lengua popular a lengua cortesana, y con ello lengua del poder y de la administración. A partir de entonces empezó el proceso por el que el inglés, convertido en lengua nacional, iría desplazando a las lenguas celtas del resto de la Gran Bretaña y de las otras islas. Un proceso paralelo al francés pero con características distintas. En Inglaterra no se formularon justificaciones ideológicas comparables a las que hemos citado en Francia, ni tampoco se puso

en práctica una política lingüística comparable a la francesa: basta recordar, como ejemplo significativo, que en las Islas Británicas nunca ha existido un sistema educativo centralizado y dependiente del Estado. A pesar de lo cual el «rodillo» inglés no fue menos efectivo que el francés. La acumulación de la propiedad de la tierra en manos inglesas fue un factor importante, sobre todo en Irlanda, pero también en otras regiones de lengua celta. Y los desplazamientos de población, tanto emigraciones como inmigraciones, provocados por la industrialización. Y, por supuesto, el predominio casi exclusivo del inglés en la enseñanza y en los medios de comunicación.

Todos los datos recogidos en el libro confirman lo que por otra parte es bien conocido: que la constitución de Francia y de Inglaterra como estados nacionales se acompañó de la entronización de una lengua determinada como lengua nacional. La primera explicación de este hecho es evidentemente de tipo ideológico: la lengua como símbolo de la unidad nacional. Sin embargo, el propio autor recuerda que la idea de nación puede formularse, como lo hizo Renan por ejemplo, más que como una realidad determinada por el pasado como la formulación de un proyecto común dirigido al futuro, en cuyo caso la lengua ya no es un elemento esencial. En la medida en que se insiste menos en la justificación ideológica hay que recurrir entonces a una explicación puramente socioeconómica de la lengua como instrumento de poder y del nacionalismo, y a su vez como justificación ideológica del ascenso de una clase social.

Las otras lenguas

De todas maneras, y como es bien sabido, la historia no ha funcionado en una sola dirección. Cuando la preponderancia de las lenguas nacionales parecía irreversible, tanto en Francia como en Inglaterra surgieron intentos de invertir la tendencia y de promover las lenguas «que la historia había dejado de lado». En Francia, el autor se limita a considerar el caso del occitano, simbolizado en la figura de Mistral, aunque no aclara por qué el occitano no llegó a cristalizar en un movimiento político como lo hizo el catalán. En cambio, se detiene en el occitanismo actual y en las ideas de Laffon sobre la historia de Francia: colonización de la periferia desde el centro, y más concretamente del sur desde el norte. En cambio, la descripción de los movimientos de recuperación de las lenguas célticas —porque pretende referirse a todos ellos— resulta más confuso y en definitiva se reduce a constatar las dificultades que encuentran: decadencia del irlandés en Irlanda a pesar de la independencia y del escocés en Escocia, desaparición ya consumada del corno en Cornualles y del manx en la isla de Man. En cuanto al galés en el País de Gales, reconoce también sus dificultades, pero constata con cierta sorpresa las consecuencias positivas para la lengua que está teniendo su presencia en la televisión y en el sistema educativo.

Y el capítulo dedicado al Reino Unido se cierra con la afirmación, que sólo el que desconozca la situación en las Islas Británicas puede encontrar sorprendente, de que en la actualidad los problemas que plantean las lenguas minoritarias son problemas menores respecto al gran problema que representan las lenguas de los inmigrantes.

Desde el final de la última guerra, Europa ha conocido corrientes inmigratorias importantes que en un primer tiempo fueron internas a la propia Europa, desplazando poblaciones de las zonas agrícolas del sur a las zonas industriales y urbanas del norte, pero que con el tiempo han desbordado los confines europeos atrayendo poblaciones extra-europeas de origen cada vez más lejano. En

las Islas Británicas esta atracción ultramarina es mucho más antigua y parte de la liquidación de la Commonwealth, que permitió la llegada a las Islas de grandes cantidades de inmigrantes procedentes del Indostán (India y Pakistán), de las antiguas colonias africanas y también y en gran número de las llamadas Indias Occidentales (Jamaica y otras islas). La mayoría de estos inmigrantes viven en condiciones económicas y sociales precarias y ello basta para situarles en condiciones de marginalidad a ellos y a sus hijos en la escuela. Pero además la mayoría, al llegar a las Islas, no conoce el inglés o habla un inglés muy distinto del que hablan los ingleses, lo que refuerza su marginalidad, y en el caso de los escolares plantea problemas pedagógicos de difícil solución.

Para dar idea de la gravedad de este hecho basta decir que en el conjunto de las escuelas del área metropolitana de Londres un 20 por 100 de los alumnos son inmigrantes o hijos de inmigrantes. Y como los inmigrantes tienden a concentrarse en determinados barrios, abundan en Londres los centros escolares en los que los alumnos de esta procedencia constituyen más de la mitad del alumnado. Alumnos que tienen además lenguas maternas muy distintas entre sí. No es exagerado decir que esta presencia masiva de inmigrantes está poniendo en cuestión los mismos fundamentos del sistema educativo.

Como es frecuente en Inglaterra cada vez que se plantea una cuestión compleja y de alcance nacional, el Gobierno ha constituido varias veces comisiones independientes encargadas de redactar un informe que analice el problema planteado y sugiera soluciones. Dos informes de este tipo se han hecho especialmente famosos: el informe Rampton, de 1981, y el informe Swann, que amplía el anterior, de 1985 (*Education for All. The Swann Report*. HMSO, Londres).

El libro que comento hace numerosas referencias a estos informes, que no intentaré resumir, y sólo haré alusión a algunas ideas principales y entre ellas la que considero fundamental: que cualquier discusión sobre este tema debe empezar por definir cuál es el objetivo último de la educación de los inmigrantes, una pregunta que admite respuestas muy diversas. Una primera respuesta consiste en decir que el objetivo último ha de ser la plena integración de los inmigrantes, lo que en el aspecto lingüístico implica su pleno dominio del inglés y que para ello, cuanto menos atención se preste a la lengua materna de los inmigrantes tanto mejor. Una segunda postura considera también que el objetivo es la plena integración, pero recuerda que estos niños de entrada no conocen el inglés y por tanto que para introducirles en esta lengua hay que hacerlo desde su propia lengua y en forma gradual. Es lo que se conoce como educación bilingüe de transición. Y una tercera postura sostiene que la integración en la sociedad de acogida no es incompatible con la conservación de la propia lengua y de los lazos con la cultura de origen, y por tanto que la escuela, además de introducir al inmigrado en la lengua y la cultura inglesas, debe facilitarle la posibilidad de continuar usando en alguna medida su propia lengua de origen y mantener sus implicaciones culturales. Es lo que se conoce como educación bilingüe de mantenimiento. Finalmente, es posible sostener una cuarta postura que afirma que en una sociedad con distintos grupos étnicos, lingüísticos y culturales la educación debe tener como objetivo el desarrollar una sociedad auténticamente pluricultural y plurilingüe, y por ello que el sistema educativo debe ofrecer una enseñanza basada en estos principios no sólo a los emigrados, o sea a los miembros de un grupo determinado, sino a todos los alumnos.



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

Como era previsible, los informes citados se inclinan por el bilingüismo de conservación: enseñanza con el inglés como instrumento y con la cultura inglesa como objetivo, pero ayudando al mismo tiempo al alumno a mantener el conocimiento y uso de su lengua materna y la familiaridad con su cultura de origen. Pero el propio informe Swann, después de defender con insistencia esta postura, reconoce que si es fácil proponerla, resulta, en cambio, muy difícil llevarla a la práctica si se tiene en cuenta que los niños inmigrados hablan lenguas muy diversas entre sí. Hay centros escolares de Londres donde los alumnos hablan veinte y más lenguas distintas. En estas condiciones, no ya la enseñanza de estas lenguas, sino el sólo hecho de partir de ellas para enseñar el inglés se hace imposible.

Pero la dificultad más grave no es todavía ésta. Incluso si se consiguiese organizar un sistema educativo adecuado que proporcionase a los inmigrados un conocimiento suficiente del inglés y una buena familiaridad con la cultura inglesa al mismo tiempo que manteniendo su lengua y su cultura de origen en un clima de comprensión y de respeto mutuo, lo más probable es que al terminar su período escolar, si siguen viviendo en el mismo ambiente socioculturalmente bajo, con el mismo color de piel y los mismos hábitos culturales, encontrarán en la sociedad inglesa los mismos obstáculos que encuentran ahora. De lo que puede deducirse que cuando la escuela se propone unos objetivos más idealistas y generosos de los que la sociedad está dispuesta a admitir, las realizaciones escolares pronto se disuelven en el aire.

Lo cual tiene necesariamente consecuencias negativas. El fracaso en la integración de una importante proporción de los inmigrantes en muchos países de Europa no sólo refuerza su marginación, sino que está provocando reacciones de autoaislamiento. Empieza a ocurrir que comunidades étnicas con una lengua propia y aglutinadas por elementos culturales y religiosos reclamen escuelas propias que no sólo les permitan mantener el uso de su lengua, sino vehicular a través de ella su propio

sistema de valores, aunque sea a costa de poner en peligro su integración en la sociedad en que se han instalado.

Lenguaje y jerarquía social

La última parte del libro se dedica a comentar las relaciones existentes entre jerarquía social y modalidades lingüísticas en el interior de una misma lengua. Como es bien patente, en todos los países de Occidente no sólo se ha entronizado una lengua determinada como lengua nacional, sino que en el interior de esta lengua se han fomentado determinadas características hasta producir un modelo de lengua adecuado para el ejercicio de las distintas dimensiones de la cultura: literatura, ciencia, derecho... Esta lengua culta es una lengua muy formalizada, tiene unas reglas muy precisas y es la lengua que caracteriza el discurso de los hombres cultos. Y es por ello un elemento de discriminación social que limita las posibilidades de ascenso y de prestigio de los que no la hablan.

Algunos datos recogidos en el libro permiten advertir hasta qué punto la estratificación lingüística es importante en Inglaterra. Así, cuando se da cuenta de una investigación en la que se pidió a una muestra de maestros de Londres que clasificasen a sus alumnos según la modalidad de lengua que hablaban. He aquí la clasificación que se les propuso y los resultados obtenidos:

Strong Standard (inglés estándar), 5,9 por 100.
 Weak Standard (inglés estándar débil), 9,7 por 100.
 Weak London (inglés de Londres débil), 35,7 por 100.
 Strong London (inglés de Londres fuerte), 31,7 por 100.
 Other British (otros dialectos británicos), 1,8 por 100.
 West Indian (inglés de Jamaica), 8,2 por 100.
 Other (otras lenguas), 7,0 por 100.

Notemos que no sería fácil proponer a los maestros de Madrid o de Sevilla que cla-

sificasen a sus alumnos según una escala similar. En todo caso, la encuesta reveló una clara correlación entre el nivel de lengua usada y los resultados escolares.

Que existe una clara correspondencia entre el nivel socioeconómico de las familias y resultados escolares es un hecho conocido de antiguo. Pero en la década de los setenta Basil Bernstein, un sociólogo del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Londres, alcanzó una gran popularidad afirmando que la causa de esta correlación reside precisamente en el lenguaje. Los niños de las clases acomodadas o simplemente de clase media llegan a la escuela hablando la misma modalidad de lengua, el mismo «código», en terminología de Bernstein, que la escuela, mientras que los niños de las clases más populares llegan a la escuela utilizando un código distinto. Este hándicap inicial en teoría puede compensarse, pero en la práctica a menudo se convierte en irreversible. Esta afirmación de Bernstein encontró un amplio asentimiento, aunque a la hora de derivar de ella conclusiones prácticas las opiniones se dividieron en dos posturas enfrentadas: para unos era necesario hacer un esfuerzo importante para ofrecer a los niños lingüísticamente desfavorecidos una «educación compensatoria» que les permitiese compensar su déficit lingüístico; para otros, en cambio, era la escuela la que debía olvidar sus prejuicios lingüísticos y aceptar a estos niños con su propia lingüística.

RESUMEN

Lengua nacional y lenguas locales, lengua del país y lenguas de los inmigrantes, lenguas cultas y formas vulgares de hablar..., todo da vueltas en torno al mismo tema: las relaciones entre las modalidades lingüísticas y la je-

En el fondo de esta controversia, teñida de implicaciones políticas, latía una distinta manera de entender las modalidades de una misma lengua. Lo que podemos llamar la opinión tradicional considera que la modalidad culta de una lengua no es el fruto de un capricho, sino la consecuencia de su utilización sistemática en los distintos campos de la cultura humana (la creación literaria, la reflexión científica, la práctica del derecho y de la administración). El resultado de este ejercicio sistemático es la modalidad culta de la lengua, un instrumento potente y flexible que la educación pone a disposición de todos los alumnos. La opinión inversa, popularizada más bien en nuestros días, afirma que todas las lenguas y todas las modalidades de lengua utilizadas por un grupo humano son igualmente aptas para la comunicación y, por tanto, para cumplir cualquier función en cualquier situación. Una demostración de ello pueden ofrecerla las investigaciones de Labov sobre el lenguaje de los adolescentes negros en el Harlem neoyorkino, un inglés degradado y empobrecido a los ojos de un observador externo, pero que observado de cerca se revela como capaz de satisfacer todas las necesidades comunicativas del grupo, incluso las aparentemente más complejas. De aquí deducen los partidarios de esta opinión que la preferencia de la escuela por una determinada modalidad de lengua es puramente arbitraria y está relacionada con los mecanismos de perpetuación del poder y la jerarquía social.

¿Un nuevo código lingüístico?

La última parte del libro que comento reúne numerosos argumentos y puntos de vista en favor de una y otra opinión sin que llegue a quedar claro hacia qué postura se inclina el autor. Es interesante y merece destacarse su insinuación de que la omnipresencia de las técnicas modernas de procesamiento y difusión de la información están conformando una modalidad de lenguaje, un nuevo «código» lingüístico, distinto a la vez del lenguaje culto formalizado y de los dialectos populares, y que por la universalidad de su uso podría situarse más allá de las diferencias sociales. Aunque el propio autor no se muestra muy seguro de que efectivamente vaya a ocurrir así.

Como decía al comienzo de este comentario, el principal mérito de *Dominant Languages* es que ofrece abundante material para reflexionar sobre un tema de candente actualidad en muchas direcciones. Y, por supuesto, el libro no agota el tema y deja muchos aspectos sin tratar. El propio autor se excusa por no haber abordado el tema del lenguaje en relación con las distintas funciones sociales atribuidas a los sexos. Y probablemente por ser inglés ha olvidado una cuestión no menos importante: la relación entre lenguas y poder a escala internacional, con el inglés en situación dominante y marginando progresivamente a los que no son capaces de utilizarlo. □

arquía social, entre lenguas y poder, un tema de plena actualidad y que con facilidad puede trasladarse a una escala internacional, y del que habla en este artículo Miguel Si-guán.

R. D. Grillo

Dominant Languages

Cambridge University Press, Cambridge (U. K.), 1989. 262 páginas. [5.000 pesetas.]

Botho Strauss y el teatro como metáfora

Por Eduardo Haro Tecglen

Eduardo Haro Tecglen (Pozuelo de Alarcón, Madrid, 1924) es periodista, habiendo sido director de diarios y semanarios y autor de varios libros de ensayo sobre cuestiones políticas y culturales contemporáneas. Es crítico teatral y miembro del equipo editorial de "El País".

La «representación perfecta, análoga al crimen perfecto», es el ideal con que sueña el «hombre joven», que empieza su vida separándose de la teología —una sabiduría familiar, transmisible— para actuar como director de escena: es el principio de lo que podría considerarse un largo viaje iniciático, que irá a terminar también en otros enigmas de la representación, de la duplicación y de la multiplicación del ser, aparecidos ya como decepción. Se viaja por el tiempo para llegar al desapego, que es la madurez o la condición de hombre.

Botho Strauss, que de todo hace metáfora, no puede, sin embargo, hacerla demasiado vaga con el teatro, que es una realidad en su vida. Ha sido actor, dramaturgista (utilizo esta palabra para definir una función reciente en el teatro que hay que distinguir del específico «dramaturgo»), director de escena y, sobre todo, autor: sigue escribiendo ahora, metódicamente, una pieza de teatro entre cada novela, un año por otro.

No está representado —sí traducido— en España. La literatura en lengua alemana vive desde hace años una gran época; pero viaja mal. En parte, presenta problemas serios de traducción, sobre todo en autores que trabajan minuciosamente el lenguaje y lo consideran como una parte intrínseca de la realidad alemana; en mayor parte, por la naturaleza misma de esa realidad alemana que algunos escritores, y notablemente Botho Strauss, perciben como un misterio formado por un pasado muy inmediato, no desvanecido, que aporta unas inquietudes de conciencia y un miedo actual, y como un presente que no entienden como satisfactorio y donde no encuentran el «alma alemana», que Strauss, en este mismo libro, representa en un monstruo híbrido que no acaba de «enterarse».

«Este vive aquí abajo, el todopoderoso —se dice de él— y, en realidad, no se entera de lo que pasa en el mundo. Algo se ha quedado, pues, alarmantemente atrás en el gran dueño de nuestra alma». Mal traducida, difícilmente leída, la literatura del «alma alemana» llega con dificultades a Europa. No es la primera vez. La filosofía alemana fue siempre convertida en intrincada por falta de equivalencia de sus palabras compuestas y de la ordenación de su sintaxis; esa deformación llegó a influir en los trabajos filosóficos en otros idiomas, muy especialmente en español, hasta que llegaron los divulgadores. Aun así, deslumbró aquella filosofía, apasiona esta nueva literatura.

El misterio de la «representación» en esta novela de Botho Strauss es algo que desborda el teatro, aunque tenga puntos fijos clavados en él. El hombre joven imagina la representación teatral perfecta, que es algo que no existe, como una cuadratura del círculo o una piedra filosofal. Sin embargo, existen las suposiciones de muchas representaciones perfectas, aunque todas distintas entre sí porque una característica del teatro es su movilidad mercurial.

Lo es también nuestro tiempo, que salta de unas formas a otras, en el que todo es válido y al mismo tiempo no lo es. Algunos defensores de las postrimerías del teatro terminan por mantener que esa inseguridad es, precisamente, su seguridad y su fuerza: la de que nada sea igual entre dos representaciones, y mucho menos entre dos direcciones de una

misma obra. Se oponen los mantenedores de la literatura dramática fija que ofrece el cine, el vídeo: aquello que fue perfecto una vez, lo será siempre; y los espectadores fanáticos ven mil veces la misma y única representación en la seguridad de que pueden esperar la llegada de sus grandes momentos sin ser traicionados por cualquier temblor inesperado. Como los contempladores de cuadros o de esculturas, que verifican la solidez de sus recuerdos cada vez que se sitúan ante la misma obra o de su reproducción: incluso se desesperan ante cualquier restauración (uno de los personajes de esta novela es, también, restauradora de arte antiguo, y sufre todas las inquietudes metafísicas que deben encerrarse en esa artesanía).

En todo esto, ya se ve, hay un problema esencial de tiempo, como lo hay de espacio —el teatro es siempre un espacio fijo, una cárcel física: toda lucha por cambiar la escena a la italiana por otro tipo de espacios de representación que puedan ser más libres, sobre todo por las ilusiones del círculo o del campo abierto, se ha convertido en una angustia—, a la manera de los ejes de abscisas y ordenadas del existencialismo, tan patentes precisamente en el teatro de Sartre (*Huis-clos* sería la muestra más representativa, donde la eternidad y el infinito están en un espacio hermético y un tiempo detenido, y hasta la brevedad

de la obra configura la inutilidad de la prolongación).

Toda esta novela, donde la representación como tal —en teatro, en cine— y la función del actor —«para mí, los actores son permanentemente los últimos testigos de una humanidad soberana», dice el hombre joven— ocupan un lugar concreto al principio y al final, como una angustia de la rotura, en metrala, de espacios y de tiempos por medio de la representación. Algunas discusiones de carácter filosófico —es una novela filosófica, como lo fueron muchas de los siglos XVIII y XIX— se reparten entre varios personajes, y todos ellos son la imagen despedazada del autor, inseguro, dividido, reproducido a la manera de las células.

Realidad rota

Es un hombre fragmentado, y en eso reconocemos su realismo, que podría ser invisible —puesto que está despiezado y metafórico en fantasmas—, pero que alude a la realidad rota y a la falta de puntos fijos, de dogmas o de verdades que se aceptan como característica de nuestro tiempo: de una manera a veces melancólica, a veces desesperada. Se atiene a una realidad alemana: no sólo la

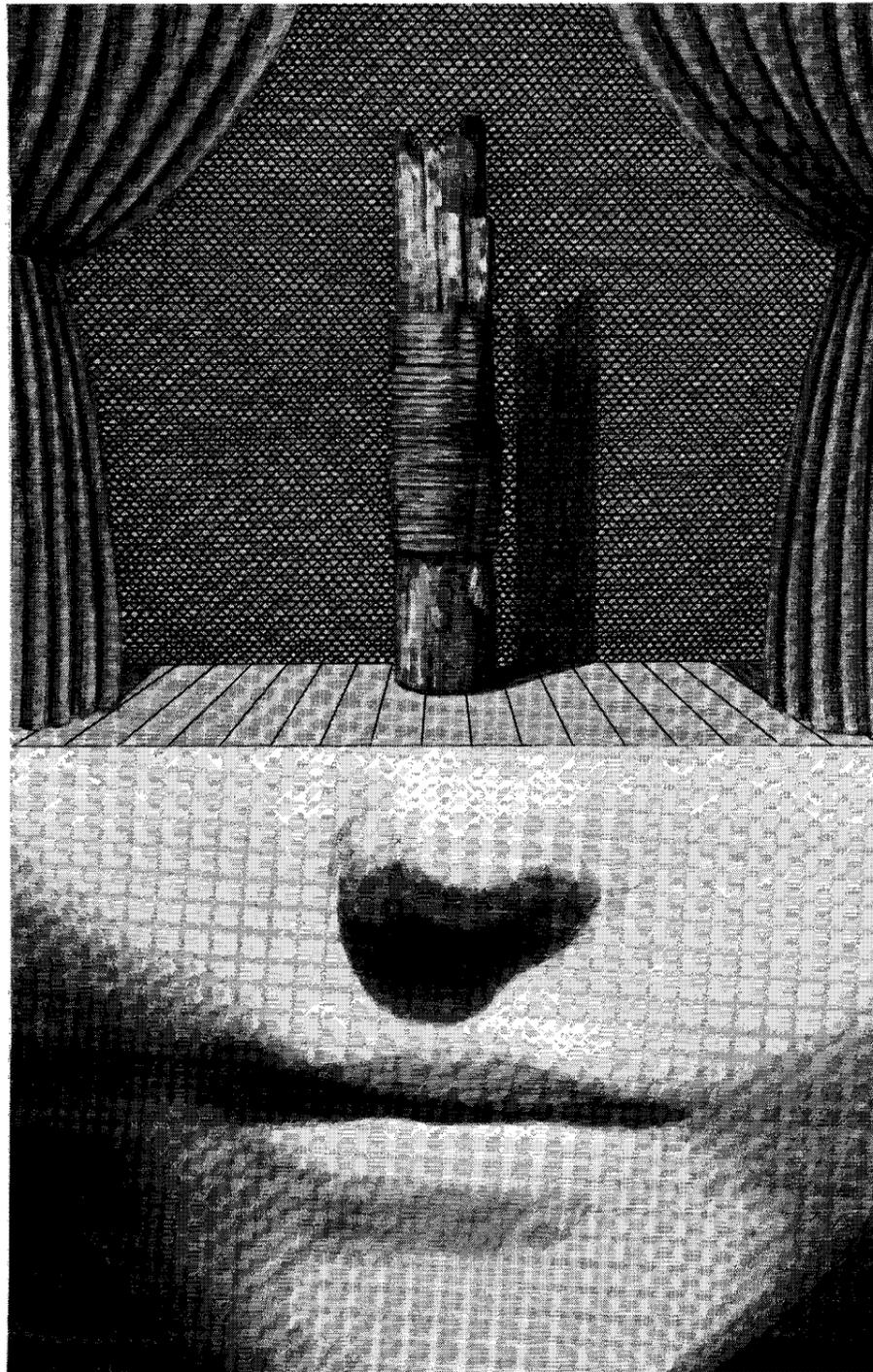
existencia, que menciona, de las «dos Alemani- as» —que parecía definitiva o por lo menos a plazo con término no visible cuando se escribió el libro, en 1984; y este vuelco histórico es una prueba patente de la labilidad de nuestro tiempo y de la situación de no saber a qué atenerse—, sino al mismo estado anterior a la primera unidad, en reinos, principados o ducados; y al resultado teratológico del esfuerzo de reconstrucción y ampliación de esa unidad soñada y fija —por mil años, se dijo— del III Reich que condujo a la destrucción.

Por encima de todo estaría el «alma alemana»; pero ocurre que no es posible capturarla. La Alemania por la que viaja el hombre joven es un país de bosques y de torres poco accesibles, de desfiles carnalescos, de reservas donde viven los racionales, de medios seres.

El sueño del joven director de escena sería llegar a fijar una representación de manera que sea definitiva, perfecta y obediente a su deseo. En el lenguaje del trabajo teatral se llama «fijar» al esfuerzo de un actor que ha conseguido durante el ensayo un momento especialmente alto en el que representa de una manera que se considera perfecta con arreglo al texto y a la ensoñación del director —al menos, dentro de lo posible—, para mantenerlo en las representaciones públicas y para siempre jamás. Esta contradicción entre el deseo de «fijar» y la defensa de lo irreplicable, de la condición de única de cada representación, diferente de la posterior y de la anterior, no es de las menores del teatro. Se cuenta para esta mutabilidad, incluso, con la diferente actitud del público, que se considera como distinto cada vez (el de tarde, el de noche, el de fiesta, el de día laborable, el de día lluvioso o el de día soleado, el que llena la sala por entero, sólo a medias o en escasa cantidad; y a los infinitos resultados de la multiplicación de cada uno de estos factores por los demás) y capaz de establecer una relación especial escenario-sala, de forma que los actores modifican en el instante muecas, colocación de frases, actitudes, subrayado de palabras, etc., según perciben su acogida por la sala. Continuando las contradicciones, cuando esto sucede continuamente los directores se quejan de que la obra se ha deteriorado, y a veces realizan nuevos ensayos para «fijarla» como era en un principio. Esta realidad de la interacción, sin embargo, es más bien un espejismo, y sólo funciona desde el punto de vista del espectador; desde el de la sala, el hecho concreto teatral se produce definitivamente cada vez y para siempre, porque cada espectador no ve más que esa representación concreta, fija en ella su juicio, su percepción y su recuerdo y, salvo casos muy especiales, no vuelve a ver la misma obra —al contrario que en el cine, sobre todo desde que lo reaviva la televisión— y no puede percibir las variaciones. Hay para él una obra única: la que ha visto.

El horror de Botho Strauss ante la vida/representación es que no se «fija», y el reflejo de esta modernidad del hombre sin atributos —leyó a Musil inmediatamente antes de escribir este libro—, y el de sus propias mutaciones, es el que produce este mundo líquido, esta especie de simulación continua, y se refleja en la idea de que la contradicción es más real que la coherencia. Un aforismo que cada uno puede asumir para sí mismo y para defenderse con él de los infinitos y extraños pobladores de su conciencia que guerrean dentro de ella.

En el escenario del pequeño teatro donde el hombre joven dirige por primera vez, y ha elegido para ello *Las criadas*, de Genet, el ensayo, sobre todo el de las dos actrices —que irán reapareciendo en el libro con distintas acepciones—, cambia continuamente,



ALFONSO RUANO



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

y en lugar de poder ejercer una autoridad sobre ellas, recibe humillaciones: no consigue fijar, sujetar, determinar nada.

La designación de la obra por Botho Strauss no es indiferente: las criadas y el ama han sido representadas indiferentemente por hombres o por mujeres, y contienen una especie de bisexualidad que se añade al mundo de lo ambiguo. Es obra de autor homosexual y que frecuentemente ha sido dirigida por homosexuales. En la novela, las dos actrices tienen entre sí, también, relaciones oscuras (esto es, no totalmente aclaradas en el texto). Strauss es heterosexual —como lo es su personaje—; sin embargo, en toda su obra —y no sólo en esta novela, donde repite su antiguo discurso— hay como una aspiración a una esencia de la feminidad, y a la necesidad de que este supuesto o real sentimiento —ajeno, en todo caso, a lo que fácilmente se denomina feminismo— se instale en el hombre mismo. Parece ser una especie de reacción al valor «hombre», o a la virilidad, o al predominio de lo masculino, que pudo conducir al sentimiento de lo prusiano y a su continuación nazi. Alguno de sus personajes más importantes es, también, la figura contraria: la mujer comerciante, la mujer de negocios, que tiene un componente masculino que complementa y perfecciona su feminidad.

Esta es también una de las condiciones características del teatro o, si se prefiere, dos: una externa y una interna. En el teatro prácticamente no existe la diferenciación sexista, y ha habido mujeres empresarias, directoras de compañía y de escena (quizá hoy, en España, haya menos por la nueva configuración estatal de la empresa y por la no existencia de compañías «de repertorio»; tampoco hay directores masculinos de compañía), como hay una abundancia de homosexuales, especialmente en puestos decisivos, capaces de influir y dirigir programaciones y estilos de otros, que ablandan las comedias de virilidad, sobre todo las clásicas del honor. Esto está sucediendo en todos los países, y en España de una manera muy marcada; ha llegado a constituir un estilo, al que no son ajenos el figurinismo y el escenografismo, que influyen sobre todo el teatro. El efecto del antiguo teatro fuerte que ahora es reblandecido es muy curioso.

La condición interna de la feminidad en el teatro es la de la ambigüedad de los personajes por ciertas leyes que en tiempos trataban de implantar una moralidad y que en realidad fueron aprovechadas para lo contrario por autores y comediantes. La palabra travestido viene del lenguaje teatral italiano —ha vuelto a aflorar del original sobre el castellano

en la forma común, «travesti»— y es una figura que siempre expone el engaño aceptado del arte. En la época isabelina no podían representar mujeres, y hacían sus papeles los efebos, lo cual valió a Shakespeare algunos grandes hallazgos de la ambigüedad, como *As you like it*, o *Midsummer night's dream*, productos directos de su homosexualidad; en España la figura de la mujer vestida de hombre, tan importante, ha podido dar un erotismo denso a un teatro que lo tenía prohibido. La idea de que ciertas mujeres que se fingen hombres, no sólo en los enredos sino también en grandes dramas —*La vida es sueño*—, es inverosímil —en el sentido en que la retórica repudiaba la inverosimilitud— porque las formas, los ademanes y las voces son fácilmente reconocibles como de mujeres y los otros personajes no se podían engañar, no podía ocurrir entre sus contemporáneos.

Espacio cerrado

En primer lugar, el realismo de caracteres —el parecido entre la figura de creación y el actor— no existía, ni podía existir, por la organización de las compañías de repertorio con representantes fijos con sus papeles predefinidos —la damita, el galán, el barba, la característica...—; y por falta de términos de comparación, hasta entrada la segunda mitad de este siglo no tenía que producirse esta identificación —y aún no se produce en la ópera, por ejemplo—, y un anciano podía interpretar a un galán a condición de que lo hiciese bien. Este término de comparación ha empezado a existir después del cine y de la televisión, que sí han podido realizar la identificación eligiendo rostros y complejiones adecuadas para el papel, como puede hacer la aportación de los paisajes móviles o naturales y la velocidad de traslaciones, que es un sinónimo de libertad que no permite el espacio cerrado del teatro.

En segundo lugar, el público contaba con ello: gustaba de ello y del equívoco y de la ambigüedad que se producía, y no le costaba trabajo sentir lo que los otros personajes de la obra, mientras que como espectador no se sentía engañado y podía participar, separadamente, del erotismo que podía producir la figura ceñida de la mujer o sus andanzas entre hombres ignorantes de esa naturaleza. En cambio no se ha aceptado nunca en España, hasta muy recientemente, la interpretación de papeles de mujeres por hombres, como era corriente en el teatro isabelino inglés, probablemente por cuestiones de honor mascu-

lino o de persecución del pecado nefando. En España fue una moda que comenzó con la apertura democrática y paralela al predominio homosexual en el teatro, aunque haya que repetir que muchos de los directores que la emplearon eran heterosexuales en su vida privada, pero que entraban en ese estilo como en cualquier otro que a ellos les pareciera un signo de la sociedad entrante y un empleo válido de su intervención para modificar la obra de autor y obtener de ella brillos inesperados. Tales travestidos podían ser negativos. La conversión de la Bernarda Alba, de Lorca, en obra de actor (que no tenía que disimular su condición de hombre) rompía todo el esquema que había hecho el autor de la transmisión de la autoridad, de la tragedia entre mujeres, en un grupo con la misma densidad de olores y ademanes, encerrado también en el espacio —la casa cerrada, que otro director quiso hacer abierta— y el tiempo, señalado por la utilización continua de expresiones como «para siempre». Hay que señalar que la homosexualización del teatro de Lorca, que sí era homosexual, no se ha producido hasta esta época, y no sólo en España. En la mayor parte de su teatro estaba sublimada por la apariencia del duelo hombre-mujer, como, dentro de otra categoría escénica, se sublimaba la de Jacinto Benavente.

Mientras el hombre joven dirige, en el primer capítulo, *Las criadas* y se ve desafiado por las dos actrices gemelas —que no hubieran acudido allí para divertirse, sino para mi dolorosa iniciación—, tiene una conversación con el director del teatro y prestigioso director de escena. Sus consejos son los de dejar correr la ambigüedad como esencia del teatro y como arte específico del actor. «El teatro nos amarra con la doble dictadura de la castidad y de la prostitución». «Tal vez se necesite una inclinación especial, una leve desviación sexual, para sentir el teatro como yo lo hago». «El fracaso no existe, no hay más que progre-

so. Y en eso, ni siquiera la muerte nos detiene. Andamos siempre hurgando tras la verdad de las cosas».

Fracasa en el último capítulo. El personaje del director del teatro no reaparece en toda la novela hasta el final: ha abandonado el teatro por el cine, donde la ambigüedad es menor. Se ha llevado a sus dos actrices burlescas y equívocas: ha sido un actor cómico —según Strauss, como Tati, pero en alemán y con el «alma alemana»—, creador del guión, de los diálogos, de la dirección y de la interpretación de sus creaciones, y ahora está ya envejecido en una de las torres simbólicas que aparecen a lo largo de todos los escenarios de la novela; y ha perdido la gracia al mismo tiempo que la silueta, el rostro, la sonrisa. En el cine ha conseguido la fijeza de su obra; pero su obra era su persona, y el tiempo la ha hecho inadecuada. Tiene la carpeta llena de proyectos, de ideas, de guiones. Piensa en la mujer, en la comicidad posible de la mujer, «el torpe atractivo». Vuelve a ser la idea de la mujer asesora de inversiones o agente inmobiliaria —que atraviesa varias veces la novela—; y en la fragmentación. Que puede ser un regreso a otro tiempo. «En la Edad Media, el golpe de mirada, el «ictus oculi», equivalía al átomo-de-tiempo. Nuevamente el instante como unidad. *The universe of a glimpse*, con sus enlaces altamente integrados, su historia-compact, su tiempo encadenado. Románticos de la revolución electrónica. Neo-fragmentaristas. Expertos en chispas. Reducido en todo lo externo, multiplicado en el núcleo» (la traducción es la de la edición española). Este es el final del hombre de teatro, del hombre de cine. «Volveré, ya verás», son sus últimas palabras.

Es también el final del viaje del hombre joven; ha terminado su iniciación y su juventud. Como en todos los mitos clásicos, se marcha —de la torre— sin volver la cabeza atrás. □

RESUMEN

Eduardo Haro Tecglen, crítico teatral entre otras dedicaciones, se encara con esta novela del escritor alemán Botho Strauss, en la que un «dramaturgista» (neologismo utilizado conscientemente por Haro) como Strauss

traza una metáfora del teatro, con ese sueño del joven director que imagina la representación teatral perfecta, algo que no existe, como la cuadrícula del círculo o la piedra filosofal.

Botho Strauss

El hombre joven

Alfaguara, Madrid, 1989. 430 páginas. 2.700 pesetas.

Pintura, pensamiento, poesía

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica y Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

María Zambrano acaba de publicar un libro sobre el arte pictórico. No se trata de un tratado; nada más lejos de ese tratado que algunos hubieran podido quizá esperar de la escritora a quien suele aplicársele el marbete de filósofa. El libro se titula *Algunos lugares de la pintura*, y su lindo volumen encierra diversos escritos, escritos en diversas fechas y diversos países: los hay de 1933 y los hay de 1989; los hay firmados en Madrid, en Buenos Aires, en Roma, en París, en Puerto Rico, en La Habana, en Ginebra, en México... Son, pues, algunos «lugares de la pintura» y, a la vez, algunos lugares que en su estancia sobre la tierra ha habitado esta peregrina intelectual cuyo nombre ilustre es María Zambrano; son, en fin, pasajes de la vida de su autora en relación con la pintura, una relación que pone en juego, desde luego, su pensamiento, sí, pero un pensamiento que —según sabe bien quien bien la conozca— no es tanto conceptual como lírico. Pues en verdad esta escritora, generalmente tenida por filosófica, transmite sus intuiciones no tanto a través de escuetas ideas, sino mediante reflejos sentimentales que solicitan del lector, más que una comprensión racional, una especie de entrega rendida al encanto de su prosa delicada y tan sugerente.

Dentro del panorama cultural español del siglo XX, María Zambrano ha llegado a ser una figura legendaria de rasgos míticos. En las primeras décadas, y durante sus pasos iniciales en la «república de las letras», las peculiaridades de su personalidad tenían que singularizarla: una mujer que, hermosamente femenina, afirma su presencia en el terreno de la más exigente y rigurosa sabiduría al lado de maestros eminentísimos —en realidad, las mejores cabezas pensantes de aquella España—, maestros que reconocen sus méritos y la acogen en los más prestigiosos círculos; luego, en las trágicas circunstancias de la guerra civil y el subsiguiente exilio, alejada del país al que difícil y esporádicamente llegan vagas noticias de sus azarosos trabajos y días, tenazmente dilatados en la esperanza del regreso; y en fin, este regreso, moralmente apoyado por los muchos seguidores y fieles discípulos —«adoradores» no sería exagerado decir en su caso—, a quienes siempre y en todas partes sedujo su encanto, y cumplido con elegante, digna y pudorosa reserva, han hecho un mito viviente de esta escritora, de quien saberse y sentirse amigo, como desde «aquellos tiempos» remotos lo soy yo, constituye para mí emoción muy grata.

RESUMEN

Francisco Ayala se adentra en alguno de los «lugares de la pintura» que son, a la vez, lugares que en su estancia sobre la tierra ha habitado esta peregrina intelectual que es María Zambrano. La autora, a la que se le da el marbete de filósofa, no ha escrito un tratado de arte pictórico, sino que ha reuni-



«Dama española», de Federico García Lorca

Pues bien, el saludar la aparición del nuevo libro de María que ahora llega a mis manos me proporciona una excelente oportunidad para discurrir acerca de un tema que ha sido continua preocupación mía y que tiene, sin duda, general alcance: el de la relación entre las artes de la pintura y de la poesía como ejemplo concreto de la relación entre las distintas artes. Inevitablemente acude a la mente para este propósito el nombre de otro amigo y coetáneo nuestro, de otro escritor que padeció también el exilio. Me refiero, como es obvio, a Rafael Alberti, cuyo amor por la plástica ha tenido y sigue teniendo repetidas manifestaciones y, entre ellas, una literaria de los más altos quilates: aquel libro suyo de poemas que publicó hace años en celebración de la pintura. Alberti, además de poeta (y, cronológicamente, desde antes que poeta), es dibujante y pintor. María Zambrano, por lo contrario, declara en su reciente libro haber sido ajena a la práctica de este arte. Paladi-

do pasajes de su vida relacionados con el arte y lo ha hecho desde su pensamiento lírico más que conceptual. Esto le da oportunidad a Ayala, ensayista y narrador, para discurrir sobre la relación entre la pintura y la poesía como ejemplo concreto de la relación entre las distintas artes.

amente confiesa ya en la introducción su carencia de aptitud, tanto para el ejercicio de la música como para el de la pintura al decir, como dice de ésta, que «estando atraída por ella, nunca he sentido la tentación de hacerla. Yo no era pintora [supongo que es errata tipográfica por «pintora»], como sé que no soy música». Y en el hecho de no haber pintado nunca pretende ver una prueba de que su espíritu está dirigido hacia la esencia de la pintura, a su captación mental. Su aproximación a ese arte sería, pues, de tipo más bien especulativo, intelectual. Una aproximación distinta, según puede advertirse, y hasta quizá opuesta, a la que Alberti llevó a efecto en su espléndido libro, donde pudiera afirmarse que, literalmente, el poeta pinta con palabras; que en sus versos recrea plásticamente el estilo de los diversos maestros a cuya obra los dedica.

Ni Rafael Alberti ni, por supuesto, María Zambrano se proponen en modo alguno hacer un estudio estilístico, y mucho menos técnico, de los cuadros que inspiran sus escritos respectivos. En uno de los que entran a componer el libro de María, la prosa de la autora considera un cuadro determinado cuya reproducción se ofrece sobre la página: la *Santa Bárbara* del Maestro de Flemalle, perteneciente al Museo del Prado. Empieza con estas palabras, que, por cuanto significan, copio aquí: «Estoy, después de tantos años de exilio, delante del cuadro *Santa Bárbara*, del Maestro de Flemalle, que no digo que haya sido el único que me ha acompañado, que ha estado conmigo, el único del Museo del Prado ni de los demás museos; porque no siendo yo pintora ni habiéndolo pretendido, lo que me ha acompañado más ha sido alguno de los

cuadros que llevaba dentro de mí. Bien es verdad que cuántas veces, en mi lejana adolescencia, que era ya en aquel momento juventud, yo iba al Museo del Prado solamente para ver a *Santa Bárbara*, del Maestro de Flemalle, lo cual no quiere decir que fuera elegido por mí como el mejor cuadro, porque yo de lo que es mejor o peor, en pintura ni en nada, no sé». Todo el breve capítulo, que en cierto modo resume, y de manera bien patética, la trayectoria vital de la autora, es una muestra de su relación sentimental con el arte de la pintura.

Otros de los escritos que integran este volumen lo tratan en forma de más objetiva reflexión racional, y muy en especial puede mencionarse a este respecto cuanto discurre sobre el problema del que, en su tiempo, se llamó el arte nuevo, con la discusión suscitada por el famoso ensayo de Ortega y Gasset, de quien María Zambrano fue alumna, sobre la deshumanización del arte. Desde Buenos Aires escribirá ella —nótese la fecha— en 1945: «Pero adviene en nuestro tiempo un suceso extraño, ante el cual las gentes aún se escandalizaban frívolamente, «dando por sabido»... es el instante en que el arte europeo desde los más diversos lugares presenta el escalofriante aspecto de la destrucción de las formas. Las artes plásticas son el punto más evidente, en el que salta a la vista tal suceso. La poesía lo verifica también, y dentro de la poesía cierta vena que silenciosamente llega a la destrucción de un modo más activo y violento que aquella otra que grita. La reacción ante un hecho de tan intenso alcance adquirió las modestas proporciones que a todo confiere la burguesía. Los pensadores miraron con indiferencia y muchos no se percataron siquiera. De las miradas más lúcidas, quizá en una hora tardía (punto demasiado avanzado en el proceso), está la del admirable ensayo *La deshumanización del arte*, de Ortega y Gasset». Es una observación crítica, retrospectivamente formulada desde la experiencia de la catástrofe que había culminado en la segunda guerra mundial; pero ya antes, en el Madrid de 1933, había afirmado Zambrano con no menor agudeza crítica: «El arte deshumanizado no es sino el arte desterrado».

Junto a elucubraciones semejantes, contiene también este agradable libro otras secciones donde el tono intimista apuntado ya en el capítulo sobre el cuadro de *Santa Bárbara* se acentúa aún, adoptando la forma del diálogo familiar o de la carta. *Algunos lugares de la pintura* es un volumen bien organizado, el disfrute de cuyos valores intrínsecos está acentuado todavía por el aliciente de la variedad. Pero lo que desde el comienzo me proponía al comentarlo era subrayar la básica unidad de las artes en su raíz, es decir, en su común condición de vehículos diversos destinados a objetivar y así poder transmitir el valor estético. La pluralidad de técnicas, y dentro de cada una de éstas la variedad de maneras y estilos, aun siendo en cada caso autónomas y bien diferenciadas, no impide la transferencia de lo que es esencial a todas: la percepción a través suyo de ese valor estético que por diferentes vías, pero sobre todo por la vía intuitiva, persigue en la pintura esta lírica pensadora que es María Zambrano. □

En el próximo número

Artículos de A. Domínguez Ortiz, C. Martín Gaité, Enrique Llovet, J. J. Martín González, Josep Soler, Armando Durán y C. Sánchez del Río.

María Zambrano

Algunos lugares de la pintura

Espasa-Calpe, Madrid, 1989. 303 páginas. 2.000 pesetas.

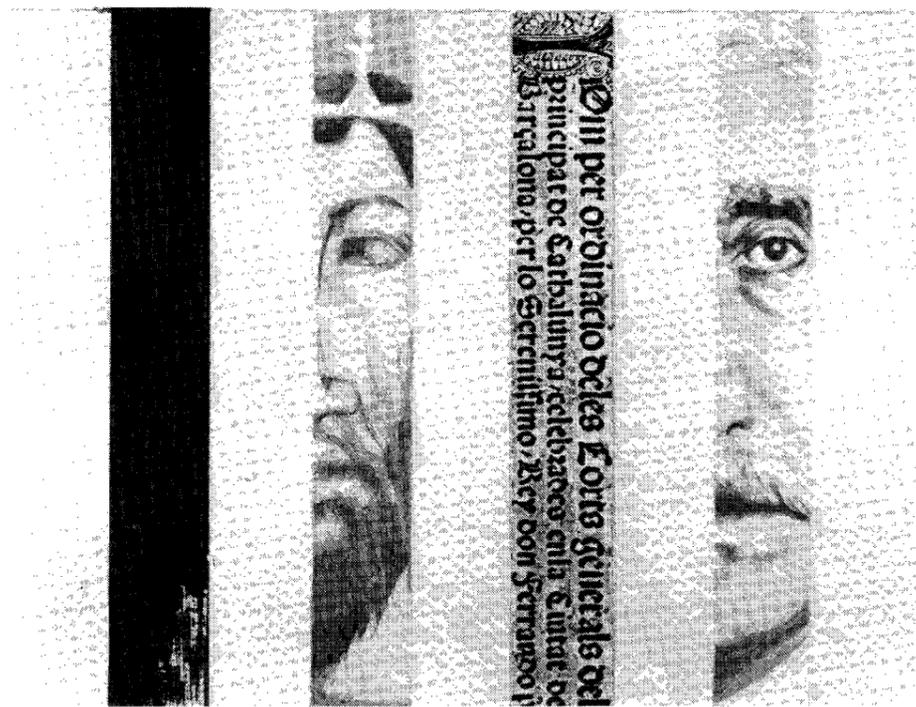
Una historia de Cataluña

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

Es una verdad banal de puro evidente que el nivel de autoconciencia de un pueblo se revela en su producción histórica: una capacidad de interpretar y revivir su historia que no es sólo la reproducción de un pasado sino la proyección hacia un futuro en el que se continúan aciertos y se corrigen errores. En tales condiciones, al historiador no sólo se le piden datos escuetos, sino orientaciones, como a guía espiritual de la comunidad. Por eso, porque se le atribuye un gran papel y una delicada misión, hay derecho a ser exigentes con él y con su obra.

Sentada esta premisa, no es de extrañar que Cataluña ocupe un lugar destacadísimo dentro de la comunidad hispánica en cuanto a la producción histórica; el siglo XVII se abre con la *Historia de los condes de Barcelona*, de Diago; la *Corónica*, de Pujades, y los *Discursos*, de Gilibert. El siglo XVIII se inicia con los *Anales de Cataluña*, de Feliú de la Peña, y se cierra con las obras de don Antonio Capmany. Verdad es que entre estos dos grandes nombres apenas hay nada digno de mención, y que el estiaje alcanza también a los primeros decenios del XIX, pero con la *Renaixença* el soterrado curso reaparece y se hace cada vez más caudaloso, al par que cobra una dimensión polémica muy visible ya en la *Historia* de Víctor Balaguer. Este componente polémico es inevitable por las condiciones harto conocidas en que se ha desarrollado la vida política y cultural del Principado en la Edad Contemporánea. Me parece un rasgo explicable, natural y hasta positivo siempre que se mantenga la polémica dentro de los límites de la objetividad científica, como es el caso de la mayoría de los historiadores catalanes de nuestros días, si bien hay que reconocer la existencia en sus relatos de una hipersensibilidad, de una tensión, que no aparece en los que escriben colocados en un observatorio lejano; ejemplos destacadísimos son



ALFONSO LANCHO

la magna obra de Pierre Vilar *Cataluña en la España Moderna* y, referida a un área más concreta, *La revuelta de los catalanes*, de J. H. Elliott.

No cito, por no hacer injuria a las demás, ninguna de las muy notables historias generales de Cataluña que han aparecido en los últimos años. Mi propósito en estos breves renglones se ciñe a dar cuenta del tomo IV de la *Historia de Catalunya* que publica Edicions 62 bajo la dirección de P. Vilar. Su autora es Nuria Sales y abarca los siglos XVI-XVIII, aunque este último apenas está esbozado; un tratamiento más amplio se encuentra en el tomo V de la misma *Historia*, debido a Josep Fontana. El volumen de Nuria se refiere esencialmente a los siglos XVI y XVII, a la Cataluña de los Austrias.

En conjunto, la Cataluña que se dibuja en este volumen produce una impresión negativa, de país crispado, acosado por múltiples enemigos internos y externos, y no faltan razones objetivas que explican esta impresión. Los historiadores catalanes conceden mucha importancia al Compromiso de Caspe, que implantó en la Corona de Aragón a una dinastía castellana, los Trastamaras; el distan-

ciamiento entre el pueblo y sus monarcas se acentuó con los Austrias, que atravesaron ocasionalmente Cataluña con ocasión de Cortes o en marcha hacia un puerto de embarque, sin hacer nunca estancias prolongadas, perdiendo el contacto directo con los problemas y los vasallos. Es innegable que hay en esta manera de ver las cosas una parte de verdad, pero las razones de la decadencia catalana eran más antiguas y más profundas; arrancaban del tremendo mazazo que en todos los reinos orientales significó a mediados del siglo XIV la peste negra y sus largas secuelas; se incrementó con las discordias internas, que culminaron en el XV en sangrientas guerras civiles, y más que estos episodios espectaculares pesó en sus destinos la lenta transferencia del eje económico de Europa desde los países del sur a los del centro-norte, y desde un Mediterráneo invadido por el Islam a un Atlántico de infinitas posibilidades. Cuando en el inicio de los tiempos modernos se hizo la unidad de los reinos peninsulares (unidad personal, pero llena de consecuencias), era patente el desequilibrio entre unos reinos de Castilla llenos de vitalidad y la confederación catalanoaragonesa, que luchaba por salir de un marasmo secular. Incluso Valencia, el reino menos afectado por la decadencia, sufrió un fuerte retroceso por la expulsión de los moriscos.

No puede decirse que en Cataluña no hubiera síntomas de recuperación, pero fue lenta e incompleta por la acción de los factores antes apuntados y por el estado de guerra casi permanente: guerra terrestre con Francia y guerra de corso en el mar; es impresionante contemplar, en el mapa de la página 92 de la citada obra, la lista de las poblaciones costeras atacadas por piratas turcos y berberiscos. Tanto en la costa como en los Pirineos se malgas-

taba infinito tiempo en levantar y entretener fortificaciones; las poblaciones vivían en perpetua alerta porque, a falta de un ejército regular, la autodefensa era la regla ordinaria. En el capítulo «Un estado de guerra endémico» se recogen ejemplos como éste: «La plaza de Puigcerdá... tiene el primer socorro de la veguería y valle de Ribas, luego sube la gente de Ripoll... Si la necesidad es mayor se manda subir al veguer de Camprodón con la gente de Olot y Berga... y si la necesidad aprieta, la de Manresa.» Es evidente la similitud de esta situación con la que se vivía en la costa del reino de Granada, donde cada villa y lugar, hasta una profundidad considerable tierra adentro, tenía fijado un cupo obligatorio de hombres armados con los que debía socorrer a las poblaciones amenazadas por los piratas.

El estado permanente de guerra exterior (y en parte también interior) tenía que generar una sociedad guerrera, por lo tanto violenta, donde los civiles e incluso muchos eclesiásticos estaban familiarizados con el porte y uso de armas. Un clima de violencia que era tanto la causa como el resultado de siglos de luchas que iban desde el atentado individual a la guerra internacional, pasando por una serie de fases intermedias, entre las que ocupan un destacado lugar los «bandos». El bandlerismo catalán de los siglos XVI y XVII es un hecho bien conocido y estudiado; antes de adquirir el significado actual, la palabra bandlero designaba un hombre de honor que se tomaba la justicia por su mano en disputas sobre herencias, sobre el control del poder en un pueblo o en una comarca o trataba de vengar agravios personales. Rara vez actuaba solo, sino apoyado por familiares, amigos y mercenarios. Era inevitable que una dosis mayor o menor de delincuencia común se mezclara en estas luchas y desfigurara su primitivo carácter.

Rasgos feudales

Prescindir del Estado y sus tribunales era, hasta cierto punto, una herencia feudal, pues si en Cataluña no existió un auténtico feudalismo sí hubo rasgos feudales muy marcados, y ello se advierte en otros aspectos de la Cataluña moderna, por ejemplo, la imprecisión de los conceptos de propiedad y soberanía. Desde el punto de vista político, el Principado gozaba de una soberanía limitada (Nuria Sales prefiere hablar de «soberanía imperfecta», lo que viene a ser lo mismo). Ese Estado estaba englobado en aquel conjunto mucho mayor, de difícil definición, que formaba la Monarquía de los Austrias. Tenía Cortes, leyes, moneda y otros atributos soberanos, pero en su régimen interno había factores que delataban un retraso respecto a Castilla en cuanto a la construcción de un Estado moderno, puesto que había clientelas armadas y guerras privadas que después de los Reyes Católicos ya no eran posibles en los reinos castellanos. La indecisión de las fronteras internas, los nu-



Artículos de

Antonio Domínguez Ortiz	1-2	Josep Soler	8-9
Carmen Martín Gaité	3	Armando Durán	10-11
Enrique Llovet	4-5	Carlos Sánchez del Río	12
J. J. Martín González	6-7		

SUMARIO en página 2



Una historia de Cataluña

merosos casos de dominio compartido, el ambiguo papel de Barcelona dentro del conjunto, la casi inexistencia de una Hacienda Real, eran también rasgos arcaicos. Los reyes temían acometer de frente una reorganización porque temían las previsibles resistencias; Fernando el Católico primero y los Habsburgos después, se limitaron a introducir avances cautelosos, innovaciones de detalle como la «insaculación» o sorteo de los cargos municipales, que debía acabar con las luchas de los bandos por el poder en las ciudades, a más de proporcionar a la Corona un instrumento de control sobre las mismas.

No todo era negativo en la herencia feudal; la adscripción del campesino a la tierra preparaba, una vez disueltos los vínculos de servidumbre, el advenimiento de una sólida clase de pequeños y medianos propietarios. La historiografía catalana actual reacciona contra una interpretación excesivamente laudatoria de la famosa «sentencia de Guadalupe», por la que Fernando V zanjó el pleito entre los señores y los «payeses de remensa».

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Sin embargo, no parece discutible que a la larga sus efectos fueran beneficiosos, sobre todo en comparación con la situación cada vez más degradada de los jornaleros sin tierra del sur de España.

Régimen señorial

Estrechamente vinculada con esta cuestión está la del régimen señorial catalán, para el que la autora de este libro está especialmente calificada por sus estudios anteriores. A fines del siglo XVI sólo un tercio escaso de los catalanes vivía en directa dependencia de la administración real; la mayoría eran vasallos de señores laicos y eclesiásticos; sólo el duque de Cardona, el más poderoso, con gran diferencia, de los nobles catalanes, poseía 300 lugares; en cambio había señoríos minúsculos compuestos por tres o cuatro lugarillos. La gran extensión del señorío eclesiástico es otro rasgo muy característico; mientras en Castilla se habían ido debilitando los señoríos episcopales, en Cataluña todos los preladados tenían extensas jurisdicciones, y también había muchas poblaciones propiedad de los cabildos. Felipe II, que mediante bulas papales vendió muchos pueblos episcopales, respetó, sin embargo, los de la Corona de Aragón. También había monasterios con enormes dominios feudales de los que percibían cuantiosas rentas: Montserrat y Poblet en primera línea, pero también Santas Creus, Ripoll, Cui-xá, Pedralbes y otros cenobios.

Al contrario de lo que sucedía en los reinos de Castilla (sobre todo en el sur), los señoríos catalanes, y también los aragoneses y valencianos, tenían muchos rasgos claramente feudales; allí el señor no era, ante todo, un gran propietario, un latifundista; sus ingresos dimanaban, esencialmente, de sus derechos dominicales, jurisdiccionales, incluyendo en muchos casos los diezmos. La justicia era un arma terrible en sus manos porque disponían en un elevado porcentaje del «mero imperio», con facultad de aplicar la pena de muerte, ejecutada en bastantes ocasiones a pesar de un derecho más teórico que real a la apelación. En Castilla la apelación a los tribunales reales era efectiva y la pena de muerte nunca era

ejecutada por los jueces señoriales. Sin embargo, en Cataluña los movimientos antiseñoriales, aunque no faltaron, no tuvieron la intensidad que en Valencia porque las cargas económicas y el grado de sometimiento que pesaba sobre el vasallo no eran tan fuertes, en lo que sin duda influyó el hecho de que la población morisca, más sojuzgada, fue mínima en Cataluña, mientras en Valencia formó la mitad de la población rural, y después de la expulsión los repobladores heredaron su misera condición.

En este como en otros aspectos, el panorama del siglo XVIII era bastante distinto del reinante en el XVI-XVII; pero no hay que llegar hasta el 1700 para advertir que aquella sociedad arcaizante y anquilosada estaba animada de un nuevo espíritu; concretamente, en cuanto al régimen señorial, Nuria Sales nos informa que después de la Guerra de los Segadores disminuyen las condenas a muerte pronunciadas por los tribunales señoriales. Otro dato revelador es la fuerte disminución del bandolerismo, contra el que habían luchado con poco éxito los virreyes durante la primera mitad del seiscientos. Desaparecieron también las persecuciones contra las brujas, que en las comarcas pirenaicas habían causado multitud de víctimas inocentes, imputables no a la Inquisición sino a la justicia civil. Y en el horizonte intelectual de los catalanes aparece cada vez con más nitidez, como promesa de futuro, el mundo americano, al que hasta entonces habían dedicado escasa atención. Tan escasa, que ningún cronista de la época mencionó la presencia de Colón en

Barcelona para dar cuenta a los reyes del Descubrimiento.

El siglo XVIII, pues, aportaba a la vida del Principado elementos contradictorios: por un lado perdía sus fueros, sus libertades tradicionales, y además era objeto de la suspicacia de los dos primeros Borbones. Por otra parte, las semillas de renovación, ya patentes al finalizar la centuria anterior, cristalizaron en hechos positivos: auge demográfico, recuperación económica, explotación de las posibilidades que ofrecía la supresión de las aduanas interiores, etc. De ahí el tratamiento diverso y en cierto modo embarazado que ha merecido aquel siglo a los historiadores catalanes, que, o bien se refieren al «Fin de la Nación Catalana» (título desafortunadísimo de una obra de Sanpere y Miquel) o bien adoptan una actitud más realista y distinguen en el curso de la historia corrientes diversas que coexisten sin mezclarse: la política, con el fin de un Estado semisoberano (no de una nación); la cultural, con un eclipse no total pero sí marcado de la producción en lengua catalana, y la económica, caracterizada por un despegue cuyo vigor se acentuaría con el paso del tiempo.

En conjunto, la importancia y originalidad de aquel siglo en el ámbito catalán merece tanta más atención cuanto que no se perciben con claridad los mecanismos que hicieron posible una transformación tan honda, y por ello me agradecería que en esta *Historia* se hubiese tratado con más detenimiento. Mención aparte merece la ilustración del volumen, no copiosa pero sí muy selecta y de una gran calidad. □

RESUMEN

Los siglos XVI y XVII, escribe Domínguez Ortiz en su comentario, fueron para Cataluña de lenta y parcial recuperación de los desastres que sufrió a fines de la Edad Media. Tanto en su configuración política como en su sistema

social presentaba rasgos arcaicos; el estado de guerra casi permanente era un obstáculo para su modernización y progreso. Pero desde fines del siglo XVIII se advierten rasgos renovadores que se desarrollarán en la siguiente centuria.

Nuria Sales

Els segles de la decadencia (vol. IV de la *Historia de Catalunya*, dirigida por Pierre Vilar)

Edicions 62, Barcelona, 1989. 514 páginas. 5.830 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Una historia de Cataluña», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre el libro <i>Els segles de la decadencia</i> , de Nuria Sales	1-2
«La mirada poética del detective», por Carmen Martín Gaité, sobre el libro <i>Intrigas y deseos</i> , de P. D. James	3
«Función del personaje teatral», por Enrique Llovet, sobre los libros <i>Arthur Schnitzler, auteur dramatique</i> , de Heinz Schwarzingler, y <i>Le chemin solitaire</i> , de Arthur Schnitzler	4-5
«Papel del arte en la historia», por Juan José Martín González, sobre el libro <i>Art and History. Images and their meaning</i> , de autores varios	6-7
«Wagner contado por él mismo», por Josep Soler, sobre el libro <i>Mi vida</i> , de Richard Wagner	8-9
«Einstein en España», por Armando Durán, sobre el libro <i>Einstein in Spain: Relativity and the Recovery of Science</i> , de Thomas F. Glick	10-11
«La ciencia desmitificada», por Carlos Sánchez del Río, sobre el libro <i>Science à la mode. Physical Fashions and Fictions</i> , de Tony Rothman	12

La mirada poética del detective

Por Carmen Martín Gaité

Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925) es doctora en Filología Románica y escritora. En 1958 obtuvo el Premio Nadal con *Entre visillos* y ha escrito, entre otras, las siguientes novelas: *Ritmo lento*, *Retahílas* y *El cuarto de atrás*. Como ensayista e investigadora ha publicado *El proceso de Macanaz*, *Usos amorosos de la posguerra* y *El cuento de nunca acabar*.

El éxito alcanzado en pocos años por la novelista inglesa P. D. James (tengo muchos amigos de gustos y condiciones dispares que se declaran furibundamente P. D.-adictos) sobrepasa, según mi criterio, una mera adicción al género policíaco e invita a un análisis más serio de las estrategias literarias sutilmente empleadas por esta autora, que —sin dejar de tenernos en vilo— logra ir mucho más allá de las convenciones normalmente admitidas por el género que cultiva. Lo cual no quiere decir que no se atenga a ellas ni las olvide, sino que introduce elementos aparentemente ajenos a la intriga pero capaces de intensificar el interés suscitado por ésta.

Nacida en Oxford en 1920, Phyllis Dorothy James trabajó como enfermera en la Cruz Roja a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, y más tarde en la Seguridad Social británica. Aunque ya durante este período se había sentido tentada por la literatura de misterio (*A mind to murder* es de 1963), fue a partir de 1968, después de obtener un cargo en el Departamento de Policía de Scotland Yard, cuando adquirió los profundos conocimientos de metodología forense que dan un tinte de verosimilitud escalofriante a todas sus obras. Pero nunca es el suyo un realismo en bruto, como enseguida veremos, sino tamizado por la mirada poética de quien, incluso inmerso en una pesquisa policíaca, no quiere ni sabe dejar pasar por alto la belleza de cualquier detalle accesorio ofrecido por la situación.

Crisis de valores

Avalada por prestigiosos premios y reconocida ya por la crítica literaria internacional, P. D. James se inscribe en la tradición inaugurada por Conan Doyle a finales del siglo XIX. De él en adelante se encenderá el interés no sólo por la trama policíaca sino por el investigador de la misma, elevándolo al rango de personaje atractivo cuya reaparición esperan los lectores de una novela a la siguiente. Sherlock Holmes, escéptico, sensible y suspicaz, estrena el arquetipo del detective invencible y seductor.

No se trata de reparar aquí las transformaciones sufridas por el detective-protagonista en las posteriores novelas francesas y americanas. Pero sí conviene recordar que Adam Dalgliesh, el habitual investigador de los casos criminales presentados por P. D. James, se mueve en un mundo más afín al reflejado por la novela negra americana y el cine a que ésta dio lugar que al observado por el olímpico Sherlock Holmes. Es decir, un mundo turbio que refleja la crisis de valores de la sociedad contemporánea. P. D. James, coincidiendo en esto con los mejores cultivadores de la novela negra, no aventura ningún vaticinio sobre esta crisis; se limita a testimoniarla y a construir su relato sobre la disgregación moral y la pérdida de identidad que aquejan al hombre moderno, perplejo, víctima de sus propias contradicciones y perdido entre una multitud de seres tan solitarios e inermes como él.

De todas maneras, Adam Dalgliesh, aunque salpicado por las implicaciones del sucio mundo en que le ha tocado hurgar, se salva de la marginalidad y del resentimiento que dan su carácter excéntrico a otros personajes



MARINA LORENTE

de esta índole gracias a una brillante ocurrencia de su creadora: la de convertirlo en poeta. Adam Dalgliesh, en efecto, comparte su oficio de detective londinense con una intensa dedicación a la poesía que le ha acarreado algunos éxitos editoriales. No sabemos, porque la autora no nos transcribe ninguna composición poética de su criatura de ficción, si las dotes de perspicacia propias del detective benefician al escritor, pero lo contrario desde luego ocurre. Lo que confiere a Adam Dalgliesh su auténtica originalidad y un talento sensible y compasivo que le diferencian de cualquier otro detective que podamos recordar, es precisamente su condición de poeta.

En la novela que quiero reseñar aquí (la última de P. D. James, según mis noticias, y traducida al castellano con el título de *Intrigas y deseos*) esta mirada poética del detective cobra una importancia especial que se impone a la trama y la impregna por completo como un fluido que llega a constituir su propia esencia. Y es que en todo lo que se nos va a contar a lo largo de las 525 páginas que componen el texto de esta excelente novela, Adam Dalgliesh no deja de estar presente. Pero no como detective, sino como espectador que se va viendo progresivamente implicado, aun en contra de su voluntad, en todo aquello de lo que es testigo.

La acción transcurre en Larksoken, un pueblecito imaginario de la costa nordeste de Norfolk. No es éste el escenario urbano habitualmente recorrido e investigado por Dalgliesh ni ha ido allí a investigar nada.

Agobiado por la popularidad que le ha acarreado su último libro de poemas y ansioso de descanso y soledad, Adam Dalgliesh aprovecha unas vacaciones para acercarse a Larksoken, donde vivía dedicada a la ornitología una tía suya soltera muerta recientemente. La casa y los papeles de Jane Dalgliesh pertenecen ahora a su sobrino, y planea dedicar sus vacaciones a poner en orden esta inesperada herencia.

Pero tanto este quehacer como todo lo que ese lugar convoca en su recuerdo se verá interrumpido por una serie de sucesos en los que sin querer se ve enredado. Los vecinos de Larksoken (a algunos de los cuales recordaba de anteriores visitas a su tía y a otros no) se encuentran actualmente enfrentados por la instalación de una central nuclear cuya amazotada silueta se señala desde el primer momento como una inquietante presencia. Instalado en el centro de una maraña de «in-

trigas y deseos», de ideales y fracasos, Adam Dalgliesh se convencerá una vez más de que el hombre nunca se mueve por un solo motivo, que sus reacciones son imprevisibles y que la frontera entre el ser y el parecer no siempre puede trazarse.

En este sentido, cualquier buena novela incluye y debe incluir, aunque sea en germen, los elementos de una pesquisa policíaca. Se recorre el camino que ha llevado a los personajes a ser como son y comportarse como se comportan, se re-construye y se re-inventa. El móvil fundamental es el de la curiosidad. La pregunta por el origen de los sucesos es y seguirá siempre siendo una motivación literaria esencial.

El ojo del poeta

Pero en el caso que nos ocupa quiero insistir en la maestría de P. D. James al elegir a un poeta como personaje interpuesto entre ella y el lector. El ojo del poeta-observador resulta más de fiar que en ninguna otra de las novelas de P. D. James, ya que el hecho de encontrarse en una situación y escenarios no habituales le invita a aguzar sus dotes de perspicacia, creyendo que ve sin despertar sospechas. La descripción de un paisaje, por ejemplo, puede ir acompañada de las reflexiones que despierta: «Al llegar a la puerta y contemplar lo que se veía más allá de la curva de la costa iluminada por el sol, tuvo un momento de percepción extrasensorial durante el cual pareció cobrar conciencia de otro tiempo, de otra realidad diferentes que existían simultáneamente en el momento que ahora vivía. El mundo exterior seguía siendo el mismo, pero veía todos los detalles con mi-

rada más aguda: motas de polvo que bailaban en la franja de sol que incidía en las baldosas del suelo, la dureza de la piedra desgastada por el tiempo que pisaban sus pies, cada una de las marcas que habían dejado los clavos en la enorme puerta de roble, cada brizna de hierba del montecillo que bordeaba el páramo...»

Pero la novela empieza a fundir lo visto por Dalgliesh como ajeno con lo vivido como propio a partir de la página 197, cuando, durante un paseo nocturno por la orilla del mar, se encuentra con el cadáver de Hilary Roberts, una importante funcionaria de la central nuclear con la que ha estado cenando unos días antes en compañía de otros amigos. Ahí penetra totalmente en el universo del crimen, llegando a rozar las apariencias de sospechoso.

Pero lo más magistral de este pasaje (a partir del cual se incrementa la intriga propiamente policíaca) consiste en que Adam Dalgliesh, poco antes de dar ese paseo que le va a llevar ya irremediadamente a mezclarse con historias ajenas, había estado hurgando en las propias, dedicado a ordenar una serie de viejas fotografías familiares guardadas celosamente por su tía Jane, muchas de las cuales para él ya no significan nada. Es su último momento de reflexión y retiro en Larksoken. A lo largo de esta situación, que despierta conjuntamente en el heredero de la memoria ajena nostalgias, responsabilidades y pensamientos sobre el inexorable paso del tiempo, se marca como una raya que divide en dos la novela. Y Adam Dalgliesh justifica cumplidamente su condición de poeta al tiempo que sitúa a P. D. James entre las mejores novelistas inglesas contemporáneas. □

RESUMEN

Una novelista, Carmen Martín Gaité, se enfrenta con la obra de la escritora británica de libros policíacos P. D. James, buscando en ella elementos que explicarían su éxito, un éxito que, a su juicio, va más allá de la mera adicción al género. El realismo de sus relatos

aparece siempre tamizado por la mirada poética del habitual detective-protagonista de sus novelas. Esta mirada poética se acentúa aún más en su última obra, publicada en España hace unos meses y es la que provoca este comentario.

P. D. James

Intrigas y deseos

Versal, Barcelona, 1989. 525 páginas. 2.850 pesetas.

Función del personaje teatral

Por Enrique Llovet

Enrique Llovet (Málaga, 1917) es diplomático, escritor, autor y crítico teatral. Premio Nacional de Literatura, de Teatro y Mariano de Cavia de Periodismo, es autor de innumerables textos de análisis, crítica y dramaturgia.

Las navidades pasadas aparecieron en París, en la colección «Papiers», de la editorial Actes Sud, dos textos con un fuerte parentesco: la biografía *Arthur Schnitzler, auteur dramatique*, de Heinz Schwarzinger, y *Le chemin solitaire*, de Schnitzler, en adaptación francesa de Michel Butel. Esta misma adaptación de la comedia dramática original de Schnitzler *Der einsame weg* está siendo representada en el teatro Renaud-Barrault de París bajo la dirección de Luc Bondy. La versión es una más entre las muy numerosas que se representan en estos momentos en los teatros europeos, marcando una interesante revisión de la obra teatral de Schnitzler, apagada desde que el gran autor vienés prohibiese, durante veinticinco años, las representaciones de su más famoso texto —*La ronda*—, irritado por el tono de comedia de boulevard que fueron tomando sus montajes. Ahora *Reigen* (*La ronda*), *Anatol*, *Der Grüne Kakadu* (*La cacaúta verde*) y *Der einsame weg* (*El camino solitario*) están en muchas carteleras recuperando el interés por uno de los grandes autores dramáticos de este siglo.

El biógrafo de Schnitzler tiene las ideas claras: del boulevard al realismo psicológico, el autor vienés recorre un camino que evoca la pequeña apocalipsis —la «Jahrhundertwende»— que contempla la deshumanización del ser sin poder hacer nada para evitarla. Una vez más, un médico recurre al teatro para expresarse, para clarificar los caminos de la autodestrucción humana. Esta es la idea del biógrafo: Schnitzler ha oscilado «entre dos realidades: la capturada y la recreada y trabajada sin descanso hasta alcanzar el criterio superior: la autenticidad de los personajes y las situaciones». Schnitzler, piensa Schwarzinger, ha vivido casi sesenta y nueve años y muchos de sus personajes han nacido de sus múltiples encuentros. Si el autor trata de cercarlos en sus meandros más íntimos no lo hace por «voyeurisme» ni por perversión. «Simplemente necesita sacar a la luz el fundamento de los sentimientos, las acciones que parecen irracio-

nales, sondear las motivaciones de los seres humanos enfrentados con esta o aquella situación. A los acontecimientos en sí, Schnitzler los considera triviales; sólo le interesan los actos o las palabras de los seres útiles para diferenciarlos de los demás. Unas diferencias que, según el observador, vive angustiosamente, temiendo el fracaso y la muerte, instalado en un vacío existencial del que nadie se atreve a hablar.»

Muy bien. Esta irreprochable definición del mundo propio de Schnitzler nos lleva al centro mismo de su obra: al personaje. Se trata de un teatro de personajes. Se trata de dar vida a personajes, de olvidar la intriga y cuidar la calidad de las vibraciones que darán autenticidad a los personajes; se trata del gran teatro.

Es lógico. El más fino psicólogo, el ser más querido y penetrante, sorprende, interpreta, deduce o imagina ciertos matices de otra persona sin poder ir más lejos de la suposición limitada o la adivinación afectuosa. Existir es una aventura personal e intransferible cuyo secreto está más allá de las apariencias sugeridas por el armazón formal con que nos exhibimos. Cuanto más activo sea un ser humano más densas serán las sombras de su carácter. Ese misterio hirviente defiende e incluso inmuniza al ser contra la aptencia cazadora de sus semejantes. El comportamiento personal exterioriza reflejos de un mundo interior mucho menos pueril de lo que parece desde fuera. Ese mundo, la calidad de ese mundo inviolado y extenso, es la causa que hace existir al personaje teatral: el teatro «existencial» es un teatro de «personajes».

Pero, ¿qué es un «personaje»? Un personaje es un ser teatral que existe tan complicada y delicadamente como un ser vivo, y por ello resiste, como éstos, cualquier intento de filiación definitiva basada en su comportamiento «ahora». El personaje es un ser que, cumplido el asesinato de Desdémona, la muerte del Comendador o la venganza de su padre, continúa existiendo fuera ya de la acción y sobre todo de la intriga —fuera de *La ronda*—, fuera de su prestado lenguaje y fuera de las comprometidas peripeccias visibles, para ser Otelo, Don Juan, Hamlet o cualquiera de los diez protagonistas del texto de Schnitzler, con todo su misterio personal a cuestas, sus deseos e ilusiones no reveladas, su psicología rica y confusa, su tumultuosa vida íntima, sus abismos, sus alegrías, sus ensoñaciones y sus

dolores. Un personaje es alguien creado por un autor, convocado en una determinada circunstancia y revelado en una precisa coyuntura, que existe íntegramente, complejamente, más allá del tiempo y del espacio en que le hemos sorprendido actuando, de igual manera que el ser humano tiene una vida más larga y profunda que la que conocemos a través de los roces y encuentros fortuitos de nuestras vidas. Por eso suele invertir Schnitzler un principio básico de la dramaturgia y el acontecimiento esencial, la caída, que sucede frecuentemente al comienzo de la obra para mejor estudiar después las reacciones de los personajes.

Normas y requisitos variables

No hay que asombrarse. Es claro que la actualización teatral del comportamiento humano está fundada en una convención y que las normas y requisitos de esta convención son variables. Nuestro tiempo, que es realista, exige con aspereza que los seres humanos se comporten como tales exponiendo su riqueza de matices sin esquemas monolíticos ni simplificaciones caracterológicas. Cargada de reyes y héroes de sobrehumana energía, la tragedia griega hacía automáticas las perfecciones e inevitables los resultados. El frenético impacto de las tragedias no hubiese sido posible sin la enorme idealización de sus protagonistas. El habla retórica, la máscara identificadora, el movimiento irreal, la dignidad del coturno, realizaban al Dios y disminuían a la persona. No hacían falta matices personales. Como tampoco los necesitaba el teatro medieval con su objetivación implacable de unos valores morales —la Belleza, el Entendimiento, la Ira o la Avaricia— propuestos como unidades de medida y utilizados como instrumentos de pedagogía religiosa. Simples y claras, las «moralidades» dramáticas no permitían sutilezas naturalistas.

Sucede, por otra parte, que el ser humano no es una miniatura de las cualidades caracterizantes del grupo familiar o del hormiguero ciudadano en que vive. El miembro más humilde y enterizo de ese rebaño social tiene un comportamiento rico y variado cuyas tendencias no sólo expresan un carácter, unas calidades de orden personal, sino también el eco

de la presión exterior y de su choque con la intimidad. En esas condiciones, el ser nace y se rehace en cada instante atraído o repelido por las formulaciones de la vida que le rodea. Esta relación dinámica entre el personaje y su mundo une los actos, las acciones del personaje, tanto al carácter psicológico de la persona como al sociológico del mundo que bulle a su alrededor. Un «carácter» es, generalmente, algo de una pieza. Un «personaje» es un ser más complejo y múltiple. Don Juan puede desear ininterrumpidamente gozar a las mujeres que desfilan ante él con estas o aquellas seducciones. Para que su carácter se revele basta con la reiteración del episodio erótico. En cambio, para desencadenar el drama es necesario que ese carácter íntegro de Don Juan se subsuma en el variado personaje de Don Juan a fin de que cuando la existencia coloque ante sus ojos a Doña Inés pueda iluminarse una zona inédita del ser de Don Juan, súbitamente cargado de fidelidades y temblores, ansias de ser creído y propósitos de enmienda.

Es palmaria la corrección que Shakespeare hace sufrir al esquema simbólico de las viejas moralidades. Sobre el «Orgullo», la «Ambición» o el «Vicio», aquel extraordinario poeta va agregando notas humanas positivas, va absteniéndose de juicios rotundos, va intentando comprender a la «persona» que encela o mata. Intentar comprender es, por supuesto, profundizar en el conocimiento de una persona. El soliloquio en Shakespeare es una indagación. Detrás de ella, como en Lear, puede haber una sorpresa. El gran hallazgo existencial de Shakespeare es esa modificación de carácter, insospechada en el teatro griego, que revela súbitamente, por un cambio radical de conducta, cambio brusco pero congruente, que la «persona» viva es un ser que está naciendo o, al menos, creciendo en cada momento de su existencia. Desde ese momento el teatro deja de tratar con «caracteres» —quiero decir con seres terminados e invariables— y comienza a tratar con entes fluidos, inaprensibles y complejos. En ese momento nacen los «personajes».

La elasticidad del personaje es la que hace que la «acción» que lo compromete pueda nacer, desarrollarse y desenlazarse. Un tema impone a los personajes unas actitudes, unos gestos, unos comportamientos imperiosos sin



A. Schnitzler con uniforme de médico militar (1882)



Representación teatral de *La ronda* en Berlín (1920)



Arthur Schnitzler

Viene de la página anterior

Boceto de Víctor M. Cortezo para *Anatol*, Teatro Eslava, Madrid, 1961 (Biblioteca de Teatro Fundación Juan March).

los cuales la obra teatral no existiría. Esos gestos son ineludibles. Pero sobre ellos flota el personaje enriqueciendo la acción con datos más profundos que los meramente funcionales. El mecanismo del «carácter» permite adivinar, tosca pero inequívocamente, una actitud ante un conflicto. El personaje, sin embargo, es imprevisible e indócil y está cargado de energía potencial. Aristóteles, Boileau, Corneille, tipificaron los caracteres proponiendo para ellos una fijación marmórea. Hasta hace muy poco tiempo, la indecisión o la duda razonable eran inconcebibles en un protagonista. Los dioses y los reyes conocían sus razones tan a fondo que no les estaba reconocido el derecho a la vacilación. Nuestra idea de la libertad, en cambio, presupone el reconocimiento de una cierta espontaneidad y aun variabilidad de la persona. El «carácter» es una definición apriorística dentro de la cual va escrito todo un código de comportamientos. Schnitzler, por el contrario, se carga de respetos hacia el misterio del «yo» y rechaza las normas, los modelos y los automatismos. El personaje de nuestros días está más cerca de la persona viva que del carácter inflexible expuesto por los clásicos, entre los cuales, por cierto, sólo alcanzaron relieve excepcional aquellos que fueron genialmente dotados del complejo de pensamientos, sentimientos, motivaciones, propósitos, aciertos y desaciertos que caracterizan a la persona. Lo que sucede con ese hallazgo es que intimida.

El descubrimiento de la «absurda» variabilidad de los personajes de raíz humana obliga a tratarlos con una mezcla de piedad e ironía. La fantasía, desde Shakespeare, comprende que debe buscar para sus operaciones territorios pantomímicos. Ya está bien con que los personajes sean, de pies a cabeza, como «de carne y hueso». Habrá que prepararles un mundo remoto y medio soñado para que su presencia y su energía no adquieran carácter subversivo. Los sociólogos quizá tengan poco que hacer con los textos de Shakespeare. Los psicólogos se quedarán siempre mudos de asombro.

Pero Shakespeare es una cumbre de la literatura dramática, y todo cuanto en él viene a bellísimo acomodo se transfiere a otros con dificultad. Ben Jonson flotó entre la herencia medieval y una cierta tensión caracterizadora. Resolvió el problema tipificando los personajes, exagerándolos, caricaturizándolos y, en fin, asentando los famosos «tipos» que casi

han llegado hasta nosotros. Un tipo no es un personaje; es un carácter presentado bajo el más abultado de sus rasgos para facilitar su fulminante identificación. El «Racocinio», la «Vida» o la «Carne» de los viejos textos medievales se convierten en el «Avaro», el «Colérico» o el «Melancólico». La abstracción no colorea ya un ente moral sino una criatura de este mundo. Está naciendo la comedia aunque con gentes sencillas, de una pieza, inconfundibles, de parca capacidad de sorpresa. En Molière ya la tipificación cobra una nueva dignidad nacida de la aspiración a reflejar «costumbres». Es cierto que estas «costumbres» están conectadas casi exclusivamente con los comportamientos amorosos, pero aun en este ámbito tan recoleto es posible profundizar y amar a alguien con sus virtudes y sus defectos; es decir, amar a un ser cuya perfección no consiste en ser un arquetipo extraordinario sino en ser, sencillamente, una persona. La «comedia bien hecha» del siglo XIX era un prodigio de intriga bien fabricada. La del siglo XVIII era todo lo contrario: un alarde de tipificación en que la sociedad espectadora reconocía placenteramente a sus más egregios y singulares personajes. Es natural que costase más de doscientos años deshacer estos congelados «tipos» e inyectar sangre verdadera en tales máscaras antológicas.

Geometría esencial

Lógicamente esto no es todo. De Eurípides a Claudel y de Shakespeare a Eliot hay una geometría de segundo grado, geometría esencial y no existencial, correspondiente a los grandes textos dramáticos, en que un análisis de la situación del hombre en el mundo y de su relación con Dios ha trascendido los personajes desde el marco de su primaria geometría existencial al otro más elevado de su vida esencial. Trascendencia que no sólo afecta a los personajes sino al tiempo físico y al lugar de la representación. La extratemporalidad pretende expresar datos eternos, como la indeterminación de lugar sugiere, en estos casos, la idea de universalidad. A primera vista, estas pretensiones parecen introducir en los textos dramáticos factores arquitectónicos imprecisos y complejos. En la práctica sucede todo lo contrario. Los gestos individuales de los personajes llamados a dialogar con Dios se emborronan y disminuyen mientras sus no-

tas comunes los agrupan, con sencillez, en bloques de inocentes y bloques de culpables. Y un elemento tradicionalmente incorporado a este teatro, la poesía, activa el mundo de las razones superiores que actúan sobre los destinos del hombre, ayudando al espectador a pasar del elemental entendimiento de unos actos humanos a la inteligencia, más profunda, de la significación y valía moral de esos mismos actos.

Es evidente que, en el orden de los valores, la geometría de la esencia es de rango superior a la existencial porque es la que inscribe en sus tensiones el mundo en que los héroes representan las más fuertes tendencias del alma humana, el mundo de las pasiones interiores, de las grandes síntesis, de las significaciones profundas, del dolor, de la angustia, del destino. La geometría existencial exterioriza con movimientos físicos claros los choques y tensiones de los personajes. La geometría esencial, por su parte, expresa una dimensión generalmente tan inmóvil como patética. La irradiación del héroe no afecta a un detalle cualquiera de la vida privada del espectador sino a algo más hondo y relevante: se adhiere al hecho de que, de una u otra forma, todos los espectadores están integrados en un colectivo marco emocional vertiginosamente sensibilizado por la presencia del héroe. Por todo ello, el esquema dinámico de los textos dramáticos esenciales tiene su motor en esa acción de segundo grado, en esa elocuencia de la personalidad del ser que concentra en sí mismo la acción, la emotividad

y la ejemplaridad. Algo que levanta inmediatamente una obra de teatro porque encuentra una densa respuesta en el subconsciente de todos los espectadores. Algo que abre de par en par la comunicación entre la escena y la sala. Algo que no distrae, ni degrada, ni disminuye. Algo que provoca, que duele, que estimula y que consuela. Algo que ennoblece al teatro convirtiendo un espectáculo físico en una viva y responsable meditación.

El teatro expresa el mundo a través de presencias físicas y concretas. El espacio y el tiempo a disposición de los dramaturgos están severamente medidos. Lugares y personajes se corporeizan sobre el escenario imitando la realidad en sus aspectos más concretos. El escenario es un mundo que aspira a representar el universo entero. En torno a los personajes se construye un sistema representativo de las fuerzas que nos mueven, nos frenan o nos dirigen. Esta drástica reducción del cosmos a microcosmos pretende conservar y aun aclarar los valores del universo poco visibles en su natural pero confusa realidad. Centrar, disminuir, condensar ese mundo en sus expresiones y momentos de máxima fuerza reveladora, es ponerse a buscar «situaciones» capaces de relacionar los hombres con la acción. Si estas situaciones alcanzan a representar el cosmos, si son discernibles con la vista y el oído del espectador, si son concretas y claras, esas situaciones componen e integran una obra dramática.

Desde ese análisis, el factor esencial de la «situación» es la fuerza o sistema de fuerzas que poseen entidad suficiente para provocar tensiones entre los personajes. La estructura adoptada en cada momento de la acción por las fuerzas que encarnan los personajes, la estructura del choque, es la «situación». Un personaje es un ser completo, cerrado e íntegro que se abre y se pone a prueba al encontrarse en situación. Nuestro tiempo acentúa una petición de credibilidad ante la presencia de cualquier personaje escénico. Es característico de las audiencias contemporáneas la fácil desaparición de la línea que tradicionalmente separaba el mundo absolutamente fantástico del absolutamente real. Las gentes de hoy se complacen en cultivar cierta convicción de que un personaje es realmente un ser humano. ¿Qué podía hacer Schnitzler? Olvidar los «caracteres» y los «tipos» e individualizar a los personajes, dotando a cada uno de un contexto vital propio —profesión, instalación social, timbre personal— en que razonar sus actos y discutirlos. El naturalismo y el realismo no buscan la singularidad sino la representatividad. Aquel mundo «es» el mundo; aquellos seres «son» seres humanos. Su grosor no depende ya de la acción temática sino de la existencia y vivacidad de los personajes que la representan. De Esquilo a Schnitzler o de Sófocles a Chejov, el acento teatral pasa de revelar unas acciones a revelar unas personas. Todo esto sobraba para hablar del rey de Tebas. Todo esto hace falta para manejar a un hombre súbitamente individualizado bajo los reflectores del teatro moderno. □

RESUMEN

La publicación y el regreso a las carteleras de los teatros europeos de la obra del dramaturgo vienés Arthur Schnitzler ha favorecido el análisis de esa obra que, según Heinz Schwarzinger, se caracteriza por la profun-

dización en el dibujo de los personajes teatrales. Enrique Llovet repasa ese concepto y reflexiona sobre el sentido y la función del «personaje» en el mecanismo de la gran creación dramática moderna.

Heinz Schwarzinger

Arthur Schnitzler, auteur dramatique

Actes Sud-Papiers, París, 1989. 128 páginas. 80 francos.

Arthur Schnitzler

Le chemin solitaire

Actes Sud-Papiers, París, 1989. 80 páginas. 62 francos.

Papel del arte en la historia

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (Alcázarquivir, Marruecos, 1923) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el Departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII* y *Escultura barroca en España*.

Las elevadas cantidades que se emplean actualmente en la adquisición de determinadas pinturas están creando un paraíso mítico del arte, pues aun cuando se interprete el hecho como una «inversión», representa un privilegio evidente de las obras artísticas. Se hace necesario conceder que el arte procede de un acto creador y que por su autonomía goza de estas apreciaciones.

Sin embargo, tal unicidad del arte se cuestiona cuando se examina bajo el prisma histórico. La obra pertenece al pasado y en virtud de un análisis histórico debe ser valorada. Mas ¿quién ha de juzgarla, los historiadores o los historiadores del arte? Cada uno viene ampliando las redes de su estudio, invadiendo todos los campos. Los historiadores utilizan las obras de arte como ayuda para esclarecer el pretérito, aunque no faltan quienes se sirven de ellas como elemento ornamental para sus publicaciones. Los artistas en sus obras proporcionan testimonios del pasado a veces de primera magnitud. Recientemente el historiador Elliott manifestaba que el primer impulso que le llevó a escribir su libro sobre el Conde-Duque de Olivares fue la contemplación del retrato ecuestre de este personaje hecho por Velázquez. El retrato transmite no sólo la emoción: es ya en sí mismo una página de historia, es el personaje vivo. El historiador dibujaría una imagen muy completa gracias a los documentos exhumados, pero ya el retrato le ofrecía un corolario anticipado.

Surgen estas consideraciones ante la lectura de un enjundioso libro que ha dado a la luz la Universidad de Cambridge (Estados Unidos). Se acoge a la labor del *Journal of Interdisciplinary History*. La edición ha corrido a cargo de Robert I. Rotberg y Theodore K. Rabb. El libro reúne aportaciones de profesores de historia e historia del arte: Brown, Frommel, Grew, Hale, Hughes, Johns, Kagan, Schama y otros. Lleva una introducción de Theodore K. Rabb, profesor de historia en la Princeton University, y de Jonathan Brown, profesor de historia del arte en el Institute of Fine Arts, de la Universidad de Nueva York. Los Estados Unidos han estimado muy necesario congregarse conjuntamente a historiadores e historiadores del arte con el propósito de afianzar la metodología interdisciplinaria. Nada puede justificar al historiador para desdeñar las tradiciones artísticas en tanto que prodiga en sus métodos la aceptación de la demografía, la antropología y el medio geográfico. Pero paralelamente el historiador del arte tiene que renunciar a apropiarse en exclusiva la interpretación de las obras basándose en su esencia estética.

El héroe y el soldado

Lo que un historiador del arte comenta a propósito del *Gattamelata* de Donatello o del *Colleoni* de Verrocchio es la grandeza plástica del monumento y el marco ambiental que le presta el emplazamiento urbanístico. Sigue toda la trayectoria del modelo ecuestre, arrancando de los ejemplos clásicos. Pero un historiador ve en el monumento otros aspectos que tienen que ver con la biografía del personaje y las razones que hayan mediado para que la estatua se lleve a cabo. Al inquirir en estas causas queda claro que no fue la Igle-



FRANCISCO SOLE

sia, ni los príncipes, ni los nobles, quienes motivaron la erección de la obra. Fue iniciativa ciudadana, en aras de obtener la forma plástica adecuada para exaltar a los héroes que luchaban en su favor. Consultado el pasado, se descubrió que el modelo se hallaba en Roma. Era necesario solamente hacer un cambio de personaje: de emperador a héroe popular urbano. El retrato ecuestre debe por tanto situarse en el proceso de desarrollo de la ciudad italiana del Medioevo. Randolph Starn analiza la misión del «condottiero», el mercenario capaz de organizar una hueste, de profesionalizar la guerra y conducirse con conocimientos del arte militar y maneras de general. En el «condottiero» se acumulaba una autoridad perdida y un prestigio que justificaban la categoría de héroe público merecedor de una estatua.

En la génesis del tipo se sitúa un fresco que decora el palacio público de Siena, en que se quiere reconocer a *Guidoriccio* y en la pintura la mano de Simone Martini, ambas cosas ahora cuestionadas. Y ha venido a saberse que no es la única fuente, pues se ha descubierto otro fresco de parecidas características.

Pero no es el modelo ecuestre el único que se apodera de la calle. Un conjunto de esculturas de profetas se proyectan para coronar los contrafuertes de la catedral de Florencia. Un bloque de mármol preparado para recibir la figura de un profeta quedó abandonado en las calles de Florencia. Es el que recibe Miguel Ángel y que convierte en el

David. Pero el destino no iba a ser el mismo, y de la catedral pasó a la Plaza de la Señoría. David quedaba separado del contexto cristiano; adoptaba el aire de protector de Florencia, mostraba en su desnudez heroica toda la grandeza de un mito. En el haber de Miguel Ángel queda toda la grandeza formal; la inmensa belleza que satisface desde todos los puntos de vista. Pero este mármol es historia de la ciudad, de su municipio: «simbólicamente desafía a los enemigos y agrupa a los amigos del régimen local». Sólo que la habilidad de los Médicis sirvió para que este símbolo del régimen republicano se pusiera luego al servicio de la familia, pues, como dijera Giorgio Vasari, la estatua pasó a ser emblemática de los Médicis junto a su magnífico palacio.

En el lado opuesto al héroe surge en la Alemania y Suiza del siglo XVI el soldado individualizado, el infante de a pie en el ejército. Mito y realidad frente a frente. Si el héroe toma forma gracias a la escultura, el soldado simple penetra en el arte a través de las representaciones gráficas. Nada que extrañar en la patria de la imprenta y del grabado. J. R. Hale estudia el tema en dibujos, grabados, vidrieras y pinturas. El nacionalismo suizo y el poder de las ciudades en Alemania presentaba al noble como símbolo del extranjero y del opresor. Efigiar al simple soldado era apoyar con los medios del arte una causa patriótica. Entre 1520 y 1570 hubo una floración de obras de arte que llevan las firmas

de Dürero, Cranach, Baldung, Altdorfer, Holbein y otras notables figuras. Si se quiere hacer la historia del proceso, el artista ha facilitado toda clase de elementos. No es el capitán quien lleva la bandera, sino el soldado; la música (tan necesaria en el combate) hace que el combatiente toque todo linaje de instrumentos. El modo de combatir arrastra al pueblo, que sigue a la muchedumbre de soldados. En el combate no hay distinción; no sirve la batalla para exaltar a un protagonista. Y cuando se hace el recuento de muertos, el destino será la fosa común. La guerra muestra su crueldad y no se omite ni la imagen de la mujer a quien se han arrancado los brazos. La miseria hace acto de presencia en la milicia; la sífilis es inseparable compañera y las pústulas son el trágico contrapunto a los vistosos uniformes de los soldados. Este arte surgió antes de la Reforma, pero no hay duda de que halló aliento en ella. Italia teorizó con el ejército y mitificó a sus caudillos; era la herencia de Roma. Por el contrario, el centro de Europa se apartó de tales abstracciones y vio más crudamente la realidad. A través de este diseño germánico se abre paso el criticismo, no ajeno a la batalla religiosa que se libraba.

La familia en el retrato

Se observa que el retrato apunta comúnmente al deseo de reflejar el cargo que se desempeña. Aplicado a un gobernante, la imagen suele dejar constancia de su poder. No ha sido éste el comportamiento de Velázquez cuando retrató a Felipe IV, mostrándose «enemigo de la vanidad». Es el punto de vista de Jonathan Brown, el sagaz investigador de las ideas en que se desarrolló el arte español del siglo XVII. En el retrato persiguió Velázquez obtener la majestad regia renunciando a la alegoría. La búsqueda de lo esencial fue por igual requerimiento del pintor y de su señor el rey. Ni siquiera cuando acababa de vencer en la batalla de Lérida aspiró el monarca a rodear su efigie de símbolos que acreditaran la victoria. Se vistió de los más lujosos colores: es el Felipe IV de Fraga. Para Brown, este rechazo de la retórica barroca apunta a una explicación natural: no había necesidad de símbolos para explicar que el rey era el más poderoso monarca de la tierra. La vanidad estaba de más. Bastaba la sobria figura del monarca.

Pero en la Edad Moderna el retrato se presenta también asociando a la esposa; y en el caso de las Cortes, comparece la familia completa. El retrato «de familia» es un tema pictórico, pero requiere asimismo interpretación de los historiadores. Para la comprensión de lo que haya sido la institución matrimonial, la pintura resulta imprescindible. Recrearse en la pintura puede dejar oculto el papel que han desempeñado los cónyuges, y esto es diferente se trate del Norte o del Mediterráneo. Ariès ha comprobado el debilitamiento del papel de la mujer y el crecimiento de la autoridad del marido, que en los países católicos está en relación con la vindicación de San José, que había desempeñado un modesto papel en la Sagrada Familia. El tema de la «pareja conyugal» se expresa en pinturas muy características, como la de Lotto que comenta Diane Owen Hughes (Museo del Ermitage, Leningrado). El carácter «emblemático» del lienzo resulta evidente, dado que la mujer acaricia un perro (símbolo de fidelidad) y el hombre señala con el dedo a una ardilla, representación de la prudencia. Pero advierte el autor que hay que estar precavido contra una interpretación literal del mensaje emblemático, y que algo más que una invocación a la fidelidad de la esposa y la capacidad del esposo para administrar los bienes matrimoniales tiene que haber en el cuadro.



Viene de la página anterior



Pero la pintura permite adentrarse en la selva intrincada de la familia en el siglo XVIII. El más abigarrado conjunto se reúne en el cuadro realizado por Alessandro Longhi y que representa la Familia Pisani. Están presentes varias generaciones de una familia, que garantiza la conservación del patrimonio autorizando que sólo un hijo contraiga matrimonio y los demás hermanos permanezcan célibes en el hogar. El cuadro encanta por la composición y la belleza del colorido, pero en su contenido se dan cita herencias, autoridad y apariencia. Un interés común reúne en la investigación al historiador y al entendido en pintura.

Como observa Simon Schama, hay un desarrollo paralelo entre el concepto de «familia real» y la escenificación pictórica del retrato. Mientras en la Corte de España Velázquez elaboraba un cuadro de la familia de Felipe IV reducido a un juego del espíritu barroco, fue en la Francia de Luis XIV donde comenzó a alumbrar un alambicado retrato colectivo que rendía culto a la dinastía monárquica. La forma artística y la función de gobierno, a cargo de una familia de estirpe, mantuvieron el más estrecho convenio. A lo largo del siglo XVIII se advierte una mudanza: la escena se va convirtiendo en «cuadro de conversación», con lo cual del aire dinástico se pasa al doméstico. La Revolución Francesa abatiría violentamente el Antiguo Régimen; pero curiosamente sería Napoleón quien, en la *Consagración*, restauraría el concepto de familia real bajo el esplendor de la pintura.

La ciudad como escenario del poder

La arquitectura, por los arduos problemas del espacio y del financiamiento, ocupa puesto cimero en la historia del patronazgo; pero aun así no hace sino supeditarse a una panorámica más amplia, como es la del urbanismo. Ningún ejemplo más apto para entenderlo que el de Roma. Repara Frommel que el patronazgo de los papas en Roma se considera expresamente en función de los edificios que auspiciaron y apenas en la idea de conjunto. En el período que considera, que se extiende desde el pontificado de Nicolás V al de Pío IV, hay una política papal en lo concerniente a la planificación. La Urbe se presenta diferente a las demás ciudades italianas en el hecho de la dispersión de sus edificios representativos, como son los del gobierno y del centro religioso. La escala magna es lo que caracteriza a Roma. Si San Pedro encarna el centro religioso, piénsese en la distancia y el tiempo que se requiere para alcanzar San Juan de Letrán, la Plaza del Popolo o Villa Madama. Cada Papa recoge un proyecto en marcha de su antecesor que, sin ser homogéneo, sí lleva el marchamo de hacer una capital que fuera realmente residencia de la Cristiandad. Es un urbanismo discontinuo, pero provisto de ideas de reforma y mejora progresivas. Para llevarlo a efecto se cuenta con arquitectos que promueven el nuevo estilo y reconquistan la antigüedad; pero se ponen al servicio de unos señores con ideas claras respecto a la misión de la arquitectura y la funcionalidad de la ciudad. Varían, de unos a otros papas, las ideas y los gustos; los acontecimientos históricos dejan su estela en la evolución de los proyectos, haciendo del todo necesario un estudio de conjunto de los edificios, los patronos y los acontecimientos.

Que es una renovación urbanística se evidencia porque el proyecto de Alberti, hecho bajo el pontificado de Nicolás V, afectaba ya a las calles. Las plazas del castillo de Sant' Angelo y San Pedro quedarían enlazadas por tres amplias calles rectas, regularidad que invocaba el carácter de foco visual atractivo para los puntos extremos. Y que este proyecto se hacía al amparo de unas ideas, lo dice el propio testimonio del Papa a la hora de su muerte: «Para



FRANCISCO SOLE

la mayor autoridad de la Iglesia de Roma y la mayor dignidad de la Santa Sede». Alejandro VI mandó levantar un gran palacio en una de las principales calles del centro de la ciudad, la primera de estas residencias privadas que convierten el Papado en clase nobiliaria afinada en la Urbe. Inocencio VIII concibió el Belvedere como una villa imperial. A este edificio añadiría Julio II el Cortile; pero su empresa más notable fue el nuevo templo de San Pedro, para lo que requirió los servicios de Bramante. Sus planes urbanísticos se acreditan con la construcción de la Via della Lungara, que enlazaba el Vaticano con el Trastevere, a lo largo de la cual se elevarían espléndidas mansiones como el Palazzo Chigi. De León X se recuerda Via Ripetta, que era una cuarta calle abierta en el seno de la vieja Roma. Y a Clemente VII se remonta el «tridente» de la plaza del Popolo. Con Paulo III se verifica la mayor aproximación a la Roma imperial. Se coloca la estatua de Marco Aurelio en la plaza del Capitolio: nunca más evidente el entendimiento entre los papas y los emperadores. Miguel Angel recibe del Pontífice plenos poderes para remodelar el San Pedro de Bramante. Queda claro que es un programa estético el de los papas. El San Pedro de Bramante es un monumento a la belleza formal; un edificio centralizado, tan hermoso externamente que puede ser estimado como monumental escultura.

La historia del urbanismo romano viene a ser —como concluye Frommel— reflejo de

cargo del rey, de 1563, le llevó ante poblaciones de toda España, incluido el norte de África, elaborando un corpus de sesenta y dos ciudades. Su planteamiento va más allá de la topografía. Su visión es «corográfica», lo que significa que trata el conjunto con plena unidad, pero analiza el detalle con la máxima rigurosidad. Hay, por tanto, una selección de detalles que permite un mejor análisis de palacios, iglesias, murallas; pero su interés va también a la búsqueda del ambiente, por lo que el interés histórico se acrecienta. Se contemplan los instrumentos para labrar el campo, ostentosos barcos con toda su arboladura, y es posible asistir a un juego de cañas con la seguridad de seguir fielmente el entretenimiento.

¿Qué se proponía el rey con aquel conjunto de vistas? Kagan ofrece varias respuestas que se basan en la afición del monarca por la geografía. El interés estético debe admitirse, dado que estos dibujos sirvieron para ejecutar pinturas que decoraron las paredes de los palacios reales. Pero debió de primar una finalidad política. El arte contribuía a la exaltación del poder del rey. Las vistas, dibujadas en gran tamaño, pudieron proyectarse para un atlas nunca impreso, sin duda porque la obra quedó inacabada; pero aunque no fuera así, servirían para decorar salas con esta temática que manifestaría la extensión de los dominios, concibiéndose por tanto como emblemas del poder monárquico.

La visión se concentra actualmente en las obras de arte producidas al amparo de los mecenas. Pero hay otra historia del arte, de personalidades menos notorias, que han dejado constancia del protagonismo del pueblo contemplado en su quehacer diario o lanzado frenéticamente por la pendiente de las revoluciones. Los lazos entre arte e historia deben estrecharse también en estos escenarios.

William Sidney Mount pasa a sus lienzos el ambiente de las granjas norteamericanas, en que se ha basado el sector inicial de la prosperidad del nuevo país, creando un arte nacional y gozando del apoyo de la crítica.

Por el contrario, Raymond Grew ha estudiado el arte gráfico y pictórico de las «clases bajas» acogidas a los barrios en la Europa de la revolución industrial. Se observa que el trabajador se asocia, pero ordinariamente aparece identificado con su trabajo, bien sea el del campo o el industrial. En el entretanto, las ideas políticas estaban socavando los cimientos de la sociedad capitalista y se generaba un ambiente de protesta. Pero fue minoritaria la acción artística de Courbet y Daubigny, que les aportó no pocas acciones represivas. Conservadurismo y revolución se ofrecen en los parlamentos, la prensa, la novela, pero de una manera visual en la pintura y el arte gráfico. El estudio de estas cuestiones reclama imperiosamente disolver las fronteras entre arte e historia; la planificación interdisciplinaria es necesaria si realmente se desea una interpretación completa del pasado.

Mas con todo, sin dejar de tener presente que al arte siempre le queda la peculiaridad de constituir «objeto» con valor propio, ese que ocasiona que se rompa el termómetro con las más imprevisibles cotizaciones. □

una apropiación de la ciudad por los papas, que llevan a cabo un proyecto de gobierno que supone contar con dos centros: el religioso en el Vaticano y el político en el Capitolio.

La «vista urbana» constituye un valiosísimo testimonio que define el ambiente de muchas ciudades europeas. Hay una rica colección de perspectivas de ciudades portuarias, de capitales ilustres de Europa. Las vistas de ciudades españolas encargadas por Felipe II al pintor flamenco Anton Van den Wyngaerde (castellanizado en la época como Antonio de las Viñas) constituyen un riquísimo repertorio estudiado por el profesor Richard L. Kagan. Fue el editor de la obra *Spanish Cities of the Golden Age* (versión española por El Viso, 1986). Sabrosos comentarios hace en el libro que estamos comentando. El en-

RESUMEN

Esta obra, de la que se ocupa Martín González, plantea la necesidad de estudios interdisciplinarios entre arte e historia. Una serie de manifestaciones artísticas, como el retrato ecuestre, la vista urbana, el análisis

de una ciudad como Roma, revelan que el exacto conocimiento del pasado sólo puede obtenerse cuando se congregan en el mismo afán los historiadores y los historiadores del arte.

Robert I. Rotberg y Theodore K. Rabb (eds.)

Art and History. Images and their meaning

Cambridge University Press, Nueva York, 1988. 310 páginas.

Wagner contado por él mismo

Por Josep Soler

Josep Soler (Vilafranca del Penedés, 1935) es compositor y escritor. Estudió con René Leibowitz y C. Taltabull. Es director del Conservatorio de Badalona y miembro de la Real Academia de Sant Jordi de Barcelona. Desde 1960 viene trabajando en óperas, siendo autor de ocho de ellas, habiéndose representado Edipo y Yocasta en el Liceo en 1984.

«Le beau temps où j'étais si malheureuse»: esto lo escribe Cósima en su diario el miércoles 29 de junio de 1870 (vol. 1, Londres, 1978, pág. 239); la cita es de Madame de Staël. Pero, en el mismo día, Cósima recuerda que «... llegó de Pest un pago de 500 florines de una representación de *Tannhäuser*, lo que alegró grandemente a R (icardo)...»

La alegría en el dolor y, también, el dolor de la alegría: esto es la vida —que en su caso es la obra— de Richard Wagner. La afirmación que abre el libro que comentamos es harto ambigua: «Mi vida»; así lo afirma Wagner en el preámbulo: «mi vida contada por mí». La vida es suya y él sólo puede contarla a la familia y a los «amigos probadamente fieles». Pero uno de ellos, Jakob Sulzer, se interroga —cuando en su momento el manuscrito original de Cósima parecía perdido o destruido— sobre «si existirá aún y si alguna vez saldrá a la luz en su auténtica forma», y esto «no lo desea» —dice a Mathilde Wesendonck—, pues «conforme al origen psicológico» allí habría poco de verdad, ya que Wagner «era una naturaleza en extremo 'subjetiva', conocía el mundo única y exclusivamente —y quería conocerlo sólo así— según el reflejo instintivo que llevaba de él en su conciencia...».

Pero el genio sólo conoce «su vida» y la conciencia que pueda tener del mundo «es» su mundo. Para el creador todo es afirmación, y esta afirmación, en su caso, es desmesurada como enorme es su conciencia del mundo: es decir, enorme es para él el mundo y la descripción que hace en sus obras: esta descripción incluye también todo aquello que nos parece lo más innoble y lo más vulgar; junto a la tristeza de Cósima surge la alegría por el dinero de Pest («producto» de una de sus óperas y uno de sus frutos esenciales: la obra de arte crea, asimismo, riqueza). En la desmesura está la medida de su genio, y Wagner, en determinados momentos, pertenece a aquel escaso grupo de artistas en los que lo inmenso de su «descripción» del mundo escapa casi a la naturaleza humana para convertirse en constructores de símbolos física e intelectualmente enormes aunque moralmente indiferentes.

Este espíritu de lo numinoso que le empuja en su creación no es motivo, sin embargo, para que no nos haya dejado tantos y tantos momentos de una infinita y «pequeña» delicadeza: tal como Miguel Ángel en sus dibujos o en la minuciosa abstracción de sus poesías, o Proust con el sutil y lento análisis de los más pequeños e ínfimos momentos para así construir el inmenso edificio de un tiempo que, como el de Wagner, es una suma de súbitas iluminaciones lentas y de una extrema complejidad, pero que, al conectarse y formar un solo cuerpo, alcanzan la dimensión de aquello que ya no es humano y sólo adquiere sentido al ser contemplado por el espectador —con gran dificultad— en su estructura total.

La desmesura de Wagner está, muy a menudo, en su pequeñez: dos de sus obras maestras son un ciclo de lieder y una pieza para un grupo de cámara. Y la sustancia de ambas procede —y es idéntica— de dos obras inmensas: el *Tristán* y el *Anillo*; pero la música, la organización temática y tonal que se cierra colapsándose en una casi silenciosa emoción en los *Wesendonk Lieder*, en *Tristán* se manifiesta con una violencia imposible de sobre-

pasar: las dos obras expresan la ambigüedad esencial de la gran obra de arte, la de Wagner en especial; hay algo sagrado, numinoso, algo que halla sus raíces en el *Erdegeist*, del que parecen proceder todas ellas, y rasgo propio común en todas sus obras es esta oscilación entre lo desmesurado e inmenso, desencadenamiento dionisiaco que hubo de fascinar a Nietzsche tal como más tarde lo asustaría, y la más sutil y delicada expresión, a veces casi inaudible, así en la escena con tritones y ne-reidas, el lejano rapto de Europa y el coro de sirenas en la versión parisiense de *Tannhäuser*.

Mi vida, la que él expone al público, dictada a «mi amiga y esposa» (en este orden), «para la familia y los amigos probadamente fieles» es, en manos de un hombre que siempre estuvo cerrado en sí mismo pero que en ciertos aspectos sabía ser muy extrovertido, una vida para los demás; en realidad, para quienes menos iba dirigida eran la esposa y los fieles amigos. Estos ya le conocían muy bien, y más que saber su vida lo que necesitaban era saber soportarla, y no es de extrañar que uno de los «fieles amigos» creyese que en el manuscrito de Cósima «habría poco de verdad».

Con todo, aunque el título original tendría que ser algo semejante a «ciertos aspectos de mi vida vistos desde determinados y oportunos puntos de vista», el voluminoso texto que ahora comentamos no deja de ser un inapreciable documento sobre la historia de un alma y su peregrinaje a través de la necesidad humana y las dificultades que ésta presenta siempre al camino del genio; Wagner necesitaba los obstáculos a que aludimos y el tropiezo continuo con los hombres —y mujeres— mediocres que le rodearon y con los que rara vez pudo establecer un principio de relación, y aunque era inevitable que su genio casi inhumano no encontrara en quienes apoyarse, hay que recordar que la vida fue generosa con él: Franz Liszt, uno de los hombres y músicos más extraordinarios que hayan sido, fue amigo siempre fiel y tolerante y resignado suegro, padre de aquella que, finalmente, supo saberlo llevar y, con discreción, lo supo aceptar con todo lo que esto significaba.

Mi vida, copiada por Cósima Liszt con la devoción convencida de que estaba sirviendo a las más altas, y a veces oscuras y difíciles, necesidades del genio, es sólo una parte —en comparación, bastante pequeña— de lo que Wagner nos dejó en el campo literario: ya el magnífico editor y traductor de esta edición española de *Mi vida* se queja de que no existan en nuestro país traducciones de los *Diarios* de Cósima ni de el *Libro marrón* (diario

que Wagner llevaba desde agosto de 1865 hasta abril de 1882); especialmente en el *Libro marrón* se incluyen gran cantidad de textos importantísimos, poemas, fragmentos musicales, un extraordinario «sketch» para *Parsifal* (agosto de 1865), etc. Tampoco existe ninguna edición completa de su enorme epistolario ni menos —documentos esenciales— se han publicado nunca sus obras en prosa (en la edición inglesa que manejamos —Londres, 1899—, traducida por W. Ashton Ellis, el último volumen, el octavo, contiene 398 páginas de texto; los otros son semejantes).

Y la «vida» de Wagner, aquella que el genio vive y soporta con oscura y doliente resignación, ajena al relato del acaecer físico de los sucesos diarios que raras veces poseen algún interés, se halla mucho más definida y explicada —justificada— como una estructura artística y moral no en el largo (y, por otra parte, fascinante) texto de *Mi vida*, sino en sus obras en prosa, en sus escritos «sobre» y allende sus músicas, allí donde él trata de explicarnos el porqué de éstas y el porqué de los textos dramáticos a los que la música sirve de soporte y a los que rodea como un halo sin significado propio.

Revés de una trama

Pero hay una idea o un sentimiento que el artista debe expresar con sus poemas, descansando sobre la palpación sonora de una música a la que se le confía la «explicación» de aquello que no puede ser dicho con palabras y que «debe» ser dicho de una u otra forma, revés de una trama en extremo compleja pero que el enorme cuidado, el infinito cuidado, del compositor nos entrega unido indisolublemente para formar ese lugar único que es el que crea la obra de arte a su alrededor cuando logra iniciar su diálogo con el oyente, lugar con el que «hablamos» pero al que nunca accedemos completamente, y esta idea, para Wagner, es una explicación moral del mundo; él no es un profeta ni un predicador que nos diga qué cosas o gestos —qué sacramentos— debemos realizar para propiciar nuestra recompensa o conseguir la futura beatitud: Wagner es un evocador que sabe, con sus versos y la música que los rodea, llamar del abismo freudiano del inconsciente a los antiguos dioses, a Erda y sus hijas, en escenas (dice Thomas Mann) imposibles de sobrepasar en su sagrado terror mítico, de tal manera que uno creería —sigue diciendo Thomas Mann— que la música no ha sido creada para otra cosa, que jamás ya no tendrá otra

misión que la de servir al mito. Y este mito y su aceptación voluntaria presupone una explicación, un sentido, del mundo: en *Tristán*, en el *Anillo* y en *Parsifal* la exposición del mito es sangrante y las diversas heridas, la sangre que mana de ellas, configuran una constelación freudiana tan compleja y tan equívoca que, muy posiblemente, sea ello la causa de la mala interpretación que las obras de Wagner tienen aún hoy día: se las sigue considerando como óperas y representando en los teatros de «ópera» cuando difícilmente —excepto las apariencias— tienen nada de común con una ópera, porque algo las distingue esencialmente de éstas: su intención moral y el hecho de emplear la poesía y la escena para iniciar un diálogo con los dioses, para intentar establecer un proceso —difícil pero necesario, hoy quizá más que nunca— con la oscuridad de nuestro interior, con el costado oscuro que tanto nos atemoriza pero que, no por ello, podemos ignorar o aparentar su inexistencia; el diálogo divino está siempre teñido de sangre y las palabras de los agentes sagrados son, a menudo, un murmullo ininteligible, el susurro de las lavanderas «pronunciando» la historia del mundo a través de la figura del gran principio femenino del universo, hasta el retorno de Anna Livia a las aguas del origen, «surcadas» sólo por la inmensa, enorme, masa de *Tiamat*; así lo enunciará la poesía del texto de Joyce al final de *Finnegans Wake* o la sombría advertencia de las nornas al comienzo del *Götterdämmerung*.

La historia del mundo es infinitamente compleja de hilar y su recuerdo, al ser evocado por las hijas de Erda, es ya la destrucción de la memoria: para ellas sólo resta una paranoica descomposición del pasado que obliga a las nornas a preguntarse qué fue lo que sucedió: «... en vano busco los hilos de las cuerdas / el horror está frente a mí y todo está confundido; / muere la noche y nada es visible...». La cuerda se rompe: «Zu End'ewiges Wissen!», la ciencia ha llegado a su fin, nada puede ser explicado del todo, hay que «descender» hacia la Madre, «Hinab! Zu Mutter!», y el descenso hacia el interior, el retorno, que en Wagner, este supremo dramaturgo de lo freudiano, es una bajada «ad infernos», a unos infiernos sangrientos.

Admirablemente descrito por Thomas Mann, el gesto sangrante de Wagner, en tantos y tantos momentos de sus obras halla su momento mítico, símbolo del mundo enfrentado a la eterna lucha contra el «invierno» de la inconsciencia, del sueño del que se puede no



JUAN RAMON ALONSO

Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

despertar, en la imagen de Siegfried, «héroe solar muerto por el acecho de las pálidas tinieblas», tal como murieron, «por la rabia de un feroz jabalí» (así califica el rey Gunther a Hagen), Tamuz y Adonis y tal como fueron desgarrados Osiris y Dionisio y «el Crucificado, al que la lanza romana hirió en el flanco», para que el signo mítico de la herida se identificara, asimismo, como héroe mitológico.

La juventud sacrificada, «asesinada por la ferocidad del invierno», es la que reaparecerá en la última de las «estaciones» míticas de Wagner, en el *Parsifal*: allí encontraremos un joven héroe, ingenuo pero fascinado por la llaga sangrante de un rey, guardián de una reliquia maravillosa —la copa que contuvo la «sangre» del Redentor—; y este rey fue herido en el flanco (eufemismo por el sexo) en el momento de su pecado, instigado por una de las extrañas mujeres que habitan en el costado oscuro del paisaje imaginario en el que los personajes wagnerianos «sueñan» la aventura del Santo Grial: Klingsor es su dueño, impotente por dominar su pecado y tan fascinado por su pulsión al mal que —dice Wagner en el *Libro marrón*— intentó conseguir su perfección, para así ingresar en la Orden del Santo Grial, castrándose a sí mismo. El trágico recuerdo de Pablo de Tarso nos viene a la memoria como modelo del personaje de Klingsor, quizá el más sombrío y dramático entre los de Wagner: «¡Ay de mí!, porque hago el mal que no quiero hacer y no puedo hacer el bien que quisiera hacer...».

La vida de Wagner —la que él vivió y fue recogida por sus coetáneos y vino a ser historia y la que él nos describe, con mirada complaciente y señales inequívocas aunque muy discretas de ansiar nuestra complicidad y, por supuesto, nuestra admiración— no puede dissociarse en forma alguna de su obra; su vida, su verdadera vida, está en ella y en ella es donde vivió en verdad y donde, como metáfora en cierto aspecto real, aún vive y donde, como todo organismo vivo, se nos aparece en cambiantes y nuevos aspectos, metamorfosis incesante que siempre será mientras existan hombres para recibir la obra de arte y mantener el inacabable diálogo con ella.

La forma

La vida que en sus memorias nos cuenta Wagner es la estructura que contiene y permite el plan que él se ha impuesto como obra, como verdadera «vida»: Wagner organiza su producción con la seguridad —quizá ingenua, pero que en su caso fue certera— de que nada fallará y que todo el arco completo podrá ser realizado: Thomas Mann es quien nos lo se-

ñala advirtiéndolo que «algo se organiza según un programa, el programa de toda una existencia»; así, en 1862, mientras está escribiendo *Los Maestros Cantores*, escribe a Hans von Bulow para afirmarle que *Parsifal* será su última obra (estrenada en 1882, Bayreuth, 26 de julio); de 1848 datan los primeros esbozos del *Anillo*, pero ya de 1846 a 1847 concibe *Lohengrin* y prepara *Los Maestros Cantores*, «pendant» humorístico (!), según él mismo dice, de *Tannhäuser* (Dresde, 1845).

Pero la organización de la «ideología dramática», especificada en sus obras, no va paralela a la estructura musical ni concibe a las músicas que envuelven y articulan sus «óperas» como algo que, asimismo, también deba estructurarse con leyes estrictamente musicales propias a este arte; tal lo había hecho, en cierta manera y según sus posibilidades, Monteverdi —padre de toda ópera—, y así lo siguió haciendo, con una extrema complejidad, Mozart, maravilla musical única pero que no se atrevió —o no pudo hacerlo por la brevedad del tiempo que se le concedió— a forzar la estructura musical estableciendo su articulación por leyes o impulsos únicamente dramáticos, con lo que mantuvo la primacía del orden musical sobre el drama.

Rameau, Beethoven, Verdi y Mussorgski y, algo más tarde, Debussy y Puccini —herederos de Mozart— consideraron la acción dramática como una suma de momentos, cada uno de ellos con su propia e íntima identidad, casi nunca interrelacionados entre sí. La unidad venía dada por el suceso dramático y el «tiempo» en el cual sucedía; la forma de cada uno de estos momentos constituyentes de la obra era, en especial entre los más antiguos, una «escena», un «lied» ampliamente desarrollado. En Debussy o Puccini este hecho se diluirá o quedará englobado en secuencias más complejas, pero no por ello desaparece la idea básica: Debussy articula *Pelléas* como una alternancia de escena e interludio sin que el flujo de la música englobe al del drama ni la acción dramática quedara engullida por ésta: ambas se fecundarán mutuamente.

Será Strauss, en dos obras sin divisiones en actos, *Salomé* y la siguiente «Tragödie», *Elektra*, donde (aunque sean reconocibles las posibles «escenas» que se habrían podido articular caso de haber escrito estas obras Verdi o Mozart) escribe un torrente sinfónico en el que se puede detectar, débil pero inequívoca, la forma de una «sinfonía», es decir, una estructura musical básica (condicionada, como es evidente, por la anécdota escénica): en *Salomé* serán dos enormes «adagios» (la escena con el Bautista y la escena final) dentro de los que están contenidos los dos «scherzi» (el segundo de los cuales comprende la danza de los velos

y la polémica de Salomé con el rey); de hecho, es la misma forma que Mahler usa en su *Novena Sinfonía* y, en especial, en la *Décima*.

En Strauss, aquello que Monteverdi, Mozart y Rameau comenzaron a organizar (en *Orfeo*, «Favola in Musica», el texto era, en verdad, el verdadero generador de la música) se instaura con fuerza tan avasalladora que hay obras (como *La mujer sin sombra*, esfuerzo grandioso sólo igualado o superado por el *Anillo* wagneriano) que pueden oírse abstra- yéndose totalmente del acaecer dramático: el flujo sonoro, la estructura musical, es tan potente que en ella todo se funde y todo viene arrastrado por su inmenso poder de síntesis: ante nosotros se desarrolla un drama en el que la dialéctica se establece únicamente por la lucha entre sí de los sonidos, sus atracciones, choques y repulsiones, sin que la anécdota del «argumento» tenga valor alguno.

Pero es Wagner quien sabe encontrar el difícil equilibrio en el que la acción abre paso a la música y ésta posibilita el suceso dramático. Ambos coexisten y ambos podrían ser —caso extremo— el uno sin el otro. Tristán podría representarse únicamente como obra teatral, sin el soporte —sin el halo espectral— de la música, pero asimismo podemos escuchar la obra sin que prestemos atención a las palabras (que, sin embargo, sustentan y sustentan la organización musical) ni nos interesemos en la anécdota de lo que sucede en la escena, dejándonos llevar, si queremos, por el tránsito en un país imaginario, un espacio que nunca ha existido y un proceso de relaciones entre unos personajes que son sólo sonidos que discurren entre sí.

Casi medio siglo más tarde, Alban Berg intentará en sus dos obras dramáticas (en las que plantea graves problemas morales —algunos por primera y quizá última vez: la «conciencia» de qué es ser cristiano, en *Wozzeck*—) articular su forma infiltrando el texto dramático en una estructura, escena por escena, estrictamente musical; las viejas formas: «fuga», «sonata», «lied», etc., se incorporan a la es-

cena y generan con meticulosa organización todo el drama; Wagner nos entrega, asimismo, una explicación moral del mundo mediante símbolos que, en sí indiferentes, provocan en nosotros un recogerse en el interior, un buscar dentro nuestro y, con ello, crean un acto ético, una «reacción» positiva frente al estímulo de los inmensos símbolos que entablan enormes logomaquias, tan fuertemente enraizadas en los «sagrados», arcaicos y primeros arquetipos, que ante ellos surge en nosotros el instinto de la tierra, el de la conciencia del vivir, que es saber que todo «es» para la muerte.

Berg consigue aquello que parecía imposible en el género del drama musical: explicar y fijar un suceso moral —que nos estremece, «moviéndonos a compasión y temor»— a través de la utilización, como estructura, no sólo de un determinado texto (que provocará la catarsis deseada, propia de toda tragedia), sino de las formas musicales que parecían estrictamente reservadas a las obras sinfónicas, de cámara («sonata», «fuga», «canon», «aria da capo», «lied»), etc.: la manera de escribir de Berg es un caso límite, pues parecía casi imposible conseguir el máximo de emoción —como él consigue— ciñéndose a unas formas predeterminadas y no guiándose únicamente por la situación dramática y escribiendo por ello la música que parecía adecuada; Wagner consigue asimismo algo único y, en cierto aspecto, inverso: excitar la conciencia moral, el interrogarnos sobre el qué debe ser y cómo mediante los impulsos simbólicos creados por la música —sin forma precisa o determinada—, y ésta se halla formando parte de unos textos con tanta fuerza dramática que consiguen dar «una forma» al magma sonoro que, de por sí, no se hallaba estructurada en ninguna forma concreta pero que acaba poseyendo un sentido quizá superior al de cualquier forma musical previamente escogida.

El hermoso tiempo de la desgracia

Wagner cerró su vida con una obra, *Parsifal*, de la más extrema ambigüedad: con dolorida resignación contempla la alegría de una primavera, de una mañana de viernes santo que verá correr una sangre salvadora; y en aquel dolor hay, también, una profunda alegría: «¡Salvación al Salvador!». Su obra está teñida de dolor y lágrimas, pues él, que buscó apoyo en tantos amigos (y en tan pocos lo pudo encontrar), sólo sabía ver «su» mundo y éste era un espacio sombrío y nocturno, una noche inacabable en la que poder llorar sin consuelo pero también con la serenidad de una espera en el Salvador que quizá llegaría en algún momento; el día de su muerte, Cósima, antes de comer, toca al piano un «lied» de Schubert arreglado por Liszt, *Lob der Tränen* —Elogio de las lágrimas—; ésta fue, con seguridad, la última música que Wagner oyó en este mundo. Pocos momentos después moriría en brazos de Cósima: «¡Mi reloj!» son sus últimas palabras; el tiempo debe detenerse pero él ha conseguido concluir todo aquello que sabía tenía que hacer desde el principio: esto es una vida.

RESUMEN

La alegría en el dolor y el dolor de la alegría parece el lema de la vida de Richard Wagner, que es contada por él mismo en un libro que comenta Josep Soler. El autor de *Tannhäuser* le dicta a su esposa Cósima su vida tal como

el propio Wagner la ve. En definitiva, a juicio de Soler, este voluminoso texto acaba siendo un inapreciable documento sobre la historia de un alma y su peregrinaje a través de la necesidad humana.

Richard Wagner

Mi vida

Turner Música, Madrid, 1989. 779 páginas. 6.000 pesetas.

Einstein en España

Por Armando Durán

Armando Durán (Lugo, 1913) ha sido catedrático de Óptica en la Universidad Complutense. Es miembro numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido presidente de la Real Sociedad Española de Física y Química y director del Instituto de Estudios Nucleares. Ha publicado diversos trabajos de investigación sobre óptica y artículos relacionados con la historia de la ciencia.

El libro que hoy comentamos trata de la visita que en 1923 hizo Einstein a nuestro país. El autor, Thomas F. Glick, que se define como historiador social y no como físico, aprovecha el acontecimiento para trazar un análisis riguroso y correcto de una época de indudable trascendencia en el desarrollo de la ciencia española en páginas llenas de interés, además, por la completa documentación aportada.

Einstein llega cuando «la España científica que hoy encontráis en embrión» —le dijo Cabrera en la Real Academia— inicia el camino para llegar «al lugar que tiene el inexcusable deber de ocupar». Un grupo reducido y valioso de científicos de diversas procedencias tenía interés en conocer por vía directa el estado de la controvertida teoría de la relatividad, pero esto no justifica la expectación que despertó su presencia, ni la resonancia de sus conferencias en la prensa, ni la afluencia masiva de un público variado a los actos, llenando los locales.

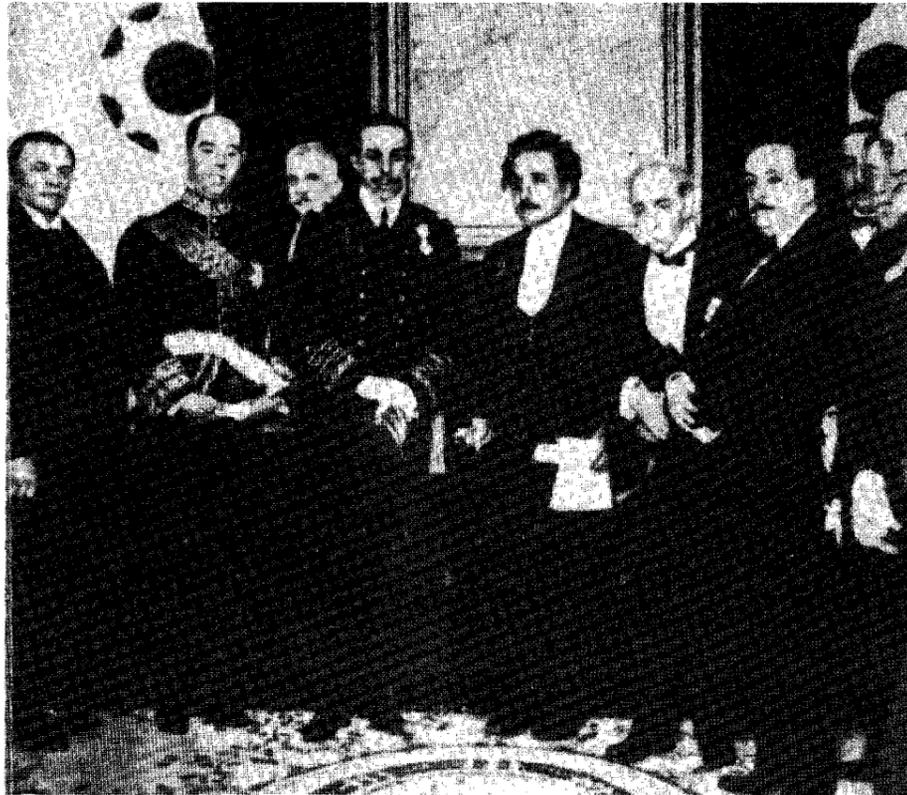
¿Qué ocurría con Einstein? ¿Por qué tanta popularidad?

Esta misma pregunta la hace él mismo a Ortega y Gasset en la excursión a Toledo durante su estancia en Madrid. Nos lo cuenta éste poco después en un artículo en *La Nación* de Buenos Aires. «Me hallaba con Einstein apoyado en el pretil del puente de Alcántara, junto al cual eleva Toledo su encrespamiento urbano... Llegó del Japón, de Palestina, como antes estuvo en Francia, en Inglaterra, en Norteamérica... Es hoy Einstein el hombre de ciencia más popular del mundo... Yo no comprendo —me decía— esta excesiva popularidad que mi obra ha alcanzado... ¿Cómo se explica usted este extraño fenómeno de que una labor tan abstracta y tan puramente científica interese a las multitudes? Yo creo, por el contrario, que es muy comprensible, señor Einstein —repuse—. Ha habido guerras alegres... pero la última ha sido una guerra triste... Se halla, pues, vacante la fe de los hombres. En tal circunstancia aparece la obra de usted, donde se dictan leyes a los astros que éstos acatan... Es usted, señor Einstein, el nuevo mago, confidente de las estrellas.»

El mito Einstein

En el número del 7 de noviembre de 1919 del *Times* de Londres, en el que, entre otros asuntos, se anunciaba la conmemoración del Día del Armisticio, se hacía memoria de los muertos de la Gran Guerra y se publicaba el mensaje del rey a su pueblo, aparecía bajo titulares destacados —revolución en la ciencia, nueva teoría del universo, las ideas newtonianas destronadas— la reseña de una reunión conjunta de la «Royal Society» y de la «Royal Astronomical Society».

Algo más que una discusión entre científicos debió de haber acontecido en aquella reunión para ser destacada como lo fue en el periódico. La atención de los asistentes se inclinaba más a la interpretación que a las propias observaciones realizadas por las expediciones enviadas a Sobral, en el norte de Brasil, y a la isla portuguesa del Príncipe, frente a las costas de la Guinea española, du-



El rey Alfonso XIII y Einstein (ambos en el centro) en la Academia de Ciencias (4-III-23).

rante el eclipse total del 29 de mayo de ese mismo año.

Sir Joseph John Thomson, presidente de la «Royal Society», destacó que las consecuencias de las medidas realizadas, coincidentes con las previstas por Einstein, constituyen «una de las declaraciones más importantes, si no la mayor, del pensamiento humano». Así, con esa solemnidad, se anunciaba la comprobación cualitativa y cuantitativa de la curvatura de la luz prevista en 1907.

La primera «sospecha» de la desviación de los rayos luminosos fue insinuada por Newton —¿no actúan los cuerpos a distancia sobre la luz y por su acción se encorvan los rayos?— en la primera de las cuestiones («Queries») que plantea al final de su *Óptica* en 1704. Casi un siglo después, en 1801, calcula Von Soldner el ángulo de la deflexión de la luz por la acción del sol basándose en la teoría corpuscular de Newton. Sin conocer estos datos, encuentra Einstein en 1911 un valor coincidente y en 1915 anuncia que el resultado que considera correcto para la medida de la desviación producida por el sol en la trayectoria de la luz rasante de una estrella durante un eclipse total es el doble del primeramente hallado.

La polémica teoría de la relatividad se confirmaba con estas medidas, que añadían un argumento más a la explicación que ese mismo año dio Einstein a la rotación secular de la órbita de Mercurio, descubierta por Le Verrier. Para Abraham Pais, la sesión que anteriormente comentamos dio lugar a la «canonización» de Einstein, y en ella nació la leyenda, el mito o, según Madariaga, «el milagro de saltar de la oscuridad del estudio al auge de la fama».

La noticia trascendió rápidamente ocupando la atención de los periódicos más importantes de Europa y América. El poder de la prensa pudo ser una condición necesaria pero no suficiente para que la fama cantase con voz pregonera el nombre del «súbitamente famoso doctor Einstein», como le denominó el *New York Times*. «La esencia de la posición única de Einstein va más hondo y tiene que ver —dice Abraham Pais— con las estrellas y con el lenguaje. Aparece un nuevo hombre... (que) trae el mensaje de un nuevo orden en el universo. Es el nuevo Moisés que baja de la montaña para traer la Ley y un nuevo Josué que controla el movimiento de los

cuerpos celestes. Habla en lenguas extrañas, pero los hombres sabios aseguran que las estrellas atestiguan su veracidad. En todas las épocas, niños y adultos han mirado con igual asombro a las estrellas y la luz.» Su discípulo y amigo presenta como un patriarca a quien Ortega llamó nuevo mago, confidente de las estrellas.

Pero al mismo tiempo fue piedra de escándalo. Junto al científico apareció el pacifista, el antimilitarista y el simpatizante con el sionismo, sin pertenecer a ninguna asociación ligada con él. Acompañó a Weizmann en una visita a los Estados Unidos en 1921 para recaudar fondos para la Universidad Hebrea de Jerusalén. Fue recibido por el presidente Harding. Visitó la Universidad de Columbia, en donde recibió la medalla Barnard, Chicago, Boston y Princeton.

Aceptó la invitación del Collège de France para dar unas conferencias a finales de marzo y principios de abril de 1922 en París. Allí tuvo lugar la «conversión» de Painlevé a la relatividad, en la que intervino Langevin. Sus conversaciones con físicos, matemáticos y filósofos contribuyeron a suavizar las relaciones tensas entre Francia y Alemania, aunque su viaje fue criticado por los grupos extremadamente nacionalistas de ambos países.

Ese mismo año, afectado por las luchas y la violencia en Berlín, aceptó con entusiasmo —según dijo entonces— la oportunidad de una larga ausencia de Alemania alejándose así del peligro. El 8 de octubre partió con Elsa, su segunda esposa, en dirección a Japón. Durante el viaje conoció la concesión del premio Nobel correspondiente a 1921 «por sus servicios a la física teórica y especialmente por su descubrimiento del efecto fotoeléctrico».

Visita Japón durante seis semanas. La llegada a Tokio revistió un carácter multitudinario, según el informe del embajador alemán, circunstancia que se repite en las restantes ciudades que visitó.

Llega a Palestina el 2 de febrero de 1923 para una visita de diez días, durante la cual es nombrado primer ciudadano de Tel-Aviv, dando la lección inaugural de la Universidad Hebrea. De aquí parte para España, llegando a Barcelona el 22 de febrero.

El clima político durante los años anteriores adolecía de inestabilidad. Huelgas, atentados, enfrentamientos en Barcelona entre pistoleros sindicalistas, disolución de las Cor-

tes, asesinato del presidente del Gobierno, desastre de Annual en la guerra de Marruecos, casi un millar de huelgas que afectaron durante el año 1920 a un cuarto de millón de trabajadores, podría ser el pasivo de una situación que concluiría en septiembre de 1923 con el golpe militar de Primo de Rivera.

En el activo habría que cargar un cierto avance tecnológico, el intento de una modernización de medios y vías de comunicación, el comienzo de la renovación de las facultades de ciencias y de las escuelas de ingeniería y, sobre todo, en lo que al desarrollo científico se refiere, la creación de una base de apoyo para la ciencia pura y de un clima adecuado para su valoración gracias a la contribución de ciertas entidades nacidas a principio de siglo. Así fue posible revitalizar la matemática y renovar la física.

La España de 1923

La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas fue creada en 1907 como una institución autónoma regida por un consejo de 21 miembros que presidía Ramón y Cajal. En 1910, y dependiendo de ella, se fundaron el Centro de Estudios Históricos, el Instituto de Ciencias Físico-Naturales y el Laboratorio de Investigaciones Físicas. Unos años más tarde, en 1915, se creó el Seminario y Laboratorio Matemático a instancias de Rey Pastor, quien algo después, en 1919, fundó la *Revista Matemática Hispano-Americana*, en la que se publicó lo más importante que se produjo durante el primer tercio del siglo actual.

La Sociedad Española de Física y Química, fundada en 1903, publicó en sus *Anales* los primeros trabajos de investigación sobre estas ciencias, y la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias celebró congresos, tanto en España como en Portugal, en los que se debatieron los temas científicos que más preocupaban en el momento.

No sólo en el primer tercio del siglo, sino desde su fundación en 1847, jugó la Real Academia de Ciencias un papel destacado en el desarrollo de la ciencia. A través de sus publicaciones se puede seguir la evolución del pensamiento científico en España y, en particular, su participación en la relatividad, tema que ahora consideramos.

Algo análogo puede decirse de la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona y de la de Ciencias de Zaragoza.

Si a las revistas antes mencionadas —*Anales de Física y Química*, *Revista Matemática Hispano-Americana*— añadimos *Ibérica*, revista del Observatorio del Ebro, y los boletines de los observatorios de Madrid y Fabra de Barcelona, quedan reseñadas las publicaciones científicas más importantes relacionadas con la matemática y la física.

Finalmente, una breve alusión a la Residencia de Estudiantes creada por la Junta para Ampliación de Estudios en 1910 y a su contribución a la cultura mediante publicaciones y conferencias. En ella dio Einstein el 9 de marzo una charla con la traducción, digamos simultánea, de Ortega y Gasset, que le había presentado como «una de las más gloriosas fisonomías de la historia humana».

La relatividad en España

Comenzó a hablarse de relatividad cuando Einstein, fuera de nuestras fronteras, era apreciado, conocido y también discutido, aun antes de haber alcanzado la categoría mítica posterior.

Es muy posible que Terradas hubiese leído el artículo original sobre la relatividad



Viene de la página anterior



a raíz de su publicación en 1905 en los *Annalen der Physik* por estar suscrito a esta revista. En cualquier caso, tanto él como Cabrera se refirieron a ella en la reunión de la Asociación para el Progreso de las Ciencias que, en 1908, tuvo lugar en Zaragoza. Volvieron a coincidir en 1912 escribiendo sobre el tema, uno en Barcelona y el otro en Madrid. También en 1921 figuran los dos, Terradas en la Universidad catalana y Cabrera en la madrileña, impartiendo cursos que en forma de apuntes recogió el P. Enrique de Rafael y publicó en *Ibérica*. En esta revista es posible encontrar muchas referencias a la teoría de la relatividad en artículos, resúmenes de conferencias y crítica de libros.

Según Tomás Rodríguez Bachiller, Plans era la única persona en Madrid que en la década de los veinte era capaz de enseñar la relatividad a un nivel avanzado. Interesa por eso conocer su opinión, que expresa en el discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias un año después de la visita de Einstein. «Puede afirmarse —dice— que los sucesivos adelantos de la obra de Einstein y sus colaboradores han llegado a nosotros sin retardo. Los profesores Terradas y Cabrera... así como Rey Pastor..., Carrasco..., el P. Enrique de Rafael..., el P. Pérez del Pulgar y el ingeniero Burgaleta..., Puig-Adam con su tesis doctoral y físicos y matemáticos como Palacios, Herrera, Lorente de Nó y otros muchos... sostienen muy honrosamente nuestro pabellón científico.» Antes había dedicado grandes alabanzas a Fernando Peña por su aportación original, en la que pudo apreciar «la dicha que se experimenta al verse superado por los discípulos».

La comunidad científica española había empezado a acostumbrarse al encuentro con profesores e investigadores extranjeros bien por la venida de éstos, bien por el envío de estudiosos españoles a otros países.

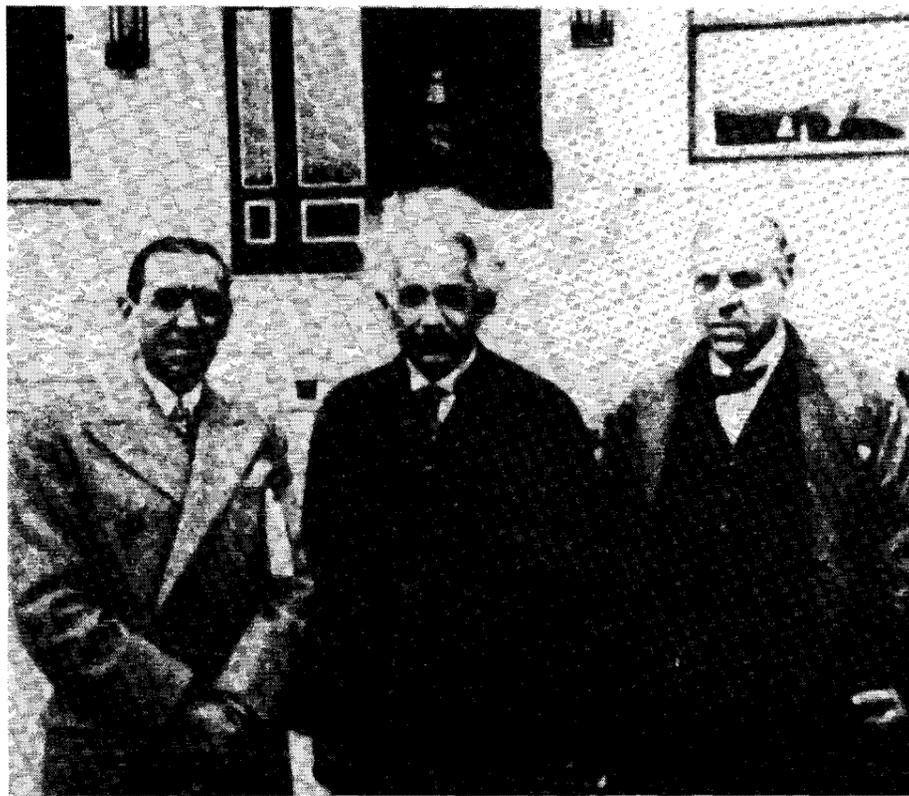
Levi-Civita, con quien se habían formado varios jóvenes matemáticos enviados por Rey Pastor, desarrolló en 1921 un curso sobre mecánica clásica y relativista en Barcelona y Madrid. Al año siguiente fue Weyl quien dio unas conferencias que publicó más tarde como un análisis matemático del problema del espacio, dedicándolo a Terradas. Sirvan estos dos ejemplos, y la referencia a la ampliación de estudios de los más notorios físicos y matemáticos de la época en universidades extranjeras, como datos indicativos del clima científico en el que se desarrolló la visita de Einstein.

Einstein en España

El 22 de febrero de 1923 llegó a Barcelona; de allí salió para Madrid el 1 de marzo, donde permaneció hasta el día 12. El mismo día llegó a Zaragoza, de la cual partió el 14 hacia Barcelona, ya de vuelta a Alemania.

Durante las tres semanas de su estancia en España el éxito acompañó sus pasos, despertó entusiasmo y ocupó la atención de los medios científicos y de los no científicos. Para escuchar sus lecciones se llenaron las aulas con gentes variadas, desde físicos y matemáticos, hasta muchos otros que dudosamente podían entenderlas. «Auditorio atento que seguramente no comprendió nada debido a la dificultad de los problemas tratados», se lee en su diario al referirse a la tercera conferencia en la Universidad de Madrid.

Cuando estuvo en Zaragoza dedicó Carlos Sánchez Peguero un comentario a su breve estancia. «Casi nadie entiende sus famosas teorías —escribe en *El Noticiero*—, pero todos hablan de relatividad y del físico artista... la prensa llena columnas y columnas... los dibujantes y escritores festivos derrochan donaire y buen humor...» No se cometería grave error extrapolando estas palabras a otros lugares en aquella época y por el mismo motivo.



Ramón Pérez de Ayala, Einstein y A. S. Yahuda.

Aun cuando las estancias en las tres ciudades visitadas tuvieron características propias, pueden encontrarse aspectos comunes. La relatividad especial, la general y las consecuencias filosóficas fueron los temas desarrollados en academias, facultades de ciencias o en centros científicos o culturales.

Al margen de las conferencias públicas y del bombo y platillo de las reseñas, dedicó también su atención a los cultivadores de la ciencia. En una reunión en la Sociedad Matemática tuvo ocasión de responder a las preguntas que sobre la relatividad le plantearon físicos y matemáticos. Visitó el Laboratorio de Investigaciones Físicas, donde Cabrera y sus colaboradores realizaban sus primeros trabajos. En la Residencia de Estudiantes expusieron él y Ortega, ante un público reducido, sus puntos de vista sobre la relatividad en el contexto de la historia de la ciencia. Finalmente, en Zaragoza, visitó el laboratorio de Antonio de Gregorio Rocasolano, en el que éste trabajaba en la cinética de los coloides aplicando la teoría einsteiniana del movimiento browniano.

Una visita tuvo un hondo significado, la que le llevó a la casa de Cajal, «wunderbarer alter Kopf, seriamente enfermo», como consigna en su diario, rindiendo, en su persona, un homenaje a los científicos españoles.

En todas las ciudades recibió honores, desde miembro correspondiente de las academias o doctor «honoris causa» por la Universidad de Madrid, hasta socio de honor de una asociación de estudiantes. Debe destacarse su recepción en la Real Academia de Ciencias, en un acto que presidió el Rey, quien personalmente le entregó el diploma de académico correspondiente.

Otro honor no plasmado en diploma ni encuadrado en un acto público fue —leemos en su diario— «la audiencia con el Rey y la Reina madre. En ella reveló esta última su conocimiento de la ciencia. Se ve que nadie le cuenta lo que él piensa. El Rey, sencillo y digno, me produjo admiración».

A pesar de su rotunda afirmación «me molesta la vida social», que dijo a Révész durante la entrevista en el tren camino de Madrid, tuvo que asistir a banquetes y recepciones. Destaquemos sólo una de éstas, la que en su diario cita como un té en compañía de una señora aristócrata. Realmente fue una fiesta en el palacio de los marqueses de Villavieja que reunió, según Salaverría, sólo a

nobles de sangre y de inteligencia; fue el encuentro de las dos aristocracias, mejor dicho, de aquellos grupos de ellas que tenían en común una relación próxima o lejana con la Junta para Ampliación de Estudios o con la Institución Libre de Enseñanza.

En las tres ciudades visitadas paseó por las calles y en las tres visitó monumentos (en Madrid, tres veces el Prado) e hizo excursiones. Su diario, conciso y tajante, se hace expresivo y se llena de palabras al referirse a Toledo. Fueron sus guías Manuel Bartolomé Cossío y José Ortega y Gasset, que relata la visita en *La Nación* de Buenos Aires poco más de un mes después. Nos dice que al ser reconocido se arremolina la muchedumbre en la plaza de Zocodover «y los mozuelos, pequeños negroides de ojos densos, juegan con Einstein». Al decirle Ortega «que era usted ya muy conocido en el siglo XIII», sonríe y exclama: «Yo no tengo sensibilidad histórica. Sólo me interesa vivamente lo actual.» Y en ese momento exclama, según Révész en la crónica de *ABC*: «¡Esto es un encanto...! ¡Estos rincones maravillosos!», mientras su esposa, en voz baja, dice al periodista: «Mírelo, está alegre como un niño. Le encanta España, la gente un poco "nonchalante"». Su entusiasmo lo refleja en su diario al resumir el final de la jornada. «Puesta de sol con resplandecientes colores a nuestro regreso. Un pequeño jardín con una vista cerca de la sinagoga. Una magnífica pintura del Greco en una pequeña iglesia (entierro de un noble), entre las cosas más profundas que vi. Un día maravilloso.»

También tuvo música en su visita: sardanas como despedida en Barcelona, velada en casa de Kochertaler, en Madrid, en donde el director del Conservatorio, Antonio Fernán-

dez Bordas, «tocó el violín espléndidamente», según nos dice en su diario. En la última etapa en Zaragoza, fue él mismo el violinista, acompañado al piano por Emil von Sauer, en casa del cónsul alemán. Tampoco faltaron las jotas, que cantaron y bailaron dos baturricas jóvenes, a una de las cuales besó en la frente y con la otra se retrató, según cuenta con entusiasmo el cronista del *Heraldo de Aragón*.

Sesgo político

En aquella España agitada del 23 era inevitable el intento de manipulación política, como diríamos hoy. Comenzó en Barcelona cuando una delegación sindicalista llevó a Einstein desde el hotel Ritz hasta la sede de la C.N.T., donde fue presentado como un luchador por la libertad, la justicia y el acuerdo entre los individuos y las naciones. Según la prensa, contestó al discurso de Pestaña diciendo que él era también revolucionario, pero en el terreno científico, palabras que reprodujo el *London Times* y que, posteriormente, desmintió en la entrevista que concedió a Révész en el tren que le llevó a Madrid. «No soy revolucionario ni en el terreno científico... No tengo fe en una sociedad socialista ni en el programa de producción de los comunistas.»

El sentimiento nacionalista, cohibido en aquella época, trató de exteriorizarse con ocasión de la visita a Barcelona. El alcalde le recibió en el Ayuntamiento saludándole con un discurso en catalán, y en el salón de actos de la Diputación, en donde dio las conferencias, se prodigaron escudos y banderas con las cuatro barras. En algún periódico se pudo leer que Barcelona, en lugar de brindarle una bienvenida fría y oficial, se había expresado con el calor de su propia lengua.

El diario de Einstein es escueto, como si quisiera evitar cualquier comentario, para dejarlo en un simple recordatorio. «22-28 febrero. Estancia en Barcelona. Mucha fatiga pero gente amable (Terradas, Campalans, Lana, la hija de Tirpitz), canciones populares, bailes, comida. ¡Ha sido agradable!»

La lectura del libro y el análisis crítico de una época, sin duda alguna importante en el desarrollo de la física y de las matemáticas en España, trae la memoria de los que han hecho posible la situación actual. Para los que nacimos en el entorno de los años veinte, más para los anteriores que para los posteriores, la relación y las andanzas científicas de los que entonces estuvieron con Einstein, muchos de los cuales fueron maestros nuestros o compañeros de claustro, constituyen un aviso de algo que pasó y sin embargo permanece. Para todos los que tengan interés en la historia de la relatividad en España, puede ser grato encontrar una extensa bibliografía que recoge las publicaciones desde su comienzo.

Finalmente, si algún lector quiere apreciar matices o juegos de palabras de las citas en español o en catalán, por otra parte muy bien traducidas al inglés por el autor, puede encontrar las originales en otro libro de Glick, *Einstein y los españoles*, editado por Alianza Editorial. □

RESUMEN

Thomas F. Glick se define como historiador social y no como físico, y como tal ha escrito en varias ocasiones sobre la estancia en España de Albert Einstein. En este libro, que comenta Armando Durán, se interesa Glick no

sólo por el eco que despertó la visita en 1923 del físico alemán en medios científicos e intelectuales de la época, sino además por el estado en que estaba en aquellos momentos la ciencia española.

Thomas F. Glick

Einstein in Spain: Relativity and the Recovery of Science

Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1988. 391 páginas. 42 dólares.

La ciencia desmitificada

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Nucleares. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Por razones que corresponde investigar a los sociólogos, nadie pone hoy en duda lo que se presenta como resultado de un estudio científico. Dudar de tales resultados parece ser prueba suficiente para calificar de oscurantista o retrógrado a quien de tal modo se atreve a cuestionar lo indubitable. Ciertamente no es la Ciencia, con mayúscula, el único tabú de nuestro tiempo. Mal lo pasará también quien se atreva a mencionar los defectos de la democracia aunque reconozca que los demás regímenes políticos son peores. También se arriesga quien aventure que unas razas humanas están mejor dotadas que otras para ciertas actividades, sin que le salve del oprobio la observación de que los negros tienen mejor sentido del ritmo que los blancos.

Todo esto viene a cuento de un libro de ensayos, publicado por una prestigiosa editorial universitaria, en el que un físico de oficio se permite cuestionar algunas modas y ficciones de las investigaciones que realizan algunos físicos en nuestros días. Entre los varios temas que trata el libro hay tres que me sugieren algunos comentarios. Quede claro, sin embargo, que las ideas que siguen no coinciden necesariamente con las del autor del libro que me ha movido a las reflexiones que expongo a continuación.

Las conjeturas plausibles

Una ciencia muy en boga actualmente es la cosmología; su objeto es descubrir el origen y la evolución del Universo. Los diversos modelos cosmológicos son variantes o generalizaciones de la teoría general de la relatividad de Einstein porque se admite que es el mejor esquema para tratar un sistema dominado por la gravitación. Entre todos los modelos propuestos, el más popular es el modelo estándar, según el cual el Universo se originó con una gran explosión (el famoso «Big Bang») hace unos 15.000 millones de años; este modelo tiene a su favor el hecho de explicar la radiación de cuerpo negro de 3 K de temperatura que hoy se observa en todas direcciones y la abundancia estimada del helio en relación con el deuterio.

¿Significa esto que el modelo sea cierto? Evidentemente no, por dos razones. En primer lugar se pueden imaginar otros modelos que den cuenta de tan pocos datos de experiencia. Además es verosímil que se descubran en el futuro nuevos hechos que no tengan cabida en el modelo que hoy está de moda. No sería la primera vez que esto ocurre; recordemos la famosa teoría de Laplace sobre el origen del sistema solar, que tanto impresionó a Napoleón y que hoy es insostenible.



ANGELES MALDONADO

A pesar de cuanto antecede, el público muestra sorprendente credulidad cuando los cosmólogos cuentan lo que sucedió durante la primera millonésima de segundo del Universo.

He de confesar que tengo poco respeto por todas estas teorías que considero efímeras y que son más divertimentos matemáticos que otra cosa. Pero no deja de ser curioso que sabios reconocidos afirmen, sin rubor, que pronto descubrirán una fórmula de la cual se deducirán todas las propiedades del Universo. Es que hay «sabios» que todavía no han descubierto que la naturaleza es más rica que los esquemas conceptuales que inventamos para describirla.

El fondo de la cuestión es que la evolución del Universo, como la evolución biológica, son hechos irrepetibles y las teorías que a ellos se refieren incontestables, por lo que nunca podrán pasar de conjeturas plausibles.

Otra disciplina que goza de gran popularidad es la climatología; todo el mundo cree que el clima está cambiando o puede cambiar debido a acontecimientos que podemos controlar. Tal vez la primera visión de un cambio drástico de clima fue la anticipación del llamado «invierno nuclear», que se produciría en caso de una guerra total entre las dos superpotencias. Algunos científicos anticiparon

que, en caso de tal guerra, el humo de los incendios masivos impediría la llegada de la radiación solar a la superficie terrestre, lo cual originaría un descenso notable de la temperatura con el consiguiente cambio climático.

Lo que el público no sabe es que las primeras predicciones de tal catástrofe se basaban en un modelo de atmósfera unidimensional, es decir en la hipótesis de que los vientos no existen. Después se construyeron modelos menos simples pero siempre alejados de la realidad.

Ahora una guerra atómica parece descartada, pero los climatólogos nos anuncian nuevos males: el agujero de ozono en la Antártida y el efecto de invernadero por el anhídrido carbónico que se produce en la combustión. Todas las predicciones se basan en cálculos por ordenador, que se suponen infalibles.

Y aquí está la gran falacia que se podría llamar la idolatría del ordenador. Tal máquina tiene el mérito de hacer muy deprisa lo que los humanos hacemos más despacio, y eso es todo. Dicho de otra manera, si un hombre puede hacer un cálculo estúpido en un día, el ordenador es capaz de realizar un millón de cálculos, igualmente estúpidos, en pocos segundos. Pero los resultados dependen de los datos. Y los datos son absolutamente inciertos. Si con todos los observatorios meteorológicos del mundo y los más potentes ordenadores no se puede predecir si lloverá la semana siguiente, ¿puede tomarse en serio lo que nos dicen de la temperatura de la Tierra el año 2030?

Todo esto no significa que no deba preocuparnos la agresión contra la naturaleza que estamos viviendo. Pudiera incluso suceder que dentro de cincuenta años las consecuencias de nuestros abusos sean peores de las que nos auguran los climatólogos. Por eso toda medida conservacionista es poca. Pero me parece más razonable guiarse por la prudencia que por la pseudociencia.

En alguna ocasión he llamado ciencia agradecida a la que se ocupa de estas predicciones que sólo se podrán comprobar cuando el sabio esté muerto.

La historia mitificada

La última ficción que querría mencionar ahora se refiere a la historia de la ciencia. Resulta que muy frecuentemente se nos ofrece una visión de los descubrimientos científicos y de sus autores que resultan falsos si se leen las memorias originales o los documentos de la época.

En el libro que me ha sugerido este comentario se presenta un curioso ejemplo: la versión romántica de la muerte del gran matemático francés Evariste Galois es falsa según las investigaciones históricas del autor. La historia tradicional ha sido novelada. En otros casos es la ideología fuente de mitificaciones de las verdaderas ideas de un científico ya desaparecido. También por razón ideológica se ocultan los méritos de sabios de indudable talento. Un caso que me viene a la memoria es el de Philipp Lenard, gran experimentador alemán a quien nadie cita ahora porque fue nazi. Por último, conviene recordar que los países poderosos también son causa de falseamientos históricos porque sus publicaciones tienen máxima difusión; debido a ello se ensalzan las glorias locales con desmesura. □

RESUMEN

Considerada la Ciencia como un tabú de nuestro tiempo, un físico de oficio se ha atrevido a cuestionar algunas de las cosas que hacen los científicos hoy en día. El libro en que aparecen estos reparos es el que ha escogido Carlos Sánchez del

Río para su comentario, y en el que, a su vez, éste muestra sus propios reparos respecto a ciertas tesis de la obra. Para ilustrar su trabajo se ocupa de tres de los temas tratados: la cosmología, la climatología y la historia de la ciencia.

Tony Rothman

Science à la mode. Physical Fashions and Fictions

Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1989. 207 páginas. 19.95 dólares.

En el próximo número

Artículos de J. Vaquero Turcios, J. Villa Rojo, Pedro Martínez Montávez, F. Lázaro Carreter, José Luis L. Aranguren, Juan Velarde Fuertes y Ramón Pascual.

Dentro y fuera de las cúpulas

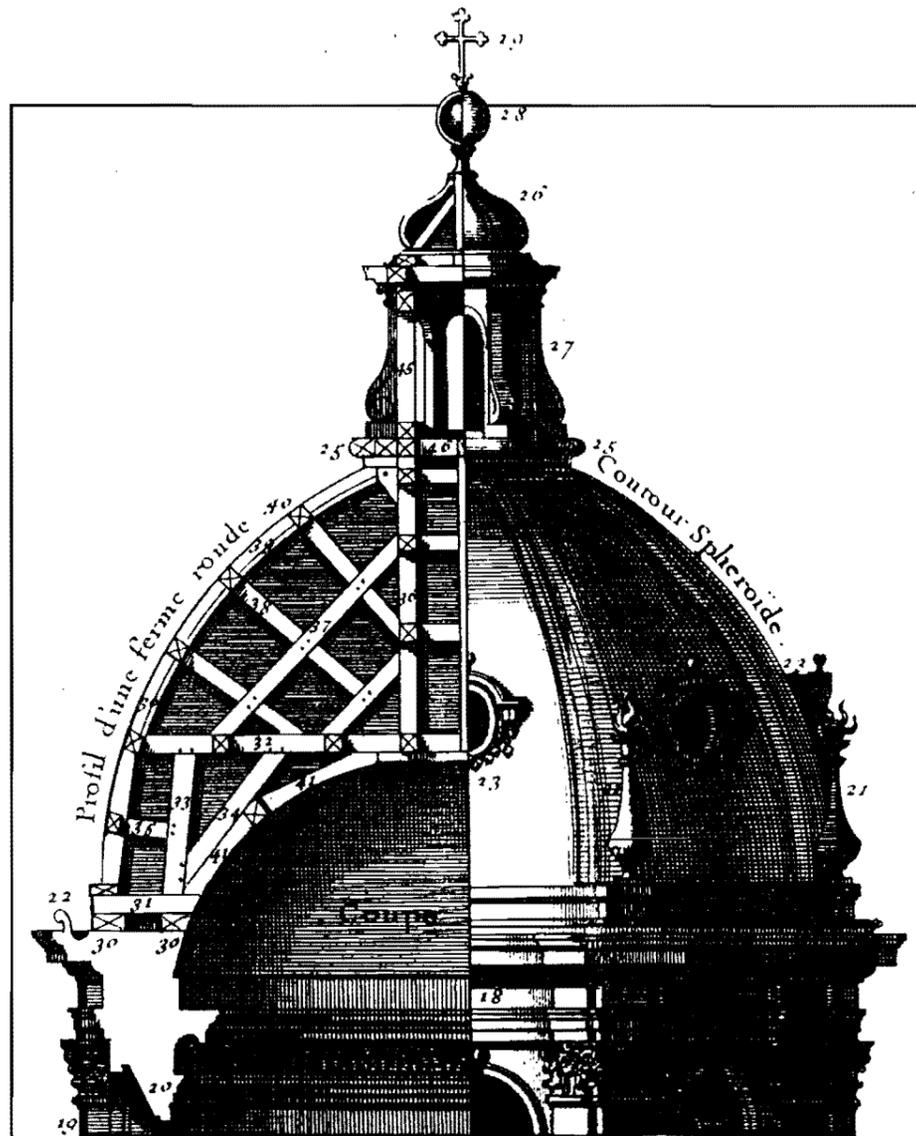
Por Joaquín Vaquero Turcios

Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933) es pintor y escultor. Ha desarrollado una amplia actividad en el campo de la pintura mural y la escultura integrada en la arquitectura.

La extensa producción editorial de temas artísticos, en la que dominan los títulos sobre pintores y pintura, está dando cada vez más atención a la arquitectura. Necesaria tarea, y compleja, ya que si la pintura es difícil de reproducir, la arquitectura lo es en mucho mayor grado. Por ello, no es fácil encontrar en este terreno libros perfectos, pero sí muchos que aun teniendo alguna faceta por pulir, resultan válidos e interesantes. Un buen ejemplo es *Coupoles*, obra de la que son autores Michel Saudan y Sylvie Saudan-Skira, que sigue a otro libro también suyo titulado *Colonnes*, de análoga orientación y de la misma, magnífica, calidad editorial.

Consiste el volumen en una especie de catálogo de arcos, bóvedas y cúpulas, realizado con ayuda de unas excelentes fotografías y de unos breves textos de los autores, acompañados de fragmentos de Zevi, de Tafuri, de Butor, Stierlin, Duby, Yourcenar, etc. A ello se han agregado unas largas listas de etimologías y acepciones que relacionan los términos cúpula, bóveda y arco con todas las disciplinas imaginables, desde la Planetología a la Gerontología, pasando por los sentidos metafóricos o poéticos. Más elencos enumeran todas las variedades formales y las funciones que pueden asumir cada uno de los tres temas en la arquitectura. Unos pocos dibujos y grabados tomados de otras obras con acierto, nos hacen añorar un tratamiento gráfico más completo, aunque fuese en perjuicio de la abundancia de ilustraciones verbales. Con todo, la acumulación de imágenes y datos sobre un tema puntual determinado es siempre de un grandísimo interés, y deja al lector-espectador en estado de atención receptiva, revueltas en su interior meditaciones e inquietudes dormidas (¿quién podrá olvidar aquel librito de Munari que se llamaba *Il Quadrato*, que en tan poco papel ofrecía tantas enseñanzas y sugerencias?).

Paseando la mirada por las fotografías de Saudan, nos salen al paso preguntas, recuerdos y deseos de continuar viendo. Sólo por ello, el libro habría ya cumplido su cometido.



Un ejemplo de cúpula.

¿Cómo vemos una cúpula?

Este elemento arquitectónico singular, además de una gran fuerza plástica, posee una significación acentuada en el edificio mismo y en el paisaje. En el templo o en la arquitectura civil «sacralizada», la cúpula es la coronación de su volumen y el atributo de su importancia. Muchas ciudades se prestigian y se definen con su presencia. Ni las torres ni los edificios más altos poseen su autoridad y su reposo, que crean un centro jerárquico indiscutible, un punto de irradiación que parece extenderse en círculos

concéntricos sobre la masa urbana indiferenciada.

Una parte de su prestigio formal puede deberse a viejas resonancias. La cúpula, la pirámide, son encarnaciones de la montaña como símbolo. La tierra se eleva allí con esfuerzo hacia el cielo. El edificio lo hace también, a su imagen, creando un punto privilegiado de comunicación entre nuestra tierra y las alturas. Por ello, esa elevación se convierte en «onfalos», en ombligo de la tierra, contacto vertical, eje de los cielos. Sobre la punta que remata los «stupas» —cuyo papel toman las linternas de las cúpulas— se apoya y gira simbólicamente la bóveda celeste.

El «árbol de la vida» responde al mismo esquema. La cúpula sería la gran copa del árbol y el giro del cielo tendría por eje su tronco.

Hay otras asociaciones antropomorfas. Una, la cúpula como seno (templos maternos como la basílica de San Antonio de Padua; ciudades-madre como Roma). Otra, la cúpula como cabeza, que da al edificio una presencia pensante, lo convierte en «edificio inteligente», en centro de actividad mental y de visión simbólica. (Algunos «stupas» —recuerdo en especial la mirada de la del templo

de Bodh Nath en Katmandú— tienen enormes ojos tallados y pintados bajo la semiesfera craneal, y su equivalente son los óculos o ventanas que se abren en los tambores, bajo el casco o tiara, mirando en todas las direcciones. A través de sus cúpulas, Dios y el Estado nos vigilan y piensan en nosotros...)

Por su posición más usual, sobre el crucero, no es fácil disfrutar desde cerca de la visión de la cúpula entera en conjunto con el templo, salvo excepciones como la de Santa Agnese de Borromini, que se asoma para mirar lo que pasa en Piazza Navona, o las de los edificios de planta central, como la Consolazione de Todi, con silueta antropomorfa: cúpula-cabeza, hombros y torso, donde la primera ejerce intensamente su poder hipnótico o, en fin, cuando hay grandes espacios alrededor como, por ejemplo, en San Marcos de Venecia. Entonces podemos verla en relación con el volumen del templo sobre el que se apoya e imaginar su espacio interior. Nadie supone, al mirarla, que una cúpula sea maciza como un «stupa», ni la imagina dividida en pisos. Damos por hecho que está hueca como lo está un sombrero, y podemos ver en nuestra imaginación, desde la Piazzetta, cuál será el espacio interior de los grandes globos de San Marcos, recubiertos de plomo, bajo las linternas y las cruces con frutos de oro. Incluso imaginamos cómo será la iluminación interior de esas y otras cúpulas, puesto que los huecos que se abren en su tambor, en su casquete o en la linterna, parecen autorizarnos, de la misma manera que las puertas y las ventanas de la fachada nos sugieren la luz interior.

Una cúpula es una forma que obedece al mismo tiempo a dos funciones simbólicas distintas y contradictorias. El medio globo que se infla más allá de lo necesario para cubrir el tambor cuyos huecos iluminan la nave, lo hace a la vez como símbolo convexo y cóncavo, y esa dualidad, también estructural, la convierte en ambigua y misteriosa. Así, quien entre en San Marcos y eleve la vista hacia los maravillosos mosaicos de oro en busca del espacio interior de las cúpulas, no las reconocerá, ni encontrará en la de San Pedro de Roma el bello punteado de luz que las filas de aberturas sugieren desde el exterior. La existencia frecuente de dos casquetes de sección muy distinta escamotea las diferencias, a veces tan grandes que desde dentro preferimos olvidar el exterior, sin poder evitar una cierta sensación de fraude espacial, como la del doble fondo de una maleta.

Si desde fuera la cúpula es árbol, cabeza, montaña, desde dentro es cielo, un eco de la gran cúpula celeste. Techos, bóvedas y cúpulas se han convertido siempre en firmamentos (el inolvidable delirio de estrellas del mausoleo de Gala Placidia o la esfera perforada del cenotafio de Newton).

Dentro de ese gran cráneo donde apenas somos una idea fugaz, en el Pantheon de Agripa —la cúpula por excelencia— el sentimiento de orden universal vivido desde el

Artículos de

En este número			
Joaquín Vaquero Turcios	1-2	José Luis L. Aranguren	8-9
Jesús Villa Rojo	3	Juan Velarde Fuertes	10-11
Pedro Martínez Montávez	4-5	Ramón Pascual	12
Fernando Lázaro Carreter	6-7		

SUMARIO en página 2





Dentro y fuera de las cúpulas

interior de un cuerpo celeste que recorre su órbita es de una intensidad casi inaguantable. Pero no hacen falta dimensiones tan grandes para emociones parecidas. Las pequeñas cúpulas románicas, desnudas y cerradas, transmiten también un intenso misterio y una gran paz. Podrían continuarse los ejemplos, pero queremos acercarnos ya a un aspecto que ahonda en la ambigüedad de la que venimos hablando. Es el fenómeno de las cúpulas renacentistas y barrocas pintadas con intención ilusionista, con ánimo de alterar convincentemente su verdadera apariencia espacial.

Esa costumbre, casi un vicio compulsivo, comenzó con el agujero que a Mantegna se le ocurrió abrir en el centro de la falsa cúpula de la Camera Sposi. Aquel inocente redondel, de menos de tres metros de diámetro, por el que se ve el cielo, nubes, angelitos, cabezas sonrientes, un pavo real y un tiesto de madera con un pequeño naranjo, iba a provocar la demolición óptica masiva de miles y miles de metros cuadrados de bóvedas y cúpulas

de iglesias y palacios en los siglos siguientes, y la construcción, en su lugar, de artilugios arquitectónicos y meteorológicos de mucha mayor complicación y tamaño aparente. Pocos decenios después de que se pintase el agujero de Mantua, ya había construido Corregio en la cúpula de la catedral de Parma el prototipo de la Gloria: un embudo de «cumulus» con luz en lo alto poblado de inquietas figuras sedentes y voladoras que dejan ver sus piernas «pendulares» en escorzo de abajo arriba. Ese invento de 1530, precozmente dieciochesco, será el guión de cientos de versiones parecidas. Sólo en Parma y en un siglo, el mismo Allegri, Tinti, Gatti «il Sojaro» y Pier Antonio Bernabei, pintarán otras cuatro importantes glorias en cúpulas amuebladas con nubes.

Muchos inconvenientes

Con independencia de la calidad pictórica de cada caso, la cúpula como soporte de ese esquema tenía muchos inconvenientes. El pintor debía acomodar una multitud de personajes en una serie de anillos de nubes superpuestos de diámetro muy parecido. Las figuras debían verse más o menos completas, lo que era muy difícil con una perspectiva violenta de abajo arriba, y llegados a lo más alto la linterna impedía ocupar la clave de la cúpula a las figuras que presidían, que se veían obligadas a quedar un escalón más abajo y descentradas. Por su parte, el espectador difícilmente puede sentirse arrebatado por una visión que se desarrolla en una especie de chimenea bastante oscura y que se ve muy alta, por encima de las bóvedas de las naves y más allá del tambor que nos deslumbra con su anillo de luz.

Otro tipo de espacio imaginario pintado, invasor de cúpulas, es el arquitectónico, que crea una nueva definición de su forma no adherida a la piel de la real, sino más alta, más rica y decorada, en cuyo nuevo ámbito pueden aparecer figuras de santos o de ángeles. Melozzo da Forlì fue posiblemente el primero que lo hizo así en la sólida cúpula irreal de la sacristía de San Marcos de Loreto. Como ella se pintaron muchas más, cúpula sobre cú-

pula, hinchando los casquetes reales y revisitiéndolos de casetones fingidos, de falsos mármoles y oros.

Se pintaron también cúpulas fantasmas allí donde no había ninguna real, como la de San Ignacio de Roma. La falta de fondos y la oposición de los vecinos dominicos por temor a la sombra que proyectaría sobre su biblioteca, obligaron a los jesuitas a prescindir de una gran cúpula que hubiese debido rematar la iglesia que estaban construyendo. Cubierto con un techo plano, el espacio de la bóveda donde había de arrancar el tambor para hacer levitar la alta concavidad sobre el crucero, permanecía desnudo. Se llamó al famoso Andra Pozzo, lego jesuita, pintor y casi cosmonauta, especialista en fiestas sagradas vertiginosas «dal sotto in sù». Pintó la admirable apoteosis de San Ignacio en la bóveda y, a continuación, el espectro de una cúpula, que trazó en el suelo sobre tela y luego pegó sobre el lugar en el que debía haberse construido la verdadera. La idea, peregrina, exige, para proporcionar alguna apariencia de realidad, que el espectador se sitúe precisamente en un punto determinado de la nave, bajo la pintura de la apoteosis. Alejándose de allí, la perspectiva falla, toda la cúpula vacila y se descuelga sin remedio como un globo deshinchado, con un horrible chirrido visual. Pero el punto fijo desde donde ha de mirarse está precisamente en la vertical del brillante espejo con el «IHS» que un ángel, que nos mira, sostiene de tal modo que pueda reflejarnos la luz de Dios. Perspectiva teológica, cúpula mística y metafísica, pues, sin volumen real ni exterior ni interior, que fue repetida muchas veces.

El juego de los espacios irreales se complicó todavía más, y las cúpulas pintadas sobre cúpulas empezaron a abrirse imaginariamente a otras cúpulas imaginarias situadas más atrás. Quizá empezaran a sugerirlo Juvara y otros, pero el caso es que fueron los Bibbiena, Antonio y Fernando, en la Asunción de Sabbionetta y en San Antonio Abad de Parma, respectivamente, quienes llevaron la idea a sus últimas consecuencias, perforando realmente el casquete interior de las cúpulas y pintando un cielo sobre la cara interna del casquete exterior, que quedaba muy iluminado por huecos abiertos a la luz del día, no visibles desde dentro, con una luz reflejada y cambiante al paso de las horas. El efecto es de un realismo sorprendente, con momentos de intensa emoción, especialmente en los planos de cielo sin figuras que se ven a través de las arquitecturas caladas, a contraluz. Un truco escenográfico verdaderamente genial, que muestra una vez más la ambigüedad de la cúpula: el cielo de dentro es el verdadero cielo, más dulce, entonado y suavemente cambiante que el real.

Juegos borgianos de cúpulas que se abren unas a otras sin cesar, como la inolvidable de Gian Domenico Rossi en la Misericordia de Saluzzo, transparente y complicada como una medusa gigante, o cúpulas de cal y canto desmoronándose sobre nosotros, como la que pintó Marchini en Wiesenteid, son sólo algunas muestras del inabarcable catálogo de cúpulas pintadas, llevadas por el ilusionismo barroco a formas de inquietante belleza y perversidad espacial.

Con destino a toda una posible biblioteca sobre cúpulas, hay que dar la bienvenida al libro de los Saudan. □

RESUMEN

El pintor y escultor Joaquín Vaquero Turcios comenta una obra, abundantemente ilustrada con grabados y fotografías, que quiere ser una especie de catálogo de arcos, bóvedas

y cúpulas. Centra Vaquero su artículo en las cúpulas y en algunas decoraciones pictóricas, renacentistas y barrocas, realizadas sobre ellas.

Michel Saudan y Sylvia Saudan-Skira

Coupoles

Atelier d'Édition «Le Septième Fou», Ginebra, 1989. 252 páginas.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Dentro y fuera de las cúpulas», por Joaquín Vaquero Turcios, sobre el libro <i>Coupoles</i> , de Michel Saudan y Sylvia Saudan-Skira	1-2
«Técnica y evolución instrumental», por Jesús Villa Rojo, sobre el libro <i>Les gammes du clarinetteste</i> , de Yves Didier	3
«Sobre el primer Marruecos "moderno"», por Pedro Martínez Montávez, sobre el libro <i>Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII</i> , de Ramón Lourido Díaz	4-5
«Con Francisco Ayala, tras el fénix», por Fernando Lázaro Carreter, sobre el libro <i>Las plumas del fénix</i> , de Francisco Ayala	6-7
«Entre la esperanza y la perplejidad», por José Luis L. Aranguren, sobre el libro <i>Desde la perplejidad</i> , de Javier Muguerza	8-9
«De la crisis a la apertura financiera española», por Juan Velarde Fuertes, sobre los libros <i>Estudios sobre el sistema financiero</i> , de Antonio Torrero, y <i>El sistema financiero de la economía española</i> , de autores varios	10-11
«Schrödinger, un científico heterodoxo», por Ramón Pascual, sobre el libro <i>Schrödinger. Life and Thought</i> , de Walter Moore	12

Técnica y evolución instrumental

Por Jesús Villa Rojo

Jesús Villa Rojo (Brihuega, Guadalajara, 1940) estudió clarinete, piano, violín y composición en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, donde actualmente es profesor. Es fundador de los grupos *Nuove Forme Sonore* y *The Forum Players* en Roma y del LIM (Laboratorio de Interpretación Musical), del que es director artístico en Madrid. Es autor de los libros *El clarinete y sus posibilidades*, *Juegos gráfico-musicales* y *Lectura musical I*.

La composición y la técnica instrumental de realización deben funcionar en equilibrado paralelismo; para ello el compositor, cuando no es también instrumentista, estudia las posibilidades interpretativas de sus ideas musicales y las particularidades técnicas que pueden presentar. No es concebible la composición sin prever el resultado de la realización, ya que ésta es limitada por los medios instrumentales de que dispone el intérprete. Los medios instrumentales creados con tan diversos criterios artísticos y técnicos forman un mundo tan amplio que difícilmente puede llegar a conocer el compositor en su totalidad, pero aun así, le es imprescindible conocer sus peculiaridades más características. En los ejemplos del pasado, la «idea» y los medios para su realización funcionan en este paralelismo que produce su equilibrio. La coherencia dentro de la naturalidad expresiva ha permitido que la obra musical sea expuesta sin fisuras en su contenido transmisor.

La capacidad expresiva de los instrumentos musicales exige un estudio profundo de sus posibilidades. Este estudio ha venido centrándose en el funcionamiento de la música a interpretar que, como se decía, también está sujeta a los medios instrumentales de que dispone el intérprete. Así puede entenderse que composición-interpretación están ligadas, dependiendo una cosa de la otra, por lo que la evolución, en cualquiera de los casos, se desarrolla simultáneamente. Estudiar composición obliga a estudiar interpretación, o los instrumentos que la hacen posible; igual que estudiar interpretación obliga a estudiar composición. Simultanear composición-interpretación ha producido los mejores logros históricos. Tomar parte en las dos funciones creativas ha sido lo habitual, aunque no siempre alcanzando los niveles de los Bach, Schumann, Paganini, Chopin, Liszt, Bartók, etc.

La práctica instrumental, en su fase inicial, está basada en el estudio de la personalidad del instrumento en cuestión, pero desde ese momento también, la mecánica producida en la realización de la producción compositiva va creando el material de base que constituye la técnica. Separado el estudio que posibilita la expresión a través del instrumento musical, después de penetrar en sus peculiaridades físicas y sonoras, la técnica se desarrolla sobre las aportaciones creativas, que a la vez están en relación con los medios interpretativos, estéticos y artísticos. Entendiéndose que el desarrollo de los procedimientos técnicos va quedando reflejado en la confección de las partituras, donde en definitiva está todo el material técnico de interpretación instrumental y del que es extraído aquello que contiene aportaciones no aplicadas en ejemplos anteriores. Estos nuevos ejemplos van constituyendo la base sobre la que siempre se irán incorporando las futuras innovaciones. Así, el concepto de técnica nunca es definitivo al estar sujeto a las aportaciones musicales e instrumentales de todo momento.

La relación estética y técnica de la música contemporánea permite hacer suposiciones sobre el pasado y considerar las limitaciones



TINO GATAGAN

que lo creativo podría haber padecido por la simplicidad de los mecanismos instrumentales. Esa simplicidad que ahora se aprecia por los perfeccionamientos actuales, en ningún caso está reflejada en el contenido de la obra, que, por el contrario, transmite espontánea naturalidad musical. Por lo que la evolución y el desarrollo se producen simultáneamente sin que pueda diferenciarse cuál de los campos lleva la iniciativa, aunque coincidiendo en cada período con medios instrumentales de realización característicos. Estos medios instrumentales forman buena parte de la fisonomía representativa de los períodos, queriendo decir que cada época ha contado con sus propios instrumentos.

El período en que vivimos es un buen exponente de los nuevos medios instrumentales en relación con la estética y la tecnología del momento. Ejemplos similares se han producido en el pasado, consiguiendo una evolución lenta desde el punto de vista actual pero constante y progresiva. Las limitaciones que los mecanismos producían en relación con el sistema tonal eran superadas con la invención de instrumentos transpositores que hacían posible todas las combinaciones armónicas del sistema. La transformación de la tonalidad, ampliando sus posibilidades expresivas, estimuló también el desarrollo de los instrumentos, que de forma poco apreciable es recogido en las partituras. Con la crisis de la tonalidad, la aparición de planteamientos atonales, dodecafonicos y seriales, puede apreciarse que la mayoría de los instrumentos tradicionales ya estaban preparados para afrontar las nuevas estéticas compositivas, o sea, el paso de los rigores del diatonismo a la liberalización del cromatismo.

La liberalización del cromatismo no solamente generó nuevos sistemas de organizar los sonidos en sentido simultáneo o armónico y en sentido sucesivo o melódico, para lo que los instrumentos ya estaban preparados; generó además una imagen inédita de la capacidad expresiva de la música, al admitir la validez de cualquier objeto sonoro, al margen de su propia calidad. Desde esta perspectiva, adquiere interés la elaboración musical de cualquier objeto sonoro (producido por instrumentos o máquinas), siendo la electrónica, en sus diversas variantes, el principal elemento enriquecedor del sonido. Su capacidad infinita como fuente de producción, unida a su también infinita capacidad de transformar la producción de otras fuentes, nos sitúa ante lo inimaginable. Los instrumentos convencionales, ante esta panorámica, son replanteados desde su capacidad técnica y expresiva

para recurrir a todas sus posibilidades generadoras de sonido. Lo que era dejar de lado los conceptos estéticos de la belleza del romanticismo para introducirnos en un campo mucho más amplio y contrastante. Entonces son aplicados los recursos que posibilitan la producción de cualquier sonido: ruidos de llaves de los instrumentos, sonidos producidos al golpear con cualquier objeto la campana de los instrumentos de metal, sonidos de aire obtenidos al soplar a través de los tubos y boquillas, formas diversas de utilizar el arco y la caja de resonancia en los instrumentos de cuerda, sonidos percutidos o frotados con cualquier objeto que pueda producirlos, etc. Además han sido recuperadas técnicas pertenecientes a otras épocas o a otras culturas que habían dejado de practicarse, como son la mezcla de la voz del instrumentista con el sonido del instrumento, la respiración circular o ininterrumpida, diversos tipos de ataques o picados y cambios en la impostación del sonido y de su calidad.

Junto a estos nuevos conceptos de valoración del sonido que han impulsado la multiplicación de las posibilidades de los instrumentos convencionales, pueden situarse como un logro enriquecedor las técnicas que permiten los «sonidos multifónicos» o sonidos simultáneos en los instrumentos monódicos o melódicos. Basados en estas técnicas, encontramos las denominaciones, según la naturaleza, de «sonidos reales», «sonido real y sonido resultante», «sonidos rotos», «sonido real y armónico», etc. Como se decía, la electrónica ofrece el nuevo mundo musical: su capacidad no es solamente la de generar sonido; al poseer fuentes inagotables, posibilita la elaboración y transformación del sonido producido por cualquier fuente generadora, permitiendo que los instrumentos convencionales sean tratados con los medios electroacústicos, siendo sobre todo a través de los ordenadores, donde el compositor tiene mayores posibi-

lidades de las que nunca había poseído: «el control de todos los parámetros en que basará su obra. Puede tener interés usarse como máquina inteligente que ayuda en la composición, como medio para crear estructuras en base a las cuales organizar una forma compositiva de alto nivel y puede producir también partituras de tipo tradicional (...). No le es necesaria la intervención de otras personas que en definitiva pueden interferir en el resultado de la obra, como sucede en lo instrumental con el intérprete (...). Con este mundo que surge ante el compositor, los parámetros están completamente abiertos y a disposición de su imaginación para que pueda crear algo nuevo, sin precedentes en la larga historia de los sonidos, permitiéndole pensar y crear no solamente su construcción y disposición, sino también la composición del sonido mismo» (SABER/Leer, n.º 27, pág. 8).

Ofrecer datos sintetizados de toda la evolución instrumental en publicaciones con fines pedagógicos es fundamental para que pueda facilitarse el conocimiento de las aportaciones que vienen produciéndose: Yves Didier, en *Les gammes du clarinetiste*, plantea una amplísima metodología para llegar a la práctica de todas las combinaciones surgidas de los sistemas armónicos de la música de nuestro siglo. Estas combinaciones surgen de la liberalización de la tonalidad, penetrando profundamente en procedimientos seriales y cromáticos para extenderse a comportamientos repetitivos, aleatorios y de improvisación. Publicaciones que ofrecen información de estas características técnicas, junto a publicaciones que se dirigen a los aspectos estéticos y creativos, permiten abordar de forma natural el sentido musical de las partituras de los compositores de todos los tiempos, ya que el mayor dominio de las posibilidades del instrumento siempre son enriquecedoras, y especialmente los del siglo XX, que apenas están presentes en los planes didácticos. □

RESUMEN

Composición e interpretación, o el estudio de los instrumentos que las hacen posible, deben funcionar, comenta Villa Rojo, en equilibrado paralelismo. Se pueden hacer suposiciones sobre el pasado y considerar las limitaciones que la creación podría haber padecido

por lo simples que eran los mecanismos instrumentales. Hoy día, la tecnología y otros adelantos consiguen instrumentos que hacen posible todas las combinaciones armónicas del sistema. La obra de Didier ofrece una amplia metodología de todas esas combinaciones.

Yves Didier

Les gammes du clarinetiste

Editions Lemoine, París, 1989. 69 páginas. 90 FF.

Sobre el primer Marruecos «moderno»

Por Pedro Martínez Montávez

Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura Arabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.

Tradicionalmente se entendía que la historia «moderna» del mundo árabe, o al menos la aparición o inicio de movimientos y tendencias de «modernización», de alcance y dimensión más o menos variables y duraderos, comenzaba en el puente de los siglos XVIII/XIX. Y para fijar un hecho concreto que valiese como destacada referencia y momento de arranque del importantísimo y no menos complejo proceso que habría de desarrollarse, se remitía a la «brillante» y singular campaña napoleónica contra Egipto, con lo cual todo el proceso quedaba además directa y esencialmente vinculado a la propia historia de Occidente y al tremendo y polifacético impacto que este mundo ejercería sobre aquél.

Desde hace relativamente algún tiempo, sin embargo, se viene insistiendo en el hecho de que, como todo proceso histórico, se trata de algo menos simplista y mecánico, bastante más entrelazado y encabalgado. Ello ha contribuido al desarrollo pertinente de los estudios e investigaciones sobre el siglo XVIII, especialmente a lo largo de su segunda mitad, y aunque éstos no sean todavía lo abundantes y detallados que deberían ser, sí han crecido en significado y entidad. Y sin sustraerse al marco de relación de ese mundo con el occidente europeo, sí han contribuido a inscribir el proceso en el que le resulta definitivamente propio y congruente: el de la lenta y contumaz descomposición del imperio otomano. Tal es el modo de reflexión y planteamiento de un estudioso tan destacado de estas cuestiones, entre otros muchos, como Albert Hourani. Al abordar en uno de sus más conocidos trabajos, hace ya casi un cuarto de siglo, este tema de los comienzos de la modernización en el Próximo Oriente —en su terminología de cuño anglosajón, «the Middle East»—, los sitúa y va disponiendo a lo largo del período que se extiende entre 1760 y 1860. El punto de arranque, pues, parece estar en los albores de la segunda mitad de ese siglo XVIII que poco a poco va recuperando y perfilando oportunamente la historiografía contemporánea. Y en línea similar se van moviendo

también no pocos tratadistas del propio mundo árabe. Por recordar al menos otro testimonio tan significativo como el de Hourani, aunque en este caso atienda más bien a la naturaleza y las dimensiones del pensamiento árabe durante esa época, y no específicamente al hecho político, traigamos a colación la opinión calificada de Niquila Ziyada, para quien «el renacimiento árabe («al-Nahda») y las nuevas tendencias no se alzaron en el vacío, puesto que los sabios del siglo XVIII—XII de la Hégira— habían llenado ya «el ambiente» con estudios, escritos e interpretaciones, de forma tal que sus sucesores se encontraron con los puntos de apoyo o de partida sobre los cuales poder construir». Manteniendo además la tesis de que las preocupaciones de aquellos hombres «surgían del interior, sin vinculación a Occidente, del que conocían poco: ante todo, que se trataba de un mundo dispuesto a saltar sobre sus países».

Facetas de una política exterior de Estado

Introduzcamos de inmediato, sin embargo, otro dato sumamente importante y revelador: de todos los países incluidos en el área árabe islámica, Marruecos fue precisamente el único que no mantuvo ningún género de dependencia política respecto del Imperio otomano, desde la inicial constitución de éste y a lo largo de toda la historia moderna y contemporánea, hasta el final del mismo; el que gozó, digamos, de su propia y particular soberanía nacional. Y en el que una idea de nación, además, se va conformando y manteniendo. Con todas las deficiencias parciales y contradicciones internas que se quiera, como exponente también del propio tejido social y cultural del país, diversificado sin duda —¿por qué no?— y carente en muchos casos de la suficiente homogeneidad política que de hecho produce el ejercicio de un poder auténtico y real, esa idea de nación está siempre presente o al menos subyaciendo, actúa a su manera. Y encuentra además en la noción y en la figura de «la corona» —empleemos una terminología más occidental— su principal elemento aglutinante potencial, su específico común denominador, también su principal soporte simbólico. Por encima de las muy diferentes peripecias coyunturales y hasta de los propios cambios dinásticos, con su secuela inevitable de conflictos internos casi crónicos. Todo esto puede sonar como algo hiperbólico o desplazado a muchos oídos españoles, pa-

recer sencillamente osado a no pocos magines que, más que pensar en «términos de Marruecos», están acostumbrados a hacerlo en «términos de morisma»; pero es la realidad que observa el historiador documentado y objetivo, aficionado además a establecer contrastes ponderados como el procedimiento más adecuado para sentar las bases pertinentes para el posible conocimiento de las sociedades y los pueblos.

Ramón Lourido Díaz es un riguroso y honesto investigador que ha dedicado a la historia de Marruecos durante la segunda mitad del siglo XVIII precisamente, casi toda su actividad profesional en ese quehacer. Es decir, a estudiar a fondo, y a reconstruir casi exhaustivamente, el sultanato de Sidi Muhammad b. 'Abd Allah (1757-1790), el monarca 'alawí que a lo largo de esa época rige el país y trata de organizarlo y «modernizarlo». En no pocos aspectos como una especie de déspota ilustrado «a lo islámico magrebí». Y Lourido lo ha hecho poniendo en práctica las herramientas y los métodos propios del historiador: la búsqueda incansable de la documentación más variada, el análisis a fondo y el aprovechamiento trabado de la misma, la interpretación más imparcial y, desde su propio punto de vista y personal capacidad, ecuánime. Y lo ha hecho además concibiendo desde el principio de su tarea un desarrollo concreto de la investigación ordenado, sistemático, dispuesto conforme a una secuencia muy precisa y trabada, programada. Todo ello queda ahora bastante claro al final de la labor. Y así, si ésta se inició con la publicación de una monografía o «ensayo historiográfico» sobre el mencionado personaje (Granada, 1967, 75 págs.) en el que se hacía la revisión crítica de la bibliografía, fuentes y documentación existentes, se continuó con el amplio volumen dedicado a la reconstrucción de la vida interna del país durante la misma época —*Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, 1978, 386 págs.— para terminar y completarse en el aún más extenso tomo que ahora comentamos. Han pasado algo más de veinte años —curiosamente, once en cada ocasión entre trabajo y trabajo publicado— y la investigación se ha cumplido puntualmente. En consecuencia, Lourido Díaz puede estar muy satisfecho de su labor. Gracias a él podemos conocer ahora con detalle y rigor a aquel personaje, aquel medio, aquella época; en algunos aspectos, casi hasta al dedillo y con evidente reiteración que puede resultar en ocasiones hasta fatigosa. Algo podrá añadirse todavía, por supuesto, y seguramente en al-

gunos puntos aclaratorio o interesante, pero resultará siempre una aportación complementaria menor si se compara con la ingente labor por Lourido realizada.

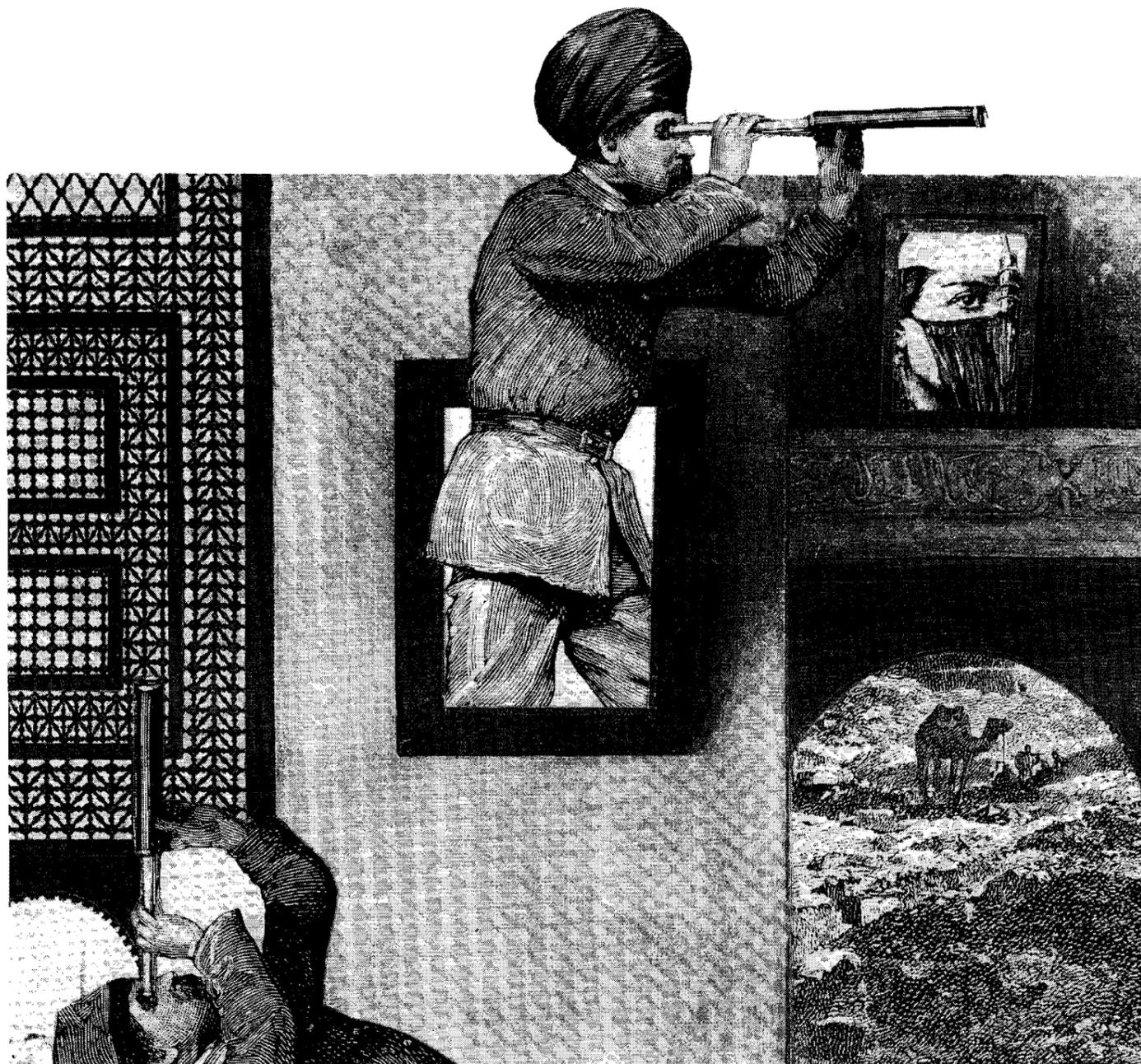
Después de las investigaciones de nuestro autor queda bien claro que Sidi Muhammad b. 'Abd Allah fue un estadista de categoría, dejando al margen el porcentaje final de éxitos o fracasos, de aciertos o desaciertos, que obtuviera a lo largo de su gestión. Justamente eso: un estadista, que concibió un proyecto para su país —pragmático, y en buena parte de sus objetivos y dimensiones seguramente posible, aunque no siempre se consiguieran—, que trató de organizarlo y dinamizarlo, de darle un nuevo sentido, de modernizarlo, en suma. A partir de su propia entidad y naturaleza. Que poseía además un conocimiento nada desdeñable de la naturaleza humana y de su tiempo, unas notables cualidades para la negociación, requisitos especialmente aconsejables y hasta exigibles para el ejercicio de la política exterior. Lourido, que trata siempre de centrar su investigación y sus reflexiones en lo que llama «la historia profunda de Marruecos», es también claro al respecto, y aunque se haga eco de las argumentaciones que podrían oponerse parcialmente a sus valoraciones y teorías, las resume y expresa con firmeza: «la verdad es que Sidi Muhammad b. 'Abd Allah arrancó su país del marasmo y aislamiento en que se encontraba, tanto en relación al mundo europeo como incluso al mundo musulmán, haciéndolo avanzar muchos enteros por medio del intercambio progresista y humano con países de culturas y civilizaciones diferentes. Fue una lástima que la empresa comenzada no tuviera continuadores inmediatos en sus sucesores».

Lourido resalta, como la cosa merece, dos de las más importantes contribuciones derivadas de la gestión del sultán, y prácticamente obra personal suya en la totalidad, para el progreso de las relaciones entre buena parte del Norte de África y diversas naciones europeas. Estas dos destacadas contribuciones son la supresión de la piratería y la abolición de la esclavitud —«si no oficial, sí real», como matiza el autor— cristiano-musulmana, práctica nefanda y cultivada con parejo entusiasmo y beneficio por unos y otros. Por lo que hace a la primera conviene precisar que el decidido empeño del sultán fue en la línea de su transformación en corso, esforzándose también por crear una marina de guerra al estilo europeo y una mercante. Aunque sus deno-



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

dados esfuerzos en este terreno resultarían finalmente baldíos, por diversos motivos, y acabarían en un fracaso casi total. Lo que seguiría acarreando cuantiosos perjuicios a su país y desequilibrando la balanza en su contra en el marco de relaciones con las naciones cristianas.

El panorama global de la política exterior realizada por el sultán 'alawí puede sorprender, por su diversificada pluralidad y su notable capacidad para el juego diplomático y el aprovechamiento a su favor de las más variadas coyunturas, a muchos, y especialmente a aquellos que suelen emplear categorías estáticas, pautas de juicio inmóviles. En este terreno interviene también, como parece obvio, el fino sentido táctico y estratégico, la astucia del estadista, que intenta diseñar y establecer todo un amplio abanico variado y alternativo de relaciones, de opciones más o menos duraderas y contrastadas, de intereses y beneficios cambiantes. No sólo con Francia, Inglaterra, España y Portugal, naciones al fin y al cabo, por diferentes causas, más «allegadas» que otras, sino también, por ejemplo, con Holanda, Suecia, Dinamarca, Austria, Estados Unidos de América, repúblicas marítimas italianas, Prusia, etc. El espectro de estas relaciones, que se proponen fundamentalmente, en líneas generales, el fomento del comercio y la garantía en el suministro del armamento necesario, resulta significativamente amplio y diversificado. Y hasta en algunas ocasiones el lector puede tener la impresión de que, al menos parcialmente, la historia se repite, de que existe como una especie de sólido tejido establecido, en circunstancias, en acontecimientos, en formas específicas de relación, que reaparece una y otra vez por encima de las diferentes circunstancias cronológicas. La «contemporaneidad» de los sucesos pretéritos puede resultarle al lector en ocasiones, como digo, sorprendente o desconcertante, aunque

también sumamente ilustrativa. Al respecto, el espectro de las relaciones con Francia o con España posee especial ejemplaridad. Y afirmar esto no supone aceptar pauta interpretativa alguna de fácil y engañoso determinismo, y sí sencillamente comprobar, contrastadamente, porciones de realidad análogas en cronologías diferentes.

Relaciones interislámicas

Dentro del panorama general expuesto por Lourido, es indudable que la parte correspondiente a las relaciones interislámicas, y concretamente con el imperio turco otomano —la «Sublime Puerta»— y las propias regencias norteafricanas de Argel, Túnez y Trípoli, tiene mucho menos desarrollo, una entidad muy menor, aunque no se deje tampoco de proporcionar algún que otro dato o noticia de interés. Pero es evidente que el autor se mueve aquí en un marco tanto histórico como historiográfico que le resulta bastante menos familiar, maneja una masa documental mucho más escasa y fragmentaria. Por todo ello, constituye la parte más susceptible de ser ampliada y completada, aparte las oportunas revisiones parciales que quepa también establecer. Tanto a base de lo ya conocido —tampoco, desde luego, abundante todavía— como de lo que la inminente labor investigadora en ese terreno pueda ir proporcionando. Y en ámbito similar de propósitos, nos atrevemos a hacer una alusión o sugerencia. Evidentemente, el carácter esencialmente expositivo, lineal y monográfico del estudio de Lourido no facilitaba —ni tenía por qué hacerlo— cualquier género de planteamiento de intención paralelística o comparatista. Pienso sin embargo que, desde esta óptica, cabría también intentar alguna aportación complementaria, ampliadora, ilus-

trativa, del gran tema en el fondo suscitado: la posible «modernización», como decía, del mundo árabe islámico a lo largo de la época precisada. Y la posibilidad de abordarlo en términos de comparación parcial con acontecimientos, iniciativas o movimientos rigurosamente coetáneos producidos en su región oriental. Porque lo cierto es que, al leer algunos párrafos del libro de Lourido, el lector un poco introducido en estas cuestiones quizá encuentre ciertos paralelismos sectoriales con acontecimientos que también recoge y estudia parte de la historiografía contemporánea interesada preferentemente en aquella otra región: el ya mencionado Hourani, Raymond, Gran, Abu Hakima, Rafeq, por ejemplo. Y voy a mencionar estrictamente dos cosas muy concretas y además, intencionadamente, de muy distinta naturaleza: una, la actuación de los cónsules occidentales; dos, la intervención de los factores y elementos endógenos en esa diversificada gama de iniciativas de posible «modernización». Insisto en que no se trata de suscitar la cuestión en términos de influencias o conexiones, sino simplemente, como decía, de posibles paralelismos concurrentes.

RESUMEN

En la actual línea historiográfica que hace arrancar la historia «moderna» del mundo árabe en el siglo XVIII, se inscribe esta obra de un arabista español, Ramón Lourido, que se ocupa de la historia de Marruecos en la segunda mitad del XVIII. Lourido lleva mu-

Tengo para mí que cualquier reflexión intelectual que desde España se haga sobre Marruecos, o viceversa, ha de tratar de ser especialmente objetiva y rigurosa, documentada; evitar al máximo el deplorable influjo de la improvisación, el tópico o la trivialidad. Hay que dejarse de banalidades e ir al meollo de las cuestiones. Hay que acostumbrarse a ir aproximándonos y hablándonos en términos, hasta psicológica e imaginariamente, que nada tengan que ver con reclamos turísticos al estilo del actual «ponga un moro en su vida», por ejemplo, o cualquier otra zarandaja de ese jaez. Y si ellos incurren en vicio similar, rechacémoslo también con la misma contundencia. Porque la cosa está bastante clara y no hay que darle más vueltas: somos desde siempre, mutuamente, protagonistas el uno para el otro. Y este mutuo protagonismo compartido no excluye ni recorta, ninguna «opción europeísta».

Relaciones con España

Gran acierto pues, en mi opinión, del libro de Lourido es resaltar como se merece la excepcional importancia que a España y lo español concedió el sultán 'alawí en el diseño de su política exterior, y con el objetivo de establecer un marco firme y asentado de relaciones fluidas y duraderas. En lo que parece coincidir con los planteamientos y objetivos de los máximos dirigentes políticos españoles de la época, con el propio monarca Carlos III a la cabeza. A mi entender, nadie puede tildar en ello al autor de servidumbre chovinista. La cuestión, desde luego, había sido ya abordada y desarrollada por algunos historiadores contemporáneos en trabajos de muy variado contenido y propósito —Rodríguez Casado, Arribas Palau, el propio Lourido, por citar a algunos de los más destacados—, pero ahora, en el libro que reseñamos, la secuencia de los hechos se puede ver más continua, puntualizada y contrastada; ese protagonismo al que nos referíamos aparece más descolante e indiscutible.

Es evidente que siempre estuvo —estará— presente el contenido de «los presidios», y que la recuperación de esos territorios constituyó en todo momento aspiración y objetivos totalmente prioritarios en la política del sultán, que soñó con la reintegración. Aunque finalmente, en el asedio de Melilla concretamente, cosechara uno de sus más estrepitosos fracasos y profundas decepciones. Pero hace falta advertir también que ello no impidió, en absoluto, el ejercicio de unas fórmulas políticas dúctiles, adaptadas a cada situación y circunstancia concreta, flexibles, permeables. Esa ductilidad y flexibilidad en el diálogo hispano-marroquí, es algo que deberíamos siempre fomentar y utilizar al máximo. Y también la renuncia definitiva al empleo de cualquier forma de lenguaje ambiguo y solapado. Desde ambas partes. Y hasta en lo político, aunque parezca sumamente difícil. Pero pienso que no hay otra salida para acabar con estériles y mutuamente dañinas confrontaciones. □

Ramón Lourido Díaz

Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII

Ministerio de Asuntos Exteriores/Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1989. 743 páginas. 3.180 pesetas.

Con Francisco Ayala, tras el fénix

Por Fernando Lázaro Carreter

Fernando Lázaro Carreter (Zaragoza, 1923) fue hasta su jubilación catedrático de Teoría Literaria en la Universidad Complutense. Es miembro de número de la Real Academia Española y preside la Fundación «Germán Sánchez Ruipérez». Entre sus libros, figuran *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, *Estilo barroco y personalidad creadora*, *Estudios de poética*, *Estudios de lingüística y, en este mismo año, De Poética y poéticas*.

Francisco Ayala ha tenido la feliz idea de reunir en un solo volumen parte de los estudios y ensayos de crítica literaria que ha publicado hasta ahora, lo cual permite la cómoda consulta de trabajos dispersos y no siempre fácilmente accesibles. Confiesa en el prólogo su principal inclinación hacia el cultivo del relato y cómo, a causa de ella, se sintió fuertemente atraído por los problemas del arte de narrar. A los cuales le impulsó o le obligó también su actividad de profesor de literatura, fecundamente ejercida en universidades americanas a raíz de su exilio.

Constituye ese prólogo una importante pieza de meditación para cuantos cultivamos la crítica. El autor ha sido testigo del desarrollo espectacular de los estudios literarios acontecido en los últimos cuarenta años (él los recuerda: «crítica según arquetipos, crítica formalista, crítica lingüística, marxista, psicoanalítica, estructuralista...»), para mostrar sus reservas ante su frecuente conversión en logomaquias y la renuncia a su esencial función mediadora entre texto y lector. Son las que Georges Mounin denunció como «tecnocracias», causantes de la conversión del lenguaje crítico en críptico, sólo inteligible por los iniciados.

Este abandono de la función, llamémosla humanística, de la crítica tiene causas bien conocidas; entre otras, la seducción que ejerce la ciencia con sus métodos rigurosos y sus resultados verificables, y la convicción de que el arte —el espíritu— puede ser explicado mediante esquemas lógicamente establecidos. No niega Ayala que las nuevas tentativas de análisis han abierto importantes vías de acceso a la literatura, pero afirma razonablemente la necesidad de prescindir de los dogmatismos y, añadiríamos, de su terminología esotérica y de su rigidez escolástica, para afrontar los textos como obras de arte destinadas al gozo o a la inquietud de la lectura, y no a servir de objetos sometidos a experimentación y verificación de métodos.

Especial interés posee esta actitud cuando es un artista quien la adopta, es decir, alguien para quien, desde su taller, observa el trabajo en talleres ajenos: «Me he empeñado —dice nuestro autor— en figurarme la obra «in status nascendi», repentinándola en mi imaginación para tratar de capturar su sentido y alcance.» Porque un escritor en trance de componer su obra cuenta con la oferta de géneros que le hace su época y por sus respectivas poéticas —«ha debido llegar a través de medios históricamente dados», que el crítico debe intentar reconstruir, para entender desde esa reconstrucción lo que el autor se propuso y el grado de logro que alcanzó.

Tal es, en efecto, el norte que orienta a Ayala en este conjunto de indagaciones acerca de autores y de obras cimeras. No pasa por ellas como observador diletante, sino, bien al contrario, pertrechado de información y de saberes históricos, sociológicos y, en general, culturales que dan profundidad a sus juicios. Algunos de estos estudios fueron publicados hace bastantes años; ello hace que el autor no haya podido considerar plausibles puntos de vista o precisiones que ha aportado la investigación posterior. Lo cual no dismi-



FUENCISLA DEL AMO

nuye su interés: siguen siendo hitos importantes en la construcción del discurso crítico en torno a cuestiones fundamentales.

He aquí la nómina de textos o de escritores a que Ayala ha aplicado su atención: el *Lazarillo*, Cervantes, Quevedo, Tirso de Molina, Calderón, Unamuno, Azorín, Valle-Inclán, Antonio Machado, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Manuel Azaña, García Lorca, Salinas, Bergamín, Borges, Mallea y Carpentier. Obviamente, no disponemos de espacio para glosar cuanto el crítico aporta al conocimiento de tales prosistas y poetas. Nos fijaremos sólo en aquellos a quienes consagra más espacio, revelador de mayor empeño.

Por afinidad de intereses, concedo la mayor importancia a los consagrados a los clásicos. Encabezados por el dedicado al *Lazarillo de Tormes*, donde con notable anticipación a lo que sería doctrina común tras el conocimiento en Occidente de la doctrina formalista eslava, define el género literario como «el conjunto de ciertas obras literarias en las que se encuentran determinados rasgos comunes, por cuya presencia las unificamos, cualesquiera sean las diferencias que en lo demás puedan separar y distinguir unas de otras». Esta concepción segura y feliz de tal categoría literaria le permite colocar a la cabeza de la «novela picaresca» el relato anónimo de 1554 —no pocos críticos le situaban en el *Guzmán de Alfarache*, que, como Ayala dice, fue sólo y nada menos consolidador del

género—, y excluir de él a otras, entre ellas, algunas de Cervantes, *El diablo cojuelo* o la *Vida*, de Torres, consideradas a veces como picarescas.

El extenso estudio pasa revista a los principales problemas con que el genial relato desafiaba el interés de los críticos. En primer lugar, el del autor: no sabemos ni quién ni qué fue. Sólo que conocía las tierras por donde corre sus aventuras el protagonista; que poseía cierta cultura clásica y que se aplicó a la sátira anticlerical, de abolengo medieval, orientada ahora más intensamente hacia la crítica de la credulidad popular. Bataillon negó al autor la condición de erasmista; Ayala asiente a medias: de hecho, no militaba en el bando hostil a Erasmo, antes bien, participaba de la modernidad religiosa burguesa patrocinada por él. Es lástima que Ayala no pudiera tomar postura ante la interpretación del anónimo como un «outsider», tal vez semita según postuló Américo Castro, a la que algunos nos hemos acogido, en la medida en que permite entender el texto coherentemente.

El carácter «burgués» de la novelita, más evidente, según Ayala, en la intención del autor que en la ejecución, donde la nueva actitud carecía aún de posibilidades artísticas, se revelaría de modo palpable, según el crítico, en la afirmación final del prólogo, en que Lázaro antepone la dignidad que se alcanza con el trabajo propio frente a la heredada con la sangre. Confieso mi dificultad para com-

partir ese punto de vista. Las afirmaciones todas del prólogo las hace, no lo olvidemos, un maridillo deshonrado a quien sarcásticamente se le atribuye el propósito de alcanzar honra escribiendo (algo cuyo desatino proclamaba el propio autor, ocultándose). Y el buen puerto a que dice, en la frase final, haber llegado con su esfuerzo, es el del deshonor y la miseria del oficio deregonero. Creo que toda la introducción, leída ahondando como allí mismo se prevé, revela un repudio absoluto de todos los valores vigentes en la sociedad cristiana; y que nada de lo que dice puede atribuirse a buena fe. En un determinado momento, Ayala, inquieto por esa sospecha, se pregunta: «¿Acaso no pudiera haberse añadido aquella última frase al texto (...) con el propósito de tender un puente, convirtiendo en sarcasmo mediante un giro muy acre, desesperado, lo que en el prólogo está escrito con tono absolutamente serio?» Sin duda fue añadida con ese propósito, pero él parece pensar en una mano ajena, y yo no creo que hubiera cambio de mano: en mi opinión, allí está la clave del *Lazarillo* y de su autor.

Suscitar divergencias

Pero si, en lo relativo a la interpretación del sentido, el denso ensayo de Ayala cumple el principal objetivo hermenéutico de suscitar divergencias e inducir perspectivas diferentes —destino de todo texto genial es su irreducibilidad a un solo entendimiento—, pocas ocasiones para disentir ofrecen los análisis de otros muchos aspectos de la obra. Alguno de éstos, tan problemático como el del desajuste entre la elaboración de los tres primeros tratados y la rapidez y hasta desaliño con que se desempeñan los posteriores, admite la explicación adoptada por Ayala: se debe a que el *Lazarillo* se publicó en estado de borrador o primera versión no definitiva. Posteriormente se han propuesto otras no más demostrables. Con notable intuición, sospecha el autor que la división en capítulos y sus respectivos títulos no son responsabilidad del autor; los argumentos con que lo sustenta han sido fortalecidos por un reciente estudio de Francisco Rico que los confirma. Hay muchos puntos más en que la agudeza de Ayala ilumina asuntos controvertidos o da pie a la controversia. Lástima que la amplitud del libro no permita mayor detención.

La preocupación por Cervantes ha sido constante en la vida intelectual del autor. De ella dan testimonio los nueve ensayos publicados entre 1940 y 1965 a él y a su obra consagrados. En conjunto constituyen una importante propuesta de comprensión. Entre el alcañino y su principal criatura habría una cierta correspondencia de situación, por cuanto en ambos están disociados su vivir y el ambiente en que éste transcurre. En don Quijote, mediante el artificio de la locura y su enajenación en los caballeros andantes, alienta el «ethos» medieval caballeresco, en contraste con una realidad bien distinta; Cervantes, por su parte, vive un intenso drama de conciencia al verse desplazado de los ideales vigentes en su juventud —¡qué sugestivo el entendimiento de la novela del Cautivo a la luz de esta interpretación!— hacia los conflictos intelectuales de la Contrarreforma. La locura quijotesca, enfermedad de secular prestigio sacro, es, paradójicamente, vehículo de «una razón superior sustraída a toda demencia». A través de ella, el hidalgo pasa de su pobre condición a la de héroe mítico, defensor de un ideal superior pero desplazado ya de su tiempo. Categoría que, por cierto, alcanza sin que, a diferencia de otros mitos, le haya precedido una larga gestación en la conciencia popular: nace exactamente en 1605.



Viene de la página anterior

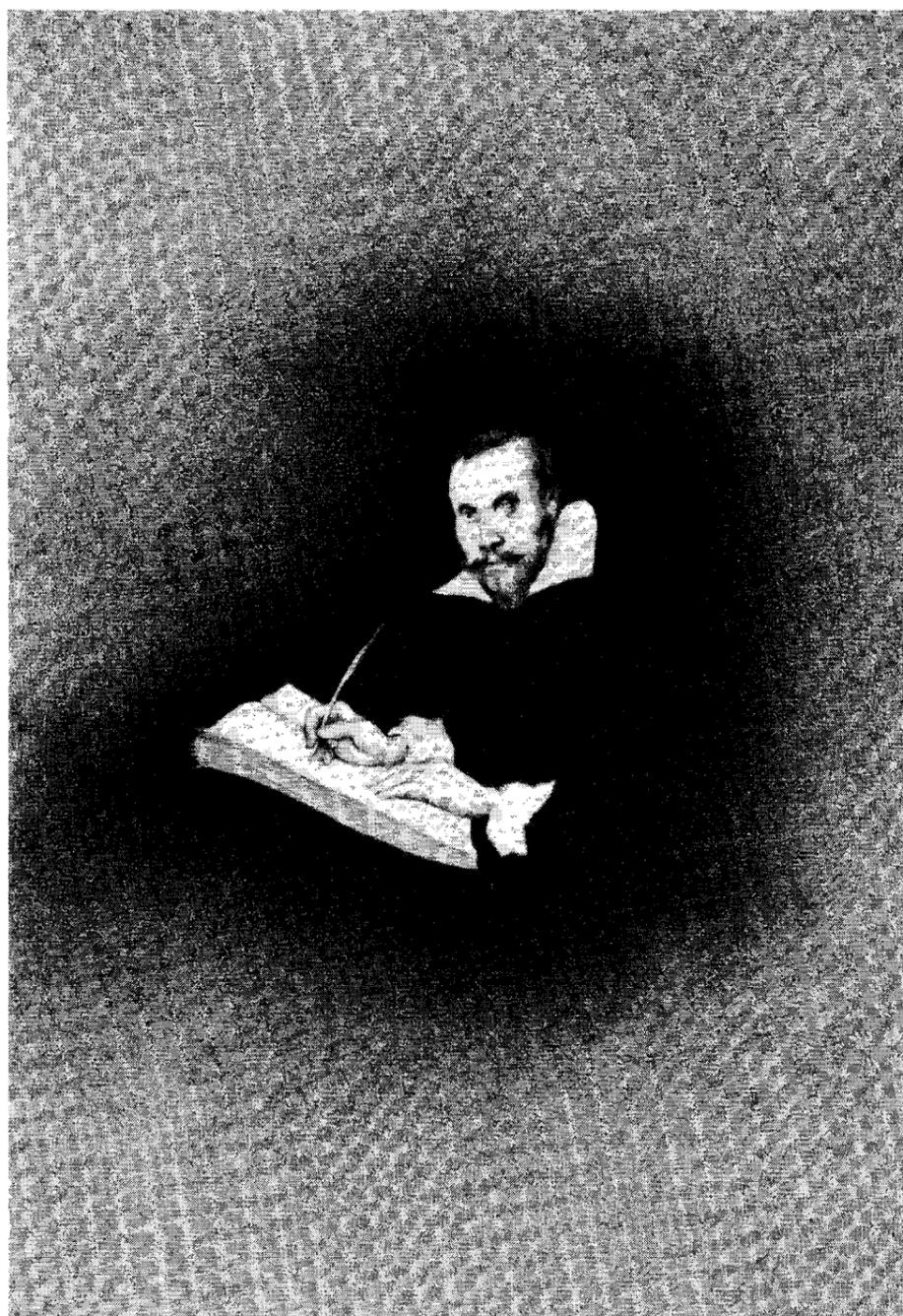


Es muy clarificadora la diferenciación de las peripecias del *Quijote* en tres esferas de la realidad que hace Ayala: el de las gentes del común que en la novela pululan; el de los personajes excéntricos, arrebatados por un ideal normalmente amoroso; por fin, el plano «trascendental» correspondiente al mito quijotesco. El autor hace agudas reflexiones sobre el segundo de estos planos —que es el de la alta cultura de la época, y, por tanto, menos accesible para el lector medio actual— que prueban luminosamente su íntima coordinación, y hasta necesidad, con los demás componentes del libro. De interés especial son sus consideraciones sobre los relatos intercalados, y su plausible referencia a las *Novelas ejemplares*, cuyos elementos son idénticos a algunos que Cervantes combinó para crear su mito en la que es primera novela moderna. Alcanza esta condición por cuanto en ella un sujeto, cuya capacidad de comprensión no permanece inmutable, se enfrenta con el orbe de los valores universales. Y así, «el *Quijote* alcanza la universalidad no desde el plano de lo humano-general, sino a partir de una singularísima estructura político-social dada en el tiempo y en el espacio».

De singular interés son las páginas consagradas a la captación del alma compleja de Quevedo, que constituyen, probablemente, la mejor etopeya hecha hasta ahora del gran escritor. Una fina auscultación de su vida y de su obra le permite diagnosticarlo como un tímido que acude a dos escapatorias polares y radicales: por un lado, hacia la procacidad, el sarcasmo y la misoginia; por otro, a la extremada sutilización del sentimiento amoroso. El envilecimiento de la mujer, y, a la vez, su elevación a un plano inalcanzable, son modos de sustraerse al riesgo de una relación «normal», de la que se sentía excluido por su profunda inseguridad, fundada, sobre todo, en sus defectos físicos. A ese fondo de angustiada timidez remite también el crítico la devoción y fidelidad de Quevedo al poderoso Osuna.

Otros ensayos más dedicados a Quevedo acompañan a ese luminoso trabajo interpretativo. El soneto «¡Ay, Floralba! Soñé que te... ¿diré...?», inspira a Ayala agudas consideraciones sobre el tema de la realidad y el sueño en la época barroca. El examen que hace de aspectos diversos del *Buscón* me da ocasión para coincidir profundamente con él; no conocía yo su ensayo cuando afirmé que aquel relato era, sobre todo, un juego de ingenio —opinión rebatida por varios «trascendentalistas» británicos, pero apoyada por Bataillon, R. Lida o F. Rico—; ni cuando examiné cómo Quevedo inventa, en el sentido retórico del término, a partir del lenguaje. Ambas cosas, y otras más, confirman los estudios quevedescos de este libro.

Con el examen de aspectos de *El burlador de Sevilla*, *El vergonzoso en Palacio* y *La vida es sueño* concluye la parte de la obra, la mitad justa, dedicada a la literatura clásica. Es muy sugestiva la consideración de don Juan no como simple gozador de mujeres —las aborrece, realmente—, sino como el debelador gratuito de la sociedad humana, el Enemigo, que, incluso al borde mismo de la muerte, juega temerariamente con su propio destino, y con el que es posible identificar nuestra propia insurgencia contra lo estatuido. Pero sólo hasta que advertimos cómo ha llegado demasiado lejos, y lo abandonamos confortados por el orden restaurado con su condena. En el segundo de estos ensayos hace Ayala un delicado análisis de los juegos eróticos en la comedia tirsiana. Por fin, el tercero reivindica la profunda calidad psicológica y estética de Segismundo, que el Menéndez Pelayo juvenil había descalificado al observarlo con la óptica del realismo novecentista. En el desventurado príncipe se dramatiza, con una retoricación deslumbrante, el complejo proceso que conduce al Hombre desde su natural fiero a la



FUENCISLA DEL AMO

condición humana, y a cuya redención contribuye de modo esencial y necesario el amor. No sólo de él se ocupa Ayala: restituye su importancia a personajes menos observados por los críticos: Rosaura, el rey Basilio —un intelectual gobernante— y el antiheroico Clarín. Cuentan estas páginas entre las más sutiles y penetrantes del volumen.

Son muchas, e intensas también, las que tratan de Galdós, escritor con quien empieza el examen de modernos y contemporáneos. Rezuman especial simpatía hacia aquel genio que tan maltratado fue por sus inmediatos sucesores, y en quien el tiempo ha reconocido inmensa grandeza. Las reflexiones del crítico novelista ante su antecesor atienden a muy diversas cuestiones: la instalación del narrador como testigo y miembro de la sociedad burguesa, la deuda de Galdós con Cervantes, el ejemplo que éste le proporciona en el juego de los narradores que cuentan los sucesos de Torquemada... Pero una de esas cuestiones es central: la del realismo decimonónico español, que tan equivocadamente buscó sus antecedentes en el relato picaresco y cervantino. Los deslindes que establece Ayala, fundados en cotejos muy pertinentes, contribuyen al esclarecimiento de aquel ambiguo concepto historiográfico, pero más todavía a la postura del propio Ayala ante la realidad novelable y el modo de captarla literariamente.

Esta aparece aún más explícita al ocuparse, con íntima simpatía, de Miguel de Unamuno, que se entrega a la novela porque no halla

en la filosofía académica las vías para exponer su personal interpretación de la vida; es la novela, viene a decir Ayala, el cauce que, por excelencia, permite tal ejercicio; en él consiste, en definitiva, el arte de novelar. Perfectamente hace ver las diferencias entre el vasco y Sartre, que simultaneó los tratados filosóficos con la creación literaria: ésta ilustra su sistema, mientras que, en el caso de Unamuno, lo constituye. El gesto resuelto e indisciplinado con que compone las narraciones corresponde a su posición filosófica fundamental, que excluye la razón y sitúa al individuo ante su verdadero e irresoluble problema: el que incoa la muerte. No se olvida el autor de registrar las deudas de don Miguel con su inmortal tocayo alcalaíno. En realidad, la presencia de Cervantes en todo el relato posterior es el principal «leit motiv» de *Las plumas del fénix*.

RESUMEN

Francisco Ayala ha abordado, a lo largo de su vida intelectual, muchas modalidades: novela, cuento, memorias, artículos, ensayo político y literario. Dedicado, por un lado, a la ficción y, por el otro, a la enseñanza universitaria, Ayala ha sentido siempre un gran

Ni las glosas tan sumarias que acabo de hacer a capítulos esenciales del libro puedo ya dedicar a los restantes, no menos sugestivos. Así, el que se ocupa de «Azorín», modelo de objetividad frente a la violencia con que su vagabundeo político se condenó hasta hace poco —ahora se le da por inexistente—; piensa con razón Ayala que comparte una actitud provocadora con los otros escritores del 98; el gran prosista alicantino, con sus transgresiones, lanzaba un desafío a la ortodoxia intelectual del momento, desde una percepción nihilista y escéptica de la realidad, que se sublima mediante un arte exquisito. Tras este estudio, el dedicado a otro radical inconformista, Valle-Inclán, el genial histrión cuyas extravagancias constituyen unidad con la absoluta religión de la Belleza que profesó, y cuyo evangelio escribió en la *Lámpara maravillosa*.

Vienen después los ensayos que se ocupan de Antonio Machado, de Ortega, de Pérez de Ayala, de Azaña... los hemos enumerado arriba. Sobre todos ellos emite el autor juicios sutiles, agudos, originales, resultado de una verdadera y larga convivencia afectiva con ellos basada en la admiración y muchas veces en la amistad. Son, por ello, preciosos los testimonios que de sus personas ofrece.

Como hemos dicho, los trabajos agrupados en este volumen han sido escritos en épocas y con ocasiones muy diferentes. Son, a veces, estudios largos; en otras, se advierte su carácter circunstancial. Hay, alguna vez, reiteraciones: cuando un pensamiento está bien constituido, no puede reaccionar de modo distinto ante el mismo problema. Y el de Ayala lo es: la literatura, la novela más concretamente, sólo es «buena», lo es con plenitud, cuando una mente se expresa por ella en libertad y con sinceridad. Es vano, por tanto, el intento de desligar la obra de su creador; tampoco debe explicarse sólo por éste: hay otros factores que contribuyen a su nacimiento. Pero, en cualquier caso, no lo hacen directamente, sino tras haber impregnado la mente del escritor.

Considerar las obras desde esta perspectiva no es tarea fácil; tal vez por ello, los tecnócratas de que antes hablábamos lo proscriben. Hacen falta dotes singulares de psicólogo, de historiador, de sociólogo... y de artista, que Ayala reúne de modo eximio. En todas las páginas de *Las plumas del fénix* resplandece su extraordinaria serenidad, no exenta de pasión para expresarla, aliada con una experiencia vital y un bagaje intelectual absolutamente excepcionales. Añádase un lenguaje que enriquece la argumentación con la belleza de una exactitud sin exhibiciones, y que racionaliza los juicios con renuncia a imponerlos o contagiarlos. Crítica resueltamente de valores, a contrapelo de la moda aséptica.

No vacilo en recomendar su lectura no sólo a los profesionales de los estudios literarios, sino a cuantas personas consideran que la literatura es algo más que mero pasatiempo o adorno de sus ocios. Recorrer largos trechos de ella en la compañía de Francisco Ayala constituirá para ellas un privilegio. □

interés, paralelo a su actividad literaria, por el arte de narrar. Fruto de esta curiosidad intelectual es este conjunto de ensayos literarios de toda índole, que ahora se han agrupado en este grueso volumen y que recomienda encarecidamente Fernando Lázaro Carreter.

Francisco Ayala

Las plumas del fénix

Alianza Editorial, Madrid, 1989. 650 páginas. 3.600 pesetas.

Entre la esperanza y la perplejidad

Por José Luis L. Aranguren

José Luis L. Aranguren (Avila, 1909) fue catedrático de *Ética y Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid*. Ha dado clases también en Dinamarca y Estados Unidos. Entre sus obras figuran: *La filosofía de Eugenio d'Ors*, *Ética y política*, *Moral y sociedad*, *La comunicación humana*, *El problema universitario* y *La crisis del catolicismo*.

¿Padece hoy en España una crisis en el estudio y la dedicación a la filosofía? Yo no lo creo sino en la medida en que ni en España ni en el mundo existen actualmente grandes filósofos. Quizás pasó su época, como, al parecer, ha pasado la época de los grandes sistemas, e incluso la de la misma metafísica (yo comenté el fallecimiento de mi maestro Xavier Zubiri afirmando que el último metafísico había muerto; afirmación deliberadamente exagerada pero que apuntaba a ese cuestionamiento actual de la materia misma en que la metafísica consistiría). Mas el nivel medio de los cultivadores españoles de la filosofía es hoy elevado, y las mujeres brillan por su presencia en las cátedras de filosofía en general y de ética en especial. Se habla mucho, sí, y con razón, de una crisis de la ética —practicada, vivida—, pero esa crisis de ninguna manera alcanza a la ética en tanto que filosofía moral estudiada, discutida y problematizada con hondura y perspicacia.

A la filosofía en general y a la filosofía moral en particular se dedica Javier Muguerza, el autor del libro que voy a comentar, quien figuró, a su tiempo, al frente de mis alumnos, y que figura hoy en la cabecera filosófica de su generación. Fundador y primer director del Instituto de Filosofía, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, su obra, tanto la escrita como la directiva y propulsora de los estudios y las actividades filosóficas, es de suma importancia. Constituye pues para mí una gran satisfacción, y también un pago, sólo muy parcial ciertamente, de la deuda de gratitud que tengo con él contraída, la dedicación de las palabras siguientes a hablar de su último, muy esperado, muy reciente y muy valioso libro.

El título completo del libro que aquí presentamos es el de *Desde la perplejidad (Ensayos sobre la ética, la razón y el diálogo)*. Y esta presentación va a consistir en ir analizando sucesivamente y en orden inverso al de su formulación, estos cinco enunciados: diálogos, razón, ética, ensayos y perplejidad, en tanto que descriptores del contenido de esta muy importante obra.

El diálogo

Obra que consiste en el diálogo profundo con toda la ética contemporánea (excluida de la contemporaneidad la obra de Heidegger, y excluida de la ética, supongo, la filosofía francesa de la llamada postmodernidad, que no se considera sino desde su rechazo por Habermas... y desde un relativo rechazo de tal rechazo). La filosofía analítica, el marxismo, el cual es retomado más adelante en diálogo con Gérard Vilar, y el neonietzscheísmo son representados en un «diálogo metafilosófico» («à la manière» de un diálogo platónico), del que yo diría que, salvo en su reflexión final, pertenece a una época filosófica anterior del autor.

El centro de la obra, centro en el que desembocan todas sus partes, consiste en el diálogo con el pensamiento actual, desde el llamado «giro lingüístico» de Wittgenstein, hasta la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas. El diálogo con la ética norteamericana, el liberalismo de Rawls y el liberta-

rismo de Nozick, es traído al punto de mira del autor, el de su interlocutor fundamental que, ya lo he dicho, es Habermas. Y el diálogo de la ética con la utopía y con la teología tiene sus principales interlocutores en Ernst Bloch y en Horkheimer.

En un libro de diálogos no podía faltar Ortega, tan importante para el autor en su época juvenil, y al cual, así como a Zubiri, se hace nueva referencia en la «coda» final. Diálogo también con otros catorce autores españoles, representantes de diez años, como dice, de filosofía española: Eduardo Subirats, Jesús Mosterín, Isidoro Reguera, Ferrater Mora, Quintanilla, Deaño, José Enrique Rodríguez-Ibáñez, Castilla del Pino, Savater, Caffarena, Emilio Lledó, Celia Amorós, Adela Cortina y Fernando Vallespín (aparte la mención de Rubio Carracedo, Juan Ignacio Martínez García, María José Agra, Manuel Jiménez Redondo y Eusebio Fernández). Estos «otros diálogos», de discutible inclusión en la obra, se recogen aquí porque en todos ellos se trata de diferentes concepciones de la razón o del racionalismo. Y también, estoy convencido, para hablar con españoles —encabezados por Ortega— y no solamente con extranjeros. De ellos son muy importantes los diálogos con Ferrater Mora, con Castilla del Pino y, sobre todo, con Alfredo Deaño, excelente artículo que por sí mismo justificaría la existencia de esta cuarta parte, dedicada a diálogos españoles.

La obra se abre y se cierra, no podía ser de otro modo, con sendos diálogos también:

la carta a Alicia Axelrod y la conversación con Ignatius M. Zalantzamendi. Pero el diálogo fundamental en el que, directa o indirectamente, desembocan todos los demás, es el diálogo con Habermas, cuya ética es considerada como el paradigma vigente para la «comunidad ética» general y para la española en particular.

La razón

Cabe partir del supuesto de que la filosofía tiene como función «la guarda o vigilancia de la racionalidad», sí. Pero son plurales los usos de la razón. Tras el «giro lingüístico» de la filosofía, a la «pluralidad de lenguajes» corresponde una pluralidad de usos de la razón. Razón lógica, razón analítica, razón instrumental y, la que aquí nos importa sobre todo, razón dialógica o comunicativa.

¿Puede llevarse a cabo la reconstrucción del proceso que ha conducido hasta esta última? Javier Muguerza piensa que sí. El acontecimiento cultural de la «muerte de Dios» o, dicho en términos menos enfáticos, el ocaso de la religión y su relevo por la filosofía, ha llevado a ésta a postular un «sujeto trascendental» como su sucedáneo secularizado (Kant), una «razón trascendental» (Apel) y, en fin, una cuasitrascendentalidad, la de la especie humana en la utopía de una «comunicación ideal» (Habermas).

La «crítica pública» o formal de esta su-
puesta vigencia filosófica que lleva a cabo Ja-

vier Muguerza la resumiría yo en los siguientes puntos: primero, se postula así una comunidad abstracta, puramente ideal, que nada tiene que ver con la realidad de la comunidad humana; segundo, es menester, consiguiendo, la renuncia a la pretensión de alcanzar ese ideal consenso; tercero, ni siquiera está claro que el progreso real de la razón se alcance por consenso, pues la vía del disenso es, según nos manifiesta la historia de la filosofía, más generadora de progreso, y la postmodernidad lleva razón al insistir en la heteronomía de los juegos de la razón-lenguaje; cuarto, en tanto que el disenso se formula individualmente, los «fueros de la ética individual» son salvaguardados de la disolución de la individualidad en la comunidad; y quinto, el reduccionismo de una ética puramente «procedimental» prescinde por completo de los «contenidos» morales, que quedarían fuera de la razón comunicativa, en el «Lebenswelt», el mundo de la vida. Mas ¿es legítimo que la ética se desentienda de la tarea real de los reformadores morales, de la aportación de las cosmovisiones, de la imaginación ética, de la poesía, de la vida?

Y junto a la crítica formal, la privada o informal: Habermas quizá «ha asfixiado el pensamiento vivo de Francfort bajo el pesado manto de la filosofía académica»; su insaciable apetito asimilador, «la omnivoracidad con la que lo engulle todo», ha producido un «amassado» de conceptos ajenos («zapatero remendón» le llamé yo, como Ortega a Nicolai Hartmann); cabe pensar de su concepción lo que Unamuno del ajedrez: como ciencia sabe a poco, como juego, a demasiado; y, en fin, ellos mismos, Apel, Habermas, los sujetos de la comunidad ideal de comunicación, «dan la sensación de ser ellos mismos sujetos ideales, cuando no ectoplasmas, más bien que hombres de carne y hueso».

La ética

Tras lo dicho bajo el epígrafe anterior será muy breve aquí. La ética ha de obedecer al doble imperativo de la universalidad y del individualismo, del consenso y del disenso, del realismo y de la conciencia de su «inactualidad» (no es un «factum» ni, por otra parte, goza hoy de mucha actualidad). Pero tampoco puede ser meramente «formal» ni cerrada sobre sí misma. Yo diría que ha de abrirse a los saberes de la vida, a la «sociología» (repárese en que la ética, tanto la del consenso como la del disenso, ha sido precedida por una sociología del consenso estructural-funcionalista y otra del disenso o del conflicto), a la «antropología» y la «psicología» (el autor apela a «los talentos respectivos de Horkheimer y Bloch»), a la historia (recuérdense los «pecados históricos» de Ortega y Zubiri, y el mismo Muguerza habla de la época nuestra como de la razón instrumental y el eclipse de la ética).

Sí, la filosofía en general, la ética en particular, ha de abrirse a los «saberes» mencionados y, sin duda a otros no mencionados. ¿También al «no-saber» de la religión? Trataremos de responder a esta pregunta al final de nuestra reflexión.

Ensayos

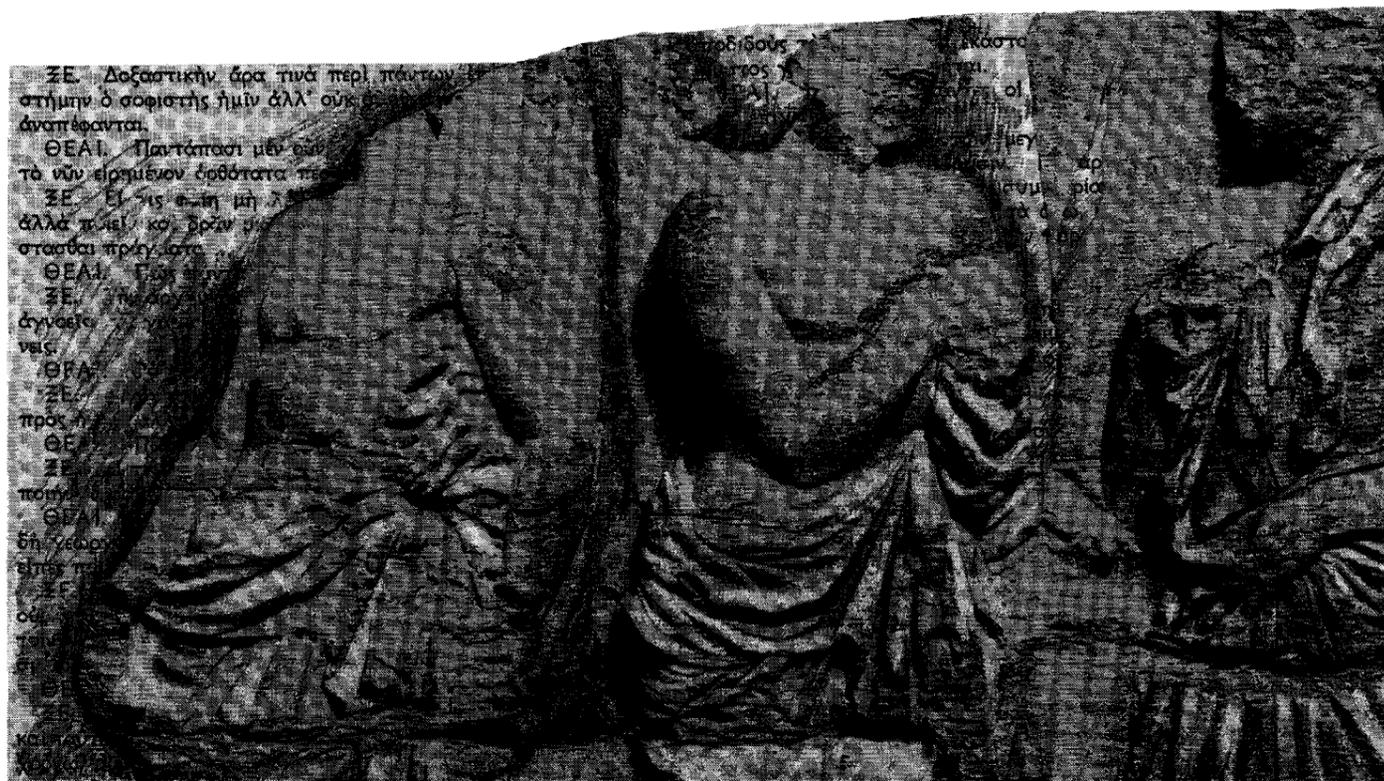
La obra que comentamos no es considerada por su autor como un «libro», sino como un conjunto de «papers» o artículos, pues nos dice: «Una colección de artículos es lo más parecido a un libro que personalmente soy capaz de escribir.» Ya vimos que, según él mismo, pasó la época del «sistema» filosófico, cuya forma precisa de presentación sería el «li-



STELLA WITTENBERG



Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

bro» propiamente dicho. Aquí, por el contrario, se trata de pensar desde la falta de seguridad en un sistema, desde la perplejidad de una obra que, en continuidad existencial con la anterior, «la razón sin esperanza», consiste en *en-tramado* con y *dis-crepancia de*, en «intertextualidad» siempre. Una obra que arranca de la «referencia» (fundamentalmente, de la ética de la acción comunicativa) y se desprende, «dis-siente» de ella.

¿Es, como afirma el autor, una colección de ensayos? No y sí. Si nos atenemos a lo que, desde Ortega, se entiende canónicamente por ensayo, no (por lo demás se diría que también, como la del sistema, pasó su época). Demasiado aparato crítico, demasiadas notas a pie de página (tantas, que hay que ponerlas al final de cada artículo), demasiado ir y venir, repetir, andar siempre a vueltas en torno a lo mismo, volver incansablemente sobre los textos, demorarse y, en contraste con Ortega y conmigo mismo, carecer del prurito de la concisión, hasta el punto de llegar casi a sorprenderse de la constatación de que «tengo por experiencia comprobado que nadie resiste una conferencia de más de dos horas de duración». Ni menos aún, si cabe, el otro prurito orteguiano, el de perentoriedad, incompatible con su lema de perplejidad.

Pero ensayo sí, en tanto que el autor no pretende ni cree posible una última palabra de certeza o seguridad. Y también en el gusto literario de valerse de diferentes formas de expresión, pues junto a la del artículo usa la del diálogo socrático, la carta-verdadera epistola-, la crítica de libros y, para final, la de la entrevista. «Estilo» (o estilos) de «escribir» que se corresponde con su «estilo de pensar» y, como acabaremos de ver en el apartado final, con su concepción «perpleja» de la ética y de la filosofía.

Perplejidad que, por otra parte, no paraliza ni su ingenio ni su sentido del humor. Ingenio muy agudo hay en su crítica del libro de Eduardo Subirats, donde acude a las formas cinematográfico-literarias del «western». Y fino humor en su gusto por la creación de personajes de ficción. ¿Existen acaso la profesora Veilchen Vandemberge y su revista *Zeitschrift des Abendlandes*? ¿Será esta publicación desconocida edición alemana de la hispánica *Revista de Occidente*? La causa del retraso en la aparición de sus tan preanunciados libros *A ciencia incierta* y *De lo divino y lo humano* —retraso también de éste que

hoy, al fin, podemos comentar—, ¿será en verdad la de que ambos están acogidos a la «American Procrastination Association», que impone considerables dilaciones en la publicación, lo que se compeadece bien con una entidad que ahora está recogiendo firmas contra la guerra de Vietnam? Y ¿qué pensar de ese estudiante de Iowa, Nathanael Bittersweet, y de sus investigaciones sobre los tres hermanos Kant, filósofos todos ellos aun cuando sólo uno haya firmado sus escritos? Y, en fin, la obra finaliza con una supuesta «conversación con Ignatius M. Zalanzamendi», vasconorteamericano y profesor del Southern College de Charleston, quien evidentemente no es sino el «apócrifo» machadiano, o el «heterónimo» al modo de Pessoa, del propio Javier Muguerza. Excelente final que escenifica ese «intradialógico» o «diálogo intrasubjetivo» tan éticamente valorado por él y por mí.

El humor no está reñido con la perplejidad. Ahora, para terminar nosotros también, hablemos de ésta.

Desde la perplejidad

Intelectualmente el libro trata, según hemos visto, de la ética de la comunicación. Pero existencialmente su tema es la perplejidad, desde el título, la dedicatoria, la cita de Pep Calsamiglia y el proyecto de una nueva *Guía de perplejos* en que el libro todo consistiría. «Hoy ya no es posible ser moderno sin una buena dosis de perplejidad», y el postmoderno es el perplejo que desconfía de los ideales de la Ilustración. El libro de Maimónides se escribió para sacar a sus lectores de esa perplejidad. Y también Ortega pensaba que la vida es perplejidad, pero que la filosofía nos sacaría de ella. En una traducción de Maimónides se puso «descarriados» en lugar de «perplejos», y como descarriados, dice Muguerza, considera Habermas a los postmodernos: descarriados del buen camino, la obra continuadora de la Ilustración.

La *Guía* de Muguerza es singular. «Ilustrada», la llama su autor, porque procede de la Ilustración y también, pienso, por sus «ilustraciones» filosóficas de diferentes signos. Singular, sobre todo, por lo paradójico de su sentido: en contraste con lo que se entiende por una guía, no ayuda a seguir adelante, a encontrar el camino, sino que sume deliberadamente en la confusión, pues, lejos de pro-

ponerse sacarnos de la perplejidad, nos invita a la «opción» por ella y a recibir «el dop de la perplejidad» que poseyeron Sócrates —por eso no se habría decidido a escribir sus *Diálogos*— y Wittgenstein. Sería el don de tomar la realidad con filosofía, la filosofía de la perplejidad. Y *De inconsolatione philosophiae* es la vuelta del revés que da Muguerza al título de Boecio.

La perplejidad, nos dice, consiste en una tensión que, en contraste con la duda, tiende a decir sí a lo uno y a lo otro, a luchar por el bien y contra el mal, «como si» el primero fuera realizable y el segundo erradicable, cuando la verdad de la ética es, ya lo dijimos, su inactualidad, y que su reino no es de este mundo. Pues esta «inanidad de la esperanza» no ha de conducir a la paralización por el desencanto: «No acabo de entender por qué tal desencanto tendría que desarmar o inhibir a la acción a quien no haya menester de ningún encantamiento para luchar por lo que considero justo, cuando menos contra aquello que considero injusto, pues la lejanía o la imposibilidad de la realización de la razón no sólo no hace innecesaria, sino pudiera convertir en perentoria la resistencia frente a una realidad en la que toda irracionalidad encuentra asiento».

Sí, pero, ¿de dónde sacar la «fuerza» necesaria —«virtud» significa fuerza— para luchar en pro de una causa al parecer irremisiblemente perdida de antemano? Sólo de la «esperanza». Muguerza trae a sus páginas el relato de Villiers de l'Isle Adam, que yo no conocía. Cuando lo leí por primera vez en el original del anticipo que dio a la *Revista de Occidente*, yo entendí que la obrera debería titularse *L'espoir* y no *L'espérance*, porque en definitiva se trata en ella de una esperanza

todavía intramundana, la de no morir (la lengua francesa distingue netamente la «espera» «attente», de la esperanza intramundana, «espoir», pero asimismo ésta de la esperanza ultramundana o teológica, para la que se reserva la denominación de «espérance»).

La esperanza o «espérance», la esperanza última, como la ética, «no es de este mundo». Tampoco la «tenemos», viene y se nos va y en este sentido es, como dice Muguerza de la perplejidad, una tensión o, como él mismo dice de la teología, un «anhelo». La ética de la que él parte —aunque, como hemos visto, no se quede en ella— es una ética todavía racionalista más que racional y nada «existencial» (en reacción —excesiva— contra la filosofía inmediatamente anterior). Javier Muguerza que, como hemos visto, acierta a criticar su insuficiencia, en este punto permanece, creo yo, irresuelto entre la perplejidad propiamente dicha, que sería una pura actitud intelectual, y la «tensión», el «anhelo», la «utopía vertical» que están existencialmente asistidas, o la «melancolía» que sería el «irse» de la esperanza.

«Donde hay esperanza también hay religión», escribió Bloch y transcribe Muguerza. Pero hay religión, o sucedáneos de la religión, en mucha más gente de lo que se piensa. Suceda de la religión los hemos visto en las tesis de los interlocutores de Muguerza, la razón trascendental o la comunidad ideal, especie de «religión de la humanidad». Javier Muguerza constata que el Dios de las religiones positivas es monologante. Pero ¿y el Dios, llamémoslo así, de la «religión invisible» de Luckmann, el Dios de los «cristianos anónimos» de Rahner o, mejor, el de los «religiosos anónimos»? Martín Lutero se levantó contra Roma en nombre de la sola fe. Los religiosos anónimos de hoy lo serían de la «sola esperanza» (no entro ahora en la problemática de la caridad). Esperanza de que la vida —vida individual, vida humana— y lo que en ella hacemos tenga «sentido». Esperanza en la que —en esto se corresponde, en el plano existencial, con la perplejidad y con la duda intelectuales— no cabe instalarse porque viene y se va, estamos y no estamos en ella. Se ha hecho y se hace «teología negativa». Pero de esta «religión agnóstica», previa a la polarización teísmo-atéismo (ateísmo como egocentralidad individual o comunitaria, «antropología» en el sentido de Feuerbach) y, por supuesto, previa a las «religiones positivas» de uno u otro contenido, anterior a cualquier «creencia».

Y en cuanto a creencia o fe, me pregunto: ¿Hace falta más fe para creer en esta «religión desnuda» de toda fe que para creer en la comunidad ideal de diálogo?

A mí me parece que la perplejidad del querido amigo Javier Muguerza no es meramente intelectual, sino existencial también. Y en cualquier caso, su análisis y puesta en cuestión, su crítica de la pura razón ético-filosófica más vigente hoy, le alejan del racionalismo que se cierra sobre sí. En tanto que su apuesta por el disenso, su imperativo de la disidencia, ponen al día de hoy al joven de los años sesenta que plenamente fue... y que, por debajo de su filosofía y por encima de su edad, continúa siendo. □

RESUMEN

Aranguren dedica su artículo al último libro de Javier Muguerza, que es un diálogo profundo con toda la ética contemporánea. Se dialoga con Ortega y con otros filósofos españoles contemporáneos de Muguerza, pero, sobre todo, se dialoga con el pensamiento actual, desde

el llamado «giro lingüístico» de Wittgenstein hasta la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas; no en balde, recuerda Muguerza, la ética de Habermas debe ser paradigma vigente para la «comunidad ética» en general.

Javier Muguerza

Desde la perplejidad (Ensayos sobre la ética, la razón y el diálogo)

Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1990. 712 páginas. 3.550 pesetas.

De la crisis a la apertura financiera española

Por Juan Velarde Fuertes

Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es catedrático de Economía Aplicada en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor de Flores de Lemus ante la economía española, Política económica de la Dictadura y El libertino y el nacimiento del capitalismo.

Cuando la Banca española salió, en 1985, de la larga crisis en la que había penetrado en 1977 con la quiebra del Banco de Navarra, resultó claro para muchos que no había concluido la etapa de reajuste del sector. En 1985 todos sabían que se estaba en vísperas del ingreso comunitario español. La política económica del futuro, o se hacía con coordenadas continentales, lo que era tanto como decir internacionales, o no existiría. Una pieza siempre tan clave dentro de nuestra economía como era la bancaria, no iba a ser ahorrada en la transformación que esperaba a toda la vida nacional. Este cambio iba a ser, evidentemente, muy profundo. A golpes de piqueta de la crisis económica mundial y de los avances tecnológicos en los servicios financieros, se habían derrumbado muchas doctrinas tradicionales sobre la organización crediticia. Al mismo tiempo había quedado sepultada buena parte de la seguridad que, de forma creciente desde la Primera Guerra Mundial, habían tenido las ideologías intervencionistas en general, y las partidarias de socializaciones crediticias en particular. Finalmente, daba la impresión de que un vasto conjunto de vasos comunicantes ligaba, de modo muy íntimo, toda la organización financiera mundial y que, además, había progresado muchísimo más la complicación del lado monetario de la economía, con secuelas especulativas a veces muy intensas, que la del lado real.

Así es como se explica que un conjunto muy amplio de estudiosos españoles se dedicase a investigar sobre esta cuestión. Sin embargo, será bueno comenzar por recalcar que el fenómeno es más bien muy reciente. En abril de 1985 se fecha el prólogo del libro de José A. Trujillo del Valle y Carlos Cuervo-Arango, *El sistema financiero español. Flujos, mercados e intermedios financieros* (Ariel, septiembre de 1985, la 1.ª edición). Pues bien, en la bibliografía que sigue a la introducción se comienza por decir: «No abundan los tratamientos de conjunto del sistema financiero español».

Pronto dos libros resultaron esenciales para iluminarlo. Uno, el de Alvaro Cuervo, *La crisis bancaria en España. 1977-1985. Causas, sistemas de tratamiento y coste* (Ariel, 1988), sin el que no se podrá entender hacia dónde va el sistema crediticio español. Otro, el discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de José Ángel Sánchez Asiaín, *Reflexiones sobre la Banca. Los nuevos espacios del negocio bancario* (Madrid, 1987).

De modo nítido en este último texto se podía adivinar un reto. Al tratar de *La jerarquización de la industria bancaria*, Sánchez Asiaín hablaba de cómo «el negocio bancario o financiero del futuro —en el mundo— se llevará a cabo por unas instituciones encajadas en una estructura jerarquizada y ordenadas de acuerdo con el ámbito cubierto por sus actividades», a través de tres tipos de organizaciones: «En primer lugar aquellos bancos o instituciones que operarán en el mercado global, con presencia de negocio en los países y mercados financieros más significativos. Su número será muy reducido». En un segundo escalón «se encontrará un grupo de bancos multinacionales (posiblemente 20 ó 30), que no alcanzarán la escala de globalidad, pero que operarán en extensas áreas geográficas,

con dimensión suficiente para hacer rentable su operatoria en buen número de mercados nacionales y sectoriales, y con un elevado grado de independencia respecto de los grandes bancos globales. Su objetivo estratégico consistirá en lograr a medio y largo plazo su transformación en instituciones globales». Después ya vendrían «las instituciones nacionales que trabajen dentro de su mercado de origen, con la intención de abarcarlo en su totalidad o de especializarse para ocupar sus «nichos» regionales o sectoriales de acuerdo con su dimensión». Sin embargo, en una nota a pie de página, en la que hace referencia al segundo escalón, se podía leer: «Si la estructura actual de nuestro sistema bancario se mantiene, es previsible que en este escalón no se encuentren bancos españoles. En nuestro caso, la situación de partida es claramente desventajosa. Nuestra dimensión relativa, a nivel mundial, no nos permite situarnos entre los 100 primeros puestos del «ranking», que se toman de la relación de los 500 mayores publicados por *The Banker*».

Esa nota, que podía pasar inadvertida, fue el anuncio del inicio de una política de fusiones y anuncios de fusión en medio de multitud de tensiones, como las provocadas por los intentos de unión del Banco de Bilbao y el Español de Crédito y de éste y el Banco Central, así como de polémicas, de informes tan discutidos como el famoso de Jack Revell, *Mergers and the role of large banks* (Institute of European Finance, 1987), y de libros de reportaje que se convirtieron en superventas, encabezados por los dos de Jesús Cacho. En medio de ese alud, que contrastaba con la escasez anterior, algunos investigadores tratan de aclarar científicamente las cosas con objeto de que, en medio de esta polvareda, no perdamos, como en el romance, al don Beltrán esencial, esto es, el centro donde palpitan los más esenciales problemas de nuestra institución bancaria ante un futuro que se adivina como inexorable.

Crisis bancaria como impulso

Resultaba esencial, por eso, una obra en la que se pusiese orden en lo que se sabía. Ese es el papel que corresponde a un libro colectivo, fruto de las III Jornadas de Alicante sobre Economía Española. Fue publicado bajo el epígrafe colectivo de *El sistema financiero de la economía española. Once estudios* (Economistas Libros, 1989). Por supuesto estudia los que, como ya hemos dicho, son los dos motores del nuevo sistema financiero español: el pasado de crisis y el futuro marcado por unos nuevos horizontes.

Las crisis de antaño, como se desprende de lo indicado en la síntesis, verificada en este volumen por Pedro Tedde de Lorca, han servido para cristalizar en ciertas líneas de actuación hoy muy corrientes. La primera fue la de 1799, que afectó sobre todo al Banco de San Carlos, el primer nombre del actual Banco de España. En la junta general de accionistas de 1799 se hablaría del «triste recuerdo del apresuramiento con que se agolparon a las puertas del Banco los tenedores de cédulas y vales de dinero, y del temor de su desgracia y ruina total que debió influir en tan inesperada concurrencia». El primer Banco de Francia pereció en los tumultos que provocaron los acontecimientos de julio de 1720; su sucesor, la «Caisse d'Escompte», sería liquidada al hacerse cargo de la aceptación de los inflacionistas «asignados» bajo la Revolución. Los acontecimientos de 1797 provocaron la suspensión de pagos del Banco de Inglaterra, que sólo reinauguró el pago de billetes por metálico —con lo que surgió el «patrón oro»— en 1821. Nuestro Banco de San Carlos, en cambio, no sólo soportó esta crisis, sino también los múltiples traspiés financieros que su-

frío con la emancipación hispanoamericana, así como el haberse dividido en dos —el josefino y el patriota— en la Guerra de la Independencia. Su éxito radicó, muy en particular, en «la capacidad y destreza mostradas, en aquellas circunstancias, por los administradores y directivos de la sociedad». El fruto ha sido la excelente burocracia que siempre ha tenido nuestro Banco emisor.

La segunda crisis fue la de 1846-47, y se encuentra dentro del contexto general europeo que enlaza con los sucesos revolucionarios de 1848, ligados para siempre a la noticia de la aparición del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels. El fruto principal de ella fue la comprensión de que el Sector Público no puede vivir ajeno al Banco emisor. Así es como se inaugura, con la figura prestigiosa de Ramón Santillán, la Galería de Gobernadores del Banco de España.

La tercera crisis fue la de 1866. La legislación complaciente de 1856 dio paso a un número considerable de bancos emisores provinciales y de sociedades crediticias no emisoras, aparte de una considerable entrada de capital exterior, sobre todo en el sector bancario y en las compañías ferroviarias, también muy vinculadas al sector crediticio. Tras 1866 aparecieron dos rectificaciones. Una legislación bancaria menos liberal y, puede que sólo para fortalecer el privilegio de emisión al propio Banco de España, una eliminación en 1874 de los bancos emisores provinciales.

La cuarta crisis es la de 1882. Afectó muy en especial a las instituciones radicadas en Barcelona, nacidas muchas de ellas dentro de la actividad especulativa conocida con el nombre de «febre d'or». El resultado ha sido muy permanente: «Cataluña había perdido la posibilidad de contar con un sistema bancario moderno y eficaz, el cual nacía, sin embargo, por entonces, en Madrid y Bilbao.»

Sin haber cerrado esta crisis surgió la de 1890-91, conocida con el nombre de «crisis de la casa Baring». No es posible evitar aquí el recuerdo del Arancel de Guerra de 1892, que comenzó a cortar los enlaces de nuestra economía con la internacional. Se pensaba que lo mejor que podía suceder era aislarnos y desarrollarnos con nuestras posibilidades. De algún modo, cuando en 1900 se dispuso de mayor respaldo del Banco de España, liberado de cargas del Sector Público con la Reforma Villaverde, de la repatriación de fondos hispanoamericanos tras la catástrofe del 98 y del modelo de banca continental que triunfaba en Europa, y sobre todo en Alemania, se dio paso a lo esencial de la Banca española actual.

Quedan dos crisis por estudiar. Una es la que, con los preludios del Banco Hispano Americano (1913) y el Crédito de la Unión Minera (1914), acabó manifestándose con fuerza tras la Primera Guerra Mundial. Bien merece el nombre de «crisis del Banco de Barcelona» porque en ella desapareció esa institución que parecía presidir la vida económica de la capital de Cataluña. Su resultado fue la Ley de Ordenación Bancaria Cambó-Bernis de 1921, que no sólo robusteció el papel del Banco de España como Banco de bancos, sino que agregó al intervencionismo un palpable corporativismo con el Consejo Superior Bancario.

La otra crisis estudiada en este volumen, ahora por Alvaro Cuervo, fue la iniciada en 1977 con la crisis del Banco de Navarra. En ella surge una situación esperada que se atiende con retraso evidente. Alvaro Cuervo destacará que «en España existió... una falta de previsión legislativa en el tratamiento de la crisis. En 1977 se crea el Fondo de Garantía de Depósitos en Establecimientos Bancarios, pero de hecho su actuación se inicia en 1980 cuando se le dota de personalidad jurídica». En el intermedio se había creado la Corporación Bancaria, S. A., que «por su dimensión

y medios no era el instrumento más adecuado; pero fue el centro de formación del equipo humano del Fondo». Con ella, el Banco de España ha acentuado su papel interventor y ordenador del sistema crediticio.

La huida de la euroesclerosis, como revulsivo

Es evidente que el mercado único europeo va a ser el causante de cambios esenciales en nuestra situación crediticia. Lo manifiesta casi al inicio de su aportación el profesor Aurelio Martínez Estévez, de la Universidad de Valencia: «El cambio acaecido, y el que previsiblemente se producirá en un inmediato futuro, es de tal magnitud que las entidades que no adopten medidas de ajuste y adaptación oportunas verán, sin lugar a dudas, comprometida su viabilidad.»

Los efectos conjuntos de innovaciones y mejoras tecnológicas, como subraya Martínez Estévez, «se plasmaron en una acentuación de la internacionalización y globalización de los mercados financieros nacionales». Como contraste, los países de la CEE observaron «una reducción e inadecuación creciente de sus mercados financieros a las exigencias de las grandes empresas y grupos financieros».

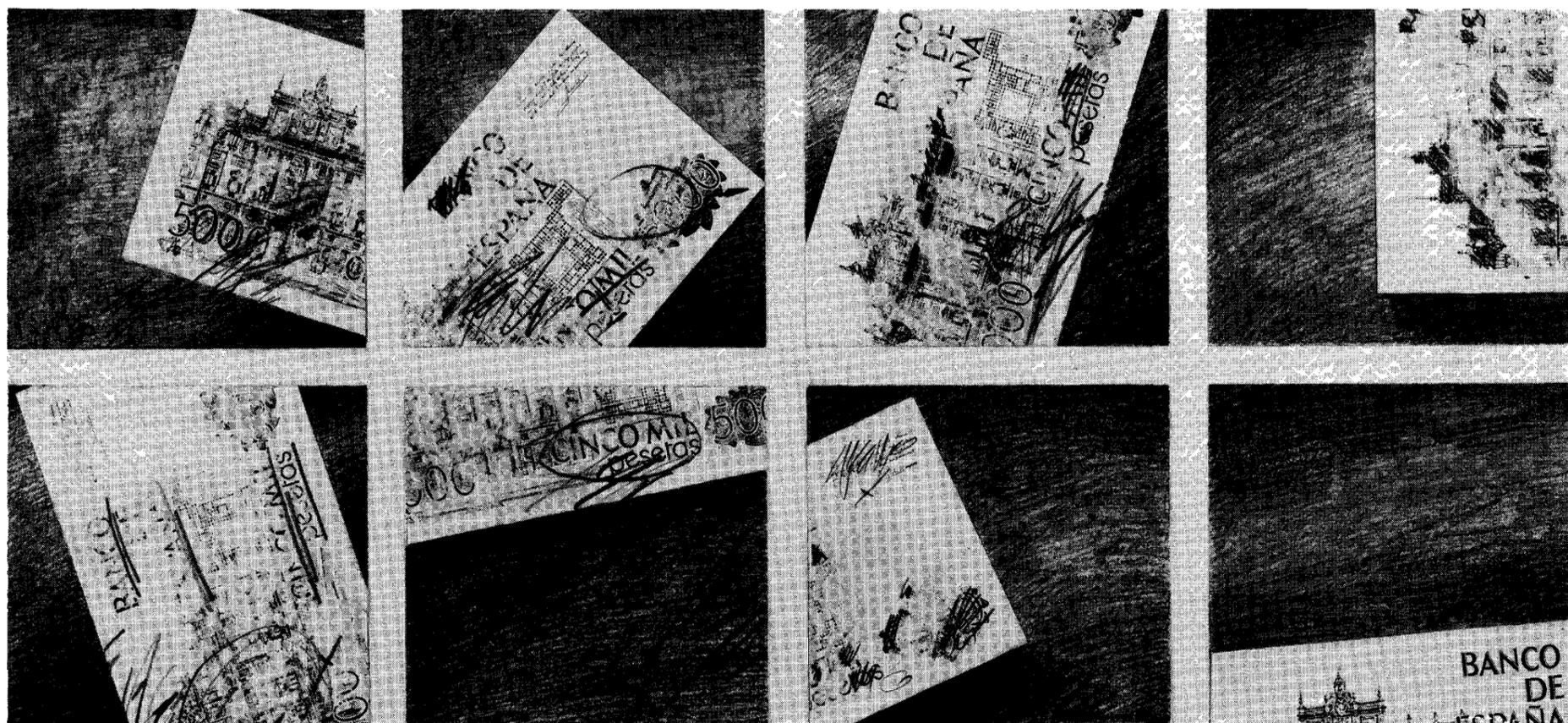
Surgió así el fantasma de la «euroesclerosis», al combinarse todo esto con la agudización de la crisis económica, tras el segundo choque petrolífero de 1979. La reacción comunitaria fue muy viva. Por una parte, se aprobó en 1985 un Libro Blanco que sintetiza de qué modo debe variarse el comportamiento de las naciones de este ámbito para conseguir un mercado esencialmente unificado en el paso de 1992 a 1993. Por otra parte, tuvo lugar en 1986 la aprobación del Acta Única, que en 1987 ya había sido ratificada por todos los Parlamentos, una modificación del inicial Tratado de Roma que dio un impulso político esencial a la marcha hacia el logro de una estructura unificada de los mercados comunitarios de bienes y servicios.

Dentro de los diversos caminos de integración, ocupa en esto un lugar muy destacado «la consecución de un gran mercado financiero europeo interior sin fronteras, que lo equipara al de sus más directos competidores, Estados Unidos de América y Japón». Para ello será preciso la plena liberalización de los movimientos de capitales y la libre prestación de servicios financieros en toda la CEE, «sin ningún tipo de discriminación por la procedencia o nacionalidad de los agentes actuantes o el destino de sus actuaciones». Se espera que con esto se transfiera el ahorro comunitario hacia los países con tipos de interés reales más elevados; se unifiquen, progresivamente, estos tipos de interés con la eficacia marginal del capital; se produzca una convergencia de las políticas económicas y, sobre todo, monetarias, sin lo que no sería posible mantener estables los mercados de cambios y, por supuesto, parece aceptarse que puedan acentuarse los desequilibrios espaciales.

Según el modelo de Paolo Cecchini, expuesto en el trabajo «The Cost of Non-Europe in Financial Services» (Price Waterhouse, 1988), sobre una muestra de 11.000 empresas, los resultados, en principio, y con todas las limitaciones impuestas por la modelización econométrica empleada, no son demasiado buenos para España. El PIB se incrementará en ella, al culminar la liberalización, en un 0,71 por 100, mucho menos de la media del conjunto de los doce de la CEE, un 1,46 por 100 y, por supuesto, muy por debajo del incremento de Italia —un 3,01 por 100—, de Francia —un 1,77 por 100—, de Alemania —un 0,96 por 100—, de Gran Bretaña —un 0,84 por 100— y de Bélgica, con un 1,22 por 100. La inversión



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

crecerá entre nosotros un escuálido 0,33 por 100, frente al 2,42 por 100 comunitario medio, el 5 por 100 italiano, el 3,95 por 100 francés, el 1,04 por 100 alemán, el 1,02 por 100 británico y el 2,21 por 100 belga. Como es natural, así se explica que en todas partes se provoque con esta política un aumento del empleo, salvo en España, donde se traducirá en un incremento neto del paro. El único alivio serio se adivina en el lado de los precios. Estos disminuirán en España, medidos por el IPC, un 1,59 por 100 —el descenso más fuerte del conjunto, salvo el caso de Italia— y, medidos por el deflactor del PIB, se reducirán en un 1,65 por 100.

Todo esto no sólo producirá una interrelación creciente de los mercados financieros, sino también, «presumiblemente, una conexión cada vez más importante entre las instituciones financieras comunitarias, determinando un redimensionamiento de dichas instituciones junto con un aumento considerable de la competencia».

Surge en relación con esto otra cuestión: la de la competencia externa a la Comunidad. Da la impresión de que pueden rechazarse «las demandas de bancos extranjeros para operar en la CEE, o adquirir una parte de sus acciones, siempre y cuando se estime que el país de origen de la entidad solicitante discrimina de alguna forma a algún país miembro de la CEE». La actitud proteccionista va a afectar sobre todo, en principio, a Estados Unidos, Japón, Canadá y Australia, países todos ellos miembros no comunitarios de la OCDE.

Las instituciones financieras españolas se van a ver enfrentadas, concluye Martínez Estévez, con «la necesidad de disminuir costes y situar como preocupación básica la eficiencia y rentabilidad de sus operaciones», que «se transforma de esta forma en el eje básico que debe presidir cualquier decisión, lo que puede exigir, en muchos casos, un proceso de paulatina especialización en algún segmento del mercado». Por eso, «el gran dilema abierto a las instituciones de crédito consiste en compatibilizar un tamaño lo suficientemente importante como para poder suministrar una parte decisiva de los servicios demandados por el mercado y una cierta especialización operacional en tanto en cuanto se trata de adaptarse con facilidad y flexibilidad a las condiciones cambiantes del mercado y aprovechar las oportunidades que ésta pueda brindar en cada momento». Eso es lo que está detrás de la cortina ante la que se desarrolla el drama —a veces con ribetes de

juguete cómico— donde contemplamos interacciones ya de instituciones, ya de servicios; fusiones; absorciones o tomas conjuntas de participación, que permiten internacionalizar las redes y los servicios, mientras estas políticas permiten crear, ya de antemano, auténticos fosos, blocaos y murallas ante posibles OPAS hostiles.

El complemento lo proporciona Angel Pes Guixé en su aportación a este volumen *Estrategias reveladas en el sistema financiero español*, estudiando como grupo significativo de entidades financieras al de la Caixa, Banco de Bilbao, Cajamadrid, Banco de Vizcaya, Banco Popular, Caja de Barcelona, Banco de Sabadell y Banco Hispano Americano. Al considerar sus economías de escala, observa que no se desprende ningún resultado definitivo respecto a su existencia, por lo que «la conclusión que sugiere este comportamiento es la existencia de factores ajenos a la dimensión, por ejemplo la capacidad de gestión, que decidirían el signo definitivo de la variación de los costes asociados a la dimensión».

¿A costa de qué?

Es evidente que lo que se procura es conseguir un sistema financiero lo más inmune posible a las crisis económicas y que, al propio tiempo, encaje en las medidas liberalizadoras que concluirán por incluirnos en un vasto y homogéneo mercado comunitario. Es posible que se piense que, salvo los costes de ajuste, siempre obligados, no existirán otros para nuestra economía.

La voz de alarma la dio en una serie de ensayos Antonio Torrero Mañas, que culminan, por ahora, en el volumen *Estudios sobre el sistema financiero* (Espasa Calpe, 1989). La línea argumental que procede de este investigador es la siguiente. No es concebible ningún desarrollo español que no esté basado en un firme progreso industrial. Mucho más ahora, cuando observamos cómo el único servicio ajeno a la estructura industrial —el turismo— está amenazado de anquilosamiento a muy corto plazo de tiempo. Tal progreso industrial corre riesgos, como es natural, por la apertura exterior de nuestra economía. A pesar del considerabilísimo esfuerzo inversor de nuestros empresarios, es evidente que de aquí a mediados de la década de los 90, éstos van a sufrir embates muy duros. La progresiva liquidación del INI, aparentemente muy conveniente para mejorar la eficacia en la asignación de recursos, también contribuye a fre-

nar este desarrollo. Pero queda aún otro componente que en el pasado actuó de modo muy positivo. Veámoslo en su contexto actual.

Efectivamente, dice Torrero, a partir de los ajustes económicos ya señalados de 1892 y 1900, nuestro sistema de «bancos y cajas ha estado, tradicionalmente, implicado en la industria. La Banca, con una posición más activa; las Cajas, con altos coeficientes obligatorios, que se instrumentaban en tenencias de renta fija en favor de las empresas y servicios públicos». Ese modelo crediticio, a la alemana, o si se prefiere a la japonesa, ha sido acusado, y la acusación es difícil de rebatir, de asignar mal los recursos y de generar tensiones inflacionistas. Por eso se ve combatido, al orientarse la actual política económica por «el lado de la oferta», con un despliegue creciente de reprivatizaciones y de desregulaciones. Pero al tener que combatirse la inflación con las armas de la política monetaria —al fallar la política de rentas y la fiscal—, nos encontramos además con que puede generarse de nuevo una gravísima crisis bancaria salvo si desligamos, a la anglosajona, la industria de la Banca. Este es el planteamiento del Banco de España, cuya coherencia, además, es aparentemente inatacable. Como subraya el profesor Torrero, «con la experiencia vivida en la crisis bancaria, es comprensible que la orientación sea la reducción de compromisos permanentes (de la Banca) y se contemplan (por el Banco de España), pues, con reticencia, las implicaciones en la industria y la tenencia de participaciones, lo que supone la puesta en práctica de una política disuasoria».

RESUMEN

Velarde Fuertes aborda las profundas transformaciones que está experimentando el sector financiero español. Dos grandes conmociones lo explican: una, la crisis bancaria iniciada en 1977; otra, el ingreso comunitario de España. Un alud de literatura se ha precipitado sobre

Por supuesto que todo esto se basa en un postulado implícito antikeynesiano que Torrero, como buen nekeynesiano, pone en duda. Lo enunció así, recientemente, el premio Nobel de Economía, Tobin, al contestar a la pregunta sobre la diferencia entre keynesianos y no keynesianos: «El tema básico reside en la pregunta de si existen fallos de mercado a nivel macroeconómico... Un nekeynesiano cree que existen y que el gobierno puede hacer algo por remediarlo».

También existe un postulado segundo, que puede enunciarse así: «El sistema financiero desempeña una actividad económica similar a otras... Esta concepción sería la propia de los países anglosajones.» Torrero nos recuerda cómo esto es muy dudoso desde que en 1931 el comité Macmillan advirtió que el declive industrial británico se debía a esta escisión entre Banca e Industria, punto de vista que ahora ha reverdecido Lord Kaldor en *The economic consequences of Mrs. Thatcher* (Gerald Duckworth, 1983) al «culpar a la City de la decadencia industrial inglesa».

Por eso el que se haya puesto todo esto encima de la mesa sirve para que el debate acerca de nuestro sistema bancario sobrepase con mucho alicortadas anécdotas, quizá apasionantes para sus protagonistas, pero que no representan gran cosa cuando observamos que son simples remolinos superficiales de la gran corriente que es el río de la Historia, siempre impulsado por ese gran afluyente constituido por la dinámica del sistema financiero. □

estas cuestiones. Su valor es muy desigual. La confusión, sin embargo, que han generado ha sido muy alta. Por eso, como hilo de Ariadna en este laberinto bibliográfico, se debe emplear una colección de ensayos y un libro del profesor Torrero, recientemente publicados.

Antonio Torrero

Estudios sobre el sistema financiero

Espasa-Calpe, Madrid, 1989. 188 páginas. 950 pesetas.

Autores varios

El sistema financiero de la economía española

III Jornadas de Alicante sobre Economía española. Colegio de Economistas de Madrid, Madrid, 1989. 271 páginas. 1.500 pesetas.

Schrödinger, un científico heterodoxo

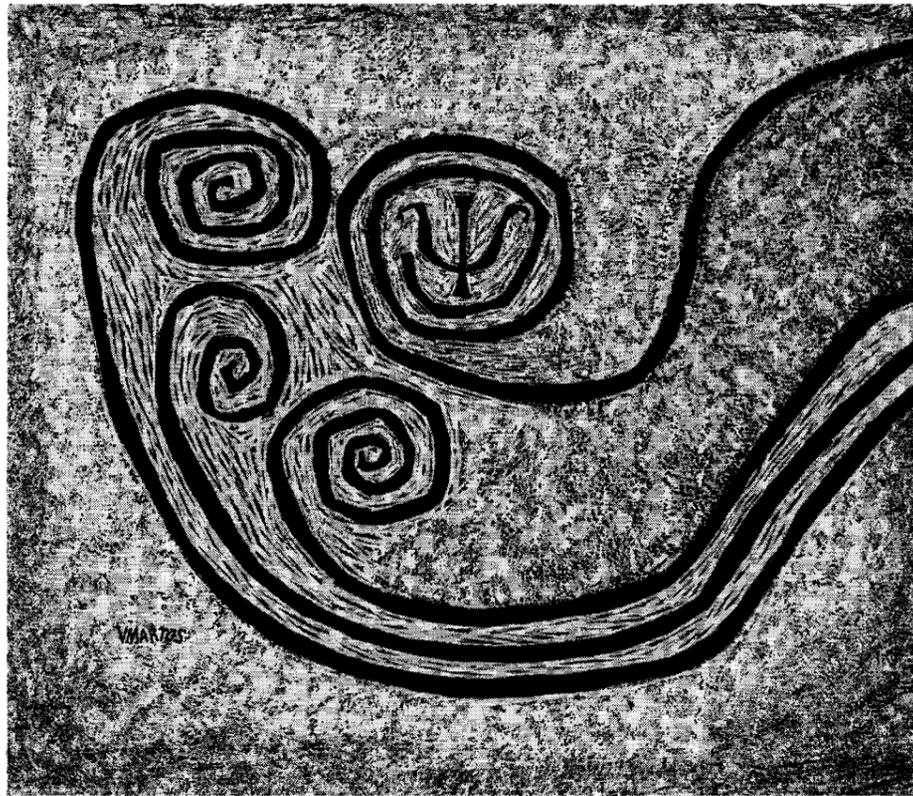
Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector. Académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido profesor de varias universidades españolas y ha investigado en la JEN (Madrid), el ICTP (Trieste), el CERN (Ginebra), Orsay (París) y el Rutherford Laboratory (Oxford).

Las dos grandes revoluciones científicas de este siglo, la Relatividad y la Mecánica Cuántica, se suelen relacionar con los nombres de sus creadores: Einstein con la Relatividad y Werner Heisenberg y Erwin Schrödinger con la Mecánica Cuántica. Pero lo que seguramente menos gente sabe es que el nombre de Schrödinger, el que da nombre a la famosa ecuación fundamental que satisface las funciones de onda y que más veces sale en los tratados corrientes, se debe relacionar también con uno de los oponentes más acérrimos, junto con Einstein, de la interpretación usual de la Mecánica Cuántica, la interpretación ortodoxa, o de Copenhague. Esta interpretación, tal como han demostrado los experimentos de Aspect, a los que se refería el comentario que en el número 32 de *SABER/Leer* hacía el profesor Alberto Galindo, cada vez parece ser la más correcta. Su grado de oposición le llevó incluso a afirmar que, si se debía continuar con los «malditos saltos cuánticos», lamentaba haber tenido nada que ver con la teoría cuántica.

De la misma manera que Schrödinger no aceptaba la interpretación ortodoxa, podría decir que él mismo fue un científico heterodoxo. Lo fue por muchos motivos. Uno de ellos fue el hecho de que su «annus mirabilis», en el que publicó sus cuatro trabajos más importantes que presentaban la formulación ondulatoria de la Mecánica Cuántica y por la que recibió el premio Nobel en 1933, fue el 1926. Schrödinger tenía treinta y ocho años, edad a la que los científicos suelen haber realizado ya aportaciones importantes. Compárese si no con los veinticuatro años a los que Heisenberg formuló, casi simultáneamente, la Mecánica de Matrices, o los veintiséis a los que Einstein explicó el efecto fotoeléctrico (por el que recibió el Nobel en 1922) o formuló la Teoría de la Relatividad Especial.

Otro motivo de la heterodoxia lo encontramos en su afición a la filosofía, derivada quizás de la formación recibida en el *Gymnasium*, a pesar de que siempre se opuso a las consecuencias filosóficas que se querían deducir de la Mecánica Cuántica. Durante toda su vida se sintió muy atraído por la filosofía oriental. Estudió varios libros de filosofía india, conocía a fondo los Vedas y parece que incluso llegó a creer en el budismo. O en su afición al teatro, tanto en los textos, como en las representaciones, como en el ambiente teatral. O su afición a escribir versos, ya que la calidad dudosa de éstos no permite hablar de poesía. En cambio, también al contrario de muchos otros físicos de su generación, co-



VICTORIA MARTOS

mo Einstein o Planck, no tenía ninguna afición a la música ni tocaba ningún instrumento.

También heterodoxa fue su conducta humana. Como todos los científicos germánicos de su generación, tuvo que vivir momentos difíciles. Además de sobrevivir a dos guerras mundiales, en la primera como soldado, trabajando en física desde el frente y viendo la muerte de su profesor Hasenöhrl, sufrió los avatares de la Alemania hitleriana. A pesar de no ser judío y antes de recibir el premio Nobel y su fama correspondiente, dejó su puesto seguro de profesor en Berlín en 1933 y se exilió voluntariamente en Oxford, dentro de un programa de la ICI para ayudar a los científicos perseguidos por los nazis. Su poco entusiasmo por el nazismo hizo que sólo su nombre y el de Einstein fueran eliminados de los archivos de la Academia de Ciencias Prusiana. Pero volvió más tarde a Graz, donde, en 1938, publicó una vergonzosa «Confesión al Führer» que, además de granjearle muchas incomprendimientos no le evitó el tenerse que exiliar de nuevo precipitadamente y a escondidas tras el «Anschluss», esta vez para ir a Dublín a dirigir la creación del Instituto de Estudios Avanzados del presidente De Valera.

La heterodoxia se extendía también a su vida familiar. Su único matrimonio fue muy estable, prolongándose durante cuarenta y un años, hasta su muerte. Pero puede que sus relaciones extramatrimoniales fueran casi tan numerosas como los años de vida matrimonial. Su afición a seducir mujeres, en general jóvenes y, con algunas excepciones, de un nivel cultural inferior al suyo, fue extraordinaria. En algunos casos estas relaciones acabaron en embarazos y, excepto en algún caso de

aborto, en hijos. Es chocante imaginar a Schrödinger, en la conservadora Dublín, viviendo en la misma casa con su mujer y Hilde, y con la hija de ésta (y de Erwin), compartiendo ambas mujeres las labores domésticas. Uno se pregunta quién aconsejó al Secretario de Estado del Vaticano Pacelli a proponer a Schrödinger entre los setenta científicos de «conducta cívica y moral irreprochable» que fueron nombrados por el Papa Pío XI para formar la Academia de Ciencias Pontificia; a pesar de que el Secretario de Estado evaluó las cualidades morales de los propuestos, ¿se ignoró su vida privada o se atendió exclusivamente a su calidad científica?

La biografía de Schrödinger está plagada de episodios bastante desagradables, muchos de ellos debidos a ingratitud personal, ridículos intereses monetarios, o el hecho de eludir sus responsabilidades. Pero al lado encontramos otros episodios, menos, que demuestran una calidad humana correcta.

Es probable que si Schrödinger no hubiera publicado sus trabajos de 1926, en una etapa de inspiración iniciada en las vacaciones de Navidad en Arosa, cerca de la estación de esquí de Davos, acompañado de una amiga no identificada, hubiera pasado a la historia de la ciencia como un físico que trabajó en casi todos los campos punteros de la Física, desde la mecánica estadística al estado sólido, pasando por la teoría de colores y la electricidad atmosférica, mostrando un conocimiento y una habilidad matemáticos considerables; también como un excelente profesor que comunicaba sus resultados, de palabra o por escrito, con una capacidad sorprendente; que tenía gran interés en la cultura en el sentido más amplio de la palabra... Pero su formulación de la Mecánica Cuántica le mereció un auge extraordinario que le llevó a una meteórica carrera por las universidades más prestigiosas, y también le sirvió de plataforma desde la que pudo dar gran resonancia a sus poesías, a sus obras filosóficas y también a sus trabajos sobre otras ramas de la ciencia. Como paradigma de esto último, podemos citar la pequeña obra *¿Qué es la vida?*, en la que Schrödinger expuso por primera vez la idea de que los genes eran moléculas; si bien consideró que probablemente se trataba de una proteína, bien se le puede considerar como uno de los fundadores de la moderna Biología Molecular.

La obra que comentamos me trae a la memoria la excelente biografía que Abraham Pais ha escrito sobre Einstein y cuyo título en castellano es *El señor es sutil: la ciencia y la vida de Albert Einstein* (Ariel, 1984). Tanto una como otra son biografías que inciden tanto en los aspectos humanos de los científicos como en la obra científica realizada, poniendo especial énfasis en el entorno en que dicha obra se desarrolló. Existe además un cierto paralelismo entre algunos rasgos de ambos científicos como, por ejemplo, el hecho de que soliesen trabajar bastante solos y no tuvieran discípulos directos. O el hecho de que tanto uno como otro fueran críticos respecto a la interpretación de Copenhague de la Mecánica Cuántica (piénsese en la famosa paradoja de Einstein, Rosen y Podolski, o en el famoso gato de Schrödinger) y de que ambos dedicaron los últimos años de su vida a trabajar en una unificación de los campos gravitacionales y electromagnéticos.

Podrían sorprender los intentos que ambos científicos realizaron para lograr dicha unificación, dejando de lado la existencia de las nuevas interacciones nucleares. A pesar de la comunicación frecuente sobre sus avances y de que Schrödinger se esforzó en incluir el campo mesónico, se trató de un esfuerzo aislado del progreso de las teorías cuánticas de campos que no dio ningún resultado. También vale la pena comentar la teatralidad con que Schrödinger anunció alguno de sus hipotéticos avances, declarando a los medios de comunicación que había alcanzado la solución a todos sus problemas, al presentar su trabajo «Las leyes afines finales». No está claro si estaba convencido del valor de sus resultados o más bien se trató, tal como confesó a Einstein, ante su reacción, de otra de las facetas curiosas del gran científico, que no dudaba en utilizar estos medios para afianzar su Instituto e incluso lograr un aumento de sueldo en la Irlanda de la postguerra. La utilización de los medios de comunicación de masas antes que las revistas científicas no es algo que se haya descubierto ahora, pero ya en aquel caso, como en utilizaciones recientes, no dio resultado.

La extensa cultura de Schrödinger le hizo conocedor de la literatura castellana. En sus escritos y en sus versos cita a Calderón, Cervantes y Unamuno. Visitó España en dos ocasiones. La primera el verano de 1934, mientras estaba en Oxford, invitado por la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo que dirigía Ortega. Participó en un curso sobre «El siglo XX», en el que dictó seis lecciones que fueron traducidas por Xabier Zubiri. Le gustó tanto España que volvió la primavera siguiente, esta vez acompañado por su esposa, con la que hizo un viaje turístico que incluyó la visita a las cuevas de Altamira. Dio también unas conferencias en Madrid, donde Blas Cabrera empezó algunas gestiones para atraerle a una plaza de profesor permanente que acabara con su exilio temporal en Oxford. Fue precisamente desde Madrid desde donde se dirigió a las autoridades de Berlín solicitando su baja formal como profesor. Cuando tuvo que abandonar finalmente Austria, la oferta de Madrid no fue suficiente para evitar su traslado al nuevo Instituto de Dublín. □

RESUMEN

Las dos grandes revoluciones científicas de este siglo se relacionan con el nombre de sus descubridores: Einstein (la relatividad) y Werner Heisenberg y Erwin Schrödinger (la mecánica cuántica). Este último, junto al propio Einstein, se opuso a la interpretación usual

de la mecánica cuántica, a su interpretación ortodoxa. El profesor Ramón Pascual comenta una biografía sobre este científico considerado un heterodoxo. El porqué debe ser considerado así Schrödinger es el tema del artículo.

Walter Moore

Schrödinger. Life and Thought

Cambridge University Press, Cambridge, 1989. 513 + 11 páginas. 25 £.

En el próximo número

Artículos de J.L. García Delgado, Manuel Alvar, J.M. Martínez Cacho, Vicente Verdú, José Luis Sampedro, Gonzalo de Olavide y José María Valverde.

Perspectiva de la Hacienda Pública

Por José Luis García Delgado

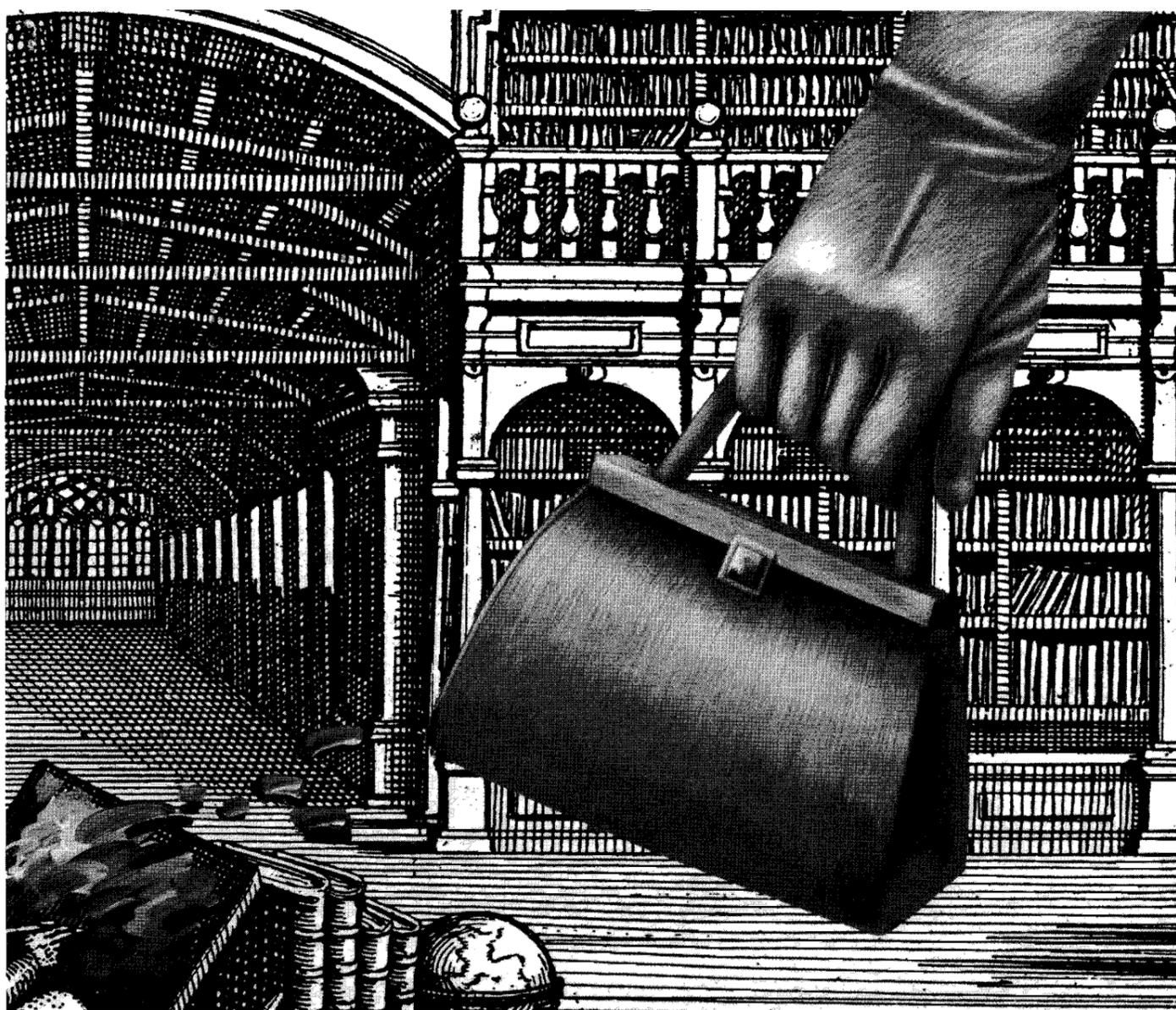
José Luis García Delgado (Madrid, 1944) es catedrático y director del Departamento de Estructura Económica de la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus publicaciones destacan «La industrialización española en el primer tercio del siglo XX» (1985), España, economía (1988) y «La economía de Madrid en el marco de la industrialización española» (1989).

Por un doble motivo, cuando menos, la obra distinguida hace muy pocos meses con el último Premio Nacional de Historia supone una novedad muy significativa: la distinción se ha otorgado a una investigación de historia económica, rompiendo así una inalterada tradición a favor de la historia política o de la cultura o, también muy frecuentemente, de obras con ambición interdisciplinar y enfoques generalizadores; y se ha concedido a un autor relativamente joven, frente a la pauta más habitual que ha tendido a recompensar la veterania y alargadas trayectorias científicas ya consagradas. Por ambas razones, pues, merece una atención especial el libro que motiva estas líneas, cuyo primer propósito es el de situar al autor en el ámbito generacional que le es propio y al contenido de la publicación en el panorama del análisis histórico de la Hacienda española contemporánea, con objeto de poder entresacar y glosar después algunas de las principales características y aportaciones de la obra.

Una nueva generación de historiadores

Francisco Comín Comín (Teruel, 1952) pertenece a un grupo generacional de historiadores españoles de la economía con perfiles bien diferenciados y con presencia ya predominante en los círculos de investigación y docencia universitaria.

Nacidos en los años cincuenta, han podido aprovecharse del magisterio que ha ido decantando la continuada labor de dos escalones generacionales precedentes: el representado, además de por Carande, por esa irrepetible triple «uve» de Valdeavellano, Vicéns y Vilar, y el que, con Felipe Ruiz Martín y Jordi Nadal como adelantados, integran Gonzalo Anes, Josep Fontana y Gabriel Tortella. A



ALFONSO RUANO

diferencia de sus mayores, han tenido además oportunidad de estudiar Economía desde su entrada en las aulas universitarias, ampliando después en muchos casos los conocimientos aquí adquiridos en prestigiosos centros académicos ingleses y de Estados Unidos, preferentemente. Se han beneficiado también desde muy pronto, para dar a conocer sus primeros trabajos, de la aparición de nuevas re-

vistas especializadas y de multiplicadas iniciativas editoriales, así como de la proliferación de coloquios, congresos y seminarios, en buena medida animados por ellos mismos, esto es, por los integrantes de esta nueva generación, nutrida y vigorosa, de historiadores españoles de la economía; cuya propia cosecha de títulos y contribuciones científicas viene mejorando, desde hace aproximadamente un decenio, parcelas importantes del conocimiento de nuestra historia contemporánea: el impulso del ferrocarril a la formación del mercado nacional, la evolución de la agricultura en los decenios interseculares, la política monetaria del primer tercio del siglo XX, el papel de la energía en la modernización de la industria, el comportamiento del sector exterior y las políticas proteccionistas, los distintos modelos regionales de industrialización... En estos y en otros temas han ahondado fructíferamente las investigaciones del citado grupo generacional de historiadores, además de haber hecho, previa o simultánea-

mente, aportaciones decisivas en la elaboración de las principales series estadísticas históricas de magnitudes e indicadores económicos españoles de los siglos XIX y XX.

Pues bien, la obra de Francisco Comín añade a esa sumaria y meramente orientativa relación de temas que se acaba de ofrecer una pieza capital: nada menos que el análisis de las influencias mutuas entre la Hacienda, y su reflejo en el Presupuesto del Estado, y la economía española entre el comienzo del siglo pasado y el término del primer tercio del novecientos; ambicioso propósito que parte de los sólidos cimientos que, también en este caso, forman la reconstrucción de las series históricas de las magnitudes fiscales, ya presentadas en una publicación anterior del autor: *Fuentes cuantitativas para el estudio del Sector Público en España, 1801-1980*, monografía editada en 1985 por el Instituto de Estudios Fiscales. Por más de un concepto, en conse-



En este número

Artículos de

J. L. García Delgado	1-2	José Luis Sampedro	8-9
Manuel Alvar	3	Gonzalo de Olavide	10-11
J. M. Martínez Cachero	4-5	José María Valverde	12
Vicente Verdú	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Perspectiva de la Hacienda Pública

cuencia, puede contemplarse el premio otorgado a *Hacienda y economía en la España contemporánea, 1800-1936* no sólo como reconocimiento de una extraordinaria labor personal de investigación, sino también como un justificado refrendo institucional a toda una colectiva y brillante tarea generacional de renovación en el análisis de nuestra historia contemporánea.

Posibilidades y servidumbres de la Hacienda

Muy lejos de las habituales aproximaciones al estudio hacendístico por medio del examen casi únicamente de textos legales y de discursos parlamentarios, Comín profundiza en el análisis de las finanzas públicas a través de las cifras presupuestarias, como ya se ha dicho, con la ventaja añadida de un conocimiento riguroso de las condiciones de la evolución económica que enmarcan en cada momento los resortes de la actuación de la Hacienda. Y así,

Qué es

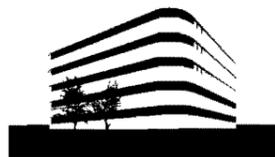
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.



ALFONSO RUANO

en la línea de lo realizado anteriormente por Enrique Fuentes Quintana y Josep Fontana, el autor de la obra que aquí se comenta consigue ofrecer un amplísimo cuadro, rico también en detalles, de las interrelaciones entre las finanzas públicas y la economía española a lo largo de casi siglo y medio.

Dos características formales contribuyen a realzar, a su vez, los resultados de ese ambicioso esfuerzo. Por una parte, el gusto de Comín por la erudición, entendida ésta no como ejercicio artificioso, sino como herramienta útil en tanto que supone incorporar al propio trabajo los aportes precedentes, empleando para ello siempre el filtro de un aguzado y mantenido sentido crítico; cultivo de la erudición, con el que no se hace, en de-

finitiva, sino prolongar una provechosa tradición de los mejores textos de Historia, en general, y de Historia económica, en particular. ¿Acaso no ha sido siempre la erudición uno de los atractivos diferenciales de la producción científica en este dominio intelectual? Por otra parte, destaca igualmente la obra de Comín por su excelente prosa; un buen hacer literario, en suma, tanto más subrayable cuanto que la Historia exige, más acaso que ningún otro campo científico, saber arropar los componentes analíticos con los propiamente narrativos, los hallazgos documentales, numéricos o interpretativos con una depurada capacidad expresiva, la exactitud de lo aportado con la pulcritud de la exposición.

Todo ello, erudición y elegancia expresiva, hacen aún más sobresalientes, repítase, las muchas aportaciones de la obra de Comín al conocimiento de la economía y la sociedad de la España contemporánea. Los tres capítulos centrales, dedicado uno a la época isabelina y al Sexenio revolucionario, otro a la Restauración alfonsina y el tercero a la Dictadura prímorriverista y a la II República, están ciertamente repletos de apuntes novedosos e incitantes, así como de maduras conclusiones con trascendencia para la comprensión de la historia española de las dos últimas centurias. Telegráficamente pueden anotarse algunas: la lenta incorporación a nuestra estructura tributaria de avances ampliamente compartidos por la Hacienda Pública europea, inéluso si la comparación se establece exclusivamente con los países latinos; la persistencia de los

problemas planteados y de las soluciones propuestas, debida, entre otras causas, a la falta de diligencia para, más allá de los cambios legales, aplicar y actualizar las reformas tributarias; la desproporción entre el marcado interés que siempre ha suscitado entre los políticos la posible modificación de los tributos y la muy escasa atención que han prestado a la disponibilidad de una eficaz Administración para hacer efectivos los cambios en la fiscalidad y la asignación de los recursos públicos; la endeblez e ineficacia de una Hacienda que «gastaba poco y mal»; por eso mismo, el papel no poco secundario y hasta cierto punto subordinado que el Presupuesto y, en general, el Sector Público desempeñan en la evolución de la economía española decimonónica y de los primeros compases del siglo XX (escasa relevancia que, permítaseme añadir, quizá explique la prolongada recurrencia al intervencionismo, en tanto que sucedáneo de un sector público con más capacidad y eficacia; de modo que la propia precariedad de la Hacienda ha podido inducir a multiplicar las prácticas intervencionistas y reguladoras, al ser más fácil en esa situación repartir privilegios que introducir y administrar diligentemente impuestos).

Conclusiones todas ellas que, no hace falta demostrarlo, sirven para iluminar también no pocos aspectos cuestionados de nuestro presente. El Premio Nacional de Historia ha recaído esta vez, pues, en una obra de excepcional interés, y no sólo para el más cabal entendimiento del pasado. □

RESUMEN

Esta obra de Francisco Comín, perteneciente su autor a la nueva generación de historiadores de la economía, obtuvo, la primavera pasada, el Premio Nacional de Historia. El que esto ocurriera, es decir, la novedad que supone el que se distinguiera a una investigación de his-

toria económica, es valorado muy positivamente por García Delgado, quien comenta en estas páginas el libro de Comín, que es un análisis de las influencias mutuas entre la Hacienda, y su reflejo en el Presupuesto del Estado, y la economía española.

Francisco Comín Comín

Hacienda y economía en la España contemporánea

Ministerio de Economía y Hacienda, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1989. 2 volúmenes. 1272 páginas. 5.800 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Perspectiva de la Hacienda Pública», por José Luis García Delgado, sobre el libro <i>Hacienda y economía en la España contemporánea</i> , de Francisco Comín Comín	1-2
«Eugenio Montale, de nuevo», por Manuel Alvar, sobre el libro <i>Poesie inedite, IV</i> , de Eugenio Montale	3
«Poesía española en la segunda mitad del XIX», por J. M. Martínez Cachero, sobre el libro <i>El poeta y el burgués (poesía y público 1850-1900)</i> , de Marta Palenque	4-5
«El imperio de la moda», por Vicente Verdú, sobre el libro <i>El imperio de lo efímero</i> , de Gilles Lipovetsky	6-7
«La palabra y la sangre», por José Luis Sampedro, sobre el libro <i>América Latina. Política y sociedad</i> , de Alain Touraine	8-9
«El límite y el país fértil», por Gonzalo de Olavide, sobre el libro <i>Jalons (pour une décennie)</i> , de Pierre Boulez	10-11
«A propósito de Schelling», por José María Valverde, sobre el libro <i>Experiencia e historia. Escritos de juventud</i> , de F. W. J. Schelling	12

Eugenio Montale, de nuevo

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático de universidad, académico y, desde el mes de enero de 1989, director de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del español.

En 1982 se celebró un Congreso Internacional sobre la poesía de Eugenio Montale. Quinientas páginas (Milán-Génova, 1982) que nos hablan de la persistencia de aquel hombre singular en países muy distintos y en investigadores de muy diverso talento. Al redactar estas notas me siento atraído por los estudios de Laura Barile («Primi versi di Eugenio Montale», págs. 435-455) y de Emerico Giachery («La poesia di Montale e il senso dell'Europa», págs. 457-472) como sendas llamadas al libro que tengo entre las manos y a la solidaridad cultural en la que me siento integrado. Porque Annalisa Cima nos ha entregado —puntual, bellísimamente— una nueva colección de poesías que cumplen, con la precisión con que giran las estrellas, el deseo del maestro: publicar cada año diez poemas de los sesenta que dejó inéditos. Versos éstos que nos dirían cuán lejos estamos del poeta dannunziano que se declaró en sus primeras andanzas para las que valía, como mucho, la presunción juvenil del desenfado modernista o la vanidad solemne y ampulosa (vid. Marco Forti, *Per conoscere Montale*, Milán, 1976; con una excelente bibliografía hasta ese momento). Sírvanos como testimonio el poema titulado *Confiteor*:

*Non chieggo si ponga su questa
mia tomba epitaffio gentile.
A dirvi soltanto mi resta:
—Fui uomo— fui vile.*

(sin título aparece en las *Poesie disperse*, de *Tutte le poesie*, ed. Giorgio Zampa, Milán 1984, pág. 781).

He dicho D'Annunzio, podría decir Barbey d'Aurevilly y añadir Valle-Inclán o Heine. Se nos ha manifestado un panorama de solidaridades y diferencias, de evidencias también. Porque somos Europa con sus grandezas y sus miserias, pero con la voluntad de una civilización común tantas veces amenazada por la barbarie y otras tantas salvada por su voluntad de pervivencia. Se ha dicho que Europa es la libertad y Asia la esclavitud. Somos europeos aunque el dolor nos asalte reiteradamente en la barbarie que amenaza (¿cómo olvidar *Roma occupata*, de Ungaretti?, o ¿a Du Bellay o a Quevedo?). Cuando en 1970 Montale canta a Grecia, Europa está, como en tantas páginas suyas, en la luz que da esperanza frente a las brumas que se tienden: «Sul proprio azzurro insorta in minimi limiti, per essere misura, liberta delle misma, liberta di legge che a se liberi legge» (Giachery, art. cit., pág. 458).

Era la protesta contra el régimen de los coroneles. Grecia encarnaba, como otro día Roma o París, la libertad de Europa en el derecho de sus leyes. Y allí, en el alma de Montale, estaba el sueño de la razón engendrando monstruos, en los inventos de Goya o de Picasso para salvar a Europa de los monstruos que había creado. Repaso las bellísimas páginas que nos entrega Annalisa Cima y se reaviva el mejor Montale, el que todos nosotros consideramos nuestro porque ayudó a continuar, y a crear, esa cultura europea por la que queremos vivir.

En este momento merece la pena recordar sus traducciones de Shakespeare (sonetos XXII, XXXIII, XLVIII, fragmentos del *Sueño de una noche de verano*), de Blake, de Emily Dickinson, de Hopkins, de Melville, de Thomas Hardy, de Milosz, de Yeats, de Djuna Barnes, de Ezra Pound, de Eliot, de Leonil Adams, de Dylan Thomas, de Kavafis.

Dejo aparte sus versiones de un par de poemas de James Joyce (de los *Pomes Penyeach*) y las de nuestros Maragall (*Cant espiritual*) y Jorge Guillén. Si exceptuamos a Shakespeare, las seis poesías de Guillén constituyen el más amplio elenco de este conjunto; figuran con los títulos de *I giardini*, *Ramo d'autunno*, *Albero autunnale*, *Avvenimento*, *Presagio*, *Il Cigno*. Esta antología particular del poeta ocupa las páginas 731-744 de *Tutte le poesie*; es una buena muestra de su capacidad intelectual y de su saber, así como de su cuidado para respetar en tanto sea posible las formas originales. Me permito copiar *I Giardini* junto al original de Guillén para que —en su brevedad— se pueda apreciar el «modus interpretandi» de Montale:

*Tempo in profondo; scende sui Giardini.
Guarda come si posa. Ora s'affonda,
è tua l'anima sua. Che trasparenza
di sere unite insieme per l'eterno!
La tua infanzia, sì, favola di fonti...*

El texto español aparece en *Cántico* (en la sección V de *El pájaro en la mano*):

*Tiempo en profundidad: está en jardines.
Mira cómo se posa. Ya se ahonda.
Ya es tuyo su interior. ¡Qué transparencia
de muchas tardes, para siempre juntas!
Sí, tu niñez, ya fábula de fuentes.*



STELLA WITTENBERG

Estos versos que estoy leyendo no son una poética declarada, sino asumida. Creo con Macrì (*Sulla poetica di Eugenio Montale attraverso gli scritti critici*, Congreso citado, págs. 413-433) que la validez filosófica de un sistema artístico debe propiciar también la adecuación de las intenciones a la cualidad humana del arte. No son vanos los nombres de Kierkegaard, Unamuno, Nietzsche y Benjamin (vid. Gian Paolo Biasin, *Il vento di Debussy. La poesia di Montale nella cultura del novecento*, Bolonia, 1985). Montale es antestructuralista y con sus versos nos protege con pretensiones humanísticas que en su creación constan siempre, desde que las dejó en unos versos inolvidables al comienzo de *Ossi di seppia* («Non chiederci la parola che squadri da ogni lato / l'animo nostro informe...»). Estos textos de hoy nos están hablando de ese «tú» hipotético al que se remiten unos poemas que dejó en un misterioso silencio para que hablaran por él (es decir, el «yo» poético) con un lento redoblar de campanas sumergidas. Son versos en los que el «yo» vacilante no tiene forma absoluta porque ésta sólo se logra en la conjunción del «tú» al que se escribe. Nos asaltan recuerdos de Unamuno (*Para después de mi muerte*) o de Machado (*Juan de Mairena*), porque si la muerte triunfa sobre cada uno de nosotros, no menos cierto es que

el canto propio limita las pretendidas, e inútiles, condenas (la poesía de Montale está cerrada a toda esperanza; vid. Alvaro Valentini, *Lettura di Montale. «La bufera e altro»*, Roma, 1977). Nos llegan estos versos vivos cuando el poeta ya está muerto. No son un simple legado cuyo fin hubiera podido cumplirse en vida o en una entrega indiscriminada. Son las palabras que se enuncian desde un remoto silencio para darnos testimonio de una presencia que no abdica del coloquio. Como las voces que llegan desde Lucernas sumergidas o las campanadas solemnes de Guatavita. Con estos poemas, Montale se ha hecho leyenda, ciudad anegada bajo las aguas del lago, pero a la que seguimos escuchando mientras las manos piadosas de Annalisa Cima le den el tornavoz de unas páginas blancas y, luego, la memoria estable de los libros. Lentamente, año tras año, la presencia de Montale es una voz de inmortalidad mantenida. Secreto último de aquel hombre que quiso ser más de lo que en vida fue y que lo sentimos cercano porque el amor se levanta sobre el silencio o el olvido, lo que en definitiva no es otra cosa que ejercer la crítica más allá de la poesía, o gracias a ella, como Eliot o Valéry, como Unamuno o Machado (en este sentido tienen singular valor sus *Lettere a Quasimodo*,

poesía. Luigi Rosiello hizo un inventario de su léxico («Analisi statistica della funzione poetica nella poesia montaliana», en *Strutture, uso e funzione della lingue*, Florencia, 1965) y «tempo» aparece en el lugar número 27 (frecuencia absoluta 32), pero sobre estos datos se ha podido organizar toda una teoría (Eliabetta Graziosi, *Il tempo in Montale*, Florencia, 1978) que, en verdad, está más allá de las precisiones lingüísticas, pues el tema y las asociaciones temáticas aparecen no como constante de una dialéctica atormentada de opuestos, sino por analogía y aproximación semántica. Con palabras de Graziosi, la palabra-tema (estilística) no cubre todo el ámbito del tema (contenido), como tantas y tantas veces ocurre, pues el lenguaje de la poesía no está desprovisto de muchos connotadores que enriquecen la simple denotación, o, al transcribir los informes inmediatos (digamos los textos), se oculta el espíritu del poeta, que no llegó a formularse. Recuerdo que un día Jorge Guillén me decía que, precisamente en Italia, habían hecho un análisis estilístico de su vocabulario: «aire» era la palabra más veces registrada; sin embargo, el poeta creía que «luz» era la que representaba mejor su poesía. (He hablado de Guillén. Con él se aproximó de manera sorprendente. Pienso, por ejemplo, por el cuidado de la transmisión de su poesía y por el esmero con que ha sido editada. Al trabajo ejemplar de José Manuel Blecua, añadiría el de Dante Isesella al editar *Los Mottetti*, Milán, 1980.) El tiempo montaliano sigue distintas gradaciones (*Ossi, Occasioni, Bufera*) hasta la extrema conclusión de negarse a sí mismo, según el análisis que estoy considerando.

*Poi, a fior d'acqua, la visione lieta
d'una scia d'opale che in pochi istanti stinge
lasciando un solco per farsi ricordare.
Ed è la prova che mi consola. Un giorno
anch'io sarò salvo per chi non mi smemora.*

Tenemos unos versos cuidadosamente impresos y su presencia me trae otros recuerdos. Los catorce primeros *Xenia*, escritos entre 1964 y 1966, que el poeta cuidó para una edición no venal, o los que escribió entre 1966 y 1967. Recuerdos, porque luego quedaron los *Altri Xenia* y *Satura* (1971), que nos llevan fuera de lo que ahora comento. *Altri versi e poesie disperse* fue el último libro de poemas que editó Montale. Apareció en mayo de 1981, pocos meses antes de su muerte. La primera parte del volumen (*Altri versi*) podría relacionarse con los textos que edita Annalisa Cima, pues procede de los poemas que escribió en la década de los setenta y comienzo de los ochenta, cuando el poeta adoptó maneras como si se tratara de un diario. Y dejó testimonio de su tiempo:

Nel duemila
*Eravamo indecisi tra
esultanza e paura
alla notizia che il computer
rimpiazzerà la penna del poeta.
Nel caso personale, non sapendolo
usare, ripiegherò su schede
che attingano ai ricordi
per poi riunirle a caso.
Ed ora che m'importa
se la vena si smorza
insieme a me sta finendo un'era.* □

escritas por los años treinta y editadas por Sebastiano Grasso, Milán, 1981):

Oggi di moda
*Ogni giorno l'è una rivoluzione
di stagioni, di popoli, di idee.
Sine die è rimandata ogni decisione.
Nulla è più stabile, se non qualche canzone
ripetuta sotto tutte le bandiere.
(...)
A noi, rimane la speranza che qualche
anacoreta distilli resine dorate
dai tronchi marcescenti del sapere.*

Precisamente el tiempo fue un motivo que obsesionó la vida de este hombre, por más que no fuera un tema constante de su

RESUMEN

El poeta italiano Eugenio Montale, Premio Nobel de Literatura, dejó al morir en 1981 sesenta poemas inéditos y un deseo: que éstos se fueran publicando a razón de diez poemas por año. El director de la Real Academia Española, Manuel Alvar, aprovecha una

nueva entrega de estos inéditos para acercarse, con respeto y atención, a la obra poética de Montale, al que Alvar considera como algo propio, porque ayudó a continuar, y a crear, la cultura europea por la que queremos vivir.

Eugenio Montale

Poesie inedite, IV

Fondazione Schlesinger, Lugano, Nueva York, 1989. 26 páginas.

Poesía española en la segunda mitad del XIX

Por J. M. Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) es catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor de La novela española entre 1936 y 1980.

Hay períodos en la historia de nuestra literatura que, por razones muy diversas, tienen una bibliografía «sobre» más bien escasa y poco favorable en cuanto a la estimación crítica de su obra; así sucede, en lo que a poesía atañe, con la época comprendida entre el Romanticismo y el Modernismo —digamos que, aproximadamente, la segunda mitad del siglo XIX—, asunto del libro de la profesora Marta Palenque, que tiene como base lo que fue en su momento una tesis doctoral leída en la Facultad de Filología de la Universidad sevillana. La autora, a quien no mueve ningún apasionamiento reivindicativo, intenta desentrañar, desde una contemplación en que se dan cita estética y sociología, su efectiva realidad por medio de los testimonios que poetas, críticos y lectores de entonces, cada cual en su propio ámbito, nos dejaron, corregido oportunamente el comprensible (casi obligado) desenfoque de la visión coetánea. Con materiales análogos, en algún caso con los mismos materiales, otro era el espíritu de José María de Cossío en su investigación de hace ya tiempo (J. M. de Cossío, *Cincuenta años de poesía española, 1850-1900*, Espasa-Calpe, Madrid, 1960, las palabras citadas, en pág. 8), cuando anticipaba en la introducción de su trabajo lo que venía a ser también conclusión práctica del mismo: «Los críticos literarios de este período se llamaron Francisco de Pau-

la Canalejas, Juan Valera, Manuel de la Revilla, Marcelino Menéndez Pelayo, José Yxart, Leopoldo Alas... Yo me resistiré a creer en la falta de sensibilidad estética de estos hombres. Por otra parte, suponer suprimida la aptitud poética de los españoles durante tan largo período, me parece recurso temerario de polemista. Nuestros padres y abuelos gustaban de tal poesía hasta el punto de llegar a aprender de memoria los versos de tales poetas. No puede admitirse, ni como recurso dialéctico, que formaban parte de una Beocia».

Decir que aproximadamente la segunda mitad del XIX es el tiempo cronológico al que corresponde tal poesía, constituye no mucha precisión; creo que algo adelantáramos al respecto tomando como jalones inicial y final del recorrido los años 1868 y 1898, respectivamente, que son datas sin relieve literario, pero de muy consistente envergadura histórica, con peso innegable en actividades distintas a las políticas y bélicas. De lo que supuso la primera de ambas efemérides en nuestra poesía afirmaba tiempo después Emilio Ferrari, uno de los afectados: «El horno donde se forjaron las nuevas aspiraciones fue la Revolución de Septiembre...; al remitir la fiebre y cuando dentro ya del primer tercio de la Restauración se depuraron y consolidaron las adquisiciones revolucionarias, pudo verse marcada en la literatura, como en el resto de la vida intelectual del país, la huella de aquellos sucesos, como sólo al retirarse la riada puede verse fecundado por el lógamo el terreno que inundaron las aguas». Bien poco sería preciso declarar respecto a la importancia del desastre de 1898, causa de profunda conmoción en la sensibilidad e inteligencia de un grupo de españoles —entre ellos, la llamada generación del 98—, remate además de un siglo y puerta abierta a la modernidad en la literatura (no únicamente en la poesía). Antes del 68 e in-

cluso después quedaban, por obra y gracia de Zorrilla, vivo hasta 1893 y activo como poeta casi hasta aquí, rezagos y rezagados del romanticismo de la primera época, decadentes y repetitivos, y, a su lado, otra especie de romanticismo cuyo adalid indiscutible sería Gustavo Adolfo Bécquer, acompañado de algunos antecesores (los pre-becquerianos) y de bastantes imitadores. Al término del período figuran los llamados pre-modernistas españoles —a su frente: Manuel Reina, Ricardo Gil, Salvador Rueda—, que algo hicieron, cada cual a su medida y modo, en pro de la renovación de nuestra poesía, pero debe decirse que como «están demasiado próximos al mundo restaurador [entiéndase: de la restauración canovista], ese necesario cambio en la función del arte no se opera con ellos (...)» (pág. 266).

Plástica y doctrinal

¿Qué denominación convendría más para designar en su conjunto la poesía de este período? Decir «post-romántica» es poco menos que no decir nada, puesto que semejante rótulo deja sin caracterizar esencialmente dicha poesía para atender sólo a su colocación temporal en el mapa de escuelas y movimientos literarios; la denominación de «filosófica» quizá tiene presente la supuesta trascendencia de la poesía de Campoamor, autor de ambiciosos y extensos poemas como *El drama universal*, intento de «una síntesis general [de] todas las pasiones humanas y [de] todas las realidades de la vida» (según el mismo poeta), inventor además de la *Dolora*, llamada a hacerse famosa en su tiempo, uno de cuyos cuatro componentes (junto a la ligereza, el sentimiento y la concisión expresiva) era nada menos que «la importancia filosófica». Ya en sus días hubo críticos que al comentar determinados poemas de Núñez de Arce, como

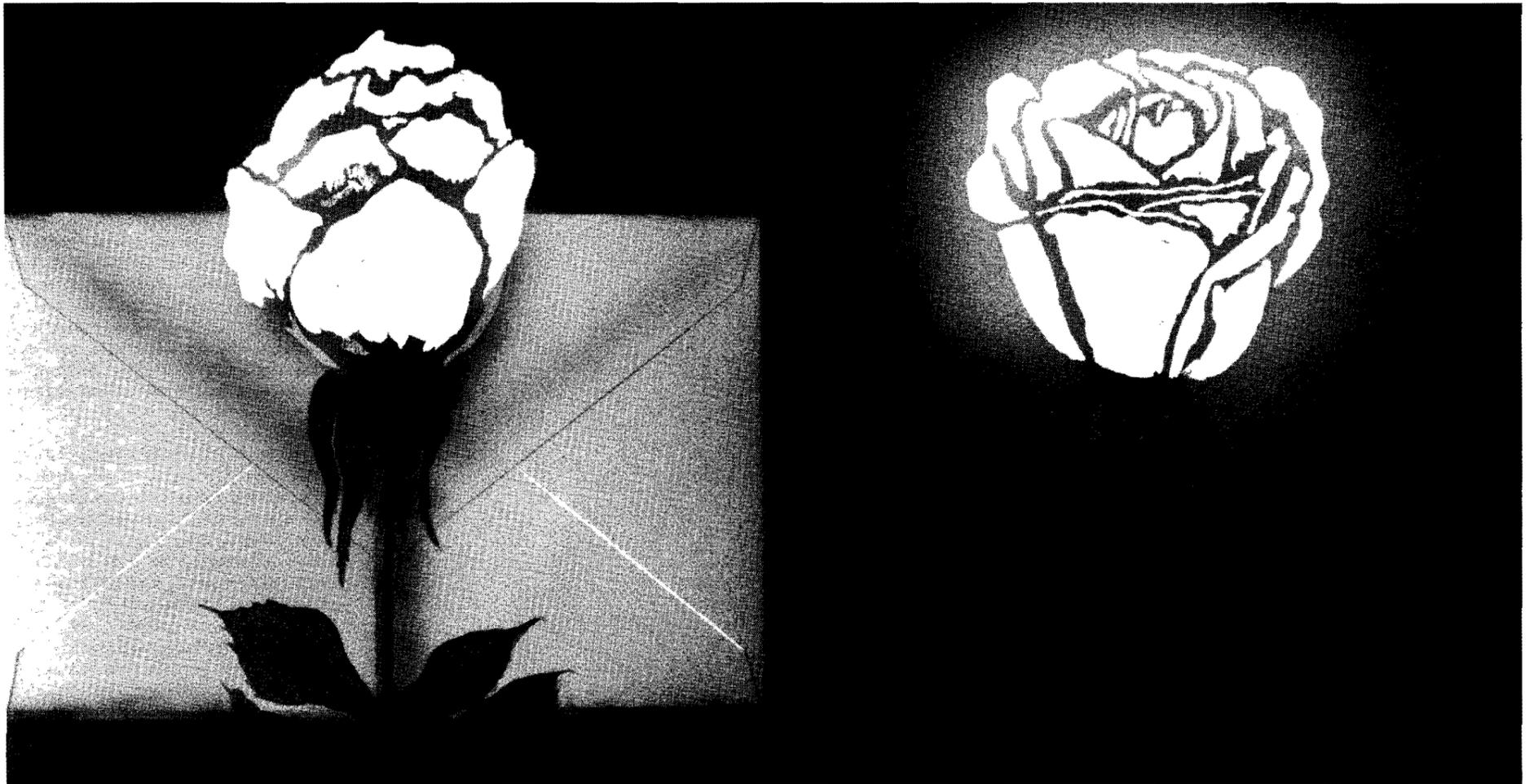
Maruja o *La pesca*, advirtieron que eran muestra de naturalismo en la poesía, dado su carácter narrativo-descriptivo, amén de algunas características de situaciones y personajes próximos a muchos de sus homólogos en la novela naturalista, donde lo violento y desagradable tienen asiento. Fue Narciso Alonso Cortés, buen conocedor de nuestra literatura decimonónica, quien llamó a esta poesía «plástica y doctrinal», refiriéndose así a la forma —«estrofas pulquerramente talladas, a modo de escultórica veste»— y al fondo —«las preocupaciones sociales y morales de la época, los problemas que agitan la vida del hombre moderno»—. Para mí es notorio que cualquiera de esas denominaciones conviene sólo a una parte del conjunto y nunca a su total realidad, más variada y mezclada de lo que pudiera parecer; lo muestran y demuestran cumplidamente las diversas tendencias existentes, de las que Marta Palenque se hace cargo en el capítulo segundo de su libro. Salen así a plaza Campoamor y sus imitadores, Bécquer y los becquerianos, Núñez de Arce y su escuela, la poesía erudita y clasicista, los autores de poesía festiva, la poesía de circunstancias y de salón, junto con los rezagos del Romanticismo y los anticipadores del Modernismo.

En su tiempo y posteriormente (y, desde luego, en nuestros días) parecía (parece) claro que semejante conjunto, a más de diverso, poblado por algunos centenares de versificados, estaba presidido por Núñez de Arce y Campoamor, ya que Zorrilla, superviviente de sí mismo, no contaba por estimarsele adscrito a otra época, pasada ya irremediablemente, y el nombre de Bécquer, cuyas rimas reducían algunos a «suspirillos germánicos», tardaría en ser apreciado rectamente. Cuando en 1885, afligido el crítico «Clarín» por la nada



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

boyante situación de nuestra poesía, hace recuento de los poetas coetáneos con alguna entidad, halla que «al contar los poetas líricos por los dedos, comenzando por el pulgar, no paso del que llaman del corazón, o sea el dedo del medio. ¿Nada más que tres poetas? Nada más. Y si vamos a tomar a rigor el concepto, dos y medio. ¿Quiénes son? Campoamor y Núñez de Arce, los enteros; el medio (y un poco más), Manuel del Palacio»; la situación —para Leopoldo Alas— no iba a cambiar sustancialmente con la llegada de los presuntos innovadores, tan esperados un día por el crítico, decepcionado enseguida por la inanidad de éstos; de ahí su anti-modernismo, a menudo desafortunado e injusto.

Situándonos de nuevo ante Campoamor, acaso la relevancia de este poeta se refuerce al recordar su deseo, teórico y práctico, de un nuevo lenguaje poético, distinguido (entre otros rasgos) por la concisión expresiva y por un mayor acercamiento al lenguaje cotidiano y conversacional, a modo de correctivo del utilizado siglo tras siglo, desde siempre: «(...) el lenguaje poético oficial en que se escribía era [según Campoamor en la *Poética*] convencional, artificioso y falso, y se hacía necesario sustituirlo con otro que no se separase en nada del modo común de hablar». (Semejante formulación se aproximaba a las palabras de Bécquer (prólogo a Ferrán) que señalan la existencia de un tipo de poesía «natural, breve, seca, (...), que hiera el sentimiento con una palabra (...), desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre (...)».)

Dos vocablos en el título y subtítulo del libro que nos ocupa —«burgués» y «público», respectivamente— apuntan a su dimensión sociológica, desarrollada en el capítulo tercero y último. Un público burgués, pero integrado también por individuos pertenecientes a otros estamentos sociales, bien avenido con la poesía de sus poetas —la profesora Palenque señala entre las oportunas comprobaciones que «la poesía realista es la más memorizada de la historia literaria española» (página 226)—, pasadas ya las provocaciones de los románticos

y antes de que irrumpiesen las innovaciones formales y temáticas, y las actitudes personales de los modernistas, a las que tan hostiles serían esos lectores corrientes y molientes, acostumbrados a unos versos sin sorpresas; semejante situación de acomodo o concordia de partes contaba con excepciones de algún riesgo más bien teórico: dígame la vocinglería escandalosa de Bartrina en composiciones de su libro *Algo* (1874) y, más destacadamente, la poesía de Campoamor, tantas veces socavadora de usos y costumbres queridos y arraigados; Azorín lo vio perspicazmente al escribir (en *Clásicos y modernos*) que «su poesía —suave y benévola— es como la corriente de un río plácido que va socavando, derruyendo, mordiendo poco a poco las orillas. El escepticismo se bebía sin sentir en la poesía de Campoamor; lo bebía la misma burguesía (...)».

Versificadores en ejercicio

Esos centenares de versificadores en ejercicio a los que antes aludí son prueba, ya de entrada, del muy extendido interés que por la poesía existe en la época, hecho corroborado por otros varios no menos significativos, como: la abundancia de juegos florales y otros certámenes poéticos, actividad en la que participaba hasta la misma Academia de la Lengua; las lecturas poéticas y las dramatizaciones de algunos poemas, a cargo las primeras de los propios poetas (algunos de ellos, buenos lectores o recitadores) y encomendadas las segundas a actores tan reputados como Calvo o Vico —respecto a los éxitos registrados en algunas sesiones poéticas celebradas en el Ateneo de Madrid, escribía burlescamente Palacio Valdés que «no es posible figurarse hasta qué punto mejoran los artistas al pasar por el Ateneo de Madrid. Les acaece lo mismo que a los vinos después que han atravesado el mar». La prensa, inestimable vehículo de difusión, se hacía eco de dichas veladas y contribuía así a la rápida venta del folleto que contenía los versos leídos, llegándose a agotar la edición; tanto el periódico diario como la

revista semanal daban propicia acogida en sus páginas a las composiciones poéticas. Mayor acercamiento entre poesía y sociedad, poetas y público, suponían «las reuniones culturales en las casas de la buena sociedad», donde anfitriones e invitados rivalizaban en obsequiar a los poetas de turno, áulicos algunos, como el melifluido y cursi Antonio Fernández Grilo, quizá el de mayor éxito social; los poetas corresponderían a su vez escribiendo de su puño y letra circunstanciales versos de galante homenaje a las damas de la casa. La crítica literaria, finalmente, convertida en postrer eslabón de la cadena, bendecía con su intervención la marcha de las cosas, aunque alguna vez arremetiera duramente contra malas prácticas y contra libros y autores de escasa o nula entidad estética.

No únicamente las extravagancias de los modernistas constituían serio peligro para el porvenir de la poesía (en la opinión de algunos comentaristas), sino que también lo era el progreso científico, debelador de los misterios naturales, fuente de la poesía: «mientras la humana ciencia no descubra / las fuentes de la vida, / (...) / mientras haya un misterio para el hombre, / ¡habrá poesía!», afirmó Bécquer en la cuarta de sus rimas.

¿Qué pasará cuando eso haya ocurrido?, se preguntaban —¡hombres de poca fe!— los ateneístas madrileños que durante varias sesiones del curso 1873-74 debatieron, bajo la presidencia de don Juan Valera, la cuestión

siguiente: «¿Hasta qué punto los progresos y descubrimientos en las ciencias experimentales y el más perfecto conocimiento de la naturaleza y el hombre, son o no perjudiciales a la poesía y al arte?» Negándose a aceptar semejante oposición, personas como el ingeniero y académico de la Lengua Melchor de Palau compusieron poemas cuyo asunto era (en términos generales) la presentación y explicación de (pongamos por caso) la formación del carbón piedra.

Deseaban algunos de aquellos hierofantes que la poesía de su tiempo, desbordando las fronteras del lirismo, tratara asuntos importantes de cuya lectura sería dado obtener provechoso aleccionamiento; en este bien intencionado empeño se hundió la mayoría de aquellos versos supuestamente trascendentales, cuyos autores desoyeron en su vanidad la admonición del creador de *Pepita Jiménez*: «los escritos se hacen famosos e inmortales por la belleza y no por la verdad que enseñan».

Pasto para eruditos especialistas son desde hace tiempo la casi totalidad de estos poetas, tropa anegada en las aguas del olvido, de las que sólo emergen algún título, algún autor, recuerdo arqueológico más que lectura estimulante; Bécquer y poco más, aparte. Enfrentada a este desafío, doctamente documentada, con loable intención esclarecedora, Marta Palenque nos acerca a un período de nuestra poesía más lejano en la sensibilidad que en la cronología. □

RESUMEN

Hay períodos de la historia de la literatura, nos recuerda Martínez Cachero, que suscitan, por muy diversas razones, escasa bibliografía. Este es el caso de la poesía española de la segunda mitad del siglo XIX, ese tiempo que va del Romanticismo al Modernismo. Una obra

reciente de la profesora Marta Palenque intenta paliar esta escasez. La ocasión le da pie al comentarista para rastrear el paso poético de los Campoamor, Zorrilla, Núñez de Arce, Emilio Ferrari, Salvador Rueda, Manuel Reina y tantos otros.

Marta Palenque

El poeta y el burgués (poesía y público 1850-1900)

Alfar, Sevilla, 1990. 278 páginas. 2.500 pesetas.

El imperio de la moda

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1944) es ensayista y periodista. Ha sido redactor jefe en «Cuadernos para el Diálogo» y jefe de Opinión y de Cultura del diario «El País». Fue finalista en el premio Anagrama de ensayo con el libro *Días sin fumar*. Es autor, también, de *Noviazgo* y *matrimonio* en la burguesía española y *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*.

A partir de sólo dos obras publicadas, Gilles Lipovetsky, profesor en Grenoble, cuarenta y seis años, se ha convertido en una estrella intelectual a la francesa. Con devotos seguidores a lo largo de Europa y también con calificados detractores, entre los que no falta la capitania de Jean Baudrillard y otros regeneracionistas forjados en los sesenta.

Uno de los ingredientes que mejor explicarían la audiencia de este autor, de estilo envolvente, hiperactivo, casi arrollador, es su apuesta por lo que podríamos llamar la provocación del consentimiento. De hecho, Lipovetsky ha pasado de los planteamientos más críticos, en línea marxista, sobre la organización occidental, a desarrollar un entusiasta alegato sobre el destino moral de nuestras sociedades consumistas. Desde su primer libro, *La era del vacío* (Gallimard, 1963; Anagrama, 1986), consagrado a un análisis del narcisismo y el individualismo posmoderno, abundan los halagüeños diagnósticos sobre el porvenir que nos aguarda (o nos aguardaba). Su ponderación sobre el grado de violencia actual, sobre la función de los medios de comunicación de masas, sobre la secularización y labilidad de las creencias, la popularización de la cultura, el escepticismo o la ironía, le conducen sin desmayo a un mismo puerto seductor.

Lipovetsky, a despecho de ciertos inconvenientes, se siente a gusto con el tiempo que le ha tocado vivir. Hasta es posible inducir que lo estima como la mejor de las escenas posibles, culminación progresiva de la evolución social y nido de previsible ofertas más libres y humanas. Sin demasiadas dudas, este profesor de filosofía «en provincias» logra transmitir la fe en que las cosas, en general, no están tan mal como creíamos y que, pensándolo bien, están incluso mucho mejor de lo que podría imaginarse.

Efectivamente, *El imperio de lo efímero* (Gallimard, 1987; Anagrama, 1990) es desde este punto de vista un libro redentor. Cada uno de sus epígrafes (así como el enunciado de sus títulos: «vacío», «efímero») parecen remitir a un universo banal, una asíntota o grado cero de lo real, pero la deriva de su discurso concluye en una aserción patrimonial de lo más concreto. Más aún: cada uno de sus planteamientos descriptivo, sugieren la expectativa de una conclusión aciaga, pero el colofón, tras un bucle argumental cebado, explota en una moraleja de celebración a cual más fausta.

El imperio de lo efímero es, en principio, un libro dedicado a la moda, y manoseado al pie de un estante de librería su naturaleza podría confundirlo con una reflexión más o menos lineal sobre un fenómeno que no sin causa ha convocado la atención de profesores de cualquier pelaje, antes afanados en asuntos de más talla. Pero la cuestión es, en esencia, de otro sentido y alcance.

La obra consta de dos partes. La primera constituye una exhibición de erudición histórica y cumple el cometido de exponer los nacimientos y vicisitudes de la «fashion», en sentido estricto, a lo largo de seis siglos. Pero la segunda, la que animará al lector, investiga la proyección del «sistema moda» sobre parcelas sociales, políticas, mediáticas e ideológicas que, hasta hace unas décadas, permanecían apartadas de su influencia.



VICTORIA MARTOS

En opinión de Lipovetsky, la moda, lo efímero, el poder de la seducción, han tomado el mando, lo invaden casi todo y, en su dilatación, pocos ámbitos quedan sustraídos a su reino. ¿Malo, bueno, indiferente, fatal? No hará falta aportar pistas, una vez anotado el talante del autor, para augurar que aterrizará al fin, una vez cruzados los peligros, en un decorado de «happy end».

La penúltima cruzada

¿Cómo lo consigue? ¿Cómo alcanza Lipovetsky el final feliz? 324 páginas de letra apretada van desgranando la conquista.

La primera mitad del volumen (unas 170 páginas) tiende a demostrar que la moda no se produce en todas las épocas ni en todas las civilizaciones. En contra de la idea de que la moda constituye un fenómeno consustancial a la vida humano-social, aquí se la afirma como un proceso excepcional inseparable del mundo occidental moderno. Concretamente, «hasta finales de la Edad Media —dice— no es posible reconocer el orden mismo de la moda, la moda con sus incandescentes metamorfosis, sus sacudidas, sus extravagancias». La causa radicaría en que no es posible separar el fenómeno moda de una relativa descalificación del pasado. No es concebible la moda sin el prestigio de lo nuevo y, por lo tanto, sin algún menosprecio por lo antiguo. En este sentido, la moda se presenta como un signo de progreso. Porque «para que el reino de las frivolidades pueda hacerse presente es preciso que sean reconocidos no solamente el poder de los hombres para modificar la organización del mundo re-

cibido, sino también la autonomía de los agentes sociales en materia de estética de lo aparente».

Conclusión: Antes que signo de la razón vanidosa, la moda testimoniaría el poder del género humano para cambiar e inventar la propia apariencia y «llegar a ser los dueños de su condición de existencia». La cabriola pone frenético a Baudrillard, y a todos aquellos supervivientes del espíritu subvertidor del 68. Para Jean Baudrillard, el efecto moda forma parte de su surtido de «estrategias fatales», de creaciones de hiperrealidad que aniquilan la conciencia. Para Lipovetsky, la moda como sistema forma parte del «individualismo» agudo. Pero, en su versión, el «individualismo» contemporáneo fecunda más que agosta, aporta una relativa libertad de las personas para rechazar o aceptar las últimas novedades, crea la ocasión para adherirse o no a los cánones del momento y para manifestarse, al cabo, con desalienadora identidad.

«El gusto», al que Luc Ferry, en su libro *Homo Aestheticus* (Grasset, 1990) da partida de nacimiento coincidiendo con la emergencia de la democracia en el siglo XVIII, serviría para refrendar, «a posteriori», el valor histórico del argumento.

La moda, continúa Lipovetsky, a diferencia de la tradición, requiere la libre intervención individual, el poder singular y caprichoso de quebrantar el orden de las apariencias. La iniciativa individual en los adornos, la creación de nuevos signos indumentarios, el triunfo de los árbitros de la elegancia. Todo ello, lejos de ser antinómico con la afirmación de la personalidad, se basa en el valor y en la reivindicación de la individualidad, en la legitimidad de la singularidad.

El individualismo del gusto se habría gestado de forma paralela al individualismo económico y religioso y habría precedido incluso al individualismo ideológico de la era igualitaria. El autor llega intrépidamente a afirmar: «La autonomía personal en la práctica de la elegancia ha precedido a la valoración del individuo. Característica de la ideología moderna, la libertad de actuación, aunque circunscrita, ha tomado la delantera a la declaración de los derechos del hombre.»

No será cierto, pues, que la moda sea esa nueva empresa tiránica del colectivo denunciada en tantos periódicos y cenas de matrimonios de clase media. Mucho más exactamente, la moda traduciría la emergencia de la autonomía de los hombres en el mundo de las apariencias y sería un signo inaugural de la emancipación del individualismo estético.

La parte y la sustancia

Pero ¿qué decir de lo que sucede actualmente en el hervor mediático del fin de siglo? ¿Dónde empieza y dónde acaba la moda en la época de la explosión de las necesidades y de los «media», de la publicidad y el ocio de masas, de los «stars» y los «superventas»? ¿Queda algo que no sea moda, al menos parcialmente, cuando lo efímero invade el universo de los objetos, de la cultura y el pensamiento discursivo, cuando el principio de la seducción reorganiza en profundidad el entorno cotidiano, la información y la escena política? Sí, queda algo. Pero la respuesta indirecta es ésta: La moda no es ya tanto un sector específico y periférico, una parcela adicional, como una forma general que actúa en la globalidad social.

Los progresos de la ciencia, la lógica de la competencia, pero también el gusto dominante por lo novedoso, se dan cita en el establecimiento de un orden económico organizado a la imagen de la moda.

¿Bueno, malo, desastroso, irrelevante? «Excelente». ¿Por qué? Porque «... en tanto las obligaciones del pasado son antinómicas con la afirmación del individuo autónomo, el culto a las novedades estimula el sentimiento de ser una persona independiente, libre para elegir». Con el individualismo moderno, lo nuevo encuentra su total consagración. Con ocasión de cada moda surge un sentimiento de «liberación» subjetiva y respecto a las costumbres pasadas. Con cada novedad, se pone en marcha una fuente de libertad.

Algunas dificultades

Existen, sin embargo, algunas objeciones tan razonables como vulgares. Por ejemplo, la publicidad, las «fechorías» de la publicidad. De la publicidad se tiene entendido que es manipuladora, alienante, denostadora de la virtuosa inclinación al ahorro. Se le achaca que induce a comprar lo innecesario, a cambiar sin lapso ni tino. ¿Las cosas con realmente así?, interroga Lipovetsky. Con la mano en el corazón, ¿creemos que es así? En opinión del autor apenas existe otro poder cuyo impacto sea más moderado. A fin de cuentas, ¿qué consigue la publicidad? Sólo hacer comprar más de una marca que de la otra. Más Coca-Cola que Pepsi, más el 205 que el Supercinco. ¿Es esto tan grave?

La publicidad —arguye— acaso sea vital para el crecimiento de las empresas, pero insignificante para las vidas y las opciones profundas de los individuos. Hay que poner las cosas en su sitio. Y poner las cosas en su sitio significa admitir que la influencia publicitaria no conlleva tanto la abolición del reino de la libertad humana como una acción ejercida en



La palabra y la sangre

Por José Luis Sampedro

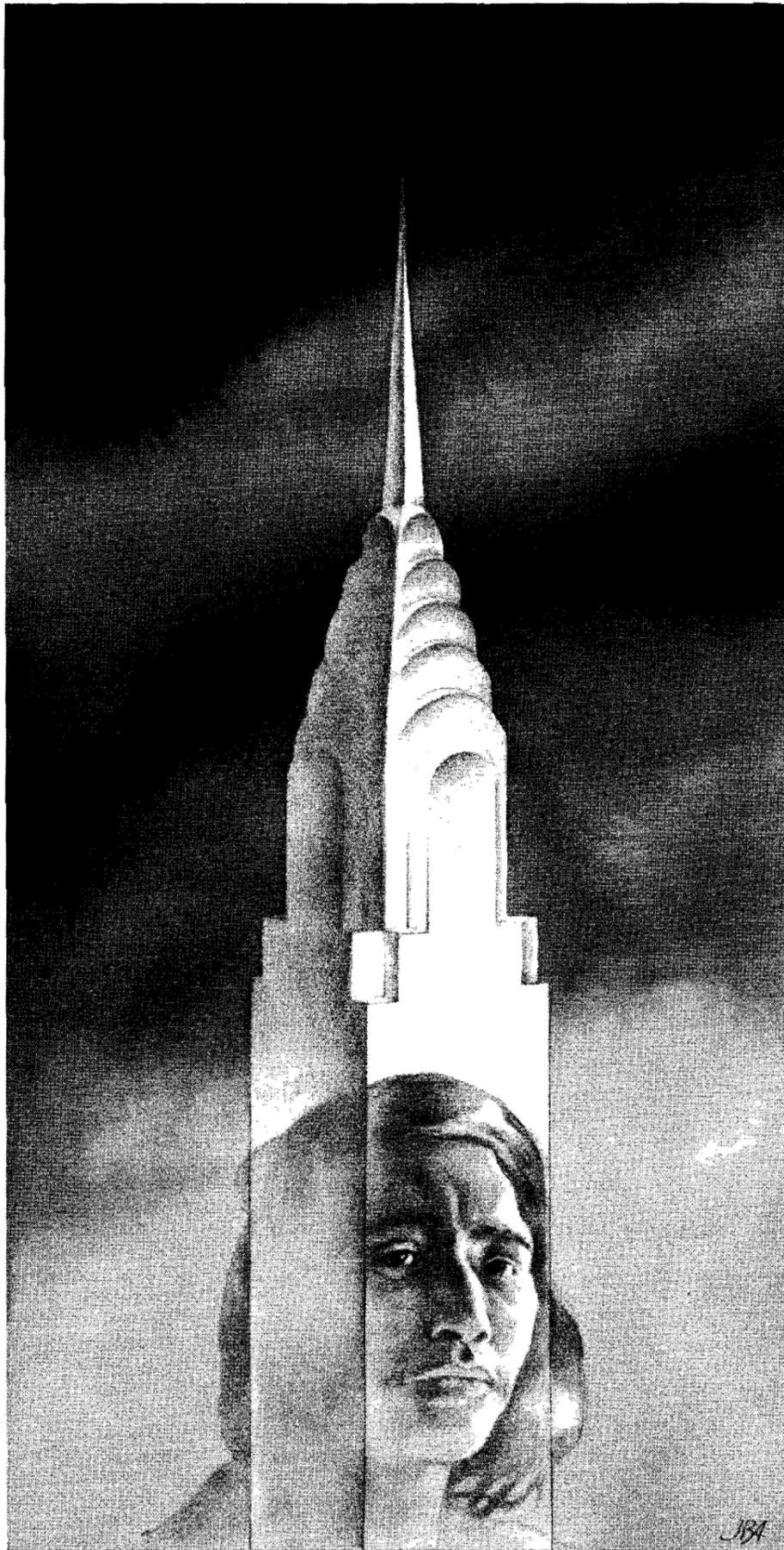
José Luis Sampedro (Barcelona, 1917) ha sido catedrático de Estructura e Instituciones Económicas en la Universidad Complutense de Madrid y profesor visitante en las Universidades de Salford y Liverpool. Es Premio Nacional de Teatro «Calderón de la Barca» por la obra *La paloma de cartón*. Como novelista es autor, entre otros, de los siguientes títulos: *El río que nos lleva*, *Octubre, Octubre*, *La sonrisa etrusca* y *La vieja sirena*.

He aquí un libro muy oportuno en vísperas de ese «92» que no es, aunque a veces nos lo presenten así, ninguna culminación del horizonte, sino nada más y nada menos que la puerta del 93 hacia el siglo XXI. Para el aprovechamiento del V Centenario y de los años ulteriores, pocas aportaciones personales podrán superar en rigor científico y en capacidad sugestiva el denso trabajo de un sociólogo con tanto prestigio como justamente posee el buen conocedor de América Latina que es Alain Touraine.

¡Lástima de título en español, tan inexplicablemente anodino! Porque el original francés está lleno de carga significativa: *La parole et le sang. Politique et Société en Amérique Latine*. La palabra y la sangre: nada menos que un certero símbolo del mestizaje constitutivo del Continente. La palabra, que es también la nuestra, junto a la sangre originaria de los pueblos americanos; y no el «mot» lexicológico, el vocablo, sino precisamente la «parole», poética y oratoria. El autor lo habrá lamentado, como también la aparición de más erratas de lo habitual —ya en el segundo párrafo salta una— en los cuidados productos de la editorial.

Nada de eso tiene importancia ante el contenido de la obra, aunque no es baladí esa cuestión de las etiquetas. Yo evito, por ejemplo, nuestra denominación oficial de «Iberoamérica» porque cada uno tiene derecho a elegir su propio nombre, y el de «América Latina» es el utilizado en los grandes organismos internacionales y para tantos otros propósitos. Comprendo, por supuesto, que los iberos veamos en ello una excesiva concesión a países europeos llegados mucho más tarde; pero, si vamos a eso, ambas expresiones pecan por defecto al olvidar que Grecia nos enseñó a pensar a todos. A donde quiero llegar con estas consideraciones, es a algo muy importante y que en el libro de Touraine resplandece frecuentemente, a saber: que no fue una sola Europa la que desde la época moderna se expandió por ultramar, sino dos estilos diferentes: el de la Europa anglosajona y el de la mediterránea, cuyas diferencias son suficientes para prevenirnos a la hora de aplicar en América Latina categorías e ideas elaboradas según la experiencia de los países llegados antes a la modernidad, aunque esa aplicación la perpetren cada día científicos y gestores internacionales. Importa recordarlo a la hora de pensar en el tema del libro y en el verdadero significado del V Centenario, que es el futuro de América Latina. Es decir, en el fondo, el futuro de esa cultura nuestra, extendida desde el Mediterráneo hasta el río Grande del Norte y la Tierra del Fuego, que verosíblemente habrá de estar entre los grandes actores de la historia del siglo XXI, junto con la cultura noratlántica, el Islam y otras áreas orientales y africanas, supervivientes de la apisonadora de homogeneización cultural movida por la expansión de la técnica y de la ideología que la idolatra.

El planteamiento es tan importante que una de las ideas centrales sustentada por Touraine y contraria a los dogmáticos de la ciencia económica dominante —aunque se estén viendo precisados a rendirse a la realidad— es la de que no existe un modelo único de desarro-



JUAN RAMON ALONSO

llo. Idea complementada con otra tesis más decisiva aún, pues añade la existencia de un modelo específicamente latinoamericano a cuya vislumbre está consagrado el libro. Y tras este anticipo de lo esencial paso ahora a presentar el contenido de una obra en un resumen indispensable en toda reseña, pero que sólo puede pretender —por limitaciones de espacio— incitar a la lectura directa.

El libro se inicia, en efecto, negando el supuesto convencional de que «todos los caminos llevan, si no a Roma, al menos a Londres o a Nueva York: esta candidez ya no es de recibo» (pág. 19). Añadiendo que, entre el Occidente capitalista y el Este comunista, el llamado Tercer Mundo «no es ya el de los países en des-

arrollo, sino el de la defensa angustiada y agresiva de una identidad y de una comunidad» que se sienten amenazadas (íd.). El «modo latinoamericano de desarrollo» (las comillas son del autor) combina, por tanto, de una manera propia, el racionalismo económico y una movilización económica y social. Para comprenderlo es indispensable rechazar las dos visiones tópicas del Continente: la pesimista, que subraya el atraso, y la grandilocuente, que idealiza las perspectivas. Por virtud de ese modelo propio, América Latina no es un mundo retrasado en la senda por la que le precedieron Europa o Estados Unidos, sino el escenario de un progreso continuado, aunque irregular, en la capacidad de intervención de los actores

sociales sobre su historia, mediante nuevas formas de movilización política y social.

El análisis de los actores sociales, piezas fundamentales de la concepción de Touraine, ocupan luego la primera parte de la obra, que con rigor y profundidad muy superiores al desarrollismo convencional, elabora una concienzuda tipología de los modos de desarrollo, clasificándolos en «nacionales civiles», «estatales», «poscoloniales» y «dependientes» (pág. 48), en una valiosa contribución al hallazgo de categorías válidas para el problema. La debilidad de los actores de clase, la distinción entre «privilegiados» y «excluidos», la movilidad y el predominio de las categorías políticas, son temas analizados a continuación; así como la discusión de si existen clases sociales en América Latina, que, en realidad, allí quedan desbordadas constantemente por otras categorías, definiéndose los sistemas de estratificación más por los privilegios que por las relaciones de producción, junto con la movilidad más que por el estatuto (pág. 92). Una vez más se comprueba que abordar los problemas del Continente con los conceptos del desarrollo económico a la europea puede conducir al error.

La segunda parte estudia las formas de acción colectiva para apreciar cómo se traducen en ella las vivencias personales porque, contra la vigente filosofía de mercado, no es sólo el «interés lo que une a los individuos» (pág. 99). Al pasar así de las demandas sociales a la acción política se constata que el modelo latinoamericano «se caracteriza a la vez por una gran capacidad de integración social y política y por la existencia estable de grandes masas rurales y urbanas de no integrados, de excluidos» (pág. 156). Concluyendo esperanzadoramente Touraine que «frente a un Occidente obnubilado por sus intereses y sus placeres y un Oriente encerrado bien en el totalitarismo político, bien en el integrismo religioso, la América Latina vive «con más fuerza e imaginación que cualquier otra parte del mundo» (las comillas son mías) la búsqueda de una nueva modernidad, de un nuevo renacimiento» (pág. 157).

La tercera parte del libro es más descriptiva y presenta diversas formas de acción social registradas en la América Latina, desde el populismo —cuyas características se analizan muy certeramente— hasta el sindicalismo obrero, pasando por la importancia de las luchas campesinas, que no sólo han de entenderse como dirigidas a la defensa de las tierras sino también con el más amplio objetivo de reconstruir la comunidad rural en crisis. Se estudia la polémica cuestión de los movimientos urbanos, y en cuanto al sindicalismo, resulta distinto del europeo con sindicatos frente a los patronos, pues más bien se trata de organizaciones relacionadas con el Estado. En definitiva, el modelo político dominante en América Latina es el modelo nacional-popular, caracterizado por la subordinación de los actores sociales al poder político, por la coexistencia de objetivos modernizadores y por una fuerte desarticulación de la acción política y la ideología respecto de los intereses económicos; rasgos que contrastan con las realidades europeas y estadounidenses.

Las dos últimas partes del libro tienen ya en cuenta la posterior implantación de dictaduras militares en muchos países, que se estudian partiendo de los límites del parlamentarismo en la circunstancia latinoamericana. La crisis económica y financiera, con todo el peso de la deuda externa y de la inflación (cuya interpretación por Prebisch aparece justamente elogiada), es otro tema fundamental que Touraine interpreta como una mutación político-económica que lleva a introducir la idea de democratización con la caída de las dictaduras militares. Pero el principal enemigo



Viene de la página anterior



JUAN RAMON ALONSO

de la democracia en América Latina es la prioridad otorgada al desarrollo voluntario dirigido por el Estado (bien sea en contra, o a favor, de intereses económicos extranjeros), porque un país sólo entra en la democracia, al mismo tiempo que en la modernidad, cuando la modernización es completamente endógena, como ocurrió en la Gran Bretaña, y ése no es el caso latinoamericano. En todo caso, desde hace medio siglo e incluso a pesar de la crisis, el Continente viene adquiriendo una notable capacidad de desarrollo endógeno no obstante su situación de dependencia, y en ello se basa el optimismo de Touraine (págs. 433-4). Un claro síntoma de la evolución del modelo es, entre otros, el nuevo papel de los intelectuales, que eran potentes agentes de los populismos y los nacionalismos revolucionarios, pero que ahora son profesionales de la democratización, dedicados a mejorar las relaciones entre las políticas públicas y los actores sociales (pág. 444).

Hacia un desarrollo propio

En conclusión, ¿es posible para América Latina un desarrollo propio? No, si se cree que el despegue sólo es posible por la vía capitalista o socialista. Ahora bien, dentro de las condiciones impuestas por la situación mundial, ese desarrollo será posible en la medida en que progrese la transformación de las demandas sociales en acción política, porque en la América Latina esos problemas son siempre cuestión de actores (pág. 456). «La experiencia de la América Latina debe renovar el pensamiento social y guardarla de todas las ideologías que traten de eliminar a los hombres, sus proyectos y sus conflictos de una historia que se haría al margen de ellos» (pág. 455). Touraine termina afirmando que el estudio de esa experiencia «puede ayudarnos a nosotros mismos a redescubrir que, entre la lógica implacable del control social y la libertad salvaje del beneficio, lo esencial de la vida social está hecho de relaciones entre actores, y sólo la combinación de sus esperanzas y de sus combates puede producir lo que nosotros llamamos el desarrollo» (pág. 456).

La obra termina prácticamente con esas palabras, aunque no el libro, que está complementado por unas referencias cronológicas

por países, una muy abundante bibliografía y un índice alfabético: todo ello utilísimo para el lector. Pero es de esas palabras finales de las que partiré ahora para exponer algunas de las muchas sugerencias personales que esa lectura me ha deparado en relación con nuestros propios problemas.

Más de una vez, en efecto, sugiere Touraine que esos problemas del Sur europeo no están tan alejados de los estudiados en su libro (al tratar de los sindicatos, por ejemplo). No se debe, por supuesto, exagerar el paralelismo, pero tampoco caer en la simplicidad de la economía convencional y de los foros internacionales inspirados por ella, cuando decretan poco menos que una incapacidad constitucional de América Latina para despegar. Leyendo a Touraine se encuentra magistralmente confirmada la idea de que el dogmatismo novelesco (escribo con «b» porque aludo a algunos premios Nobel) y de los asesores extranjeros enviados a este o aquel país para «chicarlo» (tomo la expresión de Carlos Fuentes, con autoridad sobrada para saber de su América) se empeña en imponer a esas sociedades estrategias concebidas según la experiencia europea o estadounidense y, al fracasar tales recetas foráneas, lo atribuyen a incapacidades del país víctima. Para expresarlo más plásticamente: es como si unos técnicos decretaran que el único desarrollo deportivo posible es el levantamiento de pesos y formaran a sus atletas para ello y, en consecuencia, declarasen ineptos a quienes, con excelentes capacidades para la carrera, no lograsen desarrollar sus bíceps.

Para no incurrir en esa barbarie es preciso ante todo, como lo hace Touraine, rechazar la «candidez» de aceptar como posible un solo modelo de desarrollo. Para apreciar las posibilidades de la América Latina hay que distanciarse tanto de la dictadura visible del capitalismo de Estado, ahora desmoronándose en el Este, como de la dictadura invisible del capitalismo de mercado, que se pretende legítimar ante nosotros con la indemostrada creencia de que es el «orden natural» de la sociedad (en su tiempo lo fueron la esclavitud o el feudalismo), y con la afirmación de que el mercado es la libertad de elegir, cosa que dejaría atónitos a los míseros pobladores de las «favelas» o los «conventillos» latinoamericanos.

¿Cómo distanciarse a la vez de ambos caminos? Naturalmente que Touraine no ofrece ya hechas las recetas para el futuro, ni pretende darlas, pero de su análisis se desprenden de vez en cuando sugerencias valiosas, especialmente cuando estudia a los actores, a sus motivaciones y aptitudes. A mí me ha impresionado especialmente el vigor del sentimiento comunitario superviviente todavía desde los tiempos precoloniales, y me pregunto si esa fuerza centrípeta, que al parecer no ha encontrado todavía un buen cauce de acción política, no podría ser acaso una eficaz palanca para el futuro; aunque no pueda serlo ahora, cuando se la quiere encorsetar en los dogmas convencionales. Si recordamos el lema que abre las puertas a la época contemporánea y cuyo bicentenario se celebró el año pasado —libertad, igualdad, fraternidad—, caeremos en la cuenta de que el capitalismo de mercado se ha apoyado en el primero de esos términos, a costa sin duda de una gran desigualdad, mientras que el capitalismo de Estado ha perseguido la igualdad a costa de la libertad. ¿Y la fraternidad o, para no parecer ilusos, al menos la solidaridad? El propio Touraine ha investigado seriamente la «solidaridad» polaca, ignoro si con esa misma idea. En cualquier caso, el sentimiento de servir a un mismo interés común (algo mucho más profundo y creativo que la cooperación negociada, al estilo de las Comunidades Europeas) plantea metas más altas y humanamente válidas que el lucro monetario o el éxito tecnocrático. Si, como muchos creemos, la crisis global de nuestro tiempo no es sólo la del comunismo, sino también la de esa cultura moderna que erigió en valor supremo la racionalidad económica

servida por la eficacia técnica, parece lícito pensar que cuando el móvil lucrativo y la mera productividad material hayan vuelto a quedar subordinadas a la mejora de la vida y el perfeccionamiento del hombre, entonces el sentimiento de comunidad podrá contribuir a avanzar hacia un desarrollo donde los medios no estén entronizados como fines.

En otras palabras, quizá las características latinoamericanas, que ahora no parecen las más aptas para el desarrollismo económico convencional, sean justamente las más fecundas para un ecodearrollo humanizado. Tema digno de consideración al menos y capaz de enderezar la celebración histórica del V Centenario como una proyección hacia el futuro, mostrándonos el 92 no como conmemoración, sino como primera piedra o Año Cero de una cultura que, con su máxima potencialidad hoy en América Latina pero con su retroprolongación mediterránea, ha de ser una de las grandes áreas mundiales en el ya próximo siglo XXI. No es pronóstico, claro está, sino esperanza. Y homenaje a una obra que, como advierte su autor, fue escrita en América Latina y en español antes de llegarnos con la apariencia de una traducción del francés.

Touraine escribe de su libro en las primeras páginas: «Mi mejor recompensa sería que fuera considerado, al menos por algunos, como un libro latinoamericano.» Pues bien, sin otro título que el de haber frecuentado mucho, en mi pasada profesionalidad, los trabajos de los economistas del Continente, me incluyo muy a gusto entre esos «algunos», sin duda numerosos, que habrán leído ya el libro con provecho y admiración. □

RESUMEN

A José Luis Sampedro, la aparición en visperas del 92, que debe ser puerta para el siglo XXI, de una obra del sociólogo francés Alain Touraine sobre América Latina le parece realmente oportuna. No fue una sola Europa, se insiste en la obra de Touraine, la que fue a ultramar, sino fueron dos estilos diferentes: el

de la Europa anglosajona y el de la mediterránea. Sampedro lo resalta para pensar en el tema del libro y en el sentido profundo del V Centenario, que no es otro que el futuro de América Latina o, lo que es lo mismo, el futuro de esta cultura, extendida desde el Mediterráneo hasta la Tierra del Fuego.

Alain Touraine

América Latina. Política y sociedad

Espasa-Calpe, Madrid, 1989. 516 páginas. 2.500 pesetas.

El límite y el país fértil

Por Gonzalo de Olavide

Gonzalo de Olavide (Madrid, 1934) es compositor y ha realizado una amplia actividad docente en diversos centros europeos. Reside desde hace años en Ginebra. Es Premio Nacional de Música y autor, entre otras obras, de *Indices*, *Sine Die*, *Cante in Memoriam* G. Lorca, *Oda*, *Orbe* y *Ricercare*.

Aventurarse y avanzar las relatividades que el paso del tiempo marca en la valoración estética del arte, y en gran medida en la música del siglo XX, es propósito arriesgado y necesariamente parcial. Pero no lo es en absoluto afirmar que el lugar que ha ocupado y ocupa en la sociedad la música de nuestro tiempo es tan exiguo que casi es utopía. Es cierto que no es precisamente el compositor, protagonista y antagonista a la vez del sistema, el más indicado para hacer la exégesis, análisis e interpretación de la historia de este corto período que ocupa la denominada música contemporánea. La labor corresponde más bien al investigador, musicólogo, historiador, sobre todo en un tiempo como el nuestro, caracterizado por la celeridad, la prisa y la obsesión por el análisis y taxonomía—por no decir la disecación de los hechos y los autores— para inmediatamente proceder al etiquetado «ad hoc».

No creo que haya parangón histórico con este apresuramiento por hacer testamento cultural, sobre todo en un período que todavía está por concluir y sin tener siquiera cierta lejanía que pueda dar el valor justo a la perspectiva y la justa apreciación del fenómeno que ahora se vislumbra casi como apariencia, desprovisto como está del tiempo en su breve historia.

Sin embargo, la tentación de hacer balances de fin de temporada es grande. En este sentido, la aportación de Pierre Boulez con el último trabajo, aparecido en octubre de 1989 bajo el título *Jalons (pour une décennie)*, es importante, y como gran parte de sus escritos se prestará a polémicas por lo innovador de su visión.

En este grueso volumen de 450 páginas, en el que revela una vez más su espíritu crítico implacable y su aguda personalidad de ensayista, Boulez analiza de manera rigurosa los hechos y las ideas esenciales que han marcado la música de Occidente. Se trata de doce textos y un epílogo, a modo de presagio conclusivo, reunidos y presentados por Jean-Jacques Nattiez, que corresponden a diez años de conferencias y enseñanza (1978 a 1988) en el prestigioso Collège de France, del que Boulez fue elegido miembro en 1975 a propuesta de R. Barthes, Emmanuel Le Roy Ladurie y de Michel Foucault, de quien figura en este libro, como prefacio póstumo, *L'écran traversé*, escrito en 1982.

Cuatro rúbricas agrupan estos cursos: I, «De l'idée à l'oeuvre»; II, «Le geste du compositeur»; III, «L'enjeu thématique»; IV, «L'oeil et l'oreille»; y una corta conclusión, «La vestale et le voleur de feu». Esta sucesión no obliga en modo alguno a la lectura en este orden. En primer lugar, cada capítulo trata de una materia cuya problemática responde a un punto de vista independiente, y en segundo, Boulez aborda dicha problemática manteniendo un ciclo de constantes que aparecen a modo de «leitmotiv» a lo largo del libro: bien sea la idea musical y los medios de su realización a través del aprendizaje, el oficio; o el lenguaje, el material sonoro o su estructura; bien sea el sistema y la forma, o la escritura y su mediatización por el intérprete. A mi entender, Boulez sigue el concepto de «invarianza» como entramado en la construcción de sus deducciones.

Estas constantes que irrigan *Jalons* están contenidas en la idea de «la Necesidad y el

Azar», y sobre todo en el irrepitible poema de Stéphane Mallarmé *Un coup de dés jamais n'abolira le hasard*. Boulez mantiene una postura muy próxima a la Escuela de Viena, y más concretamente a lo expuesto por Webern en el ciclo de conferencias (1933) que luego se publicarán bajo el título *Der Weg zur neuen Musik*: la preocupación de encontrar en el pasado la justificación que fundamente el nuevo sistema, con inserción en la historia. Pero no creo que la cuestión esté en el hallazgo o no de razones, sino más bien en la arbitrariedad del sistema que sucede a la usura y el inmovilismo de la tonalidad.

La música occidental ha estado siempre enlazada a una memoria colectiva en base a la teoría de la resonancia, en la que el código exotérico era un pacto tácito con la sociedad. La música de la contemporaneidad se sitúa en las antípodas: en la memoria individual, en la que el compositor, como «sumo sacerdote» de su universo, detenta trama y sistema fundado en un «códex secreto» y a veces externo al lenguaje musical. Privado de todo modelo y referencia al pasado, el compositor no ha tenido más remedio que crear su orden propio y la base que lo rijan, a veces —y ése es el drama— sin preocuparse de la inteligibilidad y posibilidad receptora de su lenguaje. Boulez presenta esta encrucijada en la comunicación de la música del siglo XX de manera directa, sin necesariamente dirigirse al especialista; de ahí que tanto éste como todo aquel al que interesa el acontecer del arte, puede encontrar las trayectorias que dan razón de ciertas perspectivas típicas de nuestro tiempo que hasta ahora estaban sin respuesta.

Elogio de la desmemoria

El plan de *Jalons* es evidente en tanto que trata de definir los itinerarios de la invención partiendo de la base de que invención y material sonoro están ligados inevitablemente. Boulez sitúa su propia obra, así como el acto de la composición en general, a través del análisis y de la experiencia, en su triple vertiente de intérprete, compositor y teórico. Los hechos fundamentales que marcan la música de este siglo, como el serialismo, la ordenación del tiempo y los parámetros sonoros, el lenguaje tonal, los mecanismos de la percepción ligados a la complejidad de la escritura, son las materias que delimitan el trayecto de *Jalons*, que concluye con un elogio de la memoria en su faz negativa: la amnesia, la facultad del olvido: «En una época cargada de más en más de su memoria, parece que el olvidar sea de urgencia absoluta...»

La posición de Boulez en el presente trabajo es analítica al extremo en el quehacer como compositor y en la revisión minuciosa a toda una poética de la invención ligada a la realización de la obra: la construcción de una epistemología del acto y acontecer musicales. Pero es, a la vez, una revisión crítica de su posición precedente desarrollada en su libro *Penser la musique d'aujourd'hui* (1963). Boulez toma sus distancias frente a las directrices de aquel momento al evitar el dogmatismo que caracterizó los años cincuenta y pulir la arbitrariedad del sistema. Me refiero al serialismo integral y sus tendencias anexas, de los que raros compositores de ese momento se libraron, y de haberse librado se vieron excluidos del gran foro de la vanguardia en boga. Pero Boulez sabe sacar partido del error y lo llama «mal necesario».

Este sentido historicista de lo necesario no deja de producir cierta incomodidad en la lectura por lo que tiene de profético. El compositor al crear sostiene lo esencial de su acto: la obra que antes no era y ahora es. El artista es muy dueño de creer en la necesidad de «lo hecho»; otra cosa es que pretenda tener consciencia de que lo que hace es historia, ya

que ésta es siempre función del tiempo y en cuanto tal sometida a éste.

«Los hombres hacen su propia historia pero no saben que la hacen...» Parafraseando a Marx, corresponde perfectamente a la consciencia o no del alcance del gesto del artista y no al conocimiento esencial de la dimensión del acto y de la «obra acabada». Habría, por tanto, que poner énfasis en la direccionalidad de los múltiples significados y en las diversas interpretaciones del hecho acontecido, en contra de la univocidad de la opinión de Boulez. El mismo afirma más tarde: «El compositor puede difícilmente estimar el alcance de la transgresión (en la composición), ya que hay transgresiones que permanecen letra muerta a la espera de aquel que descubrirá las consecuencias.»

Toda obra que permanece ha sido transgresión de los cánones de escuela y del códex del sistema. En arte lo profético lo es siempre «a posteriori». Es sólo entonces cuando el texto cobra todo su significado y puede connotar su dimensión histórica, según el orden y la orientación de la época en la que se emplace el observador. Así es que las técnicas contrapuntísticas de la polifonía del antiguo sistema serán un recurso salvador para el nuevo orden serial. Quiero decir con esto que en cada momento de la historia el compositor vuelve la mirada atrás para extraer las soluciones más idóneas y hacer viable su tendencia.

Cada época, corta o larga, proyecta sus preferencias en la apreciación artística sobre lo acontecido en el pasado, privilegiando «la invarianza» de una determinada directriz para concretarse en la elección de una forma eliminando otra. La moda juega en esto un papel importante. La forma puede desvanecerse con el tiempo, pero queda siempre la «invarianza». Por invarianza en arte pueden entenderse las líneas de fuerza que permanecen y que admiten repetición, aun en la mutación de la Forma.

Si me refiero al concepto de invarianza, que pertenece más al campo de la termodinámica, es con el fin de subrayar precisamente la idea de Jacques Monod, también profesor en el Collège de France, que encuentra eco en la exposición y perspectiva que adopta Boulez a lo largo de sus reflexiones sobre la poética de la invención. *El azar y la necesidad*, obra de Monod, y la visión de Demócrito no sólo aparecen proyectadas únicamente en la llamada obra abierta y en la música aleatoria, caso extremo y efímero de una reacción contra el determinismo reinante en los años sesenta, sino que los vemos «viajar» a través de ideas más esenciales en las que Boulez adopta una postura original y un enfoque nuevo, como es el sentido del lenguaje y la escritura que condicionan la composición. La eventualidad y la necesidad se delimitan en el ensamblaje del gesto de la invención, que si en principio puede parecer como arbitrario, deviene necesario en la «obra acabada», es decir, en la abolición del azar. Nos encontramos pues ahora en la inversión de los términos del punto de partida y de los principios de los años cuarenta a cincuenta. Entonces, el método consistía en ajustarse a un material pre-establecido y codificado «a priori», al que la composición y su contexto debían adecuarse para bien o para mal. La forma así determinada no podía ser en ningún caso la resultante de un proceso deductivo, puesto que lo que se había abolido es todo sentido de la necesidad. La morfología correspondía al esquema en el mejor de los casos; pero el compositor había claudicado al delegar su responsabilidad en el diagrama, en el esquema prefabricado. Boulez señala que en una actitud así, el azar no es abolido, sino que queda suspendido.

Uno de los primeros en tomar consciencia de este estado de cosas fue el propio espectador, el público que deserta del Sancta-Sanctórum: la sala de conciertos. Desde entonces

la música será dada casi en clandestinidad: el público deja de ser receptor y se convierte en «clan»; en una minoría seleccionada, más por la prueba de confirmarse a sí misma que «entiende» y, quizá también, para no sentirse dramáticamente segregada de la escucha de su tiempo. Es curioso cómo en la mitad de siglo en que el compositor en cierta manera realiza su universo de espaldas al público, por tachar su escucha de superficial, sea precisamente éste el que con su ausencia ponga en evidencia una de las problemáticas más agudas por la que pasa el arte de este momento, esto es la percepción del mensaje, la comunicación.

A partir de este momento, y una vez confinada al gueto, la música contemporánea se presenta como especialización cortada de toda filiación histórica. La floración del sinfín de entidades, festivales y manifestaciones, en compartimento exclusivo, con su burocracia y servidumbre, no hace más que probar lo dramático de este período. Por otra parte, la profusión de intérpretes que tendrán que adaptar su técnica a las exigencias de una partitura en la que el texto y la forma escapan a la experiencia adquirida en un aprendizaje extraño a la nueva gramática, hacen que esta situación no encuentre paralelo en el pasado, al menos por lo repentino de su aparición. Pero la escisión ya está consumada, de un lado, por el inmovilismo de una tradición recalcitrante y un público con el «gusto» disecado por la desidia, y de otro lado, por el esoterismo sectario de las tendencias estéticas que pululan en esta época. Se habla de música contemporánea como se menciona y denomina un subproducto, pero en ningún caso de música de nuestro tiempo. Música contemporánea llega a ser sinónimo de gratuidad en su significado, y sobre todo, de ininteligibilidad. La música, a la que le falta el soporte material y que se mueve en otra dimensión que la pintura por ejemplo, no se convierte en objeto de especulación en el mercado del arte (triste ensamblaje de palabras), sino a su manera, es decir, en el que le permite el territorio movedizo de lo auditivo que le es propio. El público termina por esquivar la escucha y confinarla a los caminos trillados del repertorio. La música que se define a sí misma contemporánea deviene anacrónica, y sólo un reducido número de espectadores permanece más por su espíritu de alumnos prolongados que por esnobismo.

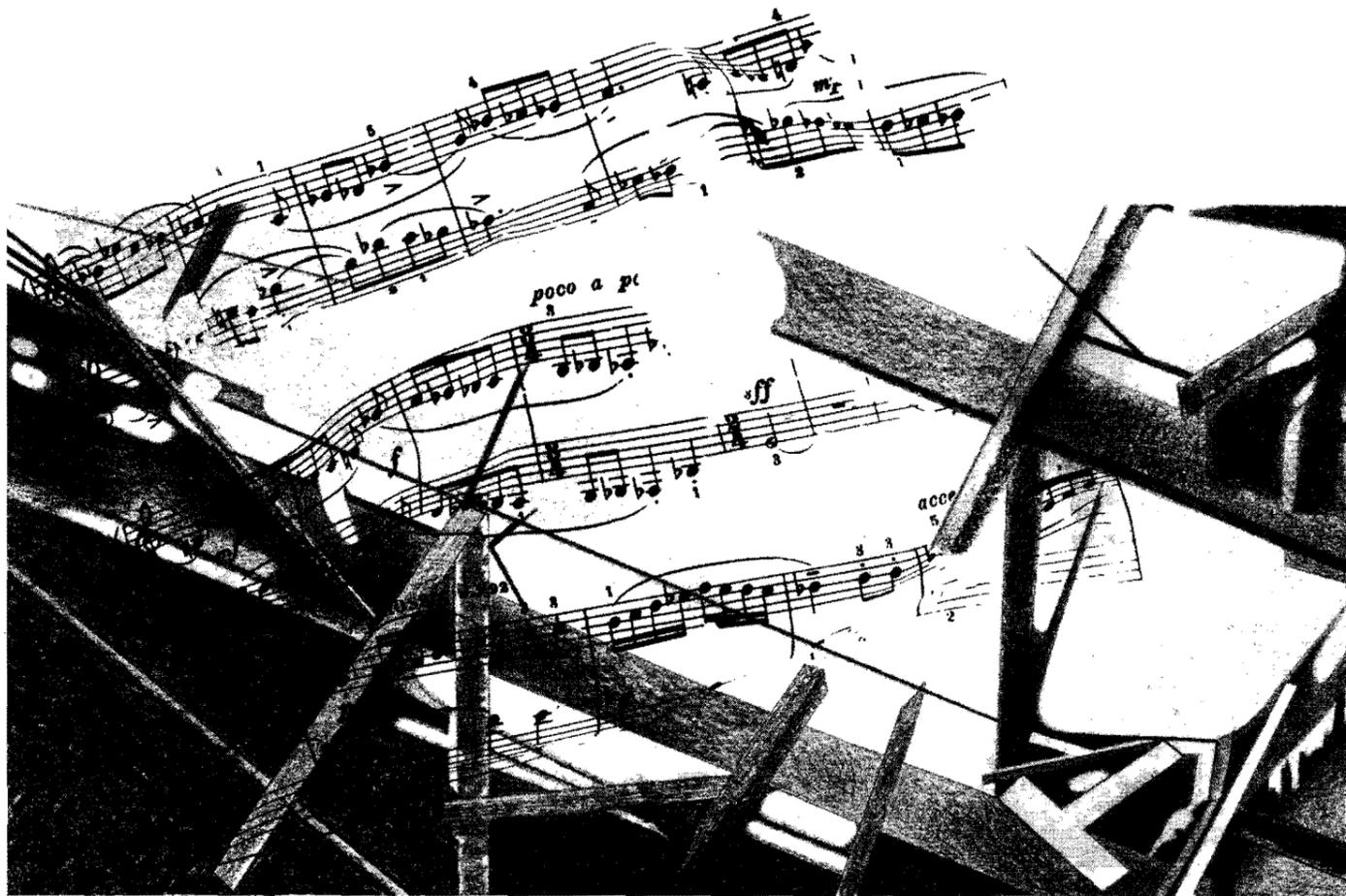
Grado cero

Boulez describe este período de pasaje, partiendo de lo más próximo, el atonalismo y la ordenación del total cromático por la serie, al serialismo integral, con gran sagacidad y circunspección, puesto que él es el primer implicado y protagonista en las consecuencias. La severa revisión crítica a que somete las conclusiones últimas del serialismo, no le impide afirmar que, superada esta etapa, el compositor no podrá aproximarse a la creación de la misma manera, pero para ello había que haber llegado al grado cero de la escritura y de la comprensión.

La empresa ordenadora del material sonoro sale purificada de este recorrido y con nuevas perspectivas. Se pasa del momento en que el compositor delega todo su poder de decisión en un material establecido «a priori» por un código combinatorio y numérico inexorable, a una etapa en la que Boulez excluye la previsión programada del diagrama de un esquema de realización de la obra como instancia superior responsable de todo el desarrollo de la inventiva, instancia que no admite apelación en caso de contrasentido e incongruencia. Boulez denomina acertadamente esta situación de «transgredir». Toda obra nace de una Idea, su realización precisa



Viene de la página anterior



JOSE ANTONIO ALCAZAR

un cálculo, una planificación lógica, pero ésta tiene que admitir lo eventual que la podría aniquilar. El esquema del plan es válido cuando la obra acabada responde a la coherencia sin haber sacrificado la Idea de partida. Es decir, la planificación sólo cobra sentido «a posteriori». El código, si así puede llamarse, se hace a medida que la obra avanza, para al fin quedar diluido en ella. Lo demás no es abolir el azar sino dejarlo suspendido, acentuando lo arbitrario de la suspensión. Boulez añade: «El diagrama debe ser una previsión cómoda para concebir la obra globalmente, pero una previsión que se corrige a sí misma a medida que la obra se realiza.» Yo diría que el cálculo, diagrama o como se quiera, es un subproducto de la obra en simbiosis, de tal forma que ésta da razón de aquél, pero que el diagrama, por sí solo, es un elemento que pudiendo dar satisfacción a los críticos y analistas no tiene función necesaria alguna en la percepción estética.

Nos encontramos en las antípodas y ante la inversión de las premisas de que parten en gran medida las obras que nacen en los años cincuenta y sesenta, y esto es de suma trascendencia. Se han necesitado varias décadas para el advenimiento de la «gran rectificación» y que los compositores de esa generación —y gran parte de las siguientes— admitan la incoherencia de su postura respecto a la ordenación del material sonoro y el proceso de creación en la extensión de unos principios al absolutismo de sus últimas consecuencias.

Boulez se esfuerza en demostrar el «sin sentido» del sistema serial, si bien admitiendo su necesidad como única salida para ordenar el caos en que se encuentra el material sonoro en aquel momento. Queda la Escuela de Viena que marca esta mitad del siglo XX, más por la genialidad de sus obras que por sus escritos teóricos. Una vez más, el sistema se desvanece frente a la obra de arte, y los mecanismos y procesos para llegar a ella se tornan, al correr de los años, en pura receta.

El error está en convertir la serie en principio rector de todos los componentes sonoros: duraciones, tímbrica, dinámica, modo de ataque, etc. Tratar de regir todo ello por un principio único es desconocer la naturaleza de la producción sonora. Cada parámetro tiene su razón de ser en abstracto y sólo semánticamente, pero su carácter heterogéneo hace que un procesamiento uniforme del principio serial conduzca al despropósito superlativo en el que se ha movido un amplio sector de la música de los años siguientes a la Segunda Guerra. El «aventurarse de la composición»

queda disgregado y su responsabilidad, en cuanto tal, usurpada por el código y su determinismo; codificar el gesto equivale a diseñarlo, y entonces, inevitablemente, el esquema sustituye a la Forma. El compositor ve confinado su quehacer a un puro relleno del molde de un mensaje cifrado en el que la percepción excluida tendrá que ser reemplazada por largas disgresiones y discursos justificativos, «posologías-anécdotas pseudocientíficas» que, en general, toman como soporte (insostenible) las «notas al programa». La percepción excluida, el receptor-auditor no tiene más remedio que esforzarse en un «descifraje frustrado», guiado de la mano por las especulaciones del autor, en el que pierde todo sentido de la memoria del discurso.

Así Boulez llega lógicamente a la función que juega la memoria en la percepción musical y en la integración mental de la escucha. Si la música se realiza en el tiempo, la memoria es el fundamento de la aprehensión del discurso. Pero quien habla de aprehensión habla de percepción y necesariamente de Tema.

Boulez se ocupa de ello en un enfoque original en la tercera parte de *Jalons*, la parte más extensa y quizá más importante de este libro. Lo paradójico estriba en que el Tema y su apología sean tratados por aquel que en su tiempo caracteriza y define parte de su obra como atemática. Pero esto no es más que una contradicción aparente que atañe más a la evolución de una personalidad y su dialéctica radicalizada y reinante en esa época.

El Tema se nos presenta, en esta tercera parte, en los diversos aspectos por los que su acepción ha cristalizado el paso de la historia. Boulez afirma que lo que entendemos hoy por Tema está condicionado por el significado que cobra en el siglo XIX. Pero es evidente que aun en este momento es difícil, no sólo para el profano sino incluso para el profesional, desligarse de toda la ideología musical heredada del siglo pasado que condiciona, consciente o inconscientemente, el modo de aproximarse a la escucha.

Para esclarecer el significado pleno y profundo del Tema, Boulez parte del sentido que alcanza en la obra de Schönberg, Webern y Berg, para después de manera recurrente analizarlo en las diferentes etapas precedentes; modal, tonal y atonal. La estructura del Tema está delimitada por la evolución del lenguaje musical, pero a su vez la trama temática es tributaria de la Idea, de la Forma, del Sistema. A través de la evolución del significado, el Tema pasa de figura melódica reconocible a estructura. Si añadido reconocible es porque una

figura dejaría de serlo si no está circunscrita por unos valores temporales que se personalicen dentro de una célula de duraciones, dentro de una rítmica. Faltando eso, el Tema consistiría en una sucesión amorfa de intervalos cuyo sentido el oído sería incapaz de detectar.

Hemos visto cómo, bajo el concepto de serie generalizada, se adopta el mismo criterio para tratar los otros parámetros. Después de las frecuencias, quizá sean las duraciones las que intervienen esencialmente en la articulación del Tema. Al aplicar el principio serial a la duración se olvida que en una división o multiplicación de valores y su ordenación numérica ineluctable, las unidades de tiempo más largas inducirán necesariamente a la polarización de las más breves, oponiéndose a la base del principio mismo de que se parte y a la psicología elemental de la audición. Un universo así establecido no podía impedir que las contradicciones que entrañaba hicieran saltar el sentido clásico de Tema, desintegrarlo y vaciarlo de ser vehículo de significado para llegar a ser estructura y variación perpetua.

Boulez apunta, refiriéndose a Webern, que en su obra «todo es tema y nada es tema». Esto es lógico. La no-repetición y la no-identificación, investidos en principios rectores en la arquitectura de la obra, excluyen radicalmente el sentido tradicional de Tema. Este, dejando de ser frase portadora de significado, se convierte en señal y baliza de la fragmentación de la serie, la cual, a su vez, asume la estructura del discurso musical. De ahí que la forma privilegiada que se adopta en esta época sea la «Variación» que, curiosamente sin Tema, se torna en proliferación temática por la segmentación de la serie. «Todo es tema y nada es tema», equivale a confirmar su negación, y el paso siguiente será el atemático erigido en sistema.

Que en estas condiciones el compositor haya salido enriquecido, no cabe la menor du-

RESUMEN

Reconociendo que el lugar que ha ocupado y ocupa en la sociedad la música de nuestro tiempo es tan exiguo que casi es utopía y que, además, hacer la exégesis e interpretación de este hecho es labor propia más de musicólogo que de compositor, Gonzalo de Olavide se

da desde el momento en que ha tenido que replantearse toda la problemática de la escritura y la semántica de la creación para aproximarse a la poética musical desde nuevas posiciones y romper los caducos moldes convertidos en los últimos jeribequés de una retórica de museo.

La consecuencia más visible de esta situación es la ruptura con toda la morfología clásica irreplicable, que paradójicamente el serialismo de la década de los treinta sigue conservando: «Por lo demás, se compone como se hacía antaño, pero basándose de una vez por todas en la serie...», declara Webern. Pero quebrantado el sistema tonal, querer seguir utilizando la Forma en él generada es un contrasentido.

Desde ahora, el compositor se verá obligado a inventar en todo momento la Forma que mejor se adecúe a su mensaje, y no a la inversa. La abundancia de títulos y nombres, en los últimos años, con los que se trata de definir la obra nueva lo prueba ampliamente. Esta polimorfía que surge como paliativo no hace más que desplazar el problema. Si la Forma es lo único que nos hace conocer, una multiplicidad de ellas originará una confusión en la aprehensión de la obra de arte si hay desmembración entre Forma e Idea, ya que estaremos obligados previamente a «desdiferenciar» el conocimiento.

Ante una plétora de mensajes sujetos a una diversidad formal inadecuada, la percepción está perdida, la multiplicidad se vuelve uniformidad, la diferencia se torna indiferencia, y si se evita el plagio es para caer en lo repetible. Estamos entonces en el lindero de lo amorfo. La cuestión del tan traído y llevado mensaje y comunicación está más en lo heteróclito del Sistema y de la Forma que en la complejidad de la Idea. La solución queda suspendida y no es precisamente que advenga en escritos teóricos si no se admite que el destino del arte consiste en planteamiento significativo y no en soluciones. Si llegado el momento de la «gran mirada atrás» del fin del siglo XX, el artista ha tratado de alcanzar la singularidad a través de un lenguaje y escritura individualizados, los resultados han sido opuestos a su iniciativa, ya que la coincidencia plural de gestos cae bajo la etiqueta uniforme de «Música Contemporánea», cuando lo que se evitaba era convertirse en estatua de sal.

Si, en definitiva, se olvida que la labor del compositor consiste en querer imponer el orden sobre lo amorfo del material sonoro que se le presenta a la hora de componer y conformarlo a la Idea, tener la pretensión de realizar el orden por medio de un determinismo todopoderoso sin tener en cuenta el límite de la percepción conduce a otro caos, no ya de escritura, sino de re-conocimiento. Entre tanto, el auditor asiste al espectáculo como invitado de piedra. Al escabullirse lo escrito no podrá nunca confrontar lo oído con el verdadero soporte real de la música: la partitura, relativizada aún por la lectura del intérprete, que se convierte de golpe en protagonista exclusivo del espectáculo y objeto del concierto.

Esta es la indefensión de la música de nuestro fin de siglo. □

Pierre Boulez

Jalons (pour une décennie)

Christian Bourgois Ed., París, 1989. 452 páginas. 140 FF.

A propósito de Schelling

Por José María Valverde

José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) es catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una *Historia de la Literatura Universal*, y es autor, entre otras obras, de *Poesías reunidas (1945-1990)* y *Vida y muerte de las ideas*.

«Las ideas no tienen sustancia propia, sino sólo uso histórico»; así terminaba José Luis Villacañas «del modo más solemne posible» su ensayo *La ruptura de Schelling con Fichte*, «introducción» a su antología *Schelling* (Península, 1987). Ahora, en tono menos solemne, vuelve a lo mismo: «La filosofía deviene interesante en la medida en que ofrece una clave para interpretar un período de nuestra historia». Tal posición, sin duda atractiva para muchos lectores, contrasta con la más clásica visión de la historia de la filosofía como algo autónomo, evolucionado más bien según una dialéctica intrínseca. Tal visión, para no salir de la última hora bibliográfica sobre Schelling, se ejemplifica en la edición bilingüe —por lo demás excelente— de sus *Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana y los objetos con ella relacionados* —el decisivo *Freiheitschrift* de 1809—, publicado por Anthropos/Ministerio de Educación y Ciencia, con la criticable ausencia en la cubierta de los nombres de los responsables de la edición y traducción (Helena Cortés y Arturo Leyte) y de la introducción (Arturo Leyte y Volker Rühle).

José Luis Villacañas, catedrático universitario de Historia de la Filosofía, lleva varios años publicando libros y selecciones de textos sobre el arranque del idealismo alemán. Tras preparar el abordaje al tema ocupándose de Kant, se ha concentrado en el contraste entre Fichte y Schelling, sobre el animado fondo del bullir de sus coetáneos: muy pocos meses antes de la obra que reseñamos aquí, Villacañas ha publicado un grueso volumen sobre Jacobi, personaje clave de la época: libro que llega a mi atención cuando ya estaba en borrador este artículo. Me permito suponer y esperar que Villacañas —también animador de la serie valenciana *Natán* y su «sociedad lessinguiana»— seguirá trabajando sobre el posterior desarrollo del idealismo y nos llegará a dar su lectura de Hegel.

Antes de seguir me permitiré una consideración quizá muy personal: Villacañas, que escribe con una gracia y una ironía no muy habituales en la historiografía filosófica, al contar con el contexto histórico de la filosofía como constitutivo de la propia filosofía, muestra, por su propio estilo, asumir implícitamente el supuesto de que ese «contexto» lo es de un «texto»: es decir, que la filosofía es literatura, «escritura», tono y voz, sin nada al margen del lenguaje: siempre «palabras, palabras, palabras», como leía Hamlet, barthesiano «avant la lettre». Tal perspectiva, en efecto, está tácitamente evidente en su modo de leer —a la vez literario y filosófico, sin necesidad de decirlo con meta-lenguaje— el idea-



Schopenhauer y Hegel, y Schelling al fondo.

JORGE WERFFELI

lismo en cuanto pensamiento romántico. Señalo esto porque, paradójicamente, quienes hoy día parecen atender más al «texto» y a la «escritura» en lo filosófico —digamos, en la deconstrucción derridiana, o, remontándonos a su precedente, en los astutos juegos de palabras heideggerianos— lo hacen con un ánimo no ya ahistórico, sino incluso antihistórico. Ahora, en efecto, es casi moda que el «close reading» de los textos filosóficos sirva, fragmentándolos y arrancándolos de su coyuntura histórica, para convertirlos en pretexto de una divagación personal.

Precisamente el sentido de la historia es —en el título de la obra que reseñamos— uno de los conceptos clave y un punto esencial en la divergencia entre Fichte y Schelling: para aquél, la historia viene a ser el teatro donde el yo coloniza al no-yo —visión de sentido revolucionario—; éste, en cambio, «naturaliza» la historia, viéndola como un desarrollo del necesario Todo, que se eleva hasta la conciencia —evidente esbozo de Hegel.

Ciertamente, aquí y en general, la entera lectura del idealismo puede parecer al principio, para el lector común, un enigma, pero se hace transparente —o mejor translúcida— en cuanto se cae en la cuenta de que es «otro» lenguaje, diverso del tradicional: un lenguaje de sentido ético-religioso, no entitativo, ni ontológico, ni lógico: donde, por ejemplo, lo que parece decir «realidad» debe entenderse como «dignidad» o «valor», y lo que aparentemente se escribe como «libertad» significa «necesidad aceptada» o, si se prefiere, «posibilidad —y por tanto obligación— de ser más y mejor».

Por eso, dado que la verdad del lenguaje está en su uso y no en un diccionario de definiciones, resulta tan oportuna la lección de Villacañas enseñándonos a mirar qué realidad vital ponían en juego aquellos filósofos en sus palabras. De otro modo, un planteamiento como el de la diferencia entre, por un lado, el yo (como acción) y el no-yo (mundo) en Fichte, y, por otro lado, la identidad entre na-

turalidad y espíritu —el absoluto, donde según Hegel todas las vacas eran grises, o sea, todos los gatos eran pardos—, puede parecer un frívolo juego terminológico: un bizantinismo, diríamos, si no supiéramos que el matarse por la diferencia entre «homoiou-síōs» y «homoiou-síōs» era matarse por el dilema entre dos sentidos del poder, del mundo y de la fe.

En este caso, que esas diferencias, aparentemente de pura teoría inocua, llevaban consigo una diferencia radical de contextos morales e incluso políticos —según acentúa Villacañas— bastaría a demostrarlo, de modo «demasiado humano», la bochornosa anécdota que centró el momento clave del hervor intelectual de Jena: en 1798, Fichte es acusado de ateísmo, a la luz de la polémica planteada por Jacobi en referencia a Spinoza, y acabará expulsado de su cátedra. Entonces Goethe, suprema instancia cultural del ducado de Weimar, cuya universidad era la de Jena, no movió un dedo para salvarle y comentó que «si una estrella baja, otra sube»; la estrella ascendente era la de Schelling, más a tono que Fichte con el naturalismo conformista en creciente boga, también característico del propio Goethe. Mordazmente subraya Villacañas: «Schelling... no tenía vocación de apostar por el [jacobino] perdedor. La traducción de la *Marsellesa* y el rito del árbol de la libertad quedaban atrás. Al fin y al cabo, las universidades las pagaban los príncipes, no los jacobinos.» Tras eso, no es extraño que Schelling, en su *Sistema de idealismo trascendental*, de 1800, escribiera un capítulo dedicado a la moralidad y la política que, como dice Villacañas en la «introducción» a la citada antología, es una «defensa de la primacía de la autoridad absoluta del monarca, una crítica al democratismo y a la división de poderes, al pensamiento liberal y a todo pensamiento político vinculado a la idea de progreso, esto es, que no se agote en el problema de la estabilidad política».

La contraposición que hizo crisis, entre los dos filósofos, entre 1800 y 1802, en el tejido de cartas, artículos y encuentros en que discurría la vida intelectual de aquella admirable gente, decide el curso posterior de ambas vidas —muy larga la de Schelling, que llegó a ser fotografiado en daguerrotipo—. Fichte luego claudicaría un poco de su posición de arranque, aún típicamente revolucionaria; Schelling pasó por numerosas versiones y avatares de su sentir, aunque en el fondo no dejara de ser el mismo siempre. Desde ofrecer —como aludíamos— un borrador para Hegel, llegaría a pretender dejar atrás el propio idealismo: por ello en 1841 le situarían en la gran

cátedra prusiana, en Berlín, que había sido de Hegel, para que borrara la «simiente de dragón» dejada por éste al morir, especialmente en lo que toca a su ala izquierda. Y allí llegaron, ilusionados, antihegelianos tan diversos como Kierkegaard y Friedrich Engels: aquél aprovechaba su apartamento de Copenhague, tras romper con Regine, para acudir al señuelo de la palabra «realidad», pero desilusionándose en seguida; de la reacción de Engels se hace eco su amigo Karl Marx, al lamentar —en carta a Feuerbach, 3 octubre 1843— que los franceses tomen en serio a Schelling: A los románticos y místicos franceses les proclama: «Yo, la unificación de filosofía y teología»; a los materialistas franceses: «Yo, la unificación de carne e idea»; a los escépticos franceses: «Yo, el destructor del dogmatismo»; en una palabra: «Yo... ¡Schelling!» Schelling ha sabido unificar no sólo la filosofía y la teología, sino la filosofía y la diplomacia... La filosofía de Schelling es la política prusiana «sub specie philosophiae».

Pero la indignación de Marx —para no hablar del posterior sarcasmo de Nietzsche sobre «la estafa Schelling»— pronto sería superflua: Schelling quedaría en penumbra —según señala Villacañas— emparedado entre los dos magnos filósofos conservadores de la época, Hegel y Schopenhauer, en espera de resurrecciones y recuperaciones.

Por supuesto, éstas llegarían bajo signo político afin: así, Heidegger le dedicó un famoso trabajo y tomó de él no sólo el «Sein» de arcaica grafía, sino alguna expresión sólo a medias traducida a su «jerga de la autenticidad»: «Angst ist die Grundempfindung jedes lebenden Geschöpfes»; variando un poco el segundo sustantivo por «Befindlichkeit», eso vale para el «Dasein».

En 1975, en el volumen jubilar del segundo centenario del nacimiento de Schelling, Odo Marquard publicaba un devoto artículo, «S. Zeitgenosse inkognito», con varias razones —demasiadas quizá— para esa contemporaneidad de incógnito —alguna ya un poco envejecida entonces, como su «lebensphilosophische Ansatz», su planteamiento de filosofía vital—. Más distanciadamente, en cambio, Francesc Pereña —autor de una tesis doctoral sobre Schelling en vías de publicación— terminaba el prólogo a su propia traducción del *Bruno schellinguiano* (Orbis, 1985) diciendo: «¿Quién sabe si no será el viejo Schelling el primer «posmoderno»?». Análoga ironía, con aguda conciencia del contexto político de Schelling y del nuestro, muestra Villacañas al enmarcar a Schelling como primer abandonado filosófico del reflujo conservador de fin del siglo XVIII: «Nosotros no queremos ser schellinguianos... Se trata de penetrar en el giro brusco de la cultura europea tras el fracaso de la Revolución francesa, en la época de la gran reacción frente a los ideales revolucionarios, en la clave de las nuevas teorías políticas, estéticas y religiosas como elementos reconstructores de un orden que la razón ilustrada tradicional ya no podía mantener... Y en este sentido la edición del joven Schelling trasciende la problemática de este autor para convertirse en un elemento central de la evolución de la historia de la conciencia de Europa, en un experimento crucial para la construcción de una visión lúcida de nuestro propio pasado, motivada por el noble interés de no dejarse embaucar de nuevo ante el brillo de ciertas ideas «nuevas»». □

RESUMEN

Una nueva aproximación del profesor J. L. Villacañas a la obra y al pensamiento de Schelling es aprovechada por José María Valverde para traer, a estas páginas a esta figura clave del pensamiento alemán, además de a otros

nombres decisivos de la filosofía y de la literatura alemanas de finales del XVIII y primeras décadas del XIX, en ese arranque del idealismo alemán en el que viene especializándose, desde hace años, el profesor Villacañas.

F. W. J. Schelling

Experiencia e historia. Escritos de juventud

Ed. de J. L. Villacañas, col. «Metrópolis», Tecnos, Madrid, 1990. 216 páginas. 2.500 pesetas.

En el próximo número

Artículos de Mario Camus, Julián Gállego, Emilio Lorenzo, Antonio García Berrio, F. Grande Covián, Alberto Galindo. Índice 1990.

Grandeza y miseria del boxeo

Por Mario Camus

Mario Camus (Santander, 1935) empezó en el cine como guionista de Carlos Saura (Los golfos y Llanto por un bandido) y desde 1963 ha dirigido más de veinte películas y varias series de televisión, muchas de ellas adaptaciones de novelas como La colmena, Los santos inocentes, Fortunata y Jacinta y La forja de un rebelde. Sobre el mundo del boxeo adaptó un relato de Ignacio Aldecoa, Young Sánchez.

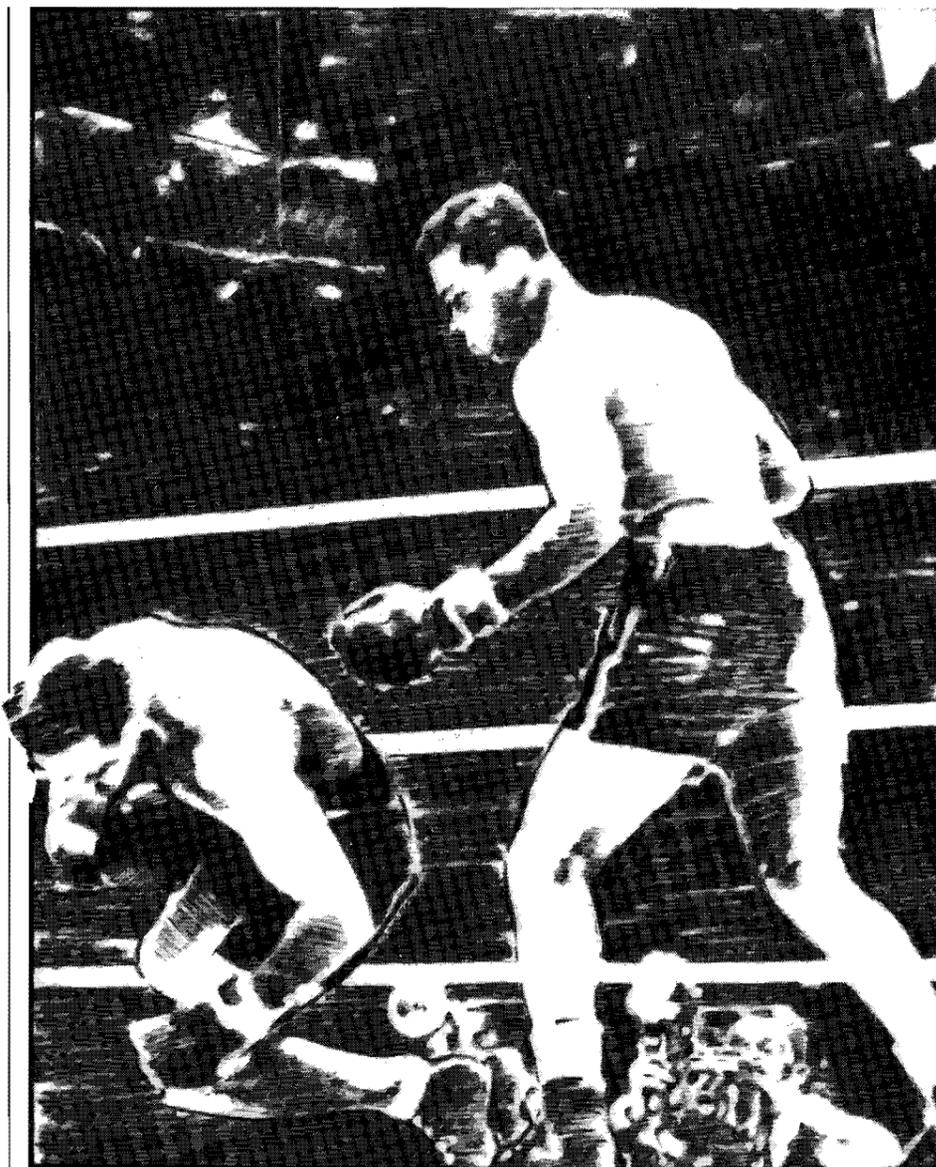
«Es duro ser negro.
¿Has sido negro alguna vez?
Yo fui negro alguna vez... cuando era pobre.»

Esta cita, recordando una frase de Larry Holmes, negro, ex campeón de los pesos pesados, encabeza uno de la veintena de artículos que componen el libro de Joyce Carol Oates, novelista, poeta, ensayista y prestigiosa profesora en la Princeton University de New Jersey.

Es poco frecuente encontrar un estudio deportivo tan penetrante y original. Menos frecuente aún que el boxeo salga de las crónicas exaltadas de los diarios deportivos, de su rincón más amarillo, para ser objeto de un serio y minucioso repaso por parte de alguien relacionado con la educación universitaria. Todavía más extraño que esa mirada crítica, tierna y desgarrada a la vez, sea la de una mujer. Y que se dé el hecho singular de que sus páginas estén abarrotadas de observaciones penetrantes y comentarios ajustados y precisos sobre cada uno de los lados de este poliédrico mundo donde conviven componentes humanos, económicos, raciales, literarios, históricos y míticos.

En entredicho

De todos los deportes conocidos, el boxeo es el único que está en entredicho. En todos los países del mundo civilizado se alzan voces y se movilizan opiniones para acabar con él. Es frecuente encontrar encuestas y programas visuales de debate donde con diversos títulos («Boxeo, sí o no», «El boxeo. ¿Por qué?», «Acabar con el boxeo») se convoca a defensores, practicantes, médicos, destructores y hasta alcaldes que se han propuesto acabar con él dentro del territorio que re-



TINO GATAGAN

gentan. En este mundo occidental hecho de permisividad y tolerancia, el boxeo es la única actividad deportiva que está «prohibida» como espectáculo en países, provincias o ciudades concretas.

Varios periódicos se jactan incluso de omitir cualquier noticia boxística en sus páginas, abiertas por otro lado a todos los horrores. En los Juegos Olímpicos peligró su

puntual asistencia desde los profundos orígenes de los mismos hasta los más recientes. Barcelona puede ser la última sede en la que se vea, por última vez, la forma inconfundible del cuadrilátero encordado. Está herido de muerte. Las razones son razones de humanidad, de cultura, de militancia agresiva contra lo que se considera salvajismo, violencia declarada, espectáculo bélico. Son problemas morales que repudian el desnudo espectáculo de dos hombres ejecutando un violento ritual de lucha sangrienta que conduce al implacable sometimiento de uno de ellos.

Ante la indiferencia de una masa social que permanece ajena y sin opinión frente a casi todo, los combates entre dos hombres a puñetazos, ceremonia que acompañó a la humanidad sin interrupción desde la más vieja memoria, el acto que Homero describiera en el Canto XXIII de la *Iliada*, cuando los griegos, tras la muerte de Patroclo, se desahogan viendo combatir a Epeo y Euríalo, la representación que cantaron, contaron y reprodu-

jeron innumerables escritores, poetas y cineastas que veían en ella una síntesis del dolor y del camino de la vida, está desapareciendo, difuminándose y escurriéndose lentamente, por los engrasados pasillos de la memoria colectiva, hacia la oscuridad.

Únicamente en los Estados Unidos permanece al margen de ese declive pronunciado y continuo. Allí hay boxeadores, siguen celebrándose veladas, se mueven las apuestas, el dinero, la busca de la fama; el mítico y sangriento ritual permanece inalterable, engrandecido si cabe por los últimos inventos tecnológicos en torno al mundo de las imágenes.

De allí nos llega este libro de Joyce Carol Oates. Es oportuno y claro. No entra en polémica alguna. Lejos de creerse en posesión de la verdad, antigua espectadora y profesora impecable y analítica, se pone a hablar de boxeo con los elementos de todos conocidos y compone un pequeño libro con apretadas opiniones, datos históricos, citas deslumbrantes y juicios agudos sobre los aspectos visibles y los menos visibles del «noble arte». Va desgarrando nombres y anécdotas de míticos gladiadores y de escritores de todos los tiempos y todos los países; combates que pasaron a la historia de los grandes acontecimientos, informa sobre curiosas personalidades y puntúa brutales dramas con palabras exactas. Todo ello aplicado a la apasionada divagación sobre las causas, el origen, el desarrollo, las características y todo aquello que tiene el boxeo de eterno e inevitable. En una corta y sabrosa lectura recorreremos un camino aparentemente desordenado que nos lleva desde los lejanos fundamentos del espectáculo boxístico hasta las consecuencias del mismo, su poder de metáfora del propio existir del hombre.

Disciplina o demencia

La dedicación al boxeo necesita la subordinación absoluta del ser. Joyce Carol Oates se pregunta si eso es disciplina o demencia. Pone ejemplos contundentes y terribles y nos remite al gran campeón invicto Rocky Marciano, cuyos métodos de entrenamiento incluían meses de monástica reclusión donde el único pensamiento que le acompañaba durante las horas del día y las horas de la noche era la visión del contrario que le esperaba.

Descarta el calificativo de deporte, más aún el de juego, puesto que al boxeo nunca se juega. Nos traslada lejos en el tiempo para hacernos llegar hasta los Juegos de Grecia y los circos romanos. Pocas cosas han cambiado. Allí estaban los gladiadores, los púgiles, y con ellos la masa excitada y ávida de violencia; allí los entrenadores, apostadores y aspirantes a la gloria; los elogios a la valentía y hasta las esporádicas prohibiciones. Aquellos luchaban, en la mayoría de los casos, por la libertad. Se podría pensar algo parecido de los luchadores de hoy.

Un salto hacia adelante nos sitúa en la Inglaterra del siglo XVII. En ella nació lo que se conoce modernamente como boxeo. Su



En este número

Artículos de			
Mario Camus	1-2	Francisco Grande Covián	8-9
Julián Gállego	3	Alberto Galindo	10-11
Emilio Lorenzo	4-5	Índice 1990	12
Antonio García Berrio	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Grandeza y miseria del boxeo

traslado a América permite al espectáculo de las doce cuerdas, en un terreno abonado para la lucha solitaria y sórdida por la supervivencia, conocer su edad de oro, su momento cuspidal.

La pirámide del triunfo

Grandeza y miseria. Epica y cantos fúnebreros. Contradicciones, paradojas y siempre el hombre, un hombre buscando la salida, la liberación. Todo ello está en el ring, bajo las potentes lámparas que hacen brillar los cuerpos desnudos. Reflexiona Carol Oates sobre el triunfo perseguido por todos. Habla de él como una pirámide donde arriba caben muy pocos y la base sufriente es amplia y concurrida. No lleva al análisis del acto. Lo llama drama sin palabras, un drama único y sumamente condensado. Todo puede ocurrir en segundos: el triunfo, la derrota, la gloria o el olvido. Es la guerra, la parodia del combate violento. Una historia construida sobre los

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



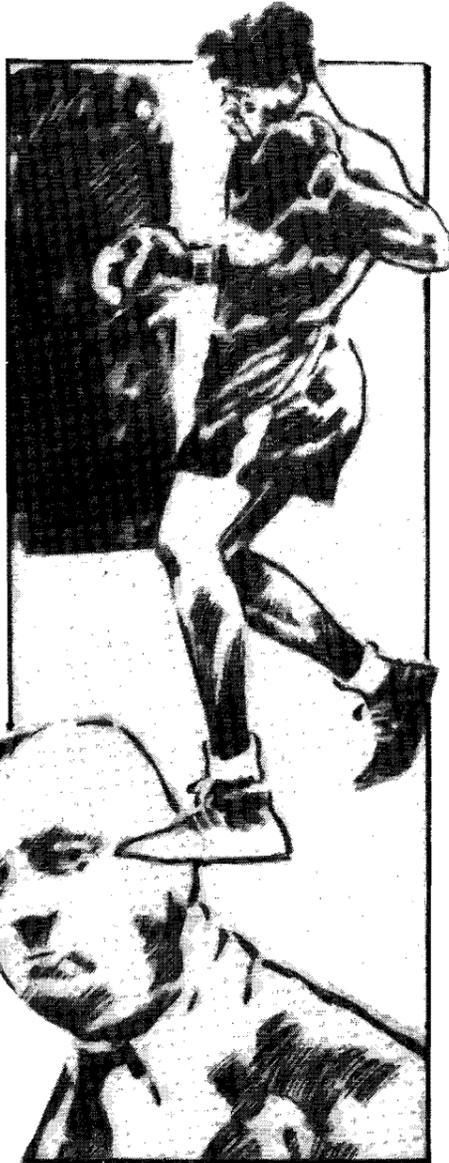
Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.



TINO GATAGAN

golpes, la fortaleza física, la astucia y la fuerza. Exclusivamente masculina, machista. Los campeones son los hombres más peligrosos de la tierra, los más temidos, los más hombres. Ellas sólo pueden ser espectadoras. Siempre identificándose, al contrario que el público

masculino, con el boxeador que pierde, con el que está herido.

La pervivencia de luchas arcaicas en ese cuadrilátero inundado de luz, donde se establece una pugna entre dos hombres que necesitan la victoria o el reconocimiento de su fuerza y que se juegan su propia vida en una huída enloquecida de los malos tratos que de ésta han recibido. Este es el tema de dos apartados cortos y precisos. Historia del negro en los Estados Unidos. Añadamos nosotros a los mexicanos, puertorriqueños, nicaragüenses, panameños y a todos aquellos, galeotes dramáticos que llamaba Nicolás Guillén, perdidos en los suburbios desolados y miserables de las grandes ciudades norteamericanas.

Aire emotivo y brutal

Las citas que emplea Joyce Carol Oates cumplen la función de unir, a modo de argamasa, los distintos temas. La mayoría son frases pronunciadas por boxeadores y todas ellas tienen el aire emotivo y brutal de la sinceridad, de la experiencia directa y sufrida, del conflicto del boxeador inmerso en su oficio frente al espectador que vive en los combates parecida sensación a la del «voyeur» que asiste a un drama pornográfico. «La diferencia obvia entre el boxeador y la pornografía — escribe la autora— es que el boxeo no es teatral. No es ensayado ni simulado. Su violación del tabú contra la violencia («No matarás» en su forma primitiva) es abierta, explícita, ritua-

lizada... A diferencia de la pornografía, es por completo real. La sangre derramada, los daños sufridos y el dolor no son fingidos.»

Se refiere también a los cruzados de la prohibición, a los problemas morales. Estudia los combates haciendo gala de un gran conocimiento. Compara atrevidamente las tácticas del boxeador experimentado y profesional con las de un jugador de ajedrez. En todo ello evidencia una mirada juiciosa y lúcida. Con todos estos materiales compone una impresionante elegía con elementos épicos, sin olvidar la picaresca y el reconocimiento a la singular belleza del viejo y perseguido espectáculo.

Termino esta noticia del libro de J. Carol Oates con la reproducción de su cita más estremecedora:

«Hace algún tiempo, uno de los estados del sur adoptó un nuevo método de pena capital. El gas venenoso suplantó a la horca. En la primera etapa se instalaba un micrófono en el interior de la hermética cámara de la muerte para que los observadores científicos pudieran escuchar las palabras del preso que agonizaba... La primera víctima fue un joven negro. En cuanto la píldora cayó en el recipiente y el gas salió en volutas hacia lo alto, por el micrófono llegaron estas palabras: «Sálvame, Joe Louis. Sálvame, Joe Louis. Sálvame, Joe Louis»...»

(Martin Luther King Jr., citado por Chris Mead. CAMPEON JOE LOUIS, Un héroe negro en la América blanca.)

RESUMEN

El boxeo como deporte no goza de buena prensa en la mayoría de los países civilizados, a pesar de que es una actividad tan vieja como la humanidad. La excepción tal vez sea Estados Unidos, en donde el mítico y sangriento ritual permanece inalterable, comenta Mario Camus. Joyce Carol Oates,

novelista estadounidense, ha escrito un libro que es su personal acercamiento al boxeo, a sus grandezas y miserias, a sus contradicciones y paradojas; ha escrito, en fin, sobre ese drama sin palabras, drama único y sumamente condensado, como lo llama la autora.

Joyce Carol Oates

Del boxeo

Tusquets, Barcelona, 1990. 125 páginas. 1.300 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Grandeza y miseria del boxeo», por Mario Camus, sobre el libro <i>Del boxeo</i> , de Joyce Carol Oates	1-2
«Las ilustraciones de la Ilustración», por Julián Gállego, sobre el libro <i>Difusión de la Ciencia en la España ilustrada</i> , de Juan Carrete Parrondo	3
«Libros de estilo, guías de pecadores», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Libro de estilo</i> de «El País»	4-5
«Las memorias diplomáticas de un observador», por Antonio García Berrio, sobre el libro <i>Vuelta a las andadas</i> , de Emilio Garrigues Díaz-Cañabate	6-7
«La alimentación del deportista», por Francisco Grande Covián, sobre el libro <i>Nutrición y deporte</i> , de Steve Wootton	8-9
«La física de tres picos», por Alberto Galindo, sobre el libro <i>The New Physics</i> , de Paul Davies	10-11
Índice 1990	12

Las ilustraciones de la Ilustración

Por Julián Gállego

Julián Gállego (Zaragoza, 1919) fue profesor de las universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

Como consecuencia de las conmemoraciones del reinado de Carlos III el pasado año, recogemos un fruto tardío y maduro: el libro de Juan Carrete Parrondo *Difusión de la Ciencia en la España ilustrada*, admirablemente editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se trata de un tomo de 400 páginas (in 4.º) que recoge una selección de las láminas abiertas por orden del conde de Floridablanca a partir de la creación de la Real Calcografía de Madrid como dependencia de la Imprenta Real, sita en la calle de Carretas, por la mera instalación de dos tórculos que iniciaron, por cierto, su actividad con la edición de un retrato del propio Floridablanca dibujado por Angel Bueno y grabado por Joaquín Ballester.

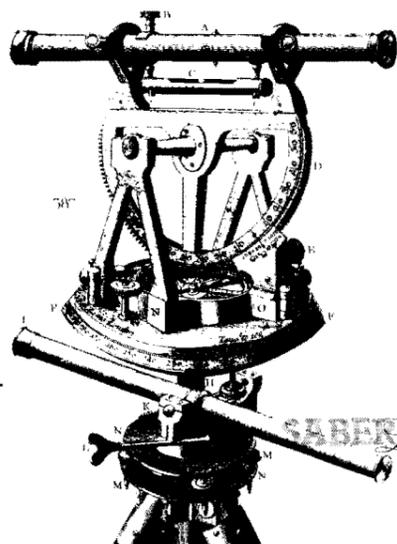
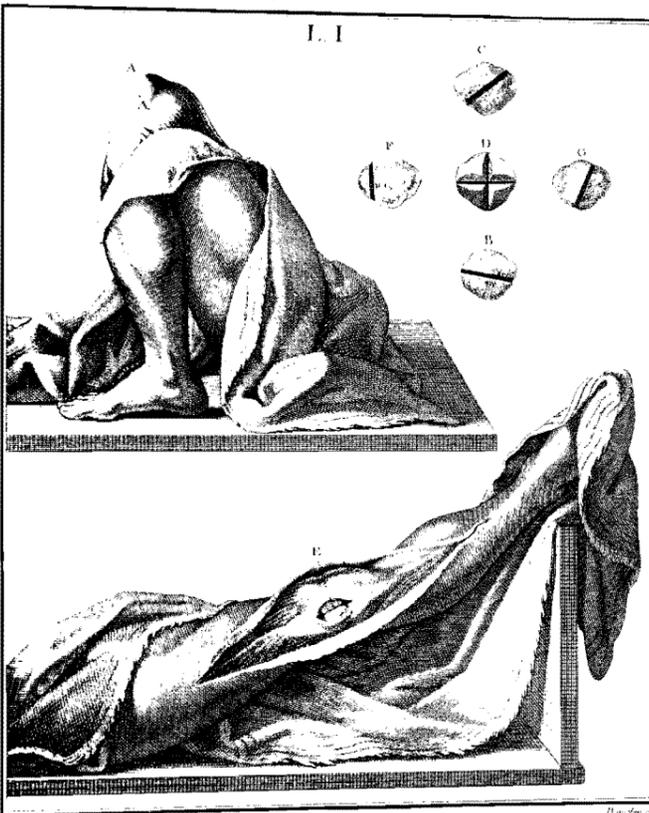
Juan Carrete nos informa brevemente en su introducción que, pocos meses después, el 15 de junio de 1789, el subdelegado para los asuntos de la Imprenta Real, José Antonio Fita, propuso al Conde «que se recojan, cuiden y tiren de nuevo, cuando sea necesario, las láminas que se hayan abierto por orden del Rey» en la citada imprenta, nombrando a Nicolás Barsanti como persona idónea para esos quehaceres. Floridablanca aceptó gustoso el proyecto y envió a Barsanti un comunicado de la instalación de «una estampería de todas las obras que se hayan mandado hacer de cuenta del Rey y otras que se tengan por conveniente», y dándole noticia de su nombramiento «para que forme la colección de las láminas y cuide de conservarlas y hacerlas retocar cuando convenga», para lo que le adjuntaba unas órdenes relativas a esta actividad, siendo muy expresiva la enviada a Santiago Burufaldí, administrador de la imprenta, en la que se dice que «ha resuelto S.M. que se forme una colección de todas las láminas a fin de custodiarlas en la misma Real Imprenta». Aunque no se cumplió exactamente la orden de que todas las estampas grabadas a cuenta del Estado se depositaran en la Real Calcografía, la mayor parte de ellas fueron a parar a dicho establecimiento, dependiente de la Real Academia de San Fernando, donde actualmente se siguen guardando. Otras se quedaron en el Palacio Real, en otras academias, en el Jardín Botánico, en la Secretaría de Guerra y de Marina, etc. Estas láminas eran ilustraciones, en general, para libros editados por la Real Imprenta con fines culturales y prácticos de Botánica, Agricultura, Ganadería, Veterinaria, ya que la idea de la salvación de España gracias a la recuperación de su fauna y su flora era común a todos los ilustrados; también las había de tratados de Matemáticas, Astronomía, Física y otras ciencias exactas o naturales; y referentes a Anatomía, Orictognosía (palabra que no recoge mi *Diccionario de la Real Academia*, por lo que propongo al curioso lector que se lea los dos tomos de W. J. P. Wilhelm sobre el tema, publicados en 1797-98 por la I.R.), Pirotecnia, etc.; más los libros dedicados a la Arqueología y Bellas Artes, entre ellos las hermosísimas ediciones de la propia imprenta regia de los tratados de Arquitectura de Palladio, Vitrubio, Perrault, y de Pintura de Leonardo, del Arte de Escribir, por Servidori, amén de numerosos libros de viajes. Siendo



Planisferio celeste. Hemisferio septentrional.

Tipos de fracturas de la rótula.

Instrumento de medición.



ejemplares extremadamente vistosos el de las *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, por A. J. Cavanilles (dos tomos, I.R. 1795-97), y el *Viaje arquitectónico anticuario de España*, de J. Ortiz (I.R. 1807).

En ocasiones, las láminas estaban destinadas a libros que no se llegaron a editar, o que se imprimieron en series separadas, o que pertenecían a libros raros y preciosos. Juan Carrete ha realizado una cuidada labor de selección y de estudio, eligiendo unas por su belleza, otras por su apurada ejecución, o por su aspecto pintoresco, o por su técnica exquisita. Vemos así, por vez primera, estampas que jamás se vieron antes, como las coloreadas de los *Peces de España*, las del inédito *Hortus Regius Matritensis*, de Cavanilles; la *Arquitectura hidráulica*, de Benito Bails; el *Tratado de decoración y hermosura de las fábricas*, de Diego de Villanueva; la *Anatomía Pictórica* o las herramientas de *Artes y Oficios*. Tratados como el del doctor Galli sobre la *Fractura de la Rótula* o sobre el *Real Gabinete de Máquinas del Buen Retiro*, por Juan de Peñalver, son tan sorprendentes como interesantes.

Amor sensual

Es evidente que este libro ofrece el atractivo de las exposiciones de bibliofilia, sin evitar esa ligera frustración de quienes amamos los libros con un amor sensual y no platónico y gustamos de hojearlos y manejarlos, lo que la vitrina o la selección nos impiden. Era imposible, en tan variopintas ilustraciones, dar un resumen o apéndice relativo a los objetos y operaciones que retratan. Ello nos evita el leerlos toda una serie de tratados en ocasiones áridos y prolijos, pero nos deja con las ganas de saber para qué sirve tal utensilio, cómo se manejaría ese instrumento, qué cualidades tiene cierto pescado, cómo se realizan las prácticas de nivelación o si tal planta es curativa o ponzoñosa. Explicar todos esos particulares hubiera impuesto la reedición de todos esos libros (algunos justamente olvidados) o, cuando menos, otros dos o tres tomos de explicaciones que, en especial en materias científicas, serían de prolija explicación.

Contentémonos pues, a falta de esa *Grande Encyclopédie* en que estos grabadores, autores y editores se inspiran a veces, con contemplar tan variado repertorio muy esmeradamente reproducido, hasta darnos muchas veces la ilusión de la estampa directa. Hasta cierto punto, amaestrados por Max Ernst, podremos gozar de la sorpresa de la incongruencia de esa sucesión de láminas que nos llevan de la Astronomía a la Zoología, de la Botánica a la Ingeniería, de la Arquitectura a la Mecánica, de la Física a la Química, de la Medicina a la Anatomía, que nos viene, al final, con «memento» osteológico. Y seremos niños curiosos, como lo fueron aquellos ilustrados que querían asomarse por todas las ventanas al mismo tiempo sin tenerlo siquiera de quitarse la peluca. □

RESUMEN

Ya desde el título del artículo, Julián Gállego explicita el contenido del mismo: recordar aquella curiosidad tan ilustrada, tan propia de los hombres del Siglo de las Luces, de asomar-

se a todas las ventanas de la ciencia y, por tanto, a aquella profusión de libros ilustrados. Con alguna de aquellas láminas se ha confeccionado la obra que comenta Gállego.

Juan Carrete Parrondo

Difusión de la Ciencia en la España ilustrada

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1989. 53 páginas de texto y 349 páginas de láminas. 8.000 pesetas.

Libros de estilo, guías de pecadores

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de El español de hoy, lengua en ebullición, El español y otras lenguas y de una edición reciente de Obras Selectas de Jonathan Swift.

Una de las acepciones más frecuentes de la voz «estilo» es la definida en el *Diccionario Académico* (DRAE) como «Manera de escribir o hablar peculiar de un escritor o de un orador; carácter específico que, en cuanto al modo de expresar los conceptos, da un autor a sus obras, y es como sello de su peculiaridad literaria». Es esta acepción, a mi juicio, la más aproximada a lo que hoy, sin acudir a los diccionarios, entendemos por estilo de un periódico, de una agencia de noticias o de una cadena de radio o televisión. Apurando el concepto, acaso fuera más exacto formularlo así: «Conjunto de normas de uso interno que establecen los directivos de un medio de comunicación para unificar criterios divergentes o discrepantes y que son a menudo "de obligado cumplimiento para todos sus redactores"». Serían también meras recomendaciones concebidas y elaboradas con la sana intención de enmendar o evitar errores ya advertidos en el uso y guiar así a los infractores o pecadores entre los peligros que acechan en las zonas sin desbrozar, por poco transitadas, de los campos del idioma. Queremos subrayar así que el papel asignado a estas modernas guías del bien decir no es redundante: el libro de estilo pretende dar orientación breve y tajante a lo equívoco, al uso vacilante. La servidumbre cotidiana del gremio a las urgencias de los «mass-media» así lo exige.

Para mí, la primera vislumbre de lo que puede ser un «estilo» referido a la prensa me llegó en 1951-52, cuando observé que en las crónicas de una sesión de los Comunes sobre la Ley de Transportes, a la que asistí, se reproducía la palabra clave «haulier» con esta ortografía, excepto en la de *The Times*, que escribía «hauler». Expuesta mi extrañeza al gran diario londinense, me contestaron amablemente que ése era el estilo («style») del periódico y a él se atenían. Años después advertí que el «estilo» había cambiado y escribían «haulier». La anécdota es oportuna, porque también el libro que vamos a comentar, que se llama *Libro de estilo*, ha cambiado —de sabios es mudar de parecer— en algunas cosas con respecto a ediciones anteriores, de difusión restringida y no venales. El éxito de esta primera edición comercial, pronto agotada y editada un mes después con las correcciones más apremiantes, invita a hacer una reflexión sobre el papel que estos manuales o libros de estilo pueden desempeñar en una sociedad deseosa de orientación lingüística práctica y solvente. Y no es que falten orientaciones. Destaca entre ellas el *Diccionario de dudas*, de Manuel Seco, ya comentado en estas páginas. Mas incluso en el ámbito periodístico, este *Libro de estilo* de *El País* tiene sus precedentes. Sin ir más lejos, en dos ediciones de circulación limitada (noviembre 1977, marzo 1980). En el prólogo de esta última se nos explica que «un libro de estilo no es una gramática ni un diccionario al uso. Es simplemente el código interno de una redacción de cualquier medio informativo que trata de unificar sistemas y formas expresivas con el fin de dar personalidad al propio medio y facilitar la tarea del lector». No vamos a comprobar aquí si estos dos últimos objetivos se han alcanzado, pero sí debemos apuntar el riesgo de que se consiga dar personalidad al medio a

costa de difuminar o borrar la de sus redactores y colaboradores.

Hay que consignar aquí, sin embargo, que aparte de las aportaciones mencionadas, existía en España desde los años setenta un *Manual de estilo*, de la agencia EFE, cuya tercera edición (1978) tuvo ocasión de comentar en el diario *Informaciones* en enero de 1979. El cuerpo de recomendaciones y normas gramaticales de aquella edición debe mucho a la experiencia docente y periodística de Fernando Lázaro Carreter. Algo después estas normas fueron aprovechadas por el *Manual de estilo para informadores de radio* (Madrid, RTVE, 1980), que así lo hace constar y debe más de una idea al periodismo anglosajón. No sabemos si, impresas o no, existen otras guías «editoriales» en España que registren las infracciones y brinden las oportunas enmiendas. Sí conocemos, y tenemos a mano, las normas de una famosa agencia de noticias, la United Press International, en su edición de 1979, aparecidas con el título de *The UPI Broadcast Stylebook, a handbook for writing and preparing broadcast news*, el cual, como el *Manual* de RTVE, está pensado para la radio. Transcurrido más de un decenio desde que se publicaron estas ediciones, sólo queremos que conste su existencia. Por razones obvias no nos ocuparemos de lo que son todavía proyectos: el anunciado Libro de estilo del Ministerio para las Administraciones Públicas, cuyas normas parece que han de ser observadas por los funcionarios de él dependientes. Por las directrices que se han filtrado en la prensa —una sobre el uso de las preposiciones— cabe esperar una revisión del nombre de este departamento ministerial. También, según los periódicos, se hallan en distintos grados de madurez otros proyectos de libros de estilo para TVE y algunas televisiones autonómicas: catalana, vasca, gallega, valenciana y andaluza. En el texto de esta última se habla de influencia angloamericana. También se habla de «libro de estilo» (*El País*, 9-IX-90) para la Policía Municipal de Madrid. Más bien suena a código de comportamiento.

¿Cuál es el valor correctivo de estas modernas preceptivas? Creo que la amplitud y resonancia de los preceptos son inequívocamente positivas, y sería de desear que llegaran a los más remotos confines del área lingüística hispánica, siempre bien dispuesta a examinar y hacer suyas, si lo merecen, cuantas recetas de eficacia funcional afectan al común instrumento de comunicación. Prueba de ello es la acogida, inusitada en obras de esta índole, dispensada a las dos «guías» hoy en venta: la de la agencia EFE, titulada ahora *Manual del español urgente* (MEU), va por su quinta edición; el *Libro de estilo*, de *El País* (LE) va por la cuarta, tras agotarse pronto la tercera. Aunque esta cuarta edición es el objeto de nuestro comentario, nos referiremos también al *Manual* de EFE para algún contraste cuando sea oportuno.

Mensaje claro y eficaz

Podría pensarse que el éxito de venta de estos libros no obedece solamente al interés del público por las cuestiones gramaticales que se plantean en sus páginas y sus redactores tratan de resolver. Esto valdría para el MEU, como veremos, pero no para el LE, que acoge una primera parte eminentemente técnica (págs. 15-138), llamada «Manual», que ha de ser, sin duda, muy útil para futuros periodistas, deseosos de aprender cómo se concibe la noticia y se hace portadora de un mensaje claro y eficaz. Esta sección del LE viene a corresponder a lo que la agencia EFE ha desgajado del manual primitivo y publicado aparte como *Manual básico para los servicios informativos* (primera reimpresión, junio 1989). Prescindiendo de estas partes marcadamente técnicas

—exenta la del MEU, incorporada al LE la otra—, nos quedan dos importantes contribuciones al conocimiento del lenguaje periodístico y de los escollos que ha de salvar. (No debe omitirse aquí, como referencia, el libro de J. L. Martínez Albertos, tan elogiosamente comentado por Manuel Alvar en *Blanco y Negro*.) Ambas aportaciones han de ser provechosas para despejar las dudas siempre flotantes ante muchos usuarios del idioma, por cultos que se proclamen. Hay un riesgo implícito encubierto en este tipo de recomendaciones, que a veces adoptan el tono y la contundencia de verdaderos decretos inapelables, y es que los lectores ajenos a las respectivas redacciones, y eximidos, por tanto, de acatar y observar las «normas de obligado cumplimiento», se sientan empujados a cumplirlas. Tal riesgo latente invita a considerar el problema de la norma lingüística desde posiciones claramente agramaticales. Porque los autores o responsables de estos manuales o libros de estilo parecen más preocupados en mantener una uniformidad lingüística que se contradice con la misma naturaleza del lenguaje, que es fluctuante, inestable, cambiante y cuantos adjetivos se requieran para describir lo que en otro contexto hemos igualado a una «lengua en ebullición». Poseen estos libros una virtud que puede ser a la vez su principal defecto. Son categóricos en sus apreciaciones: o blanco o negro; no suele haber gradaciones para las posibles dosis de ingredientes que desembozan en los grises. No se admite —salvo excepciones— el «según y cómo». Uno tiene la impresión, el temor, de que un buen día nos sorprendan condenando el uso de «tuviese», en vez de «tuviera», por ser esta alternativa más frecuente. Todo ello es coherente con el propósito abiertamente proclamado de unificar el estilo de los redactores, y no hay, por tanto, que llamarse a engaño. El lector incauto acaso caiga en el error de confundir «estilo» con «gramática», error que prudentemente tratan de despejar los autores. Debe reconocerse, sin embargo, que esta actitud aparentemente inflexible que informa los preceptos tiene sus excepciones. Así, en el LE se admiten dos grafías y dos plurales para la voz «debu(t)», se sucumbe ante el uso generalizado del disparatado calco «ciencia-ficción», pero se defiende y sostiene en el diario la solución, más acertada, de ficción científica, que propusimos en 1969. También admite la alternancia «suspensio»/«suspense» (en el MEU, «suspensio»/«suspensión»). Y ésta debería haber sido la pauta si hubiera primado lo descriptivo sobre lo prescriptivo. Mas no ha sido así. Aceptemos, pues, el carácter normativo de estas obras, que es el que informa la labor de sus redactores.

Un punto que conviene tener en cuenta a la hora de juzgar los resultados de estos empeños de unificación de estilo es la posición de sus autores frente a la Academia, cuya autoridad se reconoce explícitamente pero se esquivo a veces sin motivo plausible: cf. en LE «problemática», «sofisticado», «dineros», «yerba», «kermés», «élite» o el género gramatical de «vodka», «maratón», etc. Cf. también en el MEU «balancear», «anamorfoseador», «addendum», «güisqui», «permissividad», etc. No hay unanimidad en la grafía de «eusquera», así admitida por la Academia. Sorprende la entrada «Euzkera. Dígase «euzkera» o «eusquera» (MEU). También prescinde de «eusquera» el LE, que prefiere «otra más castellana, «vascuence». Otras veces es más explícita la discrepancia con el DRAE: «La Academia ha aceptado «clon», pero no debe usarse» (LE, s.v. «clown»). Del mismo modo, «la Academia acogió el término («élite») con acento grave..., pero el uso..., aunque erróneo, ha confirmado la acentuación esdrújula, que es la que adopta *El País*». Es en este terreno de arenas movedizas, de usos vacilantes, donde el usuario de estas obras, obras de consulta casi obligada, ha de

andarse con cuidado. El criterio adoptado para zanjar la última disyuntiva —«élite» / «elite»— nos recuerda a Horacio («si volet usus») y es perfectamente respetable, como el de recomendar «Livorno» por «Liorna». En casos así, el lector, al seguir las recomendaciones, no hará más que dejarse llevar por la corriente dominante y evitará el peligro de «desviaciones» extravagantes. Pero en otros casos le será necesaria una buena dosis de prudencia para no incurrir en prácticas que, siendo congruentes con la política idiomática —el «estilo»— del medio informativo, no coincidan con el uso general o adolezcan de contradicciones internas. El MEU, que suele admitir más opciones de usos inestables que el LE —defiende, en cambio, «elite» frente a la aberración «élite»—, recoge, como hizo el *Diccionario Manual* de la Academia, el neologismo angloclásico «parafernalia», de uso muy generalizado, que, según el LE, «no existe en ningún diccionario». Si el lector busca orientación, hará bien en consultar cualquier diccionario inglés solvente, ya que, con razón, como anglicismo lo identifican. Los significados que adopta en español demuestran que quienes lo usan no captan la vaguedad inherente a este término en inglés, donde todavía domina el valor de cosas diversas (la dote de la novia): «pertenencias, trastos, enseres».

Palabras descalificadas

La tendencia de estos manuales a descalificar como no existentes ciertas palabras o formas flexionadas merece también comentario. Podría admitirse que, al menos para uso interno, se proclame una y otra vez en el LE que las abreviaturas no tienen plural (páginas 88-89) si ello forma parte del «estilo» buscado por los autores, no sé si apoyándose en la norma postal internacional que desde hace unos años es causa de que los sellos abrevien su valor facial con plurales invariables (1 pta., 20 pta., 100 pta.). Pero *El País* no lo cumple en la publicidad («ptas.» en anuncios es frecuente) ni en el texto de algún columnista (VIPS plural de VIP). Y las prohibiciones van más lejos. Se afirma en la entrada «dineros» que «no existe ese plural en castellano»; sin acudir a textos antiguos, creo que su uso se puede documentar sin esfuerzo hoy (un ejemplo en *ABC*, 6-VIII-90, pág. 14). Se asegura también que «gay» «no tiene plural» (en español ¿por qué no?; en inglés «a group of gays», sin ir más lejos, en el *Dic. Collins*). Igual ligereza se observa en la entrada «pied-noir» (plural, «pied-noirs»), equivalente a un «pienegros» castellano; no opina así el *Dic. Larousse*, que incluye un «pieds-noirs» de Mauriac como ejemplo. Aunque no es estrictamente un plural, resulta petulante y errónea la lección que se ofrece innecesariamente al lector sobre el queso de «Gruyère», recomendando la grafía «Gruyères» «para la pequeña ciudad de la Suiza francófona donde tiene su origen». La autoridad sobre quesos la tienen sin duda los franceses, que llaman a la comarca «La Gruyère» y admiten variedades del «gruyère», entre ellas el «emmental». Sí; la capital del valle, en un monte, era «Gruyères», ya no. Sería el español acaso la única lengua que optara por la grafía «gruyères» para designar al famoso «fromage». También nos parece arbitraria la matización semántica entre «footing» y «jogging», tanto como la afirmación de que en castellano no hay derivados en «-al» de nombre en «-ón». Anótense «cantonal, algodón, ciclón, gamonal», etc., sin contar la numerosa prole de los derivados de nombres en «-ión» (que también terminan en «-ón») como «nacional, condicional, proporcional», etc.

Los ejemplos citados, creo, no se prestan a polémicas. Gramáticas y diccionarios, y so-



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

bre todo el uso, zanján los debates. Pero las cuestiones que en estos libros de consulta obligada se ventilan, atañen sobre todo a las dudas que suscita la falta de codificación española sobre topónimos y antropónimos, en especial los no castellanizados, aparte de los conflictos derivados del resurgir de los nacionalismos lingüísticos, cuando los «propietarios» de un nombre —de persona o de lugar— pretenden imponer su peculiar grafía a los demás. Ello va desde la invención del «pinyin» chino, de ortografía uniforme para los no chinos, pero de cuestionable uniformidad prosódica, hasta el nombre del remoto valle de una comarca donde los vecinos, o una nueva administración, hayan decidido que no les gusta el que figura en los mapas desde hace siglos. Es de agradecer, por ello, la lista de transliteraciones de personajes al alfabeto latino. Si bien no se ha conseguido plena unanimidad en algunos en que ciertos usos arraigados del español delataban la grafía de lenguas intermediarias, es bueno que se diga cuál es la preferible. Pienso en grafías todavía no «reformadas», como Solzhenitsin, Tschairowski, Mikhaïl, Pouchkine, Khrushchev, etc. También en los topónimos se respetan las grafías tradicionales, como en «Astracán» por «Astraján». El LE consigna y recomienda Pekín y Chiang Kai-chek, en vez de la notación pinyin, adoptada, en cambio, para Mao Zedong. Creo que ésta es una de las más aprovechables aportaciones del LE, pero admite mejoras: el nombre del río siberiano que oímos en la escuela era, y es, Yenisei (preferible Ienisei), pues la E inicial del alfabeto cirílico, correcta en Yevgueni, Yeltsin, Yekaterina, así lo pide. Se mantiene, sin embargo, Ekaterimburgo. Este consejo ortográfico del español —antes de b y p se escribe m— se aplica en «Nuremberg» y «Edimburgo», pero no en «Canberra». Si ello se debe al uso australiano, debería tolerarse «Sydney».

Buscando claridad en el uso de topónimos extranjeros de varia ortografía se identifica a algunos por la lengua que los designa. Así ocurre con «Amberes» y «Ginebra». Ello supone un esfuerzo del equipo redactor digno de encomio. Por eso, en previsión de nuevas ediciones, sugerimos revisión de la entrada «Leuven», nombre neerlandés de Lovaina (el neerlandés incluye el flamenco); en alemán sería «Löwen»; «Löven» es un error. Con «Gante» hay confusión: no queda claro por qué «Gand» y «Gant»; hoy el francés usa «Gand»; la «-t», que se conserva en el «John of Gaunt» inglés y en el adjetivo «gantois»,

ha dejado paso a la «d». No hay que corregir «Pearl Harbor», pues los propios ingleses respetan la grafía americana. Algún otro error de bulto hemos advertido: «Bay of Biscay» es «golfo de Vizcaya o mar Cantábrico»; Madrid no se halla en 3º 41' de longitud Este; Netherlands (págs. 166, 414) es adjetivo, sobra la «-s»; «analogías» (s.v. «thesaurus») debe ser, creo, «antologías».

Para mezclar la cal con la arena debo declarar que he estudiado el libro con deleite. Me satisface personalmente que se aborden en él cuestiones que me han preocupado medio siglo. Nadie me ha pedido este comentario, que espero sirva de ayuda y estímulo a los redactores. Confieso que me halaga ver defendidos criterios que vengo sosteniendo hace muchos años: plurales de voces extranjeras, las ventajas de «a por» sobre el equívoco «por», la prelación de «ficción-científica» sobre «ciencia-ficción». También aplaudo la adopción de los dos gentilicios desconocidos por la Academia, «nigeriano» y «nigerino», así como la propuesta de «bangladesíes» para los ciudadanos de Bangladesh, frente a la etnia bengalí de Dhaka y Calcuta. El tiempo dirá cuál se impone. También es oportuna la inclusión de «ecuatoguineano». Sigue sin resolverse el problema de las tres Guineas, como señalábamos hace unos años. Tampoco distingue los tres gentilicios el MEU, que exhibe, en abrumadora profusión, un buen surtido de variantes —siete para mis paisanos, cuatro para Laos—. Esta abundancia, por lo visto, no basta para hacer frente a los caprichos de lo que hemos llamado en 1987 «toponimia reglada», pues según «orden» de la ONU «Lao» es invariable, como adjetivo y como sustantivo, en español, francés e inglés.» El LE, cautamente, no opina sobre este punto. Lo traemos aquí porque, como vamos viendo, el mudar de etiquetas no es sólo cosa de los cambios ministeriales, sino de cualquier alteración política en el mundo. El caso de Laos se suma al de Myanmar, antes Birmania; Tbilisi, antes Tiflis; Dhaka, antes Dacca; Volgogrado, antes Stalingrado, antes Tsaritsin; Kaliningrado, antes Königsberg, etc. Puestos a diferenciar lo que resulta equívoco, yo no rechazaría «ucraniano», ni «Tunicia», para aliviar la polisemia de «Ucrania» y «Túnez». Tampoco condenaría la pronunciación «cártel», que tiene cierta tradición y figura en algún diccionario bilingüe (también en el *D. Manual* de la R.A.), máxime si se recomienda «Milan», alegando la pronunciación inglesa (no, es Mi-

lán). No nos parece congruente la defensa del grupo anómalo inicial en «Tbilisi» y el rechazo de «jmer», descartado sensatamente a favor de «jemer».

Tras el modesto epígrafe «Palabras» es donde se ordena alfabéticamente casi todo lo comentado, a modo de diccionario de dudas relacionadas con el mundo de la noticia. Unidas a las de «Siglas» y «Nombres propios», constituyen, con sus 350 páginas, más de dos tercios del volumen. La actitud ante los neologismos es hospitalaria, a veces caprichosa frente a los barbarismos. Comentar éstos no entra, por tentador que resulte, en nuestro propósito. Baste mencionar que muchos de estos neologismos ya están admitidos, o figuran ya, en los diccionarios académicos y otros han sido propuestos en espera de la sanción definitiva.

Tampoco entra en nuestro propósito analizar algunas de las «Normas gramaticales» que preceden a «Palabras», que pueden desencadenar debates estériles. Sobre algún punto ya hemos dado más de una vez nuestra opinión. He echado de menos, comparando el nuevo texto con el de 1980, las recomendaciones sobre la extensión de frases y párrafos. El estilo dominante en las revistas eruditas es a menudo farragoso, propenso a las digresiones, los incisos y las notas. Por eso admiramos en la buena prosa periodística su concisión, de la que son paradigma los titulares de la prensa diaria. Aquellas normas de brevedad que echamos en falta están acordes con una tendencia, que creo universal, a la frase corta, a veces sincopada o mutilada, que condenan algunos lingüistas alemanes como síntoma del empobrecimiento del idioma. Un estudio de 1983 revela que el oyente medio alemán, aparte de la penuria de vocabulario activo, es incapaz de retener más de trece palabras seguidas (o una secuencia de cinco se-

gundos de duración). Si esto ocurre también en español, será cuestión de no forzar su retentiva con sintaxis ciceroniana. Creo infundadas las quejas reflejadas en la prensa sobre las pocas lecturas del español finisecular que nos rodea. Los lamentos quizá sean válidos para la literatura seria; no tanto para la de carácter efímero, cuyo mejor exponente es el periodismo. Lo que pasa es que el mensaje no le llega a la gente de hoy a través de la palabra escrita, sino de la radio y la televisión. Más que lectores, son oyentes y espectadores que incrementan a diario las cifras del analfabetismo funcional. Esto no parece que vayan a remediarlo los libros de estilo sin más, ni vamos a pretender que sean textos obligatorios de las Facultades responsables. Creo, y mi creencia la comparten gentes enteradas, que nunca se ha hecho sentir la prosa periodística tan persistentemente sobre sus destinatarios como ahora. Sean éstos oyentes o lectores, es grave la responsabilidad de los informadores a la hora de transmitir su mensaje, sea oral o escrito.

Fuera del terreno estrictamente gramatical, hay que alabar la prudencia, a la par que el realismo, de las recomendaciones del LE sobre «Palabras malsonantes». No existe, que yo sepa, en España algo comparable a las leyes de libelo anglosajonas. Por eso se echan de menos, puesto que se advierte cada vez más su necesidad, instrucciones concretas sobre aquellas expresiones que convendría evitar. El *Stylebook* de la UPI, arriba citado, enumera más de cien palabras de «bandera roja» («red-flag words») que deben usarse con extremo cuidado para no incurrir en costosos pleitos. La lista es obra de los abogados de la empresa. Los legos en materia forense no acertamos a intuir por qué las sentencias condenatorias de ciertos excesos verbales no parecen guardar proporción con la gravedad (o levedad) de los insultos proferidos. Por ahora puede que basten los consejos de las páginas 20 y 21, pero la gente se va haciendo cada vez más puntillosa y hay que estar alerta.

Es muy posible que nuestro sentido crítico al juzgar materias familiares se haya agudizado y por ello resulten severos nuestros comentarios. Algunos tienen que serlo y podrían haberlo sido más apurando nuestras notas. Pero es tan ingente el número de datos reunidos, que silenciar la mayoría de los aciertos, que son incontables, es tan obvio como silenciar los múltiples errores y descuidos de poca monta a que se exponen los valientes redactores de una obra cuyos materiales proceden en gran parte de lenguas y alfabetos exóticos. Detrás de cada novedad ortográfica se advierte una reflexión casi siempre objetiva. No lo es, y con eso termino, la decisión de «minúscular» el título de la competencia cuando ABC va a cumplir el siglo, y justificar, con endeblez razones tipográficas, la desaparición del acento en el propio. Tales menudencias no son congruentes ni acordes con el tono objetivo y ecuánime que parece presidir el propósito de enmienda corporativa de esta moderna guía de pecadores. Mención aparte merece el esmero dedicado a la impresión y corrección de pruebas, digno de especial aplauso. □

RESUMEN

La publicación de una nueva edición, aumentada y corregida, de el Libro de estilo de «El País» lleva al académico Emilio Lorenzo a adentrarse por estas modernas guías del bien decir por las que se rigen algunos

periódicos y órganos de comunicación de masas, de «obligado cumplimiento» para sus redactores y que acaban convirtiéndose, por extensión y utilidad general, en guías (editoriales) de pecadores.

«El País»

Libro de estilo

Ediciones El País, Madrid, 1990. 524 páginas. 2.000 pesetas.

Las memorias diplomáticas de un observador

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense. Desde 1968 desempeñó la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en numerosas universidades extranjeras, entre otras: Bolonia, Heidelberg y Harvard. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Formación de la teoría literaria moderna (1977-1980)*, *Introducción a la poética clasicista (1975 y 1988)*, y *Teoría de la literatura: la construcción del significado poético (1989)*.

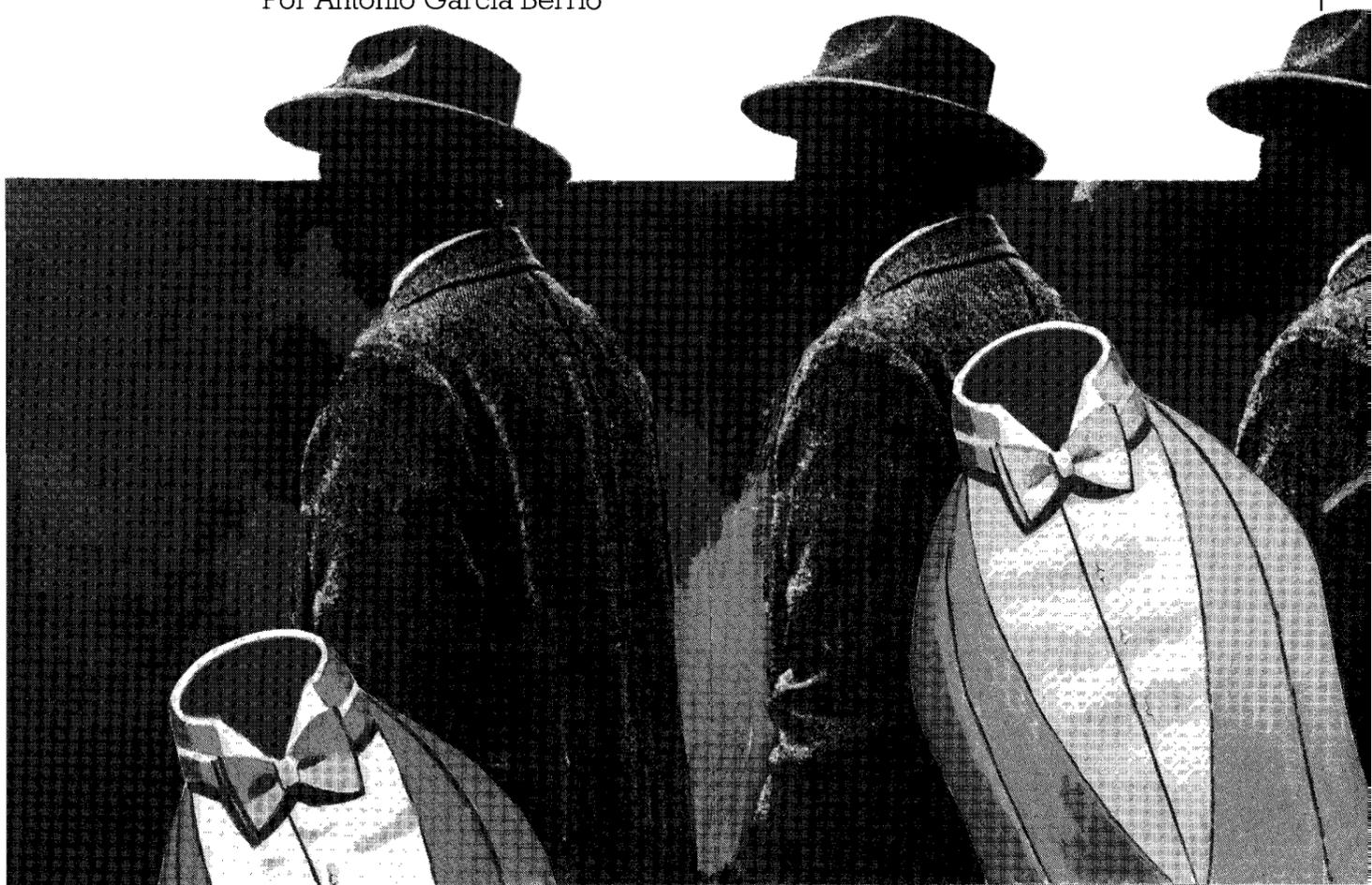
Emilio Garrigues es uno de esos españoles pertinaces decidido a hablar si es necesario para sí mismo, según sentencia de su maestro Ortega, y a solas casi, si no hay más remedio, con sus compatriotas bajo la sordina sublime de una cultura nacional en desventaja histórica pactada. Sus memorias, *Vuelta a las andadas*, son un libro por muchos conceptos raro y ejemplar, desgarrado y tolerante —como su dueño—, fértil y muy discreto. Un libro, como es natural en toda obra de memorias, necesario para su autor; pero también, lo que casi nunca es tan obvio en las obras del género, muy útil y agradable para muchos y casi imprescindible incluso para algunos. Quiero reconocerme con claridad entre estos últimos; «et in Arcadia ego».

Como no se le puede negar a Garrigues una curiosidad cultural muy esforzada, que está al corriente de casi todo, queda claro de entrada en el libro la responsabilidad asumida sobre la extraordinaria actualidad que hoy conocen las reglas del género autobiográfico: M. Beaujour, H. Lübbes, Ph. Lejeune. Hay que asumir el juego limpio, la última claridad consigo mismo desde una «vuelta del camino» que bien pudiera ser nada menos que la última. El tono y la perspectiva optan por el apego entrañable, simpático y confanzudo con la propia piel, largamente zurrada y convivida; recapitulando unas «andadas» agri-dulces en el tono menor de años y leguas a lo Santayana, libres de la tentación trascendental sinfónica de otras «hazañas en los días» evocadas en el tenor ejemplar de Bertrand Russell.

No tanto, otra vez más entre nosotros, la escritura como desquite patético a lo Cervantes, sino la literatura como equilibrado ejercicio de claridad consigo mismo a lo Machado, y como brindis de urbanidad a los demás supervivientes, en el guiño de Jorge Guillén. Reflexión mesurada, desapasionada sobre todo de sí —el peor, Narciso—, zumba y broma constante, distancia siempre: la más enfrentada y la primera la del propio amor, el amor propio. Respeto es el sentimiento general; respeto bien entendido empezando por sí mismo, y como salsa la guasa castiza, la experiencia general de la cultura, la fidelidad irónica.

Rareza histórica

Si al español, sobre todo al lenguaje —ese español cada vez más peligroso, el único tal vez inevitable, invasor y creativo por cada herida y cada cordillera del suelo y del espíritu—, se le «ningunea» con alevosía secular en varias lenguas, francés e inglés sobre todo, es evidente que las estrategias del recelo histórico se han exaltado a tácticas de holocausto cada vez que este país, y éste no más que todos los otros importantes, ha dado pretexto con su razón histórica para adensar el pacto de silencio sobre el chivo expiatorio. Es así como a los españoles se les ha querido cobrar muy cara su última rareza histórica de cuarenta años.



Es en esa coyuntura en la que se inscribe la comprensión flexible de Garrigues en el fiel de la balanza —o incluso, tal vez peor, de la aguja de marear—, según la cual procede con fidelidad cordial, a trancas y barrancas, la animación narrativa del estilo en esta prolija recapitulación de andanzas personales, casi siempre necesaria, nunca en cualquier caso desconcertada; y eso que el libro tiene más de 600 páginas.

Es difícil imaginar en tales circunstancias un desempeño profesional más incómodo y rudo que el del «servicio exterior», al que Emilio Garrigues consagró casi esos mismos cuarenta años de vida activa. Quienes eligieran pasar parte de aquellos tiempos en distintos países de Europa —yo estudiaba, otros imaginaban conspirar y recuerdo que la mayoría menos silenciosa tocaba la guitarra—, creo que, si son sensatos, coincidirán conmigo en agradecer antes que nada a la gloriosa «normalización» de la que hoy gozamos, el que se nos haya liberado de una parte, y no precisamente pequeña, de la carga de nuestra «diferencia». Actualmente, los españoles en gira por Europa, si aguantan a algún pelmazo será sólo por espíritu de humildad franciscana o por otros intereses aún menos confesables. Antes, por el contrario, estábamos obligados a soportar en razón... de diferencia. ¡Qué no tendría que desoir un embajador de España ante la Unesco o en Bonn en aquel tiempo! ¡Grandeza y servidumbre —va en serio— de la diplomacia española en una de las etapas más escasamente gloriosas, pero más abnegadas, de su historia moderna!

Vuelta a las andadas afirma una de sus claves más estables en la historia profesional de su autor, un diplomático de carrera. Alguien que eligió una profesión digna, distinguida y muy necesaria y honorable. La elección, como tal, no tiene por qué justificarse sino en lo envidiable de su prestigio, y en todo caso en hábitos y preferencias menos sublimes pero no menos interesantes: como la pasión de viajar, la preferencia por conocer gentes y culturas diversas, etc. Un español en la edad de Garrigues, sin embargo, se ve fatalmente alcanzado por la necesidad suplementaria de una justificación coyuntural ética: vivir un españolismo acendrado en la situación más distanciada y objetiva posible, la más imparcial y general; el servicio extranjero a los españoles de todas las Españas.

Convencido de haber vivido un período menor de la historia española durante el desempeño de su actividad diplomática, la concentración apasionada del impulso vital de Garrigues, y en consecuencia el interés de su relato en estas memorias, cristaliza en las zonas menos públicas, más íntimas o temporalmente periféricas de su experiencia. Literariamente, tal vez las páginas más sugerentes del libro son las dedicadas a la singular infancia y a la «juvenilia» universitaria del autor. Evocación entrañable de unas «raíces» escasamente convencionalizadas en la literatura del género: el arraigo esforzado de una familia de terratenientes del seco, semimineral, de Murcia y Almería, forjando la autoexigencia rigurosísima de unos caracteres: el padre, los cinco hermanos, destinados por su propio vigor y rigor a ofrecer el perfil rotundo de «clan» entre la reblandecida sociedad burguesa de la capital del reino, más regalada que aquellos cinco ascetas laicos, en el privilegio de sus dulces encantos; entonces, como ahora mismo, un poco pueblerinos.

Iniciación cultural y social

La iniciación cultural y social del joven Garrigues representa tal vez para contraste con la intrascendencia histórica de sus circunstancias de madurez, el momento público más favorable y culminante de su vida y de sus elecciones: el Instituto-Escuela, los contactos con la Institución Libre, el magisterio profundísimo de Ortega, la experiencia universitaria en su doble vertiente jurídica y humanística —Castro, Menéndez Pidal, Zubiri, etc.—, la interesante vivencia de la Residencia y de la Barraca —sutil y muy interesante el perfil de Lorca que se asoma en estas memorias—. El obligado viaje «institucional» a Alemania; el desbarajuste de la guerra... Aquí el tedio y el asco por tantas torpezas de todos se abre paso en el relato de forma muy espontánea y muy escasamente convencional. A las urgencias y a las más que seguras conveniencias en el entonces, hoy ya remoto, del protagonista, se sobrepone convincentemente el balance neutral de un desapasionamiento ante lo transcurrido y marchito —aquí vendría muy bien, si no sonara mal, lo de periclitado—. Y además, la gustosa emoción del medio íntimo, familiar y doméstico, del «pequeño mundo antiguo», donde se forjaban los há-

bitos y los rasgos de Garrigues como «caballero privado».

Resignado impulso de Garrigues, por temperamento del sujeto y circunstancias del entorno, a la dorada esfera del hombre interior. El relato de estas memorias nos regala con el descubrimiento sintomático de un temperamento moral interesante que se pronuncia sin reservas —siempre, eso sí, con bien intencionada compostura— sobre encrucijadas esenciales del debate moral de su cristianismo razonable, y del político: liberalismo contrastado. Por esa vía resulta lo que pudiera ser, a mi juicio, la fuente de interés general más destacable del libro, en contraste con tantos otros del género prodigados en estos últimos años, con pretensiones tanto más públicas y gesticulantes, por quienes se han considerado a sí mismos protagonistas decisivos de una historia común española, por lo demás bastante escuálida. Y es que cuando el puro acoso de los vientos mayores de la historia no ha impulsado el velamen de los individuos, más vale que las confidencias de la conciencia se conviertan a la curiosidad más íntima de las bodegas del espíritu.

El debate intelectual de Emilio Garrigues en estas memorias marca, sin duda posible, por su amplitud y pluralidad así como por la ambiciosa extensión de los objetos y ámbitos a los que se extiende, el campo de intereses de una vocación cultural moderna por muchos conceptos ejemplarizable. Sorprende ante todo la densidad y la amplitud, nunca mejor dicho, humanística de los temas. Primero la filosofía, asumida con convicción, alumbrada desde la fortuna del magisterio directo de Ortega y del más continuo y recóndito, pero reconcentrado, de Zubiri. Sobre pautas tan ceteras —y de primera mano—, la intuición de Garrigues se mueve por el recorrido torturado de la Metafísica y su deconstrucción moderna, desde Nietzsche a Heidegger, obviando incluso a un Derrida que le sorprende poco, sin dejarse conmovir por la inquietud más elemental que anima el rebrote escéptico de todas las endeble deconstrucciones de nuestra moda.

En tales términos, el valor de las ideas de Garrigues —y lo asombroso, en su caso— debe aquilatarse precisamente en la índole de generalidad intelectual del diplomático cultísimo —uno de los «casi» todo, sobre los que



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

ironizaba Ortega en épocas mejores-, y no sólo en la exactitud monográfica de cada acorde especializado. Y aquí pocas dudas caben: la cultura de este espigado generalista, desplegada generosamente en sus memorias –en esto al menos el autor contradice su confesada fama de tacaño–, justifica con solvencia las condiciones de necesidad y de utilidad social de la misma; una grandeza, esta vez, apenas sin ninguna servidumbre, considerando las atribuladas necesidades que amenazan al hombre de ahora y más aún al de mañana mismo.

El soporte filosófico que prima en la vocación y en la carrera intelectual de Garrigues se prolonga naturalmente en la constitución de un perfil ético, individual y social, donde sociología, ciencia política y relaciones internacionales –R. Aron, L. Kolakowski– comparecen ante la preocupación del autor, con las mismas características de amplitud y de actualidad que ya he destacado a propósito de las filosóficas. Y otro tanto sorprende al considerar la actualidad y variedad de las lecturas y reflexiones estéticas, sobre todo literarias y plásticas en las que Garrigues se exhibe frecuentemente. Así, por ejemplo, el calado del pensamiento cultural del autor diseña y afronta en su médula, burla burlando, el problema fundamental del arte contemporáneo: la constitución del significado estético. A propósito del cual, la opción constructiva de Garrigues resulta lúcida y congruente con la estabilidad esencialista de su pensamiento filosófico: más cerca siempre de la hermenéutica de Habermas que de los «horizontes» relativistas de Gadamer.

Lector empedernido

Cultura literaria de lector empedernido, de equilibrado maniático, entusiasta desde la adolescencia. Aquí muy poco falta, por la extensión de las lecturas, y muy poco sobra: por la excelente orientación, por el fino instinto y la sensibilidad lectora de Garrigues. Los nuestros todos, o casi todos... los que valen la pena porque mantienen sus poderes de confianza o de delicia: veneración sobre todos a Cervantes, simpatías por Lope, estima de Calderón. La curiosidad de Garrigues hace pocas excepciones, sus capacidades culturales excluyen raramente, y sabe encontrar la presencia extranjera donde flaquea la pro-

pia. Así detecta la inanidad de nuestro romanticismo literario, y busca donde lo hubo: en Inglaterra y en Alemania. Allí identifica, con fino instinto, la raíz del cambio estético de la modernidad, que él sigue con más interés en su recorrido poético anglosajón –T. S. Eliot, W. H. Auden, o el recóndito Hopkins de Dámaso Alonso– que en los siempre más frecuentados profesionales franceses, de Baudelaire a Valéry, con quienes el lector Garrigues tiene un trato lo suficientemente familiar y profundo, como para permitirse más relajada asiduidad con ellos de la que es habitual en culturas más «primarias» que la suya.

El saber y el buen gusto de Garrigues no reconocen limitaciones de época ni de lugar o lengua, y llegan a hacer sus favoritos de Dante y de Cervantes, de Hölderlin y sobre todo, hasta la intimidad, del olímpico Goethe. Paladar exquisito y afinado, cultura plena, sin espacio para el deslumbramiento momentáneo. Es el caso, por ejemplo, de su parecer sobre la aparente falla definitiva del arte moderno aformalista, que Garrigues, con más perspectiva –y no sólo de tiempo– que su maestro Ortega, sitúa mejor que aquél en su condición de variante parcial y episódica y no de alternativa radical, apocalíptica o «deshumanizada», al significado estético.

Y es que, más allá de sus apariencias de centón farragoso, este grueso volumen de confidencias desinteresadas y de cuentas rendidas con el mundo empezando por sí mismo, acierta sobre todo a centrar y subrayar la unidad esencial de convergencia problemática que subyace a tantos temas y perfiles variados: el «enigma histórico» de España o su «realidad» constitutiva interior. Garrigues sitúa su recuerdo con indulgente paciencia entre el «caso» personal de don Claudio y el de don Américo, e interpone su autoridad entre los intereses seguramente menos venerables de sus contemporáneos: Calvo Serer, Fernández de la Mora, Maravall, Tierno, etc.

En la defensa de la razón de España, encariñada pero sin desmesuras del autor –sin exageración del celo, según Talleyrand preconizaba en todo trance de la acción diplomática–, al cumplir eficazmente Garrigues con la condición de entrada de modernizar la cuestión en sus ajustes actuales, acierta a encajarla en la raíz general problemática de la cultura moderna y de su explicación del mundo. La opción histórica derrotada de Es-

paña, nuestro patrimonio inevitable, diferencial y diferenciado, se ofrece de nuevo como una de las alternativas convergentes para un futuro inmediato de síntesis sobre parcialismos interesados nacionales o de creencia.

Solaces y preferencias

El tiempo nuevo, si no lo abortan cataclismos, alcanzará a gozar por fin la síntesis humanística de una diversidad cultural a la medida de cualquier delicia, sin ahondar nunca más en los prejuicios diferenciales. El futuro superior que se promete, si realmente llega a serlo, dejará sin razón a los polemistas rancios de antaño; y Garrigues trata de anticiparse a esa tarea de conciliación por la esperanza y la mesura.

Y eso que nuestro experimentado viajero conoce las diferencias y las expone con agudeza sucinta en el libro. Azar profesional y vocaciones de cultura, destinos administrativos y razones de gusto han construido el panorama de sus solaces y preferencias, que estas memorias no ocultan. Fervor perenne por la Italia del Renacimiento intemporal, recorrida y releída, magisterio eterno de la sensibilidad. Reserva, nunca antagonismo ni exclusión –demasiado «celo» fuera–, frente a esa Francia con réditos históricos tal vez abultados ante el montante internacional de sus capitales, administrados siempre con una oportunidad de propaganda sin despilfarros y altas dosis de sentido de lo rentable. Inasequible poder el de Estados Unidos, secretos nunca fáciles al término justo en su dosificación de las reservas puritanas de país nuevo: demasiadas cautelas para cuerpo tan

RESUMEN

El profesor García Berrio se ocupa de las memorias del diplomático Emilio Garrigues, que son una suerte de «vuelta del camino», un inevitable mirar atrás a un tiempo y a una época nada fáciles, a causa de esos cuarenta años de peculiaridad política española, y en los que

joven. Garrigues, que los tiene en casa, llega, ve y se marcha; dejando la victoria –si es que cabe– para otra generación más tesonera y con tragaderas menos sutiles que las suyas: tal vez la de sus nietos.

Me parece que era un lema de la aviación de caza americana en la segunda guerra mundial: «no hero, no glory»; y Garrigues, que se confiesa tardío y humilde, quiere admirar sus héroes y alimentar su alma del fulgor de la gloria: aquí la raíz de sus preferencias alemanas. País y cultura largamente vividos sin arrobos, a diferencia de Florencia y Roma, pero entendidos con un respeto global que asimila incluso los deslices. Y no sólo la Alemania del soporte intelectual de Hegel a Heidegger, o la médula sensible de músicos y poetas definitivos; sino la Alemania vencida y con complejo impuesto de holocausto, desdoblada de ciudades y cuyos bosques formidables no llegaron a interesar a este meridional sediento de Almería. La Alemania del sacrificio y de la solidaridad más fiel en la construcción actual de Europa, que el autor ha tenido ocasión de conocer a fondo desde su privilegiada atalaya de Bonn. Pero todo siempre, donde más y donde menos, con disciplina diplomática: con tacto y con mesura, sin demasiado celo espontáneo. Ejemplo y estimulante para unas gentes, las nuestras, dadas en demasía, para lo formidable y para lo menos bueno, a la tendencia energúmena (Guillén «dicebat»).

¡Y qué honda y serena satisfacción para todos, ahora, con la vieja adhesión alemana de Garrigues –como con la mía misma– alentada en años tan difíciles! La apuesta de entonces no era tan inverosímil cuanto anticonvencional y tal vez, incluso, un algo esquinada y a contrapelo. Pero había, tan sólo –y nada menos–, que profundizar en la fibra imprescindible de la ilusión tradicional de Europa y su cultura... y saber esperar. Esperanza de fondo, como la de Garrigues, a favor solamente del sentido en las cosas, de lo veraz permanente.

El sólido fundamento de su cultura tradicional y moderna preserva a Garrigues de todo complejo zozobante a favor de la inquietud de moda de los tiempos, con la parcialidad fragmentaria asumida como ley intransgredible de destino. Por otra parte, la amplitud y la riqueza internacional de su experiencia reflexiva en sazón le consienten, asimismo, desdeñar cordialmente los prejuicios propios y ajenos, simplemente basados en barreras. La necesidad esencial de su anclaje acuciante en la vida desecha tanteos de ensayo y estrategias provisionales de espera. Garrigues se dirige en corto y por derecho a las razones permanentes del mundo y la existencia, de la cultura y del arte, como posibilidad de expresión y de comunicación, como conciencia limitada pero no fragmentaria de significado, como vislumbre esperanzado de destino. ¿No es tal vez esta *Vuelta a las andadas* la comunicación ideal, rara si no única en nuestro tiempo español, entre experiencia e inocencia, entre veteranía y adolescencia? ¿Fue alguna vez otra cosa la «traditio»? □

desempeñó Garrigues su «servicio exterior». Pero no son éstas, subraya García Berrio, las memorias de un diplomático, o no sólo son éstas las vivencias de un profesional de la diplomacia, sino, además, las de un hombre abierto a todas las curiosidades intelectuales.

Emilio Garrigues Díaz-Cañabate

Vuelta a las andadas

Biblioteca Nueva, Madrid, 1988. 650 páginas. 3.500 pesetas.

La alimentación del deportista

Por Francisco Grande Covián

Francisco Grande Covián (Colunga, Asturias, 1909), doctor en Medicina, ha sido profesor de Fisiología y Nutrición de la Universidad de Minnesota y profesor visitante de Fisiología en la de California. Es profesor emérito de Bioquímica de la Universidad de Zaragoza.

La alimentación del deportista ha estado, y continúa estando, influenciada por toda suerte de creencias infundadas acerca del papel de los alimentos en el desarrollo y mantenimiento de la capacidad física del hombre, con olvido de los conocimientos científicos que poseemos.

Así ha sido reconocido por cuantos autores se han ocupado críticamente de la cuestión. Véase, como ejemplo, lo que podemos leer en el tratado de Davidson y Passmore (pág. 594, 8.ª ed., 1986), una de las mejores obras actuales de nutrición humana: «En el pasado, los atletas y deportistas han seguido con frecuencia los consejos dietéticos más estrafalarios. En ninguna otra rama de la dietética se han recomendado dietas más desatinadas, ni más alimentos de moda pasajera.»

Es opinión unánime de los investigadores en este campo de la nutrición humana, que ninguno de los alimentos habitualmente utilizados por el hombre posee propiedades que le hagan particularmente beneficioso, o perjudicial, como integrante de la dieta del deportista. Nunca ha podido demostrarse que los suplementos de vitaminas y minerales, o el aumento del contenido de proteínas de una dieta mixta capaz de satisfacer las necesidades de energía y nutrientes esenciales, produzca un aumento de la capacidad física del deportista, cualquiera que sea la actividad deportiva que practica.

Una virtud sobresaliente de la obra de Wootton que motiva estas líneas consiste en que presenta con precisión y claridad los conocimientos actuales de nutrición humana indispensables para que el deportista pueda descubrir por sí mismo los errores que encierran muchos de los consejos dietéticos que a él llegan. Pero antes de ocuparme de dicha obra creo que puede ser de utilidad informar al lector acerca del desarrollo histórico de algunas de las ideas acerca de los combustibles utilizados por el músculo durante su actividad.

El mito de la consistencia y el papel de las proteínas en la alimentación del deportista.— La idea de la superioridad de las proteínas (o compuestos nitrogenados, como se llamaban antes de que Berzelius propusiese el nombre «proteína» en 1838) en la alimentación del deportista está basada en el mito de la consistencia. Hace 2500 años, los griegos recomendaban a sus atletas el consumo de grandes cantidades de carne, que es a fin de cuentas tejido muscular, con objeto de reponer la pérdida de musculatura que suponían se producía durante la actividad física. Muy recientemente (1988), Heraud nos recuerda una inscripción griega en la que se recomienda el consumo de carne de cabrito para los atletas cuya actividad deportiva consiste en saltar, mientras que se recomienda el consumo de carne de toro para los corredores.

A mediados del siglo pasado, el gran químico alemán Justus von Liebig propuso que la energía necesaria para la contracción se deriva de la degradación de las propias proteínas musculares. Las ideas de Liebig tuvieron gran influencia en Alemania. En la monografía de Bischoff y Voit sobre la nutrición de los carnívoros (1860), puede leerse: «Es y será siempre verdad que sólo las sustancias nitrogenadas son productoras de energía. Que sólo ellas determinan los efectos energéticos, el fenómeno del movimiento del organismo animal. Igualmente, permanecerá incontrovertible que, a través de sus transformaciones, las gra-



STELLA WITTENBERG

sas y los llamados hidratos de carbono sólo producen calor y no efectos de movimiento.»

Estas ideas parecen persistir todavía en la mente de los deportistas y en la de sus entrenadores, a pesar de las pruebas contrarias a tal suposición que hoy poseemos. El error de las ideas de Liebig fue puesto de relieve por el clásico experimento de Fick y Wislicenus en 1865. Mientras estaban sometidos a una dieta desprovista de proteínas, realizaron estos investigadores la ascensión a un pico de los Alpes berneses: el Faulhorn, de 1.956 metros de altura. La excreción urinaria de nitrógeno, que en tales condiciones da una medida de la destrucción de las proteínas corporales, no se modificó durante el ascenso o el descenso en comparación con la observada antes de emprender la ascensión. De este modo se comprobó que la actividad física no causaba aumento apreciable del catabolismo proteico. Un análisis reciente de los datos de Fick y Wislicenus (Kleiber, 1975) demuestra que la combustión de las proteínas corporales no podía haber contribuido más de un 6 por 100 de la energía necesaria para subir a la montaña.

Un año más tarde (1866), demostraron Pettenkofer y Voit que la excreción urinaria de nitrógeno no aumenta significativamente durante la actividad muscular intensa cuando la dieta contiene hidratos de carbono y grasas en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de energía. Resultados semejantes han sido obtenidos por numerosos autores, como puede verse en la excelente revisión de este problema realizada por Simonson en 1971.

A comienzos del presente siglo (1904), el investigador norteamericano Chittenden llevó a cabo un estudio sobre los miembros del equipo atlético de la Universidad de Yale con objeto de comparar el efecto de dos dietas de diferente contenido proteico sobre la capacidad deportiva. Los atletas fueron distribuidos en dos grupos, uno de los cuales consumía una dieta que contenía solamente 40 gramos diarios de proteínas, mientras que el otro consumía la dieta habitual americana, con más de 100 gramos diarios de proteínas. Los resultados demostraron que tanto la capacidad deportiva como los efectos del entrenamiento eran iguales en los dos grupos. Una confirmación de este resultado se en-

cuentra en el estudio de Pitts «et al» (1941), quienes observaron iguales efectos del entrenamiento con dietas de diferente contenido proteico (entre 75 y 151 gramos por día).

En el conocido experimento de Minnesota (1950) se estudió el efecto de aumentar el contenido proteico de la dieta sobre la recuperación de la fuerza muscular y la tolerancia al ejercicio. Los sujetos habían sido sometidos previamente durante seis meses a una marcada restricción calórica (45 por 100 de su consumo habitual). Al final de este período habían perdido un 24 por 100 de su peso inicial y mostraban una notable disminución de su fuerza muscular. Durante el período de recuperación, la dieta de una parte de los sujetos fue suplementada con 25 gramos diarios de proteínas de buena calidad. No se encontró diferencia en la recuperación de la fuerza muscular y la tolerancia al ejercicio entre los sujetos suplementados y los que no recibieron suplemento. Como señala Simonson (1971), si la adición de proteínas a la dieta diaria hubiera tenido algún efecto, debería haberse manifestado de modo más evidente en estos sujetos, que se encontraban en un estado de depleción proteica y habían perdido masa muscular.

En resumen, pues, no hay prueba convincente de la creencia de que la actividad muscular aumenta las necesidades de proteínas, ni de que el consumo de una dieta de contenido proteico superior al generalmente recomendado tenga un efecto favorable sobre la capacidad física, los efectos del entrenamiento o la recuperación de la fuerza muscular en sujetos en un estado previo de depleción proteica. Las dietas generalmente consumidas en los países desarrollados derivan un 10 a un 15 por 100 de su energía de las proteínas. Esta proporción parece ser suficiente para satisfacer las necesidades proteicas del deportista tanto durante la actividad deportiva como durante el entrenamiento, siempre que el contenido energético de la dieta sea suficiente para satisfacer sus necesidades de energía.

Hidratos de carbono y grasas como combustibles en la actividad muscular.— Las dietas habituales en los países desarrollados derivan alrededor de un 50 por 100 de su energía de los hidratos de carbono, y esta proporción puede elevarse a un 70 por 100 o más en las

dietas consumidas por las poblaciones menos desarrolladas. Los hidratos de carbono son, por tanto, cuantitativamente, el más importante combustible utilizado por nuestro organismo, y no debe olvidarse que algunos órganos y tejidos, como el cerebro, la retina, los glóbulos rojos y la médula renal, obtienen normalmente la energía que necesitan para sus funciones de la oxidación de glucosa.

Pero las reservas de hidratos de carbono del organismo humano, representadas principalmente por el glucógeno hepático y muscular, no pasan normalmente de unos 400 gramos, es decir, 1.600 Kilocalorías, que es poco más que la cantidad diaria de hidratos de carbono contenida en la dieta de países como el nuestro.

Durante el primer tercio del presente siglo, como consecuencia de los estudios iniciados por Fletcher y Hopkins en 1907 acerca de la producción de ácido láctico en el músculo aislado de rana, y de los fundamentales estudios de Embden, Meyerhof y Hill sobre la bioquímica y la energética de la contracción muscular, el interés de los investigadores se centró en el estudio del papel de los hidratos de carbono como fuente de energía para la contracción muscular.

Los métodos clásicamente empleados para estudiar la utilización de los hidratos de carbono durante la actividad muscular en el hombre han sido la medida del cociente respiratorio (CR) y la medida de la glucemia y la concentración de ácido láctico durante el ejercicio. Más recientemente, nuestros conocimientos se han ampliado con datos obtenidos mediante la medida de las diferencias arterio-venosas de glucosa y, sobre todo, con las medidas de los cambios de contenido de glucógeno en biopsias de músculo obtenidas durante el ejercicio.

El CR disminuye en el curso de la actividad muscular intensa. Los datos obtenidos por Christensen y Hansen en sujetos que realizaban trabajos muy pesados (900-1.000 W) en 1939, muestran que el CR pasa de 0,910 durante los primeros 30 minutos de ejercicio a 0,825 entre los 150 y los 162 minutos. Según estos datos, la contribución de los hidratos de carbono al gasto energético del sujeto desciende de un 69 por 100 al comienzo del ejercicio a un 40 por 100 al final del mismo, mientras que la de las grasas asciende desde un 31 a un 60 por 100.

La concentración glucémica desciende durante la actividad muscular, descenso que depende de la intensidad y duración del ejercicio, del grado de entrenamiento y de la dieta consumida por el sujeto.

El estudio de los cambios en la concentración sanguínea de ácido láctico durante el ejercicio ha dado lugar a una voluminosa literatura que no es del caso analizar aquí. El estudio clásico de Bang (1935) muestra que el comienzo del ejercicio se acompaña de una elevación de la lactacidemia, seguida de un descenso. La elevación depende de la intensidad del ejercicio realizado y es la consecuencia del período de anaerobiosis que se produce al comienzo de la actividad, hasta que el ajuste circulatorio permite el suministro adecuado de oxígeno al músculo. La concentración de lactato en jugadores de fútbol de primera categoría alcanza niveles de 7 a 8 milimoles por litro (Ekblom, 1990).

Tanto los cambios glucémicos como los de concentración de lactato dependen del grado de entrenamiento del sujeto, como demuestran los estudios de Bøje y de Bang realizados en el laboratorio de Krogh de Copenhague, en los que yo serví como sujeto. A mi llegada al laboratorio, el descenso de la glucemia y la elevación de la concentración de lactato durante el ejercicio en la bicicleta ergómetro eran mucho mayores que las obser-



Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

vadas en mis colegas daneses, muy familiarizados con esta actividad. Al cabo de seis meses de ejercicio diario, ambas respuestas se habían modificado favorablemente en mi caso.

Las medidas de las diferencias arteriovenosas en la circulación de los miembros durante el ejercicio han suministrado datos de interés acerca del consumo de combustibles por la musculatura. Se deduce de ellos que la musculatura en reposo utiliza muy poca glucosa: unos 20 a 25 mg. por minuto para toda la musculatura, que pesa unos 28 Kg. Esta cantidad es, aproximadamente, una cuarta parte de la cantidad utilizada por el cerebro, que pesa 20 veces menos que la musculatura (1,4 Kg. para un sujeto de 70 Kg.). El músculo en reposo utiliza, pues, principalmente grasa, y esta conclusión se confirma por las medidas del CR del mismo, que es cercano a 0,7.

La determinación del glucógeno en biopsias de músculo, introducida por los investigadores escandinavos, ha permitido obtener información en cuanto al papel de este polisacárido en la actividad muscular. Tres hechos fundamentales, establecidos por estas investigaciones, deben ser destacados:

1. El contenido de glucógeno disminuye en el curso de la actividad.
2. El agotamiento del sujeto se produce cuando el contenido de glucógeno muscular alcanza un bajo nivel.
3. El contenido de glucógeno muscular puede modificarse por medios dietéticos.

En sujetos alimentados con una dieta «normal», la concentración de glucógeno medida en biopsias del músculo cuádriceps femoral es de 1,5 gramos por 100 gramos de músculo. Al cabo de 90 minutos de ejercicio intenso, equivalente a un 77 por 100 del consumo máximo de oxígeno del sujeto, la concentración de glucógeno desciende por debajo de 0,1 gramos por 100 gramos de músculo. En este momento, los sujetos muestran signos de agotamiento que obligan a interrumpir el experimento. El aumento de la frecuencia del pulso durante el ejercicio muestra una elevada correlación con el descenso del glucógeno muscular. Los datos de los investigadores escandinavos indican que los sujetos cuyo contenido inicial de glucógeno muscular es del orden de 1,5 a 2 gramos por 100 gramos de músculo, pueden llevar a cabo ejercicio de intensidad correspondiente a un 25-30 por 100 de su consumo máximo de oxígeno durante ocho a diez horas antes de agotar por completo las reservas de dicho polisacárido. Pero si estos sujetos realizan ejercicio de intensidad equivalente a un 75-80 por 100 de su consumo máximo de oxígeno, el glucógeno desaparece en una hora y media.

La depleción de glucógeno causada por la actividad muscular estimula su resíntesis, haciendo posible alcanzar niveles superiores al nivel inicial. Esto no ocurre en los músculos que no han participado en la actividad. La resíntesis de glucógeno que sigue a la actividad muscular es potenciada por la administración de hidratos de carbono. En estas condiciones ha sido posible obtener niveles de glucógeno del orden de 5 gramos por 100 gramos, mientras que los valores normalmente encontrados oscilan entre 1 y 2 gramos por 100 gramos de músculo. La administración de una dieta rica en hidratos de carbono después de un período de ayuno, o de una dieta desprovista de hidratos de carbono, ocasiona también un considerable aumento de glucógeno muscular.

La grasa depositada en el tejido adiposo constituye la principal reserva energética del organismo humano. Un joven de 70 Kg. en estado normal de nutrición, contiene aproximadamente un 15,5 por 100 de grasa, que equivale a unas 100.000 Kilocalorías. En 1920 apareció el clásico estudio de Krogh y Lindhard en el que se estudió la respuesta al ejercicio en un grupo de sujetos normales cuando consumían una dieta rica en grasa y cuando consumían una dieta rica en hidratos de carbono. Aparte de demostrar que la grasa es utilizada durante la actividad muscular, este estudio demostró que el rendimiento mecánico se reduce en un 11 por 100 cuando los sujetos consumían la dieta rica en grasa. Estudios realizados en nuestro laboratorio de la Universidad de Minnesota en sujetos sometidos al ayuno, muestran que la eficiencia mecánica disminuye linealmente conforme aumenta la proporción de energía derivada de la oxidación de grasa.

El estudio de la utilización de grasa durante el ejercicio iniciado por Krogh y Lindhard fue continuado en el laboratorio de Krogh, en Copenhague, con motivo de los estudios patrocinados por la Sociedad de Naciones, en los que yo participé en 1932 y 1933. En estos experimentos pudo demostrarse por Christensen y Hansen, utilizando la medida del cociente respiratorio en sujetos sometidos a una dieta «normal» que realizaban actividad física esencialmente aeróbica, que el 50 a 60 por 100 de la energía gastada por el sujeto procedía de la oxidación de grasa. Cuando los sujetos eran alimentados con una dieta de elevado contenido en hidratos de carbono, podían realizar ejercicio durante un período de tiempo tres veces mayor que cuando eran alimentados con una dieta de elevado contenido de grasa.

La grasa almacenada en el tejido adiposo es utilizada por el músculo en forma de ácidos

grasos libres (AGL) procedentes de la lipólisis de la misma, catalizada por la lipasa sensible a las hormonas. Numerosos estudios muestran que la concentración de AGL en el plasma sanguíneo se eleva durante el ejercicio, pudiendo llegar a alcanzar niveles peligrosos (Poortmans, 1988). Datos obtenidos mediante la administración de ácidos grasos marcados con ^{14}C indican que unos 2/3 del CO_2 espirado durante el ejercicio proceden de la oxidación de los AGL en sujetos bien entrenados, mientras que sólo la mitad es de dicha procedencia en el caso de los sujetos poco entrenados.

Los resultados de estos estudios (Astrand y Rodahl, 1986; Maughan, 1990) indican que la participación relativa de los hidratos de carbono y las grasas en el suministro de energía durante la actividad muscular está afectada por los factores siguientes:

1. La dieta consumida por el sujeto.
2. La intensidad del trabajo realizado en relación con el consumo máximo de oxígeno del sujeto.
3. La duración del ejercicio.

La obra de Wootton.— Es evidente que la preocupación fundamental del doctor Wootton al escribir su obra ha sido la de presentar en forma asequible los conocimientos científicos de la nutrición humana indispensables para que el deportista pueda comprender los mecanismos mediante los cuales la alimentación es capaz de influir sobre su capacidad para realizar ejercicio físico. Así nos lo dice en el prefacio de su libro: «Es importante comprender primero los principios básicos de la alimentación sana, y proceder después a aplicarlos al deporte.» Y añade a continuación: «Lo que es más interesante, y quizá contrario a muchas creencias de los atletas, es que una dieta de éxito para el deportista no se base en píldoras, polvos o pociones; no hay soluciones «mágicas» para el éxito de los atletas.»

El doctor Wootton se enfrenta pues, decididamente, con el problema que señalábamos

al comienzo de estos comentarios: la ignorancia e ingenuidad de los deportistas, en general, en cuestiones de nutrición. Obsesionados por alcanzar el éxito deportivo, aceptan sin reparo cualquier consejo que prometa aumentar su capacidad física por desatinado que sea.

Muy acertadamente, a mi juicio, cree el doctor Wootton que es el mismo deportista quien, con sus propios conocimientos de nutrición, debe estar en condiciones de rechazar los consejos erróneos que recibe. Su obra está concebida con la finalidad de informar al deportista de todo aquello que debe conocer para comprender el papel que el estado nutritivo desempeña en el mantenimiento y desarrollo de la capacidad física.

Comienza la obra con un capítulo en el que de forma concisa se exponen los conocimientos fundamentales de la nutrición humana, capítulo que va seguido de otro destinado a analizar la utilización de la energía alimenticia por el organismo humano. Debo destacar la excelente descripción del papel del adenosin trifosfato (ATP) como moneda energética universal. Temo que no sean muchos los deportistas familiarizados con el hecho que la energía liberada por la oxidación de los combustibles orgánicos no es utilizada directamente por las células, sino que se emplea en sintetizar ATP, y que es la hidrólisis de éste la que suministra la energía que las células, incluyendo las musculares, pueden utilizar. El capítulo siguiente analiza los mecanismos mediante los cuales la energía suministrada por el ATP es utilizada para la contracción. Este capítulo contiene una excelente descripción de los distintos tipos de fibras musculares y sus propiedades. A continuación (capítulo 4) se estudian las relaciones entre nutrición y entrenamiento, terminando con una lista de útiles consejos dietéticos. El capítulo 5 se ocupa de las necesidades de agua del organismo humano en general y las del deportista en particular, y termina con una serie de consejos que ningún deportista debe ignorar. Por haberme ocupado hace ya tiempo de los efectos combinados de la restricción alimenticia y la restricción acuosa sobre la capacidad física, considero este capítulo de importancia excepcional. Los dos capítulos siguientes se ocupan de la alimentación en los días de competición y la ganancia y pérdida de peso. Los consejos con que terminan estos capítulos son de gran valor práctico y, como toda la obra, están sólidamente documentados. Lo mismo puede decirse de los dos capítulos siguientes, en los que, de acuerdo con la información que actualmente poseemos, se muestra la inutilidad de los suplementos vitamínicos y otros para aumentar la capacidad física del deportista cuya dieta se ajusta a los principios expuestos en capítulos anteriores. Tras un breve capítulo destinado a considerar algunos grupos especiales de atletas, termina la obra con un útilísimo capítulo en el que se explica la forma de llevar a la práctica los consejos dados a través de la misma.

Ningún deportista que se preocupe seriamente por las relaciones entre nutrición y deporte debe desconocer esta excelente obra. □

RESUMEN

Un especialista del prestigio profesional de Grande Covián trae a estas páginas un aspecto de la vida del deportista tan fundamental como la alimentación. Cuestión ésta que ha venido arrastrando, tradicionalmente, muchos tópicos

y equívocos. Grande Covián llama la atención sobre este libro porque presenta con precisión y claridad los conocimientos actuales de nutrición humana indispensables para que el deportista no cometa errores.

Steve Wootton

Nutrición y deporte

Ed. Acribia, Zaragoza, 1990. 236 páginas. 2.500 pesetas.

La física de tres picos

Por Alberto Galindo

Alberto Galindo (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y físico. Catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Sus campos de investigación actual son los procesos no lineales y la física cuántica.

Como «colección de perspectivas personales» califica a esta magnífica obra su editor Paul Davies. Distinguido físico teórico, Davies es también conocido como un prolífico y ameno divulgador científico preocupado por transmitir al gran público curioso y no especializado algunos avances espectaculares de la «nueva física». Hija de la edad de oro que alumbrara la relatividad y los quanta, presenta esta física un ambicioso frente que invade por doquiera la ciencia y la tecnología de nuestra década finisecular. Sin conmociones epistémicas avanza en la física una llamada revolución: la tercera, tras la clásica de Galileo y Newton, y la cuántica y relativista de Bohr y Einstein. Nada parece escapar de su influjo arrollador. Podrá el físico actual admitir, según Davies, su ignorancia sobre un copo de nieve o sobre una situación atmosférica, pero jamás reconocerá que se trata, en principio, de algo ajeno a su ciencia.

Para presentarnos los hitos más destacados de esta «nueva física», reúne el editor a casi una veintena de prestigiosos científicos que no sólo han hecho contribuciones de primera fila a su campo de investigación, sino que comparten con el editor el entusiasmo por la alta divulgación. De sus plumas ha salido un libro, éste, fresco, sugestivo, brillante, duradero y magníficamente ilustrado.

En tres bloques aparecen agrupados sus capítulos: 1/ Astrofísica, cosmos. 2/ Fenómenos cooperativos, autoorganización. 3/ Partículas elementales, unificación. O si se prefiere: a/ Lo grande. b/ Lo complejo. c/ Lo pequeño.

Estas son las fronteras actuales de la nueva física; viejas conocidas las extremas, relativamente reciente la segunda.

Lo grande

Parecía obligado iniciar el primer bloque con la relatividad general y de la mano experta de Clifford Will [ver «Tres siglos de gravitación» en SABER/Leer n.º 22, febrero 1989]. El autor del galardonado ensayo *Was Einstein right? Putting general relativity to the test*, analiza histórica y críticamente, en «The renaissance of general relativity», la teoría einsteiniana de la gravitación. Tras la obligada discusión de las pruebas tradicionales que brillantemente supera esta teoría, Will presenta la evidencia indirecta que el púlsar binario 1913+16 ofrece para la existencia de ondas gravitacionales (ondulaciones en la geometría del espacio-tiempo). Una red mundial de detectores de tales ondas basados en interferometría láser puede abrir en el siglo XXI una poderosa y nueva ventana al Universo. El grado de sensibilidad que espera alcanzarse es extraordinario, equivalente a poder apreciar variaciones de un radio nuclear en el perímetro del ecuador terrestre. Agujeros negros, cosmología relativista, el impacto de los superordenadores vectoriales en el cálculo de colisiones y colapsos estelares, etc., son otros de los temas discutidos. La relatividad general ha pasado en veinticinco años de ser un campo estéril y formal, con escasísimo contacto observacional, lleno de ambigüedades y de preguntas sin respuesta, a ser un campo ubérrimo, de cruce interdisciplinar, que incluso asoma en la vida diaria al tenerse que atender al retraso gravitacional de relojes en los sistemas de navegación basados en satélites.

Inexcusable fuera el omitir una referencia al paradigma inflacionario, que ha transformado la cosmología moderna. El modelo cosmológico estándar conocido como BBB («Basic Big Bang»), apoyado en los tres pilares básicos de la expansión del Universo, el fondo cósmico de microondas y la cosmología de elementos ligeros, cubre convincentemente la infancia del Universo a partir de su primer microsegundo de existencia. La física para ello requerida está bien comprobada. Mas la claridad de esta época se abruma al extrapolar a los primeros momentos. Carece el físico de modelos de partículas elementales experimentalmente validados a las altísimas energías que entonces se dieron. Incluso aceptando los esquemas favoritos de hoy, la cosmología estándar exige unas condiciones iniciales asombrosamente bien escogidas para conducirnos a un Universo como el que observamos. Al captar con una antena microondas procedentes de dos direcciones celestes que difieran en más de un grado de arco, los fotones registrados salieron de zonas del Universo primitivo que nunca tuvieron oportunidad de comunicarse, y sin embargo las temperaturas de sus espectros coinciden. ¿Qué, o quién, isotropizó esa radiación de fondo? A este problema de horizontes añádanse otros similares, como el de la longevidad de nuestro Universo, su frigididad, su planitud y su escasez de monopolos pesados, y habremos enunciado algunos de los problemas fundamentales del BBB. En su auxilio corre la propuesta inflacionaria, aquí descrita en «The inflationary Universe» por su responsable Alan Guth y uno de sus más destacados elaboradores, Paul Steinhardt. Aunque los detalles han variado bastante desde su concepción inicial hace diez años, la idea principal se mantiene: alguna región del Universo, cuando éste prácticamente acababa de despertar de su pesadilla cuántica, quedó capturada en un estado de «falso vacío», lleno de enorme energía y presión, esta última negativa. Tan negativa que, venciendo la atracción gravitacional producida por la energía, simuló de hecho una verdadera antigravedad bajo la cual el Universo se expandió aceleradamente durante un brevísimo instante de tiempo. Mas lo hizo a tal ritmo que sus dimensiones crecieron en muchos órdenes de magnitud, «planchando» irregularidades y aplastando la zona, del tamaño de una pelota de tenis, que luego crecería hasta convertirse en nuestro Universo hoy visible. Es de agradecer la atención hacia el lector por parte de los autores al separar del texto principal información más técnica.

Ni principio en el tiempo, ni más allá del Sur

Ya no asombrará al probable lector de su gran éxito en ventas *A brief history of time*, la audacia científica del celeberrimo Stephen Hawking, responsable con Roger Penrose de los teoremas de singularidad (exponente de la crisis inevitable de la gravitación einsteiniana) y creador de la primera fusión de la relatividad general, la termodinámica y la física cuántica, con su espectacular consecuencia, a saber, la evaporación de los agujeros negros. De nuevo defiende en «The edge of spacetime» su provocativa propuesta de un Universo que, al carecer de borde, no requiere de condiciones frontera para su cosmogonía. El concepto mismo del tiempo y la inflación serían meras consecuencias.

Gran parte de su vida dedicó Albert Einstein a intentar unificar, sin éxito, las dos fuerzas más conspicuas: la gravitación y el electromagnetismo. Sigue siendo hoy piedra de escándalo la carencia de una teoría cuántica de la gravedad. Sin embargo, se estima que el principio de indeterminación afectará a la gravitación,

a energías que sólo son tres o cuatro órdenes de magnitud mayores que aquellas en que las interacciones nucleares, electromagnéticas y débiles tendrán intensidades similares, y que quizá el programa de unificación deba englobar a todas las fuerzas de la Naturaleza, gravedad incluida. El reto es de envergadura: la gravitación es geometría, y tal vez nuestro espacio-tiempo deba dejar de ser la plaza donde ocurren las «cosas» para ser un concepto derivado de las relaciones entre éstas. Chris Isham, en su «Quantum gravity», se esfuerza por transmitir al lector la importancia del problema y esbozar algunas de las soluciones hasta hoy propuestas (supergravedad, supercuerdas). La verdad es que al tambalearse cuánticamente nuestro espacio-tiempo, su continuo bien pudiera dar paso a estructuras fractales, o reticulares, o incluso a algo sin puntos, a algo que fuera tal vez mero número. Y la verdad también es que quizá nunca se conozca la respuesta a estas preguntas.

Concluye el tributo a «lo grande» con el extenso artículo «The new astrophysics», de Malcolm Longair. La distribución de materia y radiación en el Universo, evolución estelar, cadáveres de estrellas, galaxias y cúmulos galácticos, cuásares, cosmología astrofísica y aspectos físicos del origen, evolución y contenido del Universo, y astronomía del próximo futuro (telescopio espacial Hubble, satélite astrométrico Hipparcos, varios VLTs [«Very Large Telescopes»] y VLAs [«Very Large Arrays»], y el famoso COBE [«Cosmic Background Explorer»]), figuran entre los dispositivos que nos permitirán contemplar mejor el Universo en todas las ventanas electromagnéticas que van desde las ondas de radio hasta los rayos gamma. La importancia de esto puede ser enorme: desde terminar con la ignorancia que nos atenaza sobre la constante de Hubble o ritmo actual de expansión del Universo y así conocer la edad de éste con mayor precisión (y en esto las esperanzas depositadas en el Hubble se han visto zarandeadas por el pulido erróneo de sus espejos), hasta determinar el grado de isotropía de la radiación de fondo con detalle suficiente como para poner coto a los disparados modelos de formación de grandes estructuras (aquí el COBE jugará papel prominente. ¡Ya en su primer cuarto de hora de funcionamiento envió a la Tierra en el pasado enero un espectro planckiano excepcionalmente ajustado!).

Caos organizado

La disponibilidad de ordenadores ha hecho posible una primera doma de la complejidad. Las sorpresas estaban a la vuelta de la esquina. Sistemas con número macroscópico de partículas que milagrosamente muestran comportamiento colectivo capaz de autoorganizarse. Y sistemas simplísimos, con dos grados de libertad, que de repente exhiben comportamiento caótico propio de una complejidad infinita. Orden a partir del caos, caos a partir del orden. Las tecnologías de punta se aprovechan de lo primero, mientras el caos determinista rompe en mil pedazos el ídolo laplaciano.

David Thouless, en «Condensed matter physics in less than three dimensions», inicia al lector en el importante campo de la materia condensada a través de sistemas en que una o dos de sus dimensiones quedan congeladas. Si en el pasado pudo tratarse de un truco académico para simplificar un problema, hoy se preparan en laboratorio tales ejemplos: películas de cristales líquidos, de helio superfluido, películas e hilos de material superconductor, metales bidimensionales, heterouniones metal-óxido-semiconductor y efecto Hall cuántico. Este último, descubierto en 1980 (Nobel en 1985), proporciona el mejor patrón

hoy disponible de resistencia eléctrica. Curiosamente, también los célebres superconductores a alta temperatura, descubiertos en 1986 (Nobel 1987), con comportamiento aún no bien explicado, presentan estructura laminar con planos de átomos de cobre a lo largo de los cuales se produce la superconducción eléctrica.

A la presión atmosférica, el agua hierve a 100 °C. Los estados o fases líquido y vapor coexisten en esas condiciones, pero son bien distintos: aquél casi dos mil veces más denso que éste. Al ir aumentando la presión, la temperatura de ebullición crece, y esta diferencia de densidades (parámetro de orden) disminuye, hasta que al llegar a una presión de 218 atmósferas, en que la temperatura de ebullición es de 374 °C, la diferencia de densidades se anula y las fases líquido y vapor se hacen indistinguibles. Se ha alcanzado entonces el llamado punto crítico, o punto terminal, de una línea de coexistencia diferenciada. En torno a ese punto el sistema parece aleatorio, entremezclándose las fases de forma caprichosa e impredecible con islotes puros de tamaño ilimitadamente creciente. Sin embargo, subyace oculto un orden universal: sistemas extraordinariamente diversos se agrupan en unas pocas clases de universalidad, esencialmente caracterizadas por la dimensión del espacio en que yacen los grados de libertad efectivos, el número de componentes del parámetro de orden, las simetrías de la energía configuracional y el alcance de las interacciones. Los sistemas de una misma clase, por ejemplo el helio-4 líquido en fase superfluida y el modelo teórico XY de imán, presentan idéntico comportamiento en el punto crítico. La contribución «Critical point phenomena: universal physics at large length scales», de Alastair Bruce y David Wallace, es una cuidada y pedagógica exposición de este fascinante tema y del grupo de renormalización como poderosa técnica de cálculo.

Líquidos trepantes, fotones gregarios

Rondando se está hoy a la millonésima del Kelvin, temperatura a la que la velocidad térmica de un electrón, la partícula cargada más ligera, sería tan sólo de unos metros por segundo. La criofísica ha suministrado exóticos estados de la materia, nuevas fases cualitativamente distintas de las ordinarias: los líquidos cuánticos y, en especial, los superfluidos, que muestran los efectos cuánticos a escala macroscópica. Anthony Leggett los describe con gran amenidad y maestría en «Low temperature physics, superconductivity and superfluidity». Llamativa por su rotundidad es la afirmación de que tales estados (como la fase superfluida del helio-4, a 2.2 K, conseguida en 1937 en los laboratorios terrestres) «have never previously existed in the history of the cosmos» [a no ser que otros seres inteligentes las hubieran producido artificialmente en algún lejano planeta].

Corrientes eléctricas que fluyen sin resistencia y líquidos que trepan laminarmente rebosando de su vasija, son fenómenos anormales y espectaculares de origen cuántico: la condensación de Bose. De las implicaciones tecnológicas de la superconductividad se hacen eco con frecuencia los «mass media», máxime desde que hace unos pocos años se descubriera la superconductividad a altas temperaturas (del orden de hasta los 100 K) en ciertas cerámicas: levitación magnética a gran escala, almacenamiento y transmisión de energía eléctrica, microordenadores, cardiografía y neurofisiología del cerebro, etc. Y desde el punto de vista fundamental, la posibilidad de someter a prueba la mecánica cuántica en sis-



Viene de la página anterior



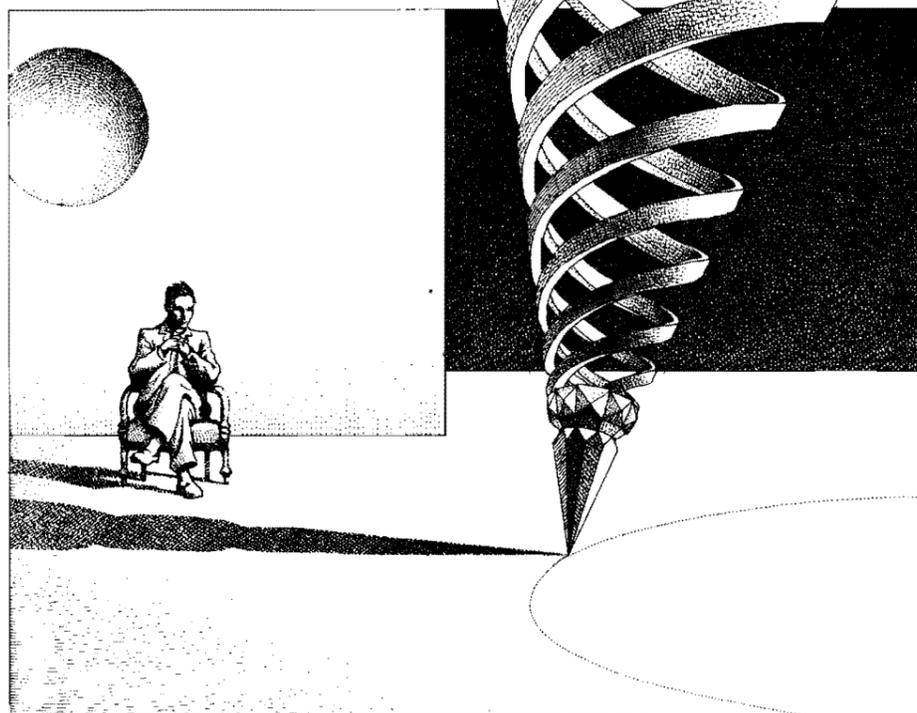
temas macroscópicos es sumamente importante; ya se ha podido ver con circuitos superconductores el efecto túnel macroscópico, pero queda por comprobar si el principio de superposición lineal rige en tales sistemas o no. ¿Es posible establecer que un tal circuito no está en un estado determinado hasta que se observa sobre él? Evidentemente, nos jugamos mucho en la respuesta.

El gregarismo o naturaleza bosónica de los fotones permite la existencia de la fase láser, una autoorganización espontánea en la emisión de luz por átomos excitados que, en ciertas condiciones de alto desequilibrio, coordinan su desexcitación para emitir sincronamente en fase. Lo que en un principio fuera un invento en busca de uso, invade ahora la vida cotidiana: música, comunicaciones, microcirugía, alarmas, etc. Peter Knight describe los fundamentos, aplicaciones y futuro del campo en «Quantum optics», terminando con los estados «comprimidos» de luz, estados cuánticos con ruido por debajo del de vacío, y cuyo uso en transmisión de información por fibras ópticas y para la detección de las debísimas ondas gravitacionales que llegan a la Tierra parece prometedor.

Orden sin cadenas

Al someter un sistema a ligaduras que lo mantengan muy lejos del equilibrio termodinámico y a una dinámica fuertemente no-lineal, aparecen en él fenómenos de autoorganización a gran escala, estructuras complejas, orden a partir del desorden. Parte de la energía aportada al sistema abierto se emplea en producir esas estructuras disipativas, que si bien no violan la letra del segundo principio de la termodinámica, pues arrojan entropía a su exterior, sí que parecen contradecir su espíritu. En «Physics of far from-equilibrium systems and self-organization», Grégoire Nicolis introduce las ideas básicas de este fascinante terreno, que ejemplifica con las celdas de convección de Bénard, la reacción química de Belousov-Zhabotinski y el desarrollo de embriones de cierta especie de abejas.

La presencia de «lo complejo» termina con un magnífico artículo de Joseph Ford que, parafraseando a los salmos bíblicos, titula «What is chaos, that we should be mindful of it?». Bellísimas fotografías en color, un texto cuidado en extremo y la fascinación del caos. Tantos años de triunfo determinista para terminar admitiendo, como el hombre de las cavernas, el dominio del caos. Parecen en principio términos antagónicos, pero no lo son. Ha sido uno de los descubrimientos más resaltables de la dinámica contemporánea el ver emerger órbitas caóticas en sistemas newtonianos de tan sólo dos grados de libertad. Sinónimo de aleatoriedad en la teoría de la complejidad algorítmica, una órbita caótica es tan compleja que todo algoritmo computacional que la calcule es tan largo al menos como la enumeración de todos sus puntos: una órbita caótica es ella misma su descripción más breve y su computadora más rápida. La hiperbolicidad o crecimiento exponencial de los errores es responsable de la impredecibilidad que las afecta; sólo un conocimiento infinitamente preciso de las condiciones iniciales y una aritmética de precisión infinita restaurarían la predictibilidad perdida. Mas esto puede ser químico para casi todas las condiciones iniciales. Caos, ¿para qué? ¿Quién no ha estado ensimismado ante la danza de las llamas de un fuego o de las olas contra un acantilado? Dinámica en libertad sin las cadenas del orden, eso es el caos de mil caras que permite a la Naturaleza explorar su cornucopia repleta de oportunidades. Ahí está el propio sistema evolutivo, con el ensayo aleatorio retroalimentado por la selección natural y la supervivencia del más fuerte. Hasta el hombre ha



FRANCISCO SOLE

aprendido a utilizar el caos para atacar problemas en teoría de números de otro modo intratables o para ajustar curvas caóticas. No todo está claro, sin embargo. Una dura batalla se libra en torno a si existe o no el caos cuántico, otro que el natural de la interpretación borniana de la función de onda. Cada autor elige la definición de aleatoriedad que más le conviene para probar que su modelo cuántico es caótico. Y en ese «caos definicional» estamos. Como evangelista del caos, Ford le presagia un futuro brillante y revolucionario. A los versos de Nietzsche. «Yea verily, I say unto you / a man must have chaos yet within him / to birth a dancing star», yo los acompañaría de estos otros de Neruda: «Lo cierto es que una abstracta incertidumbre / sale de cada caos que regresa / cada vez a ser orden / ...»

Epílogo a lo complejo y prólogo a lo pequeño, el artículo «Conceptual foundations of quantum mechanics», de Abner Shimony, es una excelente exposición del singular debate epistemológico que durante décadas se viene librando acerca de la teoría marco por excelencia: la mecánica cuántica, con sus innovaciones radicales de indefinición, azar y probabilidad objetivas, potencialidad, «embrollo» y no localidad. Las teorías de variables ocultas han pretendido eliminar algunos de estos aspectos. Pero aquellas simples, en que el microestado (o estado «completo») determina por sí solo el valor de cada observable, son imposibles en virtud de un profundo teorema de Gleason. Quedan las contextuales, en que el valor del observable puede depender además del equipo de medición, y las estocásticas, en que sólo las probabilidades de esos valores quedan fijadas por el microestado y quizá el equipo. Bellos experimentos, que han culminado en los de Aspect «et al.», han probado que son difícilmente viables aquellos modelos contextuales y/o estocásticos más atractivos por satisfacer la localidad (en el sentido de Bell). Y por ahora no está claro que las teorías no locales puedan coexistir pacíficamente con la relatividad del espacio-tiempo. Por último, no podía escamotearse el tema de la actualización de potencialidades en el proceso de mediación y su conflicto con la linealidad del proceso evolutivo cuántico. ¿Ramificación en historias paralelas, «à la» Everett? ¿Invocación mística a la consciencia del observador, «à la» Wigner? ¿O simplemente estamos ante una limitación de lo explicable, «à la» Bohr? Aquí, ciencia y filosofía deberán ir de la mano como en la vieja «philosophia naturalis».

«Ahora sí que creo en la existencia de los átomos», reconocía al fin el polémico Mach en su lecho de muerte, tras ver los impactos de partículas alfa en una pantalla. Demasiados resultan el centenar de elementos atómicos de la tabla periódica para ser considerados simples. En 1935 se sabía ya que con electrones, protones, neutrones y neutrinos podía construirse toda la materia ordinaria. Pero la sorpresa estaba a la vuelta de la esquina. Se detectan en 1938 los muones en la radiación cósmica: fotocopias «pesadas» de los electrones, nadie sabe por qué ni para qué existen. Tras la segunda guerra mundial, los aceleradores empiezan a producir nuevas partículas en rica profusión. En 1947 se atisba la materia «extraña», y mucho más tarde las efímeras materias con «encanto» (1974) y con «belleza» (1975). En tan variado zoo se descubre, junto a los leptones, un nivel más profundo de elementalidad: los célebres «quarks», introducidos en escena por Gell-Mann y Zweig en 1964. Frank Close lo expone francamente bien en «The quark structure of matter», donde podrá familiarizarse el lector con el «color» y «sabor» de los «quarks», con los gluones como agentes de intercambio, con el confinamiento de los «quarks» en el interior de los hadrones y con el regalo de los dioses que supone la libertad asintótica. Continúa la búsqueda de la materia con «verdad», última del conjunto si tan trino es el número de generaciones o familias de «quarks» como el de leptones [así apuntaba desde hace años la abundancia primigenia del helio-4 y acaban de mostrar los recientes resultados del LEP en el CERN.] De haber «quarks» en libertad (fósiles tal vez de la Gran Explosión), toda una industria «quarkónica» sería concebible, desde trazadores químicos y biológicos hasta catalizadores de fusión termonuclear.

RESUMEN

Del mundo editorial anglosajón llegan con cierta frecuencia libros colectivos como éste que abordan, con espíritu divulgador pero serio y riguroso, cuestiones variadas sobre aspectos científicos. En esta obra, calificada como «colección de perspectivas personales»

Paul Davies (ed.)

The New Physics

Cambridge University Press, Gran Bretaña, 1989. 516 páginas [7.800 pesetas].

Convencido de la armonía de los mundos y de la elegancia de lo simple, el físico busca economía en los principios básicos. Faraday y Maxwell unificaron electricidad y magnetismo en el XIX. Sabido es que Salam y Weinberg, apoyados en ideas de Glashow, amalgamaron las fuerzas electromagnéticas y las débiles en el modelo electrodébil GSW. Howard Georgi hace un pasmoso relato, en «Grand unified theories», de su contribución con Glashow al paso siguiente de fundir el esquema electrodébil con la cromodinámica de las interacciones fuertes, a la par que reflexiona muy críticamente, en «Effective quantum field theories», sobre el «complejo de Einstein» de los que en aras de la elegancia matemática y filosófica emprenden acciones de retaguardia ignorantes de la física real. Estas teorías de gran unificación (TGU, para abreviar) predicen la desintegración del protón y la existencia de monopolos o «nudos de vacío». Si aquella ocurre con una vida tan larga que su detección resulta ambigua, y si éstos siguen sin dar señal, habrá que otear los cielos buscando algún otro signo de las TGU. La bariogénesis es una posibilidad. Mas siendo «observacional» la ciencia cosmológica, difícilmente proporcionará pruebas «duras» de estas teorías.

Le ha tocado a John Taylor, en «Gauge theories in particle physics», la misión nada envidiable de introducir en lenguaje llano los campos de «gauge» [vocablo para el que aún carecemos de traducción aceptada por nuestros físicos. Don Blas Cabrera no dudaría en llamarlos campos de aforo. Dado lo que significan ahora, y no lo que fueran para Weyl, tal vez sería preferible seguir a Yang y denominarlos campos de fase].

Con el espléndido artículo de Abdus Salam «Overview of particle physics» culmina la obra. Tras entonar el ya internacional cántico a su importancia sociológica como ciencia creadora de riqueza, se sitúa Salam en el mismísimo borde de la física para hablar de las ideas cuya comprobación se está haciendo o llegará pronto (detalles finos del modelo GSW, detección de mesones Higgs ligeros), de las ideas cuyo tiempo aún anda lejos (supersimetría, supergravedad, supercuerdas) y de experimentos pasivos, sin aceleradores, para verificar ciertas predicciones de las TGU (monopolos, cuerdas y paredes cósmicas, la desintegración del protón). Dimensiones nuevas enrolladas en pequeñísimos círculos, geometría no-conmutativa como liberación del corsé espacio-temporal y posible quimera de las «teorías de todo» son llamativas pinceladas sobre la febril actividad en este tercer pico de la nueva física. □

En el próximo número

Artículos de Gregorio Salvador, F. Rodríguez Adrados, F. Ynduráin, Francisco Ayala, Claudio Prieto, Guido Brunner y Antonio Blanco Freijeiro.

por su editor Paul Davies, y de «magnífica» por el profesor Alberto Galindo, que la comenta, se intenta transmitir al gran público curioso y no especializado algunos de los avances espectaculares de la llamada «nueva física».

ARQUITECTURA

FERNANDEZ ALBA, Antonio
«El final de la partida», sobre el libro *Arquitectura internacional (últimas tendencias)*, de Charles Jenks. N.º 36. Junio-julio. Págs. 6-7.

MARTIN GONZALEZ, Juan José
«La arquitectura y los "tratados"», sobre *Los tratados de Arquitectura. De Alberti a Ledoux*, de Dora Wiebenson. N.º 33. Marzo. Págs. 6-7.

ARTE

GALLEGO, Julián
«Las ilustraciones de la Ilustración», sobre *Difusión de la Ciencia en la España ilustrada*, de Juan Carrete Parrondo. N.º 40. Diciembre. Pág. 3.

MARTIN GONZALEZ, Juan José
«Papel del arte en la historia», sobre *Art and History. Images and their meaning*, de Robert I. Rotberg y Theodore K. Rabb (eds.). N.º 37. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

VAQUERO TURCIOS, Joaquín
«Dentro y fuera de las cúpulas», sobre *Coupoles*, de Michel Saudan y Sylvia Saudan-Skira. N.º 38. Octubre. Págs. 1-2.

BIOLOGIA

GONZALEZ, Antonio
«Organismos marinos de importancia biomédica», sobre *Biomedical Importance of Marine Organisms*, de Daphne G. Fautin (ed.). N.º 31. Enero. Págs. 10-11.

PERUCHO, Manuel
«Obsesión molecular», sobre *What mad pursuit*, de Francis Crick. N.º 33. Marzo. Págs. 8-9.

SANCHEZ DEL RIO, Carlos
«Termodinámica de los seres vivos», sobre *Introducción a la termodinámica de los procesos biológicos*, de David Joy y Josep Enric Llebot. N.º 32. Febrero. Pág. 12.

CIENCIA

GARCIA OLMEDO, Francisco
«Un eclipse de la genética», sobre *Los vestidos blancos*, de V. Dudintsev. N.º 32. Febrero. Pág. 3.

PASCUAL, Ramón
«Schrödinger, un científico heterodoxo», sobre *Schrödinger. Life and Thought*, de Walter Moore. N.º 38. Octubre. Pág. 12.

SANCHEZ DEL RIO, Carlos
«La ciencia desmitificada», sobre *Science à la mode. Physical Fashions and Fictions*, de Tony Rothman. N.º 37. Agosto-septiembre. Pág. 12.

DERECHO

LOPEZ PINA, Antonio
«De la idealización del Estado», sobre *Handbuch des Staatsrechts*, de Isensee y Kirchhoff (eds.). N.º 36. Junio-julio. Págs. 4-5.

DIPLOMACIA

GARCIA BERRIO, Antonio
«Las memorias diplomáticas de un observador», sobre *Vuelta a las andadas*, de Emilio Garrigues Díaz-Cañabate. N.º 40. Diciembre. Págs. 6-7.

ECÓNOMIA

GARCIA DELGADO, José Luis
«Perspectiva de la Hacienda Pública», sobre *Hacienda y economía en la España contemporánea*, de Francisco Comín Comín. N.º 39. Noviembre. Págs. 1-2.

TORTELLA, Gabriel
«Una ciencia optimista», sobre *A Concise Economic History of the World. From Paleolithic Times to the Present*, de Rondo Cameron. N.º 35. Mayo. Págs. 10-11.

VELARDE FUERTES, Juan
«De la crisis a la apertura financiera española», sobre *Estudios sobre el sistema financiero*, de Antonio Torrero, y *El sistema financiero de la economía española*, de autores varios. N.º 38. Octubre. Págs. 10-11.

FILOLOGIA

GARCIA CALVO, Agustín
«¿Cómo se ha empezado a hablar?», sobre *Theorien vom Ursprung der Sprache*, de Joachim Gessinger y Wolfert von Rahden (eds.). N.º 32. Febrero. Págs. 6-7.

LORENZO, Emilio
«Español y catalán: Análisis desapasionado», sobre *El español y el catalán, juntos y en contraste*, de Germán Colón. N.º 31. Enero. Págs. 1-2.

«Libros de estilo, guías de pecadores», sobre *Libro de estilo*, de El País. N.º 40. Diciembre. Págs. 4-5.

SECO, Manuel
«Salvó, Bello y Cuervo: un reencuentro», sobre *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla*, de Vicente Salvá, y *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (con las Notas de Rufino José Cuervo), de Andrés Bello. N.º 34. Abril. Págs. 4-5.

SIGUAN, Miguel
«Lengua y poder en Francia y Gran Bretaña», sobre *Dominant Languages*, de R. D. Grillo. N.º 36. Junio-julio. Págs. 8-9.

FILOSOFIA

CEREZO GALAN, Pedro
«El filósofo y su sombra», sobre *Heidegger y el nazismo*, de Víctor Farías. N.º 31. Enero. Págs. 8-9.

LOPEZ ARANGUREN, José Luis
«Entre la esperanza y la perplejidad», sobre *Desde la perplejidad*, de Javier Muguerza. N.º 38. Octubre. Págs. 8-9.

VALVERDE, José María
«A propósito de Schelling», sobre *Experiencia e historia. Escritos de juventud*, de F. W. J. Schelling. N.º 39. Noviembre. Pág. 12.

FISICA

DURAN, Armando
«Einstein en España», sobre *Einstein in Spain: Relativity and the Recovery of Science*, de Thomas F. Glick. N.º 37. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.

GALINDO, Alberto
«La fragilidad del ser», sobre *Física cuántica: ¿Ilusión o realidad?*, de Alistair Rae. N.º 32. Febrero. Págs. 10-11.

«La física de tres picos», sobre *The New Physics*, de Paul Davies (ed.). N.º 40. Diciembre. Págs. 10-11.

HISTORIA

ARTOLA, Miguel
«La crisis del Antiguo Régimen», sobre *Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regime*, de Richard Herr. N.º 36. Junio-julio. Págs. 1-2.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio
«Una historia de Cataluña», sobre *Els segles de la decadència* (vol. IV de la *Historia de Cataluña*, dirigida por Pierre Vilar), de Nuria Sales. N.º 37. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.

MARTINEZ MONTAVEZ, Pedro
«Sobre el primer Marruecos "moderno"», sobre *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII*, de Ramón Lourido Díaz. N.º 38. Octubre. Págs. 4-5.

PALACIO ATARD, Vicente
«Tensiones eclesiales a fines del XVIII», sobre *Távira, ¿una alternativa de Iglesia?*, de José Antonio Infantes Florido. N.º 33. Marzo. Págs. 4-5.

RUBIO LLORENTE, Francisco
«Los ingleses en China», sobre *L'empire immobile ou le choc des mondes*, de Alain Peyrefitte. N.º 35. Mayo. Pág. 12.

TOMAS Y VALIENTE, Francisco
«La Inquisición, leyenda e historia», sobre *L'Administration de la foi. L'Inquisition de Tolède (XVIe-XVIIIe siècle)*, de Jean Pierre Dedieu. N.º 34. Abril. Págs. 6-7.

LITERATURA

ALVAR, Manuel
«La trasmutación de los bestiarios», sobre *Bestiario de Livermoore*, de Rafael Pérez Estrada. N.º 32. Febrero. Págs. 1-2.

«Eugenio Montale, de nuevo», sobre *Poesie inedite, IV*, de Eugenio Montale. N.º 39. Noviembre. Pág. 3.

AMOROS, Andrés
«Ad maiorem literaturae gloriam», sobre *Obabakoak*, de Bernardo Atxaga. N.º 35. Mayo. Pág. 3.

AYALA, Francisco
«Pintura, pensamiento, poesía», sobre *Algunos lugares de la pintura*, de María Zambrano. N.º 36. Junio-julio. Pág. 12.

CARBALLO CALERO, Ricardo
«Novelas en español de Otero Pedrayo», sobre *Adolescencia. La vocación de Adrián Silva y Las palmas del convento. La fiesta del conde Bernstein*, de Ramón Otero Pedrayo. N.º 32. Febrero. Págs. 4-5.

GARCIA-SABELL, Domingo
«Nora, la mujer de Joyce», sobre *Nora. A biography of Nora Joyce*, de Brenda Maddox. N.º 34. Abril. Págs. 1-2-3.

HARO TECGLEN, Eduardo
«Botho Strauss y el teatro como metáfora», sobre *El hombre joven*, de Botho Strauss. N.º 36. Junio-julio. Págs. 10-11.

HIERRO, José
«De perdidos, al río», sobre *Obras Completas (Poesía, I y II)*, de Gerardo Diego. N.º 35. Mayo. Págs. 1-2.

LAZARO CARRETER, Fernando
«Con Francisco Ayala, tras el fénix», sobre *Las plumas del fénix*, de Francisco Ayala. N.º 38. Octubre. Págs. 6-7.

LLOVET, Enrique
«Función del personaje teatral», sobre *Arthur Schnitzler, auteur dramatique*, de Heinz Schwarzingler, y *Le chemin solitaire*, de Arthur Schnitzler. N.º 37. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

MAINER, José-Carlos
«Una novela inédita de Pérez de Ayala», sobre *Trece dioses. Fragmentos de las memorias de Florencio Pérez*, de Ramón Pérez de Ayala. N.º 33. Marzo. Págs. 1-2.

MARTIN GAITE, Carmen
«La mirada poética del detective», sobre *Intrigas y deseos*, de P. D. James. N.º 37. Agosto-septiembre. Pág. 3.

MARTINEZ CACHERO, José María
«Poesía española en la segunda mitad del XIX», sobre *El poeta y el burgués (poesía y público 1850-1900)*, de Marta Palenque. N.º 39. Noviembre. Págs. 4-5.

MARTINEZ MONTAVEZ, Pedro
«La literatura árabe, en conflicto permanente», sobre *The Literature of Modern Arabia. An Anthology*, de Salma Khadra Jayyusi (ed.). N.º 31. Enero. Págs. 4-5.

RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
«Virgilio y la "Eneida"», sobre *Vergil's Augustan Epic*, de Francis Cairns. N.º 31. Enero. Pág. 3.

«Orfeo, el hechicero de la palabra», sobre *Orpheus. The Myth of the Poet*, de Charles Segal. N.º 35. Mayo. Págs. 4-5.

YNDURAIN, Francisco
«Delibes al aire libre», sobre *Mi vida al aire libre*, de Miguel Delibes. N.º 33. Marzo. Pág. 3.

MATEMATICAS

RIOS, Sixto
«Progresos de la Matemática en España», sobre *Selecta*, de Julio Rey Pastor. N.º 32. Febrero. Págs. 8-9.

MEDICINA

VILARDELL, Francisco
«Guía de educación médica», sobre *Guía pedagógica para el personal de salud*, de J. J. Guilbert. N.º 31. Enero. Pág. 12.

MUSICA

OLAVIDE, Gonzalo de
«El límite y el país fértil», sobre *Jalons (pour une décennie)*, de Pierre Boulez. N.º 39. Noviembre. Págs. 10-11.

PRIETO, Claudio
«Escritos y opiniones de un pianista», sobre *Escritos críticos*, de Glenn Gould. N.º 36. Junio-julio. Pág. 3.

QUEROL, Miguel
«La obra polifónica de Robledo», sobre *Melchor Robledo. Opera Polyphonica*, de Pedro Calahorra. N.º 33. Marzo. Pág. 12.

SOLER, Josep
«Wagner contado por él mismo», sobre *Mi vida*, de Richard Wagner. N.º 37. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.

VILLA ROJO, Jesús
«Técnicas y evolución instrumental», sobre *Les gammes du clarinetiste*, de Yves Didier. N.º 38. Octubre. Pág. 3.

NUTRICION

GRANDE COVIAN, Francisco
«La alimentación del deportista», sobre *Nutrición y deporte*, de Steve Wootton. N.º 40. Diciembre. Págs. 8-9.

PENSAMIENTO

FERRATER MORA, José
«Atenea negra», sobre *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization* (vol. I: *The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985*), de Martin Bernal. N.º 35. Mayo. Págs. 6-7.

PINILLOS, José Luis
«La duda retórica», sobre *The Rhetoric of the Human Sciences*, de John S. Nelson, Allan Megill y Donald McCloskey (eds.), y *Rhetoric in the Human Sciences*, de Herbert W. Simons (ed.). N.º 31. Enero. Págs. 6-7.

VALVERDE, José María
«La Revolución Francesa, vista por los alemanes», sobre «O Freyheit! Silberton dem Ohre...» *Französische Revolution und deutsche Literatur, 1789-1799*, de autores varios. N.º 34. Abril. Pág. 12.

POLITICA

DIAZ, Elías
«Socialismo democrático y utopía racional», sobre *La utopía racional*, de Miguel Angel Quintanilla y Ramón Vargas Machuca. N.º 34. Abril. Págs. 8-9.

FERNANDEZ-CARVAJAL, Rodrigo
«Dos libros españoles sobre Montesquieu», sobre *Montesquieu: leyes, gobiernos y poderes*, de Juan Vallet de Goytisolo, y *El pensamiento de Montesquieu: política y ciencia natural*, de María del Carmen Iglesias. N.º 33. Marzo. Págs. 10-11.

SAMPEDRO, José Luis
«La palabra y la sangre», sobre *América Latina. Política y sociedad*, de Alain Touraine. N.º 39. Noviembre. Págs. 8-9.

SOCIEDAD

CAMUS, Mario
«Grandeza y miseria del boxeo», sobre *Del boxeo*, de Joyce Carol Oates. N.º 40. Diciembre. Págs. 1-2.

VERDU, Vicente
«El imperio de la moda», sobre *El imperio de lo efímero*, de Gilles Lipovetsky. N.º 39. Noviembre. Págs. 6-7.

SOCIOLOGIA

GINER, Salvador
«La fragua del privilegio», sobre *La distinción y La Noblesse d'Etat. Grandes écoles et esprit de corps*, de Pierre Bourdieu. N.º 35. Mayo. Págs. 8-9.

TEOLOGIA

GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario
«Ética, religión y cristianismo», sobre *Conferencias sobre Ética*, de Ludwig Wittgenstein, y *El mensaje moral del Nuevo Testamento. I. De Jesús a la Iglesia primitiva y Die sittleiche Botschaft des Neuen Testaments. II. Die urchristlichen Verkündiger*, de Rudolf Schnackenburg. N.º 34. Abril. Págs. 10-11.